

Somos
dos
diamantes
en el
universo

GEMA MARTÍN MUÑOZ

Somos dos diamantes
en el universo

Gema Martín Muñoz

Título: *Somos dos diamantes en el universo*

© Gema Martín Muñoz, 2019

Diseño de la portada: Gema Martín Muñoz

Maquetación: Gema Martín Muñoz

Imagen de la portada: Pixabay

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para los que luchan cada día.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Epílogo](#)

[OTROS LIBROS](#)

Capítulo 1

Leo

«Hola, Leo, somos tu agorafobia y tu ansiedad social, y hemos aparecido para joderte la existencia. Besitos desde tu amígdala».

Eso es justo lo que me dirían esas cabronas si hablaran. Me imagino sus voces, iguales de agudas que las de un pitufo, burlándose de mí.

—¿Es para hoy o qué? No tenemos todo el día —me espeta uno de los clientes.

—Un momento.

Aporreo la vieja caja registradora de la tienda de mi madre, por si se digna a abrirse, pero no hay manera. Noto ardor en las mejillas y me sudan las manos; mi corazón late con fuerza dentro de mi pecho y tengo la sensación de que el aparato de aire acondicionado no da frío suficiente.

Golpeo la caja de una manera más bruta que las veces anteriores y, como por arte de magia, se abre. Con las manos temblorosas, cojo el cambio y se lo entrego a los chicos, que son dos capullos que estaban en mi clase.

—Gracias —les digo.

No debería agradecerles nada. De hecho, ahora mismo podría estamparles la caja registradora en sus cabezones y obligarlos a tragarse las inútiles monedas de un céntimo para que estuviesen cagando acero y cobre hasta el año que viene.

—Me has dado el cambio mal —interviene uno de los chicos enseñándome el dinero en la palma de su mano, y yo me pongo nervioso de nuevo—. Te he dado un billete de veinte y me has devuelto tres euros. Las dos latas de Coca-Cola cuestan dos euros.

Ah, no. Me quiere hacer el lío. Sé perfectamente que me ha dado un billete de cinco euros.

—¿No sabes contar? —suelta el otro entre risas—. Si no hubieses faltado meses enteros al instituto, no se te habrían olvidado las mates, palurdo.

De pronto, me olvido de cómo se habla y permanezco mudo, mirándolos. Mi abuelo sale como un cohete de la trastienda, porque imagino que habrá estado cotilleando la escena a escondidas, y les atiza con el bastón a los imbéciles, ordenándoles que se marchen de aquí. Acto seguido, los dos agarran sus refrescos y se largan, aterrados.

—Estos niñatos... —murmura mi abuelo con su vista clavada en la puerta de la tienda, por donde han desaparecido mis excompañeros de clase. Después, me enseña su bastón—. Pienso regalarte uno de estos para que te defiendas de esos caraduras.

Me relajo al instante, sintiéndome a salvo, y me bebo media botella de agua fresquita.

—No creo que sea necesario —le respondo—. Acabaría perdiendo yo.

Mi abuelo suelta un bufido, agotado de mi comportamiento, y se vuelve a meter en la trastienda, con la excusa de que ha quedado para hablar con su novia en la aplicación de citas *Tu naranja te espera*.

Mientras le cobro a una señora su bolsa de patatas fritas, mi madre aparece en la tienda con los ojos pegados a unos papeles, negando con la cabeza. Sé que son múltiples facturas a las que no puede hacer frente con la mísera cantidad que ganamos. Todo sería mucho más fácil si mi padre

pagara lo que le corresponde por haberme engendrado, pero no le da la gana; prefiere gastarlo en sus tonterías y en mantener a su mujer, y mi madre no se atreve a reprocharle nada.

Sigo mirando a mi madre por el rabillo del ojo, deseando decirle que no quiero ir a la universidad, porque eso conlleva más gastos, además de la matrícula de las asignaturas, que es carísima y aún no sé si me van a conceder la beca. También necesito mudarme a la capital para ir a clase todos los días, pagar el alquiler del piso, comida, luz, agua... Y no nos lo podemos permitir. Pero sé que esa mujer es una cabezona y me estrellaría las facturas en la cara en cuanto le mencionase las palabras: «mamá, he estado pensando y, en realidad, no me hace falta estudiar una carrera, mejor me quedo contigo en la tienda».

Y a salvo. Sobre todo a salvo.

—¿Habéis encontrado ya algún compañero de piso? —me pregunta mi madre al desenterrar su cara de las facturas.

Mi mejor amiga, sin consultarlo conmigo antes, ha decidido que compartamos piso con alguien, porque dice que nos va a salir más barato. Mi idea era vivir sólo con ella, tan a gusto y sin ningún extraño entrando y saliendo de casa y con el que tuviera que interactuar todos los días.

—Todavía no —le contesto. Ojalá Dulce no encuentre ninguno, por mi bien—. Oye, mamá, he estado pensando...

No espera a que termine la frase y me lanza las facturas a la cara, que se caen sobre el mostrador. A continuación, me apunta con su dedo índice y me mira con expresión dura.

—Queda totalmente prohibido volver a decir que no quieres ir a la universidad, ¿entendido? Te sentará bien abandonar este pueblo y vivir en una gran ciudad con gente que no te conoce. Quiero que estudies como yo no pude hacerlo, Leo.

—Vale...

En parte fue mi culpa que mi madre no estudiara una carrera. Se quedó embarazada con sólo quince años y tuvo que criarme sola. Mi padre desapareció del mapa cuando yo tenía dos años porque éramos una «carga» para él. Sin embargo, en cuanto cumplí los diez, quiso retomar su relación conmigo y estuve viéndolo cada fin de semana. Como no me gustaba estar con él, un día se me fue la pinza y le regalé a su novia una tarta de nueces para envenenarla, porque sabía que era alérgica, y acabó en el hospital. A partir de ahí, ella me pilló manía; se creía que lo había hecho a propósito porque sentía celos, y no volví a visitarlos más.

Mi madre se coloca tras el mostrador y me dice que puedo tomarme el día libre para preparar mis cosas y mentalizarme de que me voy a mudar a un lugar desconocido. Como nuestra casa se encuentra a un par de minutos, no tardo en llegar, pero antes de abrir la puerta del portal, Dulce aparece, sujetando una caja de cartón, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—¿Qué te ha pasado? —quiero saber, preocupado.

—¡El idiota ha roto conmigo mediante un mensaje! —me cuenta con la voz quebrada—. ¡No quiere que tengamos una relación a distancia! Pero ¿sabes qué? ¡Que se vaya a freír espárragos! Tampoco he estado tan enamorada de él durante estos tres meses. —Me tiende la caja—. Necesito que le devuelvas sus cosas, y le dices, de mi parte, que ojalá se lo folle un pez espada.

Caray, sí que le ha sentado mal la ruptura.

—¿Por qué yo? Mejor será que se la entregues tú en persona.

—Me lo debes, Leo, por decirle a tu novio que no se venga a vivir con nosotros.

—No puedo. Déjale la caja en la puerta de su casa.

—Por favor... —suplica—. Sólo tienes que entrar en la cafetería de siempre y dársela. Debo deshacerme cuanto antes de estas mierdas.

Finalmente logra convencerme, porque no me gusta nada verla sufrir por un chico. En cuanto llegamos a la cafetería, buscamos con nuestras miradas a su exnovio sin movernos de la puerta de la entrada.

—Allí está. —Mi amiga señala con su dedo una de las mesas del fondo, donde se encuentra sentado ese chico, de espaldas a nosotros.

Ya me empiezan a sudar las manos al darme cuenta de que hay DEMASIADA gente ocupando las mesas del local.

—Me voy a poner nervioso y no sabré qué decir.

—Es fácil: sueltas la caja en la mesa y te vienes corriendo. —Dulce coloca su mano en mi hombro y yo me concentro en tragar saliva mientras sostengo la caja; después añade—: Este es un buen ejercicio para tus fobias. Tu terapeuta me lo agradecerá.

A veces puede ser muy dura conmigo, pero se lo agradezco, porque ella fue una de las personas que consiguió que regresara al instituto en el último trimestre y la que me animó para presentarme a selectividad.

—Debería ser fácil para ti, que eres la actriz.

—Créeme, eso no funciona para los problemas personales.

Me tomo un minuto para respirar hondo y luego camino con paso inseguro hacia el exnovio de mi amiga, con los ojos fijos en la caja.

—Hola, Tomás —lo saludo con un hilillo de voz al detenerme a su lado.

Él levanta su vista y se me queda mirando, extrañado.

—Hola, Leo.

Yo me mantengo en pie porque creo que impongo más.

—Dulce me ha pedido que te dejara esto —le digo colocando la caja sobre la mesa, y enseguida me pongo colorado.

—¿Una caja? —Tomás frunce el ceño.

Me percató de que mi amiga está haciéndome señas desde la puerta y todo el mundo la está mirando. Después, vuelvo a centrar mi vista en Tomás.

—Tus cosas están dentro —le contesto, y siento cómo mis manos y mi voz tiemblan—. Esto... Me tengo que ir. Espero que te vaya bien la vida.

Consigo salir de la cafetería, hecho un manojo de nervios, y voy corriendo hacia Dulce, que aguarda en mi portal, sonándose los mocos y llorando.

—Voy a matarte —le espeto, pero ella me envuelve en un abrazo.

—Lo has hecho genial. Muchas gracias.

Segundos después, el sonido de mi móvil interrumpe nuestro momento y lo saco del bolsillo de mis vaqueros. Es un mensaje de Iván. Bueno, en realidad son varios, porque llevo una hora sin conectarme al WhatsApp y estará desquiciado. Como mi móvil funciona cuando le da la gana, las notificaciones tardan en llegar.

Iván: «Melocotoncito, ¿dónde estás?»

Iván: «Hace un buen rato que no te conectas»

Iván: «¿Qué estás haciendo, eh?»

Le respondo de inmediato para que no se cabree conmigo:

Yo: «Perdona, es que me acaban de llegar todos tus mensajes»

No tarda en contestarme:

Iván: «Ya, claro»

¿Qué se supone que significa eso? Sabe que mi móvil está para jubilarlo, pero no puedo permitirme comprarme uno nuevo.

—¿Es Iván? —quiere saber Dulce con sus ojos pegados a la pantalla de mi móvil, cotilleando, y yo asiento—. Ah, hoy se ha puesto en contacto conmigo un chico que quiere ser nuestro compañero de piso.

Alzo la cabeza hacia ella al oír ese disparate.

—¿Un chico?

—Es un tal Alan LeBlanc y también va a empezar a estudiar en la uni.

Alan LeBlanc. ¿De qué me sonará ese nombre?

—Dile que lo sientes y que ya hemos encontrado una chica.

—A lo mejor sería un buen compañero —me dice.

No, ni en broma pienso convivir con un tío.

—No, Dul. —La miro a los ojos—. Habíamos quedado en buscar una chica. Con un tío me sentiría muy incómodo e Iván se enfadaría conmigo. ¿No lo entiendes?

Mi amiga frunce los labios y me mira sin prestarme atención, como si se estuviera montando una conversación consigo misma en su cabeza.

—Me lo pensaré —contesta al fin—. Me voy a casa. Te informaré por si hay novedades.

Me siento agotado. La cabeza me va a mil por hora después de este maldito día y necesito estar a solas, así que me despido de mi amiga y regreso a la tienda.

—Mamá, dame las llaves de tu moto, porfa —le pido.

Mi madre saca de su bolsillo las llaves y me las tiende.

—Conduce con cuidado, cariño.

Abandono la tienda, camino hasta la moto y me quito mi gorra verde para cambiarla por el casco. Dos señoras mayores cuchichean a unos metros de donde estoy, y mis oídos se ponen en alerta cuando escuchan el nombre de mi madre.

—¿Sabes que Mireya, la que trabaja en la tienda de aquí al lado, se quedó preñada con quince años? Ni siquiera terminó la secundaria.

—¿Qué me estás contando? —responde la otra señora, que, al parecer, no estaba al tanto de las viejas noticias. Yo intento disimular, fingiendo que le escribo un mensaje a alguien.

—Como lo oyes —sigue contando la primera—. El novio se marchó porque el niño era de otro. Pobrecito. Y la muchacha tuvo que hacerse cargo del bebé por abrirse de piernas con cualquiera.

Anda, eso es nuevo. Ahora resulta que tengo otro padre.

—No me digas. —La otra mujer está que no se lo cree.

¿Se habrán dado cuenta de que estoy cerca de ellas y puede que lo esté escuchando todo? Porque no están susurrando, precisamente.

—Además, el niño le ha salido medio tonto y muy vago, porque se ha tirado un año sin ir al instituto, que me lo ha contado mi nieto. La culpa la tiene la madre, por fresca.

No pienso seguir escuchando más, así que huyo lo más lejos posible de esas dos víboras, montado en la moto. Minutos después, me hallo en lo alto de mi colina favorita, desde donde se aprecia el pequeño pueblo entero y puedo respirar aire fresco. Me tumbo en la hierba, bocarriba, y contemplo el cielo. Mi mente logra relajarse, pero no lo suficiente porque comienza a darle vueltas a la «discusión» que he tenido con Iván por mensajes y al incidente con los imbéciles del instituto que me amargaron la existencia.

En realidad puede que marcharme de aquí sea lo mejor para mí, pero me da mucho miedo la incertidumbre de la nueva ciudad. Sólo he visitado Madrid pocas veces para ir al hospital y por temas de papeleo, por eso me aterra no saber qué me voy a encontrar. Todo sería más tranquilo si a Dulce no se le hubiera ocurrido la brillante idea de añadir una persona más al piso. Espero que le diga a ese chico que no se puede venir con nosotros, aunque conozco muy bien a mi amiga y sé que hará lo que le salga de los ovarios.

Capítulo 2

Alan

Termino de hacer otro largo en la piscina y extendiendo mi brazo para coger mi móvil, que está tomando el sol en mi toalla. Rezo para que no se me caiga al agua, como me ocurrió con el anterior por culpa de mi hermana Hannah, que me pegó un susto de muerte por hacerse la graciosa. El iPhone acabó escurriéndose de mis manos y se tomó un buen baño; lo puse corriendo en arroz (porque, según dice la gente, así se arregla), pero no funcionó, así que al día siguiente mis padres me compraron uno nuevo.

Me meto en WhatsApp, que está más muerto que Mufasa, porque casi nunca me habla nadie. Sólo recibo mensajes de mi madre (preguntándome dónde estoy), de mi padre (la mayoría de veces me envía fotos de tíos y tías famosos con poca ropa), o chorradas que me mandan mis hermanos.

Entro en el grupo que tengo con mis amigos y que hace meses que ninguno de los tres habla por ahí. Dylan, que además es mi primo, sí que me ha ido mandando mensajes de vez en cuando y ha venido a visitarme a casa, aunque yo no tuviera ganas de entablar conversación con él. Y Niko, más de lo mismo, pero ha tenido menos paciencia conmigo y creo que se ha cansado de mi comportamiento.

Quiero recuperar mi amistad con ellos, porque éramos inseparables. Nos hemos criado juntos y, hace un par de años, decidimos tatuarnos un ancla en el antebrazo para marcar nuestra amistad.

Tras pensarlo durante cinco largos minutos, me armo de valor y envío un mensaje al grupo:

Yo: «¡Hola!»

No tengo ni idea de si con los signos de exclamación parezco muy enérgico o si rozo la desesperación.

Vuelvo a colocar el móvil en la toalla y hago un par de largos más en la piscina. Cuando acabo, escucho la voz de mi madre llamándome desde la cancela.

—¡Alan! ¡Ábreme! —grita. Salgo de inmediato del agua y voy a abrirle, con nuestra perrita Dora persiguiéndome—. ¡He tocado el telefonillo mil veces y te he llamado otras mil!

—Perdona, mamá. Sabes que cuando me sumerjo en la piscina estoy en otro planeta —le recuerdo, y avanzamos por el jardín hasta llegar a la puerta corredera para entrar al salón—. ¿Dónde están tus llaves?

Mi madre camina, rebuscando en su bolso y maldiciendo entre dientes, lo que me hace pensar que, o las ha perdido, o están en el fondo de ese bolso. Se arrodilla ante la mesita del salón y, mientras lo vacía, haciendo aparecer todo tipo de cosas menos las llaves, aprovecho para colocarme mi audífono en la oreja. Después, me doy cuenta de que se cae una cajita que contiene una prueba de embarazo y alargo mi brazo para cogerla, antes de que mi madre lo haga.

—Niño, suelta eso. —Me da un golpecito en la mano y me arrebató la caja; después me mira—. Es caca.

Me río al escuchar esa palabra.

—Mamá, tengo diecinueve años. Ya no hace falta que me digas que tal cosa es caca.

—Es verdad. —Suspira con añoranza—. Has crecido tan rápido, bebé...

—Sí, lo sé, pero no te desvíes del tema. —Sonrío, ilusionado—. ¿Estás embarazada otra vez?

Si me dice que sí, con ese nuevo bebé seríamos cinco hermanos (yo soy el mayor), y estoy seguro de que mis padres no se librarían de los chistes de la gente, que les aconsejarían usar preservativos, que mi madre se ligara las trompas o que mi padre se hiciera la vasectomía.

—No lo sé, sólo tengo un retraso —me responde, y me apunta con su dedo, en señal de advertencia—. Ni se te ocurra decir nada o te castigo sin móvil una semana.

Me río y me paso una cremallera invisible por los labios. Luego, escuchamos el ruido de la puerta de la entrada y mi madre esconde la prueba en su bolso. Los mellizos entran correteando en el salón, después aparece mi padre, sujetando las dos mochilas del colegio, y Hannah, detrás de él, viciada al móvil.

—Esos trogloditas van a acabar conmigo —dice mi padre señalando a mis hermanos, y suelta las mochilas en el sofá. Se acerca a mi madre y le da un dulce beso en los labios—. ¿Qué tal tu primer día?

—¡Mal! —exclama ella—. Me ha tocado ser la tutora de un grupo de primero de bachillerato caótico. ¡Parecen de primaria! Adivinad el mote que me han puesto. —Nos mira a mi padre y a mí, pero no contestamos—. ¡La rompetechos!

Mi padre y yo intercambiamos una breve mirada y estallamos en risas por el mote tan original que le han puesto sus alumnos por lo bajita que es.

Un rato después, mientras mi padre prepara algo comestible, me doy una ducha para quitarme el olor a cloro y, cuando salgo, enciendo el portátil y me meto en mi correo electrónico. Me percató de que me ha respondido la chica que busca un compañero de piso, y me dice que está disponible para que vaya a visitarlo esta misma tarde. Espero que este sea el definitivo, porque todos los que he visto hasta ahora han sido pocilgas; el último estaba lleno de cucarachas y me faltó poco para que me diese un patatús.

No me voy a ir de Madrid; sólo quiero independizarme para valerme por mí mismo y empezar la universidad tras haber estado un año sin hacer nada.

Estoy contestándole a la chica, cuando, de pronto, me llega un mensaje al móvil.

Es del grupo.

Dylan: «¡Hey, Alan! ¿Al final te has matriculado en Educación Infantil?»

Yo: «Sí. Estoy un poco nervioso, la verdad»

Dylan: «También me he enterado de que te vas a independizar jajaja»

Yo: «Qué pronto os contáis las cosas mi padre y tú»

Dylan: «Es normal, soy su sobrino preferido»

Finalmente, Niko se une a nosotros.

Niko: «¡Eh! Deberíamos quedar un día y perdernos por la ciudad con las motos,

como en los viejos tiempos. Pero, Dylan, no te traigas a la lapa de tu novia»

Dylan: «Oye, no te pases, imbécil»

Yo: «Yo quiero conocerla. ¿Es simpática?»

Niko: «Vas a querer tirarte por un puente. Es demasiado repelente. A mí me dijo que me iba a poner como un cerdo por comerme tres hamburguesas seguidas y me contó que tenían no sé cuántas mil calorías»

Dylan: «Es que es una chica saludable y se preocupa por tu salud»

Yo: «¿Cuánto tiempo lleváis juntos?»

Dylan: «Casi tres meses»

Niko: «¿Y te ha hecho abandonar el celibato ya o no? jajajaja»

Dylan abandonó la conversación.

Niko: «Qué dramático es»

Yo: «Es que te has pasado. Pídele perdón»

Vuelvo a añadir a Dylan al grupo.

Niko: «Lo siento, Dylan Darío. Ya no me meteré más con tu amada virginidad»

Dylan abandonó la conversación.

Yo: «Joder, Niko»

Niko: «No me sale portarme bien. Necesito hacerle *bullying*»

Echaba de menos estas discusiones entre ellos. Parecen dos críos de cinco años.

* * *

Cuando termino de comer, hago todo lo posible para que mi padre no me acompañe a ver el piso, porque siempre se inventa alguna excusa para que no me lo quede o simplemente no le gusta la zona, pero mi esfuerzo no sirve para nada.

—¿Vamos? —me dice mi padre, vestido de incógnito con sus gafas de sol y una gorra que pone «Naik».

Asiento y nos encaminamos hacia su coche. Me lanza las llaves y yo las cojo al vuelo.

—¿Puedo conducir a Freddy?

Nunca me ha dejado llevar su preciado coche, que lo quiere más que a sus hijos. Desde que me saqué el carnet de conducir este verano, siempre cojo a Rodolfa, que es el de mi madre, o a Cody, el antiguo que tenía mi padre.

—Sólo el viaje de ida —me responde—. Y todavía tengo mis dudas de que lleguemos vivos.

Me pongo en marcha y arranco a Freddy, superfeliz. Mi padre se encuentra a mi lado, mirando cada uno de mis movimientos a través de sus gafas de sol y rezando mientras conduzco este coche, que es una pasada.

—Estoy orgulloso de ti, no nos has estampado contra el escaparate de una tienda —comenta cuando aparco cerca del bloque donde se halla el piso.

—Será porque Freddy me quiere más que a ti —lo chincho riéndome, y nos apeamos.

—Eso ha sido un golpe bajo, Piolín. Ya no te lo voy a prestar más —me dice, ofendido; luego estudia el bloque con detenimiento y con los brazos en jarras—. No me gusta. Parece que se va a caer a cachos.

Pongo los ojos en blanco.

—No empieces, papá.

—Vale, me portaré bien.

Entramos en el portal, pero descubrimos que el ascensor está roto, y nos toca subir hasta la séptima planta por las escaleras. Cuando nos detenemos frente a la puerta del apartamento, mi padre se me adelanta y toca el timbre.

—¿Será una fan mía? —me pregunta, y yo vuelvo a poner los ojos en blanco.

Una chica negra, con el pelo moreno y muy rizado, nos abre la puerta.

—¡Hola! —nos saluda en tono jovial, y me mira—. Tú debes de ser Alan. Yo soy Dulce. Encantada. —Se acerca a mí y me da dos besos en las mejillas.

—Igualmente —contesto, y señalo al hombre que tengo a mi lado—. Este es mi padre.

—Mucho gusto, señor. —Dulce le sonríe con educación y se echa hacia un lado—. Pasad, que os enseño la casa.

Perseguimos a la chica por el pasillo, y mi padre me susurra, sin que ella se entere:

—Me cae mal. Me ha llamado señor.

—Cállate.

Llegamos hasta el salón, que cuenta con dos sofás rojos, una mesita de centro y un mueble con una televisión de plasma. A continuación, Dulce nos enseña la cocina, el baño y las tres habitaciones. Nos detenemos en la que será la mía, que es una caja de zapatos, comparándola con la que tengo en la casa de mis padres. Dispone de una cama individual, un armario pequeño, un simple escritorio de madera y una estantería, que es capaz de deformarse si me atrevo a colocar algo sobre ella.

—La puerta se queda atascada, pero si empujas con fuerza, se abre —me explica ella, y mi padre suelta un bufido, con el que adivino que no está conforme—. El otro compañero de piso está ahora mismo en su pueblo y viene el jueves, pero no vas a notar que vive aquí.

Le echo un último vistazo a la enanísima habitación. De todos los pisos que he visto, este es el que me convence un poco más y la chica me ha caído bien; espero que el chico sea majó.

—Vale, pues ya tenéis nuevo compañero de piso —digo, y mi padre me mira como si me hubiesen salido tres cabezas.

—¿Es en serio, Alan? —inquire como si no se lo creyera, y le respondo con un asentimiento de cabeza.

—Puedes instalarte cuando quieras. —La chica me tiende unas llaves—. Ten.

—El jueves, si te parece bien. Durante la semana estaré viniendo para ir dejando mis cosas.

El jueves es un buen día, porque así conozco al otro compañero de piso y, con suerte, puede que hasta nos convirtamos en buenos amigos.

Capítulo 3

Leo

Menudo récord. He conseguido sobrevivir a las horas de viaje en autobús desde mi pueblo a Madrid sin ponerme nervioso, pero lo más importante es que me he subido solo. Aunque tengo que admitir que he hecho trampa, porque antes de despedirme de mi madre en la estación, me he tomado un tranquilizante que me recetó el médico hace tiempo para este tipo de situaciones. Nunca me ha gustado automedicarme e intento hacerlo lo menos posible, pero no me veía capaz de enfrentarme a la ansiedad en un autobús. También me ha ayudado el hecho de que he estado escuchando a mi grupo favorito durante todo el viaje, con los ojos cerrados y un anciano inofensivo roncando a mi lado.

Me detengo frente al bloque donde se encuentra el piso que he alquilado con Dulce y que me pareció una chapuza la primera vez que lo vi. Subo con mi maleta las malditas escaleras hasta la séptima planta y me adentro en mi nuevo hogar, abriendo con mi llave.

Espero que el tal Alan no ande merodeando por aquí todavía. Según me ha contado mi amiga, se iba a instalar de manera definitiva hoy, pero no tengo ni idea de a qué hora, así que me he levantado supertemprano para subirme en el primer autobús, relajarme y no pillar de improviso al extraño.

Como era de esperar, Dulce no me ha hecho ni puñetero caso y lo ha aceptado como compañero sin consultármelo. El día que ese chico vino a visitar el zulo, mi amiga me mandó un mensaje para avisarme de que me preparara para vivir con un desconocido, y en ese momento quise matarla. A ella y al tal Alan.

—¿Hola? —saludo en mitad del pasillo, y enseguida sale Dulce de su habitación con los pelos revueltos y la cara hinchada, recién despierta.

—Qué pronto has venido —me dice, y se le escapa un bostezo—. Puedes respirar tranquilo. Alan no ha venido aún, pero ya hay unas cuantas cosas en su habitación.

Señalo a mi amiga con el dedo.

—Sigo enfadado contigo —le espeto. Agarro mi maleta del asa y me encierro en mi habitación sin decir nada más, comportándome como un dramático.

Vale que entre tres personas los gastos son más baratos, pero... ¿ella no entiende lo que me va a costar a mí adaptarme a esta nueva situación? Un desgaste físico y mental con el que me sentiré agotado la mayor parte del día. Por no hablar de cómo será el chico... Seguro que es el típico niño que está de fiesta todo el día, fuma porros y mete a cualquiera en casa... Porque se supone que la gente va a la universidad para «divertirse».

Y yo no.

Dejo la maleta tirada en el suelo, pensando en que las cosas se guardarán solas en su lugar correspondiente, y aprovecho para mirar el correo electrónico en el portátil, por si me han contestado de alguna oferta de trabajo. Gracias a mi maldita suerte, sólo hay una respuesta: el de canguro de una cría de cinco años. El lado positivo es que es el que más me gusta, porque los niños son los humanos que más tolero, y el negativo es que, seguramente, cuando haga la

entrevista, los padres me digan «ya te llamaremos», lo que se traduce a «no voy a dejar a mi hija con un niño inexperto como tú». Porque sí, no tengo ninguna experiencia cuidando a niños, aunque lo que voy a estudiar esté relacionado con ello.

Como no consiga ningún trabajo, no sé cómo voy a mantenerme en Madrid sólo con el dinero que me envía mi madre y la ridícula cifra de la beca. Ya me estoy viendo a mí mismo regresar a casa dentro de unos meses por no haber nacido millonario.

Antes de que aparezca el tal Alan, pego un cartel en mi puerta con las palabras: «Guarida de Leo. Queda totalmente prohibido el paso», y entro en su habitación para cotillear. La puerta se encuentra entreabierta y hay unas cuantas cajas tiradas en el suelo. Me acerco a su escritorio y descubro un portátil de color azul y con el dibujo de la manzanita mordida en medio de la tapa, así que no tardo en averiguar que el extraño es un niño con billetes. Después, voy hasta su mesita de noche, donde descansan una *Polaroid*, también azul, y un montoncito de fotografías, que lo cojo y contemplo la primera imagen, en la que aparecen tres chicos.

¿Cuál de ellos será Alan? ¿El asiático? ¿El guaperas del hoyuelo en la barbilla? ¿O quizás el rubio de bote con el *piercing* en el labio?

—¿Qué haces?

La voz de Dulce me pega un susto de muerte, lo que provoca que se me caigan todas las fotos al suelo.

—Joder, Dul.

Mi amiga se acerca a mí y me mira de hito en hito.

—¿Estás cotilleando la habitación de Alan?

—No —respondo con rapidez, y me pongo colorado—. Bueno, sí. Sólo un poco, para saber si es de fiar.

Dulce niega con la cabeza, en desaprobación.

—Eres de lo que no hay, Leo. —Se agacha para recoger las fotos que se me han caído, y yo la ayudo, rezando para que el extraño no se dé cuenta de que me he colado en su dormitorio para husmear.

Vuelvo a poner las fotos en su lugar, y Dulce y yo nos marchamos, como si no hubiera ocurrido nada.

Y me paso el resto del tiempo viendo capítulos de *Supernatural*, encerrado en mi cuarto y sin que nadie me moleste.

* * *

Necesito hacer pis y el baño está justo al lado del dormitorio del nuevo. Dulce se ha marchado hace un par de horas para comprar unas cosas y, con suerte, el otro no habrá llegado todavía, porque no he oído ningún ruido en el apartamento, así que pasaré como un cohete por delante de la puerta del terror y me meteré de lleno en el baño, por si las moscas.

Un plan perfecto en el que nada va a salir mal.

Allá voy.

Asomo la cabeza por la puerta de mi guarida y no veo moros en la costa. Salgo disparado hacia el servicio y, una vez que acabo de hacer mis necesidades, abro la puerta y me entran los mil demonios al encontrarme cara a cara con un extraño sujetando sus cosas personales para el baño.

Y el corazón me empieza a latir con fiereza.

—¡Hola! —me saluda el invasor, enérgico.

Mantenemos el contacto visual durante un microsegundo y desvío mi mirada hacia mi mano derecha, que está jugueteando con la pulsera negra de mi muñeca izquierda.

Venga, voy a intentar empezar una conversación espontánea con este desconocido, como lo he ensayado en mi cabeza. Sólo espero que no se piense que tengo algo raro en el cerebro mientras hago mi actuación.

—Hola —digo con voz ronca, mirándolo durante otro microsegundo; enseguida carraspeo y lo vuelvo a repetir—: Hola. —Y vuelvo a tener cero contacto visual con él.

—Soy Alan, el nuevo compañero de piso —se presenta; tiene la voz relajante.

Como sé que continúa mirándome, me armo de valor y vuelvo a levantar mi vista hacia él, pero esta vez añado dos microsegundos más y me invade la sensación de que su cara me suena de algo. Tiene su mano tendida para que se la estreche, mientras que, con la otra, sujeta como puede sus objetos.

En ocasiones como esta, puedo llegar a decir gilipolleces con el ritmo de mi voz demasiado rápido, o simplemente me quedo callado como si estuviera mudo, cosa que me está pasando ahora mismo. Nada de lo que he ensayado en mi mente me ha servido. No quiero parecer antipático, pero si le doy la mano, va a notar que está sudada.

—Soy Le... Leo —tartamudeo, y le estrecho la mano sin fuerza alguna.

—Encantado, compi.

De nuevo, alzo mi mirada hacia él y observo que está sonriendo amablemente. Me aparta su mano, llevándose todo mi sudor en ella, y vuelve a sujetar sus pertenencias.

—Bueno, voy a seguir colocando mis cosas —continúa, pero mis ojos están puestos en sus botes de champú y gel, su esponja azul y su neceser de Piolín, atrapados entre sus brazos.

—Eh... Claro. —Me quito del medio para que pueda pasar al baño.

—¿Qué vas a estudiar? —me pregunta cuando entra, interrumpiendo mi escapada hacia mi habitación.

Vale, no entiendo la manía de la gente en mantener conversaciones tan superficiales.

El invasor, aguardando mi contestación, saca su cepillo de dientes de su neceser y lo coloca en el vaso, donde tenemos Dulce y yo los nuestros. Yo no aparto mi vista de él, ahora que no me está mirando, y aprovecho para estudiarlo con descaro. Mi amiga se ha quedado corta contándome que Alan está muy bueno... Es de la misma estatura que yo, aunque me saca un par de centímetros; cuerpo esbelto y tonificado; tez blanca; cabello corto y rubio de bote, peinado hacia arriba como si hubiera metido los dedos en un enchufe para electrocutarse. Sin embargo, lo que más me llama la atención en su oreja izquierda es un audífono azul.

Joder, ¿es sordo? Pero si sabe hablar perfectamente y ha entendido lo que le he dicho... ¿O acaso lleva un audífono porque le gusta? No creo que ese sea el caso, pero hay gente muy loca por la vida.

Y ya se cree el dueño del baño: acaba de hacerle hueco a su neceser en el armario del lavabo.

Alan me mira, como si se hubiese dado cuenta de que lo estoy juzgando, y mis ojos observan mis manos entrelazadas, que juegan entre ellas, mientras espero a que mis mejillas se enfríen.

—¿Qué vas a estudiar? —repite la pregunta.

—¡Educación Infantil! —chillo por si no me oye.

Alan cierra la puerta del armario de un golpe, que me hace dar un respingo, y me atrevo a mirarlo con atención.

—Yo también voy a estudiar Educación Infantil. —Me mira, cruzado de brazos y con expresión de sorpresa—. ¿Por qué me lo has dicho gritando?

¿Y ahora qué digo? Nunca he durado tanto interactuando con un desconocido.

—Por... Por tu... —balbuceo, y señalo mi oreja, aunque creo que he metido la pata y ahora se va a pensar que soy un insensible—. Por tu *eso*.

—Ah, vale. —Se ríe—. No te preocupes, te oigo de maravilla. No hace falta que grites.

—Ya, perdón.

Qué bochorno.

—No pasa nada. ¿De dónde eres? —quiere saber.

—De un pueblecito de Madrid —escupo rápidamente, porque ha sido una pregunta facilita, y me permito mirarlo otro microsegundo.

—Vienes de muy cerca. —Sonríe, y me doy cuenta de su *piercing* en el lado izquierdo del labio inferior—. Yo siempre he vivido en Madrid.

—Ah... Bueno... Qué bien —le contesto, deseando salir de aquí—. Tengo que volver a mi cuarto. Me quedan muchas cosas por hacer. Ya te veré por el piso.

—Es evidente. Vivimos en el mismo.

Sólo puedo reírme con nerviosismo, porque acabo de parecer un idiota, y después consigo escaparme de esta situación e irme a mi habitación para estar a salvo y respirar hondo.

La primera impresión del invasor no ha sido tan mala. Es guapo y seguro que es consciente de ello. Además, tiene pinta de decirles a las chicas: «eh, nena, vamos a follar, pero no te enganches a mí, que yo no me comprometo». Aunque su cara me sigue resultando familiar y tengo una ligera idea de quién podría ser.

Me meto en mi Instagram desde el portátil, escribo en el buscador el nombre de mi cantante español favorito y pulso en una de las fotos.

¡Bingo! Ese tal Alan es su hijo.

Espera... ¿Qué? No puede ser real. Tiene que ser alguien que se le parece o su hermano gemelo perdido al nacer, porque no me creo que el nene de un cantante famoso esté viviendo en un piso compartido con dos estudiantes pobres.

Me pellizco en el brazo por si estoy soñando, pero no me despierto.

Es una broma, ¿verdad?

Entro en el perfil de Alan porque mi cotilla interior me lo pide.

¡Vaya, tiene un montón de fotos! La mayoría de sus mascotas o junto a su familia; también hay algunas en las que aparece solo. Pulso en una en la que sale sonriendo y la contemplo.

«Aquí vemos la sonrisa de un chico que nunca va a tener que trabajar duro para pagarse la universidad», pienso.

Qué fuerte. Aún no me lo creo.

Alguien me interrumpe, llamando a mi puerta, y la abre al instante sin que yo le haya dado permiso para hacerlo. Cierro la tapa del portátil de golpe y dirijo mi mirada hacia el invasor, que acaba de plantar sus preciadas zapatillas de deporte de marca en el sucio suelo de mi habitación. La maldita puerta se cierra con lentitud mientras chirría, como si al espíritu que habita aquí dentro le pareciese gracioso hacerme *bullying* encerrándome con un desconocido.

Y hablando del desconocido... ¿Cómo se atreve a entrar en mi guarida sin mi consentimiento? ¿Acaso no sabe leer? Aparte de medio sordo, también es ciego.

—Voy a hacer lasaña para cenar —me dice muy sonriente, y yo bajo mi mirada hacia sus zapatillas, que deduzco que las acaba de estrenar por lo blancas que son—. ¿Vas a querer un trozo?

¿Este niño sabe cocinar? ¿No se supone que los famosos contratan gente para hacer todas las

tareas domésticas sin que sus hijitos queridos den un palo al agua?

—Eh... No tengo hambre —respondo con voz temblorosa y sin mirarlo, desde la silla de mi escritorio.

De hecho, sí que me estoy muriendo de hambre, pero no me apetece socializar con el nuevo compañero de piso mientras ceno. Ya me escaparé de mi cuarto cuando no haya nadie en la cocina para pillarme algo comestible de la nevera.

—Voy a hacer de sobra por si te apetece más tarde.

—Gracias —logro contestar, mirándolo.

Alan me dedica una sonrisa; encima parece una persona simpática.

—Y la próxima vez que entres a fisgonear a mi cuarto, procura que no se te caigan mis fotos al suelo. Me he encontrado una debajo de mi cama.

Joder, mi maldito corazón va a salir volando y mis mejillas van a explotar.

—Lo siento —respondo con un hilillo de voz, pero él no parece molesto.

—No importa. No quiero empezar con mal pie contigo.

Cuando se da media vuelta para irse, se queda parado al percatarse del póster que tengo colgado tras la puerta, que es de su famoso padre a tamaño real y que debería de haber quitado en cuanto me he dado cuenta de quién es Alan para no presenciar una situación tan embarazosa. Sin embargo, el intruso se larga de mi habitación sin hacer ninguna pregunta, pero estoy seguro de que habrá pensado que soy un fan loco y acosador.

Capítulo 4

Alan

Al despertarme, he venido a la casa de mis padres para recoger un par de cosas más y llevármelas al apartamento. Ayer preparé una lasaña riquísima para cenar, y Dulce y yo nos comimos cada uno un trozo mientras veíamos una película en la tele del salón. Desde el primer momento me ha caído bien y ojalá se convierta en una buena amiga; me dijo que nunca había probado una lasaña tan deliciosa. En cambio, Leo es todo lo contrario a ella y aún no he decidido si me cae bien o mal, porque no me parece que sea un chico al que le guste hablar, pero me ha dado la sensación de que es bastante curioso y no me ha importado que entrara en mi habitación para cotillear. En la cena no se unió a nosotros, aunque esta mañana, al mirar la nevera, me he dado cuenta de que faltaba un trozo de lasaña.

—Alan, me tienes que hacer un favor de vida o muerte. —Mi hermana Hannah irrumpe en mi habitación mientras guardo un par de camisetas en una caja.

—A ver, dime. —Dejo de hacer lo que estoy haciendo y la miro.

—Esta noche, Gisela y yo nos vamos a una fiesta —me cuenta con el semblante lleno de ilusión. Ha empezado a hablar y ya sé que no me va a gustar lo que me quiere pedir—. Van a ir los chicos que nos gustan y hemos pensado, si no te importa, que les dijeras a papá y a mamá que nos vamos a quedar en tu nueva casa viendo pelis contigo. Ya sabes que están muy estrictos últimamente y quieren que me convierta en una monja de clausura.

—Ni de coña —contesto de inmediato—. No pienso mentirles a papá y a mamá para que te vayas de fiesta. Si se han vuelto estrictos, es porque lo hacen por tu bien.

Antes no eran así de sobreprotectores. Siempre habíamos tenido libertad a la hora de salir, pero desde lo que me ocurrió, son menos permisivos.

—¿Por mi bien? —cuestiona Hannah abriendo mucho sus ojos castaños—. ¡Tengo quince años! ¡Debo divertirme!

Yo también me he vuelto un pelín sobreprotector con mis hermanos al ser el mayor, pero, sobre todo, lo hago porque no quiero que pasen por lo que pasé yo.

—Pídeles permiso a ellos.

—Sabes que me van a decir que no. Gisela se lo ha pedido a la tía Sandra y no la ha dejado —me dice haciendo pucheritos, intentando ablandarme el corazón—. Por eso te pido que nos ayudes. Ya no somos niñas pequeñas y tú siempre has sido el favorito.

Suelto un suspiro.

—He dicho que no, Hannah.

—*Hi dichì qui ni, Hinnih* —replica haciendo muecas de burla. Después, se gira y su larga coleta pelirroja me golpea en la cara, antes de marcharse de mi cuarto, corriendo.

Continúo metiendo cosas en la caja hasta que aparece mi padre en el umbral de la puerta, acariciando entre sus brazos con nerviosismo a Patata, nuestro gato naranja y obeso.

—¿No te llevas tu guitarra? —me pregunta señalando con la cabeza el instrumento, que descansa en una esquina, escondido en su funda—. Hace mucho que no tocas.

—Algún día, papá.

La verdad es que echo mucho de menos tocarla, pero no me atrevo. No quiero que mis sentimientos aparezcan; ahora permanecen escondidos y congelados.

Miro a mi padre, que no para de acariciarle la cabeza a Patata a la vez que este ronronea, disfrutando del masaje.

—¿Por qué estás nervioso?

—Es que tu madre se acaba de hacer una prueba de embarazo y estoy esperando para saber si vamos a tener otro hermoso troglodita. —Sonríe; su rostro irradia felicidad—. No teníamos suficiente con cuatro.

—¿En serio? ¿Puede que tenga otro hermanito? —Finjo sorpresa, aunque se me dé fatal, y mi padre me mira con el ceño fruncido.

—¿Lo sabías?

—Sí —admito—. Le pillé a mamá una prueba de embarazo en el bolso el otro día.

—Qué cabrón, Piolín. —Niega con la cabeza, como si lo hubiera ofendido—. Ni siquiera me lo has contado, siendo yo tu favorito.

—Os quiero mucho a mamá y a ti como para elegir quién es mi favorito.

Oímos un carraspeo y ladeamos nuestras cabezas hacia la puerta, donde se encuentra mi madre sonriéndonos, con las manos tras la espalda.

—Ya han pasado dos minutos —dice, y se acerca a nosotros. Mi padre deja al gato en el suelo—. ¿Quién hace los honores?

—¡Yo! —grito. Mi madre me tiende el test y no tardo en descifrar el resultado. Una sonrisa ilumina mi rostro y miro a los dos, que aguardan a que diga algo, expectantes—. Tendréis otro troglodita.

—¡De puta madre! —exclama mi padre alzando los brazos, en expresión de victoria—. ¡Si es que yo nunca fallo! —Y se esfuma como una bala de mi cuarto, gritando por toda la casa que tendrá otro troglodita, informando a mis hermanos.

—Es como un niño pequeño —murmura mi madre.

—Enhorabuena, mamá. —Le doy un fuerte abrazo—. ¿Estarás bien?

—Sí, cariño. —Se pone de puntillas y me da infinitos besos en la mejilla—. ¿Tú también estarás bien? —me pregunta mirándome con sus intensos ojos verdes—. No me quedo tranquila dejando volar solo a mi bebé.

—Te prometo que estaré bien. Mis compis de piso son majos y estoy deseando que llegue el lunes para empezar las clases.

—¿Otro bebé? —escuchamos la voz de Mimi, que la miramos y la descubrimos de brazos cruzados, enfurruñada—. Estoy indignadísima. Voy a tener que regalaros preservativos.

Mi madre y yo nos reímos y aprovecho que estoy aquí para comer con mi encantadora familia y celebrar la noticia del nuevo miembro. Cuando llega la hora de marcharme, me meto en Cody, nuestro viejo coche, como he estado haciendo toda la semana para no ir cargando con las cajas por Madrid. Antes de regresar a mi apartamento, me detengo justo enfrente del bloque donde vive Dylan y poso mi vista en una terraza de la sexta planta, pero no diviso a nadie asomado.

¿Estará en casa? También me apetece ir a visitar a Niko.

Un golpe en la ventanilla del asiento del copiloto me saca de mis cavilaciones, pegándome un susto de muerte y haciendo que mi corazón se acelere. Cuando giro la cabeza, me encuentro a Niko.

—¿Qué haces vigilando el bloque de Dylan? —quiere saber tras acomodarse en el asiento,

mirándome con sus ojos achinados—. ¿Trabajas como espía?

—No estaba espiando —replico, y decido cambiar de tema—. ¿Has venido en tu moto?

—Menuda pregunta más tonta, Alan. ¿Cuándo me he separado yo de mi Pingüina? —Sonríe, mostrándome todos los dientes—. ¿Le hacemos una visita al monje?

—Vale.

Nos apeamos del coche y, mientras nos acercamos al bloque, me doy cuenta de la marca gigantesca dibujada en el cuello de mi amigo.

—Guau... Menudo chupetón —comento.

Niko se lleva la mano al cuello.

—Eh, sí... —Se le escapa una risita—. Es que la chica tenía hambre, porque también me ha hecho una mamada con la que me ha dejado flipando en colores. A lo mejor se creía que mi polla sabía a rollito de primavera.

—Qué elegancia tienes —le respondo, irónico. Siempre ha sido demasiado bruto contando sus intimidades.

El ascensor nos deja en la sexta planta, y mi amigo y yo caminamos hacia el piso donde vive mi primo con su padre. En cuanto Dylan nos abre, se me queda mirando como si estuviera ante un espejismo.

—Ostras...

—Mira a quién me he encontrado espiando abajo. —Niko es el primero en hablar, señalándome con su mano—. El nene ha vuelto para quedarse.

Le pego un puñetazo cariñoso en la barriga.

—Te saco un año, cabrón —le espeto; después, miro a Dylan y agito mi mano por delante de su cara—. ¿Te vas a quedar ahí plantado como un pasmarote o nos vas a dejar pasar?

Dylan por fin reacciona, pero antes de que Niko y yo entremos, aparece una chica en el pasillo, bastante guapa y con el pelo negro y liso, que imagino que será la novia de Dylan.

—¡Hola! —nos saluda ella con una amplia sonrisa al acercarse a la puerta—. Eres Alan, ¿verdad? Yo soy Diana. Mi Dylan me ha hablado mucho de ti. —Me da dos besos en las mejillas.

—Su Dylan... —murmura Niko a mi lado, y Dylan lo asesina con su mirada—. Voy a vomitar.

—Bueno, me tengo que ir a trabajar ya. Un gusto conocerte —me dice Diana.

—Igualmente —le respondo sonriéndole.

Diana le da un beso en los labios a Dylan, después se marcha y nosotros nos dirigimos al salón.

—Parece maja —comento.

—A mí me cae como el culo —interviene Niko—. Es de derechas.

—Es que a ti te cae mal todo el mundo que no vote a la izquierda —le espeta Dylan.

Saludo a Thor, el conejito angora blanco, que está metido en su jaula en una esquinita del salón, y luego Niko y yo nos sentamos en el suelo, alrededor de la mesita de centro y con las piernas cruzadas, mientras Dylan se acomoda en el sofá.

—¿Cómo conociste a Diana? —le pregunto.

—En *Tu naranja te espera*. —Me muestra su móvil y yo me echo a reír, porque no me van mucho las aplicaciones de encontrar pareja—. Empezamos a hablar y nos caímos bien.

—Ahí sólo se registran los desesperados —dice Niko, y suelta un suspiro, exasperado—. En serio, Darío, de todas las novias que te has echado, creo que Diana es la peor.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto a Dylan—. Parece mayor que tú.

—Veintiuno, igual que yo.

—Es que con esa carita de Nenuco parece un crío, y encima ni se ha estrenado —se mofa Niko, y le entra un ataque de risa que consigue que Dylan le lance un cojín a la cabeza.

—Oye, ya vale —intervengo mirando a Niko—. ¿No puedes estar sin meterte con él durante más de dos segundos?

—Hasta que de verdad le parta la cara y no lo reconozcan ni sus padres —espetea Dylan—. Puto chino.

—Español con antecedentes coreanos —lo corrige Niko levantando su dedo índice. Después, saca su móvil y teclea algo en la pantalla—. Vamos a crearle un perfil a Alan en la aplicación esa.

—¡Ni se te ocurra! —exclamo arrebatándole su teléfono de las manos.

—Sólo será para divertirnos un rato.

Tras unos minutos, Niko me enseña la pantalla de su móvil con mi perfil creado en esa maldita aplicación. Ha publicado una foto mía y ha puesto que me interesan hombres y mujeres de entre diecisiete y veinticinco años, y que vivan por Madrid o alrededores.

—Habéis perdido la olla —comenta Dylan negando con la cabeza.

—¿Te pone este tío? —me pregunta Niko mostrándome el perfil de un chico que sale sin camiseta—. Tiene buenos pectorales, ¿no?

—No. Siguiente.

Me muestra un par de chicas, a las que también descarto, y se pasa varios minutos buscándome al candidato perfecto de entre las personas con las que se supone que soy compatible.

—Esto funciona fatal. —Niko se ríe—. Eres compatible con tu hermana. Ha puesto que tiene veinte años.

—¿Qué dices?

Al enseñarme el móvil, descubro el perfil de Hannah. Sale haciéndose una foto con su teléfono frente al espejo y poniendo morritos. Se va a enterar en cuanto la pille; no tiene edad para estar usando esta aplicación.

—¿Te gusta esta tía? Está buena —continúa mi amigo enseñándome más gente. Dylan pasa de nosotros y se pone a jugar a algo en su móvil.

—No.

—Joder, Alan, así no se puede. Voy a enviarle un mensaje a la última. —Niko le da al botoncito verde, que consiste en aceptar a esa persona, y se pone a leer su perfil con una mueca de desagrado—. Vale, olvídale. Es afiliada al partido de ultraderecha; no me sirve.

—¿Qué más dará la ideología política para conocer a alguien? —nos dice Dylan.

—Tú, cállate, Darío. —Niko lo apunta con su dedo—. Todavía me acuerdo de que en las últimas elecciones le regalaste tu voto a la ultraderecha. En lugar de un cerebro, tienes a un mono tocando los platillos, como Homer Simpson.

—Fue un maldito error. Ni siquiera me leí los programas electorales.

—Ya, chicos —intervengo en son de paz, y miro a Niko—. Sigamos buscando a mi naranja.

—Vale, venga. —Niko vuelve a acercarme su móvil—. ¿Qué tal ese tipo? Mira qué nombre más ridículo: Leo León.

Cuando descubro quién es, casi me da un patatús.

—Ese es mi compañero de piso.

—¿En serio? —Niko suelta una carcajada—. ¿Le van los tíos?

—No lo sé. Sólo hemos intercambiado tres frases y hemos empezado con mal pie —les cuento—. Se metió en mi cuarto para husmear cuando yo no estaba.

—Pues dicen que los que se pelean se desean —se burla Niko, como si fuera un niño pequeño.

—Como vosotros dos —le espeto refiriéndome a él y a Dylan, que siempre se han llevado como el perro y el gato.

—Claro. —Dylan posa su mirada en la mía—. Deseo al japonés, pero para estrangularlo con mis propias manos.

—Uy, lo que ha dicho. —Niko se levanta del suelo y se abalanza sobre Dylan para molerlo a palos.

Mientras se matan, aprovecho para descartar a Leo y a más personas en la aplicación cutre, pero me paralizó al encontrarme con el perfil de ÉL y con su repugnante cara, y siento que esta situación no es real.

—¿Qué te pasa, Alan? Te has quedado blanco —escucho la voz de Niko, lejana.

—Estás temblando —añade Dylan.

Los dos no tardan en acercarse a mí, y Niko me roba su móvil de las manos para descubrir con quién he sido compatible. Dylan se agacha para sentarse a mi lado y me envuelve en un abrazo.

—Dejemos esto por hoy —anuncia Niko—. ¿Os apetece matar zombis?

—Vale, peque —le responde Dylan—. Prepara la *play*.

Sin embargo, mi cabeza sólo da vueltas sin parar.

Capítulo 5

Leo

Sé que algunos piensan que un planazo para un sábado por la noche sería salir de fiesta y emborracharse, pero para mí es hacer una maratón de alguna serie, comiendo porquerías y con la compañía de mi mejor amiga. De hecho, he aprovechado que Alan no se encuentra en el apartamento para venirme al salón y ver *Vis a vis* con Dulce.

—¿Cuánto crees que tardará en venir el invasor? —le pregunto a mi amiga.

—Ni idea. Esta mañana me ha dicho que se iba a la casa de sus padres —me cuenta, y se come un osito de gominola.

—Igual se arrepiente de haberse venido y se queda allí para siempre.

Es lo que más deseo. A lo mejor se ha dado cuenta de que no quiere vivir con unos universitarios plebeyos en un pisucho de mala muerte y prefiere quedarse con sus papis para que cuiden de él.

—Deberías darle una oportunidad y conocerlo. Por ahora parece majo —dice Dulce, y me da un golpecito con su brazo mientras me mira, traviesa—. Además, es muy mono. ¿No te has fijado?

Sí, para mi desgracia me he fijado, aunque lo haya estado mirando durante menos de un segundo. Ni siquiera soy capaz de mantener contacto visual con esos ojazos tan azules (que a mí no me engaña; estoy seguro de que llevará lentillas de color).

—Sí, muy mono —respondo al fin, y sonrío como un baboso—. Ya sabes que me pongo más nervioso con los chicos que son así, y más aún si su padre es un cantante que me encanta.

Dulce se me queda mirando con expresión de sorpresa.

—¿Su padre es cantante? ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sigo en Instagram —contesto sin vacilar. Mi amiga ya sabe que soy un *fanboy* desde que tengo uso de razón—. A su padre, no a él.

Y a Alan le he cotilleado el suyo varias veces. Hoy ha publicado un *selfie* con su habitación de fondo y, debajo, ha escrito: «empezando de cero». ¿A qué se referirá con eso?

—Guau... —Dulce continúa con cara de pasmada—. Pues cuando quedé con Alan para enseñarle el piso, también vino su padre. No me había dado cuenta de que era famoso.

—¡¿¿Cómo??!! —exclamo, anonadado—. ¿¿Álvaro Buenorro ha puesto sus preciados pies en este piso y yo no estaba presente?? ¡Dime que me estás tomando el maldito pelo!

—Tú estabas en el pueblo y no quisiste venir. —Se encoge de hombros, sonriendo de manera inocente—. No me culpes.

—¡Le hubieras pedido un autógrafo para mí!

—No sabía quién era, tranquilízate.

—¡Todo el mundo sabe quién es Álvaro Buenorro! —grito haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Yo sí lo hubiera reconocido a un kilómetro!

—Porque tú estás obsesionado con los famosos.

Miro a mi amiga, fingiendo que la odio, y después continuamos viendo la serie sin decir nada más. Hasta que su móvil nos interrumpe.

—Es Alan —me informa cuando le echa un vistazo—. Nos pide ayuda para subir unas cajas.

—Yo no voy —contesto con rapidez—. Mi fuerza física es igual que la de un bebé. Entre eso y lo nervioso que me pongo, me desmayaría en mitad del camino.

Dulce exhala con brusquedad.

—Vamos, no seas así, Leo.

—Lo siento, pero no. Dile que ya estoy durmiendo. —Me levanto del sofá y me encierro en mi guarida, a salvo de ese desconocido.

Diez minutos después, oigo a Dulce y a Alan entrar en casa, murmurando algo entre ellos y soltando unas cuantas risas; yo me he puesto a ver vídeos en YouTube en el portátil, tumbado en mi cama. De repente, se abre la puerta de mi habitación y veo la cabeza del rubio de bote asomarse.

¿Qué clase de modales le han enseñado sus papis para no llamar a la puerta del dormitorio de un desconocido antes de entrar?

—Hola —me saluda, y observo que sus manos permanecen escondidas detrás de su espalda. La puerta se cierra sola en cuanto Alan se adentra en mi cuarto, y yo dejo mi portátil a un lado y les permito a mis ojos mirar al invasor durante medio microsegundo—. Perdona que te moleste tan tarde, pero quería darte algo. —Da un paso, acercándose a mí, y me tiende un disco—. Como he visto el póster de mi padre colgado en tu puerta, he pensado que te gustaría tener un disco suyo firmado.

Mis manos deciden coger el álbum sin que yo les haya dado permiso, y lo admiro y lo manoseo sin poder creérmelo.

Oh, Dios mío. No tengo palabras para describir cómo me siento en estos momentos al tener un disco firmado de uno de mis cantantes favoritos españoles. ¡Encima sus manos lo han tocado! ¡Me muero!

Vale, mejor será que mi *fanboy* interior se calme e intente responderle a Alan algo coherente sin parecer que tengo tres años.

—Por tu reacción, creo que te ha gustado —me dice, y yo lo miro y me pongo colorado.

—Gr... Gracias —consigo decir, y me fijo en que su *piercing* brilla en su labio.

—De nada. ¿Te ha gustado también la lasaña? —pregunta en tono jocoso.

Mierda, qué vergüenza. Ha descubierto que anoche me comí un trozo... Bueno, y al mediodía me he zampado lo demás. ¡Pero es que estaba deliciosa!

—Sí. —Se me escapa una risita nerviosa y me vuelvo a poner colorado, bajando la mirada—. Lo siento.

—No pasa nada, no te disculpes. La hice para todos. —Se dirige a la puerta, pero antes de salir, vuelve a mirarme, y yo también a él—. Y gracias por regalarme un corazón en Instagram. — Me guiña un ojo y, acto seguido, se marcha.

Espera... ¿Qué? ¿Un corazón en Instagram?

Cojo mi móvil, me meto en mi cuenta y descubro que Alan me ha seguido.

Mierda.

Visito su perfil y busco la foto a la que le he dado al corazón sin querer: una en la que Alan aparece en bañador, sentado en un césped.

Qué bochorno. Habrá pensado que estoy a todas horas cotilleándolo.

* * *

Miedo me da la factura del agua en cuanto nos llegue la carta. El rubio de bote lleva más de media hora metido en la ducha, gastando agua a lo tonto, y no se digna a salir de ahí. A mí me da igual, hablaré con Dulce en privado, que es la que lleva los pantalones en esta casa, y le diré que le exija a Alan pagar la factura, porque yo no tendré los suficientes huevos como para decírselo por mí mismo. O eso, o que lo eche de casa.

Termino de comer mis cereales en la cocina, en mi soledad, pero cuando camino por el pasillo, con la intención de meterme en mi habitación, me encuentro al invasor saliendo del baño con sólo una diminuta toalla tapándole sus partes íntimas, y el pelo completamente mojado y revuelto. También me percató de que tiene un tatuaje de dos coronas en el lado del corazón, y otro de un ancla en el antebrazo.

Jesús, María y José.

Lo contemplo, paralizado, y Alan me sonríe y me saluda con la cabeza para después encerrarse en su cuarto.

Pienso hablar muy seriamente con Dulce para que le baje los humos al nuevo y le regañe por pasearse por la casa casi desnudo; es una situación violenta para mí al gustarme los chicos.

El timbre de la casa suena, pero mi amiga es la que se encarga de abrir, porque yo todavía estoy atontado en mitad del pasillo.

—¡Leo! ¡Es Iván!

Mi novio se cuele en el piso y, cuando sus ojos saltones me encuentran, se acerca a mí, esbozando una sonrisa. Dulce nos deja solos e Iván me da un beso en los labios.

—¿Cómo ha dormido mi melocotoncito? —me pregunta, y me rodea la cintura con sus brazos.

Odio que me llame melocotoncito.

—Pues bien, como siempre.

En su rostro se dibuja una sonrisa pícaro.

—¿Cuándo vamos a estrenar tu nueva habitación?

Cuando no haya ni un alma en esta casa, supongo. No me gusta tener sexo con mi novio sabiendo que en las habitaciones contiguas están Dulce y el rubio de bote.

—Cuando quieras —respondo, y me vuelve a besar.

De pronto, Alan interrumpe nuestro momento, saliendo de su habitación, ya vestido, y se nos queda mirando. En un impulso, me aparto de Iván y me sonrojo.

Espero que no le importe que su compañero de piso sea gay... Aunque si es uno de esos tíos homófobos de la Prehistoria que sienten asco al ver a dos hombres besándose, igual se larga de esta casa.

—¡Hola! —nos saluda con su envidiable energía.

Mierda, ahora me toca hacer las debidas presentaciones con lo que las odio.

Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Iván lo está desnudando con la mirada, delante de mis narices. Si llega a aparecer unos minutos antes, habría visto a Alan en directo, pero con sólo una toalla.

—Alan, este es Iván, mi novio —se lo presento; después miro a Iván—. Él es Alan, mi compañero de piso.

Los dos se estrechan la mano con firmeza; Alan, sin dejar de sonreír de manera amable, e Iván, con algo de desconfianza. Luego, el rubio se marcha del piso tras decirnos que va a pasar todo el día con su familia.

—Tu compi es guapete —me indica Iván en tono molesto y, como si no lo supiera, añade—: Te has puesto rojo. Demasiado.

—Ya.

Pasamos a mi habitación y se sienta en mi cama; yo ocupo la silla del escritorio. Sé que me va a montar una escenita de celos ahora mismo, porque le ha fastidiado que esté viviendo con un chico que no es él.

—Nos tendríamos que haber ido a vivir juntos, como hacen las parejas normales.

—Las parejas normales no se van a vivir juntas tan pronto —replico, y su expresión se torna dura.

Iván y yo nos conocemos desde siempre, algo normal en un pueblo con tan pocos habitantes. Hemos ido juntos al colegio y al instituto, pero nunca nos habíamos dirigido la palabra. Dulce y yo éramos los bichos raros de la clase que se sentaban en la última fila, e Iván era el ojito derecho de los profesores y siempre estaba rodeado de amigos. El año pasado, como estuve faltando a clase durante los dos primeros trimestres y él era el delegado, los profesores le pidieron que viniera a mi casa dos veces por semana para que me pusiera al día con el temario. Me pareció un chico que valía la pena conocer y pillamos confianza, hasta que me besó en una de aquellas tardes; luego empezó a venir a mi casa todos los días y acabamos enamorándonos el uno del otro. Él también fue uno de los responsables de que regresara al instituto en el último trimestre.

—Llevamos casi un año saliendo —me dice.

—¿Y qué? No es tiempo suficiente.

Yo necesito mi propio espacio y no me apetece cagarla haciendo nuestra relación más formal. Además, no conozco a sus padres y ni siquiera le he dicho a mi madre que es mi novio.

—¿Y con ese desconocido sí quieres vivir? —inquieta, malhumorado—. Creía que te daba miedo la gente.

Ya salió la dichosa frasecita de los cojones.

—No empieces, Iván.

—No me gusta que estés viviendo con otro tío cuando yo podría estar ocupando ese lugar perfectamente.

También se ofreció a ser nuestro compañero de piso cuando Dulce y yo nos enteramos de que habíamos sido admitidos en la carrera que queríamos estudiar, pero le pedí a mi amiga que se inventara cualquier excusa para que Iván no se viniera a vivir con nosotros. Le dijo que ya había hablado con una persona que estaba interesada y que ya nos había pagado tres meses por adelantado, lo cual era mentira, porque no encontrábamos a nadie que nos convenciera, hasta que apareció Alan, que, por muy poca gracia que me haga su presencia, parece alguien agradable con quien se puede convivir.

—¿No podríais haber buscado una chica? —pregunta Iván, y yo niego con la cabeza, un poco enfadado.

—¿De verdad estás poniéndote de esa manera por Alan? Ni siquiera sé si es gay. —Me levanto de la silla, me siento a su lado y miro sus ojos castaños—. Además, ¿y si fuera gay, qué importaría? Yo estoy contigo y eso no va a cambiar.

Iván me coge las manos.

—Lo sé, pero no me gusta ese tipo. Es muy guapo. —Baja la mirada—. Demasiado guapo como para fijarse en alguien como tú. En cambio, tú sí te puedes fijar en él.

Tengo que confesar que a veces mi novio se comporta como un auténtico cabronazo y quiero arrancarle la lengua de un tirón para que deje de decir esas estupideces. Sin embargo, me trago las palabras que deseo contestarle de verdad, como hago siempre, y le vuelvo a decir que eso jamás va a pasar, porque al único que quiero es a él.

Tras convencerlo, llegamos a la guinda del pastel: estrenar la habitación, aunque esté mi amiga en el apartamento.

Capítulo 6

Alan

Hoy empiezo las clases en la universidad y estoy superilusionado. Mis padres me han dicho por el grupo de WhatsApp que comparto con ellos y con mis hermanos que no hace falta que me manden suerte, porque me va a ir genial. Pero me hubiera gustado ir con alguna cara conocida, porque Leo se ha marchado muy temprano del piso y yo ni siquiera me había despertado.

Encuentro un aparcamiento para Cody cerca de la facultad y entro en el edificio, buscando por los pasillos repletos de estudiantes el aula que me corresponde. Cuando doy con ella, diviso en la última fila a un chico con un gorrito de lana azul y me dirijo hacia allí.

Me he dado cuenta de que Leo siempre lleva un gorrito de algún color o una gorra friki.

—Te has ido muy pronto esta mañana —le digo tras sentarme a su lado, y él posa su mirada verdosa en mí, pero la aparta de inmediato y la concentra en sus manos, que juegan entre ellas sobre la mesa.

—Es que me gusta llegar temprano a los sitios.

—Te hubiera traído en el coche. No me importa —le digo en tono amable—. Si quieres, podemos venir juntos todos los días.

Leo alza su mirada hacia mí y creo que finge una sonrisa.

—No, gracias. Prefiero venir solo.

Qué chico más raro... A mí me gusta más ir en coche a los sitios que en el transporte público, porque es más cómodo y llego antes. Encima se lo he ofrecido con toda mi buena voluntad para que nos hagamos compañía mutuamente y nos conozcamos mejor, igual que cuando le regalé el disco firmado de mi padre el sábado, pero creo que no le he caído muy bien. A lo mejor no se siente cómodo conmigo porque mi padre es famoso.

Una vez que acaba la primera clase, Leo y yo nos encaminamos hacia la siguiente, pero, por el pasillo, me paralizó, creyendo ver a alguien conocido a unos metros de distancia.

No puede ser. Mi mente me la está volviendo a jugar. De hecho, no sé nada de ÉL desde hace mucho tiempo.

—Alan —escucho la voz de Leo lejana, aunque se encuentre a mi lado—. ¿Estás bien?

El falso Simón pasa por nuestro lado y yo respiro de alivio al descubrir que sólo es un chico que se le parece.

O que mi cabeza cree que se le parece.

—¿Alan? —Leo mueve su mano delante de mis narices.

Ignoro a mi compañero de piso y huyo hacia el baño. Me encierro en el último cubículo y me siento en el suelo, con la espalda apoyada en la pared para respirar hondo e intentar volver a la realidad. Tras varios minutos en los que consigo calmarme, alguien da un par de golpes en la puerta y me sobresalto.

—Alan, ¿te encuentras bien?

Reconozco la voz Leo.

Me levanto y quito el cerrojo para abrir la puerta. Leo me está mirando con expresión de

preocupación.

—Estoy bien —le digo forzando una sonrisa, y me acerco al lavabo para refrescarme la cara.

—¿Tiene algo que ver con tus pesadillas?

Dirijo mi vista hacia él, atónito.

—¿Me has escuchado?

Como para no escucharme... Mis padres me dicen que grito mucho, y más de una vez me he despertado con el corazón acelerado y sudando a mares.

—Tengo el sueño ligero —responde con los ojos fijos en sus zapatillas de deporte.

Ahora me siento fatal por haber interrumpido sus horas de sueño.

—Lo siento por si alguna vez te has despertado por mi culpa.

—No pasa nada, Alan. —Sus ojos contemplan los míos durante un segundo; después los vuelve a bajar y juguetea con su pulsera negra de la muñeca, un gesto que ya me parece habitual en él—. No nos conocemos mucho, pero si quieres contarme algo, soy bueno escuchando a los demás.

—Gracias.

Leo se esfuerza por mirarme otra vez y me dedica una sonrisa genuina, con la que descubro un hoyuelo en cada una de sus mejillas.

—Volvamos a clase, que vamos a llegar tarde —me dice.

Abandonamos el servicio de chicos, pero, al dirigirnos hacia el aula, dos chicas nos interrumpen el paso.

—Perdona, ¿tú eres el hijo de Álvaro Buenorro? —me pregunta una de ellas escrutándome, sin dejar de sonreír.

Ya van a empezar a reconocerme las fanáticas de mi padre... En realidad no me molesta que me conozcan, pero tampoco me agrada, porque algunas se vuelven muy pesadas. A lo largo de mi vida he conocido gente que se ha acercado a mí sólo porque soy el hijo de un cantante, y eso no me mola mucho.

Estoy a punto de responderles a las chicas que sí soy el hijo de Álvaro Buenorro, cuando Leo, con una antipatía que no le he visto hasta ahora, les suelta:

—Os equivocáis de persona.

Las chicas se miran la una a la otra, luego se disculpan conmigo, avergonzadas, y se marchan.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto a Leo, impresionado, y continuamos nuestro camino hacia la clase—. Pobrecitas.

—Te acabo de salvar de unas fans pesadas. Las reconozco con sólo mirarlas —me responde sonriendo—. De nada.

Por lo menos él no me pregunta sobre mi padre ni me pide que se lo presente, y eso que es un gran admirador suyo. Cuando le pedí a mi padre que me firmara el disco, le dije que era para mi compañero de piso, y me respondió que algún día se presentaría por sorpresa para conocerlo, pero yo me negué y le contesté que, si hacía eso, no le iba a hablar en la vida.

Leo y yo entramos en clase y nos volvemos a sentar en la última fila. Un chico se dedica a repartir algo mesa por mesa y, cuando llega a nosotros, nos tiende una invitación a cada uno.

—El viernes por la noche celebro una fiesta en mi casa para darle la bienvenida al curso. Podéis traer a quien queráis —nos explica muy alegre—. No faltéis. —Y se vuelve a ir a otra mesa.

Observo la invitación, en la que están escritos el nombre del chico, la dirección de su casa, la hora a la que podemos empezar a aparecer por allí y que es el hijo del rector de la universidad, como si esto último fuera algo importante.

—No pienso ir —comenta Leo a mi lado.
—Yo tampoco.

* * *

El resto del día me ha ido genial. En cuanto he acabado las clases, Niko nos ha invitado a Dylan y a mí a comer en su casa y, durante toda la comida, me han intentado convencer para que vaya a la fiesta, sobre todo Niko, que es el más juerguista de los tres, pero no han conseguido que acepte.

Ahora mi amigo y yo estamos subiendo a mi piso por las escaleras, porque se ha empeñado en que se lo enseñe. Dylan me ha prometido que vendrá otro día, ya que hoy tenía planeado ir a una protectora de animales para echar una mano con su novia.

—Vamos, tío. Tienes que venir a la fiesta —insiste mi amigo—. No me dejes solo con Dylan y la lapa de su novia. Sé más empático conmigo.

—Qué pesado estás.

—Voy a ser tu futuro presidente, así que te convenceré.

Abro la puerta del piso y Dulce asoma su cabeza desde su habitación para ver quién ha venido.

—¡Uy, hola! —la saluda Niko en cuanto se da cuenta de su presencia. En su rostro se dibuja la sonrisa que usa para ligar, y al muy cabrón le sale perfecta, porque la mayoría de chicas caen rendidas ante ella.

Dulce sale de su cuarto y se aproxima a nosotros. Hago las debidas presentaciones y se dan dos besos en las mejillas. Niko continúa sin borrar su sonrisilla de la cara, pero parece que en Dulce no ha surtido efecto todavía.

—¿Irás a la fiesta del viernes, preciosura? —le pregunta Niko.

Preciosura.

No puedo evitar soltar una risita.

—Pues no lo sé. Me apetecería ir —responde ella mirándonos a los dos—. ¿Vosotros vais?

—Menuda pregunta. Yo soy el alma de las fiestas. Debo ir —interviene Niko dándose un golpecito en el pecho.

—Yo no voy —digo—. Leo tampoco va.

—Lo intentaré convencer para que vayamos todos juntos —interviene Dulce. Después, se vuelve a meter en su habitación porque tiene cosas que hacer.

—Dime que hay un cuarto libre para mí. —Mi amigo no para de babear, mirando la puerta de la habitación de mi compañera de piso—. Me acabo de enamorar de esa sirenita.

Este es capaz de visitarnos todos los días sólo para provocar una inundación con sus babas mientras contempla a Dulce.

—Sólo hay tres y ya están ocupadas, así que te jodes.

—Qué injusta es la vida. —Finge quitarse una lágrima de la cara y después se le ilumina la bombilla—. Por cierto, ¿dónde está ese tal Leo?

—En su cuarto, supongo.

Niko se frota las manos y echa a andar, dirigiéndose a la habitación de Leo. Lo persigo para intentar detenerlo, pero cuando llego hasta él, ya es tarde, porque acaba de abrir la puerta. Leo nos está mirando con cara de póquer desde su cama, con el portátil sobre las piernas y los cascos puestos.

¿Cómo ha sabido Niko cuál era el dormitorio correspondiente si ni siquiera se ha parado para leer el cartel de la puerta?

—Tú. —Niko lo apunta con el dedo—. Vas a venir a la fiesta del viernes sí o sí. El bombón de Dulce se ha apuntado, y Alan viene si tú también lo haces.

Leo abre la boca para decir algo, pero Niko lo interrumpe.

—Nada de protestar. La universidad existe para salir de fiesta y divertirse. ¡No seáis aburridos! Me apetece estar con mis amigos. —Posa sus ojos en Leo—. Bueno, contigo en verdad no, porque no te conozco de nada, pero quiero que vengas también. —Nos señala con su dedo, a modo de advertencia—. Así que no hay excusas que valgan. Si hace falta, os llevo a rastras. ¿De acuerdo?

Leo asiente con la cabeza, horrorizado, pero yo no digo nada porque sigo firme ante mi respuesta. Niko sabe que pierde el tiempo al intentar convencerme, porque yo no cambio de opinión tan fácil. Vamos, que es más probable que me pinte el pelo de azul a que vaya a esa dichosa fiesta de universitarios borrachos, y eso que me encanta mi bonito cabello rubio.

Unas horas después, cuando Niko ya se ha marchado del apartamento, toco la puerta de la habitación de Leo y la abro al instante. Me asomo y lo encuentro en la misma posición que cuando he entrado con mi amigo.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Leo se quita los cascos y da un golpecito en su cama, invitando a que me siente.

—Ven.

Me acomodo a su lado y echo un vistazo a la pantalla de su portátil con curiosidad, donde está pausada una serie de dibujos animados que no he visto nunca.

—¿Qué ves?

—Un anime.

Jamás he visto un anime. No es por nada personal... Es que no me llaman mucho la atención.

—Ah... ¿De verdad vas a ir a esa fiesta? —quiero saber, y Leo ladea su cabeza hacia mí.

—¿Y tú?

—No creo.

¿No creo? Antes era un no rotundo. ¿Mi cerebro se lo está pensando?

—Yo voy si tú vas —me dice mirándome.

Sonrío ante su respuesta y sus ojos verdes se desvían hacia mi boca.

¿Es esto una especie de chantaje? Porque, si es así, se va a quedar sin ir a esa fiesta; mi terquedad me lo impide.

Leo continúa con la vista posada en mis labios y yo no sé qué es lo que mira tanto. ¿Mi *piercing*? ¿Alguna mancha de Nutella? Me acabo de zampar casi un bote yo solo y ni siquiera me he mirado al espejo para comprobar si estoy manchado.

La melodía de un móvil nos interrumpe. Yo giro mi cabeza hacia la mesita de noche, que está a mi lado, y estiro mi brazo para coger el teléfono de mi compi. El nombre de su novio aparece en la pantalla y le tiendo el aparato.

—Es Iván —le informo cuando lo coge, pero no contesta a la llamada, sólo aguarda a que deje de sonar—. ¿No contestas?

Igual no descuelga porque estoy delante y no quiere que escuche lo que tenga que hablar con su novio.

—No —me responde, y pone su móvil en silencio—. Seguro que ha estado mandándome mensajes cada cinco minutos y me ha llamado porque no se los he respondido. Se pone así de pesado. —Suelta un suspiro—. No entiende que estoy haciendo otras cosas.

—Menudo rollo, ¿no?

—Sí. —Lanza el móvil a los pies de la cama—. No me gusta que me molesten cuando estoy concentrado viendo una serie.

¿Eso lo ha dicho por mí también? Porque lo acabo de interrumpir y ni me he dado cuenta. A mí tampoco me gusta que me molesten cuando veo series.

—Ah... Pues entonces te dejo para que veas la serie tranquilo. —Me levanto de sopetón de la cama.

—No lo decía por ti, Alan. —Me agarra el brazo para que no me vaya y, en un acto reflejo, aparto el mío de un tirón.

—No me toques —le espeto. A pesar de que no me ha sujetado fuerte, me incomoda que la gente haga eso.

Leo se me queda mirando, desconcertado.

—Perdón —se disculpa, y noto que le tiembla la voz.

Joder, ahora me siento mal por lo que acabo de hacer.

—No, perdóname tú —le digo forzando una sonrisa.

Después, me marcho a mi habitación, me tumbo en mi cama con mi móvil y abro el grupo familiar de WhatsApp para escribir un mensaje.

Yo: «Familia, no sé si ir a una fiesta este viernes. Van Niko y Dylan... ¿Qué hago?»

Hannah: «¿Puedo ir yo?»

Papá: «Ni de coña, Hannah Montana»

Mimi: «Seguro que no la deja ir porque es mujer»

Aitor: «Jejejejejejeje. Hannah Marrana»

Hannah: «Vete a la mierda, Aitormenta»

Mamá: «No os peleéis, bebés»

¿Alguno se ha enterado de lo que he dicho?

Yo: «¡¡¡Eoooooooooooo!!!»

Papá: «Lo que diga tu madre, Piolín»

Mamá: «Alan, ve a esa fiesta con tus amiguitos. Recupera el tiempo perdido con ellos y no bebas si no quieres»

Papá: «Claro, Piolín. No hay nada de malo en que te vayas de fiesta. Ya verás que te lo vas a pasar de puta madre»

Hannah: «Qué asco de favoritismos»

Mimi: «Estoy indignada»

Aitor: «Hermanito, folla mucho en esa fiesta jeje»

Mamá: «¡Lorenzo Aitor!»

Aitor: «Ups...»

Papá: «Mamá sargento acaba de levantarse del sofá. ¡Aitortuga, corre por tu vida!»

Tras unos segundos, Mimi envía un montón de mensajes:

Mimi: «Mamá acaba de entrar en nuestra habitación»

Mimi: «Le está tirando a Aitortícolis de una oreja»

Mimi: «Le ha quitado el móvil y lo ha castigado»

Papá: «Hostia puta, eso le pasa por hacer enfadar a la sargento»

Hannah: «Vaya familia de locos»

Yo: «Me gustaría estar allí ahora mismo»

Papá: «Qué bello es mi Piolín»

Mamá: «Bebé Alan, te echo de menos. Vuelve a casa y no te independices nunca»

Hannah: «Poto»

Mimi: «Poto»

No puedo parar de reírme. No sé qué haría sin esta familia.

Capítulo 7

Leo

Cuando entramos en la fiesta atestada de gente, enseguida me arrepiento de haber accedido a venir. No soporto estar rodeado de personas que no conozco, y menos en un ambiente como este, lleno de olores extraños, alcohol y humo de cigarro. Me empiezan a sudar las manos, me entra un calor sofocante por el cuerpo y se me seca la boca.

—¡Vamos a por algo de beber! —grita Dulce para que la podamos escuchar por encima de la música, y yo pienso que necesito meter alcohol en mi organismo cuanto antes para dejar de ser yo durante las próximas horas.

Alan, mi amiga y yo nos dirigimos hacia la mesa donde se encuentran las bebidas. Hay un cuenco gigantesco con un líquido rosáceo dentro y no quiero ni imaginar lo que llevará, así que yo mismo me sirvo en un vaso vodka de caramelo mezclado con Coca-Cola, y que sea lo que Dios quiera.

Mi expresión es de asombro cuando Alan sólo se hace con una Coca-Cola. Por su aspecto, no parece nada mojigato. La primera impresión que tuve de él al conocerlo fue la de un chulito guaperas con un *piercing* y que trata a los demás como si fuera mierda. No es que lo esté juzgando, porque casi ni lo conozco, aunque, siendo sincero, tengo muchísimas ganas de saber cosas de él, porque está claro que oculta algo; sus acciones lo delatan. Igual esta noche, si el alcohol surte efecto y me escapo un momento de los brazos de Iván, me doy el privilegio de mantener una conversación con Alan.

—Estarás de coña queriendo beber sólo eso —le comenta mi amiga señalando la aburrida Coca-Cola.

Yo no digo nada y le doy un trago a mi cubata.

—No bebo alcohol —responde Alan. Se le nota incómodo.

—¿Y una simple cerveza? —insiste Dulce, y Alan niega con la cabeza.

Mi curiosidad por él crece aún más.

—Está bien no beber —aporto algo a la conversación, pero no sueno nada convincente con mi mano sujetando una bebida alcohólica.

Dulce pone los ojos en blanco.

—Voy a buscar a unas compañeras de clase. Luego os veo, bebés —dice remarcando la última palabra, y se marcha, dejándome solo con el invasor de pisos.

—¿Por qué no bebes? —le pregunto rompiendo el hielo, pero sin mirarlo a los ojos.

—¿Y tú por qué bebes? —contraataca.

Primera curiosidad descubierta sobre él: es antipático.

No pienso contarle que bebo porque me ayuda a socializar con la gente y a no parecer un bicho raro, por lo menos cuando llevo varias copas.

—Es divertido —decido contestar, nervioso.

—Para divertirse no hace falta emborracharse.

En eso tiene razón. Quizá muchas personas no dependan del alcohol para pasárselo bien, pero

yo lo necesito.

Vuelvo a beber otro sorbo, y un brazo invade mis hombros. Iván me planta un beso en la mejilla y el corazón me empieza a palpar fuerte.

—¿Qué hay, melocotoncito? —me saluda, y desvía su mirada hacia Alan para taladrarlo con ella.

—Has llegado tarde —le digo a mi novio.

—Había tráfico —me responde sin apartar sus ojos de mi compañero de piso.

—Bueno... Yo me voy a buscar a Niko y a Dylan —interviene Alan—. Después nos vemos, Leo.

—Vale —le digo con un hilillo de voz, aunque creo que ni me habrá escuchado.

En cuanto se va, suelto todo el aire que he estado conteniendo y bebo más.

—Cuánta confianza ya, ¿no? ¿Después os veis? —expresa Iván, molesto. Mis ojos permanecen clavados en mi copa.

—Vivimos juntos.

—¿Y? Que seáis compañeros de piso no quiere decir que os hagáis amigos.

—No empieces —replico—. Por una vez que salimos...

—Es que no entiendo por qué no has querido venirte a vivir conmigo.

—Ya lo hemos hablado un millón de veces. —Me atrevo a mirarlo—. Necesito tener mi espacio.

—¿Qué espacio? Si de todas formas te ibas a quedar encerrado en casa la mayor parte del tiempo por tus rarezas.

Le quiero tirar el cubata a la cara, pero no me apetece ser el centro de atención en la fiesta, así que decido no hacer ni decir nada. Mejor me quedo callado, que es lo único que se me da bien en esta vida.

—Vamos con mis amigos.

Iván me lleva de la mano hacia donde se hallan sus nuevos y estúpidos amigos de la universidad con los que creo que no voy a encajar. Nos dejamos caer en un sofá y yo sigo bebiendo mientras ellos hablan de fútbol, sexo y conversaciones tontas y vacías. Me siento muy incómodo todo el tiempo y quiero que la noche acabe rápido para poder estar en mi cama, tapado hasta la cabeza y escuchando a mi grupo coreano favorito.

Dos cubatas y una cerveza después, me libero de la panda de trogloditas, diciéndole a Iván que necesito ir al baño, a lo que me responde con un asentimiento de cabeza y una risita, por culpa del porro que se ha fumado.

Doy vueltas por la casa para buscar el servicio y, cuando lo encuentro, me encierro con el pestillo y me miro al espejo. Estoy mareado, colorado y hecho un desastre. Me echo agua por la cara para despejarme, pero, justo cuando abro la puerta, me choco con una camiseta azul y me caigo al suelo. Me levanto al instante y miro a mi alrededor por si me ha visto alguien; después, poso mi vista en la persona con la que me he estrellado y me topo con la mirada azulada de Alan.

—Perdona —se disculpa, pero yo me quedo hipnotizado mirando el color de sus ojos.

—¿Por qué tienes los ojos tan azules? ¿Llevas lentillas? —quiero saber, y me doy cuenta de que el alcohol está haciendo de las suyas, algo que me mola.

—Los tengo así por naturaleza —me contesta esbozando una bonita sonrisa—. ¿Qué te pasa?

—Culpa del alcohol. Se me sube rápido. —También le sonrío y sé que estoy más rojo que un tomate, pero no me importa—. ¿Qué tal la noche con tu Coca-Cola?

—Muy divertida. —Ha sonado a sarcasmo—. ¿Y la tuya?

Esta conversación no tiene sentido, aunque lo bueno es que estoy socializando con alguien que no sea Dulce o Iván.

—De lo más aburrida. He logrado escapar de mi novio y de sus amigos, que estaban hablando de boberías.

¿Boberías? ¿Alguien utiliza esa palabra?

Alan se ríe.

Oh, he conseguido hacerlo reír. Merezco un premio al mejor socializador del año.

—¿Has conocido a alguna chica? —le pregunto como si estuviera pidiéndole la hora.

Si mi intuición no falla, creo que le gustan los chicos, porque llevamos una semana de clase y ha ignorado a la mayoría de chicas que intentaban tontear con él. Además, Dulce también piensa que es gay, y ella nunca se equivoca.

—Bueno... Varias se han acercado a mí. —Alan se rasca la nuca.

Vale, mi intuición es un asco. Mis sospechas no se han hecho realidad. Pero tampoco me importa, porque tengo novio.

Y esto me lleva a la segunda curiosidad sobre Alan: no es gay.

—¿Y alguna te ha gustado? —me intereso. Parezco un maldito tertuliano del *Sálvame*.

Alan vuelve a sonreír y yo miro su boca, concretamente a su *piercing*.

—No son mi tipo.

No son su tipo. Eso quiere decir que su tipo puede que tenga pene y cero tetas.

Tercera cosa sobre Alan: puede que sea gay o bisexual.

En esta situación es donde yo debería preguntarle sobre cuáles son su tipo, pero no lo hago, porque lo que pasa a continuación es una escena de lo más frustrante: una chica de nuestra clase, bastante mona y con sus pechos subidos hasta la garganta, pasa por detrás de Alan y le toca el culo de manera descarada. Él ladea la cabeza hacia ella, y esta le sonríe y le guiña un ojo, pero al ver la expresión de pánico en el rostro del rubio, se me cruza un cable en el cerebro y le grito a la chica, como si fuera un verdulero:

—¡Pero qué zorra! ¡Eso se considera acoso!

Esto no lo hubiese dicho estando sobrio.

Ella me dedica una peineta, me llama gilipollas y, por último, se marcha, contoneando su culo.

Miro a Alan, que se acaba de quedar blanco.

Cuarta curiosidad: no le gusta que le toquen el culo.

Y esto me lleva a la quinta: no le gusta que lo toquen, en general.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado.

—Sí, sólo necesito tomar el aire. —Sale disparado hacia la puerta de la entrada, y yo decido seguirlo hasta la calle, donde se sienta en un escaloncito.

Y luego me dicen que yo soy raro.

—¿Qué te pasa? —Me siento a su lado.

Alan suelta un suspiro.

—Me sentía agobiado ahí metido.

A nadie se le pone la cara como la de la novia cadáver por agobiarse. Bueno, a mí a veces sí, por mis problemas de ansiedad, pero imagino que no será el caso del invasor.

—¿Y lo de la chica? ¿Tiene que ver con tus pesadillas?

Ahora es él el que se niega a mantener contacto visual.

—Es una larga historia. —Sus manos juguetean con un colgante con su nombre.

—Soy todo oídos.

Madre mía, voy a tener que beber todos los días para hablar con alguien de esta manera.

—Pero yo no tengo ganas de contarte nada de eso, y menos contigo borracho. —Se levanta de sopetón y yo lo imito—. Además, tu novio estará buscándote por la casa. Vete, antes de que llame a la policía porque has desaparecido.

—No creo. Está muy ocupado con sus amigos, fumando porros y hablando de estupideces.

—¿No te molesta que sea de esa manera tan... territorial contigo? —inquire, y yo miro su *piercing*, embobado.

—Es su forma de ser. —Fuerzo una sonrisa—. ¿Volvemos a la divertida fiesta?

La verdad es que sí que me importa que sea así de... posesivo. Y celoso a más no poder.

—Entra tú, yo me voy a casa ya —me dice.

Yo también tengo muchísimas ganas de irme. No soporto estar más tiempo en ese ambiente.

—¿Sabes? Me voy contigo —suelto de repente—. Pero antes me compraré un kebab y me lo comeré de vuelta a casa.

Alan me dedica una sonrisa y a mí me entran ganas de probar ese *piercing* tan sexy.

No, mierda.

Tengo ganas de probar un asqueroso kebab.

—Pídele permiso a tu novio para que te permita irte. Ya sabes... —me aconseja, jocosos.

Lleva razón. Saco mi móvil, aviso a Dulce y a Iván de que me voy a casa porque me encuentro fatal y apago el aparato para que no me molesten. Alan hace lo mismo con Niko y un tal Dylan, y les pide que acerquen a Dulce a casa cuando se termine la fiesta.

De camino a nuestro apartamento, me compro un kebab y me lo zampo en el coche de Alan como un auténtico león que no ha comido en años. Cuando llegamos, mientras Alan busca sus llaves, planto mi culo en el suelo del descansillo porque todo me da vueltas.

Demasiado desgaste mental y demasiada socialización por hoy.

—¿No entras? —me pregunta el principito cuando por fin abre.

—Prefiero que me cojas en brazos y me lleves a mi habitación. Por favor, príncipe azul —le pido, exhausto.

No me creo que mi boca haya dicho esa frase. Y lo de príncipe azul... ¿Qué demonios llevaban los cubatas?

—Lo que voy a hacer es patearte el trasero como no te levantes. —Alan me tiende su mano.

Me río como un estúpido y me agarro a su brazo para levantarme del suelo. Entramos en el piso y me voy directo a la cocina para beber algo, con Alan persiguiéndome. No tengo sueño aún, así que se me cruza una idea de lo más surrealista por la cabeza.

—¿Te apetece? —Le enseño una lata de cerveza. Cada vez estoy más seguro de que lo que me he tomado llevaba alguna sustancia extraña.

—No, gracias.

—No te va a pasar nada por beberte sólo una —le digo, y se la lanzo. Él la coge al vuelo y la mira como si tuviera una bomba en su interior. Abro la mía y le doy un trago—. ¿Nunca te has emborrachado o qué?

Me mira a los ojos y no logro descifrar muy bien su expresión.

—Alguna vez.

—Bien, pues si no quieres beber conmigo, me voy a ver la tele. Compartiré mi borrachera con la señora del Tarot.

Dejo atrás la cocina, me acomodo en el sofá y enciendo la tele con el mando a distancia. Alan se une a mí en el salón, acompañado de un bote de Nutella, y se sienta a mi lado.

¿Tiene ganas de Nutella ahora? Pfff.. Este tipo parece un marciano.

Transcurre una hora en la que hemos compartido su Nutella y unas cuantas risas por las tonterías que le suelta la señora de la tele a las pobres personas inocentes y desesperadas que llaman. A una mujer le ha dicho que el bebé que lleva dentro no es un bebé, sino un alien, y a un hombre le ha contado que su esposa le está siendo infiel con el panadero.

—¿Llamamos? —me anima Alan.

—Vale —acepto, y cojo el teléfono fijo.

No sé cuánto nos timarán por llamar, pero la ocasión lo merece, aunque Dulce nos arranque las orejas cuando vea la factura. Marco el número del programa y aguardamos a que nos cojan la llamada. Tras varios intentos, por fin, la pitonisa nos habla.

—Buenas noches, soy la pitonisa Agapita. ¿Cuál es tu nombre?

—Soy... Le... —me detengo antes de pronunciar mi nombre, y miro a Alan, que se encoge de hombros—. Zeus. Me llamo Zeus.

Mi acompañante se ríe por lo bajo mientras se come su Nutella a cucharadas.

—Bien, Zeus, ¿desde dónde llamas?

—Desde Madrid —respondo a la vez que la observo en la tele.

—Qué bonita ciudad. Y, dime... ¿En qué puedo ayudarte?

—No sé... Léeme el futuro o algo de eso.

Mi compi de piso suelta otra risita.

—Mmm.. Indeciso —comenta la pitonisa—. Voy a leer tu futuro en el amor.

En el amor. Me río para mis adentros porque estará bastante negro. Iván me habrá dejado por aburrido y seré amado por una ratita blanca, de esas que se usan para experimentar en los laboratorios.

—Adelante —la animo.

Agapita cierra los ojos y coloca cada mano a un lado de su bola de cristal, que creo que contiene un Papá Noel en su interior, porque atisbo una diminuta figura vestida de rojo y con barba blanca. Después de dos minutos esperando a que la pitonisa se comunique con quien sea que le esté contando mi futuro en el amor por el pinganillo de su oído, abre los ojos y mira su bola, fingiendo concentración.

Noto que Alan se aguanta la risa, con su mano tapando su boca para no explotar, y yo me esfuerzo por mantenerme serio en todo momento, porque no quiero acabar desternillándome delante de toda España y hacer el ridículo.

—Veo... —empieza a hablar Agapita—. A alguien. —Hace una pausa y permanece con sus ojos puestos en la bola; después sonrío—. Vas a tener mucha suerte con ese chico.

Me tiene que estar hablando de Iván. Pero suerte, lo que se dice suerte, no tengo mucha con él.

—Quizá sea mi novio —contesto, y Alan se acerca a mí para oír mejor.

—No, es otro chico. Aparecerá nuevo en tu vida y no querrás dejarlo escapar. Es rubio.

Guau... Qué interesante se está poniendo la cosa. Una gran lástima que se trate de un timo.

Alan y yo nos miramos sonriendo. Lo tengo tan cerca que puedo oler su perfume y la Nutella que se ha comido.

—Ah, qué interesante —le respondo a Agapita, y desvío mis ojos hacia la tele, porque me ha empezado a latir el corazón con fuerza bajo la atenta mirada de Alan—. ¿Y qué más? ¿Alguna otra pista? ¿Dónde me lo encontraré?

—El amor de tu vida llegará cuando menos te lo esperes. Puede ser esta misma noche o dentro de cincuenta años —me cuenta la mujer, y se pone a acariciar a un gato negro que tiene a un lado

de la mesa.

Alan no aguanta más y se le escapa una carcajada; su aliento me llega hasta el rincón más escondido de mi cerebro. La mujer se da cuenta y nos mira desde la tele con el ceño fruncido.

—¿Con quién estás, Zeus?

Hostias. Nos ha pillado y no sé ni cuánto dinero llevamos gastado con la llamada.

—Con mi amigo... —Miro a Alan, esperando a que diga un nombre, pero él sólo mueve los labios. Yo no logro adivinar qué dice y me quedo atontado, contemplando su *piercing* otra vez.

Ese *piercing*.

Sin pensarlo, detengo la llamada con la pitonisa sin desviar mis ojos de la boca de Alan. Las manos me tiemblan, el teléfono se escurre de mi mano y el corazón me va a mil por hora.

Y, finalmente, lo beso.

Capítulo 8

Alan

A mí se me ha ido la olla.

A Leo se le ha ido la olla.

A los dos se nos ha ido la maldita olla.

De hecho, tan idos de la olla estamos que él se ha bebido tres cervezas y, entre los dos, nos hemos zampado casi el bote entero de Nutella. Yo no he tomado alcohol porque hace tiempo decidí no probar ni una gota, a no ser que fuera con alguien de confianza. Después, hemos llamado a una señora loca que lee el futuro en la tele, y ahora tengo los labios de Leo pegados a los míos.

Y no siento el impulso de apartarme.

Muevo mis labios sobre los suyos y él posa sus grandes pero delicadas manos en mi rostro. Su lengua lame mi *piercing* y mi corazón quiere salirse de mi pecho cuando hace eso. Continuamos besándonos y su lengua invade mi boca para entrelazarla con la mía. Una oleada de calor me recorre todo el cuerpo, coloco mis manos en su cabello y me pego más a él para profundizar el beso.

Y mi mente pierde el control.

Simón está besándome con su asquerosa boca, haciendo que por poco vomite por el appestoso sabor a alcohol que proviene de ella. Me agarra con fuerza el rostro con sus violentas y ásperas manos para que no pueda apartarme, y las lágrimas comienzan a salir de mis ojos. No sé cómo, pero me armo de valor y logro apartarlo de un empujón.

—¡Suéltame! —le grito, y me levanto del sofá.

Observo a Simón, que se ha convertido de repente en Leo.

De nuevo, mi mente ha sido más fuerte que yo.

—¿Qué te pasa? —inquire mi compi de piso con los ojos muy abiertos.

Mi pecho sube y baja con dificultad, y me invade la confusión.

—Yo... Eh... Lo siento —me disculpo, y huyo hacia el baño. Procuro calmarme, mojándome la cara y el cuello con agua, pero me sigo sintiendo sucio, como si acabara de revivir toda la escena de hace un año.

* * *

Me duele la cabeza y no es por culpa de la fiesta de ayer ni por haber dormido casi nada, sino por vivir en una constante tensión cada día y por cómo mi cuerpo responde cuando mi mente se acuerda de algo. Tampoco me puedo deshacer del recuerdo del beso de Leo de anoche; disfruté con su lengua rozando la mía, al menos durante el primer minuto del beso, cuando el innumerable no apareció aún en mi mente. Ni siquiera entiendo cómo Leo se acercó a mí para besarme; sucedió sin que me diera cuenta, pero supongo que fue porque estaba borracho.

Decido dejar de darle vueltas al asunto y me levanto de la cama para hablar con él de lo de anoche. No quiero que piense cosas raras de mí ni que se pregunte por qué lo aparté y salí

corriendo. Se merece una explicación, por pequeña que sea. No le voy a contar la verdad porque nadie la sabe, exceptuando a mis padres, Dylan y Niko.

Es una pesadilla horrible que no pienso compartir con alguien al que apenas conozco.

En cuanto abro la puerta de mi habitación, descubro a Leo parado frente a ella. Lleva un pantalón de pijama corto de color azul y una camiseta blanca; su pelo negro luce enredado y con un par de mechones ondulados cayéndole sobre la frente. Se le nota en la cara que se acaba de despertar por lo hinchada que está y por las legañas que adornan sus ojos adormilados. Yo no me he molestado en ponerme un pantalón; he dormido en camiseta y calzoncillos.

—Eh... Buenos días —digo.

Me fijo en que Leo está rojo como un tomate y juguetea con su pulsera negra, nervioso.

—S... Siento lo de ayer —se disculpa mirándome, pero enseguida baja su vista hacia sus manos. En cambio, yo lo observo, cruzado de brazos—. Yo... Eh... Me dejé llevar por el alcohol y por la emoción del momento. Mi mente se imaginó que te gustaban los chicos, pero ahora deduzco que no, por cómo saliste corriendo... —habla de manera atropellada—. Yo... Esto... Lo siento.

Tengo que aguantarme las ganas de reírme, porque sé que no voy a poder parar. Leo está muy gracioso disculpándose, ruborizado a más no poder y mirando sus manos, que parece que les habla a ellas.

—¿Algo más? —es lo único que puedo decir mientras reprimo mis risas, aunque mis ojos no pueden ocultarlas.

Leo me vuelve a mirar.

—No... Eso era todo —me responde, y se queda analizándose—. ¿Estás intentando no reírte?

Entonces estallo en carcajadas y él me contempla, perplejo.

—¿Te estás riendo de mí? —exige saber.

—Sí, perdona. —Miro sus ojos verdes, pero él los desvía hacia sus zapatillas de Batman—. De verdad, no pasa nada. Olvidemos lo que pasó anoche.

—Vale.

De pronto, se abre la puerta de la habitación de Dulce y los dos ladeamos nuestras cabezas hacia allí para encontrarnos con la imagen de Niko en calzoncillos.

—Buenos días, chicos —saluda sonriéndonos con expresión chulesca—. Voy a reponer fuerzas robándoos algo de la cocina.

—Pero qué morro tienes, tío —le espeto a mi amigo. Leo no dice nada, sólo se mira las manos con la cara muy colorada.

—¿Qué os pasa tan temprano? —Dylan sale de la cocina, sosteniendo un tazón de cereales. Por lo menos se ha dignado a vestirse antes de levantarse, no como el zoquete de Niko.

—¿Tú también te has quedado a dormir? —inquiero—. ¿Y tu novia?

—Se fue a su casa ayer —me responde, y se zampa una cucharada de cereales. Después, añade con la boca llena—: Muy incómodo el sofá, por cierto.

—Este piso está hecho un asco —interviene Niko—. Anoche me encontré una cucaracha en el baño cuando entré a mear.

—¿¡Una cucaracha!? —exclamo. Me dan pánico esos bichos, no sé qué función tienen en este mundo.

—Sí, pero tranquilo, que la maté de un pisotón y el cadáver lo dejé en el suelo —me informa mi amigo, y luego mira a Dylan—. Oye, cabeza de huevo, ¿a ti no te tocaba turno en la cafetería de mi padre?

—Mierda. —Dylan se da con la mano en la frente—. Se me había olvidado por completo.

—¿Vas a trabajar en el Chon? —le pregunto a mi primo con curiosidad.

—Sí. Necesito ganar mi propio dinero. No quiero tener que pedirselo a mi padre cada dos por tres.

—A tu padre no le va a gustar nada que su hijito esté creciendo —le respondo en tono burlón, y me saca el dedo corazón.

—Cierra el pico. No soy tan mimado.

—Pero si casi entra a hacer los exámenes por ti cuando te presentaste a la selectividad. No me jodas, Dylan Darío —se mofa Niko—. Y el año pasado te acompañó a la universidad para revisar un examen con tu tutor.

Niko y yo chocamos las manos, riéndonos, mientras Dylan come cereales, planeando nuestro asesinato. A continuación, me giro hacia Leo, pero descubro que ha desaparecido. ¿Cuándo se ha esfumado, que ni siquiera me he dado cuenta?

Dejo a mis amigos discutiendo en el pasillo sobre quién está más mimado y entro en la habitación de mi compi sin llamar. Lo encuentro buscando algo en el armario y enseguida se gira hacia mí.

—¿Te vienes a desayunar al Chon?

—No me apetece salir, Alan. Además, no conozco ese sitio e Iván vendrá a recogerme dentro de dos horas.

—Me da igual. Arréglate, que te vienes conmigo —le digo ignorando lo que acaba de decirme—. No tardaremos mucho.

Media hora después, llegamos al Chon. Dylan, antes de incorporarse a su turno, me promete que me traerá en un santiamén las tortitas con Nutella que le he pedido. Mientras tanto, Leo y yo nos dirigimos hacia una de las mesas del fondo, que es en la que siempre me sentaba con mis amigos, y veo a mi hermana medio dormida, con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas, ocupando los dos asientos, y las gafas de sol y sus auriculares puestos. Sólo la acompaña una taza, que imagino que será de café.

—Hannah —la llamo, pero no me oye, así que me acerco a ella y le quito un auricular—. Hannah Montana.

Mi hermana da un respingo y me mira a través de sus gafas de sol.

—Hey —me saluda sin ningún ánimo.

Me siento enfrente de ella y le hago una seña a Leo para que se venga a mi lado.

—¿Acabas de volver de fiesta? —le pregunto a Hannah.

—Ojalá —me responde como si estuviera a punto de estirar la pata, sumergida en la oscuridad de sus gafas de sol—. Mamá y papá están insoportables desde que te has independizado. No paran de besuquearnos y de abrazarnos a los mellizos y a mí y no nos dejan respirar. Mamá nos ha obligado a todos a dormir apretujados en su cama y no he pegado ojo en toda la noche porque el capullito de Aitor no dejaba de darme patadas.

Se me escapa una carcajada. En realidad me hubiera gustado dormir con ellos.

—Será por el embarazo.

—Menos mal que papá se va de gira, y espero que se lleve a la chiflada de mamá con él. —Se incorpora, se bebe lo que queda de su taza y se levanta—. Me voy con Gigi. —Mira a Leo, y este se pone tenso al instante—. Un gusto conocerte, extraño. —Y se esfuma de la cafetería.

—Ya sé que mi hermana es un poco rara —le digo a Leo sonriendo, pero no consigo que me mire porque está concentrado en su pulsera. Tengo la sensación de que se siente inquieto desde que ha entrado en la cafetería, o quizás esté incómodo por el beso que nos dimos ayer, que para mí

no significó nada, y para él, tampoco. Para suavizar el ambiente, añado—: Toda mi familia es rara.

Logro que alce su mirada hacia mí y que me dedique una sonrisa.

—Tu hermana es muy pelirroja —comenta manteniendo el contacto visual conmigo—. ¿Lleva tinte?

—Es pelirroja natural.

—Ah.

Dylan nos interrumpe, trayendo las deliciosas tortitas que hace tiempo que no probaba, junto con dos tazas humeantes de chocolate.

—Le he añadido cianuro al chocolate —nos informa, serio, y Leo lo mira, asustado; entonces Dylan se echa a reír—. Es broma, tranquilo. Es chocolate normal y corriente. Que os aproveche. —Y se marcha para atender las demás mesas.

Mientras Leo y yo comemos en absoluto silencio y oyendo el murmullo de los otros clientes, Niko aparece en la cafetería, ya vestido y oliendo a mi champú de menta, y se sienta delante de nosotros.

—Menuda sirenita. —Nos roba una tortita y se la empieza a comer con la mano—. Es la tía más insaciable que he conocido en toda mi vida.

—¿Qué sirenita? ¿Dulce? —le pregunta Leo con curiosidad, y mi amigo asiente con la cabeza.

—¿Es sólo sexo? —intervengo mirando a Niko—. Que luego ya sabes lo que pasa.

—Lo tengo todo controlado —me dice intentando parecer convencido.

Mi amigo es el tipo de tío que se tira a cualquier chica que le gusta. Al principio dice que es sólo sexo y que no existen los sentimientos, pero el muy imbécil se acaba pillando de ellas. Se ha enamorado de diecisiete tías desde que lo conozco, pero la mayoría nunca ha querido algo más con él y ha acabado con el corazón hecho pedazos por ser tan ingenuo.

—Me voy a casa a meterme en el sobre, que no he parado en toda la noche —dice cuando se engulle tres tortitas más, y después se larga.

Cuando terminamos de desayunar, nos despedimos de Dylan y regresamos al apartamento en mi coche, pero antes de entrar en mi habitación, Leo me detiene en mitad del pasillo.

—Alan, ¿te puedo pedir una cosa?

—Claro, dime.

—No le digas nada a Iván sobre lo que ocurrió anoche, ¿vale? —me suplica—. Que quede entre tú y yo.

—No le diré nada a tu novio, te lo prometo. —Le tiendo mi meñique, pero Leo permanece quieto, mirando mi dedo—. ¿*Dedipromesa*?

—¿Qué?

—Tienes que juntar tu meñique con el mío para reforzar nuestro secreto.

—Ah... Ya. —Acerca su meñique y lo entrelaza con el mío, sin borrar su expresión de estar interactuando con un extraterrestre.

—Pues ya está.

Cada uno recupera su dedo y después me giro, con la intención de entrar en mi cuarto, pero Leo vuelve a impedírmelo, aunque esta vez lo hace sujetando mi brazo con su mano, y siento que su contacto me quema la piel. Me doy la vuelta otra vez y él, al darse cuenta de mi semblante tenso, me suelta.

—Perdón. —Posa su vista en sus manos—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Ya me estás haciendo una pregunta, pero adelante.

Leo alza su mirada y sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Te gustan los chicos?

—Sí —le respondo con una sonrisa.

—¿Eres gay?

—Has dicho que sólo me ibas a hacer una pregunta y ya van tres.

—Tienes razón. —Leo se pone colorado y también sonrío; después afirma—: Entonces eres gay.

—Mmm.. No exactamente. —Me muerdo mi *piercing*—. Mis padres siempre me han dicho que tengo que comer de todo.

Leo se echa a reír, un pelín nervioso, y se rasca la nuca.

—Vale, vale. Ya has aclarado mis dudas —me dice—. Esto... Me voy a mi habitación a esperar a Iván. —Se da la vuelta y, acto seguido, se encierra en su guarida.

¿Sus dudas? ¿Qué le importará mi orientación sexual cuando tiene novio? Yo no voy por ahí preguntándoles a los desconocidos si les atraen los hombres, las mujeres, los marcianos, los unicornios o todos.

Capítulo 9

Leo

—¿Cómo te fue la entrevista de trabajo? —me pregunta Dulce el lunes por la mañana, desayunando cereales en la cocina del apartamento, antes de ir a clases.

El invasor de Alan está sentado en la encimera, medio dormido y esperando a que la cafetera le prepare su café. No hemos vuelto a hablar de ese beso tan raro, algo que agradezco, porque bastante avergonzado me siento por haber hecho el ridículo con él.

—Fatal —le respondo a mi amiga—. Ni siquiera me van a llamar.

Cuando me presenté en la casa de esa familia el sábado por la tarde, hecho un flan y con la resaca de la borrachera que me pillé la noche anterior, me hicieron la entrevista y enseguida me dijeron que yo no era la persona que buscaban.

—¿Y qué vas a hacer si no encuentras trabajo?

—Pues tendré que hacer las maletas e irme al pueblo. —Me encojo de hombros con indiferencia—. Mi madre no gana lo suficiente para ayudarme a pagar los gastos.

—Mis padres están buscando a alguien de confianza para que haga las tareas de casa —suelta Alan desde la encimera, sujetando su taza de Piolín, mientras me mira—. ¿Sabes cocinar?

Espera... ¿Sus padres? ¿Trabajar para mi cantante favorito? No, gracias.

Abro la boca para intentar contestarle algo, pero Dulce se me adelanta.

—¡Claro que sabe cocinar! Era el encargado de hacer la comida en su casa porque su madre trabaja mucho.

—Entonces, perfecto —interviene Alan tan sonriente—. Si quieres, los llamo ahora mismo.

—¡No! —exclamo. No quiero trabajar para esa gente; no sabría cómo comportarme y me daría un ataque de ansiedad en el primer minuto de la entrevista—. ¡Con tu padre no!

Alan suelta una carcajada y saca su móvil.

—Mis padres no te van a comer, son gente normal —dice, pero se queda pensando durante un segundo—. Bueno, en realidad no son normales, pero son geniales. —Teclea algo en su móvil y se lo lleva a la oreja. Yo rezo para que sus padres estén ocupados y no puedan coger el teléfono—. Hey, papi, mi compi de piso busca trabajo y está interesado en ser el sustituto de Marga. —Hace una pausa y bebe un sorbo de su café, con la vista fija en el suelo—. Sí, tu fan. —Pone los ojos en blanco; luego continúa—: Vale, yo se lo digo. Te quiero. —Y cuelga.

Me están empezando a sudar las manos y siento cómo mi corazón se acelera.

—¿Qué ha dicho? —pregunto con voz temblorosa.

Alan se baja de la encimera de un salto.

—Que esta tarde te pases por mi casa porque quieren conocerte. Yo te llevaré.

Mierda.

El principito se larga de la cocina con paso decidido.

—Me has metido en un buen lío —le espeto a mi amiga.

—Ya me lo agradecerás.

El resto de la mañana ni siquiera soy capaz de atender a las clases, porque pierdo el tiempo

mentalizándome de que voy a conocer a mi ídolo, y no paro de recrear en mi cabeza las posibles conversaciones que tendremos. Alan me nota nervioso y me pregunta de vez en cuando si estoy bien, pero le ordeno que se calle con toda mi mala hostia.

* * *

«Aquí tenemos la mansión que heredará un chico sin dar un palo al agua cuando sus padres fallezcan», pienso cuando Alan aparca su coche delante de su palacio. Nos apeamos y permanezco parado, jugueteando con mis manos y respirando con dificultad.

—Te va a ir genial —me asegura Alan, y coge mis manos sudadas; las tuyas son tan suaves como el culito de un bebé.

—¿Crees que debería de haberme vestido de una manera más elegante? —le pregunto obligando a mis ojos a mirarlo.

Le hubiera pedido a Iván alguna camisa en vez de ponerme mi vieja camiseta de la suerte de *Supernatural*.

—Estás bien así, Leo —me contesta, sincero—. Mi madre seguro que está en pijama, y mi padre, en calzoncillos.

¿En calzoncillos? ¡¿En CALZONCILLOS?! El corazón me late más deprisa al oír eso.

Respiro profundamente durante cinco largos minutos, con la esperanza de que se esfumen mis tonterías mentales, mientras Alan aguarda a mi lado con infinita paciencia. Cuando estoy listo, atravesamos la cancela y caminamos hasta la puerta de la entrada. La casa cuenta con un enorme jardín, una piscina y un husky siberiano gigante mirándome desde su caseta, que me saluda con un ladrido.

—Ella es Dora —me indica Alan señalando a la perra—. Es muy buena.

—Ah... Yo tengo un perrito que se llama Plátano.

Mi compi de piso se echa a reír.

—Es un nombre muy original. Me encantan los plátanos.

Jesús de mi vida. Ha dicho que le encantan los plátanos.

Alan abre la puerta con sus llaves y nos adentramos en el palacio.

—¡Mamá, papá! ¡Ya hemos llegado! —grita desde el recibidor.

Una mujer, a la que le saco dos cabezas, se acerca a nosotros muy sonriente. Viste unos *leggings* negros, unos calcetines con dibujitos que no alcanzo a ver y una sudadera verde que le queda algo ancha; su cabello es castaño y lo lleva largo y ondulado. Es, sin duda, la madre de Alan (me he estudiado todas las caras de los miembros de su familia desde su Instagram), pero parece bastante joven, incluso más que mi madre.

—Mamá, este es Leo —me presenta Alan.

La mujer me escruta con unos hipnóticos ojos verdes, y yo me tenso y siento mis mejillas arder.

—¡Hola! —me saluda, simpática, y me da dos besos—. Encantada de conocerte, Leo.

—Gracias, igualmente.

—Venid conmigo.

Perseguimos a la mujer hasta el salón, donde lo único que me llama la atención es un gran piano de cola negro, y me indica que tome asiento en la mesa, en la que un gato obeso ronca tan pancho.

—Espera un momento, que voy a avisar a mi marido.

Cuando desaparece, Alan se sienta a mi lado, pero no lo miro y centro la vista en mis manos,

con unas inmensas ganas de salir corriendo. Oigo voces aproximándose al salón, y yo me levanto de inmediato en cuanto entra la madre de Alan con...

Ay.

Que alguien me traiga una bolsa para poder respirar.

—Sé educado, por favor —le pide ella, y posa sus ojos herbosos en mí—. Yo soy Ariadna, pero puedes llamarme Ari. —Después, señala a su marido—. Y este gruñón es Álvaro.

Mis ojos se encuentran con mi ídolo, que permanece de brazos cruzados sin apartar su mirada de mí, con pinta de estar analizándome. Es mucho más guapo en persona, más alto, con el pelo más alborotado y oscuro, los ojos más marrones y profundos, las orejas más grandes, los labios más sexys, está mucho más bueno... En fin... Es mucho más todo y sólo puedo pensar en casarme con él.

—Ya sabe quién soy —suelta mi ídolo, y me dedica una media sonrisa. Dios, me ha sonreído—. Es mi fan.

—Papá, no empieces, por favor —interviene Alan, avergonzado—. Me estás dejando en ridículo.

Ni siquiera soy capaz de apartar mi mirada del Buenorro.

—Piolín, tu amigo está más tieso que el palo de una fregona —le dice Álvaro a su hijo, y después me tiende su mano—. Mucho gusto, Leo.

No sé cómo, pero mi cerebro reacciona enviándole la orden a mi mano para estrecharla con la de mi ÍDOLO.

Lo he tocado. No me lo creo. No pienso lavarme la mano en toda mi vida.

—Sentémonos ya —ordena Ari.

Me vuelvo a mi sitio, ellos se sientan frente a mí, y Alan, a mi lado, que coge el gato en brazos y lo deja en el suelo.

—¿Es mudo? —le susurra Álvaro a su mujer como si yo no estuviera presente—. Es el primer admirador que no grita cuando me ve.

—Cállate —le espeta ella, y su mirada se posa en mí—. Bien, Leo, ¿sabes cocinar?

Esa pregunta es fácil.

—Sí, sé hacer de todo. Mi madre nunca se ha quejado. —Se me escapa una risita nerviosa.

—¿Te gustan los niños? —vuelve a preguntar Ari—. Porque tenemos unos mellizos de nueve años muy revoltosos y una adolescente un poco rebelde.

—Sí, claro. Se me dan bien.

Álvaro no deja de observarme, curioso, y yo me siento intimidado, sudando por cada poro de mi piel.

—¿Cuántos añitos tienes? —inquieta mi ídolo fingiendo voz dulce, como si tratara con un niño que acaba de salir de la guardería.

—Diecisiete —le contesto con voz temblorosa, y a él se le entenece el rostro—. Cumplo los dieciocho dentro de unas semanas.

—Qué criaturita... —murmura, y yo me obligo a mantener el contacto visual con él; entonces la siguiente pregunta que me hace me pilla desprevenido—: Del uno al diez, ¿cuánto te consideras mi fan?

—Papá, ¿qué tendrá eso que ver para que trabaje aquí?

—Cállate, Piolín —le ordena a su hijo, y vuelve a mirarme. Ari repiquetea con sus dedos en la mesa, impaciente—. Respóndeme.

¿Qué le contesto a este hombre? Si le digo diez, va a parecer que soy un acosador, y si elijo el

uno, no me contrataría. Mi fanatismo es más de diez: cien.

—Diez —logro responder, al fin.

—Bien, bien. —Álvaro aplaude, sonriendo—. ¿Y cuál es tu canción favorita de las mías?

Uff, la verdad es que me encantan todas sus canciones. Me las sé de memoria y siempre las canto en la ducha.

—Entre las nubes y las estrellas.

—Buena elección.

—¿¿Te puedes callar ya?? —le grita Ari a su marido, y su cara se torna roja de rabia. Yo me asusto y Alan se muestra impasible—. ¿Qué clase de preguntas son esas? ¡Estás obsesionado con canturrear!

—¿Yo canturreo? —inquire Álvaro discutiendo con su mujer, con la expresión llena de diversión—. ¿Canturreo?!

—¡Sí, te vas a canturrear y abandonas a tu esposa embarazada, a tu hijo favorito, a los mellizos y a tu hija adolescente llena de hormonas!

Álvaro le sonríe con cara de bobo enamorado.

Dios, sigo queriendo casarme con él.

—No es Hannah la única que está llena de hormonas. —Mi ídolo le acaricia la mejilla con ternura a su mujer, y a ella se le saltan las lágrimas.

—Puto embarazo, joder —masculla Ari. Se levanta de la silla y desaparece del salón mientras Álvaro se mea de la risa.

Alan corre en busca de su madre, y yo me quedo quieto y un pelín sorprendido. ¿Se comportarán así todos los días? Si me contratan, será de lo más divertido trabajar aquí.

—Leo —Álvaro pronuncia mi nombre cuando se calma de sus risas, y me mira fijamente—. Te voy a explicar las reglas. La primera: tratar a mis hijos como si fueran tus hijos, incluso mejor. La segunda: informarme a mí de todo, aunque Ari no quiera. La tercera: ayudar a Ari en todo, aunque no quiera. Y la cuarta, y no por ello menos importante: ni se te ocurra mirar a mi hija de quince años, ¿entendido?

—Entendido —respondo con un hilillo de voz.

—Pues empiezas mañana, chavalín.

Yo sólo digo que sí con la cabeza.

—¡Papi! —Un niño aparece en el salón y se sienta sobre el regazo de Álvaro. Sé que es Aitor, uno de los mellizos—. ¿Por qué mami está llorando? ¿Está triste?

—No, cariño. —Su padre le da un beso en su pelo negro, del mismo color que el suyo—. Es porque está feliz.

El niño ladea su cabeza en mi dirección y me fijo en que tiene los mismos ojos verdes que su madre y las orejas de su padre. Es un Álvaro en miniatura.

—Hola —saludo al peque con una sonrisa.

—¿Quién es ese? —le pregunta a su padre señalándome con su diminuto dedo—. Tiene cara de calabaza de Halloween.

¿Cara de calabaza de Halloween? Jamás me habían dicho algo así.

Álvaro suelta una carcajada.

—Es Leo y va a trabajar en casa —le explica, y después me tiende un papel—. Tienes que firmar esto. Es un acuerdo de confidencialidad. No debes decirle a nadie dónde vivimos y todo lo que pase y escuches entre estas paredes se queda aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

Caray, me voy a cagar encima. No me esperaba algo como esto... Aunque es comprensible,

siendo Álvaro una persona famosa.

—Claro. —Firmo el documento.

—Pues perfecto. —Mi ídolo me dedica una sonrisa y yo no puedo evitar derretirme en mi interior; después, dirige su mirada hacia Alan, que acaba de regresar—. Piolín, enséñale la casa a Leo. Si lo hago yo, se va a desmayar con mi presencia.

Razón no le falta.

—Ay, papá. Soportar tu ego es agotador —le responde Alan.

El inmenso salón-comedor, decorado con varios cuadros en las paredes y pintado de blanco para que dé la sensación de que es más luminoso todavía, cuenta, además de con el gran piano de cola, con una mesa de centro de madera, dos sofás negros (uno de ellos, con forma de ele), una tele de plasma pegada a la pared, que parece la pantalla de un maldito cine, y una mesa de comedor gris con ocho sillas. En la planta baja se encuentran la cocina, un baño, el cuarto de la limpieza y dos habitaciones, que imagino que serán de invitados, porque no hay nada personal en ellas. Alan me guía por las escaleras de caracol y me enseña la planta de arriba, que contiene otro baño, un pequeño gimnasio y cinco dormitorios más.

—Este es el mío —me dice cuando entramos en la última habitación, que es tres veces más grande que la mía en la casa de mi madre.

Las paredes están pintadas de azul cielo y siento envidia, porque siempre he querido tener mi cuarto así, y no blanco con gotelé. La enorme cama se encuentra en medio, con una colcha con el dibujo de Piolín; también hay un escritorio de madera blanco, un par de estanterías del mismo color con colecciones de películas, libros y discos, y una guitarra apoyada en la pared.

Joder, esta es la habitación de un chico que nunca ha tenido que compartirla con los ronquidos y pedos de su abuelo.

—Muy bonita —es lo único que puedo comentar.

Lo último que me enseña es el desván, que contiene un gran ventanal, un sofá rojo debajo de este, unos cuantos pufs, materiales para pintar, varias guitarras, un teclado de piano, una cámara réflex colocada en un trípode, varias estanterías y un escritorio con un ordenador de mesa.

—Aquí es donde mis padres trabajan en sus proyectos —me cuenta Alan—. Casi siempre están con el pestillo echado porque no les gusta que los molesten.

Qué mal repartido está el mundo... Esta gente vive en una mansión con todo tipo de lujos, y mi madre en un pisucho que se va a caer a trozos y que ni siquiera puede pagar.

Una vez que el principito termina de enseñarme su palacio, nos despedimos de sus padres y de sus hermanos, y regresamos a nuestro cutre apartamento.

El lado positivo es que he salido vivo tras conocer a mi futuro marido que me dobla la edad.

* * *

No ha sido muy buena idea aceptar el trabajo de empleado del hogar de un famoso. Acabo de salir de la casa de los padres de Alan tras un día agotador y en el que mi fobia social ha aumentado treinta metros de altura. Los malditos mellizos y Hannah han estado cachondeándose de mí, tirando de todo al suelo para que lo limpiara, quitándome el gorrito y me han interrumpido un millón de veces tocando una campanita, como si fuera un esclavo. Esos niños son lo peor y creo que no les caigo muy bien, porque no han parado de decir que prefieren a la mujer que estaba antes que yo. Claro, yo me quedaba cortado sin saber muy bien qué soltarles por si aparecía alguno de sus padres, que han pasado la tarde entera en el desván, haciendo quién sabe qué,

aunque el pequeño Aitor ha comentado que se encierran allí para follar (palabras textuales de él).

En cuanto entro en el apartamento, me dirijo a la cocina, con la intención de prepararme un bocata, pero me encuentro a Alan y a Niko riéndose, cubiertos de harina y con la cocina hecha un desastre.

¿Dónde está Dulce? ¡Debería poner orden en esta casa y no permitir que Alan traiga extraños, y mucho menos que formen escándalo! Pero supongo que mi amiga estará encantada de que su nuevo novio esté aquí, y me siento un poco molesto, porque aún no me ha contado lo que ocurrió el día de la fiesta con él.

Niko, cuando se percata de que alguien los está observando, ladea su cabeza hacia mí.

—Hey, Leo —me saluda con la cara blanca por la harina; Alan también me mira.

—¿Qué tal el primer día en mi casa? —me pregunta el principito—. ¿A que los mellizos son adorables?

Sobre todo adorables... Son monstruos enanitos que te chupan las energías y hacen que tu autoestima descienda hasta el subsuelo. Por no hablar de Hannah, que me ha estado contemplando con animadversión mientras me llamaba «muerto de hambre».

—Claro, adorables... —logro decir con sarcasmo, y me dirijo hacia los armarios para coger mi paquete de cereales.

Iba a prepararme un bocadillo, pero no tengo ganas de aguantar a estos dos ni molestarlos en su fiesta de la harina.

—¿No quieres bizcocho de Nutella? —inquire Niko antes de que me marche, y consigo mirarlo un segundo—. Lo hemos hecho nosotros.

—No, gracias —contesto, y veo a Alan zamparse un trozo que tiene muy buena pinta.

—De todas formas, yo ya me iba a mi casa. —Niko se lava la cara en el fregadero y se seca con un trapo; luego, atraviesa la cocina, se detiene a mi lado y se da la vuelta, mirando al invasor—. Alan —lo llama, y le dice algo en lengua de signos, riéndose.

Estoy atónito. Sabe lengua de signos.

Primero miro a Alan, que le responde a su amigo de la misma manera, y después a Niko, que le dice otra cosa con señas. Ladeo mi cabeza hacia Alan, de nuevo, como si estuviera presenciando un partido de tenis, y le levanta a su amigo el dedo corazón. Luego el asiático se despide de nosotros y se marcha del apartamento.

—Voy a ducharme, que estoy hecho un asco —me dice Alan.

—Y yo voy a mi cuarto.

En serio, cuando pille a Dulce pienso ordenarle que le diga a Alan que no hable en lengua de signos delante de mí; es de mala educación, porque no entiendo nada y a lo mejor se ha reído con su amigo de mí en mi propia cara.

Capítulo 10

Alan

Como lleva ocurriendo toda la semana, entro en la primera clase y ya está Leo sentado en la última fila, con los ojos pegados a su móvil. Me he ofrecido a traerlo (de hecho, la semana pasada se vino conmigo), pero desde el lunes le ha dado por rechazar mi oferta y prefiere venirse en transporte público a la facultad.

Ocupo una mesa de la primera fila para atender mejor, y una chica se sienta a mi lado. No recuerdo su nombre, pero me ha hablado en un par de ocasiones.

—¡Hola, Alan! —me saluda bastante enérgica, dedicándome una sonrisa.

—Hola.

Ni siquiera la saludo con entusiasmo. No es que me apetezca ser antipático con ella, porque he nacido con una personalidad encantadora; es que estoy medio dormido por no haber pegado ojo en toda la noche por culpa de una pesadilla.

Mi móvil vibra sobre la mesa y lo cojo. Es un mensaje de Leo.

Leo: «Te has puesto la camiseta al revés»

Agacho mi vista y descubro la etiqueta en el cuello de la camiseta. Después, giro mi cabeza hacia la última fila, donde se encuentra Leo sonriéndome; entonces le devuelvo la sonrisa y le contesto al mensaje.

Yo: «Dicen que da buena suerte»

Bloqueo el móvil y lo dejo donde estaba cuando entra el profesor en el aula. Sin embargo, me llega otro mensaje y decido colocar el aparato bajo la mesa para disimular y que no me pille siendo un maleducado.

Leo: «Da muy mala imagen en un niño rico como tú. Pareces un mendigo»

Hago todo lo posible por evitar una risita.

Yo: «Tú sí que pareces un mendigo»

Leo: «Lo sé, y a mucha honra. Hannah me llama muerto de hambre, pero supongo que será culpa de la edad»

Yo: «No le hagas caso. A veces puede ser muy grosera»

No es cosa de la edad; tiene mucho carácter. A mí me ha llamado cosas peores porque se

piensa que soy el favorito. Un día les soltó a mis padres que querían más a un niño cualquiera que se encontraron en la basura que a sus hijos biológicos.

Mientras el profesor continúa explicando, me llega otro mensaje.

Leo: «Esta noche has vuelto a despertarme. ¿Otra pesadilla?»

Yo: «Sí... Perdona por despertarte»

Leo: «No pasa nada, Alan. Si necesitas compañía, la puerta de mi habitación está abierta para ti»

Qué amable y hablador está por mensajes. Cuando estamos cara a cara no se atreve a mirarme o me contesta con monosílabos.

Yo: «Gracias :)»

Miro a Leo, que vuelve a tener sus ojos puestos en mí, y le dedico una sonrisa genuina. A continuación, me aparta la mirada para escribir en su móvil. No tarda en llegarme su mensaje.

Leo: «De nada :)»

Para cuando finaliza la clase, recojo mis cosas para irme de la facultad, ya que la profesora que me toca ahora no ha venido, y la chica que se ha sentado a mi lado me acorrala junto con uno de sus amigos.

—¿Qué vas a hacer ahora, Alan? —me pregunta ella, y se acomoda su flequillo recto con su mano.

—Pasar unos apuntes a ordenador.

—¡¡¿¿ES VERDAD QUE ERES HIJO DEL BUENORRO??!! —grita su amigo como si yo fuera sordo totalmente. Odio cuando hacen eso; es bastante molesto—. ¡¡SOY MUY FAN DE ÉL!!

—Sí, soy su hijo —le respondo lo más educado que puedo.

—¡¡A VER SI ME LO PRESENTAS ALGÚN DÍA Y ME CUELAS EN ALGUNO DE SUS CONCIERTOS, COLEGA!! —vuelve a chillar, y me da un golpecito en el hombro, en plan amistoso, como si fuéramos colegas de toda la vida. Yo me pongo tenso por el contacto físico.

—Yo también soy muy fan —interviene la chica. Por lo menos ella no me pega berridos—. Se nota que sois padre e hijo. Os parecéis mucho.

—Ya, claro... Esto... Me tengo que ir —continúo hablándoles con toda la amabilidad que me queda.

Leo pasa por mi lado, mirando sin disimulo a estos dos como si fueran especímenes; entonces me despido de ellos y alcanzo a mi compi de piso.

—Los gritos del chico se escuchaban desde kilómetros —comenta Leo entre risas mientras caminamos hacia la salida.

—Esto es lo malo de ser el hijo de un famoso, pero ya estoy acostumbrado. —Me río—. ¿Vas a casa?

—No. Voy a la estación de autobuses a comprar un billete para irme mañana a mi pueblo con Iván.

—Ahh... ¿Y cuándo regresas?

—El domingo por la noche.

Nos detenemos frente a mi coche y lo abro antes de despedirme de Leo.

—¿Me puedes traer de la casa de mis padres una lamparita con forma de luna? —le pido—. Está en mi mesita de noche.

Me mira, enarcando una ceja.

—¿En mi contrato también pone que tengo que ser tu recadero? —inquire, y se pone colorado; yo esbozo una sonrisa.

—La necesito.

—De acuerdo, te la traeré, principito.

—Gracias. —Acercó mi mano a su cara y le tiro del moflete—. Nos vemos luego.

Me marchó en Cody y, diez minutos después, aparco cerca del Chon y atravieso la entrada para colocar mis cosas en la mesa de siempre y que nadie me robe el sitio. Mi tío John se encuentra sirviendo mesas, así que me cuelo tras la barra y me preparo un café con Nutella y nata por encima.

—Alan, ¿no tienes clases? —me pregunta mi tío cuando se da cuenta de que he venido.

—Es que ha faltado mi profe.

—Ahh... Pues Niko se ha tenido que venir a casa porque dice que está enfermo con mariposas en la barriga —me cuenta, y niega con la cabeza, en expresión reprobatoria.

Yo me echo a reír.

—No tiene remedio, eh.

Después, mi tío continúa trabajando y yo me hago con un trozo de tarta de queso, que la habrá preparado él, y vuelvo a mi sitio. Le hago una foto a mi desayuno y la subo a mi Instagram, donde no tarda en aparecer un comentario de Niko.

«Tío, no te muevas de ahí, que ahora mismo voy. Tengo que contarte una cosa muy importante»

Genial, ahora va a venir a contarme sus últimos líos amorosos cuando tengo que pasar infinidad de apuntes al ordenador porque no me apetece dejarlo para el fin de semana.

Mientras aparece Niko, cotilleo mi Instagram y Leo le regala un corazón a la imagen que acabo de publicar. Me meto en su perfil, donde sólo tiene fotos de su perro, y veo que lo siguen diez personas; entre ellas estamos mi padre y yo. Seguramente Leo se volvió loco cuando su ídolo quiso seguirlo.

—Me he enamorado —escucho la voz de Niko, y yo levanto mi cabeza y me lo encuentro sentado frente a mí, comiéndose mi tarta de queso como si no se hubiera alimentado desde el mes pasado.

—¡Esa es mi tarta!

—No es tuya —replica con la boca llena—. La ha hecho mi padre número dos y ni siquiera la has pagado, así que me pertenece.

—¿No estabas enfermo del estómago?

Se zampa lo que queda de tarta en un abrir y cerrar de ojos y me tiende el plato.

—Ay, sí, tío —me dice, y se traga el último trozo—. No me puedo quitar de la cabeza a tu compi de piso. Me he quedado megapillado de ella.

—El que se supone que tenía controlada la situación... —me mofo.

—Pfff... Es que es tan guapa... —Se le escapa un suspiro de enamorado y mira hacia la nada, totalmente ido de este mundo—. Me encanta hundir mi mano en ese pelazo tan rizado, que parece un nido de pájaros, y acariciarle y besarle esa piel del color de la Nutella.

—Menudo poeta.

—He encontrado a mi Beyoncé...

Todavía no me explico por qué se enamora tan rápido de las chicas. A mí nunca me ha pasado nada parecido con las parejas que he tenido, ni mariposas ni aceleraciones de corazón. Quizás el amor no esté hecho para mí, aunque me gustaría vivir una historia intensa y, a ser posible, que me dure toda la vida.

* * *

—Aquí tienes tu lamparita —me dice Leo cuando llega al apartamento tras terminar de trabajar en casa de mis padres, y coloca la lamparita sobre la mesa de centro.

Me ha pillado viendo la octava temporada de *Anatomía de Grey* en el salón con la compañía de mi querida Nutella, que me la estoy comiendo a cucharadas gigantes.

—Gracias —le contesto.

Él me sonríe y desaparece para darse una ducha. Sin embargo, en cuanto transcurren veinte minutos, oigo a Leo llamarme a gritos y no tardo en plantarme frente a la puerta del baño, preocupado, por si le ha ocurrido algo.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—No hay agua caliente —me responde; su voz me llega amortiguada tras la puerta—. ¿Puedes cambiar la bombona de butano? Creo que se ha gastado.

—Claro. Espera un momento.

Me meto corriendo en la cocina, donde se encuentra el calentador, y abro uno de los armarios inferiores, en el que tenemos la bombona. Me agacho para inspeccionarla, pero no tengo ni idea de cómo quitarla y cambiarla por la otra, por si meto la pata y acabamos volando por los aires, así que regreso a la puerta del baño y doy un par de golpes.

—¿Ya la has cambiado? —inquire Leo—. Me estoy congelando.

—No sé cómo hacerlo.

—¿Cómo que no sabes? ¿Tus papis nunca te han enseñado o qué?

—En mi casa usamos termo eléctrico —le respondo de mala gana.

Se abre la puerta de sopetón y aparece un Leo con el pelo cubierto de espuma y sólo una toalla tapándole la entrepierna. Yo intento reprimir una carcajada.

—Eres un maldito principito —me espeta mirándome a los ojos, y se encamina hacia la cocina, maldiciendo entre dientes.

Voy tras él y, mientras permanece concentrado en cambiar la botella vieja por la nueva, mis ojos no paran de observar su cuerpo, sobre todo su ancha espalda, y cómo sus músculos se contraen cuando levanta la bombona a causa del esfuerzo. No obstante, me llama la atención un tatuaje que tiene dibujado en la parte de atrás de su cuello, justo en medio de la zona cervical, pero no logro verlo bien porque hay un poco de espuma y un mechón de pelo estorbando. Estoy a punto de acercar mi mano a su cuello para apartar lo que hay, cuando Leo se pone en pie.

—¿Ves? No era tan complicado —me dice, y sujeta con fuerza su toalla para asegurarse de que no se le desprende del cuerpo.

—¿Me enseñas tu tatuaje del cuello? —le pido de pronto, esbozando una encantadora sonrisa

—. Por favor.

Leo se me queda mirando, extrañado, pero después asiente y se da la vuelta. Quito la espuma que tapa el tatuaje y echo su mechón de pelo hacia un lado para contemplar la tinta negra de su piel.

—La runa vikinga inguz —comento acariciando el dibujo con mis dedos, y noto que Leo se estremece con mi tacto.

—¿La conoces? —Se da la vuelta, sorprendido.

—Sí. Yo también la tengo. —Le muestro mi muñeca, donde se puede apreciar el mismo tatuaje que el suyo, que me lo hice hace un par de meses.

—Guau. —Los ojos de Leo casi se le desprenden de las cuencas, mirando mi runa—. Qué casualidad.

—¿Sabes qué significa?

—Nuevo comienzo —me contesta, y los dos sonreímos.

—¿Tienes más tatuajes? —le pregunto con curiosidad.

—No, ¿y tú?

Le enseño el ancla de mi antebrazo y Leo lo contempla, fascinado.

—Me lo hice con Niko y Dylan porque siempre hemos estado muy unidos —le cuento, y después me toco el lugar del corazón con mi mano, por encima de la camiseta—. Aquí tengo dos coronas con las palabras «mamá» y «papá», porque ellos lo son todo para mí. Seguro que las has visto cuando salía de la ducha.

—Ni me he fijado, la verdad —me dice.

—Y también tengo otro que no te pienso enseñar porque está en un lugar comprometido —continúo, pero sin borrar mi sonrisa.

—¿En el pene? —suelta completamente horrorizado, con un ligero rubor en las mejillas—. Ahí te habrá tenido que doler, ¿no?

Se me escapa una risa.

—No lo tengo en el pene. Está en una nalga, pero, como comprenderás, no voy por ahí enseñándole mi culo a los demás.

—Ah... —Me aparta su mirada y se rasca la nuca, incómodo—. Bueno, voy a seguir duchándome.

Una vez que Leo vuelve a la ducha, yo continúo viendo la serie, y Dulce llega al apartamento y se une a mí, pero, tras diez minutos, Leo le pide que lo acompañe a su habitación porque la necesita para una cosa. Segundos después de que desaparezcan, comienzo a oír cómo discuten, porque se han dejado la puerta abierta.

¿Qué les pasa ahora?

Me levanto del sofá para poner orden, ya que no me dejan escuchar la tele, y me asomo al cuarto de Leo. Descubro a Dulce sacando prendas del armario como una loca para mirarlas y lanzarlas a la cama, inconforme; Leo se encuentra de pie y de brazos cruzados, observando el desastre que está montando su amiga.

—¿Puedo saber qué hacéis? —los interrumpo, y los dos giran sus cabezas en mi dirección.

Leo es el primero en hablar:

—Nada.

—Iván lo ha invitado a comer con sus padres el domingo y no tiene nada «elegante» para ponerse —me cuenta Dulce dibujando unas comillas en la palabra «elegante»—. Le ha ordenado que se ponga una camisa, pero no tiene ninguna. Aquí sólo hay camisetas gastadas.

—Mejor será que le diga que paso de ir. Seguro que no les caigo bien —interviene Leo, que no para de jugar con su pulsera—. Me va a dar un infarto... No se me dan nada bien las comidas familiares y acabaré soltando tonterías, y más con los padres de Iván. Ojalá me muera el domingo por la mañana para no tener que ir a esa tortura, pero reviviría el lunes para estar aquí, con vosotros, tan tranquilo. Es que yo no sé para qué...

—¡Cállate ya! —lo interrumpe Dulce. Yo los miro desde el umbral de la puerta—. Sabes que no soporto a tu novio, pero estoy segura de que sus padres te adorarán, porque es imposible no hacerlo.

—Nadie me adora —replica Leo.

—Mis padres te adoran —suelto yo para aportar algo, y los dos me vuelven a mirar. Mis ojos se posan en Leo—. Dulce te adora, yo te adoro, tu madre te adora... Todos te adoramos.

—Pues a mí me caes mal —me responde Leo, y frunce la nariz, porque creo que se acaba de arrepentir de lo que ha dicho—. Perdón. Cuando estoy nervioso o borracho soy demasiado sincero.

—No te preocupes —le digo haciendo un ademán con la mano—. Espérame un momento.

Acto seguido, me largo de su habitación para irme a la mía y coger de mi armario un puñado de camisas de todos los estilos y colores, colocadas en sus respectivas perchas. Después, regreso al cuarto del mendigo y las tiro todas sobre su cama.

—Venga, elige la que quieras.

Leo se queda mirando mis camisas como si fueran lo más feo del mundo.

—No te ofendas, pero no me gusta tu manera de vestir. Eres un poco pijo y a veces tu estilo es muy gay.

A Dulce se le escapa una risotada y yo enarco las cejas, incrédulo.

—Define «estilo gay» —le digo a Leo.

—Mmm... Pues no sé. —Frunce los labios y se hace con una de mis camisas, justo la que tiene un estampado de piñas—. Las camisas de dibujitos y colores.

—Son prendas alegres —le espeto, un pelín ofendido—. Además, no insultes mi manera de vestir, porque tu ropa es sosa y aburrida. Meto la cabeza en tu armario y me entran ganas de llorar, porque sólo tienes prendas negras. Parece que todos los días vas de funeral.

—Oh, perdone, su majestad, por vestir de mercadillo y no con marcas caras —me responde agitando sus manos por los aires, algo que me hace sonreír.

—En el mercadillo también venden ropa de diferentes colores, no sólo negra.

—Venga, chicos. —Dulce intenta poner orden y después le echa un vistazo a las prendas que hay sobre la cama—. Pues a mí me encanta la manera de vestir de Alan; es muy original y te alegra el día.

—Alguien que me comprende. —Paso un brazo alrededor del cuello de mi nueva amiga, le doy un beso en la cabeza y vuelvo a mirar al mendigo—. Elige ya alguna.

Mientras Leo mira una a una mis camisas y las va descartando, Dulce nos dice que se tiene que dar una ducha, ya que dentro de una hora ha quedado con Niko, y nos deja a solas en la habitación.

—¿No tienes ninguna camisa negra? —me pregunta Leo observando una camisa azul con dibujos de Piolín—. Joder, estás obsesionado con este muñequito.

—Esa me la regaló mi padre hace una semana. ¿A que es preciosa?

—Es hortera e infantil —comenta sin dejar de mirarla con horror, y la lanza sobre la cama—. ¿Ni siquiera tienes alguna que no parezca que se la va a poner un niño de preescolar?

Pongo los ojos en blanco, exasperado, y rebusco, de entre todas las camisas, una verde sin

ningún estampado.

—Esta te quedará genial por el color de tus ojos.

Leo coge la prenda y la contempla, haciendo una mueca.

—Vale, me la probaré —dice al fin—. Espérame fuera.

—Leo, acabo de verte con sólo una toalla —le recuerdo esbozando una sonrisilla, pero él me taladra con su mirada—. Vale, vale. Espero fuera.

Tras aguardar cinco minutos en el pasillo, Leo sale de su habitación, luciendo mi camisa como si estuviera ahorcado, porque se ha colocado mal la parte del cuello, así que me acerco a él y se la pongo bien. Noto que traga saliva, tenso, y después le plancho la prenda con mis manos. Le echo un último vistazo y asiento con la cabeza, en señal de aprobación.

—Sigues pareciendo el mismo mendigo de siempre, pero estás guapo y elegante.

—¿Tú crees?

Vuelvo a asentir con sinceridad y él sonríe con las mejillas sonrojadas. A continuación, se quita su gorrito de lana negro y se revuelve el cabello con las manos, despeinándolo aún más.

—¿Y sin gorro cómo estoy? —inquire.

—Despeinado.

—No me refería a eso, pero ya que lo mencionas, no me peino casi nunca —confiesa.

Acerco mis manos a su pelo, todavía húmedo, y le peino los mechones, pero, al acomodarle los de la frente hacia un lado, descubro una pequeña cicatriz a unos centímetros más arriba de la sien derecha, casi llegando al nacimiento del pelo. Me atrevo a acariciarla con mis dedos con suavidad, preguntándome cómo se la habrá hecho, y ahora es cuando me doy cuenta de que siempre la esconde tras unos mechones.

Sólo se me viene un nombre a la cabeza y espero equivocarme.

Miro a Leo a los ojos, que sabe perfectamente lo que estoy pensando.

—Me caí —me dice, o mejor dicho, miente. Yo aparto mis manos de su frente y él se tapa la cicatriz con su pelo—. Con la moto de mi madre.

—¿No llevabas casco?

—Sí... —Duda un momento y su mirada viaja hacia sus manos—. No... No sé. No me acuerdo, en realidad —continúa, y percibo cierto temblor en su voz. Después, cambia de tema y logra mirarme—. ¿Crees que me irá bien con los padres de Iván?

Si son iguales que el hijo, me temo que no, pero no quiero que se ponga más nervioso de lo necesario.

—Les vas a encantar —le aseguro, y él me sonríe, tímido.

El Alan del pasado, tan cariñoso, le hubiera dado un abrazo, no sólo para tranquilizarlo, sino también como muestra de afecto, pero el Alan de ahora es incapaz de hacer algo tan simple como abrazar a un casi desconocido.

Joder, ¿en qué me he convertido? Yo le repartía abrazos a todo el mundo, aunque no tuviera confianza.

—Gracias por ayudarme —me dice.

—De nada.

Leo no es un desconocido; necesito abrazarlo. El otro día le di un abrazo a Dulce, que también es una casi desconocida.

Tras varios segundos debatiendo con mi yo interior, consigo rodear con los brazos a Leo, pero él se queda quieto y sin saber muy bien cómo reaccionar, porque le ha pillado desprevenido.

—Suerte —le digo, y me separo de él—. Cuando regreses, quiero que me cuentes todos los

detalles por si tengo que darle una paliza a Iván, ¿vale?

—Nunca he visto a ningún principito mancharse las manos de sangre —me responde sonriendo, y me fijo en los hoyuelos de sus mejillas—. Pero te lo contaré.

Yo le contesto mediante lengua de signos, porque Dulce me contó hace unos días que a Leo le molestaba que hablara así. El mendigo me mira, embobado y sin comprender.

—¿Qué significa?

—Que tienes cara de calabaza de Halloween —miento.

—Ah.

Entonces le guiño un ojo, me doy la vuelta y me marcho de su habitación, riéndome para mis adentros.

En realidad le he dicho que me encantan sus hoyuelos.

Capítulo 11

Leo

No ha cambiado nada el pueblo durante las semanas que he estado fuera, pero tengo la sensación de que han pasado mil años desde que me despedí de mi madre en la estación, y ahora me siento fuera de lugar en este sitio.

Mientras me dirijo hacia la tienda de mi madre arrastrando mi maleta con la compañía de Iván, me encuentro por el camino a varias señoras criticonas, que se ponen a cuchichear en cuanto me ven, pero yo intento ignorarlas, como me recomendó mi psicóloga en la terapia de ayer, que también se interesó por mi nueva vida en Madrid y le conté que me iba bien, excepto por el nuevo trabajo y porque tengo que aguantar vivir con un extraño al que apenas conozco.

—Me voy a mi casa, melocotoncito —me dice Iván en cuanto nos detenemos frente a mi tienda—. Procura estar presentable mañana y no me pongas en evidencia delante de mis padres. Tampoco quiero que te vistas con tus camisetas de friki ni con tus gorros andrajosos —me ordena por millonésima vez desde que ha planeado la comida familiar; después, me apunta con su dedo, en expresión autoritaria—. Y mucho menos saques a relucir tu pluma. Compórtate como un tío normal.

Demasiadas cosas quiere cambiar de mí.

—¿Se me nota la pluma? —inquiero llevándome una mano al pecho, impresionado.

—¿Que si se te nota? Me avergüenzas cada vez que hablas y haces esos gestos tan ridículos y afeminados —me responde en tono molesto—. Pareces una mujer.

Me siento ofendido, porque no es algo que haga a propósito; forma parte de mi personalidad y creía que no se me notaba tanto.

—Intentaré hacer lo que me dices —es lo único que le contesto con un hilillo de voz.

Iván se despide de mí sin darme un beso siquiera, y yo entro en la tienda de mi madre. Ella, en cuanto se da cuenta de que he llegado, sale del mostrador y me da un fuerte abrazo y un beso en la mejilla; luego me recorre con su mirada de arriba abajo.

—Qué bien te sienta la ciudad —me dice—. Estás cambiado.

—Yo lo veo como siempre —interviene mi abuelo, que está sentado en un taburete, sosteniendo su móvil—. Como un chihuahua con mirada huidiza.

—Gracias, abuelo.

Mi madre regresa a su lugar, detrás del mostrador.

—Cuéntanos cómo te va en la universidad, en el trabajo que has conseguido, en tu nuevo piso, en el amor... —Se le escapa una risita cuando pronuncia la última palabra, y tanto ella como mi abuelo me miran, expectantes.

—En la universidad bien; en las clases me siento en la última fila para pasar desapercibido —les empiezo a contar—. En el trabajo estoy estresado, pero me pagan una buena cantidad sólo por ir de lunes a viernes un par de horas por las tardes. Mi nuevo piso está hecho una mierda, pero me gusta vivir allí con Dulce, aunque con el otro compañero no. Y no pienso hablaros sobre el amor. —Hago una mueca de desagrado al pronunciar esa palabra, como si fuera algo vomitivo.

Mi abuelo y mi madre intercambian una rápida mirada y después vuelven a mirarme.

—¿Por qué no te gusta vivir con ese nuevo compañero? —quiere saber mi madre.

—Porque no lo aguanto. Parece que desayuna felicidad todas las mañanas y me dan mal rollo las personas así. Además, es algo maleducado, porque habla con sus amigos en lengua de señas — me quejo, y saco mi móvil para enseñarles una foto del Instagram de Alan, en la que sale haciéndose un *selfie*, megasonriente—. Es este.

Mi madre coge mi móvil para estudiar detenidamente a Alan, y mi abuelo se asoma para hacer lo mismo.

—Es muy mono y muy rubio —comenta ella, y me devuelve el teléfono—. Parece buena persona.

—No te creas —le respondo—. Es rubio de bote y retoca sus fotos. En persona pierde mucho.

Mi abuelo se echa a reír ante mi comentario, y mi madre me mira y niega con la cabeza.

—Yo no te he enseñado a criticar a la gente, Leo. No sé de dónde se te ha pegado ese comportamiento.

—¿De este pueblo de mierda, tal vez?

—Cuidado con esa boca —me regaña, y golpea el mostrador con su palma.

—Pues yo creo que quiere darle por culo a su compañero de piso —interviene mi abuelo, que sólo abre la boca para soltar ordinariesces.

Lo miro, atónito, y las mejillas se me colorean de rojo.

—¡Papá! —exclama mi madre.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo que sea mentira? —se defiende mi abuelo mirando a mi madre, como si yo no estuviera presente—. Ya sabemos que a tu hijo le encantan los pepinos.

Lo siguiente que me atrevo a hacer es agarrar mi maleta del asa y esfumarme de la tienda, queriendo hacerme invisible. No les he contado nunca que me gustan los chicos y no tengo ni idea de cómo lo han averiguado, porque tampoco creo que se me note mucho, ¿no? Además, no es algo que considere necesario contarles, porque se supone que hay que tratar la orientación sexual de cada uno con total naturalidad, sin usar la típica frase «salir del armario».

Una vez que llego a la casa en la que he crecido, mi perrito Plátano viene a recibirme, eufórico, y le doy mimos durante un rato, sentado en el sofá. Después, abro el grupo de WhatsApp que creó Dulce hace unos días, en el que también ha incluido a Alan, y envío un mensaje con una idea que no para de rondar por mi cabeza.

Yo: «¿Se me nota la pluma?»

Tras unos minutos, Alan es el primero en hablar.

Principito: «Un poquito, ¿por qué?»

Por lo menos es un chico sincero.

Yo: «Por nada. ¿Qué puedo hacer para que no se me note?»

Principito: «¿Y por qué quieres que no se te note? No es nada malo»

Yo: «Porque no me gusta. Tú no tienes pluma»

Como tarda en contestar, me pongo a lanzarle la pelota a mi perrito, que me la trae al instante y, tras unos minutos, me llega otro mensaje.

Principito: «¿Y qué? Cada uno tiene su forma de ser y no hay dos personas iguales. No puedes fingir ser un Leo diferente. Eres único con tu pluma, tus gorritos y tu ropa de vagabundo. No intentes cambiar por alguien que no merece la pena»

Releo su mensaje veinte veces, por si se me ocurre algo coherente para responderle, pero me quedo con la mente en blanco. Al final, Dulce hace acto de presencia en el grupo.

Dulce: «Mira, Leo, si Iván te ha dicho que no le gusta algo de ti, ya sabes a dónde te aconsejo que lo mandes. Estoy de acuerdo en todo lo que ha dicho Alan»

Yo: «Ya»

Lanzo el móvil al otro sofá, porque no me apetece escribirles nada más.

* * *

Acabo de ducharme y ya estoy empezando a sudar. Todavía falta una hora para comer con Iván y sus padres, y creo que me va a dar un infarto o me voy a desmayar en mitad del baño, me golpearé la cabeza contra el inodoro, me saldrá un litro de sangre y mi madre me encontrará tirado en el suelo, inconsciente, y mañana se celebrará mi solitario entierro, porque sólo se presentarán mi madre, mi abuelo, Dulce, Iván... Y quizás Alan, con su familia, por mero respeto.

Sacudo la cabeza e intento pensar en otra cosa que no sean mis suegros o mi futura muerte. Salgo del baño y me meto en la habitación de mi madre, donde tiene un espejo de cuerpo entero. Por suerte, se ha marchado hace un rato para pasar el día con unas amigas, y mi abuelo ha quedado con «mi futura abuela», según él.

Observo mi figura en el espejo y enseguida pienso que estoy horrible con la camisa de Alan y sin nada decorando mi cabezón. Decido hacerme una foto con el móvil y la envío al grupo de WhatsApp para que mis compis de piso opinen y se desternillen a mi costa.

Yo: «Bueno, ¿cómo estoy? Sed sinceros»

Contemplo la foto que les he enviado, en la que salgo horroroso y demasiado serio, porque no soy nada fotogénico. Por fin, mi amiga contesta.

Dulce: «Lo siento, me gusta más el Leo que conozco, y no esa versión moldeada por un imbécil. Ah, y no te pega nada esa camisa»

Yo: «Gracias por tu opinión»

Dulce: «No te ofendas. Querías sinceridad»

Principito: «Pues a mí me parece que te queda fenomenal mi camisa»

Yo: «He pedido sinceridad, Alan»

Principito: «Te he dicho la verdad. Estás muy guapo, Leo»

¿Por qué será que no me lo creo y me lo está diciendo por educación?

Yo: «Mmm.. Vale»

Guardo mi móvil en mi bolsillo y, durante lo que me queda de tiempo, ensayo mentalmente las posibles conversaciones que tendré con los padres de Iván. Carraspeo y le tiendo la mano a mi reflejo en el espejo, como si fuera mi suegro.

—Buenas tardes, señor —lo saludo simulando voz ronca, como un «auténtico hombre»—. Encantado de conocerle.

Parezco un camionero hablando con ese tono tan masculino y se van a dar cuenta de que estoy fingiendo, porque mi verdadera voz no es tan grave.

Ensayo otra vez el saludo, pero con mi voz natural y firme, aunque estoy seguro de que, a la hora de la verdad, casi ni se me escuchará y tartamudearé por culpa de los nervios.

Soy ridículo, ya está.

Cuando el móvil marca la hora de mi muerte, bajo hasta mi portal, donde ya está Iván esperándome con su sonrisa de asesino en serie, como si yo fuera el almuerzo que se va a comer junto a sus padres. Se ha puesto unos vaqueros y una camisa roja de cuadros negros.

—Melocotoncito. —Me da un casto beso en los labios y sus ojos me recorren, evaluando mi atuendo—. ¿De dónde has sacado esa camisa?

—Ehhh... Pues... —Me rasco la nuca, algo incómodo. Si le digo que me la ha prestado Alan, se va a poner hecho una furia—. Me la ha comprado mi madre. ¿Te gusta?

—Te queda fatal, pero estás mejor así que con tus camisetas frikis.

No sé cómo tomarme ese «cumplido», así que me ahorro darle las gracias. Unos minutos después, ya estamos parados frente a la puerta de su casa e Iván abre con su llave. Yo no puedo parar de mover mis manos sudadas y siento que mi corazón amenaza con salirse del pecho. A continuación, mi novio me invita a pasar, y el olor a paella inunda mis fosas nasales; enseguida aparece el alcalde de este pueblucho, que es su padre, vestido con un soso traje negro con una corbata del mismo color, junto a su mujer, que se queda detrás de él, en un segundo plano.

—Papá, este es Leo —me presenta Iván—. Leo, estos son mis padres, Eladio y Josefa.

Miro al señor a los ojos durante un microsegundo y le tiendo la mano, pero, para mi sorpresa, no se digna a estrechármela, y yo permanezco como un idiota con la mano suspendida en el aire.

—Encantado de conocerle, señor —me atrevo a decir con voz casi inaudible.

No sé cómo descifrar la expresión del padre de Iván: es una mezcla entre repulsión, decepción, vergüenza... Es tan alto e imponente que me hace sentir insignificante. Me he cruzado con él por el pueblo en varias ocasiones, pero nunca hemos interactuado.

—Así que... —Eladio mira a su hijo mientras me señala con su dedo—. ¿Esto es tu pareja?

—Sí, papá —le responde Iván.

El hombre vuelve a posar sus ojos saltones en mí, igualitos a los de su hijo, y después se da la vuelta y comienza a caminar, imagino que hacia la cocina.

—¿Comemos? —interviene Josefa para suavizar el ambiente.

Iván entrelaza su mano con la mía, que creo que está sudada, aunque tengo mis dudas, porque la mía también se encuentra así. Los cuatro nos dirigimos a la cocina, donde ya está la mesa puesta con un mantel de la bandera de España y un toro dibujado en medio.

Estoy sudando hasta por los mechones de pelo.

Iván y yo tomamos asiento, uno al lado del otro, y su padre, frente a nosotros, que no deja de mirarnos en todo momento con animadversión. Josefa es la que nos sirve la comida y nos llena las copas de vino, para después sentarse junto a su marido.

Siento que tiemblo por cada parte de mi piel y, si no fuera porque mi culo parece estar fijado a la silla con pegamento, ya habría huido.

Comenzamos a comer en un silencio sepulcral y yo no despego la vista de mi plato. De vez en cuando le doy un par de sorbos al vino, porque necesito alcohol para aguantar esta situación tan embarazosa con mi suegro y su ideología de extrema derecha.

—Te ha salido el arroz muy baboso, Josefa —comenta Eladio, pero la mujer no dice nada, sólo agacha la cabeza—. No sirves ni para hacerme de comer.

Yo bebo más vino, que se ha convertido en mi mejor amigo, y no tarda en subirse a mis mejillas, porque las noto calientes. Iván y su padre se ponen a hablar sobre política; yo me aburro al instante porque no entiendo nada, y me concentro en comer más paella, que está deliciosa, y en beber todo el vino que puedo. Mi suegra también se queda callada durante la conversación y, de vez en cuando, le rellena la copa de vino a su marido y me dedica sonrisas sinceras, así que deduzco que será una persona maravillosa y no entiendo qué hace casada con un señor tan machista y que la trata como un cero a la izquierda.

—¿No vas a decir nada de mi novio? —le pregunta Iván a su padre de repente—. No le has dirigido la palabra.

Eladio suelta sus cubiertos sobre su plato y mira fijamente a su hijo.

—No tengo nada que decir, Iván. Espero que esto sea sólo una etapa de confusión —comenta señalándonos a los dos.

—Ya no soy un adolescente para estar «confuso» —responde mi novio dibujando unas comillas en el aire cuando pronuncia la última palabra.

El machista homófobo le da un trago a su copa y permanece varios segundos saboreando el vino, pensando en la próxima contestación hacia su hijo.

—Por eso, como ya has pasado la adolescencia, será necesario que vayas a terapia para curarte tu anomalía.

Iván también suelta sus cubiertos y reta a su padre con la mirada. A mí me están entrando ganas de lanzarle mi copa de vino al señor.

—No es una anomalía —replica Iván.

No sé por qué, pero se me escapa una risita traicionera y tres pares de ojos se posan en mí.

—Por algún motivo los hombres tenemos el punto G en el culo —me meto en la conversación.

Joder con el alcohol... Ya está haciendo de las suyas. Mi boca se convierte en peligrosa cuando bebo, y mi fobia social se esfuma hacia el país de Nunca Jamás, con Peter Pan, las hermanastras de Cenicienta, Cruella de Vil, los siete enanitos y el Principito Piolín.

Ay, Piolín... Es demasiado adorable ese principito.

Me doy cuenta de que la madre de Iván se está aguantando la risa mientras su marido me

contempla, apretando la mandíbula, así que cojo la botella de vino y me sirvo hasta llenar la copa.

—Estás bebiendo demasiado, meloco... —Iván se detiene antes de pronunciar mi ridículo apodo—. Leo.

—Tengo sed —le respondo, y miro a sus padres, sosteniendo mi copa—. Salud, suegros. —Y bebo.

Iván me lanza una mirada con la que casi logra hacerme diminuto, y continuamos comiéndonos la paella en silencio y sin que su padre nos quite el ojo de encima. Cuando terminamos, nos despedimos de ellos y le digo a Josefa que la comida estaba muy rica, a lo que ella me responde con un «gracias».

De camino a mi casa, Iván se muestra tan callado que hasta me asusta. Sé que está enfadado y dolido por lo que acaba de pasar con sus padres y porque no lo aceptan tal y como es, pero entrarán en razón con el tiempo.

Ya en el apartamento, Plátano viene a recibirnos sin dejar de mover su colita, feliz. Mi madre y mi abuelo no han regresado porque aún es pronto y creía que la comida con los padres de Iván iba a demorarse más, pero supongo que mi presencia no les habrá hecho demasiada gracia (sobre todo al padre) y por eso nos han «echado» de manera educada antes del postre, con la excusa de que se tenían que marchar a hacer unos recados un domingo por la tarde.

—¡Quita, chucho asqueroso! —le grita Iván a Plátano, que acaba de estirar las patitas en sus piernas para saludarlo. Mi novio lo empuja de mala manera con el pie, provocando que mi perro solloce y venga en mi búsqueda.

—No le vuelvas a hacer eso —le espeto a Iván mirándolo a los ojos, y cojo a mi perro en brazos—. Tranquilo, Plátano.

Mi novio nos contempla con algo parecido a la repugnancia.

—Me dan asco los perros, al igual que tú.

Vale, está pagando su enfado conmigo. No pasa nada.

Dejo a mi perro en el suelo, que se va corriendo a la cocina, e invito a Iván a pasar a mi cuarto, que no tarda en encenderse un cigarrillo.

—No fumes aquí dentro —le digo, pero él no me hace ni puñetero caso, como siempre, y finge una sonrisa.

Abro mi ventana de par en par para que se vaya el olor a tabaco y aprovecho el momento para cambiarme la camisa de Alan por una de mis camisetas negras de manga corta, porque no quiero que se arrugue más de lo que ya está.

—Todo es tu culpa, imbécil —suelta Iván sentado en mi cama; yo me quedo en pie—. Si te hubieses comportado como un tipo normal, les habrías caído bien. Pero en vez de eso, te has dedicado a emborracharte y a dejarme en evidencia delante de mis padres.

No creo que les haya caído mal precisamente por eso.

—No es mi culpa que tu padre sea un homófobo —logro responder.

—No te consiento que llames a mi padre de esa manera, inútil. —Iván se levanta de mi cama de un salto, se acerca a mí y me sujeta el brazo con fuerza, para después apagar su cigarrillo en mi piel.

Se me escapa un gritito a causa de la quemadura y observo la marca que me acaba de hacer el chico que me quiere. Como acto reflejo, me la tapo con la mano porque no aguanto el ardor y se me saltan las lágrimas.

—¿Cómo has sido capaz de quemarme?

Iván me mira con los ojos muy abiertos y respirando de manera agitada. Después, tira el

cigarro apagado al suelo y me rodea con sus brazos.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpa, y me planta varios besos en la mejilla—. Perdóname, melocotoncito. No sé lo que se me ha pasado por la cabeza.

Me dejo abrazar y suelto otro par de lágrimas, pero me obligo a no llorar más, porque no quiero ser débil, y menos por una simple quemadura bien merecida, por haber insultado a su padre hace unos minutos y por el espectáculo que he montado en la comida.

Segundos después, Iván se separa de mí y aprisiona mi rostro entre sus manos, mirándome a los ojos.

—¿Me perdonas?

Sorbo por la nariz antes de contestar:

—Claro que sí.

—Te quiero, Leo —me susurra atrapando mis lágrimas con sus dedos.

Yo sólo fuerzo una sonrisa.

Capítulo 12

Alan

—Cuando le atices un puñetazo a tu adversario, procura no dárselo en la nariz, porque te harás pedazos el puño —me aconseja mi padre simulando que me pega un puñetazo en la nariz.

—¿Y si le clavo una navaja? Sería en defensa propia.

—Nada de llevar armas por la calle, Piolín. Es ilegal y no me gustaría visitarte entre rejas.

Estamos en el gimnasio de casa. Mi padre se ha tirado casi toda la tarde enseñándome a defenderme de posibles atacantes, por si algún día lo necesito.

—El *spray* de pimienta no está prohibido —comenta mi madre sentada en el suelo, con un bloc de dibujos y un mellizo a cada lado—. Yo siempre llevo uno en el bolso, por si acaso.

—Eso no sirve para nada —interviene mi padre, y después vuelve a posar su mirada en mí—. ¿De verdad no quieres que contrate a un guardaespaldas de confianza? Me quedaría mucho más tranquilo.

—Papá, no. —Le dedico una mirada de advertencia—. Es innecesario.

—Vale, vale.

Mimi se levanta del suelo, se acerca a nosotros porque quiere jugar a pegarse con nuestro padre, y me entrega sus gafas moradas con forma de mariposa para que no se le rompan.

—¡Vamos, te desafío, *machirulo* opresor! —le grita Mimi a mi padre con voz de pito y golpeando el aire con sus diminutos puños—. ¡Abajo el patriarcado!

—¡Miriam Ariadna, no llames de esa manera a tu padre! —la regaña mi madre, y yo me echo a reír.

—Venga, peleemos, mi pequeña *feminazi* —dice mi padre preparándose para luchar contra mi hermana.

—¡Álvaro Aitor, no llames así a nuestra hija! —Ahora mi madre sermonea a mi padre.

Mientras se pelean, me dejo caer en el suelo junto al pequeño Aitor y mi madre, y entra en el gimnasio Hannah, que enseguida se une a nosotros.

—¿Por qué no llevas las gafas? —le pregunto a Aitor al darme cuenta de que está leyendo un manga sin ellas.

Mi madre levanta la vista de su bloc de dibujo y la posa en mi hermano con cara de espanto.

—¡Ni me había dado cuenta! —exclama—. ¡Ponte ahora mismo las gafas o te castigo sin leer esas cosas!

—Es que no me gustan —protesta Aitor haciendo pucheritos—. En el cole me llaman Dumbo Gafotas. He heredado todo lo feo de papá: sus orejas y su miopía.

—¿Te insultan en el cole y no me lo dices? —inquieta mi madre—. Mañana mismo vamos a ir tu padre y yo a cantarle las cuarenta a ese director tan inútil.

—¿Te defiendes cuando se meten contigo? —intervengo mirando a mi hermano.

—Jolín, claro que sí. Les lanzo un escupitajo a la cara a todos y Mimi también los insulta —nos cuenta, y todos lo escuchamos con atención—. Pero eso no es lo malo. Hay una niña que me gusta mucho, pero a ella no le van los niños buenos; prefiere al malote de clase.

—Es que los malotes molan —comenta Hannah, y mi madre la taladra con la mirada.

Me acurruco junto a Aitor y lo envuelvo en un abrazo.

—Eres un niño muy guapo, inteligente y divertido. Seguro que, si te lo propones, esa niña acaba enamorándose de ti —le digo.

Mi madre se pone a hablar con Hannah sobre que no hay que fiarse de los malotes, porque siempre te acaban rompiendo el corazón, que lo ha leído en infinidad de novelas románticas.

—¡Yo era el malote del insti y caíste rendida a mis pies, Ariadna! —exclama mi padre mientras se deja pegar por Mimi.

—Tú no cuentas —le espeta mi madre haciéndole un ademán con la mano.

—Leo tiene muchos mangas —le digo a mi hermano señalando su libro, y él me mira con la ilusión dibujada en su rostro—. Podrías pedirle que te los prestara, pero un pajarito me ha contado que te cae mal.

—Los pajaritos no hablan —replica—. Y Leo no me cae mal. Es majo y me hace gracia su cara de calabaza de Halloween.

—¿Estáis hablando de Leo? —Mi madre se mete en la conversación, y yo asiento y escucho a Hannah murmurar algo parecido a «el muerto de hambre ese»—. Es monísimo y prepara unas comidas para chuparse los dedos. —Deja escapar un suspiro—. Voy a adoptarlo para que sea mi hijito favorito.

—¡Mamá! ¿Cómo puedes decir algo así? —No puedo evitar sentirme ofendido—. ¡Yo siempre seré tu favorito!

—Uy, te has puesto celosito. —Mi madre me sonrío y me tira de los mofletes—. Era broma, mi chiquitín rubito.

Hannah y Aitor fingen arcadas.

—Envidiosos —les digo a mis hermanos.

Cuando llega la hora de regresar a mi apartamento, me despido de mi familia como si no volviera a verla en años, pero la despedida con mi padre la alargo todo lo que puedo, porque mañana se marcha para empezar su gira por España.

—¿Ahora quién me enseñará a luchar? —le pregunto abrazándolo.

—No sé. ¿Mimi, tal vez? Me ha pegado un buen palizón. —Mi padre se ríe y me contagia su risa—. Te echaré de menos, Piolín.

Mi madre siempre nos hace *bullying* diciendo que mi padre tiene *Alanitis*, y yo, *papitis*, y razón no le falta.

—Yo también, aunque vayas a venir cada dos por tres a visitarnos porque no puedes vivir sin nosotros.

Nos separamos y se fija en la sudadera que le he cogido prestada a Leo, que es de color negro con una foto de mi padre en medio. Como el mendigo se ha llevado mi camisa, no le importará que me haya puesto su ropa, y precisamente esta prenda, que, nada más verla, me ha entrado un ataque de risa que se me ha hecho bastante difícil detener.

—Me gusta esa sudadera. ¿Dónde la has conseguido?

—Se la he robado a Leo —respondo con una sonrisilla—. Tiene mucho *merchandising* de ti; hasta un Funko y un póster a tamaño real colgado en la puerta de su habitación.

—Hostia puta. —Se le escapa una carcajada—. Es un auténtico fan. Me encanta.

—A mí también me encanta —le digo, y mi padre enarca una ceja, malinterpretando mis palabras—. Me encanta que sea tu fan, quiero decir. No el «me encanta» de querer algo con él, ya sabes... Aunque es mono, tiene mucha personalidad y me lo empotrará contra los azulejos del

baño. —Hago una pausa para poder respirar y sonrío con inocencia—. Pero bueno... Cambiando de tema... ¿Cuándo tienes un día libre?

—El domingo —me contesta, y después se ríe. Sé que no va a dejar el tema de Leo por zanjado—. Así que te lo empotrarías contra los azulejos, ¿no?

—Sí y no. El Alan de antes quizá lo haría, pero el de ahora está como muerto y desconfía hasta de su propia sombra.

—Ay, Piolín. —Mi padre me vuelve a abrazar—. Puedes intentarlo poco a poco. Leo es tímido y callado, pero no es mal chico. Hazme caso, que yo sé leer a las personas y nunca me equivoco.

—Se me ha olvidado mencionar que tiene un novio patán.

—Eso no es un impedimento, porque tú le das mil vueltas a cualquiera, y no lo digo porque seas mi precioso hijo.

—Y ni siquiera se me empalma, papá —añado—. Se me ha muerto definitivamente.

—¿Ni viendo porno? —me pregunta, y yo niego con la cabeza—. Bueno, no te preocupes. Cuando menos te lo esperes y tengas la mente relajada con la persona adecuada, seguro que tu *Alanconda* funciona.

—Suenas ridículo llamando a mi polla de esa manera —le contesto poniendo los ojos en blanco, y él se echa a reír y me vuelve a acunar entre sus brazos.

* * *

Saco la lasaña del horno con mucho cuidado para que no se me resbale ni me queme, y coloco la bandeja sobre la encimera. Escucho el sonido de la cerradura de la puerta de la entrada y, un segundo después, aparece Leo en la cocina, arrastrando su maleta. Intento leer la expresión de su rostro, pero no revela ninguna emoción. Sin embargo, sus ojos se posan en la sudadera que llevo puesta.

—¿Quién te ha dado permiso para ponerte mi ropa? —pregunta con un tono neutral, pero que deja claro que le molesta.

—Yo.

—¿Y tenías que elegir esa sudadera, precisamente? Que yo sepa, estaba escondida en el fondo de mi armario.

—Tan escondida no estaría cuando la he descubierto —me mofó mientras parto la lasaña en tres trozos—. Está muy chula y a mi padre le ha encantado cuando me la ha visto.

—¿Tu padre? —inquire, y ahora sí que leo una expresión en su rostro: la vergüenza mezclada con la sorpresa—. Alan, quiero matarte ahora mismo.

Termino de partir las porciones y miro a Leo.

—¿De verdad tiene que ser ahora? Mejor cuando cenemos esta deliciosa lasaña y me hayas contado cómo te ha ido con los padres de Iván.

Leo suelta un bufido y, acto seguido, desaparece de la cocina, acompañado de su maleta. Después, cojo los tres platos con un trozo de lasaña cada uno y los llevo hasta el salón. Le tiendo su porción a Dulce, que está sentada en un sofá, y me acomodo en el suelo, al lado de la mesita de centro. Cuando Leo regresa, se sienta en el otro sofá con su plato, y la tele nos acompaña sonando de fondo.

—¿Cómo te ha ido en la comida? —quiere saber Dulce.

—Fatal —responde Leo con la boca llena de lasaña—. Su padre es machista, homófobo y piensa que ser gay es una anomalía. Le ha sugerido a Iván que vaya a terapia para que se cure, y a

mí no paraba de mirarme como si fuera un ser antinatural. —Se ríe—. Lo bueno es que la madre me ha parecido maja y la paella que ha preparado estaba para chuparse los dedos.

—Vaya... Ese señor debería volver a la Edad Media con sus ideas arcaicas —comento.

—Es horrible, igual que el hijo —interviene Dulce.

—Pero eso no es todo, chicos —continúa Leo—. Ya sabéis que, cuando bebo, se me suelta mucho la lengua y acabo diciendo y haciendo estupideces. —Posa su mirada en mí—. ¿Verdad, Alan? La última vez que bebí acabé comiéndote la boca.

—Como para olvidarlo —murmuro, y le dedico un guiño.

—¿Os habéis besado? —quiere saber Dulce con la mandíbula a punto de que se le caiga al suelo, y sus ojos viajan hacia Leo—. ¿Y no me lo cuentas? ¿Qué clase de amiga soy para ti?

—Tú tampoco me has contado nada del asiático, así que estamos en paz —le responde Leo, y cambia de tema—: Como me he emborrachado un poquito con el vino, mi boca ha metido la pata y ha dicho que los hombres tenemos el punto G en el culo. Todos se han traumatizado en esa mesa, incluido el toro que estaba dibujado en el mantel de la bandera de España.

Dulce y yo nos miramos durante un par de segundos y después estallamos en carcajadas.

¿Cuándo volverá Leo a beber alcohol? Es para estar presente, porque se pone bastante gracioso y no me lo quiero perder.

Tras calmarnos Dulce y yo de nuestro ataque de risa, Leo sigue parlotando sobre su día, así que supongo que no se le habrá pasado el efecto de ese vino, porque nunca ha estado tan hablador conmigo delante.

—Iván se ha enfadado conmigo por haberlo dejado en ridículo delante de sus padres. Después, hemos acabado follando en mi cama y me ha dejado por décima vez en lo que va de año. —Pone expresión pensativa—. Mmm.. O creo que es la undécima... No sé, he perdido la cuenta. Y cuando hemos llegado a Madrid, se ha arrepentido de su decisión y me ha suplicado que volviera con él. Como soy tonto, lo he perdonado y volvemos a ser pareja. Fin de la triste historia.

—Pero... —suelta Dulce, preocupada.

—Pero nada. Estoy bien, Dul. Te lo prometo —la interrumpe Leo, indiferente, y mira hacia el televisor—. Poned alguna serie o peli. *Supernatural*, a poder ser.

Dios, necesito abrazar a Leo. Se nota que finge estar bien.

—¿*Supernatural*? —inquiero—. Esa serie es muy aburrida. Me quedé dormido por la mitad del primer episodio.

—Uy, lo que ha dicho. —Dulce se tapa la boca, asombrada.

Leo me mira, entornando los ojos.

—¿Cómo osas insultar mi serie favorita, principito?

—¿Tu serie favorita? —Me echo a reír—. Eso es porque no conoces *Anatomía de Grey*.

—He visto capítulos sueltos —me informa mientras Dulce contempla nuestra disputa de series—. Eso parece un picadero en vez de un hospital, con todos los médicos acostándose entre sí.

Abro la boca y me llevo una mano al corazón, ofendido.

—¿Cómo osas meterte con mi serie favorita, mendigo?

—Has empezado tú. —Leo me señala con su dedo índice, indignado.

Dulce suelta un bufido, cansada de nosotros, y se adueña del mando a distancia.

—¿Sabéis qué? Vamos a ver lo que me dé la gana a mí. ¿Os gusta *Juego de Tronos*?

—No mucho —admito.

—Yo no la he visto nunca —interviene Leo.

Al final, Dulce es la que gana y pone el primer capítulo de *Juego de Tronos* mientras Leo y yo

nos lanzamos miradas asesinas por habernos metido cada uno con la serie favorita del otro, y nos terminamos la lasaña.

Tres capítulos después, el mendigo nos dice que se va a dar una ducha antes de irse a dormir, y Dulce se encierra en su habitación porque se le están cerrando los ojos, así que me quedo solo en el salón y aprovecho para ponerme mi serie favorita de todos los tiempos. Pero cuando transcurren cuarenta minutos, Leo continúa metido en la ducha y el ruido del agua no deja de sonar.

¿Le habrá ocurrido algo?

Apago el televisor, voy hasta la puerta del baño y doy un par de golpes.

—¿Leo?

Segundos después de haberlo llamado, da señales de vida.

—Ahora salgo —me dice tras la puerta.

—¿Te apetece hablar? ¿Puedo pasar?

—No y no.

Sin embargo, no le hago caso y abro la puerta. Por suerte, el pestillo no está echado y asomo mi cabeza por el pequeño hueco; entonces descubro a Leo sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la bañera, mirándome, con una toalla tapando sus partes íntimas.

—Sabía que no te ibas a poder resistir —me dice, y me doy cuenta de que su mirada luce enrojecida. Presiento que el rato que ha estado metido en la ducha lo ha empleado para desahogarse—. No entiendes el significado de la palabra «privacidad».

Esbozo una sonrisa y me siento a su lado.

—Perdón. Estaba preocupado por si te había dado un patatús en la ducha.

—Pues gracias por preocuparte, pero ya has visto que estoy sano y salvo —me espeta mirándome—. Puedes dormir tranquilo.

—¿Sabes que a veces te pones bastante borde? Al final voy a tomarme en serio lo que dijiste de que te caigo mal.

Estoy haciendo todo lo posible por mirar la cara de Leo y que mis ojos no me traicionen y se vayan hacia su torso desnudo.

Y entonces se me viene a la mente la conversación que he mantenido con mi padre esta tarde, justo cuando le he contado que me quiero empotrar al mendigo contra los azulejos del baño, y noto que un calor se me sube por el cuerpo.

Joder, soy un puto enfermo.

—Tú no le puedes caer mal a nadie —dice Leo sacándome de mis pensamientos enfermizos, y se queda mirándome—. Te has puesto colorado.

Me toco las mejillas para comprobarlo y, efectivamente, están ardiendo.

—Será por el vapor... —logro decir, y me abanico con la mano—. Hace mucho calor aquí dentro.

De pronto, me llama la atención una marquita redonda de su brazo, que creo que se trata de la quemadura de un cigarro, pero no estoy seguro, y todo el calor de mi cuerpo se esfuma a otra galaxia.

—¿Cómo te has hecho esto? —Acerco mi mano a su brazo y paseo mis dedos por la marca, sin dejar de observarla.

—No sé. —A Leo le tiembla la voz; entonces alzo la mirada hacia él y descubro sus ojos empañados.

—¿Ha sido Iván?

Aparta el contacto visual conmigo y asiente con la cabeza.

—Cuando se ha enfadado conmigo ha apagado su cigarrillo en mi brazo, pero se ha arrepentido al instante, pidiéndome perdón, y hemos hecho el amor. —Traga saliva, y un par de lágrimas nacen de sus ojos—. Si es que a eso se le puede llamar «hacer el amor». Ha sido un poco bruto y me ha hecho daño; ni siquiera me ha permitido terminar.

Se me ponen los vellos de punta al oír esto. Cada vez tengo más claro que ese tipo es un demente.

Envuelvo a Leo con mis brazos y él coloca su cabeza en el hueco de mi cuello. Inhalo el olor a melocotón de su cabello y permanecemos un buen rato de esta manera.

—Rompe con Iván de una vez —le aconsejo mientras llora en mi hombro—. Te mereces a alguien que te trate como el príncipe que eres, aunque por fuera parezcas un mendigo.

Logro que a Leo se le escape una carcajada de entre tantos sollozos.

—Gracias, Alan —me dice.

—De nada.

Después, cada uno se encierra en su respectiva habitación y yo hago todo lo posible para que mi polla se despierte de su profundo coma, imaginándome a Leo como lo he visto hace varios minutos en el baño, sólo que en mi mente aparece sin toalla. Como no surte efecto, me esfuerzo en imaginarme a todas las Kardashian juntas y desnudas, pero tampoco se me empalma.

—¿Por qué no te levantas, Alanconda? —le hablo al cadáver flácido que hay en mi entrepierna, y deo escapar un profundo suspiro.

Soy ridículo. Esto no va a revivir en la vida.

Capítulo 13

Leo

Dieciocho años. Menuda pereza.

Lo primero que hago al despertarme es mirar mi móvil y las felicitaciones invisibles en Facebook. Los únicos que me han felicitado han sido mi abuelo y mi madre por WhatsApp.

Mamá: «Cariño, muchísimas felicidades. Espero que te lo pases muy bien en este día. ¡Dieciocho añitos! Lo celebraremos cuando vengas de visita. Un besito :))»

Después, abro el mensaje de mi abuelo, que me ha enviado un *gif* de un tío con un tanga rojo de elefante, acompañado de un «Felicidades».

Le doy las gracias a cada uno y hago el esfuerzo por levantarme de la cama en este día tan normal como otro cualquiera. Al menos para mí.

Ya han pasado tres semanas desde que conocí a los padres de Iván, y tengo que decir que a mi novio no se le ha vuelto a ir la pinza quemándome con su cigarrillo, y tampoco le ha dado por romper nuestra relación de nuevo, todo un récord en nosotros. Obviamente, a mi psicóloga no le he contado el lado negativo de esta relación, porque siempre que me pregunta por Iván, le respondo que me va genial con él y que nos queremos mucho, aunque ella me mira haciendo una mueca que no sé cómo descifrar, y termina apuntando algo en su libreta. Sé que debería abrirme más, pero soy incapaz. Además, mi novio me quiere, pero a veces se enfada y lo considero normal; todas las relaciones son difíciles.

Cuando termino de ducharme, me visto con una camiseta negra de Naruto, que tiene un pequeño agujero en una axila, los vaqueros de siempre y mi gorrito de lana negro, y me dirijo hacia la cocina, donde lo primero que recibo es un abrazo de Dulce.

—¡Felicidades, Leo! —exclama, y me da dos besos—. Ya puedes ir a la cárcel.

—Gracias, Dul.

Alan, que se encuentra sentado en la encimera bebiéndose su café en su preciada taza de Piolín, se baja de un salto y se acerca a mí sonriendo, vestido con unos vaqueros negros superajustados y una camisa azul sin ningún estampado hortera y que consigue resaltar su mirada. Yo flipo con lo elegante que va algunas veces a clase comparado conmigo. Seguro que nunca ha llevado una camiseta agujereada que ha usado alguna que otra vez como pijama.

—Feliz cumple, mendigo —me dice. Aproxima su rostro al mío y me planta un beso en cada mejilla, inundándome con su exquisito aroma a menta.

—Gracias —musito, acalorado, y creo que ni me ha oído por lo bajito que he sonado.

—¿Vamos juntos a la uni? —me pregunta como todas las mañanas, y yo permanezco eclipsado contemplando sus ojos, que parecen mucho más azules por culpa de la maldita camisa que se ha puesto.

—¿Qué? —le contesto, atontado perdido, y Dulce se echa a reír desde la mesa, comiéndose

sus cereales; entonces suena el timbre y mi amiga corre a abrir la puerta.

—¿Quieres venirte conmigo a la uni? —vuelve a preguntarme Alan, y yo regreso a la realidad.

—Eh... No. Hoy me lleva Iván.

—Vale. —Alan me dedica una sonrisa y vuelve a sentarse en la encimera para terminarse su café.

Mi novio aparece en el salón con Dulce y me da un casto beso en los labios; a continuación me tiende un regalo.

—Felicidades, melocotoncito —me dice, y después fulmina con su mirada a Alan, como hace cada vez que se topa con él.

—Gracias —contesto, ilusionado, y abro el envoltorio para encontrarme con unos calcetines negros y feos—. Guau... Unos calcetines... Gracias... —Miro a Iván, fingiendo que me han encantado, y me doy cuenta de que Dulce y Alan nos observan, anonadados.

—¿No te gustan? —Mi novio frunce el ceño—. No tenía pasta para comprarte otra cosa.

—Claro que me gustan, tonto —miento.

Es el peor regalo que me ha hecho jamás. Los calzoncillos que me regaló en Navidad eran mejores porque tenían el dibujo de un Papá Noel.

Alan y Dulce engullen sus respectivos desayunos y se marchan, con la excusa de que quieren llegar pronto a sus clases, pero yo creo que se largan por culpa de la incomodidad de la situación.

* * *

Al terminar las clases, Alan me trae a su casa con el coche, ya que por ser mi cumpleaños no me pienso tomar el día libre. Nos adentramos en la mansión por la puerta corredera del jardín y vamos hasta la cocina, donde se encuentra Álvaro comiendo patatas fritas con las manos, sentado en la encimera.

Mi amígdala se pone en alerta. Pensaba que mi ídolo estaba de gira.

—Papá, ¿qué haces aquí? —le pregunta Alan, y Álvaro se baja de la encimera para recibir a su hijo con un abrazo.

—Echaba de menos a mis trogloditas —le responde, y al instante suelta una carcajada—. Es broma. He venido a Madrid porque esta noche me hacen una entrevista en un programa. —Se queda mirando la camisa de su hijo—. ¿Y tú, a dónde vas tan guapete?

—Es que es el cumple de Leo. —Alan me señala con su dedo y yo me quiero hacer invisible.

¿El principito se ha puesto más guapo porque es mi cumpleaños? Surrealista.

—Ah, ¿sí? —Álvaro esboza una sonrisa y se acerca a mí—. Pues felicidades, chavalín. —Me abraza, dándome palmaditas en la espalda, y el corazón está a punto de salirse por la boca.

Mi ÍDOLO me ha abrazado. Todavía no me he acostumbrado a su presencia.

—Gra... Gracias.

—Píllate el día libre hoy —me anima—. Hablaré con Ari, no te preocupes.

—No... No hace... Falta.

Joder, menudo idiota que soy al hablar.

—Aprovecha —insiste Álvaro sin borrar su sonrisa—. No todos los días se cumplen dieciocho.

Tampoco es que tenga planes.

Me empiezo a reír de manera nerviosa y se me calientan las mejillas. Observo que Alan se aguanta la risa porque supongo que estaré de lo más cómico.

—Vale, gracias.

—De nada, hombre. —Álvaro me da una palmada en el hombro, como si fuésemos colegas de toda la vida, y después mira a Alan—. Que os lo paséis de puta madre.

—Papá. —El principito le lanza una mirada de advertencia.

Mi ídolo le guiña un ojo, en un gesto de complicidad, y luego abandona la cocina.

Ni me he enterado de esta especie de idioma que tienen entre ellos.

—Ven a mi cuarto, mendigo —me dice Alan.

—¿Para qué?

—Tú, ven. —El principito entrelaza nuestras manos y me guía escaleras arriba sin soltarme, pero noto que la mía está comenzando a transpirar.

Este chico se está tomando muchas confianzas conmigo desde el día que se coló en el baño mientras estaba duchándome. Me abrí con él contándole mis demonios con Iván y es algo extraño viniendo de mí, porque la única persona a la que le confío mis secretos es a Dulce.

A Alan también le da por abrazarme cada vez que le da la gana, pero no voy a quejarme, porque me siento a gusto entre sus brazos. Sin embargo, no me queda muy claro si es un chico que va repartiendo amor a cada desconocido que se encuentra, porque luego le tocas, aunque sea un pelo de la cabeza, y salta con su típica frasecita «no me toques». ¿Puede abrazarme, pero yo no puedo acercar mi dedo a él?

—Tu regalo —me dice Alan una vez que entramos en su aposento, y señala una enorme caja que descansa sobre su cama, envuelta con papel de regalo azul.

—No tenías por qué —logro decir sin apartar mi vista del regalo.

—Te lo mereces. Ábrelo.

Me acerco a mi regalo y comienzo a romper el envoltorio con cuidado y con mis malditas manos sudorosas temblando. Cuando lo consigo, me encuentro con una caja de cartón, que no tardo en abrir, ilusionado, para descubrir todas las temporadas de *Supernatural*, aún envueltas con el plástico transparente, sin estrenar. Después, desvío mi mirada hacia la estantería donde tiene Alan su colección de series, y diviso un gran hueco libre, en el que debería de estar mi favorita.

No puede ser que me haya regalado algo así.

—No puedo aceptarlo —digo de repente, mirando al principito a los ojos—. Es demasiado, Alan.

—Sí puedes. Esa serie estaba muerta de risa en mi estantería. Tú la vas a disfrutar más. —Coge la primera temporada, que es la única que ha estrenado, y me la muestra—. Me dormí viendo el primer capítulo, por eso es la única que está abierta.

—No puedo —insisto, y él sonríe y se señala su audífono.

—Lo siento, no te oigo. Estoy medio sordo.

—No seas payaso. Sé que me oyes.

Pero su siguiente respuesta me la da mediante lengua de signos, y a mí me apetece cortarle esas manos de bebé para que deje de moverlas.

—Pues tú más —le contesto, un pelín molesto—. Por si me estás insultando.

Se echa a reír.

—No te estoy insultando, mendigo. —Coge la caja en brazos y me mira—. Vamos al Chon, que voy a invitarte a un batido de lo que quieras y a algún pastelito con velas.

—Vale, pero ni se te ocurra cantarme el «cumpleaños feliz», que te conozco a ti y al mundo de la piruleta en el que vives —le advierto apuntándolo con mi dedo índice—. No quiero que me dé

un ataque de pánico delante de tanta gente.

* * *

Yo no sé para qué me fio de Alan. Ha montado una pequeña reunión en la mesa del fondo de la cafetería con Dulce y sus dos amiguitos (el asiático y el guaperas del hoyuelo en la barbilla), y también ha planeado salir de fiesta esta noche a alguna discoteca, donde yo no tengo intención de ir, y mucho menos sin Iván.

Nos hemos bebido cada uno un batido, y ahora Niko está plantando sobre la mesa un gran pastel de chocolate con dieciocho velas.

—¡Venga, vamos a cantar! —exclama Niko tras encender la última vela con un mechero.

No, no, no. Quiero desaparecer ahora mismo.

—*Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz* —todos cantan al unísono, y yo sólo pienso en hacerme invisible, huir lo más lejos posible de aquí o taparme la cara entera con mi gorrito, porque los demás clientes tienen sus miradas clavadas en nuestra mesa—. *Te deseamos, Leo, cumpleaños feliz. ¡Bieeeeeen!*

Todos aplauden, respiro hondo y soplo las velas, tan colorado que hasta se podrían volver a encender en mis mejillas. Después, Alan nos sirve a cada uno un trozo de pastel y se ponen a hablar sobre la fiesta de esta noche.

—¿Vas a venir? —me pregunta el principito—. Avisa a tu noviecito, si quieres, por si se enfada por no haberlo invitado a tu cumple. —Esto último lo dice susurrando para que no lo oigan los demás.

—No sé —contesto, dudoso—. A lo mejor voy.

Bueno, el lado positivo es que podré comprar mi primera bebida alcohólica yo solo, porque por fin soy mayor de edad. Si voy, soy capaz de emborracharme como un condenado y soltarle a Alan, con la ayuda del alcohol, que me parece el principito más guapo que he conocido nunca. Sin liarme con él, claro, porque Iván no se despegará de mí en ningún momento y soy un chico leal (sin contar la vez que me lancé a los labios de Alan por andar piripi).

—¡Tengo una idea! —exclama Dulce, que está sentada entre Niko y Dylan, a la vez que nos comemos nuestros trozos—. El que haya sido el último en tener sexo invita a las bebidas esta noche.

Será capulla. Yo lo hice ayer por la noche con Iván, y ella lo sabe.

—Vale, empiezo yo —interviene el asiático—. Yo lo hice antes de ayer con esta señorita que tengo al lado. —Le pasa a mi amiga el brazo por los hombros, esbozando una sonrisa socarrona.

—Yo también lo hice antes de ayer —nos cuenta Dulce, también con una sonrisa—. ¿Y vosotros? —Posa su mirada en mí.

—Yo, eh... Anoche —confieso con un hilillo de voz, sonrojado.

A no ser que tenga suerte y Dylan y Alan digan que han follado hoy, me tocará pagar a mí con dinero que ni siquiera tengo.

Dulce y yo miramos a los dos que faltan por confesarse.

—Ellos no cuentan —interviene Niko señalando a sus amigos—. Es que son tímidos.

Eso no se lo cree ni él. Alan es de todo menos tímido, y el tal Dylan tiene pinta de follarse a todo lo que se cruza en su camino.

—Yo lo hice con Diana la semana pasada, antes de que cortásemos —nos cuenta Dylan.

—¿Habéis roto? —le pregunta Alan, que se le nota que se ha sorprendido.

Yo ni conozco a esa tal Diana.

—Sí. En realidad me engañó. —Dylan deja escapar un profundo suspiro—. No tenía veintiún años; tenía veintitrés.

—¿Ves? Te dije que esa tía no era de fiar —interviene Niko.

—Joder, Dylan. ¿Qué más dará que sea dos años mayor que tú? —inquiére Alan.

—Yo me tomo muy en serio la sinceridad y no permito que me engañen. Se acabó Diana y se acabó el puto amor para mí.

Oh, pobrecito.

—Alan, sólo quedas tú. —Dulce cambia de tema y mira al principito, que noto que se tensa—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has follado?

Lo miro, expectante, porque me muero de la curiosidad.

Tras unos segundos bajo las atentas miradas de todos, Alan dispara:

—Esta mañana, en los baños de la facultad con un chico, así que me toca pagar a mí.

Qué gran mentira. Ha estado toda la mañana pegado a mí y, cuando ha ido al servicio, lo he acompañado yo. No creo que haya follado con alguien invisible en menos de un minuto, que es lo que ha tardado en mear.

Los demás continúan hablando de tonterías mientras se terminan la tarta, y yo aprovecho para enviarle un mensaje a Iván, invitándolo a que se venga con nosotros esta noche.

No tarda en responderme:

Iván: «Claro que me apunto, melocotoncito. Es tu cumple. Jamás faltaría a un día tan importante»

Cuando nos marchamos del Chon, me acerco a Alan antes de que se meta en el coche.

—Gracias por haber mentido —le digo, y él me mira, dedicándome una bonita sonrisa.

—De gracias, nada. Mi Coca-Cola la vas a pagar tú por haberte salvado el culo, mendigo.

Bueno, pagar una bebida es mucho menos que pagar cinco.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquiéro con la curiosidad surcando por mis venas.

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste de verdad?

La respuesta del principito es una carcajada nada sincera.

—Hace mucho tiempo.

Frunzo los labios sin creérmelo.

—Estás mintiendo.

—Yo no miento. —Me mira con sus ojos azules tan intensos, y entonces lo creo—. Fíjate que fue hace tanto tiempo que hasta se me ha olvidado cómo se folla.

Capítulo 14

Alan

Estoy bailando en la pista de la disco con Dylan, Dulce y Camila (esta última es una compi de clase que se sienta a mi lado algunas veces). Leo se encuentra hablando en la barra con Iván, y Niko se acaba de perder por ahí porque ha visto a uno de sus compis de la uni.

Y yo, desde hace un buen rato, tengo ganas de hacer pis, pero no quiero molestar a ninguno de mis amigos, y tampoco quiero pedirle a Leo que me acompañe, porque seguro que me pregunta por qué no voy solo. Además, no me apetece interrumpirlo cuando está tan a gusto con su novio... O lo estaba, porque cuando mis ojos se dirigen hacia la barra, lo encuentro a él solo y no hay ni rastro de Iván. Sin pensármelo, me acerco a mi compi de piso, chocándome con varias personas.

—¿Dónde está Iván? —le pregunto a Leo cuando consigo llegar hasta él.

—Se ha marchado —me contesta encogiéndose de hombros, y le da un sorbo a su cubata—. Se estaba aburriendo.

Vaya asco de novio... Deja tirado a Leo en mitad de una discoteca siendo su cumpleaños, y encima le regala unos calcetines cutres, con la excusa de que no tenía dinero. Que yo sepa, para hacerle un regalo chulo a la persona que quieres no hace falta la pasta; sólo creatividad.

Pero, claro, Iván no quiere a Leo. Lo tengo claro desde el primer día que me topé con él.

—Pero es tu cumple. No debería de haberse ido —le digo, molesto y aguantándome el pis.

—Eso a él no le importa. —Se ríe como si de verdad fuera divertido lo que acaba de pasarle.

—Ya... Esto... ¿Me acompañas al baño, por favor? —le pido, y él me mira enarcando una ceja, como si le estuviera pidiendo algo raro.

—¿No puedes ir solo?

—Acompáñame —le suplico.

Leo acepta venir conmigo, se bebe lo que queda de su cubata y planta el vaso sobre la barra. Por suerte, cuando entramos al baño no hay demasiada gente, e incluso una puerta está libre, pero lo malo es que no se cierra del todo bien y no pienso mear en un urinario.

—Sujeta la puerta para que no se abra —le indico a Leo—. Y tampoco te vayas.

—Mea tranquilo, Alan. Yo estaré aquí —me promete mirándome con sinceridad.

Sonrío, cierro la puerta, comprobando que Leo la aguanta bien y, por fin, hago pis a gusto. Sin embargo, cuando estoy subiéndome la cremallera de los vaqueros, Leo entra de sopetón en el cubículo y se apoya en la puerta, con expresión de espanto.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —le espeto por haber invadido mi privacidad.

—Perdón —se disculpa—. Iván acaba de entrar en el baño y no me apetece que me vea. Creo que me está buscando.

Respiro hondo para no estallar de rabia.

—¿Y no podrías haberte escondido en otro lugar?

—Perdona, Alan. —Me muestra su muñeca con marcas rojas—. Es que antes me ha intentado obligar para que me marchara con él, pero como no he querido, me ha sujetado fuerte y me ha hecho daño —me cuenta, y yo coloco mi mano en su muñeca para observarla mejor. Ese tipo se ha

pasado veinte pueblos, como cuando apagó el cigarrillo en su piel—. Al final he conseguido soltarme y lo he mandado a tomar viento.

—Joder —mascullo, preocupado. Mi mirada busca los ojos verdes de Leo, que lucen atemorizados—. ¿Te duele?

—Sólo un poco.

—Leo, ¿estás por aquí? —escuchamos la voz de Iván, y nosotros intercambiamos una rápida mirada. No creo que nos haya oído hablar con la música amortiguada que suena de fondo—. ¿Melocotoncito?

Mi compi de piso me indica que me calle y aguardamos a que Iván se canse de buscarlo por el baño y se marche.

—¿Nos vamos a quedar aquí la noche entera o qué? —le pregunto a Leo en un susurro.

—Me gusta esa camisa —suelta de repente, señalándola con la cabeza y con las mejillas sonrosadas; yo me quedo cortado—. Te hace los ojos más azules, el pelo más rubio y el *piercing* más sensual. —Sonríe, avergonzado—. Perdón, se me ha subido rápido el alcohol y empiezo a decir tonterías sinsentido, como me pasa siempre.

Mi única respuesta es echarme a reír.

—Si quieres, te la presto algún día. Como la que usaste para la comida familiar de tu novio.

—No, gracias. No me queda bien tu ropa de niño rico. Sentía que no era yo con tu camisa tan elegante.

—Eso es porque prefieres las camisetas agujereadas por el sobaco, como esa que llevas —le respondo esbozando una sonrisa—. Hago la colada en el piso y me he dado cuenta.

—¿Pero sabes hacer la colada? —Su semblante es de pura sorpresa y yo no puedo evitar ofenderme—. Si eres un niño mimado.

—No soy un niño mimado —replico en tono molesto, pero Leo sólo contempla mi *piercing*, embobado—. ¿Por qué diablos miras tanto mi *piercing*?

—Es que me apetece besarte —confiesa, y sus ojos se dirigen hacia los míos—. O que me beses tú. Me da igual.

Estoy flipando con este chico. El alcohol, a veces, es mágico con algunas personas.

—Ahhh...

—Otra vez he vuelto a decir tonterías. —Se vuelve a reír, nervioso, y me aparta la mirada—. Será mejor que salgamos de aquí. —Se gira, con la intención de irse, pero yo lo sujeto del brazo para impedir que lo haga y le doy la vuelta hacia mí.

—Espera.

Yo también quiero que me bese... O besarlo. No obstante, me conozco lo suficiente como para saber que va a salir mal y le acabaré pegando un empujón, como pasó la única vez que me besó. Leo es la primera persona por la que siento una especie de atracción después de todo lo que me ocurrió.

Quiero volver a ser normal durante un rato.

Leo continúa mirándome, estupefacto, mientras sujeto su brazo; entonces lo suelto, aprisiono su rostro entre mis manos y fundo mis labios con los suyos. Una oleada de sensaciones invade todo mi cuerpo al sentir su cálida lengua buscando la mía, y sus manos recorren mi espalda con delicadeza. Me pego más a él y nos besamos de manera lenta y apasionada, alargando el momento todo lo que podemos, hasta que nos separamos con nuestras respiraciones entrecortadas. Nos quedamos mirándonos a los ojos; los suyos brillan con intensidad y sus mejillas están más sonrosadas que hace unos minutos.

—Joder, principito —murmura.

—Joder, mendigo.

Ambos sonreímos y volvemos a besarnos. Leo lame mi *piercing* y luego desciende hasta mi cuello para sellarlo con pequeños besos y succionarlo con sus deliciosos labios, provocando que se me nuble la razón; después, deja de torturarme, regresa a mi boca y continuamos besándonos con vehemencia. Millones de sentimientos viajan por cada poro de mi piel, siento que mi cuerpo revive con cada sensación y noto que se me pone dura.

Tan dura que hasta tengo que apartarme de Leo para comprobarlo con mis propios ojos.

—¡Joder, me he empalmado! —suelto al contemplar el bulto de mi entrepierna.

—Mmm.. Alan, es algo normal cuando los hombres nos excitamos. ¿No te había ocurrido nunca o qué? —me pregunta con cierta burla en su tono—. A mí también me acaba de pasar.

Miro el bulto de sus pantalones y me imagino cómo será lo que hay en su interior.

—Uff.. Leo León.

El mendigo me mira como si hubiese perdido la cabeza y me doy cuenta de que sus labios parecen dos salchichas alemanas de lo hinchados que están.

—¿Qué te pasa, principito?

Me echo a reír y me da por achuchar fuerte a Leo.

—Gracias, gracias, gracias —le digo pegado a él y alargando todo lo que puedo este momento.

—Estoy seguro de que alguien te ha echado algo ilegal en la bebida.

—Te aseguro que no. Sólo he bebido Coca-Cola. —Me restriego contra él—. ¿La notas? Pensaba que se me había roto.

—Sí, la noto, pero creo que te han servido una Coca-Cola caducada —me responde, y deja escapar un suspiro mientras continuo restregándome—. Por Dios, deja de hacer eso. Me estás poniendo como una moto.

—Vale, vale. —Consigo separarme de él—. Salgamos de aquí.

Cuando se nos pasa el calentón, pensando en cachorritos muertos, decidimos salir del servicio para unirnos a los demás, pero mientras nos encaminamos hacia la pista, diviso a Camila viniendo hacia nosotros, angustiada.

—¡Alan! —me llama a gritos, y se detiene frente a mí—. ¡Tienes que venir! ¡Niko y Dylan se están peleando en la pista!

Los tres nos acercamos hacia donde se encuentran, rodeados por un círculo de personas, pero llegamos tarde porque los de seguridad se los llevan fuera de la disco. Camila, Leo y yo los seguimos y los descubrimos lanzándose miradas asesinas en mitad de la calle; a Dylan le sale sangre de la nariz, y a Niko, del labio.

—¿¡Pero vosotros sois idiotas?! —bramo, y miro primero a Dylan y luego a Niko—. ¿Qué se os ha pasado por la cabeza para pelearos?

—¡Ha empezado él! —se adelanta Niko apuntando a Dylan con su dedo—. ¡Lo he pillado besando a Dulce! ¡Sabía que estaba loco por ella y se ha lanzado, el muy cabrón!

—¡Madura, tío! —le espeta Dylan dedicándole una sonrisa socarrona—. Ella no quiere nada serio contigo.

A Niko no le sientan bien las palabras de mi primo porque se prepara para darle un puñetazo, pero yo lo retengo, agarrándolo del brazo.

—Basta —le ordeno, y vuelvo a mirar a los dos—. No me puedo creer que os hayáis peleado, y menos por una chica. —Niego con la cabeza, malhumorado, y luego señalo el tatuaje del ancla de mi antebrazo. Camila y Leo contemplan la escena, en silencio—. Somos hermanos y tenemos

unas reglas.

—Yo no tengo la culpa de que ese botarate no haya pasado la adolescencia todavía —replica Dylan señalando con su cabeza a Niko.

—Eres un cabrón —le espeta él—. Deberías de haberte quedado con tu novia lapa. O mejor dicho... Con tu exnovia.

Dylan le saca el dedo corazón.

—¡Basta ya! —chillo.

—Yo me piro a mi casa. Nos vemos mañana —suelta Niko, y se despide de Camila y de mí con la cabeza, pero, antes de marcharse, le dedica una mirada de desprecio a Dylan.

Camila saca de su bolso un paquete de pañuelos y se lo da a Dylan para que se limpie la sangre de la nariz.

—¿Ya se ha acabado la fiesta? —escucho la voz de mi hermana Hannah detrás de mí, y yo me doy la vuelta hacia ella. Va maquillada, vestida con su abrigo de pelo blanco, que consigue resaltarle el color rojizo de su largo cabello, y a su lado está Gisela, su amiga.

—¿Qué estáis haciendo aquí? Sois menores de edad.

—¿Desde cuándo eso es un problema? Tenemos carnés falsos —me responde mi hermana—. No le digas nada a papá y a mamá, que les he dicho que me iba a quedar en casa de Gigi, y ella le ha dicho a su madre que se quedaba en la mía.

Yo no sé para qué les mienten, si nuestros padres se van a enterar de todas formas.

—Además, han venido los chicos que nos gustan —interviene Gisela.

Cada semana les gustan chicos diferentes a estas dos. Son iguales que Niko. ¿Qué le pasa a la gente, que se enamora tanto?

—¿Y quién os gusta? —quiero saber.

—Tu niño —contesta Gisela, decidida, señalando a alguien detrás de mí—. Tiene un puntito misterioso.

Me giro y encuentro a Leo a unos metros de distancia, hablando con Iván. Espero que no regrese con él y que lo vuelva a mandar a la mierda.

—Es gay —le digo a Gisela al volverme hacia ella, que se encoge de hombros como si no le importara, y después miro a mi hermana—. ¿Y a ti?

—No te lo pienso contar. —Se echa su melena rojiza hacia atrás, en expresión chulesca—. No hasta que me digas quién te ha hecho el gran chupetón del cuello.

¿Qué?

Como acto reflejo, me llevo la mano al cuello.

—Ese lado no es —me informa mi hermana en tono burlón, y Gisela se ríe.

—Que os den —les espeto, y me acerco a Dylan y a Camila. Sin embargo, cuando vuelvo a enfocar mi vista en Leo e Iván, los veo besándose y algo se revuelve en mi interior.

Ni siquiera me sorprende.

—Alan —me llama Dylan, que lo tengo a mi lado, sonriéndome con compasión y leyendo todo lo que se me está pasando por la cabeza—. El chupetón te lo ha hecho él, ¿verdad?

—Sí, pero da igual.

Decidimos dar por finalizada la fiesta y, una vez que llego a mi apartamento, me encierro en mi habitación y lo primero que recibo es un mensaje de Leo.

Leo: «Me ha gustado liarme contigo en el baño, pero no se lo digas a nadie, porfa. Es que he vuelto con Iván»

Yo: «Ok :)»

Leo: «¿Te has enfadado?»

Yo: «No :)»

Leo: «Vale :)»

En realidad no estoy enfadado, pero no entiendo por qué he sentido una punzada al verlo con su maltratador tan acaramelado cuando mis sentimientos están completamente apagados.

Capítulo 15

Leo

Lo primero que hago al despertarme es jurarme a mí mismo que ayer fue la última vez que bebería. Pero el lado positivo es que, en un pequeño porcentaje de la noche, lo pasé bien.

No, en realidad lo pasé bastante bien. Hasta que volvió a aparecer Iván y me pidió disculpas por haberse esfumado de mi cumpleaños porque se aburría, y yo no pude hacer otra cosa más que perdonarlo, como siempre.

Son casi las nueve de la mañana y el apartamento permanece en absoluto silencio, así que deduzco que nadie se habrá despertado todavía. Hago un esfuerzo por salir de la cama y meterme en el cuarto de baño para espabilarme y que se me pase el dolor de cabeza con una ducha. Quince minutos después, entro en la cocina y me encuentro a Dylan sujetando mi tarro de galletitas saladas mientras lanza una a una al aire y las atrapa con la boca.

De verdad, esto no puede seguir así. Cada día se acopla un extraño diferente en esta casa, y lo peor es que se está zampando mis galletas sin haber preguntado primero de quién son.

Carraspeo y me obligo a decir algo:

—Hola.

El tal Dylan, en cuanto me oye, ladea su cabeza en mi dirección, provocando que la galletita que ascendía por el aire se caiga un instante después al suelo.

—Hey, ¿qué tal? ¿De resaca?

—Sí —es lo único que respondo, y no me importa si he sonado antipático. Cojo el cartón de leche de la nevera y mi caja de cereales, y me siento a la mesa para desayunar, espero que con tranquilidad.

—Yo no bebí mucho anoche, por eso no tengo. —Dylan se sienta en la silla que hay frente a mí sin parar de comerse mis galletas, observándome. Enseguida me incomodo, y me distraigo removiendo los cereales con la cuchara, sin levantar mi mirada y oyéndolo masticar—. ¿Crees que sería buena idea si le preparo el desayuno a Dul? —me pregunta con la boca llena, y yo me sorprendo porque mi amiga haya aprovechado otra noche con un chico—. ¿O va a pensar que voy muy en serio cuando ni siquiera nos conocemos? ¿Le dejo una nota y me piro? ¿O me voy así, sin más? —Suelta un suspiro, agobiado, y yo me atrevo a mirarlo—. No nos acostamos anoche, si es lo que estás pensando. Ella se quedó dormida en cuanto se tumbó en su cama y yo preferí irme al sofá, como el caballero que soy. Además, tampoco soy de esos chicos que tienen sexo con la primera persona que se encuentra; prefiero saber cosas de ella y sentir algún tipo de conexión emocional, ¿sabes? No sé... No me va el rollo de «aquí te pillo, aquí te mato».

¿Por qué no se calla y me deja desayunar en mi soledad? Ni siquiera conozco a este tío para que venga a hablarme de sus líos amorosos.

—Entiendo... —logro contestar con un hilillo de voz, y él se revuelve el pelo, más agobiado aún.

—Y luego está el tema de Niko... —continúa con su monólogo, y yo me llevo una cucharada de cereales a la boca—. No sé cómo se lo habrá tomado, pero me siento mal por la pelea que

tuvimos anoche. Alan, él y yo nos conocemos desde que éramos unos enanos, y una de nuestras reglas sagradas es la de no tontear con la tía que le gusta al otro. —Se queda un momento callado y me mira—. Oye, tú no eres muy hablador, ¿verdad?

El calor se me sube a las mejillas.

Pues no. Muy hablador no soy, sobre todo si un desconocido comienza a cotorrear sin parar sobre cosas que no me interesan (exceptuando su lío con Dulce), y encima cuando estoy recién levantado, con resaca y ganas de matar a la humanidad.

—Es que es muy temprano.

De pronto, Niko aparece en la cocina y se dirige hacia Dylan.

¿También se ha quedado a dormir o acaba de venir? Esto ya es el colmo.

—Cabeza de huevo, siento haberte pegado ayer —se disculpa el asiático.

—Perdóname tú por hablarte de esa manera y por haberme metido entre Dulce y tú. —Dylan se levanta de su silla y abraza a Niko—. Yo fui el que se lanzó para besarla y reconozco que no estuvo bien, peque.

Por lo menos se están disculpando después de la escenita de testosterona que montaron ayer en la discoteca... Parecían auténticos críos, y el pobre Alan intentando poner orden.

—Venga, no pasa nada, tío. Si tienes razón; creo que no quiere nada serio conmigo. Estoy acostumbrado a que todas me rechacen —continúa Niko, y se separa de Dylan.

—Ya llegará la indicada.

Yo estoy presenciando la escena tan interesante mientras engullo mis cereales, riéndome para mis adentros, porque en el fondo me dan lástima estos dos; Dulce no quiere nada serio con nadie después de romper con su novio del pueblo y por estar tan ajetreada en la universidad.

—¡Buenos días! —saluda Alan de repente, y su sonrisa resplandeciente ilumina la cocina entera; después, mira a sus amigos—. ¿Ya os habéis reconciliado?

—¿Eso es un chupetón? —pregunta Niko haciendo caso omiso a la pregunta del principito, pero el rubio, en un acto reflejo, se tapa la marca con la mano—. ¿Quién te lo ha hecho?

Me como cuatro cucharadas seguidas, ansioso.

—Nadie —responde Alan con voz nerviosa—. Bueno, una chica. Anoche. En el baño de la disco.

—Vaya, vaya... —Niko le da una palmadita en el hombro, en expresión de orgullo, y Dylan se echa a reír.

Soy una chica. Me acaba de cambiar el género por arte de magia. ¿Por qué no ha dicho que se enrolló con un chico y ya está? ¿Acaso le gustarán más las mujeres que los hombres?

—¿Cómo se llamaba? —decido preguntarle a Alan, y me mira con la ceja enarcada.

—Mercedes —me contesta sin dudar.

—Suenan a señora mayor —comento, y luego me centro en terminarme el desayuno mientras los tres charlan entre ellos.

Una vez que abandono la cocina, el timbre comienza a sonar con insistencia y me acerco a la puerta de la entrada para asomarme a la mirilla.

Es Iván, así que no me queda otra que abrirle.

—Hola, melocotoncito. —Me planta un beso en los labios y entra en el piso como si estuviera en su casa.

—No sabía que vendrías tan pronto. Los fines de semana te gusta levantarte a las dos de la tarde.

—Es que me moría por verte. —Me coge del rostro y me da otro beso—. ¿Qué vamos a hacer

hoy? ¿Salimos a dar un paseo? ¿A comer a algún sitio? ¿Al cine? ¿O prefieres quedarte aquí?

—Mejor salimos un ratito. Voy a mi habitación a por una gorra.

Iván decide seguirme, pero Dylan me detiene en el pasillo.

—Al final le he dejado una nota despidiéndome de ella. No quiero interponerme entre Niko y Dulce. Gracias por tus consejos, amigo. —Aprisiona mi cabeza entre sus manos y me da un beso en la frente—. Nos vemos. —Y se marcha del apartamento.

¿Qué consejos, si ha estado todo el rato hablando solo? Cada vez tengo más claro que en la familia de Alan están todos tarados.

—¿Por qué te ha dado un beso en la frente? —quiere saber Iván en mi dormitorio, receloso—. ¿También te has hecho amigo de ese?

Elijo una gorra roja con el dibujo de una «L» blanca y me la pongo con la visera hacia atrás.

—Me ha caído bien —admito. Por lo menos, todos los extraños que han pasado por esta casa son simpáticos.

Me percató de que Iván frunce los labios. Sé que está molesto y celoso, y no lo entiendo, porque ni siquiera tiene motivos para sentirse de esa manera.

Un golpe en la puerta de mi habitación nos interrumpe.

Alan.

—Perdonad que os moleste —se disculpa, y sus ojos azules se posan en mí—. Leo, voy a poner una lavadora de vaqueros, ¿tienes alguno que quieras que lave?

—Sí. Un momento. —Me aproximo a la silla de mi escritorio y me hago con los dos vaqueros sucios que hay, uno de ellos con un milimétrico agujero en la entrepierna. Se los entrego a Alan sin mirarlo—. Aquí tienes.

—Vale. —Y desaparece, cerrando la puerta tras de sí.

Me doy la vuelta hacia Iván.

—¿Nos vamos? —pregunto, y me doy cuenta de cómo le palpita la vena del cuello.

—¿Cuándo lo pensáis echar la negra y tú?

Respiro hondo, armándome de paciencia.

—No vamos a echarlo. Es un buen compi de piso.

—De eso nada. Vais a echarlo. —Iván posa su mirada furiosa en la mía, provocando que me haga pequeño. No sé por qué insiste en deshacerse de Alan, con lo majo que es—. ¿De acuerdo, Leo?

—Sí, Iván —respondo con mi tono de voz demasiado agudo para que se calle—. ¿Salimos ya?

A mi novio se le suaviza la expresión.

—Claro, melocotoncito.

* * *

El lunes por la tarde, Ari me manda a hacer la compra para su mansión y me marchó con el carrito, igual de contento que cuando a un niño le roban en el recreo el bocadillo de jamón serrano que le han preparado sus padres. Una vez que regreso, me concentro en colocar cada cosa en su sitio correspondiente, pero, para mi mala suerte, en la cocina se encuentra Álvaro hablando por teléfono y me da vergüenza compartir el mismo aire que él. Sin embargo, me obligo a mí mismo a entrar, porque llevo alimentos que necesitan meterse en la nevera cuanto antes, y un par de botes de helado que se están descongelando.

Le sonrío a mi ídolo y me pongo el piloto automático para sacar la comida de las bolsas y

meterla en la nevera, mientras el otro parlotea sin parar sobre los conciertos que va a tener esta semana. Los mellizos aparecen y me arrebatan de las manos el bote de helado de chocolate que quería colocar en el congelador.

—¿Por qué tienes cara de calabaza de Halloween? —me pregunta el pequeño Aitor entre risas, y Mimi saca tres cucharas soperas de uno de los cajones.

—Porque nací con esa cara —le respondo quitándole el helado—. No podéis comer esto. Vuestros padres no me han dado permiso para que os deje.

—Alan nos ha dado permiso a *nosotres* —interviene Mimi—. Vamos a jugar al Monopoly, pero tú no estás invitado porque nos caes mal.

—Y eres feo —añade Aitor riéndose.

Joder, estos niños les quitan las ganas de vivir a cualquiera.

—Aitor. Miriam. —La voz grave de Álvaro provoca que los niños se den la vuelta hacia él—. Que sea la última vez que insultáis a Leo —los regaña señalándolos con el dedo, y yo pienso que es la primera vez que lo veo tan serio—. Ahora es nuestro empleado y se merece vuestro respeto. Como yo me entere de que os volvéis a meter con él, os castigo un mes sin tocar ningún tipo de aparato electrónico, ¿entendido?

Los mellizos asienten, como si fueran niñitos buenos, y se marchan con el bote de helado. Le doy las gracias a Álvaro y continúo guardando la comida en la nevera, pero Alan irrumpe en la cocina para hablar con su padre y, como soy tan torpe, un huevo se me escurre de la mano y se estrella contra el suelo, poniéndolo todo perdido. Las miradas de Alan y Álvaro se posan en mí.

—Lo siento —me disculpo con el corazón latiéndome a mil por hora y mi cara a punto de explotar—. Ahora lo limpio.

—No pasa nada, Leo —me dice Alan dedicándome una sonrisa afable. En cambio, a Álvaro le llama más la atención algo en el cuello de su hijo que el desastre que acabo de montar.

—¿Y ese chupetón, Piolín?

De nuevo, Alan se lleva la mano a la marca, como hizo cuando Niko le preguntó lo mismo.

—Esto... —El principito sonrío con una pizca de nerviosismo—. Me ha picado un mosquito esta noche.

Ya no soy una chica. Ahora me ha convertido en un bicharraco chupasangre.

—Ya, ya. —Álvaro esboza una sonrisa de complicidad y yo aprovecho para seguir metiendo cosas en la nevera—. ¿Y era un mosquito molesto?

—Muy molesto. Tuve que matarlo con mi zapatilla.

Basta.

Limpio la parte del suelo manchada de huevo todo lo rápido que me puedo permitir y abandono la cocina, con la intención de subir a la habitación de Ari y Álvaro para dejarla reluciente. Mientras paso la aspiradora, Hannah se presenta en el dormitorio y me pide, mediante gestos, que apague el electrodoméstico. Yo la obedezco, a pesar de que su madre me haya avisado de que sus hijos se quejarían por el molesto ruido y que no les hiciera caso si eso ocurría.

—No voy a molestarte mucho, esclavo —dice Hannah—. Sólo he venido para pedirte tu móvil, porque mis padres se enteraron de que quería irme de fiesta y me han castigado sin él. Lo necesito para enviarle un mensaje urgente a Gisela, así que, por favor, préstamelo. —Junta sus manos como si estuviera rezando—. Si no lo haces, me puedo inventar cualquier mentira para que mis papis te echen, y no creo que quieras eso, ¿verdad?

Pfff... Menuda familia... Los mellizos no paran de insultarme, Hannah me amenaza y me trata como si fuera un criado, los gatos me miran mal y me gruñen, la perrita me ladra cada vez que me

ve, y Alan... Pues es Alan. Los únicos que me tratan medianamente bien son Ari y Álvaro.

—De acuerdo. —Me saco el teléfono del bolsillo de los vaqueros y se lo tiendo.

Hannah, en cuanto se da cuenta del aparato pasado de moda, se echa a reír.

—¿Pero de dónde has sacado esta cosa? —se mofa.

Tampoco es tan antiguo... Lo tengo desde hace cuatro años y funciona a la perfección; aún no ha llegado el momento de jubilarlo. Yo no soy como esas personas que cambian más de móvil que de ropa interior. No entiendo qué tiene de especial comprarse el *smartphone* de última generación si el que tienes está prácticamente nuevo.

Continúo pasando la aspiradora por la habitación en lo que Hannah le escribe el mensaje a su amiga. Cuando acaba, me devuelve mi trasto, se da media vuelta, golpeándome con su trenza en la cara, y se marcha sin darme las gracias.

¿A estos niños no les han enseñado modales o qué?

Tras dejar el suelo de este aposento sin una mota de polvo, me meto en el del principito. Sin embargo, cuando vuelvo a encender la aspiradora, alguien me interrumpe otra vez, y apago el electrodoméstico.

—¿Pero tú de qué vas? —exige saber Alan con expresión cabreada, después de cerrar la puerta de su habitación.

—Perdona. Es que tu madre me ha pedido que pasara la aspiradora por las habitaciones — intento hablar sin que me tiemble la voz—. Si te molesta que esté limpiando la tuya...

—No me refiero a eso. —Me muestra su móvil—. Te hablo del mensaje que me has mandado hace cinco minutos.

—¿Qué mensaje?

Alan suelta un bufido y se acerca a mí. Me enseña en la pantalla de su móvil una conversación de WhatsApp abierta.

Mendigo: «Me encantaría retozar contigo en tu cama gigante, Nenuco. El día de mi cumple me quedé con ganas de tenerte dentro de mí... O de yo dentro de ti... ;))»

Conforme voy leyendo el mensaje, los ojos amenazan con salirse de mis cuencas y la vergüenza se apodera de mí.

Maldita Hannah.

—Yo... Yo no he... —tartamudeo como un imbécil, señalando la pantalla—. Yo no he escrito eso.

—¿Entonces quién ha sido? ¿Un espíritu que te ha robado el móvil? —Alan me mira fijamente y, en vez de tener el rostro angelical de siempre, ahora la emoción que lo decora es la irritación.

En el poco tiempo que lo conozco, no he tenido el placer de ver esa faceta suya. Siempre se muestra como un chico alegre, sonriente... Lleno de felicidad. Como si no tuviera problemas. Pero parece que hoy algo en su cerebro ha hecho *click*.

—Hannah —le contesto, y él frunce el ceño—. Me ha pedido el móvil para hablar con su amiga porque está castigada. Imagino que habrá querido hacerse la graciosa. —Jugueteo con la pulsera de mi muñeca.

—Hannah —repite como si lo que le acabo de contar fuese algo inverosímil—. ¿Y cómo sabe ella que nos hemos liado? ¿Se lo has soltado?

—Qué va... No le he contado nada a nadie. Ni siquiera a Dulce.

—¿Y cómo demonios se ha enterado mi hermana?

Por Dios. Estoy temblando por culpa de la ansiedad. Necesito que Alan me deje a solas.

Sigo jugando con mi pulsera para que no se note mi tembleque y distraerme. Entonces a mi compi de piso se le ilumina la bombilla.

—Quizá haya leído los mensajes anteriores de tu teléfono —deduce.

—Los borré por si Iván...

—¿También te mira el móvil? —me corta.

—Tengo que seguir trabajando —cambio de tema, y enciendo por enésima vez la aspiradora para amortiguar las palabras que Alan me está diciendo, pero, al ver que no le hago caso, me la arrebató de las manos y la vuelve a apagar, quedándose su dormitorio en completo silencio—. ¿Qué haces?

—Si necesitas contarme algo, soy todo oídos —me dice mirándome a los ojos—. Bueno, en todo caso, sería oído y medio. —Se señala la oreja en la que lleva el audífono, sonriendo, para mitigar la tensión del ambiente, y logra que se me escape una risita. Me parece increíble que se pueda reír de sí mismo—. Sea lo que sea, puedes confiar en mí. Somos compis de piso y de clase, incluso me atrevería a decir que somos amigos. No te voy a juzgar y tus secretos estarán a salvo conmigo.

¿Puedo admitir ya que siento una especie de enamoramiento repentino por este tío o es demasiado temprano? Me quiero casar con él.

Pero no puedo. Mi novio es Iván. Me gusta Iván. Quiero a Iván. Estoy enamorado de Iván. Aunque me trate fatal y a los tres segundos se arrepienta, sé que me quiere.

—Gracias —es lo único que contesto.

Alguien da un golpe en la puerta de la habitación y Álvaro la abre, asomando su cabeza.

Qué vergüenza. ¿Y si me echa por andar de cháchara con su hijo?

—Piolín, ya me voy. —Mi ídolo se adentra en el cuarto y abraza al principito como si fuera lo más valioso que tiene—. He dejado a tu madre llorando en el desván porque quería que me quedara, pero el deber me llama. El domingo vendré y pasaremos el día juntos.

—Ahora subo a consolar a mamá. Te echaré de menos.

Álvaro le planta besos por toda la cara a su hijito mientras yo vuelvo a jugar con mi pulsera, que es la única compañía que tengo en este momento.

—Voy a despedirme de los enanos. —Álvaro logra separarse de Alan y me mira—. Adiós, mosquit... —No acaba la palabra y sacude la cabeza, divertido. Yo deseo desaparecer e irme volando por la gran ventana—. Quería decir... Adiós, Leo.

—¡Papá! —le espeta Alan, y luego ladea su cabeza hacia mí—. No le hagas caso. —Se lleva un dedo a la sien—. La fama lo ha vuelto loco.

Álvaro se larga de la habitación, desternillándose, y Alan lo persigue, dejándome a solas y con total tranquilidad para terminar de pasar la maldita aspiradora ruidosa.

Capítulo 16

Alan

Cuando he terminado las clases de hoy, me he venido al Starbucks con Camila para hacer un trabajo que debemos entregar dentro de una semana en la facultad. Leo no se ha venido porque quería descansar y comer algo antes de entrar a trabajar, pero me ha dicho, con cierto resquemor, que me lo pase bien con Camila.

—¿Qué se siente al tener un padre famoso? —inquire Cami, y yo paro de escribir y la miro—. Lo echarás mucho de menos, por eso de que está constantemente viajando, ¿no?

—Muchísimo, pero él es feliz así y hace hasta lo imposible para pasar tiempo con la familia —le respondo en modo automático, porque casi todo el mundo que se interesa por mi padre me hace las mismas preguntas, y es un poco cansado—. ¿Y tú? ¿Echas de menos a tus padres?

—Sí, aunque no me queda otra. Es lo malo que tiene irse a estudiar a miles de kilómetros de ellos. Pero los visitaré en Navidad.

—A veces tenemos que sacrificarnos para cumplir nuestros sueños. —Le dedico una tierna sonrisa—. Pero estoy seguro de que merecerá la pena.

Doy tan buenos consejos a los demás que me asusto, porque no tengo los suficientes huevos como para usarlos yo mismo y afrontar mis problemas.

—Llevas razón. —Camila también me sonríe, pero contemplando mis labios.

Espero que no se le ocurra hacer lo que está pensando. Cuando alguien se queda mirando la boca de otra persona, en la mayoría de los casos es porque le apetece darle un beso, a no ser que se haya dado cuenta de que tiene una mancha al lado de los labios y quiera quitársela.

Segundos después, Camila aproxima su rostro al mío, con la intención de besarme, pero me obligo a hacerle la cobra.

Vale, soy tonto. DEMASIADO tonto.

—Mejor será que sigamos con esto —digo, entre una mezcla de vergüenza e inquietud—. No hemos avanzado nada y quiero terminar cuanto antes.

—Por supuesto. —Se esfuerza en volver a sonreírme, aunque se nota que se siente un pelín humillada por mi culpa.

Ambos nos concentramos en nuestro trabajo en un silencio sepulcral, sin volver a mantener una conversación y con los ruidos de la cafetería de fondo. Cuando nos toca marcharnos, me ofrezco para llevar a Camila a su apartamento con el coche, pero ella rechaza mi oferta, respondiendo que prefiere irse en el metro.

—Nos vemos en la facultad, Alan —suelta al salir del Starbucks, sin borrar esa sonrisa fingida.

Joder, con lo buena chica que parece y yo la acabo de cagar por no ser un tío normal.

—Podemos quedar mañana después de clases, como hemos hecho hoy. Si te apetece.

—Vale —me responde.

Acerco mi mano a su cara para acariciarle la mejilla, pero no estoy seguro de si lo estoy haciendo bien, porque ni siquiera me acuerdo de cómo ser cariñoso con una desconocida, y mucho

menos de tontear con ella. No obstante, Camila cierra los ojos ante mi tacto, indicándome que voy por buen camino, y después los abre. Nos miramos, la cojo del mentón, aproximo mis labios a los suyos y la beso despacio, pero no logro sentir nada. Con Leo casi exploto de emoción en aquel baño de la disco.

—Bueno, pues hasta mañana —le digo tras separarnos.

—Adiós —se despide Camila con una sonrisilla nerviosa y las mejillas sonrosadas, y cada uno se va por su camino.

Conduzco en dirección al apartamento con la música a tope y la felicidad surcando por los poros de mi piel por lo que acaba de pasar.

He besado a otra persona sin apartarme al momento y sin que los recuerdos invadan mi mente. Puede parecer una tontería, pero yo lo considero un gran avance para mí.

—¿Qué haces ahí? —le pregunto a Niko una vez que subo hasta mi piso. Está sentado en el felpudo, con la espalda apoyada en la puerta.

—Llevo media hora tocando el timbre y nadie se ha dignado a abrirme. —Se levanta de un salto—. Al final me he tenido que sentar a esperar a que alguien haga acto de presencia.

—Me hubieses llamado, idiota. —Abro la puerta con la llave y los dos nos adentramos en el apartamento.

—Sabes perfectamente que yo no aviso antes de visitar. Aparezco de imprevisto. —Niko planta su trasero en el sofá, con las piernas estiradas hacia la mesita de centro, y después enciende la televisión con el mando a distancia—. ¿Dónde estabas metido?

Dejo la mochila en el otro sofá y me siento al lado de mi amigo.

—Haciendo cosas para la universidad con una chica.

Niko me mira con expresión burlona.

—Define «cosas».

—Un trabajo —contesto, y me muerdo el *piercing*.

—¿Qué clase de trabajo? —Mueve las cejas de arriba abajo—. ¿Es la misma persona que te hizo el trabajito del cuello?

¿Pero aún está el chupetón ahí? ¿Cuántos días se supone que duran esas dichosas marcas?

—No. —Me detengo un momento para pensar bien la respuesta—. La de hoy es otra chica.

—Estás que te sales, tío. —Niko me da una palmadita en el hombro, orgulloso—. Y parecías el menos golfo de los tres, y eso que Dylan sigue siendo virgen.

Le pego un empujón de manera cariñosa.

—¿Pero no dijo en la cafetería que se había acostado con la tal Diana?

—Qué va. Se lo inventó —me cuenta—. Le daría vergüenza soltar su secretito delante de tus compis de piso.

—Pues yo me lo creí. Ya estaba planeando una fiesta para celebrarlo.

El sonido del timbre inunda el pequeño piso y yo me levanto para abrir, pero, en cuanto lo hago, me sorprende al ver a Iván en el rellano, acompañado de una maleta roja.

—Leo no está ahora —le informo.

—Ya lo sé. Está trabajando —me contesta con hostilidad. Me aparta de la entrada de un empujón y se cuela en el apartamento como si estuviera en el suyo, arrastrando su maleta.

—¿A dónde vas con eso? —exijo saber refiriéndome a su equipaje.

—Me he peleado con mi compañero de piso, así que he hecho la maleta y me he largado —me explica con cierto desinterés—. Me voy a quedar unos días con Leo hasta que se calmen las cosas con el otro. Espero no ser una molestia para ti. Y si lo soy, te aguantas.

—¿Leo sabe que te mudas aquí?

—Mmm... No, pero no le importará que me quede. Soy su novio.

¡Pero bueno! ¿Este gilipollas de qué va? ¿Cómo se atreve a autoinvitarse para vivir en esta casa y sin consultarlo con Leo con antelación?

Tengo ganas de pegarle un guantazo en la cara.

Iván recorre el pasillo con el sonido de las ruedas, saluda a Niko con la cabeza en el salón y se encierra en la habitación de su novio. Yo regreso con mi amigo al sofá, con un cabreo de mil demonios, y aguardo a que sea la hora de que Leo regrese y eche a su novio maltratador de este diminuto piso.

—Ese tío es lo peor... —comenta Niko en voz baja para que las paredes, que parecen de papel, no nos escuchen, y yo lo miro frunciendo el ceño.

—¿Te acuerdas de él? Vino al cumpleaños de Leo.

—Sí, lo recuerdo. Estudiaba Ciencias Políticas conmigo, es ultraderechista y racista a más no poder. A mí me mira con asco cuando me ve, ¿no te has dado cuenta? —me susurra, y yo rezo para que no empiece a hablarme de política—. Además, es misógino, machista y crítica a las feministas. Dice que las mujeres víctimas de violencia de género se inventan que las maltratan y ponen denuncias falsas. Pero eso sí, defiende a los gays, aunque pone a parir a los demás miembros de la comunidad LGTB+. Piensa que las lesbianas son unas reprimidas que necesitan una buena polla, que los bisexuales son unos viciosos y que los transexuales son una broma de mal gusto. —Niega con la cabeza, en desaprobación, pero a mí no me impresiona que ese tío piense de esa manera—. Imagina que nos gobierna en un futuro... Soy capaz de pegarle un puñetazo y dejarlo atontado.

—Joder... —mascullo.

—Yo, cuando sea presidente del gobierno, defenderé a toda esa gente —continúa parloteando Niko, y yo me pongo cómodo, apoyando la espalda en el respaldo del sofá, porque su monólogo va para largo—. Lo primero que haré será bajarme el sueldo, porque no necesito tanto dinero, y después convertiré la adopción en un proceso más fácil y sin tantos requisitos ridículos. Mi lema será «ningún niño sin familia». Las mujeres estarán defendidas en este país, y al tío que se le ocurra ponerle una mano encima a alguna, se irá directamente al trullo para pudrirse ahí dentro. ¿Tendré tu voto, verdad?

—Si me convence tu programa electoral... —le respondo, y mi amigo me da un golpecito en el hombro.

Dejamos aparcado el tema de la política y le propongo echar una partida a la *play* con un juego de matar zombis que me compré el mes pasado. Cuando llevamos un rato absortos en la pantalla de la televisión, Leo vuelve a casa con Dulce. Ella nos saluda y se mete en la cocina para prepararse algo de comer, porque está muerta de hambre; Niko no duda en seguirla.

—Tu madre casi quema la casa —me cuenta Leo sentándose en el lugar que ha ocupado mi amigo, y coloca sobre su regazo una bolsa de plástico con algo dentro—. Se había empeñado en prepararte un bizcocho de Nutella mirando un tutorial de Internet, pero al final se ha distraído con tus hermanos, se le ha quemado en el horno y se ha puesto a llorar. Luego me ha pedido que la ayudase a hacer otro, porque, según ella, es un desastre cocinando y seguro que el bizcocho, aparte de quemado, también estaría muy poco comestible.

No he parado de sonreír en todo el rato, imaginándome a mi madre experimentando con la repostería sin tener ni idea.

—¿Y qué ha pasado con el segundo? ¿Os ha salido bien? —inquiero.

—Sí. Mira. —Saca de la bolsa uno de los portatartas que hay en mi casa y me lo tiende—. En realidad no sé si ha salido bien, porque no lo hemos probado, pero haz tú los honores.

Le quito la tapa al portatartas y me encuentro un exquisito bizcocho redondo, cubierto de Nutella y con bolitas de chocolate blanco decorándolo por encima. Se me hace la boca agua con sólo mirarlo.

—Oh, Dios. Necesito probarlo.

—Voy a traerte un cuchillo.

Leo regresa a los pocos segundos y no tardo en cortarme una porción de pastel y darle un gran mordisco, con los ojos de mi compi de piso clavados en mí. Le levanto el pulgar en señal de aprobación y continúo devorando el trozo. Dentro de una hora no quedarán ni las migajas, pero me tengo que asegurar de que Niko no lo vea para que no desaparezca antes de tiempo.

—¿Quieres? —le ofrezco cuando parto el segundo pedazo que me voy a comer.

—No, gracias. —Leo me sonrío—. Es para ti entero.

—Pues tú te lo pierdes —le respondo con la boca llena. Cuando trago, decido contarle la noticia de Iván—. Por cierto, ha venido un orangután de visita.

—¿Un orangután?

—Tu novio. Dice que se va a quedar unos días porque se ha peleado con su compañero de piso.

—¿Qué dices, Alan? —Leo está totalmente desconcertado.

—Te está esperando en tu cuarto.

En cuanto suelto esas palabras, escucho la desagradable voz de Iván llamando a Leo por ese mote tan ridículo:

—Melocotoncito.

Aparece en el salón y el mendigo se levanta del sofá de sopetón y tenso, como si su novio le tuviera prohibido mantener una conversación conmigo.

—¿Qué haces aquí, Iván? —le pregunta Leo acercándose a él.

—Me vengo a vivir contigo durante un tiempo —le responde el idiota—. No me llevo bien con mi compañero de piso.

Mentira.

—Ahh... Vale. No pasa nada —le dice Leo con un hilillo de voz.

—¿Por qué no te llevas bien con tu compi? —intervengo, y me chupo los dedos, que contenían restos de Nutella.

Los dos me miran.

—No es asunto tuyo —me espeta Iván con expresión dura, y coge a Leo del brazo—. Vamos a tu cuarto y me ayudas a sacar las cosas de la maleta.

Desaparecen de mi vista (Iván, casi llevando a rastras a Leo), y yo entro en la cocina para guardar lo que ha sobrado de bizcocho, porque no quiero terminarlo tan rápido por si a media noche me despierto con hambre.

—Eh, ¿eso qué es? ¿Me lo puedo comer? —me pide Niko al verme abrazado al portatartas mientras friega los platos con Dulce.

—¿Aún tienes hambre? ¿No has tenido suficiente con la tortilla francesa? —le pregunta ella, y él niega con su cabezón, sonriendo.

—No se puede comer. Es mío —le contesto a Niko, posesivo.

—Creía que era tu amigo, y que lo tuyo es mío y lo mío es tuyo.

Dejo el bizcocho en la encimera y clavo los ojos en mi amigo.

—Está vigilado, así que más te vale tener tus zarpas lejos de él o me veré en la obligación de envenenarte con arsénico —lo amenazo, y después me encierro en mi habitación.

* * *

Otra maldita pesadilla. Por suerte, no recuerdo mucho el argumento, pero sé que ha tenido que ver con ÉL, porque siempre sale en todas.

Miro la hora en el móvil: las cuatro de la mañana. Sé que no voy a volver a dormir en lo que queda de noche, así que hago un esfuerzo por salir de la cama para que se esfume de mi cabeza lo que me acaba de pasar y entro en la cocina. Pero, al encender la luz, descubro a un ser rebuscando en el cubo de la basura y me restriego los ojos para enfocar mejor la vista.

Es un gato blanco y negro, y me está mirando con desconfianza y con un trozo de pan entre los dientes. Me intento acercar, pero el animal se asusta y salta hacia la ventana de la cocina, que no sé qué hace abierta a estas horas, y huye como si lo fuera a asesinar. Me asomo para saber de dónde ha venido, pero no llego a tiempo porque ya ha desaparecido. Dejo la ventana abierta por si decide volver y me sirvo un vaso de leche calentita con un trozo de bizcocho, que todavía no ha sido atacado por las manazas de Niko, algo que me asombra. Me siento a la mesa en completo silencio y aprovecho para leer los comentarios de mi canal de YouTube.

AntoniaBTS: «¿Por qué ya no subís vídeos? Vos alegrabas mis días»

Cabraloca_123: «Te echamos de menos, chico sin nombre»

PelusaPitusa: «Espero que no te hayas muerto»

ElsaPito: «Estoy preocupado. Más de un año sin dar señales de vida...»

Lamesadelacocina: «Ojalá publiques un vídeo pronto. Me encantan tu voz y tu *piercing* del labio»

Puede que me atreva a subir alguna *cover* para calmar a mis seguidores... Pero cuando esté listo y me vea con ganas para cantar.

—¿No puedes dormir? —La voz de Leo me sobresalta y doy un respingo—. Perdón, no quería asustarte. —Se sienta en la silla que hay frente a mí y observo su cara de dormido, con los ojos medio cerrados y llenos de legañas, y el cabello despeinado.

—¿Tú tampoco puedes dormir? ¿O te he despertado con mis pesadillas?

—Me has despertado, pero no importa. —Coge lo que me queda del trozo que me he servido y le da un mordisco—. Mmm... Está rico.

—¿Iván está durmiendo?

—Sí, duerme con tapones en los oídos, por eso no te ha escuchado —me explica. Me roba el vaso de leche y se bebe lo que queda; después, lo vuelve a dejar en la mesa—. ¿Te puedo hacer una pregunta? —Me mira fijamente a los ojos, algo que me extraña, ya que siempre me evita la mirada o su contacto visual dura menos de medio segundo.

Me pongo rígido. Espero que no me pregunte nada acerca de las pesadillas.

—Vale.

—¿De qué color es tu pelo en realidad? —quiere saber con el semblante de lo más serio—. Porque está claro que eres rubio de bote.

Se me escapa una risa.

—Soy rubio natural.

Leo frunce los labios.

—No me lo creo. —Coge el plato y el vaso vacíos y los lleva hasta el fregadero, indignado; yo permanezco sentado, mirándolo con una sonrisa en los labios. Después, se gira en mi dirección—. Me voy a dormir otra vez, vaya que se despierte Iván.

—¿Hasta cuándo se va a quedar?

—No lo sé. —Su mirada rehúye de la mía y la posa en sus zapatillas de Batman—. Se irá pronto, supongo.

—Leo —pronuncio su nombre, y él vuelve a mirarme—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. —Sus manos comienzan a jugar con su pulsera.

—¿Por qué siempre llevas un gorro o una gorra?

Suelta un suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Buenas noches —me dice sin contestar a mi duda, y se dispone a marcharse de la cocina, pero yo lo interrumpo con otra pregunta.

—¿Eres calvo y el pelo que tienes es de un peluquín?

Me mira con los ojos entornados durante unos segundos y luego se da la vuelta, con la intención de irse, murmurando algo parecido a «odioso principito».

—Leo —vuelvo a pronunciar su nombre.

Él se gira y yo le digo mediante lengua de signos que tiene un culo bonito. Leo se molesta por lo que acabo de hacer y me contesta con algo parecido al baile del *aserejé*; después se marcha, cabreado, mientras yo no paro de reírme con maldad.

Capítulo 17

Leo

El compañero de clase de Iván aparca cerca de mi facultad, y mi novio y yo nos apeamos del coche para despedirnos hasta la hora de comer. Ya lleva una semana quedándose conmigo en el piso y no tengo ni idea de cuándo va a volver al suyo, porque no para de quejarse de lo lejos que está ahora de su facultad y pierde el tiempo entre ir y venir. También se ha empeñado en traerme a clase en el coche de su amigo porque hace unos días descubrió que me venía con Alan. Mi compi de piso me preguntó, con toda la bondad del mundo, si quería que nos fuésemos juntos a la uni (algo completamente normal si estamos estudiando lo mismo), e Iván, que estaba delante, le contestó que me iba con él, que para eso era mi novio.

—Vendré a buscarte cuando acabes las clases, melocotoncito —me dice Iván en la puerta de mi facultad.

—Vale.

Nos damos un casto beso en los labios y después se vuelve a meter en el coche. Miro cómo desaparece de mi campo visual y decido esperar a Alan, que no tarda en llegar. Cuando estaciona su coche, se dirige a mí con una sonrisa resplandeciente y me fijo en que se ha puesto otra vez esa maldita camisa azul que le sienta de maravilla.

—¿Entramos, melocotoncito? —me pregunta en tono burlón, y me tira del moflete.

—No me llames así, por favor —le pido—. Odio ese ridículo apodo.

—Pues cuando tu novio te llama así, no te quejas. —Sus ojos me recorren con descaro y se detienen en mi chaqueta negra nueva—. Te queda genial esa chupa de cuero.

—Eh... Gracias. —Sonrío, poniéndome colorado al instante—. Me la ha regalado mi madre.

Desde que tengo uso de razón, nadie me ha hecho ningún cumplido sobre la ropa que llevo, exceptuando Dulce o mi madre. Iván siempre me dice que tal cosa me queda mal, y cuando me ha visto con la chaqueta, no ha tardado en hacer una mueca de desagrado, soltar que no le gusta y que me hace parecer gordo.

—Pareces un malote. —Alan sonrío de medio lado—. A ver cuándo me la prestas.

No le respondo nada, sólo le devuelvo la sonrisa y luego atravesamos la puerta principal de la facultad, dirigiéndonos a nuestra clase. Me siento en la última fila, como siempre, y Alan se queda en la primera, junto a la chica del flequillo, como lleva haciendo estos últimos días. En cuanto entra la profesora, me preparo para coger apuntes con mi libreta y mi bolígrafo tricolor, pero cuando comienza a explicar el tema que nos toca, Alan y la chica del flequillo, que creo que se llamaba Camila, no paran de cuchichear entre ellos, desconcentrándome, aunque me encuentre en el fondo de la clase.

Como al principito rubio se le ocurra pedirme los apuntes por haber estado haciendo el tonto con la otra, pienso enseñarle mi dedo corazón y mandarlo a paseo.

Transcurren veinte minutos de la clase en los que la profesora ha continuado explicando mientras lanzaba miradas asesinas a la parejita de la primera fila, que no ha parado de molestar con los murmullos y risitas. Al final, me canso, suelto mi bolígrafo y saco mi móvil para

interrumpir al señorito y a su princesa del flequillo.

Yo: «¿Te puedo hacer una pregunta?»

Envío el mensaje y echo un vistazo a Alan que, nada más recibirlo, detiene su tema de conversación con la chica, libera su móvil caro del bolsillo de sus vaqueros y gira su cabeza en mi dirección para dedicarme una sonrisa. Después, se vuelve hacia el frente y me contesta.

Principito: «Dime»

¿Ahora qué le digo?

Tras varios segundos pensando, decido hacerle una pregunta de lo más normalita.

Yo: «¿Cuál es tu color favorito?»

Vuelvo a posar mi vista en Alan y lo veo concentrado en su móvil, así que he conseguido que deje de molestar a la clase entera. A los pocos segundos, me llega su respuesta.

Principito: «Adivínalo»

Yo: «¿Azul?»

Principito: «Lo has tenido muy fácil jajaja. ¿Cuál es el tuyo?»

Escribo «el azul de tus ojos», sonriendo. Sin embargo, al querer eliminar el mensaje, soy tan tonto que se lo mando sin querer.

Yo: «El azul de tus ojos»

Mierda. Mierda. Mierda.

Necesito que mi gorrito me tape la cara entera.

Alan vuelve a girarse en mi dirección, pero yo, para no descubrir su expresión, me cubro media cara con la mano y bajo la mirada hacia la pantalla de mi móvil.

Principito: «¿Estás intentando tontear conmigo o qué te pasa? Esta vez no veo a mi hermana para que te haya pedido el móvil»

Yo: «Sólo era un cumplido, como el que tú me has hecho antes con mi chaqueta. No necesito tontear con los demás porque tengo NOVIO»

Ufff... ¿He sonado demasiado borde?

Principito: «Un NOVIO controlador y celoso»

Yo: «Por lo menos tengo NOVIO»

Principito: «Pues yo preferiría no tener ese NOVIO»

Yo: «Porque a ti te gustan más las NOVIAS con flequillo»

Miro a Alan, que se ríe a la vez que escribe.

Principito: «No te creas jajaja... También me gustan los NOVIOS que no son tóxicos»

Yo: «Mi NOVIO no es tóxico. Sólo un poco celoso porque me quiere»

No me gusta hablarle a la gente sobre Iván.

Principito: «¿Te puedo hacer una pregunta?»

Yo: «Adelante»

Principito: «¿Cuál es tu comida preferida?»

Yo: «Las espinacas»

Principito: «¿En serio? Yo las odio»

Yo: «Están riquísimas. Ahora dime la tuya»

Principito: «Nutella»

Yo: «¿Esa porquería se considera comida? Te va a salir diabetes como sigas comiéndola a cucharadas»

Principito: «Voy a dejar de hablarte ahora mismo. Adiós»

Vuelvo a mirar a Alan, que guarda su móvil en su bolsillo, y después se pone a atender a la profe, enfurruñado, porque he insultado a su preciada Nutella.

* * *

Me quiero ir ya de aquí. Se supone que Iván y yo íbamos a pasar la tarde del domingo dando una vuelta por Madrid, pero al final me ha engañado y me ha traído al piso de unos amigos suyos para jugar a la *play*. El barrio no tiene muy buena pinta, y sus colegas, tampoco. Desde que hemos llegado, llevan fumando marihuana y metiéndose cosas peores en el cuerpo mientras yo me he estado sintiendo fuera de lugar todo el rato, a pesar de que esta gente se haya mostrado maja conmigo ofreciéndome un porro. Como me he negado, mi novio me ha llamado «aburrido» y sus amigotes se han reído como tarados.

—Iván, ¿por qué no nos vamos ya? Son casi las ocho de la tarde —le pido.

—Joder, ahora —me responde de mala gana, y le da una última calada a su porro para después dejarlo sobre el cenicero de la mesa de centro.

Estoy empezando a marearme por culpa del ambiente de este maldito piso. Necesito respirar aire fresco.

—Iván, por favor.

Mi novio suspira con pesadez y me lanza una mirada que me hace temblar.

—Eres un pelmazo. —Se levanta del sofá roído y me agarra del brazo con brusquedad, obligándome a levantarme. A continuación, mira a sus amigos—. Nos piramos ya. La Cenicienta debe estar en casita temprano —comenta señalándome con la cabeza, y los demás se carcajean; yo agacho la mirada, angustiado.

El compi de clase de Iván se viene con nosotros, porque nos ha traído en su coche, y abandonamos el apartamento. Cuando salimos a la calle, respiro aire de verdad y mis pulmones me lo agradecen.

—Conduzco yo esta vez —dice mi novio, y su amigo le lanza las llaves del coche.

Me dispongo a abrir la puerta del asiento trasero, pero Iván me lo impide, apartando mi mano de la manilla de un golpetazo.

—¿Qué haces, Iván?

—Tú no vienes —me espeta, y yo adivino que lo dice completamente en serio por su expresión dura—. Te toca ir andando por haberme sacado de la fiesta. Eres insoportable.

—¿Pero qué dices? —Se me quiebra la voz y los ojos se me empañan—. No puedes dejarme en este barrio solo.

Iván suelta una risotada y su amigo lo imita, que está observando la escena desde el asiento del copiloto.

—¿Vas a ponerte a llorar como una niña? —inquire mi novio, y se restriega los ojos con las manos, simulando que llora—. Bua, bua, bua.

—Venga, tío, deja de hacer el gilipollas y vámonos —interviene el otro.

—Iván... —susurro mirándolo.

Sin embargo, él me pega un empujón para apartarme de su camino, y después se mete en el coche y se marcha mientras no para de reírse con su amigo.

¿Y ahora qué hago yo? No conozco Madrid, y mucho menos este barrio repleto de maleantes y drogadictos. Tampoco tengo dinero para pillar un autobús, porque lo poco que tenía en la cartera me lo ha pedido Iván para comprarse un paquete de tabaco. Y yo, como soy tan tonto, se lo he dado.

Comienzo a andar por la acera sin saber hacia dónde dirigirme, con miedo por si a alguien le da por atracarme o apuñalarme, y con unas ganas tremendas de llorar por la putada que me acaba de hacer Iván. Mientras camino a paso ligero y sin dejar de mirar a mi alrededor, me prometo a mí mismo mandar a la mierda a mi novio, porque lo de hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Acelero el paso cada vez que veo a alguien que me da mala espina y rezo para que no me haga nada. En la acera de enfrente, diviso a un grupito de chicos pegándole a otro, empiezo a temblar a causa del pánico y obligo a mis piernas a ir más deprisa, casi corriendo, para evitar que los chicos se den cuenta de mi presencia y acabe convirtiéndome en una presa fácil.

Joder, me falta el aire.

Continúo caminando sin ningún rumbo fijo y tengo la suerte de toparme con mi salvación para sacar el móvil con seguridad: un bar abierto. Atravieso la entrada y me dirijo a la barra, donde se

encuentra el camarero. Ni siquiera presto atención a los demás clientes.

—Pe... Perdona, ¿me puede decir dónde está el servicio? —le pregunto con voz temblorosa.

—Al fondo a la derecha.

Una vez dentro, me miro al espejo y descubro mis mejillas llenas de lágrimas. Me sueno los mocos con papel higiénico y hago todo lo posible por respirar hondo y tranquilizarme, concentrándome en el chorro de agua que sale del grifo. Después, saco mi móvil y me quedo unos segundos debatiendo conmigo mismo sobre a quién podría llamar con el saldo que me queda.

No conozco a casi nadie en Madrid, no tengo el teléfono de ninguno de mis compañeros de clase, mi novio me ha abandonado y Dulce está trabajando, así que sólo me queda una persona que puede que venga a buscarme, pero me da muchísimo reparo molestar a Alan cuando hoy es domingo y le toca disfrutar de su familia. Aunque no me queda otra opción...

Si a Alan no le importa venir a por mí a este lugar, tendrá el cielo ganado.

Marco su número y me aclaro la garganta para que no se note que he estado llorando.

—Dime, Leo —me contesta al segundo tono, con esa voz tan relajante que tiene.

—Hola, principito. ¿Estás ocupado? —inquiero con voz normal, aunque tengo la sensación de que he sonado decaído, pero espero que no se dé cuenta.

—Pues la verdad es que sí. Estoy peleándome con Aitor para que deje de robarme las patatas fritas de mi plato. Espera un momento, que salgo a la calle para oírte mejor. —Se le escapa una risa y de fondo se oyen chillidos. Tras varios segundos, vuelve a hablarme—. Ya está. Es que hemos salido a cenar fuera. ¿Para qué me has llamado?

—Para... Bueno... —Doy un suspiro y cruzo los dedos de la mano que me queda libre—. Es que Iván me ha dejado tirado en un barrio de Madrid y no sé cómo volver a casa. Siento tener que pedirte esto, pero... ¿Puedes venir a buscarme, si no es mucha molestia?

—Ese Iván es un desgraciado —masculla—. Dime dónde estás.

Hago memoria para recordar el nombre de esta zona y, en cuanto lo digo, Alan permanece en silencio unos segundos, lo que me hace pensar que se ha cortado la llamada.

—¿Alan? ¿Sigues ahí?

—Lo siento, Leo. No puedo ir a recogerte a ese sitio —me responde al fin, y a mí se me instala un nudo en la garganta—. Perdóname.

—¿Por qué? ¿Tan mala fama tiene este lugar? Me estás asustando.

—Lo siento mucho.

Alan me cuelga y yo contemplo como un pasmarote la pantalla de mi teléfono. Después, me siento sobre la taza del váter y me desahogo llorando porque la culpa ha sido mía, por enfadar a Iván. Pierdo la noción del tiempo hasta que unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos.

—¡Vamos, que me estoy meando! —exclama un hombre con voz grave.

Logro levantarme de la taza y me lavo la cara para borrar mis lágrimas, aunque por dentro me encuentre hecho una mierda. Abandono el bar y reemprendo mi camino hacia ningún lado, porque no me atrevo a preguntar cómo se sale de este horrible sitio a las personas que pasan por mi lado; la mayoría son maleantes o yonquis pidiéndome un euro, incluso me he topado con un borracho que estaba cantando en mitad de la acera que su padre tiene la menopausia y me ha pegado un susto de muerte.

Pero todo eso no es nada, comparado con lo que me va a tocar vivir ahora: un chico castaño y una chica morena, con unas pintazas de drogadictos, me impiden el paso, apuntándome cada uno con una navaja.

Ya está. De aquí no salgo vivo.

—Danos todo lo que tengas —dice la chica sujetando su arma con la mano temblorosa.

Mi corazón comienza a palpar a toda pastilla y la respiración se me acelera.

—No... No llevo na... nada... —logro decir.

—¿Nos estás vacilando, comemierda? —me espeta el chico mirándome con sus ojos inyectados en sangre.

Estoy sudando y me tiembla todo el cuerpo. No puedo salir huyendo en dirección contraria porque mis piernas no responden; estoy paralizado.

—Yo... No... No... Os lo juro —insisto, y mis ojos viajan hacia las navajas, por si avanzan algún centímetro hacia mí.

De repente, oigo a alguien correr detrás de mí y justo se detiene a mi derecha, frente a los atacadores.

Es Niko.

—Eh, cuidado con lo que hacéis, que soy asiático y sé artes marciales —les dice, y le pega puñetazos al aire—. Pum, pum, pum.

A mi izquierda se para otra persona y me rodea la espalda con su brazo.

—Tranquilo —me susurra Alan.

No me puedo creer que al final haya decidido venir a buscarme. Aunque si miro el lado negativo de la situación, ya no habrá un cadáver, sino tres: el de Alan, el de Niko y el mío, porque el asiático está intentando achantar a los yonquis con sus patéticas artes marciales, sin ningún éxito.

—¿Pero quién te crees que eres? ¿La copia barata de Jackie Chan? —le espeta el chico.

La chica se queda mirando a Alan como si lo conociera de algo.

—¿Tú no eres Alan, el niño bonito? ¿Te acuerdas de nosotros? Somos colegas de Simón. Siempre veníais juntos por aquí y nos tomábamos unas cervezas en el parque de aquí al lado.

¿De qué conoce el principito a esta escoria?

—Claro que me acuerdo de vosotros —le responde Alan dedicándole una sonrisa amable, e imagino que el otro yonqui está haciendo memoria, porque no para de fruncir el ceño, inspeccionando con sus ojos al rubio.

—¡Ah! ¡Ya sé quién es! —chilla el chico señalando a Alan con el dedo, tras habersele iluminado la bombilla—. El único pijo guay que he conocido y al que jamás le he robado ni un céntimo.

—¿Dónde está Simón? ¿Seguís juntos? Hace mucho que nos os veo —sigue parloteando la chica, que se acaba de guardar la navaja—. Hacíais tan buena pareja...

—Ya no estamos juntos —contesta Alan, y noto que se pone tenso—. Bueno, nos tenemos que ir ya. Me he alegrado de veros.

—Y nosotros. A ver cuándo apareces por aquí y nos tomamos algo —dice la chica, y choca su puño con el de Alan.

Luego, los dos yonquis se disculpan conmigo por haberme asustado, porque no sabían que era colega de su niño bonito, se despiden de nosotros y se largan, supongo que para seguir robándole a la gente.

—Vamos. —Niko comienza a andar por donde ha venido.

Alan y yo lo seguimos, en absoluto silencio, y diviso el coche de mi compi de piso aparcado en doble fila, a unos metros de donde nos encontramos. No puedo evitar sentirme impresionado porque nadie haya rayado el vehículo o roto alguna ventana. Abro la puerta del asiento trasero y

reparo en que Alan se está masajeando las sienes con los dedos, como si le doliera la cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunto, todavía con la voz temblorosa.

—Sí. —Exhala con brusquedad—. Sólo es una migraña.

Los dos nos sentamos atrás, y Niko es el que conduce el coche, sacándonos de este horrible barrio que no voy a volver a pisar en lo que me queda de existencia. Ninguno dice nada durante el trayecto, porque cada uno se halla sumergido en sus pensamientos; yo, planeando mi ruptura con Iván en cuanto me tropiece con su cara.

Cuando llegamos a la calle donde imagino que vive Niko, este aparca en doble fila y se gira para mirarnos.

—¿Puedes conducir, tío? —le pregunta a Alan, que tiene muy mala cara—. Pareces un zombi. A mí no me importa llevaros a vuestra casa y luego pillarme el metro.

—Sí puedo, no te preocupes.

Alan y Niko se apean del coche, se despiden con un choque de puños y el rubio se introduce en el asiento del conductor. Dejamos atrás a su amigo y el silencio vuelve a invadir el vehículo durante los minutos que tardamos en llegar a nuestro precioso y tranquilo barrio. Menos mal que Dulce y yo no elegimos un piso en el otro, porque ya estaríamos bajo tierra.

—Gracias por recogerme —le digo a Alan mientras abre el portal.

—No tienes por qué agradecerme nada. —Me sonríe sin ganas y con su rostro angelical tan blanco como la leche. Me invade la culpabilidad por haber tenido que obligarlo a que viniese a por mí sintiéndose mal—. No me atrevía a dejarte tirado.

Subiendo las escaleras del edificio, me percató de que Alan ha dejado de seguirme en el cuarto piso. Preocupado, vuelvo a bajar y lo encuentro vomitando en un escalón de la segunda planta. Como acto reflejo, me tapo la nariz y la boca con una mano, y aparto mi mirada de esa imagen, porque me da muchísimo asco ver y oler un vómito ajeno.

—Haz algún sonido para que sepa que no te has muerto —logro decir con la boca tapada y sin mirarlo cuando dejo de escuchar arcadas.

—Qué escrupuloso eres para ser un mendigo —me responde en tono burlón, y me adelanta, subiendo los escalones de dos en dos; yo lo persigo con la mitad de mi cara tapada.

—Oler vómitos no es una de mis aficiones.

—Toma, abre tú. —Me lanza las llaves al llegar a nuestra planta y después apoya su cabeza en la pared, al lado de la puerta, con los ojos cerrados y un par de gotitas de sudor perlado su frente.

—Parece que estás a punto de morirte. —Acerco mi mano a su frente para intentar tomarle la temperatura, pero él abre los ojos de repente y me la aparta de un manotazo.

—No me toques.

—¿Por qué no vas al hospital?

—Es una simple migraña. Se me pasará.

Ya en el apartamento, Iván se asoma al pasillo desde el comedor y no tarda en venir hacia mí, con paso decidido y una sonrisa en los labios. Alan me indica con su mirada que haga con mi novio lo que debo hacer, y después se mete en su dormitorio.

Me cruzo de brazos, esperando las palabras de disculpa de Iván.

—Melocotoncito. —Me envuelve entre sus brazos, pero yo permanezco en la misma posición, impassible. Luego se separa de mí y me mira con expresión de desconcierto—. ¿Qué te pasa? ¿Te has enfadado conmigo por la gilipollez de antes?

—¿Por la gilipollez de antes? —Niego con la cabeza de lado a lado—. Eres increíble, Iván.

—Vamos, no te pongas así. Ha sido una broma.

No me puedo creer que se esté tomando a risa la putada que me ha hecho.

—¿Una broma? ¡Unos yonquis han querido robarme en ese sitio tan espantoso!

Iván me dedica una sonrisa de niño bueno y coloca sus manos sobre mi rostro; yo sigo de brazos cruzados, mirándolo.

—Venga, no te enfades conmigo. Por lo menos has salido vivo de allí. Deberías darme las gracias por meterle acción a tu vida.

Aparto sus manos de mi cara y lo miro con desprecio. Observo que se muerde el labio por dentro, conteniéndose la rabia.

—Lo siento, pero lo de hoy no tiene perdón.

Iván posa sus manos en mi cintura y me pega a él. A continuación, deposita pequeños besos en mi cuello, que hacen estremecerme.

—Para —le ruego.

Sin embargo, él ignora mis súplicas y continúa dándome besos, pero esta vez por la línea de la mandíbula mientras una de sus manos se cuelga por la cintura de mi pantalón para envolver el bulto de mi entrepierna. Trago saliva.

—Y ahora, ¿sigues enfadado conmigo, Leo? —me susurra.

No sé de dónde saco las agallas para darle un empujón y liberarme de él.

—Las cosas no se solucionan así —le espeto, y me sorprende por estar plantándole cara.

Iván suelta una carcajada.

—Qué huevos te han salido de repente. ¿Qué pasa? ¿Que vienes de tirarte al sordo?

—No te montes películas, anda. —Decido pasar por su lado, con la intención de encerrarme en mi habitación y dar por finalizada la discusión, pero Iván me sujeta del brazo con fuerza y me da la vuelta hacia él—. Me haces daño.

—Deberías sentirte afortunado de tener a alguien como yo para que te folle, porque nadie se atrevería a tocarte ni con un palo.

Con esas palabras consigo que mi autoestima descienda hasta el subsuelo.

Capítulo 18

Alan

Desde que me he venido al apartamento con Leo estoy acostado en mi cama, esperando a que se me pase la jodida migraña, que es uno de los peores dolores que existen. Es como si un enanito se hubiese metido dentro de tu cerebro y te estuviera pinchando con un cuchillo de punta fina en una sien de manera insistente, sin cansarse y amargándote la vida.

Si no hubiese ido a recoger a Leo a ese barrio, no habría reexperimentado ese episodio en mi cabeza y ahora estaría durmiendo tan feliz. Pero yo no dejo de lado a un amigo cuando lo está pasando tremendamente mal por culpa de su novio, y mucho menos cuando ese imbécil lo ha dejado solo en una de las zonas más peligrosas de Madrid. Sólo espero que Leo haya tomado cartas en el asunto y haya roto con Iván después de cómo lo ha tratado hoy: como si fuera un perro pulgoso que ha adoptado y que ya no quiere, dejándolo abandonado en cualquier lugar para que se busque la vida.

Cierro los ojos de nuevo e intento caer en los brazos de Morfeo, aunque me resulta imposible con los pinchazos de mi cabeza.

Cuando creo que estoy a punto de quedarme dormido, me despiertan unos ruidos provenientes de la habitación de Leo. El cabecero de su cama golpea sin cesar la pared, y el sonido de los muelles del colchón se clavan en mi cerebro, provocando que mi dolor aumente. Sin embargo, eso no es lo peor de todo, no. También escucho gemidos escandalosos. No sé si son de Leo o del otro, pero tampoco me muero de ganas por saberlo. Desde que vivo aquí han sido muy silenciosos teniendo sexo (alguna que otra vez se han escuchado los muelles del colchón, que enseguida cesaban), pero lo de ahora es una falta de respeto para las personas que convivimos con ellos.

Lo que más me sorprende de esta situación es que Leo haya querido follar con su novio en vez de cortar con él y echarlo de casa. A lo mejor es un polvo de despedida y mañana ese tío habrá desaparecido del apartamento... Hace un rato he estado charlando con Dulce sobre esto y también quiere que Iván se esfume de esta casa, pero el que tiene que echarlo es Leo, aunque ella está totalmente segura de que lo habrá perdonado. Nosotros debemos permanecer a su lado para ofrecerle nuestra ayuda; no podemos alejarnos y dejarlo tirado cuando se encuentra atrapado en una relación de maltrato.

Me tapo la cabeza con la almohada para amortiguar los ruidos e intento quedarme dormido.

* * *

Unos golpes en la puerta de mi habitación me despiertan a la mañana siguiente. La alarma de mi móvil ha sonado a las siete, pero como no he pegado ojo en toda la noche, me he quedado en la cama.

—¿Alan? ¿Estás despierto? —Leo asoma su cabeza por el hueco de la puerta.

—Sí —respondo con voz adormilada, los ojos cerrados y sin moverme; lo único que se me ve es la cabeza.

Mi compi entra y la puerta se cierra sola tras de sí. Yo abro un ojo para mirarlo, aunque mi habitación se encuentra totalmente a oscuras y la acaba de invadir un aroma a melocotón.

—¿No vienes a la facultad? —me pregunta cuando se acerca a mi cama, y su tono de voz, un pelín alto, me resulta insoportable.

—No.

—¿Te sigues sintiendo mal?

—Sí. —Vuelvo a cerrar los ojos.

—¿Necesitas que te traiga algo? No sé... Una medicina, el desayuno...

Sí, necesito que deje de hablar.

—Estoy bien. Cierra el pico y vete —le contesto, exhausto y sin mirarlo siquiera.

—Vale.

Siento que me toca la frente con la mano y yo no dispongo de las fuerzas suficientes para pegarle un manotazo.

—No me toques —consigo decir.

—Perdón, sólo me estaba asegurando de que no tenías fiebre. Después te paso los apuntes, si quieres.

—Largo.

—Vale, ya me voy. Mejórate.

Abro un ojo otra vez y observo cómo Leo se dirige a la puerta, pero el maullido del gato que tengo escondido bajo mis mantas hace que se vuelva a girar hacia mí, y abro el otro ojo, alarmado.

—¿Eso que acaba de sonar ha sido un gato? —inquire, y recorre con su mirada mi cuarto oscuro.

—¿Qué gato ni gata? Yo no he oído ningún gato —le respondo como si nada—. Vete ya, que vas a llegar tarde.

Leo desaparece de mi dormitorio, sospechando de mí, y enciende la lamparita. Levanto las mantas para echar un vistazo al gato, que me mira con sus ojos verdes.

—Nos van a descubrir por tu culpa, gato —le hablo, aunque no tengo ni idea de si es macho o hembra.

Anoche, cuando por fin la casa se quedó en silencio tras los gemidos de la parejita, me levanté a hacer pis y, sentado en mitad del pasillo, me encontré con el mismo gato que rebuscaba comida en la basura el otro día. Le di una loncha de jamón de york y agua y me lo traje a mi habitación para que me hiciera compañía. Si a mis compañeros de piso les parece bien, se convertirá en el nuevo inquilino, y si no, pues se lo llevo a mis padres para que lo cuiden.

Me quedo otra vez frito junto al gato y, unas horas después, la migraña se esfuma de mi cabeza y logro levantarme de la cama. Son casi las doce del mediodía y el apartamento se encuentra vacío. Me doy una ducha rápida y me encamino hacia la cocina porque me ha entrado antojo de Nutella y llevo desde ayer por la noche sin comer nada. Sin embargo, descubro al novio de Leo haciéndose un bocadillo de mi preciado manjar.

Tengo que obligarme a respirar hondo para no acabar estrangulando a ese capullo.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes clase? —le pregunto fingiendo amabilidad.

Iván le da un mordisco a su bocata hecho con mi Nutella.

—He salido antes porque ha faltado un profe.

Me acerco a él para rescatar el bote de Nutella de su lado y me doy cuenta de que se ha echado lo poco que me quedaba.

Vuelvo a respirar hondo.

—Esto era mío —le espeto asesinándolo con la mirada—. Deberías haber pedido permiso si querías comértelo.

El muy estúpido se echa a reír.

—Ahora vivo aquí, así que puedo coger lo que me dé la gana sin pedirle permiso a nadie, y mucho menos a un discapacitado.

Me imagino a mí mismo agarrando un cuchillo para cortarle la lengua a trocitos y lanzarlos por la ventana, así dejaría de decir tonterías y de joder a Leo. El mundo sería un lugar mejor.

—No comprendo cómo una persona tan estúpida como Leo está saliendo con una mierda como tú —manifiesto mirando fijamente sus ojos saltones.

Él también se me queda mirando mientras mastica, después esboza una sonrisa maligna y me lanza un escupitajo a la cara.

Permanezco quieto durante unos segundos, armándome de una paciencia infinita para no rebajarme a su nivel y dejarlo sin dentadura.

—Vaya, vaya, el sordo se ha quedado sin palabras —me dice con sorna y sin borrar esa sonrisa vomitiva de su cara.

Y es entonces cuando estampo mi puño contra su nariz.

Jamás le he pegado a nadie ni me he metido en peleas; mis padres me han enseñado desde pequeño que la violencia no es la solución cuando alguien te saca de tus casillas, pero Iván me ha tocado demasiado las pelotas y parece que el único idioma que sabe hablar es el de los puñetazos.

Su bocado se cae al suelo y el gilipollas se lleva una mano a su cara para taparse la nariz, de donde le ha empezado a salir sangre.

—Ya puedes estar haciendo tus maletas y desaparecer de mi casa —le suelto clavando mi mirada en la suya, y le pego un pequeño empujón.

Cuando estoy a punto de abandonar la cocina, sus palabras me interrumpen junto con una risita:

—Muy bonito el tatuaje que tienes en el culo.

Me pongo rígido y consigo darme la vuelta hacia él. ¿Cómo sabe que tengo un tatuaje en el trasero? ¿Se lo habrá contado Leo?

—¿Qué? —inquiero.

—¿Se te ha roto el audífono? —Sonríe de manera socarrona y con el hilillo de sangre saliendo de su nariz—. ¿O te has quedado más sordo de lo que ya estás?

—Vete a la mierda.

Paso de él, salgo de la cocina y me lavo la cara en el baño para borrar el asqueroso escupitajo. Casi me hago pedazos la mano, que no para de dolerme por culpa de ese desgraciado. Espero que, cuando le cuente a Leo lo que acaba de pasar, sea capaz de echarlo de casa, si no, acabaré haciéndolo yo.

* * *

Doy un golpecito en la puerta del desván de mis padres, y mi madre no tarda en abrirme.

Vale, me siento culpable por haber interrumpido uno de sus momentos de inspiración pintando algún cuadro, porque lleva puesta su bata blanca manchada de pintura y sus gafas negras de pasta, que no las necesita y ni siquiera lleva cristales, pero las usa porque dice que le dan un aire «intelectual» y se concentra mejor.

—Alan, bebé. —Mi madre me sonrío feliz y me achucha fuerte contra sí, como si hubieran pasado cien años desde ayer por la noche.

—Mamá, perdona por molestarte, pero necesito una de las cámaras de papá —le digo al separarme de ella—. A lo mejor grabo un vídeo para mi canal.

—¡Oh, qué chachi! —exclama, y me vuelve a abrazar, pero esta vez más fuerte; después, se pone de puntillas y me planta diez besos seguidos en la mejilla—. Ven.

Me adentro en el desván y me acerco al armario donde mi padre guarda todos los aparatos para grabar vídeos. Mi madre lo abre y saca una de las cámaras.

—Puedes usar la antigua —me dice tendiéndomela—. La otra se la ha llevado tu padre para la gira.

—No importa. Esta me sirve. —Cojo la cámara y también un trípode—. Hace mucho tiempo que no me grabo, no sé si lo haré bien... Creo que se me ha olvidado cómo tocar la guitarra.

—Lo harás genial. Esas cosas no se olvidan, cariño.

Antes de salir del desván, cotilleo el lienzo en el que está sumergida y frunzo el ceño, porque no sé qué significan esos dibujos de manchas aleatorias de todos los colores, como si el pincel hubiese estornudado un arcoíris; también hay un diamante dibujado.

Si soy sincero, nunca le he pillado el sentido a sus cuadros, porque no entiendo de arte. Cada vez que me enseña uno y me explica de qué trata con alguna frase culta, me da la sensación de que no he entendido nada y que los pintores viven en otra dimensión.

—¿Qué es? —le pregunto a mi madre contemplando su cuadro sin terminar.

—El nacimiento del arcoíris, tras una siniestra tempestad, en el universo de un diamante.

—¿En el universo sale el arcoíris? —inquiero, extrañado.

—Es una metáfora, Alan. El diamante es una persona, el universo es el entorno que la rodea, la siniestra tempestad es la depresión que siente esa persona en su interior, y el arcoíris es la luz que la ilumina cuando se recupera del abatimiento —me explica con toda la emoción adornando su rostro.

No me he enterado de nada. Lo bueno es que sus trabajos le encantan a la gente y siempre le salen compradores en las exposiciones.

—Ah... —es lo único que digo—. Suena interesante.

—¿Verdad que sí, chiquitín? Pues déjame acabarlo y ponte a grabar ese vídeo, que tengo muchas ganas de verlo.

Le doy un beso en la cabeza, la dejo a solas con su creación tan loca y me meto en mi habitación para ponerme manos a la obra y reencontrarme con la música. Coloco la cámara en el escritorio y suelto el trípode en el suelo para usarlos después. Saco mi guitarra de su funda y me siento con ella en la cama. A continuación, acaricio las cuerdas con delicadeza para familiarizarme y suena una melodía al tuntún. Un revoltijo de emociones invade mi interior y ahora es cuando entiendo el significado del cuadro de mi madre.

Yo soy el diamante, el universo es todo cuanto me rodea, mis demonios son la siniestra tempestad y la música es el arcoíris que me intenta iluminar después de toda la mierda.

Joder, joder, joder.

Antes de ponerme a grabar, ensayo varias veces con la guitarra la canción *Diamonds*, de Rihanna, en una versión lenta para despolvar mis cuerdas vocales, desentumecer mis dedos y hacer que mis oídos se acostumbren a la melodía.

Ay, estoy sintiendo cosas. Y todas buenas.

Dejo mi guitarra descansando en mi cama y coloco la cámara en el trípode. Después, regreso con mi compañera de emociones y me pongo cómodo con ella tras haber pulsado el botón de grabar. Como siempre, la imagen se recorta en mi boca, porque todavía no quiero enseñar mi

rostro. Carraspeo, pero antes de empezar a tocar, la puerta de mi dormitorio se abre y aparece Leo con la aspiradora. Lo miro, molesto, por haberme interrumpido.

—¿Es que no sabes llamar antes de entrar? —le espeto.

—Perdón —se disculpa observando la escena, pasmado—. Pensaba que no había nadie. Tenía que limpiar tu cuarto... Pero ya lo haré en otro momento.

—Fuera.

Leo se esfuma de mi habitación, cerrando tras de sí.

Pff.. Ahora se habrá grabado lo que acaba de ocurrir. Espero que, durante los próximos minutos, no vuelva a cortarme el rollo nadie, porque cuando me toque editar el vídeo, va a ser un suplicio.

Ahora sí, comienzo a tocar los primeros acordes y canto la primera estrofa de la canción. Sin embargo, cuando es el turno del estribillo, el inoportuno ruido de la aspiradora desde el pasillo hace que me cague en el creador de ese maldito aparato. Tras soltar mi guitarra y detener la grabación, salgo al pasillo y me encuentro a Leo limpiando con ese trasto.

—¿Puedes apagar esa cosa?! —le grito por encima del ruido, y me hace caso al instante—. ¿No puedes limpiar el suelo con algo que no haga ruido?

—Es que tu madre me ha pedido que usara la aspiradora.

—¿Pues pregunta a los demás antes de utilizarla, joder! —exclamo con la expresión llena de rabia. Sé que no se merece que le grite, pero es que me da mucho coraje. Por una vez que decido grabarme, este chico me lo impide—. ¡Estaba en un momento especial conmigo mismo!

Leo centra su mirada en sus zapatillas de deporte para evitar encontrarse con mis ojos.

—Lo siento, Alan.

Me doy la vuelta para volver a entrar en mi cuarto, pero me acuerdo de algo y me giro hacia él otra vez, apuntándolo con el dedo.

—Y espero que eches cuanto antes a tu novio del piso, porque esta mañana se ha zampado la Nutella que me quedaba y me ha escupido en la cara.

Leo se digna a mirarme.

—Te ha escupido porque le has pegado un puñetazo en la nariz. Me lo ha contado todo en cuanto he llegado a casa.

—Eso no ha sido así. ¡Él ha empezado! —le respondo a gritos por creerse las mentiras de ese desgraciado—. ¿¿Vas a creerlo a él antes que a mí?!

—¿Es mi novio y debo creerlo! —me chilla, y su cara se colorea de un rojo intenso.

—Espero que algún día abras los ojos y te des cuenta de con qué clase de persona estás.

—¿Pero qué son todos esos gritos? —Mi madre aparece en el pasillo, acompañada de su pincel—. ¿Qué os pasa, niños?

Leo se pone tenso ante la presencia de mi madre; entonces yo me cruzo de brazos y decido contestar:

—Nada.

No quiero que Leo se lleve una bronca por parte de mi madre, porque de primeras puede parecer una mujer enrollada y que suelta purpurina cuando habla, pero cuando se cabrea, da miedo.

—Contádmelo ahora mismo para que lo solucionemos entre los tres.

Estoy a punto de abrir la boca, pero Leo se me adelanta.

—Es que he entrado en su habitación para limpiarla y lo he interrumpido —le explica a mi madre—. Así que ha sido mi culpa. Lo siento.

—Primero se llama antes de entrar, mendigo —le espeto lanzándole cuchillos invisibles con mi mirada—. ¿O es que se te ha pegado la poca educación de tu novio?

Leo se me queda mirando con los ojos entornados, y sé que se ha molestado con mis palabras.

—Uy, Alan, no me gusta nada ese tonito, eh —interviene mi madre dedicándome una mirada de advertencia—. Te noto alterado.

—Joder, mamá.

—¡Esa boca! —me regaña con su voz de pito—. Vamos al desván, que tienes que echar un euro en la hucha de los tacos —me ordena, y después mira a Leo, al que se le acaba de escapar una risita—. Y tú, por reírte, te toca limpiar las cajas de arena de los gatos.

—De acuerdo, señora.

Ahora el que se ríe soy yo.

—No me insultes, por favor. —Mi madre pone los ojos en blanco—. Te tengo dicho que me llames Ari.

—De acuerdo, Ari —le responde Leo con una tímida sonrisa.

Subo con mi madre al desván y deposito un euro en la hucha de cerdito que descansa sobre una de las estanterías. Después, me siento en el sofá que hay bajo el gran ventanal y ella me imita, pero se queda mirándome durante unos segundos.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Por qué tienes cara de estar enfadado con el mundo?

—No estoy enfadado con el mundo —replico.

—Es la primera vez que te he visto faltarle el respeto a alguien, cariño. —Mi madre me observa a través de sus gafas de «intelectual»—. ¿Qué tienes con Leo?

Qué tengo con Leo.

Me da la sensación de que lo ha dicho con segundas... Sospecho que mi padre se ha ido de la lengua.

—No tengo nada con él. Sólo ha sido un enfado sin importancia —le contesto, y suelto un suspiro—. Sabes que llevo mucho tiempo sin tocar ni cantar.

—Ni siquiera le has pedido perdón —me indica—. Tus hermanos lo tratan fatal y no me gustaría que se autodespidiera, porque cocina de maravilla.

—Ahora me disculparé con él —le prometo, y decido cambiar de tema—. ¿Has terminado el cuadro del arcoíris?

Mi madre frunce la nariz.

—Sí, pero no me ha gustado cómo ha quedado. No tiene ningún sentido. Voy a tirarlo.

—Yo quiero quedármelo. Me ha gustado.

—¿En serio? Si es feísimo. —Me mira como si no se lo creyera—. Pero si lo quieres, te lo regalo.

—Gracias, mami. —Me abalanzo sobre ella para abrazarla, y luego se levanta un momento para volver con el lienzo.

—Todo tuyo. Sólo tienes que esperar a que se seque.

Vuelvo a contemplar el dibujo, pero esta vez finalizado, y ahora sí que le veo el sentido a ese diamante envuelto en una especie de capa negra y rodeado de estrellas y de una lluvia de colores del arcoíris.

—¿Sabes dónde canta papá hoy? —le pregunto alzando la mirada hacia ella, que se ha quedado de pie.

—En Valencia, ¿por qué?

—Porque voy a hacerle una visita. —Me levanto de un salto y me acerco al caballete para colocar el cuadro y que termine de secarse.

—¿Ahora? —Su expresión es de pura sorpresa.

—Necesito a mi padre en este momento.

—¿Y no te valgo yo? No sé qué le ves de especial para quererlo más que a mí.

—No te pongas celosa. Os quiero a los dos por igual. —Le planto un beso en la mejilla—. Sabes perfectamente que tengo una especie de adoración por papá.

—Sí, lo sé. Os leéis la mente. —Me vuelve a achuchar entre sus brazos—. Pero no vayas solo, que no voy a quedarme tranquila. Llévate a algún amiguito o a Leo.

—Vale. Te quiero.

Voy corriendo a mi habitación y preparo una mochila con lo necesario para mañana: una muda de ropa, el cargador del móvil, mis auriculares y un bote de Nutella. Por último, guardo mi guitarra en su funda y busco a Leo en el jardín, que se encuentra lavando las cajas de arena en la pila de agua.

—¡Leo! —lo llamo, y me paro frente a él, eufórico—. Prepárate, porque te vienes conmigo a un viaje improvisado.

—¿Qué? —Cierra el grifo y suelta el estropajo para mirarme.

—Nos vamos a Valencia a hacerle una visita a mi padre. Dime que quieres venirte conmigo, por favor —le suplico juntando las manos, y sé que está pensando que se me ha ido la cabeza—. Lo pasaremos genial y así ves a tu ídolo. Yo te pago el billete de tren, no te preocupes.

—Pero...

—Vamos, dime que sí. —Le hago pucheritos—. No pasa nada por faltar a la uni; le pediré los apuntes a Camila, que seguro que me los deja. Regresaremos mañana, antes de que sea la hora para que entres a trabajar. ¿Vienes? ¿Sí, verdad?

Estoy demasiado acelerado; parece que me he chutado café en vena.

—A Iván no le va a parecer bien.

—Me importa un pimiento lo que opine el lanzador de escupitajos —le contesto—. Y perdóname por haberte hablado de mala manera antes —añado con sinceridad, y Leo sonrío, haciendo que se le marquen los hoyuelos de las mejillas.

—Estás perdonado, principito.

Doy saltitos de alegría y estrecho al mendigo entre mis brazos.

—¿Entonces vienes conmigo a hacerle una visita a tu ídolo?

—Bueno... —Hace una breve pausa y se rasca la nuca—. Si insistes...

—¡Pues vamos!

Lo ayudo a terminar de limpiar las cajas de arena, nos despedimos de mi madre y de mis hermanos y nos marchamos, pero antes debemos parar en nuestro apartamento para que Leo haga su equipaje, y yo me tengo que asegurar de que mi gatito tiene agua y comida suficiente hasta mañana.

Capítulo 19

Leo

—No podemos tener un gato en casa, Alan. Nuestro contrato de alquiler ponía muy claro que no se aceptaban mascotas —le recuerdo, ya sentados en el tren; yo me he pillado el lado de la ventanilla para estar menos ansioso.

—Me da igual. El casero no se va a enterar porque no viene nunca —me responde—. Y si algún día se presenta en el apartamento, escondo el gato y ya está.

Tengo ganas de hacerle las maletas yo mismo y echarlo junto con ese gato. Cuando nos hemos marchado de la mansión de sus padres y hemos ido a nuestra casa para recoger unas cosas, me he encontrado una bola de pelo negra y blanca durmiendo sobre mi portátil en mi escritorio. Mi primer impulso ha sido chillar y el principito ha aparecido en mi dormitorio, asustado, por si me había pasado algo, pero, al darse cuenta de la situación, se ha echado a reír.

—Me niego a tener un animal en casa —le digo.

—Te recuerdo que has metido un orangután sin el permiso de tus compañeros de piso.

—¡No llares de esa manera a Iván! —le espeto, pero él sólo se ríe—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Nosotros. —Se señala a sí mismo, y luego a mí—. El sordo y el ciego.

—¿Por qué soy yo el ciego?

—Porque no eres capaz de ver la verdadera cara de tu novio —me contesta mirándome con esos ojazos con lentillas azules.

—Que te jodan, Alan.

Me giro hacia la ventanilla y me pongo mis auriculares para sumergirme en la música y olvidarme del mundo mientras llegamos a nuestro destino.

Comprendo que le caiga mal mi novio, pero no tiene ningún derecho a insultarlo. En cuanto he regresado a casa tras salir de clases, he comido con Iván y me ha contado lo que ha sucedido con Alan. Resulta que mi novio le pidió la Nutella para hacerse un bocadillo, pero el principito le pegó un puñetazo e Iván se defendió lanzándole un escupitajo. Sinceramente, no me creo ni una palabra de mi novio; puede que el pacífico de Alan le haya golpeado, sí, pero habrá tenido algún motivo.

Cuando me encuentro perdido con la voz de Lady Gaga, siento que Alan me quita un auricular y yo ladeo mi cabeza hacia él. Ha sacado su bote de Nutella y una cucharilla de la mochila.

—¿Qué?

—¿Quieres? —me ofrece.

—No, gracias —le respondo—. Y perdona por haberte dicho que te jodan. En el fondo llevas razón sobre Iván y no debería seguir con él después de haberme dejado tirado en aquel barrio.

Alan esboza una sonrisa sincera.

—Me gustaría no llevar razón y pensar que puede cambiar a mejor, pero los tíos como él sólo cambian a peor, Leo.

—Ya, bueno...

Me vuelvo a colocar mi auricular, dando por finalizada la conversación, y apoyo mi cabeza en el cristal de la ventanilla, pero la música se detiene y aparece el nombre de Iván en la pantalla de mi móvil. Querrá que le dé explicaciones sobre la nota que le he dejado encima de mi cama, informándole de que me iba de viaje y que regresaría mañana.

—No lo cojas —me aconseja Alan acercando su cabeza para echar un vistazo a la pantalla.

Decido ignorar la llamada, pero mi novio no desiste y me llama varias veces más hasta que me canso de que no me permita escuchar música y descuelgo. Oigo que Alan suelta un bufido.

—Hola, Iván.

—¿A dónde cojones te has ido, desgraciado? —me espeta. Se le nota muy cabreado—. ¿Cómo te atreves a marcharte sin haberme pedido permiso a mí? Te vas a enterar mañana cuando llegues.

—Hace una pausa, esperando a que yo le conteste algo, pero soy incapaz—. ¿No hablas? ¿Estás mudo? ¿O es que tu sordito te ha pegado su sordera? Has ido a follártelo lejos de mí, ¿verdad?

—Mañana hablamos, Iván —consigo decir con voz temblorosa, y me armo de valor para colgarle, antes de que mi autoestima descienda más todavía.

Permanezco mirando la pantalla de mi móvil por si se ilumina de un momento a otro con el nombre de mi novio, y noto que Alan entrelaza su suave mano con la mía, sudada y temblorosa. Lo miro, y sus ojos consiguen tranquilizarme.

—Ni se te ocurra pensar en ese orangután hasta mañana —me advierte.

* * *

Menuda aventura... ¡Estoy nada más y nada menos que en el camerino de Álvaro Buenorro! No me lo puedo creer... Si hace unos meses algún ser del futuro me hubiera contado que me ocurriría esto, me habría reído en toda su jeta.

Mientras Alan habla por teléfono con su madre para decirle que hemos llegado sanos y salvos, yo, como el cotilla que soy, me pongo a observar cada rincón de este sitio. Hay un sofá de cuero negro, donde está el principito ahora mismo tumbado, una nevera pequeña con botellas de agua y bebidas energéticas, un gran espejo y una mesita con algunos tentempiés y un bote, que espero que no contenga algún tipo de sustancia ilegal, porque se me caería un mito si me entero de que mi ídolo se droga, como hacen la mayoría de artistas. Pero no creo que Álvaro sea uno de ellos, porque sé que ha dado muchísimas charlas antidrogas en los institutos durante su carrera, aunque nunca se presentó en el mío.

Para asegurarme, cojo el botecito y descubro que sólo son vitaminas, así que me quedo mucho más tranquilo.

Me hago con un sándwich de jamón serrano y me lo empiezo a comer mientras Alan continúa parlotando con su madre y escucho a su padre cantar desde el estadio, que no tendrá ni idea de nuestra visita.

Hemos llegado hace media hora y uno de los vigilantes de seguridad nos ha dejado pasar porque conoce a Alan, aunque a mí se me ha quedado mirando con desconfianza. Después, el principito me ha preguntado si quería ver el concierto de su padre, uniéndonos a la multitud, pero enseguida me he negado porque hay demasiada gente y no lo disfrutaría como se merece por culpa de mi puñetera ansiedad. Me conformo con haber conocido a mi ídolo en persona; me siento privilegiado y sé que muchos envidiosos querrían estar en mi lugar.

Veinte minutos después, Alan corta la llamada con su madre, por fin, y se levanta de un salto del sofá, dirigiéndose a la nevera para coger una Coca-Cola; yo estoy comiéndome el segundo

sándwich, que es de jamón de york y queso, junto con algunos Doritos. De repente, la puerta del camerino se abre, y Alan y yoladeamos nuestras cabezas hacia Álvaro, que acaba de aparecer, sudando y con la adrenalina surcando por cada poro de su piel.

—¿Qué hacéis aquí? —quiere saber, y Alan no tarda en abalanzarse sobre él para envolverlo en un abrazo—. Joder, que estoy sudando y huelo a puerco, Piolín.

—No me importa, papi.

Jamás he visto a un padre y a un hijo tan empalagosos.

Los dos se abrazan durante cinco largos minutos y aprovecho para terminarme el paquete entero de Doritos.

—¿Por qué el mosquito ha venido y se está zampando mi comida? —inquire Álvaro apuntándome con su dedo tras haberse despegado del sobón de su hijo.

¿El mosquito?

—Papá. —Alan le dedica una mirada de advertencia.

—Perdón, señor —me disculpo; siento la voz temblorosa y ni siquiera soy capaz de mirarlo a la cara.

—Y encima me faltas al respeto llamándome de esa manera —me reprocha negando con la cabeza—. Muy mal, mosquito. —Extiende sus brazos—. Dame un abrazo, por lo menos.

—Papá, hueles a cebolla —le recuerda Alan.

—¿Sabes cuánta gente pagaría por darme un abrazo aunque huela mal? —inquire Álvaro mirando a su hijo—. El planeta entero.

—Claro, claro. —La voz del principito ha sonado a sarcasmo.

Álvaro ignora a su niño, se acerca a mí y me abraza, pero no me importa que me llegue su hedor hasta el cerebro por haber estado cantando y brincando sobre el escenario; me casaría con él de todas formas. Después, los dos se ponen cómodos en el sofá, pero yo no sé qué hacer y siento que sobro. El principito me pide que me una a ellos y me dejo caer a su lado, de modo que él se queda en medio. Los dos hablan de sus cosas y Alan le cuenta a su padre que ha intentado grabar un vídeo con una cámara en su habitación, pero no lo ha terminado por culpa de tantas interrupciones, y yo no puedo evitar sentirme aludido.

La verdad es que me he sorprendido cuando he entrado de sopetón en el aposento del principito y lo he descubierto grabándose junto a su guitarra.

Saco mi móvil para entretenerme con algún juego mientras ellos charlan, ya que no sé qué puedo aportar a la conversación. Me arrepiento de haber venido, porque siento que molesto con mi presencia y creo que no se atreven a hablar de temas personales conmigo delante.

—Vamos al escenario y cantamos algo con las guitarras ahora que se habrá ido todo el mundo —propone Álvaro cuando llevamos un buen rato aquí.

A Alan le parece bien la idea y yo decido acompañarlos porque quiero saber lo que se siente al estar subido sobre un escenario. Sin embargo, me desilusiono porque el lugar no es tan impresionante como parece; se encuentra en completo silencio y vacío, exceptuando a los limpiadores que se dedican a quitar la porquería que han dejado los cochinos de los fans.

—¿A que mola? —me pregunta Alan al ver que me he quedado ensimismado.

—Un poco.

Él y su padre se sientan en el escenario con sus respectivas guitarras; Álvaro se dedica a enseñarle un par de cosas a Alan con el instrumento, que no tengo ni idea de qué significan, y comienzan a dar un pequeño concierto privado y tranquilo, con sólo los limpiadores y yo escuchándolos. Hago varias fotos a las gradas, al escenario, a cada instrumento y a ellos cantando,

como recuerdo, aunque nunca me haya gustado fotografiar.

—Mosquito —me llama Álvaro, y yo giro mi cabeza hacia él—. ¿Has tocado alguna vez una preciosidad como esta? —me pregunta refiriéndose a su guitarra, que la tiene en su regazo.

—No —respondo, avergonzado.

¿Se me quitará la timidez algún día con este hombre? O con las personas, en general.

—Pues ven aquí. —Da una palmadita a su lado, invitándome a que me siente, y yo obedezco—. Toma. —Me tiende su guitarra para que la coja, pero me quedo paralizado.

—No te va a comer, eh —interviene Alan con sorna.

Miro la guitarra como si fuera un preciado tesoro que no puede ser tocado por mis manos, pero decido cogerla con sumo cuidado y me la coloco en mi regazo.

Dios, me caso con esta guitarra que ha sido tocada por el Buenorro.

—Haz algún sonido —me indica Álvaro—. Y sin que te desmayes, claro.

Se me escapa una risita nerviosa y noto que mis manos comienzan a transpirar; enseguida me arrepiento de haber cogido el instrumento porque lo estoy empapando con mi sucio sudor.

Bajo las atentas miradas de Alan y de su padre, y más colorado que un fresón, decido tocar las cuerdas con mis dedos y suena un pequeño y feo sonido. Los dos sonrían y me aplauden.

—Ha sido horrible —digo, y le tiendo la guitarra a su dueño, con la intención de devolvérsela.

—Te la regalo —suelta, pero creo que no he oído bien.

—¿Qué?

—Que es para ti, mosquito. No te preocupes, tengo muchas.

Ahora sí que me desmayo. Quizás esté viviendo en un sueño y dentro de unos minutos me despierte en el apartamento de mi madre, con mi abuelo roncando y tirándose pedos a mi lado.

—Gra... Gracias —tartamudeo, y escucho a Alan reírse de mí.

Necesito saltar, gritar y abrazar a Álvaro, al principito y a los limpiadores, pero no quiero parecer un fan histérico.

Álvaro le pide a uno de los trabajadores que le traiga un rotulador permanente negro y, al cabo de unos segundos, ya tengo la preciosa firma de mi ídolo en su guitarra que me acaba de regalar.

—Te has quedado mudo —me dice Alan, y me da un golpecito en el hombro, pero yo no puedo contestarle nada porque se me ha olvidado cómo hablar.

—Es normal, Piolín —le responde su padre como si yo no estuviera delante—. Soy su rey.

—Ay, papá, cuánta modestia.

Yo sigo flipando en colores, contemplando la guitarra, y totalmente seguro de que no voy a poder pegar ojo en toda la noche.

* * *

Son las tres de la madrugada y hace media hora que Alan y yo nos hemos ido a dormir. Estamos compartiendo habitación en el hotel donde se ha alojado su padre, y cada uno duerme en una cama individual, pero yo no tengo sueño por culpa de la adrenalina de antes y por estar leyendo los mensajes de Iván mientras el principito ronca, con la tenue luz de la lámpara iluminándonos.

Iván: «Perdóname. Antes me he pasado tres pueblos, pero te sigo queriendo, melocotoncito»

Iván: «No puedo dormir, Leo. Te necesito»

Iván: «Nadie te va a querer como lo hago yo»

Iván: «¿Vas a mandar a la mierda nuestra relación por una simple discusión?»

Iván: «Mira, sé que estás leyendo mis mensajes. Dime algo»

Como soy idiota, decido contestarle, sollozando:

Yo: «Iván, no podemos seguir así. Te enfadas por todo y estamos rompiendo día sí y día también. Además, no me gusta la manera en la que me tratas. Mejor será que cada uno tire por su camino»

Iván: «Estás de coña. Tú eres el culpable de las discusiones y me pones de los nervios. Si fueras un novio normal, no pasaría nada»

Respiro hondo para no responderle de mala gana.

—¿Con quién hablas? —me pregunta Alan, adormilado.

—Con Iván. —Sorbo por la nariz.

—¿Es que ese gilipollas no duerme? —inquiere, y se incorpora sobre la cama, mirándome—.

Deberías bloquearlo y mandarlo a tomar viento.

Me sueno los mocos con un pañuelo y Alan se levanta y se acerca a mí; después, me roba el móvil de las manos y se encierra corriendo en el baño. Yo voy tras él y comienzo a aporrear la puerta.

—¡Alan, dame mi móvil! ¡No vayas a hacer nada!

—Te está haciendo llorar, así que voy a tener una breve charla con él —me dice.

—Alan, por favor.

Permanezco parado frente a la puerta y, minutos después, Alan abre y me tiende el móvil, esbozando una sonrisa de orgullo.

—¿Qué has hecho? —exijo saber.

—Míralo con tus propios ojos.

Abro la conversación con Iván y comienzo a leer los mensajes.

Iván: «Respóndeme, retrasado»

Iván: «¿Te estás follando al sordo o qué? ¿Para eso te has largado con él? Pues que sepas que hace un rato he venido de fiesta y me he tirado a un tío»

Iván: «¿Quién es la pasiva de las dos?»

Yo: «Iván, voy a BLOQUEARTE porque no me merezco que me trates así. Tengo sentimientos, ¿sabes? Y no, no me he follado al sordo (su nombre es Alan, por si no lo sabías), pero si algún día ocurre, nos trataremos con CARÍO y RESPETO, que son cosas que no has conocido en tu vida. Ya puedes estar haciendo las maletas e irte de mi casa. Adiós»

Con ese último mensaje se ha acabado la conversación, porque Alan ha bloqueado a mi novio.

¿Y lo que le ha escrito, dándole a entender que tendremos sexo en algún momento? Ahí me he puesto superrojo... Pero imagino que se lo habrá dicho para hacerlo rabiar, aunque no me importaría que se convirtiera en algo real. Hacerlo con el principito será parecido a comer caviar.

—Se habrá vuelto loco —comento alzando la mirada hacia Alan, atónito—. Te matará, y después me matará a mí.

El principito suelta una carcajada.

—Le pego otro puñetazo en la nariz. —Me enseña su puño con expresión divertida—. Vamos a dar una vuelta por el hotel, que me he desvelado.

—¿A las tantas de la madrugada?

Alan asiente, ilusionado, y se enfunda sus vaqueros. Como me queda poca batería en el móvil, lo pongo a cargar y después abandonamos la habitación. Ni siquiera me he quitado el pijama; no lo veo necesario para pasar un ratito fuera, y tampoco creo que nadie me vea.

Bajamos a la recepción por las escaleras, porque el ascensor me da respeto, y salimos a la zona donde se encuentra la piscina. Enseguida me congelo por el aire fresco, aunque mi pijama sea de manga larga, y pienso que habría sido buena idea traerse la chaqueta. Me abrazo a mí mismo para intentar combatir el frío y miro a Alan, que lleva una camiseta de manga corta.

—¿No tienes frío? —le pregunto.

—No.

No hay ni un alma por aquí, algo que no me extraña. Seguro que los huéspedes ya estarán dormidos en sus habitaciones con la calefacción encendida mientras nosotros hacemos el tonto.

De pronto, no sé qué demonios le entra a Alan en la cabeza, porque comienza a correr por el césped, cantando una canción que no conozco, como si sólo existiera él en el universo.

Ay, qué vergüenza. Como alguien nos llame la atención por formar escándalo de madrugada, me va a dar un infarto.

Me acerco al principito.

—¿Te has vuelto loco? —le susurro—. Vas a despertar a todo el mundo.

Alan no me hace ni puñetero caso y continúa cantando, bailando y haciendo volteretas por el césped; yo echo un vistazo a mi alrededor por si nos está viendo alguien. Después, se aproxima a la piscina y contempla el agua; yo lo persigo.

Ya me estoy viendo a mí mismo acompañándolo a urgencias por haberse tirado en plancha y pillado una pulmonía.

—¿Nos bañamos, mendigo? —me propone.

—No, gracias, niño mimado.

Y no sé lo que ocurre, porque, cuando me quiero dar cuenta, estoy tirado en la piscina, chillando como si me fuera la vida en ello. El principito de lentillas azules me acaba de empujar y se está descojonando a mi costa. Yo le lanzo miradas asesinas desde el agua y luego salgo por las escaleras, completamente empapado y oliendo a cloro. Me detengo frente a Alan, de brazos cruzados y con el semblante serio, pero él sigue con su ataque de risa.

Ay, su risa es encantadora.

¿Cuándo admite la gente que ya ha sido víctima de Cupido?

—Lo siento. Mi Alan interior me ha obligado —me dice entre risas y con los ojos llorosos. Yo hago un esfuerzo por permanecer impassible—. ¿Me perdonas?

Quiero venganza.

—Claro. Dame un abrazo. —Extiendo mis brazos y tengo que mordirme el labio para no desvelar mis intenciones.

Nos encontramos a pocos centímetros de la piscina. Sería una gran lástima que el principito se cayera accidentalmente al agua y se mojara su ropa de marca, su cabello rubio de bote y su piel tan suave como el culito de un bebé.

Alan me mira con desconfianza.

—Mmm... ¿Por qué tengo la sensación de que estás planeando tu venganza?

Mierda. Qué mal actor soy.

—Yo no te haría eso. Puedes confiar en mí. —Me llevo una mano al corazón para sonar sincero.

Alan parece que me ha creído porque me abraza. Yo lo rodeo con mis brazos, saco toda la fuerza que casi no tengo y lo levanto, quedando sus pies suspendidos en el aire. Él grita y patalea, y después lo tiro a la piscina sin ningún pudor. Unos segundos después, sale a la superficie y me dice algo en lengua de signos. Por su expresión de enfado, deduzco que son insultos y, por último, me dedica una peineta.

Yo no paro de reírme, sujetando mi barriga.

—¡Sabía que no podía fiarme de ti! —exclama nadando hacia mí, y alza un brazo mientras me mira con ojos de corderito—. Ayúdame a salir, por favor.

No pienso caer otra vez.

—Para eso existen las escaleras.

—Es que me da pereza nadar hasta ellas. Venga, dame la mano, que me estoy congelando.

Cuando me atrevo a entrelazar mi mano con la suya, me pega un tirón hacia delante y caigo en la piscina de nuevo. Saco mi cabeza al exterior y escupo el agua que me ha entrado en la boca mientras Alan se ríe como un condenado. Me contagia sus risas y estamos así varios segundos, flotando en la piscina, cada uno a pocos centímetros del otro, hasta que el rostro del príncipe luce asustado.

—¿Qué te pasa? —quiero saber; entonces caigo en la cuenta—. ¿Llevas el móvil encima?

—Sí, pero es resistente al agua.

Cómo no.

Menos mal que yo he dejado el mío cargando en la habitación.

—¿Entonces por qué pones cara de haber visto un fantasma?

Alan se lleva una mano a su oreja, se quita el audífono mojado y me lo muestra.

—Creo que ha fallecido. —Lo sopla, después le saca algo, que creo que es una pila, lo agita y lo coloca en el asfalto, fuera de la piscina.

—Lo siento —me disculpo. Ahora me siento mal por haberlo lanzado al agua; no me acordaba de que llevaba ese aparato.

Alan me mira con el ceño fruncido, como si no me hubiese entendido, y me habla en lengua de signos.

—¿No me escuchas? —inquiero, pero él me vuelve a responder con gestos extraños.

Me está tomando el pelo. Sé que oye perfectamente por el otro oído, por eso sólo lleva un audífono. No he sido capaz de preguntarle sobre ese tema; me da corte por si se siente incómodo.

—¡Alan! ¡¡¿¿No me escuchas??!! —exclamo, por si acaso, pero él sólo mueve sus manos con el semblante serio, aunque tengo la sensación de que se está aguantando la risa—. ¡No te entiendo! ¡¿Por qué no hablas?! —Muevo mis manos, imitándolo, mientras le grito—. ¡No tiene ninguna gracia!

Alan se echa a reír y me salpica agua a la cara.

Será cabrón.

Me vengo de él, lanzándole agua también y, durante los siguientes minutos, lo persigo nadando por la piscina, pero él es mucho más rápido que yo. Luego, sale por las escaleras como una bala y se tumba en el césped, respirando de manera entrecortada. Me siento a su lado con las piernas cruzadas y observo cómo se hace una foto con su móvil caro, resistente al agua.

—Cuéntame algo de ti —me dice incorporándose sobre el césped.

—¿Qué quieres que te cuente? Mi vida no es tan interesante.

—¿Qué te gusta hacer, aparte de ver anime y *Supernatural*? No sé... Algún hobby o sueño por cumplir.

—Me gusta bailar —respondo, y centro mi mirada en mis manos, que juegan con mi pulsera.

—¿Bailar? —pregunta, sorprendido.

—He estado yendo a clases desde muy pequeño, aunque hace meses que no voy. Me encantan los bailes modernos, sobre todo el *electro dance* y el *shuffle* —le cuento, un pelín emocionado por haber sacado este tema—. También estuve apuntado a ballet a los trece años, pero me quité porque sólo había niñas y los del instituto se metían conmigo.

—Oh... Serías una monada. —Alan me sonríe con algo parecido a la ternura.

—Estaba ridículo. Pero puede que lo retome algún día.

Algún día lejano, porque ahora no tengo tiempo ni para ir al baño. Lo peor es que me quité por culpa de Iván, que me desmotivaba y no estaba de acuerdo en que asistiera a clases; me decía que para qué bailaba si se me daba fatal y no me iba a servir para nada.

—¿Y bailarás delante de mí? —me pregunta Alan.

—No creo. Me moriría de la vergüenza.

—¿Por qué? Si no voy a reírme. Tú me bailas y yo te canto.

—No. —Me río y me concentro en jugar con mi pulsera.

—Lograré convencerte.

Levanto mi mirada hacia él.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Venga.

—¿De qué conoces a los chicos que intentaron atracarme? No encajas mucho en ese ambiente.

—Son amigos de... —Hace una breve pausa y suspira—. Mi exnovio. Siento que te asustaran, porque en el fondo son buenas personas; lo único malo que tienen es que viven en la mierda.

—¿Tu ex es el tal Simón que mencionaron? —me intereso, y él asiente, incómodo—. ¿Qué os pasó? —Me arrepiento de inmediato por haber hecho esta pregunta—. Perdona. No tienes por qué responderme si te resulta violento hablar sobre él.

Pero me encantaría saberlo.

—Deberíamos volver a la habitación. —Alan se levanta de un salto, recupera su audífono moribundo y comienza a caminar en dirección al hotel.

—En serio, perdóname por haberte preguntado eso —insisto cuando lo alcanzo, pero sigo metiendo la pata—. Es que no sé mantener la boca cerrada y a veces me da por preguntar estupideces. Lo estábamos pasando genial y lo he fastidiado todo —continúo parlotando sin parar, y Alan acelera el paso—. Tengo que dejar de ver los programas de cotilleos, porque se me está pegando todo. ¿Sabes que me encanta *Sálvame*? Ahora no tengo tiempo para verlo, pero en verano me tiraba casi todas las tardes con la tele y el aire acondicionado encendidos mientras los famosillos se peleaban.

«Cierra el pico, Leo. La estás cagando».

Alan se para en seco y se gira hacia mí, sonriendo; después, me dice algo mediante señas.

—No me gusta que me hables así, porque no entiendo nada —le digo.

—Esa es mi intención: que no me entiendas.

—Podrías tener educación y contarme lo que me has dicho.

—Te he dicho que me encanta la Nutella —me cuenta haciendo los mismos gestos que antes y vocalizando, lo que me obliga a quedarme embobado, contemplando sus labios.

—¿Y cómo se dice «tengo sueño»?

Alan se lleva una mano a la mejilla y cierra los ojos. A mí se me escapa una risita.

—¿Y «príncipe»?

Se da un golpecito en la nariz con su mano y luego se toca la parte derecha del estómago.

—¿Me vas a preguntar todo el diccionario o qué? —inquire sin dejar de sonreír.

—Sólo lo que quiera saber.

Ya en la habitación, Alan se tira en plancha sobre su cama, con su ropa empapada, y yo me quedo en pie, sin quitar mi vista de él.

—Buenas noches —me dice.

—¿No te cambias? Te vas a poner enfermo.

—Me da pereza.

Pues yo sí tengo ganas de quitarme el pijama mojado, porque no me apetece pillar la gripe e ir muriéndome a clases y a trabajar.

Me encierro en el baño, me deshago de mi camiseta y del pantalón de pijama y me cambio de calzoncillos. Después, me tumbo en mi cama, muerto de frío, y me tapo con las mantas.

—Buenas noches —le digo a mi compi, pero no me responde, porque ya se ha quedado dormido.

Capítulo 20

Alan

—Me voy a quedar dormido esta tarde cuando pase la aspiradora por tu casa y tu madre me va a despedir —me dice Leo a la mañana siguiente, mientras esperamos a mi padre, sentados a una mesa de la cafetería del hotel.

—Pues yo me echaré una siesta en el apartamento y te enviaré una foto para darte envidia.

—Maldito niño de papá. —Leo recuesta su cabeza en la mesa—. Encima ha sido tu culpa por tener la brillante idea de trasnochar bañándonos en una piscina.

Sonrío mirándolo. Hemos dormido tan sólo un par de horas, y unas enormes ojeras adornan nuestros respectivos rostros, pero ha merecido la pena.

—Te has divertido como un enano y mi padre te ha regalado su guitarra firmada, así que no te quejes —le recuerdo.

—Es verdad —me responde con los ojos cerrados, y se le escapa un bostezo—. Nunca me lo había pasado tan bien. Gracias por traerme, principito.

—De nada, mendigo.

—Oye, quiero hacerte una pregunta. —Leo abre los ojos y se incorpora—. ¿Qué tienes con la chica del flequillo?

—¿Camila? —inquiero enarcando una ceja, y él asiente—. Pues nada... Pero me gusta.

—Ah... ¿Entonces te gustan más las mujeres que los hombres o cómo va eso? Iván me ha contado que los bisexuales sois adictos al sexo y os pasáis la vida haciendo tríos.

Si Leo no me hace preguntas extrañas, no es Leo.

Me aclaro la garganta para responderle a todo, en plan intenso, porque me cabrea que los bisexuales tengamos esa maldita fama.

—Primero: deja de mencionar al orangután —le espeto—. Segundo: ser un adicto al sexo y hacer tríos depende de la persona, no de la orientación sexual. Y tercero: me atrae mi género y el de los demás, pero no tengo preferencia por ninguno... Me enamoro de la personalidad.

—Ahhh... Qué interesante. Yo soy supergay.

Le sonrío. Luego dirijo mi vista hacia la entrada de la cafetería por si mi padre aparece, y lo encuentro rodeado de un grupito de mujeres de la edad de mi madre, haciéndose fotos, y abro mucho los ojos en cuanto lo descubro firmándole el escote a una de ellas.

—Yo, si tuviera esas tetas, le habría pedido a tu padre que me las firmara con la lengua —suelta Leo de pronto, sin ninguna gota de alcohol viajando por su cuerpo. Yo lo miro, totalmente escandalizado, y él se tapa la boca con la mano—. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Me siento incómodo cuando comentas esas cosas sobre mi padre —admito—. Joder, que te lleva más de veinte años.

—La edad no importa en el amor. En mi mente él ya ha dejado a tu madre por mí y nos hemos casado en Las Vegas. También hemos adoptado a dos niñas y tú te has convertido en mi hijastro.

Niego con la cabeza, pensando en que a Leo se le ha ido la olla con tanto fanatismo.

—¿Tú te escuchas cuando hablas? —le pregunto.

—A veces.

Mi padre se acerca a nuestra mesa y se sienta frente a nosotros.

—Hey —nos saluda, y se nos queda mirando, frunciendo el ceño—. Menudos caretos tenéis. ¿Qué habéis estado haciendo toda la noche? ¿Ajetreados con los mosquitos? —esto último lo pregunta mirándome a mí y guiñándome un ojo, pero yo le pego una patada por debajo de la mesa

—. Auch, Piolín.

Leo nos observa sin comprender nada.

—Hemos estado visitando el hotel —le explico, y me saco el audífono muerto de mi bolsillo de los vaqueros—. Se me ha roto bañándome en la piscina.

—Joder, Alan, eres un desastre.

Un camarero viene a atendernos y desayunamos hablando de tonterías hasta que llega la hora de que Leo y yo debemos regresar a Madrid en tren, y mi padre, a otra ciudad para dar otro concierto.

* * *

Me pongo cómodo en mi asiento para aguantar las horas que dura el viaje y le robo un auricular a Leo para descubrir qué está escuchando. Él gira su cabeza en mi dirección, curioso, y yo intento descifrar la letra de la canción que interpretan unas voces masculinas, pero no entiendo nada, porque es un idioma que no conozco.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—BTS.

—¿BTS? —Se me escapa una risotada—. Tienen nombre de enfermedad de transmisión sexual.

Leo me mira con expresión ofendida.

—Fingiré que no has dicho nada —me espeta, y baja su mirada a su móvil para buscar algo en la galería. Me enseña la pantalla, donde aparece la imagen de un grupo de asiáticos—. ¿Cómo puedes vivir sin conocer a estos dioses?

—¿Te gustan unos chinos?

—Coreanos —me corrige en tono molesto—. Es un grupo muy bueno. ¿Quieres escuchar algunas de sus canciones mientras llegamos a Madrid? —propone con el semblante lleno de ilusión.

—Vale. A ver si me sorprenden.

Las horas de viaje se me pasan volando escuchando casi todo el repertorio musical de BTS y con Leo comentando cuáles son sus canciones favoritas. También me enseña fotos de los integrantes y me repite sus nombres mil veces, pero no retengo ni uno, porque son algo difíciles de pronunciar y sus caras son idénticas.

—¿Cómo los diferencias? —inquiero al salir del tren—. Todos tienen la misma cara.

—De la misma manera en la que tú diferencias a Niko de los demás asiáticos que te encuentras por la calle.

Me río ante su respuesta.

—*Touché*.

Continuamos caminando hacia el lugar donde dejé aparcado mi coche antes de marcharnos; Leo, con los ojos pegados a la pantalla de su móvil y los auriculares puestos, y yo, vigilando para que no se estrelle con nadie, porque he tenido que tirarle del brazo varias veces para evitar una catástrofe.

—Ahora te voy a enseñar mi canción favorita por excelencia —me dice cuando llegamos hasta Cody. Se quita un auricular, pero antes de colocármelo en la oreja, se detiene y me mira con una pizca de arrepentimiento—. Te estaré pareciendo un pesado, ¿verdad?

Se me encoge el corazón. Estoy seguro de que alguien se habrá quejado de la emoción que expresa cuando habla de lo que le apasiona.

—No, tranquilo —le aseguro dedicándole una sonrisa—. Quiero escuchar esa canción.

Leo sonrío y acomoda su auricular en mi oreja; después, pulsa el *play* en la pantalla de su teléfono y comienza a sonar una melodía. Tras varios segundos, siento que la letra me suena un montón.

—¿2U? —pregunto.

—¿La conoces?

Asiento y sigo escuchando la canción. Cuando se acaba, le devuelvo el auricular a Leo.

—Prefiero la original de Justin Bieber —le digo, y él se me queda mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Estás comparando a Jungkook con ese tipo? —me espeta—. ¡Esta versión está muchísimo mejor! Jungkook la canta con más sentimiento y su timbre de voz es más dulce.

—Buen intento, pero no vas a lograr convencerme. Siempre preferiré la de Justin Bieber. — Me meto de inmediato en el coche para evitar su enfado.

Leo me imita, enfurruñado, y se vuelve a enfrascar en su móvil.

—Jungkook es monísimo —me dice tras unos segundos de silencio, en los que me ha dado tiempo a salir a la carretera—. Te enseñaría fotos de él, pero no quiero interrumpirte mientras conduces.

—Monísimo —repito, y suelto una carcajada—. Me encanta cuando te pones en plan *fanboy*. Estás adorable.

—Ya.

Se hace un silencio incómodo y me toca detenerme en un semáforo en rojo. Ladeo mi cabeza hacia Leo y lo descubro con las mejillas sonrosadas, encogido en su asiento.

—¿Me acompañas a hacerme un tatuaje? —le pregunto—. ¿O tienes algo que hacer?

—Vale, te acompaño. No tengo ganas de toparme con Iván por si sigue merodeando por el apartamento.

—Si quieres, cuando termine, podemos ir a comer algo al Chon y después te acerco a la casa de mis padres —le propongo, y a él le parece bien—. Y si ese orangután sigue en el apartamento, le pego una patada y lo lanzo al espacio exterior.

Leo se ríe cuando le cuento la última idea y conduzco en dirección hacia el estudio de tatuajes donde me hice los que tengo, con la música de BTS sonando desde el móvil de mi amigo. Estaciono el coche en el primer hueco libre que me encuentro, cerca del local. Una vez dentro, nos encaminamos hacia el mostrador, donde se halla el dueño, y le explico lo que me quiero tatuar.

—Bien. Acompáñame —me indica.

—¿No está hoy la chica? —quiero saber.

—Ahora mismo está ocupada con otro cliente. Yo tengo un hueco libre, pero si prefieres esperarla, no hay ningún problema.

—De acuerdo, entonces la esperaré.

Leo y yo tomamos asiento en los sillones, y cojo un par de revistas de la mesita para pasar el tiempo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me interrumpe mientras paso las páginas de la revista sin

prestarle atención a ninguna. Levanto mi mirada hacia Leo y asiento—. ¿Por qué no has querido que te tatuara el hombre? Así terminaríamos antes.

—Porque con la chica tengo más confianza —respondo sin dudar—. ¿Te puedo hacer yo una pregunta?

—A ver... Sorpréndeme.

—¿Qué te gusta más? ¿La pizza con piña o sin piña?

Suelta una risita.

—Sin piña, obviamente —me contesta—. Con piña da asco.

Cierro la revista de repente, sin apartar los ojos de Leo.

—Ten los cojones de volver a repetir lo que has dicho sobre una de mis frutas y comidas favoritas.

—La pizza con piña da asco —repito con valentía.

Enrollo la revista con destreza, tomo aire y le pego un golpetazo con ella en ese cabezón, pero su preciada gorra roja de Mario Bros amortigua el impacto.

—Auch —se queja llevándose una mano a la cabeza.

—Para que aprendas a respetar la pizza con piña —sentencio apuntándolo con la revista—. Más te vale que no se vuelva a repetir.

—Discúlpame, su majestad. —Hace una reverencia.

—Bien. Disculpas aceptadas.

Justo en este momento, la tatuadora aparece y me avisa de que ya es mi turno, así que Leo y yo la seguimos hasta una salita. En lo que tarda en preparar cada utensilio, aprovecho para acomodarme en el sillón y deshacerme de la camiseta. Me doy cuenta de que Leo se queda mirando mi torso durante unos segundos, concretamente al tatuaje de las dos coronas que tengo en el lado del corazón, y después concentra su vista en su móvil, con un ligero rubor en las mejillas.

—¿Por qué no te haces uno? —le pregunto.

Me mira, pero esta vez a la cara.

—¿Qué?

—Que te hagas un tatuaje.

—Ahh... No puedo permitírmelo —me contesta, avergonzado—. No tengo unos papis ricos para que me paguen todos los caprichos.

—Es verdad, se me había olvidado que eres un mendigo. —Esbozo una amplia sonrisa—. Pobrecito. No tienes para comer y vives debajo de un puente.

—Muy gracioso, principito —me dice con sarcasmo. Acto seguido, vuelve a pegar su vista en su móvil, pero descubro un amago de sonrisa en sus labios.

La mujer comienza a dibujar el diamante en el lado derecho de mi tripa y yo contemplo cómo la aguja picotea mi piel. Pillo a Leo con su mirada instalada en esa zona y le sonrío.

—¿Por qué un diamante? —quiere saber.

—Es una ida de olla que se me ha ocurrido gracias a mi madre.

—¿Pero qué significa?

—El diamante soy yo —es lo único que le respondo, sin darle demasiadas explicaciones.

—Ah. —Me mira como si quisiese salir huyendo—. Suena... ¿Guay?

—Muy guay.

* * *

Después de hacerme el tatuaje, Leo y yo hemos comido en el Chon para reponer fuerzas del viaje. Niko y Dylan se han acoplado con nosotros y casi se enfadan conmigo cuando les he contado que me había ido al concierto de mi padre en Valencia, porque ellos querían apuntarse, y me han dicho que soy un mal amigo. Cuando hemos terminado de zampar, Leo se ha negado a que lo llevara con el coche a la casa de mis padres y no he tenido más remedio que aguantarme. También he aprovechado mi tiempo libre para comprarme un audífono nuevo, porque el otro ya se ha muerto de manera oficial.

Entro en el apartamento, que a estas horas está vacío, y me dirijo hacia la cocina. Sobre la mesa hay una nota de Dulce.

«Cuando volváis del viaje recoged la ropa que hay tendida, por favor. El gatito está dormido en la habitación de Alan; le he puesto comida y agua en sus recipientes».

Dejo la nota en su sitio y voy a mi cuarto. Mi gato está muy a gusto durmiendo en mi cama, enroscado. En cuanto se da cuenta de mi presencia, se baja de un salto y se restriega en mis piernas, dejándome los vaqueros llenos de pelos.

—Hola, gato —lo saludo.

En realidad no sé si es macho o hembra. Debería ponerle un nombre.

Lo cojo en brazos y lo dejo en la cama para poder hacerle una foto a sus partes íntimas y enviarla al grupo que tengo con mis amigos.

Yo: «Dylan, ¿niño o niña?»

El primero en responder es Niko.

Niko: «Hermafrodita»

Yo: «Cállate»

Dylan: «No debería decírtelo porque eres un mal primo»

Yo: «Venga, no seas así. Necesito bautizarlo»

Niko: «Ponle Elvis si es niño, y Elvise, si es niña»

Dylan: «Es un machote puro. Todavía no se le ven los huevos porque es muy pequeño»

Yo: «¿Estás seguro?»

Dylan: «¿Eres tú el futuro veterinario? No, ¿verdad? Pues te callas y dejas a los profesionales hacer su trabajo»

Yo: «Bueno, me fiaré de ti»

Niko: «¿Cómo lo vas a llamar?»

Yo: «Pichi»

Dylan: «Qué horror de nombre»

Yo: «Pues anda que el tuyo, Dylan Darío»

Dylan: «Lo eligió mi padre, mendrugo»

Estoy concentrado escribiendo una respuesta, cuando, de repente, me llega un mensaje de Camila; entonces cambio de conversación y leo lo que me ha enviado ella.

Cami: «Hola, Alan. Hace dos días que no pasas por clase. Leo me dijo ayer que estabas enfermo. Espero que te encuentres mejor y que podamos vernos»

No tardo en responderle:

Yo: «Hola, Cami. Tuve migraña, pero ya estoy bien. Si quieres, vente a mi apartamento y pasamos el resto de la tarde juntos :)»

Cami: «Vale. En media hora estoy allí :)»

Mientras Camila viene, recojo la ropa de las cuerdas, como me ha pedido Dulce, agrupando las prendas perfectamente dobladas en tres montones, con mi gato merodeando alrededor de mí. Me entra la risa en cuanto me topo con unos calzoncillos negros de Leo con dibujos de conejitos blancos y otros con ositos de colores. Cuando acabo, dejo un montón de ropa en mi dormitorio y otro en el de Dulce. Sin embargo, al abrir la puerta de la guarida de Leo, me encuentro al idiota de Iván tumbado en la cama con el portátil de mi compi de piso.

—¿No sabes llamar antes de entrar, puto sordo? —me espeta, y suelta un estornudo.

—Pensaba que no había nadie —le digo acercándome al escritorio, y coloco las prendas encima—. Venía a traerle la ropa limpia a Leo.

—¿Qué eres? ¿La chacha? ¿No se supone que las tareas del hogar las hace la negra? Que yo sepa, es la única mujer que vive aquí. —De nuevo, estornuda, y a mí me entran ganas de estamparle mi puño en la cara—. ¿Eso es un gato? —pregunta señalando con la cabeza el umbral de la puerta, donde está sentado Pichi—. Soy alérgico a esos bichos.

Ya tiene un motivo para largarse.

—No entiendo por qué sigues aquí —le contesto con expresión dura—. Leo te dejó bastante claro por mensaje que te marcharas de esta casa y de su vida.

Iván me contempla, como si quisiera acabar conmigo.

—Rubito, esas cosas se hablan a la cara y no con un simple mensaje. Mi melocotoncito no lo decía en serio. Sé que no puede vivir sin mí.

—Antes de que llegue Leo te quiero fuera de esta casa, ¿entendido?

Iván deja el portátil sobre la cama y se levanta para plantarme cara.

—¿Y si no lo hago, qué? —Su rostro se encuentra a escasos centímetros del mío y me mira fijamente a los ojos, pero no me da ningún miedo—. ¿Vas a echarme tú, sordito? ¿O vas a pegarme otro puñetazo? —Sonríe de manera socarrona—. Me pusiste a cien el otro día.

Me pongo tenso y trago saliva.

—Pues tú me das muchísimo asco —logro contestarle, y justo suena el timbre.

Iván suelta una carcajada y acerca su boca a la mía, pero yo soy más rápido y consigo darle un empujón. Él se ríe aún más.

—Tienes cojones, eh.

—Te quiero fuera de aquí. No te lo voy a volver a repetir.

Abandono la habitación, con el gato pisándome los talones, e invito a pasar a mi cuarto a Camila para que el otro no nos moleste.

—Me alegro de que estés mejor, Alan —me dice ella cuando nos sentamos en mi cama.

—Gracias. ¿Me he perdido algo interesante en clase?

—No mucho, pero el profesor de *Desarrollo cognitivo y lingüístico* nos ha mandado un trabajo para entregar al final del cuatrimestre por parejas. Si quieres, lo podemos hacer juntos. Luego te mando toda la información cuando llegue a mi casa.

¿Y Leo con quién se va a poner? Con el único que habla en clase es conmigo, pero tampoco me apetece rechazar la propuesta de Cami, porque seguro que no se ha buscado un compañero de trabajo por estar esperándome a mí, y los demás ya tendrán sus parejas. A lo mejor el profe deja a Leo ponerse con nosotros o hacerlo solo.

—Está bien, me pondré contigo —acepto esbozando una sonrisa—. ¿Vemos algo en Netflix?

—Vale.

Nos acomodamos en mi cama y sitúo mi portátil sobre mis piernas. Los dos nos ponemos de acuerdo en ver el primer capítulo de *La casa de papel*.

Dos episodios después, me dispongo a poner el tercero, porque la serie se ha quedado en lo más interesante y no puedo con la intriga. Le doy al *play* y Camila recuesta su cabeza en mi hombro. A continuación, me sumerjo en la pantalla de mi portátil, pero siento unos labios besando mi cuello. Me estremezco al instante y permito que Camila continúe con sus besos hasta que me obliga a mirarla, sujetando mi mentón; después, dejo el portátil a un lado y su boca viaja hasta la mía. Nuestros labios se juntan y ella da el paso de entrelazar nuestras lenguas. Una oleada de calor me recorre el cuerpo cuando mete su mano por debajo de mi camiseta y me acaricia la piel con delicadeza.

Mis labios se concentran en besar su cuello y mi polla comienza a despertarse de tal manera que me sorprende, porque la última vez que me ocurrió fue con Leo en el baño de la discoteca. La mano de Cami se cuela en mis pantalones y se posa en mi erección; entonces mis sentidos se ponen en alerta y, de manera instintiva, me aparto y mi puño no tarda en aterrizar en su cara.

Mierda.

Su mano desaparece de mi entrepierna y se la lleva a su mejilla, justo en el lugar donde le he pegado el puñetazo, mientras sus ojos marrones me contemplan, atemorizados.

—Yo... Lo siento, Cami —intento disculparme, arrepentido—. Ha sido sin querer. —Acercó mi mano a su rostro, con la intención de acariciarla, pero ella se levanta de un salto de mi cama.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —me grita con voz temblorosa, y su pecho sube y baja con rapidez.

—Cami, perdóname. De verdad.

Ella me mira con la expresión llena de miedo, y después huye de mi habitación, sin permitir que le dé ninguna explicación.

Capítulo 21

Leo

Lo primero que hago tras entrar en el apartamento es chocarme con Camila, mi compañera de clase y supuesta amiga con derechos de Alan. Me fijo en que está algo alterada.

—Hey, ten cuidado —le digo. Sin embargo, ella no me responde nada y desaparece como una exhalación del piso.

Qué extraño. ¿Le habrá ocurrido algo?

Alan aparece en el pasillo, también inquieto. Al percatarse de que no hay ni rastro de su amiga, se lleva una mano al pelo y suelta un bufido.

—Joder —masculla.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —es lo único que contesta con cierto fastidio, y se vuelve a encerrar en su dormitorio.

Cuando me dispongo a entrar en mi guarida, la puerta se abre de repente y me encuentro cara a cara con Iván. Se me queda mirando de brazos cruzados y con el semblante enfadado. A mí me cuesta tragar saliva.

—El viajero —suelta con retintín, ladeando una sonrisa—. ¿Te lo has pasado de lujo con tu sordo después de dejarme mediante un mensaje?

—No estoy de humor para soportar tus enfados, Iván. Deberías de haberte ido de aquí ya. —Intento atravesar la puerta de mi cuarto, pero él me lo impide, dándome un ligero empujón. Lo miro, echando chispas por los ojos—. Déjame entrar.

—¿Sabes que te he echado mucho de menos, melocotoncito? —inquieta poniendo morritos, y tira de mi brazo para pegarme a él. Me da un casto beso en los labios y posa sus manos en mi trasero—. Y a este también lo he echado de menos.

Quisiera creerlo, de verdad, pero sé que no me ha extrañado ni un minuto, porque lo más probable es que haya pasado su tiempo con sus queridos amigotes.

Yo tampoco lo he echado de menos. Es más, hasta he logrado tomarme un respiro sin él merodeando por alrededor, sin oír sus insultos o aguantándolo cuando se pone de mal humor. Hasta creo que he regresado a Madrid más relajado y un poquito más feliz.

—A ver si te queda claro que he roto contigo —logro decirle, pero él sólo se ríe con socarronería.

—No me tomé ese mensaje en serio. Tú no tienes los cojones suficientes para dejarme; el único que puede terminar con esta relación soy yo, y no me apetece, cariño. ¿Te queda claro? —Clava su dura mirada en la mía y yo no soy capaz de responderle—. Vamos dentro. —Entrelaza nuestras manos y entramos en mi cuarto, cerrando detrás de nosotros—. Quiero follarte ahora. Eres mío y de nadie más, Leo —me susurra al oído, y yo intento reprimir una mueca de desagrado.

—No quiero, Iván. Estoy muy cansado. —Noto que la voz me tiembla.

—No pongas excusas. —Aprisiona mi rostro entre sus manos con fuerza y me besa de una manera casi animal, impidiéndome que pueda apartarme de él.

Y no sé de dónde saco la fuerza, porque lo siguiente que hago es empujarlo, provocando, por

fin, que se despegue de mi boca.

—No, Iván —insisto, tajante.

Me tiemblan las piernas y me falta el aire por haberle plantado cara. Siento que, de un momento a otro, voy a caerme al suelo.

Iván deja escapar una risita sarcástica.

—De acuerdo, tú ganas. —Me recorre con su mirada con cierto aire de repugnancia—. Si en el fondo te quería hacer un favor, pero mejor para mí, porque me das mucho asco.

Me encantaría preguntarle por qué quiere seguir conmigo si le doy tanto asco, pero lo único que hago es quedarme callado, con la vista fija en el suelo mientras mi mano juega con mi pulsera.

—Me voy con mis colegas —me informa, y yo alzo la cabeza para mirarlo, con un nudo instalado en la garganta—. No creo que venga a dormir esta noche. Como tú te lo has pasado en grande, ahora me toca a mí.

Y abandona mi habitación sin decir nada más, y mucho menos sin darme tiempo para reprocharle, aunque tampoco lo iba a hacer.

Me enjugo las pocas lágrimas que se han escapado de mis ojos, como las traicioneras que son, y me preparo para darme una ducha después de este día tan agotador, que ha empezado de maravilla con Alan a mi lado y su personalidad tan alegre, y ha terminado de la peor manera posible: con Iván enfadándose conmigo.

Cuando ya estoy duchado y con mi pijama puesto, Dulce ha regresado de sus clases de teatro y se encuentra cenando un tazón de cereales en la cocina. Deduzco que Alan no ha salido de su cuarto desde que se ha encerrado de mala manera tras lo que ha ocurrido con Camila.

Cojo un tazón y me siento a la mesa con mi amiga para cenar cereales también, antes de irme a dormir.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta.

—Muy bien. He estado en un concierto —le cuento dando palmaditas y sacando a relucir mi *fanboy* interior—. Nada más y nada menos que en el de Álvaro Buenorro. ¿Te lo puedes creer, Dul? ¡Y encima me ha regalado su guitarra firmada!

Ahora que lo recuerdo, antes de irme a trabajar al palacio del principito, le he pedido que dejara el instrumento en mi habitación, pero no lo he visto.

—Veo que te lo has pasado genial —me responde dedicándome una sonrisilla cómplice—. Y con Alan —susurra para que el aludido no nos oiga.

—Cállate —le ordeno—. ¿Y tú, qué tal con las clases de teatro?

—Me encantan, pero son agotadoras. —Deja escapar un suspiro—. Esto de llevar una doble vida va a acabar con mi salud, ya verás.

—Igual, si hablas con tus padres, puede que los convenzas de que el teatro merece la pena.

—No lo entenderían. Según ellos, tengo la cabeza llena de pájaros.

No me gusta que mi amiga tenga que vivir de esta manera durante los años más importantes de su vida. Sus padres son muy estrictos con respecto a su futuro y quieren que siga los pasos de sus hermanos, pero su sueño es convertirse algún día en una buena actriz, aunque para eso tenga que sacrificarse estudiando algo que no le gusta para contentar a sus padres. Si se niega a estudiar la carrera de Administración y Dirección de Empresas, ellos dejarán de ayudarla con los gastos de Madrid.

Al acabarme mi tazón, me despido de mi amiga, que prefiere quedarse estudiando en la cocina, a pesar de que en su cara se le nota el cansancio, y me encierro en mi habitación para ver un *dorama* antes de que me invada el sueño.

* * *

Unos gritos me despiertan en mitad de la madrugada. Abro los ojos y estiro mi brazo hacia la mesita de noche para alcanzar mi móvil y mirar la hora: las cuatro. Me tapo la cabeza con la almohada para escuchar lo menos posible, pero no tengo tanta suerte, porque esta vez los gritos son más fuertes. Al final, me levanto y salgo de mi guarida. Apoyo mi espalda en la puerta de la habitación de Alan, esperando a que se calme para retomar mi preciado sueño.

—¿Qué pasa? —pregunta Dulce, que acaba de salir de su cuarto, adormilada—. Hoy está gritando más que otros días.

—¿Entramos y lo despertamos para que nos deje dormir? Me muero de sueño.

Sé que he sonado un pelín egoísta, pero pienso en el bien común de esta casa, aparte de acabar con el sufrimiento de mi compi de piso y despertarlo de esa horrible pesadilla.

—Hazlo tú. Yo me vuelvo a la cama —me dice dando un bostezo.

Una vez que mi amiga vuelve a su habitación, los gritos de Alan cesan y yo permanezco varios segundos mirando el pomo de la puerta, montándome una conversación con mi yo interior sobre si debo entrar para asegurarme de que se encuentra bien o volver a dormirme, ahora que reina el silencio en estas cuatro paredes.

Como era de esperar, gana la primera opción y me sorprendo por mi decisión porque me encanta dormir.

Abro la puerta despacio y asomo la cabeza. La tenue luz de la lámpara está encendida y Alan se encuentra despierto, sentado en la cama e intentando respirar con normalidad con los ojos cerrados; su gato duerme tan tranquilo en la alfombra que hay en el suelo.

Y, como si el principito se hubiera dado cuenta de mi presencia, ladea su cabeza en mi dirección.

—¿Qué haces aquí?

—¿Necesitas compañía? —le pregunto colándome en su cuarto, y cierro tras de mí.

—Vete a dormir, Leo.

Me acerco a su cama y me siento frente a él. Observo varias gotitas de sudor perlando su frente y su camiseta empañada.

—¿Qué soñabas?

Se seca el sudor de la frente con la mano.

—Prefiero no hablar de eso. Siento haberte despertado. —Se levanta de la cama y se aproxima a su armario para coger una camiseta limpia y una toalla—. Voy a darme una ducha. Ya puedes dormir tranquilo. No creo que vuelva a pegar ojo.

—¿Quieres que me quede contigo? Duermo en el suelo con tu gato, si hace falta —me ofrezco, y Alan me mira como si estuviera gastándole una broma—. Por si vuelves a tener pesadillas, ya sabes... Alguien debe estar cerca para tirarte un cubo de agua fría.

A lo mejor, si alguien le hace compañía, las pesadillas desaparecen. Ayer, en la habitación del hotel, durmió como un angelito y no lo escuché gritar.

—Haz lo que quieras —me dice encogiéndose de hombros, y me deja a solas en su cuarto.

¿Habrá sitio en esta caja de zapatos para mi colchón? Porque está claro que en la cama de Alan no pienso dormir; es demasiado estrecha para que quepamos los dos y no creo que le haga mucha gracia pasar lo que queda de noche pegado a un casi desconocido como yo.

No me lo pienso más y traslado mi colchón hasta la habitación del principito, pero cuando

estoy a punto de tumbarlo en el suelo, casi hago una hamburguesa de gato, de no ser porque el pobre animal ha tenido los suficientes reflejos para apartarse de inmediato y ha terminado subiéndose a la cama de su dueño. Le pido disculpas, aunque suene ridículo, y después me tumbo en mi colchón y me tapo con las mantas para esperar a Alan. Echo un vistazo a mi alrededor y veo mi guitarra apoyada en una esquina, junto a la suya, así que ya me quedo más tranquilo porque todo este tiempo ha estado a salvo de las garras de Iván. Diez minutos después, el principito regresa y se detiene en el umbral de la puerta, contemplando la escenita.

—No me puedo creer que te hayas traído tu colchón —me dice, impresionado—. Pensaba que estabas tomándome el pelo.

—Yo hablo en serio, principito.

Se ríe, negando con la cabeza, y luego atraviesa la habitación, saltando por encima de mi colchón hasta llegar a su cama, mientras su aroma a menta se instala en el ambiente. Me coloco de lado para mirar cómo Alan se mete entre las sábanas, y él se gira hacia mí.

—Gracias por quedarte. —Me dedica una bonita sonrisa.

—De nada —le respondo sonriéndole también—. Buenas noches, Alan.

—Buenas noches, Leo.

* * *

De camino a la facultad a la mañana siguiente, me quedo sorprendido por la música que suena en el coche de Alan: todas las canciones de BTS mezcladas con las de Imagine Dragons.

—Al final te ha acabado gustando BTS, eh —le digo.

—Son buenos, aunque el primer puesto de mi grupo favorito siempre lo ocupará Imagine Dragons.

—Pues te recomiendo que escuches a Astro y Blackpink. Son dos grupos de k-pop también, aunque no tan buenos como BTS.

Alan es la primera persona de mi círculo cercano al que le ha gustado este género musical, porque a Dulce no le llama tanto la atención; ella es más de pop y rock, e Iván me dice que soy un cansino con esos grupos de chinos.

Alan estaciona el coche y nos dirigimos juntos hacia nuestra clase. Yo me voy a la última fila, y él viene detrás de mí para sentarse a mi lado.

—¿No te pones en primera fila? —quiero saber.

—No creo que a Cami le haga demasiada gracia.

Echo un vistazo a los asientos de la primera fila, que se hallan vacíos, y vuelvo a mirar a Alan.

—¿Qué os pasó ayer? Parecía que la perseguía un asesino.

—Le pegué un puñetazo —me susurra, y los ojos casi se me desprenden de las cuencas.

—¿Cómo que le pegaste un puñetazo?

Es lo último que me esperaba. Alan no parece un tipo agresivo, y en el poco tiempo que lo conozco he comprendido que se puede confiar en él. A pesar de llevar un *piercing* y tatuajes como el típico chulito, tiene cara de niño bueno. Con esto no me refiero a que yo tenga prejuicios hacia estas personas, porque yo mismo me he hecho un tatuaje, pero, al vivir en un pueblo de criticones, lo primero que aprendes es a juzgar a los demás por su apariencia física, así que es una parte de mí que me gustaría mejorar.

—Fue sin querer —me responde Alan.

—¿Sin querer?

Parezco un loro repitiendo lo que dice.

—Estábamos besándonos en mi habitación —me cuenta en voz baja, y yo siento una punzada en mi interior—. Me metió mano, me puse en estado de alerta y le golpeé en la cara, pero te juro que no lo hice a propósito. Jamás le he pegado a nadie, exceptuando a tu orangután.

¿Por qué le afecta tanto que le metan mano? Si no estaba de acuerdo, que le hubiese dicho a la pobre chica que dejara de hacerlo; tampoco es para pegarle un puñetazo. La primera vez que nos besamos, Alan me empujó, pero supongo que lo hizo porque se dio cuenta de que la estábamos cagando, y no mantiene contacto físico con casi nadie, sólo con su familia o con sus mejores amigos.

—Tiene que ver con tus pesadillas, ¿verdad?

—No. —Alan me esquivo la mirada y la posa en el profesor, que acaba de entrar en la clase.

¿Qué demonios se esfuerza en esconder?

—Principito —pronuncio su apodo, y él me mira—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Confieso que me das miedo cada vez que quieres preguntarme algo, pero adelante.

Mi reportero interior del *Sálvame* sale a la luz y acerco mi puño a la boca de Alan, fingiendo que es un micrófono. Él ahoga una risita.

—¿Cuál es tu mayor secreto? —le pregunto. Está claro que no me va a contar lo que esconde.

—En mi habitación de la casa de mis padres tengo escondidos los cadáveres de mis exnovios.

—Ahora no voy a atreverme a abrir tu armario cuando me toque limpiar tu cuarto —admito riéndome—. Soy algo miedoso y odio las pelis de terror.

El principito me sonrío, tramando algún plan macabro.

—Se me ha ocurrido un plan perfecto para un sábado por la noche.

—¿No estarás pensando en hacer la ouija en el apartamento, verdad? —inquiero—. Porque te juro que hago las maletas y me mudo.

—Mmm.. —Frunce los labios y yo no puedo evitar desviar mi vista hacia ellos—. Eso suena divertido, pero no es lo que he pensado. Podríamos hacer maratón de pelis de miedo. Si te apetece, elegimos algunas en Netflix.

—No tengo Netflix —replico—. Yo pertenezco a esa gente normal que ve las series por Internet de manera ilegal, se me abren quinientos anuncios de páginas porno cuando quiero ponerme un capítulo y me arriesgo a que el ordenador se me infecte de virus.

A Alan se le escapa una risotada en mitad de la clase y algunos alumnos nos miran, incluido el profesor. Mis mejillas comienzan a arder cuando siento que soy el centro de atención.

—Tu vida de mendigo es pura adrenalina.

—Y tu vida de principito tiene que ser un aburrimiento —contraataco—. Sacas la tarjeta de crédito de tus papis y tienes todo lo que quieres al momento.

—No te creas. Hay veces que he pedido cosas por Internet y han tardado varios días en llegar.

Suelto un bufido. Se le da bastante bien vacilarme y me encanta.

—Qué mal me caes —bromeo.

—Y tú a mí algunas veces.

Cuando se acaba la clase, en la que no hemos atendido nada por estar parlotando, Alan desaparece para meterse un chute de caféina y me dice que lo espere en la siguiente clase, pero antes de entrar al aula, alguien me coge del brazo y me da la vuelta hacia él con brusquedad.

El que faltaba.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Iván—. ¿No tenías que estar en tu facultad?

—No ha venido el profe y he aprovechado para darte una sorpresa. —Sonríe de medio lado y

me rodea con sus brazos—. ¿Nos vamos?

Seguro que me está mintiendo. No es normal que sus profesores falten tanto.

—Tengo clase ahora.

—¿Y qué? No pasa nada por faltar más veces, ya lo hiciste cuando te escapaste con el rubio de bote. Además, no entiendo por qué te has matriculado en una carrera para mujeres.

¿Educación Infantil es de mujeres? Cada persona estudia lo que quiere y todas las profesiones son iguales de válidas.

—No pienso faltar, Iván —insisto.

—Sólo te pido cinco minutos en los baños y luego te doy permiso para que te vayas a tu clase, ¿vale, melocotoncito?

—Venga, vale —cedo al fin—. Pero sólo cinco minutos. Ni uno más.

Atravesamos el pasillo y nos metemos en los baños de hombres, que se encuentran al final. Nos colamos en la última puerta, que es la que queda libre, y la cerramos con pestillo. Iván comienza a besarme con ímpetu, como si estuviera hambriento, y provoca que mi espalda choque contra la pared. Tras un par de minutos, noto que se pone a cien y me restriega su erección. Después, despega su boca de la mía y posa su mirada encendida en mí.

—Date la vuelta —me pide, o más bien me lo ordena.

Los preliminares nunca han existido para él.

—Aquí no —logro responderle, y él frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Sabes que no me gusta hacerlo en sitios públicos.

—Eres un aburrido, Leo. ¿Te has vuelto un estrecho? —inquire, pero permanezco mudo—. No digas estupideces y date la vuelta, anda. Debes agradecerme que he venido a hacerte una visita.

Quiero darle un empujón, abrir el cerrojo y huir lo más rápido que puedo de él, pero estoy totalmente paralizado y el corazón me late a mil por hora.

—Venga, melocotoncito. No seas calientapollas.

Desvío mi mirada hacia el pestillo, demasiado inalcanzable para mí, y ni las piernas ni las manos me responden.

Como era de esperar, Iván se cansa de mis negativas y me agarra con firmeza del brazo, con la intención de darme la vuelta. Sin embargo, no sé de dónde saco la valentía para soltarme de su agarre y apartarlo de mí de un empujón. Mi novio se me queda mirando, atónito, y su rostro se torna tan serio que hace que me tiemble hasta la cicatriz de la frente.

—¿Cómo te has atrevido a tocarme un pelo, inútil? —me espeta, y se vuelve a acercarse a mí.

—Lo siento —susurro en tono casi inaudible.

Pero mis disculpas no surten efecto en él, porque lo siguiente que hace es pegarme un puñetazo en la mandíbula que me rompe, no sólo físicamente. Me llevo una mano a la mejilla, justo en el lugar donde he recibido el golpe, y me atrevo a mirar a Iván, que me contempla entre una mezcla de odio y animadversión.

—No entiendo cómo cojones sigo aguantándote —escupe, y se marcha del baño.

Me siento tan humillado... Iván ya no se parece en nada al chico del que me enamoré, ese que se preocupó por mí cuando estuve faltando al instituto y el que me convenció para que regresara. No entiendo cómo una persona puede cambiar tanto en tan poco tiempo. Lo peor es que siento que es por mi culpa.

Me aproximo al lavabo, con un nudo instalado en la garganta, y me esfuerzo en respirar hondo. Un chico entra en el baño, se mete en el cubículo que acabo de dejar libre y, segundos después,

aparece Alan.

—Acabo de tropezarme con Iván y parecía enfadado —me cuenta, y sus ojos azules se detienen en mi labio—. Uy, tienes sangre, Leo.

No me atrevo ni a mirarlo de lo abochornado que me siento.

Alan saca un par de papeles del dispensador, los humedece con un poco de agua y dejo que me limpie la sangre del labio, aunque suelto un par de quejidos por el escozor. Ninguno de los dos dice nada hasta que el chico que ha entrado al baño se esfuma sin haberse lavado las manos, y Alan tira los restos de papel a la papelera. Me vuelve a mirar, pero yo me entretengo jugando con mi pulsera, evitando el contacto visual.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —me pregunta.

—No. —Mi voz suena ronca.

—¿Necesitas un abrazo?

Alzo la vista hacia él y descubro que me mira con algo parecido a la lástima.

—Sí.

Me envuelve entre sus brazos y coloco la cabeza en el hueco de su cuello a la vez que le devuelvo el abrazo. El principito debe hacer magia, porque me tranquiliza y logra que Iván deje de existir durante un momento.

—¿Siempre vas por ahí regalándoles abrazos a los desconocidos? —quiero saber al separarnos.

—¡Claro que no! —Se ríe—. Sólo se los doy a las personas que son importantes para mí.

¿Yo estoy dentro de ese grupo?

—¿Soy importante para ti? —me atrevo a preguntarle.

Alan se queda un momento pensando en la respuesta.

—Más bien diría que eres como un grano en el culo, porque no me libro de ti ni para ir al baño. —Señala nuestro alrededor—. Vivimos juntos, somos compañeros de clase y, para colmo, trabajas limpiando la casa de mis padres. Yo creo que me como una sopa y me encuentro con tu cara flotando en el caldo.

Consigue hacerme reír.

—Yo también estoy harto de ti, no te preocupes.

—Me alegro de que sea mutuo. Vólvamos a clase, mendigo. —Alan me roba mi gorrito con rapidez y se tapa su pelo rubio de bote; después, sale disparado del baño y yo lo persigo por los pasillos de la facultad para recuperar uno de mis objetos más preciados.

—¡Oye! ¡Devuélveme mi gorro!

—¡Espero que no tenga piojos! —me grita antes de entrar en el aula.

Mierda. Es tarde y el profesor ya habrá empezado la clase... Ahora tendré que pasar por delante de todos los alumnos con sus miradas fijas en mí. Envidio a Alan por ser tan extrovertido y por importarle un carajo lo que piensen los demás.

Entro tras el principito y me dirijo hacia la última fila sin mirar a nadie y todo lo rápido que me permiten mis piernas. Me siento al lado de Alan, recupero mi gorrito, que me lo pongo sobre la cabeza, y le pego una colleja floja en la nuca.

—Ay —se queja fingiendo que le ha dolido.

—Eso te pasa por ladrón de gorritos.

—Pues me está empezando a picar la cabeza —me dice rascándose el pelo y riéndose—. Me has pegado los piojos.

—Será por el tinte que usas, que lo habrás comprado por Aliexpress.

—¿Otra vez con eso? —Pone los ojos en blanco—. Soy rubio natural.

—No me lo creo, porque nadie de tu familia es rubio con ojos azules. Ni siquiera pareces español; más bien un guiri.

—A lo mejor alguno de mis antepasados fue gringo.

—Descubriré el verdadero color de tu pelo, principito, aunque sea lo último que haga en esta vida —le advierto señalándolo con el dedo.

—Suerte.

Capítulo 22

Alan

Echaba de menos las tardes practicando canciones con Dylan y Niko, aunque en realidad yo sólo estoy viéndolos cantar mientras como Nutella, sentado en un puf del desván de mis padres.

—Puto Darío. —Niko deja de tocar la guitarra y mira a Dylan—. No se puede ensayar contigo. No das ni una.

—¿Pero qué dices, mamón? ¡Eres tú, que no sabes ni tocar la guitarra con esas morcillas que tienes por dedos!

—Uy, lo que me ha dicho. —Niko suelta el instrumento en el suelo, se levanta y se lanza sobre Dylan, que está sentado sobre el escritorio, para darle su merecido.

Contemplo cómo esos dos se pelean sin dejar de zamparme mi delicioso manjar, hasta que Niko logra tirar a Dylan al suelo.

—Niko 1, Dylan 0 —comento con voz de reportero.

—Joder, eres un tramposo —le espeta Dylan incorporándose—. Estás más fuerte que yo.

—Claro, mi amor. Se llaman horas de gimnasio. —Niko aprovecha la situación para quitarse su camiseta y mostrarnos su torso—. Mirad qué abdominales me están saliendo.

Le dedico un silbido.

—Quién fuera esa camiseta para estar todo el día pegado a tu tableta.

—Menudo poeta, Alan —me dice Dylan entre risas.

Suelto mi bote de Nutella y me levanto para acercarme a Niko.

—¿Puedo darle el visto bueno? —le pido, pero antes de recibir su aprobación ya estoy paseando mi mano por sus abdominales tan definidas—. ¿No has pensado en unirte al lado oscuro de la bisexualidad? —le pregunto con voz melosa y aleteando mis pestañas.

—No, gracias, sobón. Estoy muy a gusto en mi heterosexualidad. —Niko aparta mi mano de sus pectorales y señala con la cabeza a Dylan—. Pero díselo al monje, a ver si se estrena ya con quien sea.

Me río junto a Niko.

—Ya me has hartado. Me voy a mi casa —suelta Dylan en tono molesto, y se encamina hacia la puerta del desván.

—Qué chiquillo más dramático —musita Niko.

Dylan nos dedica una peineta y casi se tropieza con Leo al abrir la puerta para marcharse. Yo vuelvo a mi puf para continuar comiendo, y Niko se sienta sobre el escritorio con una de las guitarras de mi padre en el regazo y toca algunos acordes aleatorios.

—¿Ya has acabado tu jornada laboral? —le pregunto a Leo, que se ha sentado a mi lado, en otro puf.

—Sí. ¿Cuándo te vas a casa?

—Tengo que esperar a que venga mi madre, que hoy tenía que exponer sus cuadros en una sala de arte y no puedo dejar a mis hermanos solos —le explico—. Así que me quedan un par de horas. Vete tú, si quieres.

De hecho, los mellizos no están merodeando por aquí porque les he ordenado que hicieran los deberes en silencio en el salón, si no, no los llevo este sábado al cine para ver la peli que ellos quieran, y Hannah ha salido con sus amigos y su toque de queda termina dentro de una hora.

—Me quedo contigo, mejor —me responde Leo—. No me apetece encontrarme con Iván en el apartamento.

Mis ojos viajan hacia la herida de su labio que le habrá hecho ese desgraciado esta mañana.

—¿Vas a hacer horas extras? —bromeo para mitigar la tensión—. No te las vamos a pagar, eh.

Leo sonrío, negando con la cabeza, se acomoda en su puf y saca su móvil del bolsillo de sus vaqueros. Yo vuelvo a concentrarme en mi crema de avellanas y observo cómo Niko interpreta *Photograph*, de Ed Sheeran, con la guitarra. Después, le doy con mi dedo en el hombro a Leo para llamar su atención, y él levanta su mirada hacia mí al instante.

—¿Quieres? —le ofrezco mi delicatessen.

—No, gracias.

—Pues tú te lo pierdes.

Niko termina de cantar y se sienta en el suelo, frente a nosotros, con las piernas cruzadas.

—Podríamos crearnos un canal en YouTube —me dice mi amigo—. Dylan, tú y yo.

Le quiero contar que tengo uno desde hace un par de años y que nadie sabe quién soy (excepto mis padres), pero decido ahorrármelo porque no me apetece que me dé la tabarra y que me convenza para que muestre mi cara a mis seguidores. No me gusta que la gente reconozca mi talento por ser hijo de quien soy.

—Podría funcionar si Dylan y tú os comportarais como dos personas normales y no como niños de cinco años —le respondo—. Estoy seguro de que, desde el minuto uno, estaríais peleando para elegir el nombre del canal, y yo poniendo orden para que no os mataseis.

—Qué poca fe tienes en nosotros. —Niko se lleva una mano al corazón, como si le hubieran dolido mis palabras—. Sabes que no podemos vivir el uno sin el otro —añade, y mira al mendigo, que permanece atento a nuestra conversación, en silencio—. Y tú, ¿qué? Estás muy callado.

—Es que estoy ahorrando saliva —le contesta Leo, incómodo, y a mí me entra la risa floja al escucharlo y me atraganto con la Nutella. Sin embargo, a él no le hace demasiada gracia que me ría, porque se queda serio.

—Ha sido muy gracioso lo que acabas de decir —le digo para que no se lo tome a mal.

—Ya.

—Bueno, yo me voy, que tengo que echarle una mano a mi padre en la cafetería —interviene Niko.

Alzo mi pulgar en señal de aprobación y mi amigo abandona el desván, no sin antes decirme por lengua de señas que los vaqueros negros rotos por las rodillas que lleva Leo le hacen un buen culo, a lo que yo le respondo sacándole el dedo del medio. El pobre de mi compi de piso ni se ha enterado.

—No le cuentes a nadie lo que has visto en el baño de la facultad —suelta Leo cuando nos quedamos solos—. Ni siquiera a Dulce, porque me va a regañar.

—¿Iván te ha pegado?

Leo aparta sus ojos verdes de los míos y los posa en su pulsera.

—Sí, pero ha sido por mi culpa, porque le he dado un empujón. Él quería hacerlo en el baño, pero yo me he negado. —Sus mejillas se sonrojan y sus manos juegan con su pulsera—. Antes no era así.

Coloco una mano sobre las suyas, mostrándole todo mi apoyo, y nuestras miradas se

encuentran.

—Tienes que alejarte de él antes de que sea demasiado tarde, Leo.

—No puedo.

—Claro que puedes. Si necesitas que te ayude, puedo pegarle otro puñetazo. —Le enseño mi puño y le dedico una amplia sonrisa—. Casi me rompo la mano la otra vez, porque nunca le había pegado a nadie.

—La verdad es que se lo merecía. —Leo me dedica una sonrisa sincera.

Después, me levanto de sopetón y me hago con la guitarra de mi padre que ha utilizado Niko hace un rato, ya que la mía me la he dejado en el apartamento.

—Ven conmigo a mi cuarto.

Como supongo que los mellizos estarán todavía liados con los deberes por el silencio que reina en la casa, pienso aprovechar la ocasión para grabar la *cover* que llevo posponiendo desde hace semanas. Por una cosa o por otra, siempre la dejo a medias.

Una vez en mi habitación, preparo el trípode y la cámara réflex, apuntando hacia mi cama.

—¿Vas a grabar un vídeo? —quiere saber Leo, que no me quita el ojo de encima.

—Sí. —Enciendo la cámara y compruebo que el plano que quiero usar es el de todos los vídeos que he ido haciendo hasta ahora, sin que se me vea el rostro entero. Luego, acerco la silla de mi escritorio—. Dale a grabar cuando yo te diga. Y siéntate, si quieres.

—Vale.

Le explico dónde tiene que pulsar para que la cámara se ponga a grabar, después me siento en la cama, con la guitarra en mi regazo, y miro a Leo para indicarle con un asentimiento de cabeza que estoy listo. En cuanto hace lo que le he dicho, me aclaro la garganta y comienzo a interpretar *Diamonds*, sin prestar atención a nada de mi alrededor, ni siquiera a Leo.

Cuando me sumerjo en la música se me olvida el mundo entero y sólo existimos ella y yo. Es la relación más bonita y sincera que he tenido nunca, y sé que siempre estará ahí para mí, a pesar de que la haya tenido abandonada.

Consigo cantar la canción del tirón y sin interrupciones de hermanos dando por saco ni mendigos haciendo ruidos con la aspiradora, y salgo de mi trance cuando escucho los aplausos de Leo.

—Qué bonito, Alan —me felicita, y se levanta de la silla para sentarse a mi lado, en la cama—. Cómo se nota que has heredado el talento de tu padre.

Me quedo pensando en lo que acaba de decirme, porque en realidad no sé de dónde he sacado el «talento». He cantado desde que era muy pequeño, y mi padre me transmitió su amor por la música y me enseñó a tocar la guitarra, pero él piensa que mi «don» es innato.

—Gracias. —Le sonrío a Leo—. ¿A ti te gusta cantar?

—En mi casa, cuando estoy a solas o en la ducha —confiesa, y se echa a reír, sacando a relucir esos hoyuelos en las mejillas.

Me contagia sus risas y le digo por señas que me encanta su risa con sus hoyuelos. Leo me mira sin comprender.

—¿Qué has dicho? —pregunta.

—Que yo también canto en la ducha —miento.

—Ah...

Dejo la guitarra a un lado, me levanto para coger la cámara y enseguida regreso junto a Leo para que veamos el vídeo juntos, que ha quedado bastante bien y no voy a tener que editarlo mucho.

—¿Por qué no has querido salir con tu cara completa? ¿No te gusta verte en vídeos o qué?

—Es porque voy a subirlo a mi canal de YouTube y quiero mantenerme en el anonimato. Casi todo el mundo me conoce por mi padre y quiero que me reconozcan por mi talento.

—¿Me enseñas tu canal? —me pide.

—No lo conoce nadie, salvo mis padres. Ni siquiera se lo he enseñado a Dylan y a Niko. — Me muerdo el *piercing*, nervioso, y me doy cuenta de que los ojos de Leo viajan hacia él—. Pero si tienes tanto interés, puedes buscarlo. A lo mejor me encuentras.

—Hay infinidad de canales, Alan.

—Puedes escribir en el buscador «*covers de Diamonds*» cuando suba el vídeo. Me vas a reconocer con facilidad.

Leo sonrío y mi mano no puede resistirse y se acerca sola hacia una de sus mejillas para hundir mi dedo índice en ese hoyuelo del demonio. Después, acaricio con mi pulgar la herida de su labio y él permanece quieto, con la boca entreabierta y respirando con dificultad; lo sé por cómo su pecho sube y baja con rapidez. Decido aproximar mi rostro al suyo lentamente y paseo mi dedo por su labio inferior con unas ganas inmensas de besarlo.

¿Y si se me va la olla y le doy un empujón? O peor aún... ¿Y si le pego un puñetazo como hice con la pobre Camila? Leo tampoco se lo merece, que bastante tiene ya con lo que le ha pasado con el idiota de Iván.

Obligo a mi cerebro a mantener encerrados los horribles recuerdos y le repito mil veces que el chico que tengo delante es inofensivo. Tras unos segundos, aprisiono el rostro de Leo entre mis manos y fundo mis labios con los suyos; su lengua busca la mía con timidez y nos perdernos en un universo de sensaciones.

Me separo durante un instante para tomar aire y miro a Leo, asegurándome de que él es el chico al que estoy besando, y sus ojos verdes me reconfortan. Sin embargo, justo antes de reanudar nuestros besos, alguien nos interrumpe golpeando la puerta de mi habitación con insistencia, y no me queda otra que levantarme para abrirles a los mellizos.

—Ya hemos terminado los deberes —me informa Mimi tendiéndome su libreta con dibujos de sandías en la tapa, y Leo viene a mi lado.

El pequeño Aitor mira a mi compi de piso con curiosidad.

—¿Estabais follando?

—¡Lorenzo Aitor! —pronuncio su nombre en señal de advertencia—. Cuando me encierro en mi cuarto con alguien, es también para hacer otro tipo de cosas.

—Pero Lelo tiene los labios más hinchados que las longanizas que os coméis en la barbacoa —interviene Mimi apuntando con su dedo a Leo.

Giro mi cabeza hacia el mendigo y lo encuentro con las mejillas ligeramente sonrojadas y tocándose los labios; después, vuelvo a dirigir mi vista hacia Mimi con expresión dura.

—No vuelvas a llamar de esa manera a Leo, ¿vale? Debes tratarlo con respeto, como te han enseñado papá y mamá.

—¿Nos vas a castigar por tratar mal a tu novio? —pregunta Aitor haciendo pucheritos.

—Leo no es mi novio —replico—. Y sí, estáis castigados sin poder elegir la peli en el cine.

—¡No es justo! —exclama Mimi con su voz de pito—. ¡Hemos terminado los deberes!

—Pero habéis insultado a Leo y yo me tomo los castigos muy en serio.

Mimi me señala con su dedito.

—¡Esto no se va a quedar así, *machirulo* opresor! ¡Estoy indignada!

Y los mellizos desaparecen por el pasillo, enfadados.

—Perdónalos —me disculpo con Leo—. Acabarán queriéndote, ya lo verás.

—Mientras no me empujen por las escaleras para deshacerse de mí...

Se me escapa una carcajada ante su ocurrencia y después me acerco a mi cama para sacar la tarjeta de memoria de la cámara.

—Por cierto, mendigo, te tengo que decir una cosa.

Leo, que se ha quedado en el umbral de la puerta, me mira, aguardando mis palabras. De nuevo, le hablo por lengua de señas, pero esta vez le digo que me encanta cómo besa.

—¿Qué significa?

—Que tengo hambre.

Frunce el ceño y me da la sensación de que no se lo ha creído.

—¿Por qué siento que me estás tomando el pelo? —inquire—. Te he repetido mil veces que no me gusta que me hables de esa manera.

—¿Por qué no? Es muy divertido ver tu cara de lelo.

Leo me mira con los ojos entrecerrados; luego, a modo de venganza, araña el aire con sus manos, a un centímetro de mi cara, y me gruñe, creyéndose un temido felino.

Hago un esfuerzo por no reírme en toda su jeta.

—Uy, qué miedo. —Simulo temblores en mis manos, mostrándoselas—. Leo, el león lelo. —Me río de mi propio chiste, pero el mendigo me contempla con el semblante serio y de brazos cruzados—. Parece un trabalenguas.

—Ja, ja, ja —ríe con ironía—. Alan, el galán anal.

—¿El galán anal? —Enarco una ceja.

—Yo qué sé. Es lo primero que se me ha ocurrido.

Nos miramos durante unos segundos y estallamos en carcajadas a la vez.

—Eres increíble, mendigo.

—Gracias, principito... Supongo.

Media hora después, regresa mi madre de la exposición y quiere pagarle a Leo las horas de más que ha estado, pero mi compi de piso le responde que no se preocupe, que se ha quedado porque ha querido, aunque mi madre es una cabezota e insiste en pagarle.

—Me siento mal —confiesa Leo ya en el coche, de camino a nuestra casa—. Me ha pagado por pasar el rato contigo y hacer el gilipollas.

—Tranquilo, que no le importa. Si lo que te ha dado es calderilla para ella.

—Gracias por llamarme muerto de hambre de manera implícita —me espeta.

—No hay de qué.

Una vez que entramos en el apartamento, saludamos a Dulce, que está sentada en el sofá viendo la tele con una manta echada por encima, pero ella mira al mendigo.

—Leo, tu novio se ha marchado hace un momento con todas sus cosas y me ha pedido que te diga que rompe contigo.

—¿Qué?

Leo sale disparado hacia su habitación en cuanto oye eso, y yo lo persigo. Mira por cada rincón, por si se encuentra con las pertenencias de Iván y deseando que Dulce le haya gastado una broma de mal gusto. Después, saca su móvil y mira la pantalla como un desesperado.

—Tampoco me ha llamado en todo el día ni me ha enviado mensajes —me cuenta, y alza su cabeza en mi dirección, cabizbajo—. ¿Crees que ha sido capaz de romper conmigo sin decírmelo siquiera? ¿O será una venganza por haberlo dejado yo?

Voy hacia él y le arrebato el móvil, que lo lanzo a la cama. Acto seguido, cojo a Leo de las

manos y lo miro a los ojos.

—Olvidalo. Ese tipo no merece la pena y tú vales más. Tienes muchísimas cosas buenas que él no ha valorado nunca y no ha sido capaz de tratarte como te mereces. Eres una gran persona y no necesitas tener a tu lado a alguien como Iván. —Hago una breve pausa para tomar aire por haberme puesto tan intenso y después continúo—: Eres un puto diamante brillando en mitad del universo y ni siquiera eres consciente de ello.

Leo no dice nada, tan sólo me mira, pasmado, por el discursito que le acabo de soltar.

—¿Es normal que me haya enamorado de ti en estos últimos segundos? —pregunta de repente, y yo lo único que hago es sonreír—. Me has dicho unas cosas muy bonitas.

—Voy a hacer la cena para los tres —le digo cambiando de tema—. Espérame en el salón con Dulce.

—¿Quieres que te eche una mano?

Niego con la cabeza y huyo de su habitación. Sé que lo que acaba de decir ha sido de coña, porque nadie se enamora de otra persona en pocos segundos.

Cuando la cena está preparada y le he llenado el comedero de pienso al gato, me acomodo en el sofá más pequeño, porque el otro lo ocupan Dulce y Leo.

—Mmm... ¿Qué llevan? —pregunta Dulce tras coger un bocadillo de los siete que he hecho y darle un mordisco—. Está riquísimo.

—Filete de pollo, lechuga, tomate, queso y mayonesa.

—No me gusta la mayonesa —interviene Leo—. Pero me lo comeré para no hacerte el feo.

—Te va a encantar —le aseguro.

Mientras cenamos, vemos una peli en mi cuenta de Netflix y Dulce se queda frita en el sofá en un santiamén tras haberse comido los dos bocadillos que le corresponden.

—Queda uno —señala Leo—. ¿Te lo vas a comer?

—Me he comido dos. Estoy lleno —le respondo tocándome la tripa.

—Pues para mí. —Secuestra el bocata solitario del plato y se lo empieza a zampar como el hambriento que es; yo sonrío.

—¿No decías que no te gustaba, muerto de hambre?

—He cambiado de opinión —me contesta con la boca llena.

Nos volvemos a centrar en la peli con los escandalosos ronquidos de Dulce de fondo y, un rato después, Leo termina de cenar y se entretiene con su móvil.

—No estarás hablándole a Iván, ¿verdad? —quiero saber.

—No. —Suelta una risita nerviosa—. En realidad estoy buscando tu canal en YouTube, pero no te encuentro.

—¿Qué palabras estás usando?

—He probado con Alan LeBlanc —me cuenta con los ojos pegados a la pantalla—. También con Alan Buenorro, Alan Principito, Rubio de bote, Piolín y Niño mimado.

Me echo a reír.

—Frío, frío.

El mendigo levanta su mirada y la posa en mí.

—Seguiré intentándolo. No me interrumpas.

—Cuando lo encuentres, me escribes un comentario.

—Vale, pero cállate —me ordena, y vuelve a sumergirse en su móvil—. Necesito concentración.

Me quedo mirando cómo intenta descubrirme, con sus dedos moviéndose ágiles por la pantalla

y con la lengua sacada, superconcentrado.

Y mi cerebro me envía una señal de alerta porque Leo lucha por colarse en él, con sus hoyuelos en las mejillas, sus pintas de mendigo y sus deliciosos besos con sabor a problemas.

Mierda.

Capítulo 23

Leo

—¿Entonces no puedes acompañarme al médico? —le pregunto a Dul mientras me como mis cereales, sentado a la mesa de la cocina—. Me da miedo ir solo.

—Tengo muchas cosas que hacer hoy. Lo siento —me responde, y le da un sorbo a su café—. Ya va siendo hora de que te atrevas a ir solo.

—Va a ser un ratito de nada. Por favor... —le suplico.

Desde que me pasó el incidente del atraco en el barrio ese, no he vuelto a ir solo a ningún sitio. Cuando tengo la oportunidad, me pego a Alan como una lapa, como si fuera mi escudo humano. Ni siquiera me atrevo a bajar la basura y le encasqueto la tarea a mi amiga o al principito siempre que puedo.

—Sabes que iría contigo encantada, pero no puedo faltar a clases, Leo. Pídele a Alan que te acompañe, que seguro que no le importa.

—¿Que te acompañe a dónde? —pregunta Alan, que acaba de entrar en la cocina, tan sonriente como todas las mañanas y luciendo una camiseta rosa que pone en letras blancas *Soy un bomboncito*. ¿Me das un mordisco?

Yo me ofrezco como voluntario para dárselo donde me pida.

Sacudo la cabeza y vuelvo a la realidad. No me apetece pedirle a Alan que me acompañe; se va a pensar que me estoy aprovechando de él porque es un trozo de pan y tiene coche, y me va a mandar a la mierda tarde o temprano.

Dulce y yo nos callamos y ella se concentra en terminarse su desayuno. Alan se sirve una taza de café y se sienta sobre la encimera, con su vista fija en mí, esperando a que le responda.

—A ningún sitio —consigo decir.

—Al hospital —suelta Dulce, y a mí me entran ganas de tirarle mis cereales a la cara, pero me contengo porque no quiero desperdiciarlos y el desayuno es la comida más importante del día—. Tiene cita con el médico.

Miro a mi amiga como si me hubiese traicionado, y me vengo de ella pegándole un puntapié por debajo de la mesa.

—Vale, te acompaño —acepta Alan dedicándome una sonrisa, pero yo permanezco con mi habitual cara de culo.

Continuamos desayunando en silencio hasta que Dulce se acaba su café y sus galletas y se marcha del apartamento, despidiéndose de mí con un beso en la mejilla y deseándome suerte.

Yo ni le respondo.

—Me he dado cuenta de que estás muy serio por las mañanas —me dice Alan; después, se baja de la encimera con su querida taza de Piolín y se sienta en la silla que hay a mi lado.

Genial, ahora quiere mantener una conversación conmigo.

—Odio madrugar y tener que aguantar gente —le espeto, y me importa un pimiento que piense que soy un antipático—. No sé cuál es tu secreto para tener siempre esa sonrisa tan luminosa, que hasta pareces un psicópata.

—Tengo muchas razones para sonreír. La vida es preciosa y me gusta exprimir al máximo cada segundo de felicidad.

Pfff... Me están entrando ganas de vomitar los cereales por escuchar a este tío sacado del mundo de la piruleta y recitando frases de Mr. Wonderful.

—¿Madrugar te hace feliz? —inquiere arqueando una ceja—. ¿Ir a clase y escuchar a un pesado te hace feliz? ¿Aguantar a un tipo como yo te hace feliz?

—Todo eso me encanta, sobre todo aguantarte. —Se ríe—. ¡Me recuerdas un montón a *Miércoles*, un personaje de *La familia Addams*!

—¿Sabes a quién me recuerdas tú? ¡A Katy Perry en su videoclip de *Chained to the Rhythm*!

—¡Ahh! ¡Me encantan Katy Perry y esa canción! —chilla. A continuación, se levanta y se lleva su puño a la boca, simulando que es un micrófono—. *Turn it up, it's your favourite song. Dance, dance, dance to the distortion* —canta dándolo todo, como si estuviera encima de un escenario y lo estuviesen viendo miles de personas.

Joder, cuánta energía.

Me quedo mirando a Alan con ganas de darle al botón de apagado para que me deje terminarme los cereales con tranquilidad. Cuando finaliza su actuación, lo aplaudo sin ganas y él me da las gracias, con la sonrisa más gigante del mundo. Después, mira la hora en su móvil caro.

—¡Tenemos que irnos ya! —exclama, y yo doy un respingo y mis tímpanos me piden que le cierre la boca a Alan con un esparadrapo... O con mis labios—. ¡Quedan cinco minutos para que empiece la primera clase! ¡Vamos a llegar tarde!

Engullo lo que me queda de desayuno, nos lavamos los dientes lo más rápido que podemos y salimos pitando del apartamento, bajando las escaleras de dos en dos.

* * *

Al terminar las clases, Alan estaciona su coche en el hospital y atravesamos la puerta de la entrada. Nos detenemos frente a un gran cartel, que informa de las especialidades que hay en cada planta.

—¿A dónde tienes que ir? —me pregunta el principito con sus ojazos pegados al cartel.

—No hace falta que me acompañes hasta arriba. Puedes quedarte fuera, si quieres.

Alan ladea su cabeza hacia mí.

—No me importa subir contigo.

Joder, no quiero que se entere de que voy al psicólogo.

—Vete a la cafetería y te tomas algo mientras estudias —insisto—. Conmigo vas a perder el tiempo.

—¿Por qué tanto secretismo? —inquiere en tono burlón—. ¿Tienes que ir al urólogo y te da vergüenza que lo sepa?

Mis mejillas se colorean de rojo y suelto una risita tonta.

—No.

—Entonces dime a qué planta debemos ir.

—A la quinta, donde se encuentra Salud Mental —confieso, y bajo mi mirada. Siento que mis manos tiemblan, así que, para disimular, hago que jueguen con mi pulsera de la muñeca—. Tengo cita con mi psicóloga. No estoy loco ni nada, si es lo que estás pensando. Sólo estoy pasando por una mala racha.

—No pienso que estés loco por ir al psicólogo —me responde, pero yo sigo sin mirarlo—.

Todo el mundo necesita ir, por lo menos una vez en su vida.

Al final, dejo que me acompañe porque no me ha juzgado ni se ha reído de mí, como hizo Iván las veces que se ha sentido obligado a venir conmigo, aunque siempre con la condición de que le contase todo lo que hablaba con la psicóloga. En más de una ocasión se ha colado en la consulta para escuchar y no perderse nada, pero otras veces no se lo he permitido.

En la sala de espera, para hacer tiempo mientras la psicóloga me llama, me sincero con Alan porque le he pillado demasiada confianza en el poco tiempo que estamos viviendo juntos. Le cuento que he estado casi un año sin aparecer por el instituto por culpa de la agorafobia y de la ansiedad social, pero que el primer problema ya lo tengo prácticamente superado y que aún estoy batallando con el segundo.

—¿Te trataban mal en el instituto? —acierta sin que yo le haya mencionado nada del *bullying*.

—Sí.

—¿Y eso por qué? ¿Por tu orientación sexual?

—Sólo a veces —admito, y suelto un suspiro—. También se metían conmigo por friki, por estar casi siempre a solas o con Dulce, que la llamaban «negra de mierda». Supongo que la tomaban con el que consideraban más «débil» —le cuento dibujando unas comillas en el aire—. Dependía del humor con el que se levantasen los acosadores.

—¿Y el director no hacía nada?

—Se hacía el tonto mirando para otro lado. —Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

—Pues en mi instituto no se toleraban esos comportamientos. Mi madre es la directora y se toma muy en serio las campañas *antibullying*. Cuando sea maestro, espero hacer lo mismo con los niños más peques, y los educaré para que se respeten los unos a los otros.

Dios, en el mundo hacen falta más personas como Alan. No obstante, sigo pensando que debe tener algo malo; nadie desprende tanta bondad.

—Estoy seguro de que serás un gran maestro —le digo.

—Tú también lo serás.

Nos sonreímos, mirándonos a los ojos, pero justo en este momento escucho mi nombre y huyo hacia la consulta de la psicóloga. Me siento frente a ella y observo que ya tiene preparada su libreta, junto con el bolígrafo, para escribir cada cotilleo interesante que le vaya contando, como hace siempre. Tras saludarnos y después de que yo le haya dicho que me va genial en Madrid, le entrego mis deberes, que se trata de un autorregistro que tengo que rellenar cada mes con las situaciones que me generan ansiedad, puntuarlas del 1 al 100 y escribir los pensamientos que se me han pasado por la cabeza en cada una de ellas.

—Muy bien, Leo —me felicita tras mirarlo por encima—. Estamos progresando rápido.

—Sí, bueno... —balbuceo, y me concentro en jugar con mi querida pulsera—. En realidad he hecho un poco de trampa, porque en las fiestas a las que he ido he recurrido al alcohol para socializar, y algunas veces en las que me he montado en el autobús para ir a la universidad me han entrado ganas de tomarme un tranquilizante, porque pensaba que me iba a morir, pero al final no lo he hecho.

La psicóloga se me queda mirando, atenta, y después escribe algo en su libreta.

—Sabes que no es aconsejable recurrir al alcohol cada vez que quieras mantener una conversación con alguien. —Levanta su mirada hacia mí—. ¿Qué tal con tu compañero de piso? La última vez me contaste que te caía mal.

Uff... Tengo la sensación de que eso ocurrió hace mil años.

—Ah... Con Alan, bien... —logro responder con un hilillo de voz, y me obligo a mantener el

contacto visual—. Más que bien. Nos hemos liado un par de veces. —Se me escapa una risita y ella enarca una ceja, impresionada—. Es un chico genial, la verdad. Ha venido hoy conmigo y está esperándome fuera.

—¿E Iván?

Ya tuvo que salir ese tipo... Cada vez tengo más claro que algunas personas deciden estudiar psicología porque les encanta cotillear sobre vidas ajenas.

—Hemos roto otra vez, pero me da igual —confieso, y enseguida cambio de tema—. Creo que la agorafobia ha vuelto. Hace días que no me atrevo a salir solo a la calle y necesito que me acompañen Dulce o Alan, como si fueran mis escudos humanos.

Durante lo que queda de sesión, le explico el incidente que tuve en un barrio peligroso con unos yonquis y que estuvieron a punto de robarme por culpa de Iván, que me dejó tirado como si fuera un maldito perro lleno de pulgas. Cuando llega el momento de despedirnos, me manda los deberes para este mes, pero además del autorregistro, tengo que elegir una dirección cualquiera e ir preguntándole a la gente de la calle dónde se encuentra, sin haber bebido alcohol, y mucho menos sin medicarme.

—Creo que no voy a ser capaz de hacerlo —le digo—. Me moriré antes de tiempo.

—Nadie dijo que fuera fácil.

Antes de marcharme, apunta nuestra próxima cita para dentro de un mes, después de las vacaciones de Navidad. Luego, Alan y yo salimos del hospital y me pregunta qué tal ha ido con la psicóloga; yo le explico los deberes tan complicados que me ha mandado, y él me sonrío con expresión de estar tramando algo.

—Vas a hacer lo de preguntar la dirección ahora —me dice cuando nos detenemos al lado de su coche.

—¿Puedes repetir eso? —inquiero llevándome una mano al pecho, todo peliculero.

—Vas a ir por la calle preguntándole a la gente por el Chon y yo te voy a esperar allí, ¿vale? —me propone, y yo pienso que se le ha ido la maldita cabeza—. Si logras llegar, te invito a un batido de Nutella.

—No, ni hablar —le espeto negando de lado a lado—. No conozco Madrid y me voy a perder. O peor aún... ¡Me va a dar un ataque de pánico y voy a morirme! —exclamo haciendo aspavientos con las manos.

—No está tan lejos. —Alan me mira a los ojos para intentar convencerme de la ida de olla que se le acaba de ocurrir—. Sólo está a veinte minutos andando desde aquí. Lo harás bien.

—¡Que no, Alan!

—Si pasa cualquier cosa o te pierdes, me llamas o me mandas un mensaje, ¿de acuerdo?

—No tengo saldo ni Internet en el móvil.

El principito se ríe de mi pobreza y saca su teléfono de su bolsillo.

—Dame el tuyo —me pide tendiéndome su palma, e intercambiamos nuestros móviles. Le echa un vistazo a la pantalla del mío y se da cuenta de que no tengo ni contraseña ni patrón—. Mi contraseña son seis ceros. ¿No proteges el tuyo con ninguna clave?

Me pongo tenso al instante, porque Iván siempre me ha obligado a tener el móvil de esa manera para espiarlo cuando quiera.

—No —logro responder, y centro mi mirada en el iPhone de Alan, donde tiene a un pastor alemán como fondo de pantalla—. Me van a volver a atracar en cuanto me vean con un móvil que vale más que yo.

—Nada vale más que tú.

Al oír eso, levanto mi vista de la pantalla y me encuentro con su mirada azulada. Mi corazón palpita con fuerza, se me seca la boca y me fuerzo a tragar saliva.

¿Tiene una frase bonita para cada ocasión o qué?

—Ahora toca besarnos, ¿no? —suelto sin haberles ordenado a mis cuerdas vocales a decir semejante barbaridad.

Caray, este no soy yo. ¿A dónde se ha fugado mi fobia social?

Alan sólo sonríe, mordiéndose ese *piercing* creado por el mismísimo demonio.

—Cuando logres llegar al Chon, tendrás ese beso —me dice, y siento que me tiembla todo el cuerpo. Me pasa su pulgar por los labios sensualmente, y después se mete en su coche sin parar de reírse de mí—. ¡No tardes, mendigo! —me grita mirándome por la ventanilla—. ¡Y tampoco cotillees mis conversaciones, que todavía me acuerdo de cuando entraste a fisgonear a mi habitación y se te cayeron mis fotos!

—¡Niño mimado! —es lo único que puedo contestar.

Alan se ríe más y desaparece con su coche por la carretera. Yo miro a mi alrededor y mi sentido de la orientación se pierde, porque no sé por dónde ir para llegar al Chon. El móvil de Alan me lo he guardado en el bolsillo de mis vaqueros para que nadie lo vea y le dé por atracarme, y tengo la sensación de que en la calle hay demasiada gente. Me late el corazón con fuerza y lo único que escucho durante los próximos segundos son mis pálpitos. Permanezco de pie e intento respirar con profundidad, llevándome una mano a la barriga, y noto cómo esta se llena poco a poco de aire, inflándose como un globo, para después desinflarse. Repito el mismo proceso varios minutos hasta que la ansiedad se disipa y echo a andar, siguiendo el mismo camino por el que ha desaparecido el principito.

Decido preguntarle a una anciana inofensiva que pasea con su perrito, pero ella sólo me responde que no sabe dónde está ese sitio, así que lo siguiente que hago es acercarme a una mujer con un carrito de bebé, que tengo la suerte de que me da varias indicaciones. Continúo preguntándoles lo mismo a varias personas más (tres ancianos, una adolescente y una mujer embarazada) y me voy guiando con lo que me dicen.

Tras media hora sintiéndome perdido, hago una pausa sentándome en el banco de un parque y me atrevo a sacar el móvil de Alan, que lo desbloqueo y entro en su WhatsApp. Me busco a mí mismo entre sus contactos, pero no me encuentro. Hasta que alguien con el apodo «mendigo» me manda un mensaje, y entonces caigo en la cuenta de que así me tiene guardado, el muy cabrón.

Sonrío mientras leo lo que me ha escrito.

Mendigo: «¿En serio, Leo? ¿Principito?»

Yo: «¿En serio, Alan? ¿Mendigo?»

Mendigo: «jajajaja las cosas como son»

Yo: «¿Ya has llegado al Chon?»

Mendigo: «Hace un buen rato. Estoy conectado al Wifi. ¿Cómo te va a ti? Estás tardando mucho»

Yo: «Creo que me he perdido. Estoy sentado en un parque, descansando física y

psicológicamente»

Mendigo: «Pues continúa o no tendrás el batido de Nutella... Ni ese beso ;)»

Se me hace la boca agua, más por ese beso que por el batido.

Yo: «Vale, vale. Quiero probar tus besos con sabor a Nutella»

Mis dedos no le hacen caso a mi cerebro y se mueven solos al escribir. Estoy sorprendido.

Mendigo: «Aquí te espero con mis besos de Nutella ;)»

Tras leer eso con un cosquilleo recorriéndome todo el cuerpo, guardo el móvil y me pongo en marcha. Esta vez me atrevo a acercarme a dos chicos de mi edad que parecen majos y me explican las indicaciones con paciencia. Les doy las gracias y camino por una calle que me resulta familiar, así que supongo que estaré cerca del local.

Al girar en una esquina, chillo de la emoción en mitad de la acera al divisar el cartel con letras de neón en azul y en el que se lee «Chon». Voy hacia allí y, en cuanto entro, veo al rubio sentado al fondo, en la mesa de siempre, y con los batidos ya preparados. Levanta su vista de mi móvil y sus ojos se posan en mí; después, me saluda con la mano, esbozando una bonita sonrisa, y me dirijo hacia él con paso ligero, dando las gracias porque la cafetería se encuentre medio vacía, a excepción de un par de mesas ocupadas.

—¡Bien, lo has conseguido! —exclama el principito aplaudiéndome; yo me siento frente a él, rojo como un tomate—. ¿Ha sido complicado?

—Al principio me iba a morir y he estado a punto de abandonar el plan. —Hago una pausa para darle un sorbo al batido, que resulta que está delicioso, y miro a los ojos a Alan—. Pero luego he pensado que no podía perder la oportunidad de probar este batido.

—Ya. —Alan deja escapar una risa—. Seguro que ha sido por el batido.

Aparto mi mirada de la suya y me centro en devolverle su móvil exclusivo para niños ricos, sin pensar en ese beso. Él también hace lo mismo con el mío y luego cada uno se termina su batido en silencio y con los murmullos de las pocas personas en el local. Alan se bebe el último sorbo y, de pronto, se levanta y se sienta a mi lado.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Ahora toca el beso, ¿no?

—¿Qué? —inquiero completamente descolocado—. ¿Aquí? ¿Con toda la gente mirándonos?

—¿Qué gente? —Alan echa un vistazo a las cinco personas que hay en las mesas adyacentes, charlando entre sí—. Cada uno va a su rollo y Dylan está medio dormido en la máquina de café. —Señala al aludido con su mano, y yo miro hacia donde me dice, descubriendo a un Dylan con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la máquina.

—No sé —dudo, y trago saliva.

Me muero de ganas por besarlo, pero no aquí, delante de la gente.

—Tú déjame a mí —me dice.

El principito se acerca lentamente a mis labios, pero antes de que se rocen, me entra un ataque de risa y Alan me mira con cara de póquer.

—Perdón, perdón —me disculpo—. Es que no me gusta planear un beso; me da la risa.

—Entonces te gustan los besos inesperados... —Hace una mueca, pensativo—. Vale, vale. Tomo nota. —Se levanta de sopetón y yo doy un respingo—. ¿Nos vamos a casa?

Asiento con la cabeza y también me levanto. Nos despedimos de Dylan, que continúa medio dormido, y nos vamos a nuestra casa en el coche. Una vez que llegamos al portal, nos fijamos en que el ascensor está arreglado, porque una vecina acaba de salir de él.

—Ya era hora de que lo arreglaran —comenta Alan—. ¿Nos subimos?

—¿Qué? —Me empiezo a inquietar, pensando en que moriré ahí dentro si consigo subirme—. No, no, ni hablar. Tengo agorafobia, ¿recuerdas?

—Tenías. Antes me has dicho que ya estás curado —me recuerda—. Además, se supone que la agorafobia es el miedo a los espacios abiertos, ¿no? Y el ascensor está cerrado.

—Ahí la has cagado, Piolín —le respondo, y él sonríe cuando escucha ese apodo—. Es miedo a los sitios públicos.

—Ahhh... Pues ya he aprendido algo. ¿Entonces subimos?

—¡No! —exclamo—. Imagínate que se detiene de repente y no podemos salir. ¿Y si no nos oyen y no viene nadie a rescatarnos nunca? ¡Nos quedaremos atrapados y moriremos asfixiados porque se acabará el aire! ¿Quieres darles un disgusto a tus padres? ¡Los destrozarías! —Mientras hablo, no paro de gesticular con las manos y noto mis mejillas arder—. ¡No quiero hacérselo pasar mal a mi madre ni a mi abuelo! ¡Y mucho menos a mi perrito Plátano!

Alan no deja de mirarme como si hubiese perdido veinte tornillos.

—Menudo peliculón. —Se echa a reír y a mí me apetece arañarle esa cara de niño mimado—. Pero yo voy a subir en el ascensor. Ve tú por las escaleras. —Se mete con rapidez en ese rincón de la muerte y después me saca la lengua hasta que las puertas lo hacen desaparecer.

No me puedo creer que se haya reído de mí y de mis problemas. Me ha recordado a Iván.

Tras subir las escaleras, me encuentro al principito esperándome en el rellano, tan sonriente como si le hiciera gracia mi situación. Yo ni lo miro y me encamino hacia nuestra puerta, enfurruñado.

—Venga, no te enfades, león —me pide.

—Te has reído de mí.

—Me he reído de la película que te has inventado, no de ti.

Ignoro sus hirientes palabras y me concentro en abrir con mi llave, para después adentrarme en el apartamento y cerrarle la puerta en las narices. Se ríe tras ella y lo escucho decir algo parecido a «este mendigo dramático». A continuación, me encierro en mi habitación y busco una toalla limpia en mi armario para darme una ducha. Segundos después, no me hace falta darme la vuelta para saber que Alan acaba de entrar en mi guarida y continúo con la cabeza metida en el armario.

—No te he dado permiso para...

Sin embargo, no acabo la frase porque el principito me interrumpe, agarrándome del brazo para darme la vuelta hacia él, y estampa su boca contra la mía.

Caray, esto sí que no me lo esperaba.

Alan mueve sus labios sobre los míos y aprisiona mi cara entre sus manos; yo no tengo ni idea de dónde colocar las mías, porque en el momento en que su lengua roza la mía, me olvido hasta de cómo me llamo y tengo la sensación de que me voy a desmayar. Alan me besa con calma, como si fuéramos los protagonistas de una secuencia grabada a cámara superlenta, esa en la que se aprecian los detalles más recónditos y que parece que nunca va a terminarse.

Pero yo no quiero ponerle fin a este precioso momento; estaría besando al principito durante horas, sintiendo su calor, su lengua danzando con la mía, su respiración entrecortada... Y el sabor

dulce de la Nutella.

—¿Sigues enfadado? —me pregunta contra mis labios.

—¿Qué? —suelto sin pensar, porque mi cerebro y mis emociones dan vueltas como si estuvieran en un tiovivo—. No me acuerdo.

Alan se carcajea y me abraza.

—Eres genial, Leo —susurra en mi oreja—. No permitas que nadie te diga lo contrario.

Mi autoestima acaba de subir dos peldaños y medio por otra de sus frasecitas motivadoras.

Capítulo 24

Alan

—¿Puedo hacerte compañía hasta que nos vayamos a dormir? —le pregunto a Leo tras llamar a la puerta de su habitación.

Después de haber compartido varios besos más con él, como un chico normal y corriente, sin ningún recuerdo merodeando por mi cabeza, hemos pedido unas pizzas, porque ninguno tenía ganas de cocinar, y le hemos dejado varios trozos a Dulce en la cocina para cuando regrese de estar con Niko. Esto último lo sé, porque mi amigo ha mandado un mensaje al grupo de WhatsApp contándonos a Dylan y a mí que está dando un paseo romántico con su «sirenita».

—Claro, principito —me responde Leo haciéndome hueco en su cama y sin soltar el libro que está leyendo.

Suelto sobre el colchón mi libro de colorear y mi estuche de Piolín lleno de rotuladores de colores, y me tumbo bocabajo, al lado de Leo. Mi gato ha decidido perseguirme y se ha puesto cómodo a los pies de la cama, escondiendo sus patitas, como si fuera un panecillo.

—¿Qué es eso? —quiere saber Leo observando el dibujo de un elefante en mi libro, esperando a ser coloreado.

—Un elefante —respondo sin más.

—Ya, pero... ¿No eres un poco mayor para pintar eso?

—Me relaja. —Le sonrío—. ¿Te molesta si pongo música?

—No.

Abro Spotify en mi móvil y la primera canción que suena es *Natural*, de Imagine Dragons. Después, Leo reanuda su lectura y yo empiezo a pintar mi elefante con el color amarillo.

—¿Un elefante amarillo? —me interrumpe cotilleando lo que estoy haciendo—. No he visto ninguno en toda mi existencia.

—No va a ser sólo amarillo. Espera a que lo termine, impaciente.

—Vale, vale.

Un rato después, termino de colorear el animal con los colores del arcoíris y se lo enseño a Leo con toda la ilusión asomada a mi rostro.

—Te ha quedado muy bonito tan colorido —comenta, y se le escapa una risita—. De verdad, Alan, parece que tienes cuatro años.

Me incorporo sobre la cama.

—¡Oye! —exclamo, ofendido, y le arrebató su libro de las manos, que lo hojeo por encima—. Pues anda que tú... Leyendo libros con dibujitos.

—Es un manga, melón.

Lo abro por una página cualquiera y observo los horrorosos dibujos sin vida ni color.

—Qué deprimente, ¿no? Todo blanco y negro. —Alzo la vista hacia Leo—. Le hace falta más alegría. ¿Quieres que te lo coloree para que quede más bonito?

—¡¡¿¿Pero qué dices, loco??!! —chilla como si hubiera soltado un improperio, y recupera su librito insípido—. ¡Esto no se pinta! —Lo agita por los aires—. ¡Me ha costado un ojo de la cara

como para que quieras estropeármelo!

Esbozo una amplia sonrisa.

—Está pidiendo a gritos que lo bañes de colores.

—¡Claro que no!

—Entonces te pinto a ti. —Acerco mi rotulador azul a su brazo y dibujo una raya torcida.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Aparta su brazo de inmediato y mira el tatuaje que le acabo de hacer.

—Venga, déjame que pinte tu piel. Está demasiado blanca y también necesita color. Prometo que será en un sitio no visible. —Lo miro haciendo pucheritos—. Por favor, leoncito.

El mendigo suspira, poniendo los ojos en blanco.

—De acuerdo, Alambrito —cede, y se quita su camiseta agujereada de alguna serie—. Píntame lo que quieras aquí. —Se señala el pecho desnudo y yo trago saliva, porque no me lo esperaba. Pensaba dibujarle algo en la pierna, en un pie... O en la espalda.

—Cuánto ha crecido tu autoestima de repente, ¿no?

—Es que tú me la subes. —Se queda un momento cortado ante lo que ha dicho, y después lo aclara—: Me refiero a la autoestima, claro. —Se ríe, nervioso, y agacha la mirada—. Bueno, píntame ya, ¿no?

Se nota que se ha bebido una cerveza con las pizzas.

—Claro, túmbate.

Leo se tumba bocarriba, mirando al techo, y yo me tomo unos segundos para admirar su torso desnudo, desde su clavícula, que me parece de los más sexy con los huesos tan marcados, hasta la línea de vello abdominal, que no puedo ver dónde termina, porque el pantalón de pijama está estorbando. Noto la boca seca y la temperatura de la habitación parece que ha aumentado cuarenta grados en unos segundos.

Vale, ha sido una mala idea convencer a Leo para que su piel sea mi bloc de dibujo.

Una idea malísima.

—Venga, Alan, que me estoy muriendo de frío. —Leo interrumpe mis pensamientos y yo sacudo la cabeza, volviendo a la realidad.

¿Ha dicho que tiene frío? ¿Cómo es posible, si hace un calor infernal?

—Estaba pensando qué podría dibujarte —miento.

—Pues date prisa.

Frunzo los labios, pensando qué podría plasmar en su piel, esa que voy a tener el lujo de tocar ahora mismo, y una idea se me viene a la cabeza.

No voy a dibujar una gran obra de arte como las que hace mi madre, pero lo voy a intentar.

Me pongo cómodo, cojo el color amarillo y lo acerco a la piel de porcelana de Leo para empezar a dibujar las estrellas por su pecho. Pero en cuanto la punta del rotulador lo roza, le entra la risa tonta y, en vez de una estrella, me sale una especie de relámpago.

—Perdón. Es que está muy frío y me haces cosquillas.

Sonrío.

—Contrólate, león.

Mientras continúo dibujando en su piel con una canción de BTS sonando de fondo, se le escapan otro par de risitas y Dulce irrumpe en la habitación; entonces detengo mi creación y Leo se incorpora sobre la cama con la cara como un tomate.

—No os cortéis por mí, tranquilos. Seguid con lo vuestro —nos dice, agotada—. Buenas noches. —Se tira en plancha sobre la cama, bocabajo, y se queda frita en cuestión de segundos.

—¿Cómo puede quedarse dormida tan rápido? —inquiero—. ¿Qué clase de pacto ha hecho con

el diablo?

—No tengo ni idea. Siempre he envidiado su sueño tan profundo.

Los dos nos reímos, y después permanecemos callados mientras termino mi dibujo, haciéndole cosquillas por cada parte de su torso y con la compañía de la música y de los ronquidos de camionero de Dulce. Una vez que acabo, Leo contempla mi creación con los ojos muy abiertos, pero observo que le tiembla el labio, como si estuviera aguantándose la risa.

—Es... Precioso —comenta al fin—. Parece que lo ha dibujado un niño de dos años. —Y estalla en risas.

Oímos a Dulce murmurar algo en sueños y yo temo que las carcajadas de Leo la despierten.

Todo su pecho lo decoran estrellas formando constelaciones; también he incluido los planetas del sistema solar y, en la barriga, he dibujado dos monigotes, que se supone que somos Leo y yo.

Vale, puede que sea un poco malo el dibujo, porque los planetas parecen huevos a punto de explotar, y las estrellas tienen formas extrañas porque Leo no paraba de reírse, así que, en parte, es su culpa que me haya salido tan horrible.

Pero tengo que resaltar que su piel embellece mi dibujo, porque es una obra de arte de las grandes. Tan suave y cálida que estaría acariciándola durante horas, y recostaría mi cabeza sobre su pecho para impedir que me visitasen las odiosas pesadillas.

—¿Puedo hacerle una foto para subirla a Instagram? —le pido.

Duda un momento.

—Vale, pero no me etiquetes.

Detengo la música de mi móvil y fotografío el torso de Leo. No tardo en publicar la foto en Instagram con la descripción «Mi universo», y no lo etiqueto para generar expectación. Mis padres son los primeros en regalarme un corazón y Leo se vuelve a poner su camiseta. A continuación, me llega un mensaje al WhatsApp.

Mamá: «¿Quién es el chico? Tu padre no me lo quiere contar. Ya os vale»

Yo: «Ya te hablaré de él algún día, mami»

Mamá: «Vale, pero ten cuidado, bebé»

Yo: «Lo tendré, no te preocupes»

Después, le toca a mi padre molestarme con un mensaje.

Papá: «¿Te ha vuelto a picar el mosquito?»

Yo: «No. Cállate»

—¿Por qué tu padre me llama «mosquito»? —escucho la voz de Leo.

Alzo mi mirada y lo descubro con los ojos pegados a la pantalla de mi móvil, fisgoneando mi conversación.

—¿Y tú por qué lees conversaciones ajenas?

—Es que me picaba la curiosidad; te habías puesto rojo —me responde con inocencia—. ¿Por qué soy un mosquito, Alan?

—Porque eres muy molesto.

Recojo todas mis cosas de la cama y me dispongo a salir de su habitación para meterme en la mía, pero Leo me persigue como el mosquito tocapelotas que es.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—Al cuarto de Dulce. Como comprenderás, no pienso quedarme en el mío escuchando sus ronquidos.

Me río y los dos abandonamos el cuarto, pero cuando estoy a punto de entrar en el mío, Leo suelta:

—Buenas noches, Alan.

Me giro hacia él y lo veo parado frente a la puerta de la habitación de Dulce, también mirándome, así que camino hacia él, sosteniendo todas mis cosas, y le doy un beso en los labios.

—Buenas noches, Leo —le digo mirándolo a los ojos, y después me voy la vuelta y entro en mi dormitorio sin más.

* * *

—¿Es que no tienes ropa o qué te pasa? ¿Tienes que robarme la mía? —me espeta Leo mientras caminamos hacia la primera clase del día—. Y precisamente esa maldita sudadera...

—Es que me encanta. —Me encojo de hombros, sonriendo divertido—. Además, no te la he visto puesta desde que te conozco.

Le he vuelto a coger prestada la sudadera negra de mi padre, que me la he puesto con unos vaqueros ajustados rosas y mis zapatillas blancas, impolutas.

—Es que no me apetece vestirme como el admirador loco de un famoso cuando estoy las veinticuatro horas del día pegado a su hijito. Sería patético —me responde y, acto seguido, señala con la cabeza mis pantalones—. Por cierto, son horriblemente llamativos; me dan ganas de arrancarme los ojos cada vez que los veo.

Me detengo en seco en mitad del pasillo, y él me imita.

—¿Tú te has mirado? —Apunto con mi dedo su atuendo completamente negro: unos vaqueros rotos por las rodillas, una camiseta de manga corta con un león en medio, sus Converse, un gorrito y su chaqueta de cuero—. ¿De quién es el funeral hoy?

Leo me mira con la boca abierta.

—Tuyo, mamón.

Al oír eso, me tapo la boca con una mano, impresionado.

—¿He muerto y no me he enterado? Dime que estoy en el cielo y que me reencontraré con Tomate, mi anterior perrito.

Mi compi de piso me contempla como si me hubiera convertido en un desequilibrado.

—Anda, vamos a clase, principito. —Se da la vuelta para continuar caminando, pero yo lo agarro del brazo.

—Espera, mendigo. —Lo atraigo hacia mí y lo beso despacio y con ternura. Luego le muerdo el labio inferior y sonrío, mirándolo. Él me devuelve la sonrisa—. Ahora sí, vamos a clase.

Entramos en el aula y decido sentarme en la primera fila, por si Camila aparece para pedirle disculpas, ya que no ha dado señales de vida desde que le pegué ese puñetazo y tampoco me contesta a las llamadas y me ha bloqueado en WhatsApp.

Leo se encorva y apoya sus codos en mi mesa para hablar conmigo.

—Así que me abandonas hoy... —me dice en tono burlón.

—Quiero disculparme con Camila. Si quieres, cuando salgas de trabajar de casa de mis padres, vamos al cine y avisamos a los demás —le propongo—. O si lo prefieres, podemos repetir lo de anoche y te hago otro dibujo.

Leo esboza esa sonrisa en la que aparecen sus hoyuelos de las mejillas y se pone colorado.

—Voto por la segunda idea. El dibujo que me hiciste anoche ya se me ha borrado al ducharme.

Me muerdo mi *piercing*, como hago siempre que me noto nervioso.

—¿En tu habitación o en la mía? —pregunto.

—Esta vez en la tuya.

El profesor entra en el aula y Leo, antes de marcharse a su sitio, posa su mano en mi mejilla y me la acaricia. Segundos después, veo entrar a Camila, sujetando su carpeta entre los brazos, y sus ojos se encuentran con los míos. Sin embargo, se encamina hacia la última fila para sentarse al lado de Leo, evitando mirarme. Mi compi de piso me lanza una mirada interrogante, pero yo sólo me encojo de hombros.

Mientras el profesor explica la lección, cojo mi móvil y le envío un mensaje a Leo:

Yo: «¿Te ha dicho algo de mí?»

Giro mi cabeza en su dirección y lo pillo sacándose su teléfono del bolsillo de sus pantalones.

Mendigo: «No»

Yo: «Enséñale el mensaje que te voy a escribir a continuación»

Mendigo: «Vale»

Durante varios minutos, pienso en las palabras adecuadas que podría escribirle a Camila, pero casi ninguna me convence y escribo y reescribo el mensaje cinco veces antes de enviarle la versión definitiva, con la que espero que entre en razón y me comprenda.

Yo: «Hola, Cami. Soy Alan. Quería pedirte disculpas por lo que pasó el otro día en mi apartamento. Estoy arrepentido por lo que te hice, de verdad; no fue mi intención pegarte un puñetazo. No soy una persona violenta; puedes preguntárselo a cualquiera que me conozca bien... A Leo, por ejemplo. Entiendo que estés enfadada conmigo, pero te juro que fue sin querer... Mientras me estaba liando contigo, un recuerdo traumático apareció en mi cabeza y creía que eras otra persona; en ese momento me fue muy difícil diferenciar lo real de lo irreal. Espero que me comprendas...»

Pulso en «Enviar» y me vuelvo a girar. Leo lee el mensaje primero, como el cotilla que es, y después le enseña mi móvil a Camila; ella se queda mirando la pantalla unos minutos, leyendo mi mensaje, pero le devuelve el aparato a Leo sin escribirme nada.

Ha pasado de mi culo.

Leo me mira con algo parecido a la lástima, y yo le indico con mi mirada que no pasa nada y me giro hacia el frente.

* * *

Mientras espero a que Leo regrese de la casa de mis padres, publico en mi canal, por fin, la *cover* de *Diamonds* que llevo posponiendo varios días. No tardan en aparecer los primeros «Me gusta» y tres personas ya han comentado.

Lamesadelacocina: «Qué bien que hayas vuelto a subir vídeos. Me encanta tu voz»

Butterfly1Direction: «Muestra tu cara ya, pinche pendejo»

AylenTejas: «Te amo»

Cada comentario me saca una sonrisilla de tonto. A pesar de que no me sigue mucha gente, me siento feliz por haberme animado a publicar un vídeo y haberles dado señales de vida a estas personas.

El timbre me interrumpe y dejo mi portátil sobre la mesa del salón para levantarme a abrir la puerta. Todavía es pronto para que Leo regrese del trabajo y no creo que se haya olvidado las llaves, así que no tengo ni idea de quién puede ser. Me asomo a la mirilla y reconozco la cara de Iván.

¿Qué querrá este impresentable ahora? Que yo sepa, Leo le importa una mierda y no tuvo los suficientes huevos para romper la relación en persona, y encima utilizó a Dulce como mensajera.

Iván, al ver que no abro, toca el timbre con insistencia.

—Vamos, sé que estás ahí detrás. Te oigo respirar, puto discapacitado —me espeta tras la puerta—. ¿O es que estás tan sordo que no oyes el timbre?

Estoy a punto de abrirle y estampar mi puño contra su nariz otra vez.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Tengo que entrar a recoger una cosa que me dejé. Es importante.

—No pienso abrirte.

—Tengo todo el tiempo del mundo, imbécil. Esperaré aquí fuera hasta que aparezca mi novio.

¿Su novio? Que no me haga reír, por favor.

—Leo ya no es tu novio —le recuerdo.

—Leo siempre será mío, hayamos roto o no. A ver si te enteras, retrasado mental.

De verdad que este chico logra sacarme de mis casillas como no la ha hecho nadie antes. Me invaden unas inmensas ganas de estrangularlo y acabar con él que hasta me asusto de mí mismo, porque jamás he tenido esta clase de pensamientos hacia alguien.

—¿Vas a dejarme pasar o qué? —insiste tras unos segundos, y da varios golpes en la puerta—. ¿Prefieres que tire la puerta abajo?

Al final, decido abrirle para que coja lo que haya venido a buscar y se largue cuanto antes para que no se tope con Leo.

—Rápido —le ordeno, e Iván me dedica una sonrisa socarrona, mirándome con sus ojos saltones castaños.

Qué vomitivo es.

—Tranquilo, rubito. —Me da con su palma en el hombro, en plan amistoso, y yo me obligo a respirar hondo otra vez, pero su mano libre consigue viajar hasta mi entrepierna y la aprieta con

fuerza, sin borrar esa estúpida sonrisa. Después, me susurra al oído—: Qué ganas tengo de divertirme contigo como lo hizo Simón.

Mi mente comienza a ir a mil por hora y logro apartar su mano de mi paquete y empujarlo, con tan mala suerte de que se choca contra Leo, que acaba de aparecer. Por la expresión de desconcierto de su rostro, adivino que habrá presenciado toda la escena.

Capítulo 25

Leo

—¡Melocotoncito! —exclama Iván al darse la vuelta hacia mí, y me estrecha entre sus brazos, pero lo aparto al instante de un empujón.

No sé qué demonios hace aquí cuando ya no estamos juntos. Ni siquiera tuvo el valor de dejarme en persona.

—¿A qué has venido? —exijo saber.

—A recuperar algo que es mío y que me dejé en tu habitación.

Que yo recuerde, se lo llevó todo. Incluso un trozo de mi corazón.

—Pues ya estás tardando en cogerlo e irte.

—Uy, uy, menudo carácter. ¿Te ha venido la regla, nena? —se mofa, y alcanza mi cara con su mano para acariciármela. Yo ni me inmuto—. No tardaré.

Alan se echa a un lado para que Iván entre primero, y después lo hago yo, cerrando la puerta tras de mí. En lo que mi exnovio encuentra lo que dice que ha venido a buscar, me quedo con el rubio en el pasillo.

No he pasado por alto la escena que me he encontrado en cuanto he llegado al apartamento: la mano de Iván puesta en el paquete de Alan, y este último tenía pinta de querer estamparle otro puñetazo en la nariz. Confieso que a mí también me han visitado las ganas de pegarle un sopapo a mi ex en cuanto lo he descubierto acosando al principito, pero no me he atrevido porque no soy agresivo.

—¿Estás bien? —le pregunto a Alan, que se ha quedado con el rostro inexpresivo—. Eo, Alan. —Chasqueo los dedos delante de su cara para que reaccione—. ¿Hola? ¿Principito?

Vuelve al planeta Tierra, sacudiendo la cabeza, y después me mira.

—Perdón. ¿Qué decías? —inquire, confundido.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. —Se muerde el *piercing* y se rasca la nuca, como inquieto—. Es que me acaba de pasar algo muy raro... Como si nada de lo que está ocurriendo ahora mismo fuese real. Ni siquiera yo —me cuenta, y yo frunzo el entrecejo, porque no entiendo qué dice—. No sé, es algo extraño y seguramente estés pensando que he perdido la cabeza. —Se revuelve el pelo al ver mi careto atontolinado—. Bueno, déjalo. Voy a mi habitación. Que Iván no tarde mucho en largarse de aquí. —Me acaricia la mejilla, forzando una sonrisa, y se encierra en su dormitorio.

Me ha dejado descolocado y preocupado... ¿Quizá haya sido por la mención del tal Simón? De todas formas, hablaré con él en cuanto eche a mi ex de aquí.

Al entrar en mi habitación, pillo a Iván tumbado en mi cama fumándose un cigarrillo, tan cómodo.

—¿Ya tienes lo que has venido a buscar? —le pregunto, y la puerta se cierra sola, chirriando.

Iván me dedica una sonrisa con la que consigue que me den arcadas.

—Ahora sí. —Se incorpora de repente, sin despegar sus ojos de mí—. He venido para que solucionemos lo nuestro.

Me cruzo de brazos, en expresión defensiva.

—No vamos a volver, Iván.

Se levanta de mi cama y da dos pasos hacia mí.

—Te sigo queriendo, Leo.

Aparto mi mirada de la suya y la concentro en mi alfombra con dibujitos de planetas.

—Pues eso no es lo que parecía cuando casi tenías tu mano metida en los calzoncillos de Alan. Escucho una risotada escapándose de su garganta y yo continúo sin mirarlo.

—No me puedo creer que estés celoso de un discapacitado.

—No lo llares así. —Me atrevo a mirarlo a la cara—. Y ni se te ocurra volver a ponerle las manos encima.

—Cómo lo defiendes, ¿no? Cómo se nota que te lo estás follando. —Se vuelve a reír—. ¿Te has fijado en ese tatuaje tan sexy que tiene en el culo?

—¿Cómo sabes que tiene un tatuaje ahí?

—Se lo vi un día cuando salía de la ducha. —Sigue esbozando su vomitiva sonrisa y yo quiero arrancársela de una hostia—. ¿Y tú? ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó.

—Ahhh... Qué amiguitos sois, ¿no? Aunque ya sospechaba que no habías follado con él. —Posa su terrorífica mirada en la mía—. Das demasiado asco.

Trago saliva.

—Vete —le pido con voz inaudible, y él me coge de las manos sin dejar de mirarme.

—Vuelve conmigo, Leo —me suplica—. Tú me perteneces y nadie te va a querer como lo hago yo. Por favor, te necesito y no podría vivir sin ti.

Exhalo un suspiro.

—No empieces, Iván. No quiero volver contigo; no aguanto lo mal que me tratas.

Me suelta las manos de un tirón y me contempla con las cejas enarcadas, como si se hubiese sorprendido ante mis palabras sinceras.

—¿Que yo te trato mal? —cuestiona señalándose a sí mismo, y yo asiento con la cabeza, porque no puedo hablar por el nudo que se acaba de instalar en mi garganta—. Eso es mentira, aunque reconozco que algunas veces me he pasado, pero sólo por tu culpa, porque me sacas de mis casillas y no eres un novio normal.

—Ya.

Es una pérdida de tiempo discutir con este tío.

Vuelve a coger mis manos y a mirarme con ojos de cordero degollado.

—Por favor, Leo. Volvamos a estar juntos. Te necesito más que nunca porque mis padres no me aceptan y se están tomando muy en serio el tema de que vaya a terapia para «curarme la homosexualidad» —esto último lo dice con retintín—. Ya me están buscando un terapeuta y lo estoy pasando muy mal... —Se le empañan los ojos y se le quiebra la voz. A mí se me encoge el corazón; nunca lo había visto tan devastado—. Mi vida sin ti no tiene sentido... Es un momento bastante duro y no quiero que te alejes de mí... Si no vuelves conmigo, acabaré suicidándome.

—No digas eso —le susurro, y me percató de que varias lágrimas han nacido de sus ojos, que las atrapo con mis dedos al instante—. Vamos, no llores.

—Vuelve conmigo, melocotoncito. Te quiero muchísimo.

Pfff... Me siento como una mierda. No sé qué hacer... Está claro que Iván me necesita más que nunca y no puedo dejarlo de lado. Me da igual que siga haciéndome daño, porque ahora entiendo que no lo hace con mala intención, sino porque me quiere de verdad.

Dios... ¿Soy masoquista? Alan me va a matar... Y Dulce, que tiene más mala leche.

—De acuerdo. Vuelvo contigo.

A Iván se le ilumina el rostro y sus lágrimas cesan. Después, me da un tierno beso en los labios y me estrecha entre sus brazos.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repite una y otra vez.

—Gracias —es lo único que respondo, y él se separa de mí para mirarme.

—¿Puedo quedarme esta noche contigo? Es que te he echado de menos.

—Claro que sí. —Fuerzo una sonrisa—. Si quieres, traigo algo para cenar y vemos alguna peli.

A Iván le parece genial el plan para esta noche y le digo que se ponga cómodo en mi cama. Salgo de mi habitación y me acerco a la de Alan, que está con la puerta entreabierta. Doy un golpecito en ella y me asomo; el principito se halla tumbado en su cama, entretenido con su móvil, y se levanta en cuanto me ve.

—¿Ya se ha ido?

Juego con mi pulsera, nervioso y sin atreverme a mirarlo.

—No —contesto con voz temblorosa—. En realidad hemos vuelto. Lo siento, Alan. —Y me marcho de su habitación.

* * *

Me cago en el iluminado que inventó los villancicos y al que los acaba de poner a las diez de la mañana, justo cuando me quedan un par de horas más de sueño.

Ya nos han dado las vacaciones en la universidad y esta tarde me marcho a mi pueblo con Dulce e Iván para celebrar la Navidad allí, y no volveremos hasta enero. Ari y Álvaro también me han dado estas dos semanas libres para que las pase con mi familia; son unos jefes geniales.

Decido levantarme de la cama y, con los ojos todavía pegados, salgo de mi habitación para dirigirme al salón, guiándome por el odioso villancico que suena: justo el que dice que la Virgen se está peinando.

—Menudo careto —me dice Alan con un gorrito de Papá Noel sobre su cabeza, en cuanto se da cuenta de que lo miro con cara de pocos amigos y con las legañas adornando mis ojos adormilados—. ¿Te he despertado?

Está montando un árbol de Navidad gigantesco en una esquinita del salón, al lado del mueble de la tele, y con la compañía de los villancicos sonando desde su portátil de la manzanita mordida.

Yo no sé para qué pone un árbol en este pisucho si nadie va a estar durante las vacaciones.

—Pues sí, capullo —le respondo de mala gana, y se me escapa un bostezo—. Quería dormir un par de horas más.

—Lo siento, Leo. —Me sonrío con inocencia—. ¡Pero es Navidad!

—No me digas... —contesto con sarcasmo.

Las cosas entre nosotros están un poco raras desde que volví con Iván hace unas semanas. Alan sigue siendo el mismo chico cariñoso de siempre y continúa regalando abrazos a las personas que quiere, excepto a mí; tampoco hemos repetido la noche que se vino a mi habitación para pintar ni hemos compartido canciones ni capítulos de alguna serie. Cada vez que terminábamos de cenar, cada uno se iba a su respectivo cuarto hasta la mañana siguiente, y algunas noches Alan desaparecía del apartamento y no regresaba hasta altas horas de la madrugada (esto lo sé, porque

tengo el oído fino y me despertaba el sonido de la cerradura; el primer día me creía que había entrado un ladrón y me tapé con la manta hasta la cabeza, cagado de miedo, como si de esa forma pasara desapercibido y me librara de morir).

—¿Eres una especie de Grinch? —me pregunta el principito mientras coloca las bolas en las ramas; yo me siento en el sofá.

—Sí, odio la Navidad. Es una época de mucha falsedad —le digo, y pongo los ojos en blanco cuando suena el villancico *Los peces en el río*—. ¿Puedes quitar esa música tan horrible?

—Pues a mí me encanta la Navidad. Es mi época favorita del año porque nos juntamos la familia entera. Esta vez nos toca quedarnos en Madrid y vendrán mis abuelos y mis tías de Málaga. Estamos muy unidos —me cuenta con el rostro rebosante de ilusión, y yo me pregunto dónde comprará este chico tanta felicidad—. Cada año, Papá Noel y los Reyes Magos nos dejan un montón de regalos bajo el árbol y los zapatos llenos de caramelos. Mis hermanos y yo nos levantamos muy contentos para abrirlos y descubrimos que los Reyes y sus camellos se han tomado la leche y las galletas con pepitas de chocolate que les dejamos la noche anterior.

Me quedo mirando a Alan como si se hubiera escapado del mundo de los *Teletubbies*.

—Alan, siento tener que decirte esto, pero los Reyes Magos, Papá Noel y el Ratoncito Pérez no existen. Son los padres.

Se lleva el dedo índice a los labios, indicándome que me calle.

—Claro que existen —replica—. No rompas la magia, amargado.

—Perdona por vivir en el mundo real. Mis navidades no son como las tuyas; mi madre compra un pavo y cenamos los dos junto con mi abuelo y mi perrito. Tampoco tenemos un enorme árbol. —Señalo con la cabeza el pino más grande que yo—. Nosotros ponemos un arbolito en un mueble y no se llena de regalos. Si tengo suerte, en vez de un paquete de calzoncillos nuevos, me encuentro con algo de *Supernatural* o con algún manga. No todos vivimos en tu mundo de la piruleta.

—Pues deberías venirte algún día a mi mundo para que se te quite esa actitud tan borde —me dice esbozando una sonrisa—. Te vendría de maravilla y hasta sonreirías.

—No, gracias. Estoy muy a gusto en el mundo real —le espeto, y me levanto del sofá—. Voy a desayunar antes de irme a mi pueblucho.

Durante lo que tardo en desayunar, Dulce se despierta y se bebe un café de un trago, porque se le ha hecho tarde y ni siquiera se ha bañado ni ha preparado la maleta, y también dice que quiere ver por última vez a Niko antes de marcharnos. Alan termina de montar el odioso árbol gigante y se viene a la cocina para molestarme, aún con el ridículo gorrito rojo puesto, mientras me como mis cereales. Lo bueno es que su voz es de lo más relajante y no me parece nada desagradable que me hable cuando sigo casi dormido.

—¿Qué te parece si cuando volvamos de vacaciones vemos cada noche algún capítulo de una serie diferente? —me propone, y me enseña una hoja donde ha dibujado columnas con los días de la semana—. Vamos a hacer una especie de *planning*, ¿vale? Por ejemplo, los lunes nos tocaría ver *La casa de papel*, los martes, *Anatomía de Grey* porque quiero que te enganches, los miércoles...

—¿Qué dices? —lo interrumpo con la boca llena de cereales—. No puedo esperar una semana para ver el siguiente capítulo. Yo me cargo la serie entera en tres días si me engancha mucho.

—Pero yo quiero que las veamos los tres juntos.

De repente, Dulce entra en la cocina cepillándose los dientes.

—A mí me parece una idea estupenda —nos dice con los labios manchados de pasta, y señala

a Alan con su cepillo—. Apunta *Friends*.

—Vale. —Alan escribe el título en la hoja.

—¿Y *Supernatural*, qué? —intervengo.

—Estás obsesionado con esa serie, Leo —me dice Alan sonriendo—. Pero la veré por ti, aunque me quede frito.

Justo antes de comerme la última cucharada, el timbre suena y Dulce corre a abrir la puerta porque será Niko. Sin embargo, Iván aparece en la cocina y lo primero que hace es taladrar con su mirada a Alan.

—Melocotoncito, ¿nos vamos ya? —me pregunta, y me da un beso en la mejilla para marcar territorio.

—¿Tan pronto? Aún no he terminado de hacer la maleta y Dulce está con los pelos tiesos.

—Pues ya puedes estar terminándola, que mi compi de clase nos va a llevar a la estación —me ordena mirando por el rabillo del ojo a Alan—. Y no pienso permitir que la negra se venga con nosotros. Menudo asco.

Menos mal que Dulce se habrá metido en la ducha y no ha escuchado el racismo en las palabras de mi novio.

—Más asco das tú —interviene Alan en defensa de Dulce, e Iván ladea su cabeza hacia él como si fuera la niña del exorcista—. No sé cómo Leo te aguanta cada día.

—No te he pedido tu opinión, disminuido.

Alan se levanta de la silla y se queda mirando a Iván fijamente. Yo estoy temblando.

—Prefiero ser un «disminuido» en vez de un misógino, racista y maltratador.

—Bravo, sordito. —Iván lo aplaude, sarcástico, y luego me mira a mí—. Vamos, Leo. —Me tira del brazo con brusquedad, lo que hace que me levante de un salto y casi tire el tazón al suelo.

—Joder, Iván, ten cuidado —le espeto.

Me mete casi a rastras en mi habitación y cierra la puerta, vaya que a Dulce y a Alan les den por asomarse y me dirijan alguna palabra. Mientras termino de hacer mi maleta, Iván se sienta sobre mi cama, moviendo la pierna con impaciencia y con el semblante cabreado.

—Dame tu móvil, melocotoncito.

—¿Para qué lo quieres? —le pregunto tras doblar una sudadera y meterla en la maleta, pero él sólo me contempla con su mirada cargada de ira, lo que consigue que le tenga un pelín de miedo.

—Dámelo.

Trago saliva, me doy la vuelta y cojo mi móvil del escritorio para entregárselo de manera automática. Iván se concentra en la pantalla mientras desliza los dedos en ella con agilidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Termina tu maleta, Leo —me ordena sin mirarme siquiera.

Me quedo callado, tragándome mis palabras, porque quiero decirle de todo. Si confía en mí, no tiene por qué registrar mi teléfono; yo jamás he hecho eso con el suyo.

En lo que Iván se entretiene con mi móvil, meto en mi maleta mis mangas favoritos y un par de camisetas más, y la cierro. Por último, me marchó hacia el baño para darme una ducha y vestirme.

—Ya estoy —anuncio al regresar a mi habitación diez minutos después.

Mi novio tarda unos segundos en responderme y después se levanta y me devuelve mi teléfono con una sonrisa triunfal.

—He dado de baja tus cuentas de Instagram, Facebook y Twitter, y también te he desinstalado el WhatsApp y te he borrado el número del sordito para que no puedas llamarlo ni mandarle mensajitos durante las vacaciones. ¿Te crees que no he visto la fotito que subió a su Instagram?

Reconozco tu abominable cuerpo, Leo.

—¿Qué?

¿Cómo ha podido hacerme algo así? Sin redes sociales puedo vivir, pero necesito mantenerme en contacto con Alan por si ocurre algo en el apartamento durante mi ausencia. Dios, tengo muchísimas ganas de llorar.

—Cuando regresemos del pueblo, vas a venirte a vivir conmigo, ¿vale? —continúa señalándome con su dedo, amenazante—. Me he cambiado de casa porque el otro tipo era insoportable. Ahora vivo con mi hermana, que es más insoportable todavía y una zorra que sólo cocina mierdas veganas, pero paga los gastos y lo mantiene limpio todo.

¿Con su hermana a la que tanto odia? Ni siquiera la conozco porque se fue del pueblo hace tiempo.

—No pienso irme a vivir contigo —replico con un nudo en la garganta.

—Sí vendrás, melocotoncito. A Diana no le importará. —Me da un casto beso en los labios y agarra mi maleta—. Vámonos ya.

Cuando salgo al rellano con la espinita clavada por no haberme podido despedir de Alan y sintiéndome fatal por dejar tirada a Dulce, finjo que me he olvidado algo importante dentro y le digo a Iván que me espere un momento, a lo que él bufa y me responde que no tarde, si no, se marcha sin mí. A continuación, entro como una bala en la habitación del principito y lo encuentro jugando con su gatito en la cama.

—¿Ya te vas? —me pregunta.

—Sí. Quería despedirme de ti.

Alan me mira con la ceja enarcada, sorprendido.

No me atrevo a pedirle que me abrace, porque lleva varias semanas sin hacerlo y sería algo incómodo para los dos.

—¿Le has pedido permiso a tu novio para despedirte de mí?

—No. —Fuerzo una sonrisa y me pongo a jugar con mi pulsera.

Sin embargo, Alan se acerca a mí y me envuelve en uno de sus abrazos; yo me dejo abrazar tan felizmente, deseando que este momento se detenga y que Iván se haya esfumado del planeta.

—Cúdate estos días, Leo —me susurra el principito sin dejar de abrazarme.

—Tú también, Alan.

Hago hasta lo imposible por separarme de sus brazos porque no quiero que Iván se canse de esperarme, vuelva a entrar en el piso y me pille abrazando a Alan.

—Adiós —le digo, y desaparezco del apartamento.

Quiero quedarme aquí; no tengo ganas de volver al pueblucho, y menos con la compañía de Iván.

Capítulo 26

Alan

Llevo dos horas pasando la aspiradora por la casa de mis padres para distraerme y no recordar la pesadilla que he tenido antes de despertarme. Tampoco quiero pensar en Leo, que hace cinco días que se fue a su pueblo y no se ha puesto en contacto conmigo en ningún momento. Se ha dado de baja las redes sociales y no me responde a los mensajes de WhatsApp; también lo llamé en Nochebuena para felicitarle la Navidad, pero no cogió mi llamada. ¿Estaré siendo demasiado pesado? ¿Le habrá pasado algo? No creo; si ese fuera el caso, Dulce me habría avisado. Es muy raro que haya borrado sus perfiles, sobre todo el de Facebook, porque sólo se dedicaba a compartir memes. Me gustaría pensar que ha sido por voluntad propia y no porque el orangután maltratador lo haya obligado.

Mi padre se detiene frente a mí y me hace señas con sus manos para que apague la maldita aspiradora, así que lo hago. Tiene dos semanas libres de conciertos y en enero los retomará.

—¿Qué quieres, papá? —le pregunto en un suspiro tras apagar el electrodoméstico.

—¿Qué haces limpiando tanto con ese aparato? ¿Te has vuelto loco?

—Ya que Leo está de vacaciones, alguien tendrá que mantener la casa limpia, ¿no crees?

Mi padre me arrebató la aspiradora y me agarró de la mano para guiarme hasta el sofá.

—¿Qué te pasa, Piolín? —inquire con el semblante lleno de preocupación—. ¿Algún problema con el mosquito? ¿Tengo que patearle el trasero?

Respiro hondo y me preparo para vomitarle todo lo que me pasa.

—Nada de patearle el trasero a nadie —le espeto apuntándolo con el dedo en señal de advertencia, y comienzo con mi monólogo—: Lo que me pasa es que Leo no me contesta a las llamadas ni a los mensajes y ha vuelto con su novio después de liarse varias veces conmigo. Le he dado muchísimas señales para que pille que me gusta, pero yo creo que se está haciendo el tonto, o de verdad no se da cuenta, o está ciego por culpa del orangután. —Me paso una mano por el pelo, angustiado, mientras mi padre me escucha con atención—. Encima ese tipo lo trata fatal y es un tóxico de mierda que no se merece a Leo. Y luego estoy yo, con mis malditas pesadillas y mis problemas; siento que me estoy ilusionando con ese mendigo, pero es la primera persona por la que siento algo en mucho tiempo. —Suelto un bufido—. Joder, todo es una mierda.

Mi padre se aclara la garganta para darme sus locos consejos.

—Bien, primero de todo... —empieza—. Menos mal que tu madre continúa roncando gracias al embarazo, si no, ya te habría dejado sin un euro por culpa de todos los tacos que has soltado. —Se ríe, y yo me tapo la boca, arrepentido, porque no soy muy fan de decir palabrotas; después prosigue—: Y segundo... Tienes que ser más directo con Leo, porque yo creo que no se ha dado cuenta de tus señales. Tú dile que te gusta y ya está, verás la cara de susto que se le pone. —Se vuelve a reír y se saca su móvil del bolsillo—. Y tercero... Voy a hacer una llamadita al mosquito.

—¡No, papá! —exclamo, y extendiendo mi brazo hacia él para robarle su móvil, pero es más rápido que yo y se levanta de un salto del sofá para salir corriendo—. Como llames a Leo, no te pienso limpiar el culo cuando seas un anciano.

—Tendré a mis admiradores, que me amarán aunque esté arrugado —me responde, y se esfuma del salón; yo voy tras él y descubro que se encierra en una de las habitaciones de invitados.

—¡Oye! —grito aporreando la puerta, e intento abrir con el picaporte, pero mi padre ha echado el pestillo.

Mierda. No me queda otra que pegar la oreja a la puerta para escuchar la conversación.

Tras unos minutos de espera, mi padre por fin habla:

—Hola, mosquito, ¿qué tal la Navidad? Sólo te llamaba para informarte de que estás despedido. —Hace una pausa de unos segundos—. No, tranquilo, que es broma. No te pongas a llorar. En realidad quería invitaros a tu familia y a ti a la cena de Nochevieja en mi casa. No te preocupes, que yo pagaría el viaje y os podríais quedar en las habitaciones de invitados sin ningún problema, ¿vale? Díselo a tu madre, a ver qué le parece. —Otra pausa, esta vez más larga, algo que me sorprende porque Leo no es muy hablador—. Vale, mosquito. Ah, y dame tu dirección, que voy a enviarte una cesta de Navidad de regalo.

¿Cómo que lo invita a cenar? ¿Y con su familia? Cada vez tengo más claro que la fama ha dejado chalado a mi padre.

Cuando finaliza la llamada, se abre la puerta de la habitación y mi padre me dedica una sonrisa inocente.

—Tenemos invitados —me dice como si yo no lo hubiera oído.

—Genial, papá —le respondo, sarcástico, y lo aplaudo sin ganas—. Te has lucido.

—Gracias, Piolín. —Me revuelve el pelo y después me enseña un papel con una dirección—. ¿Le envío la cesta por correo o se la llevas tú con el coche para que le llegue antes?

Bufo y le quito el papel de un tirón.

—Te odio sólo un poquito, papi.

—Me amas —dice muy convencido.

* * *

Al día siguiente, Niko, Dylan y yo tardamos menos de dos horas en llegar al pueblo donde viven Dulce y Leo. El tiempo se nos ha pasado volando cantando y haciendo el tonto en el coche. Dylan ha sido el que ha conducido todo el rato, guiándose por el GPS, ya que ninguno de los tres ha venido jamás a este sitio alejado de la civilización.

—Parece un pueblo fantasma —comenta Niko desde el asiento de atrás mientras le da lametones a la sexta piruleta—. ¿Cuántos habitantes habrá? ¿Diez?

Durante los minutos que llevamos circulando por el pueblo no hemos visto ni un alma; las calles se encuentran desiertas y no hay ni rastro del espíritu de la Navidad. Me he dado cuenta de que hay muchísima basura decorando el asfalto; parece que el ayuntamiento invierte poco dinero en personal de la limpieza. Las fachadas de los edificios y de las casas están bastante estropeadas; lo único bonito que he visto hasta ahora han sido las zonas verdes. También nos hemos topado con una fuente con una bandera de España y un cartel donde ponía «viva España», dándonos la bienvenida; a Niko casi le ha dado un infarto en cuanto lo ha visto y ha empezado a decir que le estaban saliendo ronchas.

—¿Cuánto queda para llegar a la tienda de Leo? —les pregunto.

Supongo que no mucho, porque este pueblo es más pequeño que una caja de zapatos, y la dirección que Leo le dio a mi padre era la de su tienda.

—No lo sé —me responde Dylan sin apartar su vista de la carretera, pero, al girar a la

izquierda, se detiene de golpe, a escasos centímetros de una cabra, que se nos queda mirando y nos saluda con un balido. Niko y yo nos echamos a reír—. Puta cabra.

—¿Qué demonios pinta ese bicho en la carretera? —interviene Niko.

—Igual se ha escapado de algún sitio —comento, y me apeo del coche para apartar al animal de la carretera y que podamos pasar sin atropellarla—. Hola, cabra, ¿podrías ser tan amable de quitarte? —le hablo en tono dulce al acercarme, pero ella permanece quieta; después, miro a mis amigos, que continúan en el coche—. Podríamos llevárnosla a Madrid.

—¡Alan, déjate de tonterías y haz que se vaya! —exclama Niko—. ¡La futura madre de mis hijos nos está esperando!

Se escucha el sonido del claxon y enseguida la cabra huye, espantada.

—¡Pobrecita! —les espeto, y regreso con mis amigos al coche—. No tenéis sentimientos.

—Ha sido Niko. —Dylan lo señala, echándole las culpas—. Yo jamás haría una cosa así porque adoro a los animales.

Niko suspira, mirando el techo del coche.

—Vámonos ya —nos ordena.

Reanudamos nuestro camino, siguiendo las indicaciones del GPS y, tras cinco minutos, entramos en la calle donde se encuentra la tienda de la madre de Leo. A lo lejos, me percató de que Dulce nos espera en la puerta de un pequeño comercio que se llama «la tiendecita del león», así que Dylan estaciona el coche en un aparcamiento libre, justo enfrente de la tienda. Niko es el primero que se apea y se funde en un abrazo con su novia; después Dylan le da dos besos en las mejillas y, por último, yo la rodeo con mis brazos.

—Feliz Navidad —le digo.

—Igualmente, Alan.

—Por cierto, tengo que hablar contigo sobre Leo —le susurro para que los demás no me oigan, y ella asiente. Luego ladeo mi cabeza hacia mis amigos—. Necesitamos privacidad. Id sacando la cesta del coche, por favor.

—¿Qué secretitos os traéis entre manos? —interviene Niko bromeando—. Estoy sintiendo celos, y eso que no soy celoso.

—Chúpame un huevo —le respondo.

Mientras ellos sacan la cesta, Dulce y yo nos alejamos unos cuantos metros, los suficientes como para que nadie nos oiga, aunque me han contado que, en los pueblos, las paredes tienen oídos y todo el mundo se entera de todo.

—¿Qué le pasa a Leo conmigo? —le pregunto a Dulce—. No me contesta a los mensajes de WhatsApp ni a las llamadas, y se ha dado de baja sus redes sociales.

Dulce exhala un suspiro.

—Iván lo tiene supervigilado y le ha borrado sus redes sociales. Supongo que también le habrá prohibido hablar con nosotros, porque conmigo se comporta raro —me cuenta negando con la cabeza, inconforme—. Me gustaría hacer algo para que Leo se dé cuenta de una vez de que ese tipo es un enfermo, pero no sé el qué. Lo único que no debemos hacer es alejarnos de él.

—¿Y si hablamos con su madre? —sugiero—. A lo mejor ella sabrá qué hacer.

—Lo he pensado muchísimas veces, pero no sabe que Leo está saliendo con Iván.

—¿Casi un año saliendo juntos y ni siquiera se lo ha contado a su madre?

No me lo puedo creer... Yo siempre les he contado todo a mis padres, aunque a veces no me hace falta hablar para que sepan que me ocurre algo; ellos lo deducen con sólo descifrar mi expresión.

—Leo es muy cerrado con todo el mundo —me dice—. Pero voy a intentar contárselo a su madre hoy, que me tiene mucha confianza.

Regresamos con Niko y Dylan y entramos en la enanísima y vacía tienda. Coloco la cesta sobre el mostrador y, un segundo después, sale una chica de la trastienda con el cabello largo y castaño, y nos sonríe; enseguida me fijo en que luce los mismos hoyuelos que Leo.

—Hola —nos saluda, y sale del mostrador para darme dos besos en las mejillas a mí primero.

—Hola, soy Alan. No sabía que Leo tuviera una hermana —le digo esbozando una sonrisa, y escucho la risita ahogada de Dulce.

—Ohh... Gracias por el cumplido, pero soy la madre de Leo —me responde la chica, que es bastante joven para tener un hijo de dieciocho años. Rondará los treinta, creo, aunque soy muy malo adivinando la edad de las personas—. Me puedes llamar Mireya.

Me sonrojo por la metedura de pata y la mujer saluda a mis amigos, dejando para el final a Dylan.

—Los bombones que vendes en esta tienda te tendrán envidia —le dice este mirándola con intensidad, y se lleva la mano de Mireya a los labios para depositar un beso en ella—. Me llamo Dylan Darío. Encantado de conocerte.

La madre de Leo suelta una carcajada y recupera su mano de las zarpas de Dylan.

—Igualmente, chiquito. —Le tira del moquete.

Pobrecito, una mujer lo acaba de llamar «chiquito» y no le ha sentado muy bien, porque sus labios están dibujando una fina línea.

—Con lo ligón que es y luego no se come ni una rosca —me susurra Niko al oído, y nos echamos a reír. Dylan se vuelve hacia nosotros y nos atraviesa con su mirada.

—Te hemos traído la cesta de parte de mis padres —intervengo mirando a Mireya, señalando la cesta navideña.

—Dales las gracias de mi parte. —Me sonríe con amabilidad—. Tengo muchas ganas de conocerlos.

—¿Vais a venir a la cena?

—Claro que sí. No puedo rechazar una invitación así.

—¿Y dónde está Leo? —pregunto de repente y a propósito. Niko y Dylan se han puesto a cotillear cada rincón de la tienda, seguramente para hacerse con todo el chocolate que puedan—. ¿Con su novio?

Mireya se ríe de manera nerviosa y Dulce me da un pellizco en el brazo.

—Oh, Leo no tiene novio.

—Pues yo creía que estaba saliendo con un tal Iván —le respondo.

—Bueno, en realidad sospecho que tiene algo con ese chico tan encantador, pero nunca me ha contado nada.

Encantador... Igual que una serpiente.

—Oye, Mireya, ¿puedo hablar un momento contigo a solas? —le pide Dulce, y la otra asiente con la cabeza y me dice que vigile la tienda unos minutos; después, mi amiga me mira con complicidad y las dos desaparecen en la trastienda.

¿Leo se enfadará con nosotros? ¿Me odiará cuando se entere de que he tenido algo que ver en esta decisión? Dulce y yo lo hemos hecho para ayudarlo a abrir los ojos, porque metido en esa relación no se da cuenta de nada.

Mientras Dulce habla con la madre de Leo, y Niko y Dylan continúan con su búsqueda de chocolate, me dirijo a la puerta de la entrada para echar un vistazo a la calle, completamente en

silencio. Yo no podría vivir en un sitio como este, la verdad; me da la sensación de que está muerto. Yo necesito una ciudad con barullo y gente por todas partes; llena de vida. Este pueblo parece un desierto; sólo le faltan los estepicursos rodando por las calles.

Observo que una moto verde se detiene a escasos metros de la tienda y no tardo en reconocer al mendigo que la conduce, con su característica vestimenta de funeral. Leo se baja del vehículo y se quita el casco, para después guardarlo bajo el asiento y colocarse una gorra negra con la visera hacia atrás. Como no se da cuenta de mí porque se ha puesto a mirar su móvil, me acerco con lentitud a él y grito en su oreja:

—¡Hola!

Leo da un respingo, asustado, y su teléfono se le escurre de las manos, haciendo que aterrice en el suelo. Después, me mira y sus ojos se abren de par en par, en expresión de sorpresa. Yo me agacho para recuperar su móvil y se lo tiendo, dibujando una sonrisa en mi rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a traerle a tu mami la cesta de Navidad con Dylan y Niko —le explico—. No se parece en nada a ti, porque ella es de lo más sonriente y simpática. ¿De quién has heredado el mal carácter?

Leo mira a su alrededor, inquieto, para asegurarse de que nadie lo ve hablando conmigo.

Y con ese alguien me refiero a su maltratador.

—No lo sé. De mi padre, tal vez —me responde bajito y pasándose su móvil de una mano a otra, superserio.

Es la primera vez que menciona a su padre. Nunca me ha hablado de él, así que deduzco que no tendrán mucha relación.

—¿Por qué te has dado de baja tus redes sociales? —decido preguntarle—. He estado a punto de comunicarme contigo mediante una paloma mensajera.

—Me aburría y las borré. No me servían para nada.

—Entiendo...

No para de rascarse el brazo ni de tiritar, sin mirarme, y a mí me da la sensación de que está a punto de desmayarse, así que agarro sus manos, que no me importa que estén sudadas, y alza su mirada hacia mí; nuestros ojos se encuentran, y yo leo en los suyos el pánico mezclado con la ansiedad.

—¿Has encontrado ya mi canal de YouTube? —inquiero cambiando de tema para que se relaje—. He publicado la *cover* que grabé delante de ti.

—No —confiesa, y noto que se calma—. He estado ocupado... Estudiando.

—Yo también he aprovechado el tiempo para estudiar. Tengo muchísimas ganas de que lleguen los exámenes y poder quitármelos de encima. ¿A ti no te pasa? —continúo hablando como si fuera una cotorra, distrayéndolo—. También necesito terminar esta carrera tan bonita para poder estar delante de treinta niños adorables y enseñarles cositas guays. Cantaría canciones con ellos todos los días y comeríamos muchas porquerías, aunque me arriesgaría a que los típicos padres amargados me regañasen.

Leo sonrío por primera vez desde que he venido.

—Tú y tu mundo de la piruleta...

Nos soltamos las manos y envuelvo al mendigo entre mis brazos, aunque no mucho rato por si su novio está merodeando cerca.

—¿Cuántos habitantes hay aquí? —le pregunto mientras nos encaminamos hacia la tienda.

—Cinco mil.

—¿Tantos? —Enarco una ceja, pasmado, y él asiente—. ¿Y dónde están todos?

—En sus casas. Has venido a una hora en la que casi todo el mundo está durmiendo la siesta.

Uff... Menuda pereza y pérdida de tiempo dormirse a las cuatro de la tarde... Con la cantidad de cosas que hay por hacer.

Al entrar en la tienda, mis amigos saludan a Leo, y yo contemplo la montaña que hay sobre el mostrador, donde el único alimento que existe es el chocolate, pero de todas las modalidades. Dulce y Mireya aparecen, y mi compañera de piso me cuenta con su mirada que se lo ha soltado todo; entonces me fijo bien en la madre de Leo, que no para de sonreír, como si no le hubiesen afectado las noticias, pero seguro que sabe fingir de maravilla. Imagino que cuando esté con Leo a solas hablará con él, y yo tengo la esperanza de que lo ayude a darse cuenta de la realidad.

Dylan y Niko pagan la compra, y Dulce propone enseñarnos el pueblo antes de que regresemos a Madrid. A todos nos parece una idea genial, excepto a Leo, que prefiere quedarse en la tienda, con la excusa de ayudar a su madre.

Capítulo 27

Leo

Las ganas que tengo de matar a Dulce y a Alan son demasiadas. ¿Cómo se les ocurre contarle a mi madre mi relación con Iván? No quería que ella se enterara y ahora está preocupadísima porque se cree que mi novio me está maltratando.

Antes de ayer, en cuanto el principito y sus amigos se marcharon del pueblo y llegó la hora de cerrar la tienda e ir a casa, mi madre entró de sopetón en mi habitación, justo cuando estaba viendo un anime, y se sentó en mi cama, a mi lado, con expresión de angustia, pero fingiendo una sonrisa. Lo primero que se me vino a la mente fue que mi abuelo o ella estaban enfermos, pero al instante me dijo «así que tienes novio...», y yo me puse nervioso. Me contó que había hablado con Dulce sobre mi relación, y que mi amiga y Alan están muy preocupados por mí, porque se supone que Iván me está tratando mal y me ha prohibido usar las redes sociales, pero yo le aclaré a mi madre que estoy saliendo con él porque lo quiero y es buena persona, aunque los demás se hayan inventado que «me maltrata». De todas formas, sé que no es del todo sana nuestra relación y tengo la esperanza de que Iván cambie, pero mi madre insiste en que no lo hará y me ha animado a contarle a mi terapeuta todo esto, pero no considero que sea algo tan importante como mis problemas de ansiedad; también me ha dicho que, si las cosas con Iván van a peor, me acompañará a ponerle una denuncia, aunque creo que se está comportando de una manera un tanto dramática con esta situación.

—Creía que íbamos a ir a comer a algún sitio tranquilo y luego daríamos una vuelta —le digo a Iván mientras conduce el coche de su padre.

Hace un par de horas hemos salido de nuestro pueblo para venimos a Madrid a pasar el día, y aprovecharé para meterme en alguna tienda y comprarle algún regalo de Reyes a mi familia. Le he asegurado a mi madre que no me pasaría nada malo y le he pedido que no se preocupara, porque soy mayor de edad y sé cuidar de mí mismo, y que, si me ocurría algo, la llamaría, ya que se ha encargado de meterle saldo a mi teléfono, por si las moscas.

Dentro de dos días se acaba este maldito año, que ha sido el peor y el mejor a partes iguales. En enero, el instituto seguía siendo un infierno y ni siquiera me libraba de mis acosadores aunque no me presentara a las clases, porque si me animaba a salir de casa para tomar el aire o ayudar a mi madre con algo relacionado con la tienda, ahí estaban ellos con sus risitas de pánfilos y dedicándome insultos. Sin embargo, las mejores cosas que me han pasado han sido lograr independizarme, empezar a estudiar algo que me gusta, conocer a mi ídolo y tener un nuevo amigo, que es un trocito de pan maravilloso.

—Cambio de planes, melocotoncito —me responde mi novio, y gira en una calle para meterse en un barrio que me resulta familiar.

El mismo barrio en el que me dejé tirado y por poco me atracan.

Mi querida amiga amígdala se pone en alerta, mi corazón comienza a latir con fuerza cuando ese recuerdo aparece en mi cabeza y noto que se me seca la boca; los sudores fríos me visitan, el calor asciende de mi pecho a mi cara y me quedo sin aire.

—¿Ya vas a empezar con tus gilipolleces, Leo? —escucho la desagradable voz de Iván, lejana.

Ignoro a mi novio, intento llenar de aire mis pulmones con los ojos cerrados, a la vez que me concentro en acariciar mi pulsera negra con las yemas de los dedos, pero no me funciona para tranquilizarme. Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas de las manos, centrándome en el dolor que me estoy provocando para olvidarme de los síntomas del ataque de pánico. Hacía tiempo que no me daba ninguno y pensaba que ya había superado la agorafobia, pero he estado equivocado. La muy cabrona permanecía escondida en mi interior, esperando la ocasión perfecta para salir a la superficie y volver a amargarme la vida.

Una vez que me calmo, abro los ojos y me doy cuenta de las medias lunas que han dejado dibujadas mis uñas en mis manos. Después, miro a mi alrededor y me percató de que Iván ya ha aparcado el coche y me está esperando fuera, fumándose un cigarrillo, apoyado en el capó, así que me quito el cinturón y me apeo.

—Ya era hora —comenta mi novio haciendo una mueca de fastidio.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—No sé, un par de minutos. —Iván me mira como si yo fuera el mayor lastre de su vida—. Si lo llego a saber, me vengo yo solo. Siempre tienes que hacer el ridículo. Espero que al entrar en la casa de mis amigos no montes el mismo numerito que en mi coche.

—¿Tus amigos? —inquiero, perplejo.

Se suponía que íbamos a pasar el día juntos, como una pareja «normal», pero al final me ha hecho el lío.

—Algunos ya los conoces del otro día y los demás te caerán de puta madre —me informa, y tira la colilla al suelo para pisotearla; luego clava su mirada escalofriante en la mía—. Pero ni se te ocurra ponerme en evidencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo con un hilillo de voz.

¿Por qué últimamente siento miedo cuando estoy cerca de Iván si lo quiero muchísimo? Me tiemblan las piernas cada vez que me dedica esa mirada que me recuerda a la de un personaje de alguna peli de terror. La de Chucky, que es la única que conozco, porque mi padre y mi madrastra me pusieron la película un sábado por la noche cuando era pequeño y no pude dormir porque creía que debajo de mi cama se encontraba ese muñeco.

Iván me guía por el edificio en el que viven sus amigos y me obliga a subirme en el ascensor, donde casi me da un infarto. Cuando llegamos a la puerta del piso, nos abre uno de los compis de clase de mi novio y nos encaminamos hacia el salón, donde ya se encuentra reunido un grupo de chicos; de entre ellos reconozco a dos, pero los demás no me suenan. Casi me asfixio con el humo de cigarro y la poca ventilación que hay en esta casa, donde las ventanas brillan por su ausencia, aunque al fondo diviso una pequeñita y abierta por la mitad.

En la mesita de centro hay todo tipo de bebidas alcohólicas, y la televisión está encendida, emitiendo un partido de fútbol. Todos los presentes, sentados en sofás roídos o en el suelo, nos saludan con la cabeza y nos hacen hueco en la esquina de un sofá, justo al lado de un sillón de cuero negro, ocupado por un desconocido y una pelirroja. Enfoco mi vista en ella y descubro que la conozco perfectamente.

Vale, ¿qué hace Hannah en un sitio como este y con un tío varios años mayor que ella? ¿Lo sabrán sus padres y Alan?

Aparto mi vista de ellos y miro a Iván, que se está preparando un porro.

—¿Quieres que compartamos uno, melocotoncito?

—No, gracias —le respondo, y decido retomar mi amistad con el alcohol, sirviéndome ron con

Coca-Cola en un vaso.

Si tengo que soportar este ambiente junto a personas con las que no tengo nada en común, que sea con la compañía de mi aliado.

Al volver mi vista hacia Hannah nuestras miradas se encuentran; la suya es de auténtica sorpresa, porque no esperaba verme aquí. El chico también posa sus ojos en mí.

—Tío, ya te vale. Menudo recibimiento me has dado —le reprocha Iván al chico, del que todavía no sé ni su nombre y que parece ser el que vive en esta casa—. Vaya asco de anfitrión eres.

—Estaba ocupado. —El tipo señala con su cabeza a Hannah sin borrar su sonrisa de la cara—. ¿Es tu novio, no? —le pregunta refiriéndose a mí.

—Sí. —Iván pasa su brazo alrededor de mis hombros, marcando territorio. Me regala un beso en la mejilla y yo sonrío, poniéndome colorado—. Me ha tocado la lotería con él.

Qué adulator se ha levantado hoy.

Hannah coge su bebida de la mesa y le da un trago, actuando como si no me conociera.

—Voy al baño, Simón —le dice al chico, y desaparece del salón.

Un momento... ¿Lo ha llamado Simón o han sido imaginaciones mías? ¿Será el mismo que estuvo saliendo con Alan y que le hizo tanto daño? Ahora me pica la curiosidad.

Mientras Iván se fuma su porro charlando con los demás chicos, el tal Simón se enciende un cigarrillo, y yo, de vez en cuando, desvío mi mirada hacia él para estudiarlo con detenimiento. Tiene el pelo castaño y corto, sus facciones son masculinas y atractivas, con barba de unos cuantos días; lleva una camiseta gris de manga corta y unos vaqueros; también se nota que va al gimnasio o practica algún tipo de deporte porque se le resaltan los músculos, y rondará los diecinueve años, como Alan, o quizá ya tenga los veinte.

—¿Por qué me miras tanto? —me pregunta Simón al darse cuenta de que me he quedado mirándolo con descaro, pero parece que no le ha sentado mal.

—Es que creo que te conozco de algo —me atrevo a decir.

Bendito alcohol.

—¿Ah, sí? Pues tú no me suenas de nada.

Hannah regresa y se sienta en el regazo de Simón, ignorándome por completo.

—Me habré confundido de persona —le contesto.

Me termino mi bebida y me sirvo otra mientras intento prestarle atención al partido de fútbol de la tele. A mi lado, Iván continúa charlando y riéndose de gilipolces con los demás, y Simón comienza a hablarme como si me conociera de toda la vida. Me cuenta que le encantaría ser futbolista, aunque ahora mismo no puede jugar porque se lesionó hace unos meses por culpa de una mala caída y ha tenido que hacer rehabilitación. Después, Hannah, que, al parecer, he conseguido hacerme visible para ella, me pide que no le cuente a su familia que la he visto aquí; además, me amenaza con decirles a sus padres que me echen del trabajo si se me ocurre abrir la boca.

Cuando pasan un par de horas, me noto un poquito mareado por oler el humo de cigarro y de la marihuana, y todos se ponen de acuerdo en marcharse de la casa y seguir con la «fiesta» en otro lugar, pero a mí no me apetece.

—Yo no quiero ir, Iván —le susurro a mi novio, sentado en el sofá todavía—. Se suponía que me ibas a acompañar a alguna tienda e íbamos a volver al pueblo pronto.

—Joder, qué cansino eres. Yo quiero pasar tiempo con mis amigos —me responde de mala gana—. Mira, si no quieres venirte con nosotros, es tu problema. Pilla el autobús y vete con tu

mami, inútil. A mí déjame pasármelo bien hoy, que para eso he venido.

—Entonces llévame a la estación —le pido.

—¡Iván, vámonos ya! —exclama uno de los chicos. Todos se han levantado de sus sitios, incluidos Hannah y Simón.

—Ya voy —dice mi novio al girarse hacia ellos, y después vuelve a mirarme a mí—. No pienso perder el tiempo en llevarte a la estación, Leo. Tienes dos piernas para ir tú solito caminando. —Se levanta del sofá y yo lo imito, pero con un nudo instalado en la garganta.

—¿Vas a volver a dejarme tirado? ¡Casi me atracan la otra vez!

—No te va a pasar nada, melocotoncito. —Iván me da un pico—. Me quedaré esta noche a dormir en la ciudad, así que mañana te veré en el pueblo. —Y se larga con sus amigos, dejándome abandonado en el piso de un desconocido.

Estoy temblando. Se repite la misma historia. Nunca aprendo.

—Menudo novio, chaval —comenta el único chico que se ha quedado en la casa, y recuerdo que es el hermanito de quince años de Simón, pero no sé cómo se llama. Levanta su cabeza de su consola y me mira—. Yo, si fuera tú, lo mandarías a la mierda. A mí nadie me torea de esa manera.

—¿Hay alguna parada de autobús cerca? —le pregunto ignorando lo que acaba de decir.

—A unos diez minutos de aquí.

Pfff... No voy a aguantar tanto tiempo andando por este barrio. Seguro que no voy a correr con la misma suerte que la vez anterior y consiguen robarme hasta la ropa interior... O quizá sufra un ataque de pánico y muera en el acto.

Necesito avisar a Alan para que venga a recogerme... Otra vez. Sé que no se negaría, pero me da reparo molestarlo.

Tras mucho pensarlo, vuelvo a sentarme en el sillón y me conecto al Wifi de esta casa tras pedirle al hermano de Simón la clave. Reinstalo el WhatsApp y no tardo en enviarle un mensaje a Dulce, pidiéndole el número del principito. Me lo manda al instante y yo le doy las gracias diez veces; después, guardo el número de Alan y le escribo.

Yo: «Alan, siento molestarte, pero Iván me ha vuelto a dejar tirado en Madrid. ¿Podrías venir a buscarme si no estás muy ocupado? Lo siento mucho, de verdad. No te lo pediría si no lo necesitara, pero me da miedo estar a solas en este sitio. Te prometo que será la última vez que te pido algo así y, para compensarte, me comprometo a hacer la cena todas las noches durante un mes y limpiar el baño del apartamento»

No tarda en llegarme su respuesta.

Principito: «Vale. Dime dónde estás»

Le pregunto al hermano de Simón la dirección exacta y se la mando a Alan. Él me contesta diciéndome que dentro de un rato estará aquí y yo le doy las gracias. Cuando transcurren doce minutos, me despido del chico, que resulta que se llama Kevin, y bajo hasta el portal para esperar a Alan, pero, para mi sorpresa, en cuanto diviso su coche aparcado en doble fila frente al portal, descubro que Dylan es el que conduce y Niko está sentado en el asiento del copiloto. Tocaban el claxon y yo me acerco y me subo a los asientos traseros, donde tampoco hay rastro del principito.

—¿Dónde está Alan? —les pregunto poniéndome el cinturón de seguridad.

—Se ha quedado en su casa —me responde Dylan mientras conduce, saliendo de este horrible barrio.

—¿Dónde te dejamos, Leo? —inquire el asiático.

Si soy sincero, tengo ganas de ver a Alan para darle las gracias y que me abrace.

—En casa de Alan, por favor.

Los tres permanecemos en silencio durante el trayecto; yo, dándole vueltas a la cabeza, Dylan, concentrado en la carretera, y Niko, pegándole lengüetazos a una piruleta con forma de corazón. Cuando llegamos, nos bajamos del coche, pero ellos me piden que espere un momento, porque «quieren decirme un par de cositas».

Seguro que me piden que no utilice más a su amigo o me pegan un puñetazo, sobre todo el asiático, que está cuadrado y tiene pinta de saber cómo estampar su puño contra mi nariz sin hacerse un rasguño.

—Como Alan no es capaz de decirte a la cara lo que piensa, te lo vamos a soltar nosotros —empieza Niko apuntándome con el palito de la piruleta, y Dylan asiente con la cabeza, estando de acuerdo con su amigo—. Debes salir cuanto antes de la relación tóxica que tienes con el fascista. Si quieres, Dylan Darío y yo le pegamos una paliza y le cantamos las cuarenta para que no se acerque más a ti.

—Nada de violencia, peque —le espeta Dylan, y me mira con algo parecido a la lástima—. No estás solo, ¿vale? Nos tienes a nosotros, a tu madre, a Alan y a Dulce para apoyarte. Alan nos ha contado lo que Iván te hace y los tres pensamos que lo mejor para ti es alejarte de ese maltratador.

No me puedo creer que Alan también haya estado hablando con sus amiguitos de mi relación con Iván. Se suponía que mis secretos estaban a salvo con él y le ha faltado tiempo para desvelarlos; confiaba ciegamente en su palabra.

—Iván no es un maltratador —replico sonriendo de manera nerviosa y jugando con la pulsera de mi muñeca—. No entiendo qué os ha dado a todos con llamarlo de esa manera.

—No, Leo. —Niko coloca su mano en mi hombro, en expresión de apoyo—. Tienes una gran dependencia emocional hacia tu novio. Hazme caso, que me lo explicó mi padre el otro día, que es psicólogo.

—¿Tu padre? ¿El que trabaja en la cafetería? —inquiero enarcando una ceja.

—No, el otro —me responde Dylan, pero imagino que se estarán quedando conmigo.

—¿Tienes dos padres? —quiero saber con curiosidad, mirando al asiático—. ¿Son gays? ¿Eres adoptado?

Dylan se echa a reír al oír cada una de mis preguntas y Niko me mira con el semblante lleno de diversión. Seguramente estarán pensando que me habré vuelto loco por asombrarme por algo así, pero es que nunca he conocido a nadie con dos padres.

—Perdón por si te he parecido algo desconsiderado —me disculpo mordiéndome los carrillos.

—No pasa nada, tío. Estoy acostumbrado a que me bombardeen con esas preguntas. —Niko me da una palmada en el hombro sin dejar de sonreír—. Pero sí, mis padres son gays y me adoptaron con seis años.

—Ah... —es lo único que puedo responder.

Dios, me quiero casar con él y con sus padres.

—Bueno, entremos ya —nos interrumpe Dylan, y no sé qué le pasa, porque le da por abrazarme—. Ten mucho cuidado con Iván, ¿vale?

También me quiero casar con Dylan. Y con la familia de Alan en general, menos con Hannah y los mellizos, que me siguen odiando.

Los tres nos adentramos en la mansión por el jardín, y saludo a Ari y a Álvaro, que juegan en el salón con los mellizos. Mi ídolo me dice que Alan está en su habitación y que suba para saludarlo, y es justamente lo que hago.

Una vez que subo las escaleras y me detengo frente al aposento del principito, toco la puerta y la abro al instante. Me encuentro a Alan sentado en el alféizar de su enorme ventana, escuchando música con sus cascos azules. Cuando se da cuenta de mí, se los quita y los coloca alrededor de su cuello; después me indica que me acerque y yo cierro la puerta y me siento en el alféizar, frente a él.

—¿Qué hacías en esa casa? —me pregunta sin mirarme a los ojos, con su vista fija en sus manos. Ni siquiera me ha saludado ni me ha dado uno de sus abrazos tan reconfortantes.

—Iván ha sido el que me ha llevado —le cuento—. Estaban sus amigos.

—Ya.

Sabe que he estado en la casa de su exnovio y estará pensando en que lo he conocido.

No sé si debería decirle que me he encontrado a Hannah allí... En realidad no tengo miedo de sus amenazas, porque Alan me creería a mí.

—Y también estaba Hannah —escupo de pronto, e intento adivinar la expresión del principito, que ha alzado su mirada, incrédulo.

—¿Hannah?

—Con Simón. —Mis manos juegan entre ellas, temblorosas—. Me ha dicho que no os diga nada, porque se inventaría cualquier cosa para que me despidáis.

—Dime que me estás tomando el pelo, Leo.

Niego con la cabeza y Alan se levanta y comienza a dar vueltas por su habitación, con la mirada fija en el suelo. Se pasa unas cuantas veces la mano por el pelo, suspirando y pensando en alguna manera de comunicarse con Hannah sin parecer su enemigo. Tras unos minutos, regresa al alféizar y vuelve a sentarse frente a mí, mirándome.

—Hablaré con ella. Tú no te preocupes por tu trabajo, que mis padres me creerán.

—Vale.

Hace un rato me he fijado en que a Alan le brilla un puntito en la aleta derecha de la nariz.

—¿Te has hecho otro *piercing*? —quiero saber.

El principito gira su cabeza hacia la izquierda, mostrándome el pendiente, que le queda muy bonito decorando su preciosa nariz. Decido acercar mi mano a su *piercing* y lo toco con mis dedos con cuidado.

—Me lo he hecho esta mañana. Mis padres me lo han regalado.

—Me gusta mucho —admito al apartar mi mano, y Alan me sonrío; entonces llega mi turno de ponerme serio—. Y a ti ya te vale por ponerte de acuerdo con Dulce en decirle a mi madre que Iván me está maltratando. Ahora la pobre se ha quedado preocupada.

—Lo siento. No teníamos otra opción. —Se muerde el maldito *piercing* del labio—. ¿Vais a hacer algo con ese enfermo? Ya has visto que te ha vuelto a dejar tirado... Si ahora mismo me dices que sigues superenamorado de ese tipo y estás deseando lanzarte a sus brazos, ten por seguro que no te vuelvo a hablar.

Esbozo una sonrisa.

—Voy a alejarme de él, te lo prometo —le aseguro, y bajo la mirada a mis manos para continuar hablando, ante la atenta mirada del principito—. Creo que he estado ciego todo el tiempo, porque Iván me ayudó a regresar al instituto cuando estuve faltando tanto, y en esa época era un chico encantador, así que estoy eternamente agradecido por todo lo que hizo por mí, pero...

Ha cambiado mucho, y siento que me está destrozando. No me apoya nunca y se ríe de mis problemas; se ha convertido en una mierda de persona. —Termino mi monólogo y me saco el móvil del bolsillo para tendérselo a Alan—. ¿Puedes romper con él por mí? A ti se te da mejor escribirle un mensaje. Por favor. Esta ya es la definitiva.

Alan coge mi teléfono y me sonríe con orgullo.

—Claro que sí.

Como tengo la clave guardada del Wifi de la mansión, Alan no tarda en enviarle un mensaje a Iván por WhatsApp y me enseña lo que ha escrito.

Yo: «Con este mensaje te envío las últimas noticias que vas a saber de mí... Porque sí, Iván, estoy rompiendo contigo para siempre. No me hables, no me busques y que tampoco se te ocurra acercarte a mí, arrastrándote por el suelo para que vuelva contigo. Soy una persona increíble y me quiero un montón como para estar con alguien como tú. Se acabó lo nuestro»

Joder, yo no habría sido capaz de escribir todo esto.

—Gracias —le digo a Alan.

—Ahora te toca a ti bloquearlo.

Y es lo que hago.

Se acabó Iván. Para siempre.

Capítulo 28

Alan

Leo y yo vamos a pasar esta noche en el apartamento. Como mañana es Nochevieja y su madre y su abuelo van a viajar a Madrid para cenar en la casa de mis padres, es una tontería que el mendigo se marche a su pueblo hoy. Además, no me fío mucho de dejarlo a solas en el piso, porque el orangután puede presentarse de un momento a otro, ya que no habrá tardado en leer el mensaje que le he enviado.

Mientras Mimi le pinta las uñas a Leo en el salón, Aitor le enseña su colección de mangas, y Niko y Dylan se pelean en el suelo después de que hayamos cenado pizza con mis padres, subo hasta el cuarto de Hannah para que me cuente qué demonios hacía en esa casa. Doy un golpecito en su puerta y la abro; mi hermana se encuentra tirada en su cama, enganchada al móvil—.

—¿Qué quieres? —exige saber sin apartar su vista del aparato.

—Tengo que hablar contigo. —Entro en su habitación y cierro la puerta tras de mí. Mi hermana se incorpora, suspirando, y yo me siento en la cama frente a ella, pero sigue sin soltar el móvil—. Deja eso un momento, Hannah.

—Joder —masculla soltando su teléfono en el colchón, y después se cruza de brazos, en expresión desafiante, mirándome—. ¿A qué se debe tu visita a mi aposento? Deberías pasar el tiempo con tu novio pánfilo y no conmigo.

—Hannah. —Le dedico una mirada de advertencia y ella vuelve a suspirar, como si le costara la vida soportarme—. ¿Qué estabas haciendo hoy en la casa de... Simón?

Mi hermana sonrío con maldad.

—¿Así que al muerto de hambre se le ha ido la lengua? Mira que le he dejado las cosas bien claras a ese atontado.

—No insultes a Leo y dime qué hacías en ese sitio.

—Aprovechar el tiempo con el chico que me gusta —me responde, y me mira fijamente—. Pero, como comprenderás, no os lo iba a contar ni a ti ni a papá y mamá, porque estaba segura de que me lo ibais a prohibir.

Cuando me lo ha contado Leo, pensaba que me tomaba el pelo, pero acabo de sentir un escalofrío por todo mi cuerpo al escucharlo de la boca de mi hermana.

—No puedes estar con él. Es cinco años mayor que tú y no es una buena persona para ti.

—¿Y eso por qué? ¿Porque estuvo saliendo contigo? ¡No me jodas, Alan! Soy mayorcita para saber lo que es bueno o no para mí y sé tomar mis propias decisiones.

—Simón no es bueno para ti —repito—. Me hizo mucho daño.

Hannah suspira por enésima vez y coge su móvil, dando por finalizada la conversación.

—No voy a seguir escuchándote. Ya puedes largarte de mi cuarto.

—Está bien, pero que sepas que papá y mamá lo saben y no van a ser tan suaves contigo.

—Me importa una mierda —me espeta con sus ojos puestos en la pantalla de su móvil.

Abandono la habitación de mi hermana y pienso que la acabo de cagar prohibiéndole algo a una adolescente de quince años. Pero no puedo permitir que ÉL la haga sufrir... Espero que mis

padres la hagan entrar en razón sin ponerse demasiado estrictos.

En el salón, Leo continúa entretenido con los mellizos, y Dylan y Niko tocan las teclas del piano al azar, riéndose. Me dejo caer en el sofá, después de la charla tan agotadora que he tenido con Hannah.

—¿Puedo pintarme las uñas negras como Leo? —me pregunta Aitor haciendo pucheritos, y el mendigo lo mira con ternura—. Es que en el cole dicen que es de mariquitas.

—Claro que puedes. Los chicos también pueden maquillarse y pintarse las uñas si quieren —le respondo.

—¡Ya estoy harta de los putos *machirulos* opresores! —Mimi da una palmada en la mesita de centro—. ¡Odio vivir en esta sociedad patriarcal!

—¡Así se habla, pulguita! —interviene Niko desde la banqueta del piano, alzando un brazo—. ¡Nosotras parimos, nosotras decidimos!

Todos nos echamos a reír. ¿A qué viene esa frase?

—¿Pero tú puedes parir? —le pregunta Dylan entre risas.

—Cállate, monje. —Niko le da una colleja.

Cuando nos toca irnos, los mellizos insisten en secuestrar a Leo para que se quede a dormir con ellos. Al parecer, ya le han cogido cariño, sobre todo Aitor, que me ha pedido que le regale para el día de Reyes una pulsera y un gorrito como los que lleva el mendigo.

Nos despedimos de mis padres, y después hacemos lo mismo en la calle con Niko y Dylan, que se marchan en Daenerys, la moto de este último. Leo y yo nos subimos en el coche y pongo música para que nos acompañe durante el trayecto. Al llegar al barrio donde se encuentra nuestro apartamento, busco un hueco libre donde aparcar y me doy cuenta de que Leo se ha quedado dormido en el asiento del copiloto con la cabeza apoyada en la ventanilla.

Ahora me da lástima despertarlo, pero no lo voy a dejar en el coche toda la noche.

—Leo. —Le doy con mi dedo en la mejilla para que regrese a la realidad—. Mendigo.

—Mmm..

Continúo molestandolo con mi dedo hasta que abre los ojos y me mira.

—Ya hemos llegado —le informo—. Vamos.

Nos apeamos de Cody y lo primero que hace el mendigo es observar nuestro alrededor para cerciorarse de que el orangután no anda cerca; después, entramos en el portal y subimos a nuestra planta por las escaleras. Sin embargo, en la puerta, Leo repite el mismo proceso que hace unos segundos, con la mirada cargada de terror, como si creyera que Iván va a aparecer de un momento a otro.

—No va a venir, ¿vale? —le digo para calmarlo.

—¿Cómo estás tan seguro? Se habrá vuelto loco en cuanto ha terminado de leer el mensaje.

Poso mis manos en su rostro y lo miro fijamente a los ojos.

—No va a venir —insisto—. Si alguien toca el timbre, tenemos la mirilla para asomarnos y un teléfono para llamar a la poli.

Entramos en el apartamento (él, no muy convencido), cierro la puerta con llave y la dejo puesta en la cerradura. El piso se halla vacío y no está ni mi gata, porque la llevé a la casa de mis padres para pasar allí las vacaciones, ya que no tenía pensado volver a este sitio hasta que Leo y Dulce regresaran de su pueblo.

Y sí, resulta que Pichi es una hembra, según el veterinario al que la he llevado; Dylan me engañó diciendo que era un macho.

—¿Has avisado a tu madre de que estás conmigo? —le pregunto a Leo.

—Le he explicado en un mensaje todo lo que me ha pasado mientras estabas hablando con Hannah. La he preocupado, pero se ha quedado más tranquila cuando le he dicho que me iba a quedar contigo.

—Bien. —Le tiro del moflete, sonriendo—. Vamos a la cocina, que voy a prepararte un vaso de leche calentita con polvitos de hada.

—¿Polvitos de hada? —Frunce la nariz—. Alan, tienes diecinueve años, pero tu edad mental es de tres.

Me río y me dirijo a la cocina dando saltitos, con Leo detrás de mí, con expresión de estar criticando en su cabeza mi mundo de la piruleta. Le ordeno que se siente en una silla y preparo su leche calentita en unos minutos. Después, planto dos vasos llenos sobre la mesa y me siento frente a Leo para beberme el mío.

—Sabe a leche normal —comenta tras darle un trago—. Pero gracias.

—Es que los polvitos de hada no tienen sabor, lelo —le respondo con desdén por haberse metido con mi creación.

Leo pone los ojos en blanco, después terminamos de bebernos la leche en silencio y cada uno se encierra en su habitación, pero en cuanto me deshago de mi camiseta y de mis vaqueros y me quedo en bóxer, Leo abre mi puerta de repente, vestido con su pijama de Batman, y sus ojos me recorren de arriba abajo.

—Ufff... Esto... —Se pone colorado y aparta su mirada de mi cuerpo para posarla en sus manos—. Iba a pedirte si me podía venir a dormir contigo... Pero creo que ha sido una mala idea, así que me vuelvo a mi habitación para dejarte dormir tranquilo con tu paquete... —Se detiene un momento y sacude la cabeza, nervioso—. Quería decir... con tu... eh... almohada de Piolín.

Se me escapan varias carcajadas y me pongo la camiseta con la que voy a dormir esta noche.

—Está bien, quédate conmigo —le digo, y añado—: Por cierto, bonito pijama.

Leo aparta su mirada de sus manos y me mira, completamente sonrojado.

—Gracias. —Sus ojos se desvían hacia mi entrepierna—. Bonitos calzoncillos de... Plátanos.

Yo no puedo parar de reírme y voy a conseguir que se largue de mi cuarto porque lo estoy incomodando.

—Ven, mendigo. —Me acomodo en la cama, dejándole un pequeño hueco—. Aquí cabemos los dos y estaremos calentitos, aunque un poco apretujados.

El mendigo permanece unos segundos contemplándome, como si se lo estuviera pensando, pero finalmente se acurruca junto a mí y nos tapamos con el edredón. Él me da la espalda y yo apago la lámpara y me quedo mirando el techo, a oscuras, hasta que los párpados comienzan a pesarme.

* * *

Leo ya ha conocido a mis abuelos, a los padres de Niko y al padre de Dylan, y me ha confesado que se quiere casar con todos y que va a necesitar todo el alcohol de esta casa para poder estar entre tanta gente a la que apenas conoce.

Tocan el timbre y voy corriendo a abrir la puerta con Leo detrás de mí. Son mis tías Mel y Tania, con la abuela de esta última.

—¡Ya está aquí vuestra diosa, alma de las fiestas! —exclama Tania extendiendo los brazos para darme un abrazo; después, se separa de mí y se queda mirando a Leo—. ¿Quién es el cara de zapato? —me pregunta.

—¿Cara de zapato? —inquieta el mendigo.

—No te metas con los niños, mi amor —le responde mi tía Mel a Tania.

Hago las debidas presentaciones y Leo se enamora de ellas al instante. Mis tías me dicen que estoy más alto, más buenorro y que se me notan mucho los genes invisibles de mi padre.

—Qué mozo tan guapo —interviene Anunciata, la abuela de Tania, mirando a Leo. Va vestida con unos pantalones negros de cuero, un top rosa y unas chancas de Bob Esponja—. Tiene un rollito misterioso con el que mi clítoris se pone a bailar.

Leo la mira, espantado y a punto de salir corriendo.

—¡Señora! —exclamo riéndome—. ¡Podría ser tu tataranieto!

—Ay, niño, que tengo veinticinco años. No soy tan momia.

Todos nos reímos y luego las tres se meten en mi casa para saludar a los demás, que se encuentran en el salón. Cinco minutos después, vuelve a sonar el timbre y esta vez son la madre y el abuelo de Leo con el perrito Plátano. Tras saludarlos, les digo que esperen un momento, porque voy a avisar a mis padres de que han llegado. Sin embargo, en cuanto mi padre se presenta en el pasillo, la madre de Leo pega un chillido y se abalanza sobre él para abrazarlo, como una auténtica adolescente. Leo se tapa la cara con su mano, avergonzado, y mi madre pone los ojos en blanco, pensando en que ya ha aparecido una fan loca.

—¡No me puedo creer que esté en la casa de Álvaro Buenorro! ¡Dios, Dios, Dios! —grita Mireya palpando a mi padre por todos lados, como si creyese que es una alucinación; después, se gira hacia Leo—. ¿Cómo se te ocurre no haberme contado que trabajabas para esta gente? ¿Para eso te traje a este mundo? ¡Qué desagradecido eres!

—Yo... eh... No sé —responde Leo, y mi padre y yo nos meamos de risa.

Mi madre, para interrumpir el momento, se presenta, pero Mireya se vuelve loca otra vez y la abraza, diciendo que es su pintora favorita y que le encantan sus cuadros. Leo sigue tapándose la cara con la mano, su abuelo contempla la escena como si nada y el perrito corretea a nuestro alrededor sin parar.

—¿Qué es todo este jaleo? —El padre de Dylan aparece en el pasillo y Mireya se dirige a él para hacer lo mismo que ha hecho con mis padres.

—¡Oh, Dios! ¡Eres Diego, mi escritor favorito! ¡Me he leído todos tus libros ocho mil veces! ¡Me encanta cómo escribes!

—Vaya, muchas gracias —le contesta mi tío dibujando una sonrisa.

Ladeo mi cabeza hacia Leo, que tiene sus ojos puestos en mí.

—Ayuda —me pide en un susurro—. Qué vergüenza.

—Tu madre me encanta —le digo, sincero—. Ya sé de dónde has heredado el fanatismo.

—Te odio, principito. —Araña el aire con sus uñas pintadas de negro, a escasos centímetros de mi rostro—. Grrr.

* * *

La cena ha ido genial. A mis padres les ha caído de maravilla la madre de Leo, igual que a toda mi familia, y su abuelo ha hecho muy buenas migas con la abuela de mi tía Tania y se han pasado la mayor parte de la noche bailando y fumando. Leo, por supuesto, está un poco borracho porque no ha parado de servirse vino y se ha mantenido a mi lado toda la noche. Ya nos hemos tomado las uvas y hemos salido al jardín a que nos dé el aire con Dylan y Niko mientras los mayores continúan charlando dentro de mi casa.

—Estás colorado —me dice Leo sentado a mi lado, en el césped—. Es la primera vez que te

he visto beber alcohol.

Me he tomado varias copas de vino y me noto un poquito desinhibido, así que puede que mi lengua no me obedezca hoy y empiece a decir tonterías.

—Y es la primera vez que yo te veo tan guapo —le digo, y él enarca una ceja—. Pero sigues siendo un vagabundo.

—El *damo* y el vagabundo.

—¿*Damo*? —Ahogo una risita y acerco mi cara a la suya—. ¿Esa palabra existe?

—Ni idea. La acabo de inventar —me responde mirando mis labios, y yo hago pucheritos porque quiero que me bese.

—Dame un maldito beso ya —le pido.

Sin embargo, Leo, en vez de darme un beso en condiciones, me regala un aburrido pico y siento que algo se estampa contra mi cabeza. Me separo del mendigo y descubro que lo que me ha golpeado ha sido una pelota de mi perra, lanzada por Dylan y Niko.

—Dejad los besitos, que tengo a mi futura mujer lejos de mí —me reprocha Niko—. Además, me tengo que conformar con aguantar al monje este. —Señala a Dylan con su cabeza.

—Oh, gracias, yo también odio aguantarte —le espeta el aludido, y le pega un puñetazo cariñoso en el hombro, pero Niko le da un empujón, que provoca que Dylan se tumbe en el suelo.

—Los *shippeo* —me susurra Leo al oído, y yo lo miro, horrorizado—. Harían bonita pareja.

—¿Niko y Dylan? —inquiero ante esa idea tan ridícula, y no puedo evitar reírme a carcajadas.

—¿Qué es tan gracioso? —nos pregunta Dylan—. Nosotros también queremos enterarnos.

Ladeo mi cabeza hacia mis amigos, todavía riéndome, para soltarles:

—Leo dice que haríais buena pareja.

Niko y Dylan, al oír eso, permanecen cinco segundos con sus ojos clavados en mí, después intercambian una breve mirada y comienzan a desternillarse como unos condenados. Yo, mientras se calman, saco de mi bolsillo de mis vaqueros una bolsita con marihuana que me ha dado mi madre hace un rato, con la excusa de que «va a caducar como no se la fume alguien pronto».

—¿Qué es eso, principito? —exige saber Leo, y se queda con la boca abierta, contemplando la hierba.

—Orégano. —Me río—. Es de mi madre.

—No soy imbécil; es marihuana y sé lo que pretendes hacer. Tu padre te va a dar una buena regañina.

—Mi padre ya lo sabe. La uso cuando me visita una migraña de las fuertes para relajarme, si no, me explota la cabeza —le explico—. Pero hace mucho tiempo que no me fumo ningún porro.

—Y luego su padre lo tiene en un pedestal... —murmura Niko, y le lanzo la bolsita.

—Cállate y ve preparándolo si quieres que lo compartamos.

—Yo no pienso fumar esa mierda esta vez —interviene Dylan—. No me apetece que me entren ganas de vomitar.

—Es que tú eres muy delicado —le respondo.

Cuando Niko termina de preparar el porro, le lanzo el mechero para que lo encienda, y es el primero en hacer los honores, probándolo.

—Madre mía... —comenta tras expulsar el humo, y me tiende el porro.

Mi turno. Le doy una calada que me sienta de maravilla y después se lo ofrezco a Leo, que lo mira con desconfianza.

—Venga, mendigo —lo animo.

Tras pensárselo durante varios segundos, se hace con el porro y le da una calada, pero

comienza a toser y su cara se colorea de rojo. Todos nos echamos a reír (incluso Leo entre toses), y yo le doy palmaditas en la espalda. Después, vuelve a darle otra calada, pero esta vez sin que la tos lo acompañe.

—Puaj, esto huele a mierda, pero mola. Nunca me he fumado ninguno —confiesa.

Al final, Dylan también se une a nosotros y vamos pasándonos el porro entre los cuatro hasta que lo acabamos, sin parar de reírnos, superfelices.

—¿Os imagináis cómo saldrán los hijos de Niko y Dulce? —nos pregunta Dylan de repente.

—Morenitos, con los ojos rasgados, el pelo rizado, midiendo dos metros... —contesta Leo con su cabeza recostada en mi hombro—. Y musculosos.

—Preciosos —interviene Niko tumbado en el césped, bocabajo.

Y yo, no sé por qué, pero me río; Leo también.

—Me ha entrado hambre. Voy a por algo de comer —dice Dylan, que se levanta y desaparece del jardín.

Leo y yo nos volvemos a reír, y Niko comienza a rodar por el césped, repitiendo «soy una croqueta». Temo que se maree o se caiga a la piscina, pero a la vez no paro de descojonarme.

—Leo —llamo al mendigo, que no tiene intención de quitar su cabezón de mi hombro—. ¿Te puedo contar una cosa?

—Claro, dime.

—Eres tan guapo que te estaría chupando la polla durante horas.

Leo se aparta de mi hombro con rapidez y me mira, escandalizado; entonces estallamos en carcajadas.

—Yo también a ti —admite—. Seguro que la tuya sabe a caviar.

Seguimos riéndonos hasta que Dylan regresa cargado de comida y se sienta a nuestro lado. Nos cuenta que mi padre y el suyo lo han pillado en la cocina, colocado, y le han regañado, como si fuera un adolescente de catorce años. A mí me entra el miedo en el cuerpo porque mi padre se va a enfadar conmigo cuando descubra que estoy emporrado, como ocurrió la primera vez que me fumé un porro a los dieciséis años, que estuvo sin dirigirme la palabra durante una semana, y yo le suplicaba, llorando, que me hablara.

Así que me pongo a llorar como un niño pequeño mientras Leo y Dylan comen espaguetis con tomate y Niko continúa rodando por el jardín.

—¿Por qué lloras, Alan? —me pregunta el mendigo, preocupado, pero con pinta de querer echarse a reír.

—Porque mi papi me va a dejar de querer y me va a devolver al contenedor de basura.

Dylan se ríe y se atraganta con un espagueti, Niko se ha puesto a vomitar en una maceta y Leo me seca las lágrimas con sus dedos.

—Mi principito azul, no llores —me consuela—. Yo te voy a querer siempre.

—Gracias, mendigo. —Lo beso en los labios y, de nuevo, nos reímos.

Niko vuelve con nosotros y se tumba en el césped, a punto de morir.

—No voy a fumarme otro porro en lo que me queda de vida —se queja, y Dylan se tumba a su lado para masajearle la tripa.

—Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana —le canta con voz dulce.

—¿Se va a morir? —inquiero observando la escena.

—Creo que sí —me responde Leo.

—¡Qué guay! —Se me escapa una carcajada, que se la contagio a Leo.

Un rato después, llega la hora de que se marchen los invitados y me despido de todos mis

familiares, aguantándome la risa, pero mi padre me mira y niega con la cabeza, desaprobando mi comportamiento, así que me acerco a él, con Leo siguiéndome, para intentar que me perdone.

—Papá, no me vas a creer, pero mamá ha sido la que me ha obligado a fumarme un porro, te lo juro. Decía que iba a caducar.

Leo se ríe, y mi padre nos mira a los dos, cruzado de brazos.

—¿El mosquito también está colocado? ¡Y yo que creía que era una buena influencia! — exclama haciendo aspavientos con las manos.

—Lo siento —nos disculpamos Leo y yo al unísono.

—Creo que ya va siendo hora de que os vayáis a dormir la mona. Mañana hablamos — sentencia mi padre, pero no puede evitar darme un abrazo y un beso de buenas noches mientras el mendigo continúa riéndose.

—¿Me vas a abandonar en el contenedor de basura? —le pregunto a mi padre.

—A veces me dan ganas, pero luego pienso que nadie te aguantaría por sobón.

La madre y el abuelo de Leo se quedan en las habitaciones de invitados de la planta baja, y el mendigo y yo subimos a mi cuarto, pero, al entrar, me encuentro a Moon, la gata anciana de mi madre, tumbada a los pies de mi cama. En cuanto se da cuenta de mi acompañante, suelta un gruñido.

—¿Cuántos años tiene ese animal? —me pregunta Leo tras sacar su pijama de debajo de la almohada—. No tiene ganas de vivir.

—Suponemos que veinticuatro. Es más vieja que yo.

—Caray.

Leo se pone su pijama, esta vez de *Spiderman*, y yo me quedo en calzoncillos porque me da pereza dormir con algo más. Después, nos metemos en mi cama, tapándonos con el edredón, y nos reímos.

—Siempre he querido probar tu cama. Es tan cómoda y grande... —comenta Leo contemplando el techo lleno de estrellas, y yo me pongo de lado para mirarlo—. Y sobre todo contigo, casi desnudo.

Hundo mi dedo en su mejilla, esbozando una sonrisa, y me doy cuenta, de pronto, de que Leo tiene cara de pan.

—Leo —susurro para que el monstruo que habita bajo mi cama no me oiga.

—Dime.

—¿Me das un beso de buenas noches?

El mendigo me mira, se pone de lado y nuestros rostros se hallan a escasos centímetros. Nos reímos como idiotas y nos besamos; volvemos a reírnos y a comernos la boca unas cuantas veces más hasta que se me viene Iván a la cabeza y me pongo serio.

—Cuando regreses a tu pueblo mañana, espero que no te arrepientas de haber dejado al orangután.

La sonrisa de Leo se desvanece.

—Ayer tomé una decisión, Alan. Confía en mí —me dice con sinceridad, así que decido creerlo.

—Vale, confío en ti.

Me sonrío y vuelve a ponerse bocarriba, con la vista fija en el techo; yo apago la luz, me acurruco junto a él, acomodo mi cabeza sobre su pecho y cierro los ojos. Sin embargo, a él parece que le hace gracia porque se empieza a reír.

—¿Puedo saber qué te hace tanta gracia, mendigo?

—Es que tengo tu cabeza en mi pecho y estoy viendo las estrellas, literalmente.

Abro los ojos y alzo mi cabeza hacia el techo, donde se aprecian las estrellas fluorescentes, vigilándonos. Luego me pongo en la misma posición que hace unos segundos y siento cómo el brazo de Leo me rodea la espalda.

Y nos reímos.

—Duérmete ya y no te rías tanto —le ordeno dándole en la barriga con mi dedo—. Dulces sueños.

—Vale. Buenas noches, principito.

Capítulo 29

Leo

—Creo que ya va siendo hora de que me cuentes qué es lo que tienes con ese chico —me dice mi madre.

La estoy ayudando a reponer las estanterías de la tienda antes de que abramos, y después me iré a casa para estudiar de manera seria, ya que se suponía que ayer por la tarde, en cuanto regresáramos de Madrid, iba a echarles un ojo a los apuntes, pero al final me enganché a un nuevo *dorama*.

—¿Qué chico? —le pregunto llenando las neveras de bebidas.

Mi madre deja de colocar las barras de pan y se gira en mi dirección, con una ceja enarcada.

—No te hagas el tonto, Leo, que todavía estoy enfadada contigo por no decirme que trabajabas en la casa de Alvaro Buenorro —me reprocha, y se lleva una mano al corazón con dramatismo—. ¿Para eso decidí tenerte a los quince años?

Pongo los ojos en blanco por lo cansina que es. Desde que hemos vuelto no ha parado de recordarme mi traición con ese temita.

—No podía decírselo a nadie, por eso de que es famoso y necesita privacidad —le respondo con retintín.

—Pero soy tu madre y debes contármelo todo.

—Ya. —Doy por zanjada la conversación y me concentro en seguir reponiendo las bebidas, pero mi madre continúa sonsacándome cosas.

—Cuéntame lo que tienes con Alan, por lo menos.

Dejo escapar un profundo suspiro y la miro.

—No tengo nada con él —intento sonar convincente, pero el gesto de jugar con la pulsera de mi muñeca me delata, junto con el inexistente contacto visual con mi madre—. Sólo somos compañeros de piso, de clase y limpio la casa de sus padres. No hay más.

Escucho una sonora carcajada y yo me atrevo a mirarla con las mejillas ardiendo.

—Cómo se nota que no te ves a ti mismo cuando estás hablando con él —comenta en tono jocosos—. Casi inundas el salón en la cena con tus babas.

—¿Qué? —Me quedo con la boca abierta—. ¡No es verdad!

—Hasta el abuelo lo piensa. —Me dedica una sonrisa—. Dímelo. ¿Te gusta ese rubito? No te voy a juzgar. Además, me alegro de que hayas roto con ese Iván.

—Pues... —Dejo la frase a medias y me rasco un brazo con intensidad, como si de verdad sintiera picazón. Al final, no me queda otra que responder, ante la mirada inquietante de mi madre —: Puede que me guste un poquito.

Me percató de que su sonrisa se ensancha más. Yo no paro de rascarme por culpa de mi ansiedad y agradezco haberme puesto una sudadera de manga larga, porque si llevara los brazos al descubierto, ya me habría arrancado la piel y se asomarían los huesos.

—Es un buen partido —me dice—. Si llegáis a tener algo serio, nunca te faltaría el dinero.

—No me importa el dinero que tenga, mamá. Y jamás tendríamos algo serio, porque Alan es

caviar, y yo soy... —Me detengo para pensar bien la comparación y aprovecho para pasear mi vista por la diminuta tienda hasta que la fijo en los embutidos—. Mortadela de aceitunas.

Mi madre se echa a reír al escuchar mi horrible comparación.

—Pero tú eres la mejor mortadela de aceitunas que existe sobre la faz de la Tierra.

—Ya, bueno... Eh... —Me da por rascarme la nuca y decido finalizar este tema—. Voy a seguir colocando los refrescos.

Para cuando termino, abandono la tienda y me marchó a mi casa para estudiar en silencio, ya que mi abuelo no estará dando la tabarra hablando solo, porque se ha ido al banco a actualizar la cartilla. Sin embargo, cuando estoy abriendo la puerta con la llave, oigo la desagradable voz de Iván detrás de mí.

—Melocotoncito.

Doy un respingo y las llaves se me escurren de las manos y aterrizan en el suelo. Después, me doy la vuelta hacia el que se supone que es mi exnovio y me obligo a mirarlo. Por su expresión, no parece enfadado, y creo que no le ha afectado nuestra ruptura por WhatsApp.

—Hola —lo saludo con voz temblorosa—. ¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo. ¿Me invitas a pasar?

Si dejo que entre en mi casa, estoy seguro de que se le irá la olla y me ganaré algún golpe o una quemadura de cigarrillo.

—Podemos hablar aquí —le digo, y trago saliva.

Iván finge una encantadora sonrisa, y yo pienso que quiere que crea que está de buen humor.

—¿De verdad quieres hablar en el descansillo con los vecinos asomados a sus mirillas? —inquire—. Además, no soy ningún desconocido para que me trates así. Hemos estado casi un año saliendo.

Si sólo quiere hablar y luego irse por donde ha venido, estupendo. Aunque Alan me regalará un sermón y Dulce me matará en cuanto les suelte que Iván ha venido a mi casa.

—De acuerdo, pero sólo cinco minutos, que tengo que estudiar.

Recojo las llaves del suelo y abro la puerta con manos temblorosas. Dejo pasar a Iván primero, y luego entro yo, cerrando tras de mí. Lo persigo hasta el salón y me uno a él en el sofá, donde no tarda en encenderse un cigarrillo. Mi perro ni siquiera se levanta de su camita para saludarlo porque le ha pillado miedo.

—¿Dónde has estado? —quiere saber Iván rompiendo el hielo, pero sin apartar su mirada de mí.

—En Madrid, con mi madre y mi abuelo.

Da una calada a su cigarro y exhala el humo en mi dirección.

—Podrías haberte esperado a vernos en persona para dejarme, ¿no crees? —suelta de repente, y yo me tensó—. Merezco mucho más que un simple mensaje de móvil.

¿Ahora se hace el ofendido cuando él me lo ha hecho infinidad de veces? Y no sólo por mensajes; también mediante mi mejor amiga.

—Lo siento —me disculpo.

—Da igual. —Da otra calada al cigarro y se concentra en mirar la pantalla negra de la televisión. Mi corazón da un vuelco porque nunca he visto a Iván tan decaído—. Mañana viene un terapeuta a mi casa para curarme. —Suelta una risita fingida al decir la última palabra—. Mi padre piensa que tengo una enfermedad, pero en realidad lo hace porque está en juego su reputación en este pueblo y lo criticarían por tener un hijo gay.

Me obligo a mí mismo a intentar que no me afecte la situación de Iván, porque se nota que lo

está pasando fatal y necesita consuelo de alguien que lo quiera. No obstante, por mucha lástima que sienta por él, no voy a volver a caer en sus redes; ya estoy cansado de que no cambie y de que me trate como si fuera el trapo más viejo de su cocina.

—Te alejas de mí cuando más te necesito, Leo... —susurra con la voz quebrada y sin mirarme.

No, no, no. ¿Cómo puede ser que tenga ganas de darle un abrazo?

No le digo nada a mi exnovio y, mientras juego con mi pulsera, me esfuerzo en pensar en Alan, en su sonrisa resplandeciente, su *piercing* tan sexy, sus bonitos ojos azules y su cabello teñido que me pasaría horas enteras acariciando.

—¿De verdad piensas que es buen momento para dejarme? —me pregunta Iván mirándome, y yo me doy cuenta de que sus ojos marrones lucen empañados—. ¿Vas a ser tan hijo de puta?

¿Cuántos días me faltan para volver a ver a Alan? ¿Cinco? Se me van a hacer interminables.

—No voy a volver contigo, Iván —le respondo sintiéndome valiente por una vez en mi vida—. Lo siento. Espero que arregles las cosas con tu padre.

Iván niega con la cabeza, en desacuerdo, mientras un par de lágrimas descienden por sus mejillas. Yo me imagino a Alan comiendo Nutella tan felizmente y viendo *Anatomía de Grey*.

—Después de todo lo que he hecho por ti y te he aguantado... ¿así me lo agradeces? —me espeta sollozando—. Eres un trozo de mierda, Leo. Nadie va a quererte como yo y te vas a quedar solo toda tu vida.

Continúo jugando con mi pulsera y mirando a Iván, nervioso. Pienso otra vez en Alan y en sus besos tan adictivos que consiguen curarme cada una de las heridas.

Decido levantarme de un salto del sofá, con la intención de echar a este tipo sin que me duela.

—Vete de mi casa. Debo ponerme a estudiar.

Iván también se levanta y después posa su mirada bañada en lágrimas en la mía.

—Vas a arrepentirte —me advierte señalándome con su dedo, y se marcha de mi casa, fingiendo estar completamente destrozado.

Me dejo caer en el sofá y suelto todo el aire que me he estado aguantando desde que ha aparecido. En realidad no sé si me siento bien por lo que acaba de pasar; soy una mala persona por haber dejado que se fuera cuando está sufriendo.

El timbre interrumpe mis pensamientos y voy corriendo a abrir la puerta, esperanzado, por si es Iván, pero mi desilusión se desvanece al encontrarme con Dulce, que lleva su mochila colgada de la espalda.

—¿Estudiamos juntos? —me propone—. En mi casa no me concentro por culpa de mi cama, que me pide a gritos que me acueste en ella.

—Claro, pasa.

Nos sentamos a la mesa del salón y desempolvo mis temidos apuntes de mi mochila, con una tremenda pereza. Siento que mi portátil me llama desde mi habitación para que continúe viendo el *dorama*.

Pero no. Necesito estudiar sí o sí, que no he hecho nada durante las vacaciones de Navidad y voy a acabar suspendiéndolas todas con lo cara que está la puñetera matrícula. Al final voy a tener que ponerme cerca de Alan en cada examen para que me chive las respuestas.

Y ahora que el principito ha aparecido en mi mente... ¿También estará estudiando en este momento con sus apuntes llenos de colores? Yo no sé cómo se puede concentrar con tantas frases subrayadas con fluorescente; a mí me daría dolor de cabeza.

—Me he encontrado a Iván saliendo de tu portal —me cuenta Dulce, y yo levanto la vista de mis apuntes para posarla en ella—. Parecía que había llorado. No habrás vuelto con él, ¿no?

—No. Hemos roto de manera definitiva.

Dulce abre los ojos, sorprendida.

—¿Estás seguro de que es la definitiva?

—Sí. Yo valgo mucho más.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, Leo —me dice, satisfecha. Sin embargo, en su rostro no tarda en asomarse la preocupación—. Pero ten cuidado con él a partir de ahora. No me fio mucho y no me apetece que un sociópata asesine a mi mejor amigo.

Suelto una carcajada ante las ocurrencias de mi amiga.

—No exageres. Iván no es una mala persona.

—Claro, Leo —me contesta con cierto sarcasmo, y cambia de tema—. Por cierto, Niko y yo estamos juntos.

—¿Pero vais completamente en serio? —le pregunto, y ella asiente con la cabeza, sonriendo—. Guau...

Me alegro por ella. Niko me gusta y se nota que es buen chico, aunque un poco malhablado e impulsivo.

—¿Y tú, con Alan, qué tal? —se interesa, y se me queda mirando, expectante, con la mano apoyada en su barbilla y el codo en la mesa.

Ya estaba tardando en sacar el temita.

—Pues... Él está allí, y yo, aquí —le respondo encogiéndome de hombros con indiferencia; después, señalo mis apuntes—. Y voy a seguir estudiando.

Dulce se echa a reír y, por fin, nos ponemos a estudiar sin interrupciones. Pero cuando transcurren veinte minutos, mi móvil me avisa de que me ha llegado un mensaje.

Principito: «Estoy comprándome ropa con Dylan y Niko. ¿Cómo me queda la camiseta?»

Pulso en la foto que me ha enviado, en la que aparece Alan fotografiándose con su móvil en el espejo de un probador. Observo la camiseta que lleva puesta, que es blanca de manga corta y con la bandera de la bisexualidad en el centro, en forma de corazón. Es horrorosa y yo no la usaría ni para limpiar el polvo, pero a Alan le queda perfecta, como todo lo que se pone.

Cuando termino de deleitarme con su imagen, le contesto:

Yo: «Es muy fea»

Principito: «Tú sí que eres feo. Esta camiseta es lo más. ¿Quieres que te compre una con la bandera gay?»

Yo: «Gracias por llamarme feo. Y no, no quiero una camiseta tan hortera para ir manifestándole a la gente mi orientación sexual por la calle»

Principito: «Tú te lo pierdes, feo»

Yo: «Déjame estudiar, niño. Algunos nos tomamos en serio la universidad»

Principito: «Vale, diviértete muuuucho kakakaka»

Principito: «jajajaja*»

Yo: «Grrrr»

Le mando el emoji de un león y dejo el móvil sobre la mesa para seguir aburriéndome mientras estudio.

* * *

Nunca me había alegrado tanto de acabar las vacaciones.

—Sube mi maleta, por favor —le pido a Dulce en cuanto entramos en nuestro maravilloso, putrefacto yapestoso portal de Madrid.

—¿Por qué no subes con nosotros en el ascensor? —quiere saber Niko comiéndose una piruleta.

En cuanto mi amiga y yo hemos llegado del pueblo, Niko estaba esperándonos en la estación de autobuses con el coche de sus padres para traernos de vuelta a casa, y supongo que Alan se encontrará arriba.

—Me da miedo —le respondo al asiático, y aguardo unos segundos para que se pueda reír con tranquilidad, pero no lo hace.

—Ah... A mí me dan miedo los monstruos que habitan debajo de mi cama —me cuenta, y Dulce se echa a reír, pero Niko la mira, ofendido—. ¿Te hago gracia?

—Sí.

—Eh... Bueno —los interrumpo—. Os veo arriba.

Mientras ellos cogen el ascensor, subo por las escaleras infinitas y, una vez que llego a mi planta con la lengua fuera, Dulce no tarda en abrir la puerta de nuestro apartamento. Alan viene a recibirnos, entusiasmado, y a mí me recuerda a mi perrito Plátano cada vez que llego a casa. Se funde en un abrazo con mi amiga y, cuando se separan, el principito me mira con una sonrisa dibujada en su rostro.

—Tienes mierda al lado de la boca, tío —le indica Niko, y Alan intenta limpiarse con la mano el lado contrario al que se refiere su amigo.

—He estado comiendo Nutella —se defiende el principito.

Me lo imaginaba. Está enganchado a esa porquería.

Niko y Dulce desaparecen del pasillo y se encierran en la habitación de mi amiga, con la excusa de que tienen que deshacer la maleta.

—Por favor, dime que estos días no te han hecho recapacitar para volver con el orangután de Iván —me dice Alan mirándome a los ojos—. Soy capaz de matarte.

Sonrío.

—No he vuelto con él, tranquilo. No vas a ir a la cárcel por asesinar a alguien que no merece la pena. —Acerco mi mano a su cara y borro con mi pulgar la mancha de Nutella, que se encuentra justo a medio centímetro de sus labios—. Pero hace unos días se presentó en mi casa para intentar que volviera con él. Quiso darme lástima diciéndome que sus padres no lo comprenden y que iba a ir a un terapeuta para que le curara la homosexualidad; me necesitaba en ese momento, pero yo, por una vez desde que lo conozco, me negué. Uno de los propósitos de año nuevo es empezar a quererme más, aunque sé que me va a costar.

Alan me contempla con una ceja enarcada, sorprendido.

—Vaya... Estoy orgulloso de ti.

—Y mira... —Le enseño mis uñas negras—. Me las he vuelto a pintar.

Frunce la nariz, como si el color oscuro estuviera prohibido en su mundo de la piruleta.

—Yo te hubiera pintado cada uña de un color diferente, pero me gusta cómo te quedan —me dice, y extiende sus brazos hacia mí—. Ven, que quiero darte uno de mis abrazos amorosos.

Dejo que me achuche fuerte contra él, que es algo que he echado de menos estos días.

—Gracias.

A Alan se le escapa una carcajada y yo estoy a punto de volverme loco con su aliento chocándose contra mi oreja. Después, se separa de mí y su mirada se encuentra con la mía.

—Mira, Leo, yo no sé cómo decirte las cosas para que te des cuenta —me dice, y yo no entiendo de qué está hablando, así que frunzo el ceño—. Me gustas —confiesa sin apartar sus bonitos ojos de mí—. Ya está. Ya te lo he dicho.

¿Qué acaba de decir? ¿Que le gusto? ¿No se habrá confundido de persona? ¿Yo le gusto a un principito?

—Uy... —logro responder, y bajo la mirada hacia mis manos, que juegan entre ellas.

—¿Uy? —inquieta Alan con una pizca de decepción.

—Esto... —No sé cómo comportarme, ni hacia dónde mirar, ni qué hacer con mis manos. Me rasco la nuca, incómodo y observando el suelo—. Voy a ducharme, que estoy cansadísimo del viaje y debo estudiar muchísimo para los exámenes, terminar varios trabajos, hacerme la cena y engancharme a algún *dorama*... —hablo de manera apresurada y me armo de valor para mirar a Alan durante un microsegundo, que me está escuchando con atención y cara de póquer—. Nos vemos por el apartamento... Adiós. —Cojo mi maleta del asa y me encierro en mi habitación, tan rápido que ni siquiera le doy tiempo al principito a decir algo.

Apoyo mi espalda en la puerta y me toco las mejillas ardientes con mis manos sudorosas. Saco mi móvil de mi bolsillo y le envío tropecientos mensajes de auxilio a Dulce, aunque se encuentre en la habitación de al lado y probablemente esté ocupada con Niko.

Yo: «Dulceeee, ayudaaaaa»

Yo: «Contéstame, por favor. Es cuestión de vida o muerte»

Yo: «Deja lo que estés haciendo con el asiático y responde»

Yo: «Ahhhhh. Voy a morirme como no me hables»

Estoy histérico.

Le insisto con unos cuantos mensajes más hasta que logro que se conecte.

Dulce: «Leo, me voy a cagar en tu descendencia. Ya puede ser importante tu problema para que hayas interrumpido la lengua de Niko en ya sabes dónde»

Me entra un escalofrío por todo el cuerpo al imaginarme esa escena.

Yo: «Gracias, pero no necesitaba tantos detalles»

Yo: «Bueno, a lo que iba... Alan me acaba de confesar que le gusto. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? He huido a mi habitación en cuanto lo ha soltado»

Dulce: «¿Es en serio, Leo? ¡Dile que también te gusta! No pierdas la oportunidad con Alan; está claro que queréis estar juntos. Niko y yo os damos nuestra bendición»

Yo: «Vale... Lo pensaré en la ducha... Seguid con lo vuestro, pero con protección ;))»

Cuando salgo de la ducha, el olor a pizza se cuele en mis fosas nasales y mis tripas no tardan en rugir, así que deduzco que Alan se habrá preparado alguna para ahogar las penas de las calabazas que le he dado. Me lo imagino en su cama zampándose una pizza extragrande con piña, acompañado de unas cucharaditas de Nutella mientras ve esa serie de médicos promiscuos que tanto le gusta. Y con su gato al lado, que no puede faltar en esta escena imaginaria.

Durante mi baño, he pensado en lo que me ha dicho Dulce y le voy a hacer caso, como llevo haciendo desde que la conozco, porque siempre lleva razón. Me arrepiento de no haberla creído en su momento cuando comencé mi relación con Iván... Me dijo que le daba muy mala espina y más de una vez he escuchado a mi novio llamándola «negra de mierda».

Cojo mis apuntes de mi guarida y doy tres golpecitos en la puerta de Alan, que la tiene entreabierta. La abro un poco, asomo la cabeza por el hueco y lo veo tumbado en su cama, con los apuntes esparcidos, el portátil abierto con música sonando de él, una pizza y su querido bote de Nutella; su gato duerme tan tranquilo en una caja de cartón en el suelo.

—¿Puedo estudiar contigo? —le pregunto con un hilillo de voz.

—Claro, ven. —Se incorpora para hacerme un hueco en su cama, apartando sus cosas, y me siento a su lado—. ¿Te lo sabes ya todo?

—Qué va. Casi ni he podido estudiar durante las vacaciones.

—Yo tampoco, pero todavía me acuerdo de algunas explicaciones de clase. Se me graban las cosas en la mente con facilidad.

¿Tendrá algún defecto este ser? Sí, que come demasiada Nutella, es rubio de bote e intocable.

—Ah... Qué bien —digo con tono desinteresado, mirándolo—. Guapo, listo y forrado de billetes. Ni siquiera sé por qué demonios te gusto.

—Porque tienes cara de culo a todas horas —me responde con seriedad, y después se echa a reír.

—Qué gracioso. —Me río de manera irónica, y Alan deja de reírse y me dice algo en lengua de signos—. Háblame en castellano, por favor, no como si estuvieras espantando moscas.

—Vale, te acabo de decir que me gustas porque tienes el culo tan redondito que parece un melocotón, y ya entiendo de dónde viene el apodo «melocotoncito».

Se me escapa una risotada y le doy a Alan un guantazo en el brazo.

—¡Por Dios, principito! Ya no miraré los melocotones de la misma forma por tu culpa.

—Perdón... —Hace pucheritos—. Bueno, aún no te has mojado con tus sentimientos hacia mí, y sé que son recíprocos.

—Uy... —vuelvo a repetir lo mismo que hace un rato, y ordeno mis apuntes con manos temblorosas para pensar en algo coherente que responderle, sin mirarlo—. Es que en realidad me

gusta tu padre, pero tengo la mala suerte de que está felizmente casado, así que no me queda más remedio que conformarme con su hijito. —Me tapo la cara con una hoja para que no me vea tan avergonzado y colorado—. Voy a suspender.

Alan me arranca la hoja de las manos y deja mi rostro al descubierto. Lo miro y finjo una sonrisa de inocencia.

—Holi —me atrevo a decir.

Está sonriendo, risueño.

—Entonces... —deja la frase a medias.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces deberíamos seguir estudiando si piensas que vas a suspender —me responde al fin, y yo me quedo a cuadros.

¿En serio? ¿Quién piensa en estudiar en este momento cuando cada uno se ha arrancado el corazón para entregárselo al otro? ¡Yo no me puedo concentrar con Alan delante! Que me diga que quiere estar conmigo, que seamos novios, que me pida matrimonio o lo que sea, pero que no se quede callado, porque yo no pienso dar ese paso; me da vergüencita.

De repente, oímos ruidos provenientes de la habitación de Dulce, concretamente gemidos de mujer escandalosos, y Alan y yo intercambiamos una mirada y nos reímos.

—No se cortan un pelo esos dos —comento con los gemidos de mi amiga de fondo, y golpeo la pared con la mano—. ¡Bajad el volumen!

—Déjalos, que han estado muchos días sin verse.

—Es que me dan envidia. Nosotros, estudiando, y ellos, pasándose en grande —confieso—. Esto no puede ser así.

—Tampoco es que estemos estudiando mucho...

Ahí lleva razón el principito. Desde que he entrado en su habitación sólo he cogido los apuntes para taparme la cara.

—Quiero hacerte una pregunta —le digo, y él suspira poniendo los ojos en blanco; se nota que está cansado de mis cuestiones comprometedoras.

—A ver, sorpréndeme.

Clavo la mirada en mi pulsera negra, como si ahí estuviera escrito lo que quiero preguntar.

—¿Por qué te gusto? Dímelo en serio —le pido—. Es algo que no comprendo. Tú eres un exquisito caviar y yo soy una simple mortadela de aceitunas.

—Me encanta la mortadela de aceitunas —suelta de pronto. Alzo la mirada hacia él y estallamos en carcajadas.

—Pues yo nunca he probado el caviar —admito—. ¿Está rico?

—Está asqueroso. Lo probé en una fiesta de famosillos con mi padre y tuvimos que entrar en el baño para escupirlo —me cuenta entre risas—. No sé por qué me comparas con esa cosa.

—Es lo primero que se me ha ocurrido que comen todos los millonarios.

—No todos comen lo mismo. —Acerca su mano a mi rostro—. Y respondiendo a tu pregunta... Me gustas porque, cuando sonrías, aparecen en tus mejillas unos hoyuelos muy graciosos. —Me acaricia la cara y yo sonrío, atontado; después continúa—: Me encanta que se te iluminen los ojos cuando hablas de tus obsesiones; también tu sentido del humor, tus gustos extraños y que tengas mucha personalidad. —Pasea su pulgar por mis labios entreabiertos y noto que se me seca la boca—. Me gusta cuando te pones borde, tus pintas de mendigo y que te pueda tener cuando te necesite.

Caray, ¿está hablando del mismo Leo? No sabía que tuviera todas esas virtudes, la verdad. Siempre me he valorado muy poco e Iván sólo resaltaba cada uno de mis defectos, como si fuera

la peor persona con la que se ha topado.

—Ahhh... —es lo único que contesto.

Alan se muerde el *piercing*, lo que hace que casi me abalance sobre él para mordérselo yo, pero me contengo. Después me mira, acerca su rostro angelical a mi cara y roza su nariz con la mía, torturándome. Al final, no aguanto más y me atrevo a besarlo, despacio. El principito me corresponde el beso, nuestras lenguas se buscan al instante y mi mente deja de pensar; mis manos se hunden en su suave pelo teñido mientras las de Alan viajan por mi espalda sin que despeguemos nuestros labios. Tras unos minutos, nos separamos para tomar aire y nos volvemos a mirar; Alan me está sonriendo con las mejillas encendidas.

—¿Qué? —pregunto.

—Todavía no me has contestado si te gusto. Sólo has dicho que tendrás que conformarte conmigo.

¿Es que tengo que decírselo de manera explícita? ¿No lo sabe ya? Además, debería olérselo, porque la mayoría de la gente se enamoraría de Alan; es imposible no caer rendido a sus pies.

Me entra calor y me abanico con las hojas de mis apuntes mientras el principito no aparta su mirada de mí, esperando las palabras mágicas.

—Pues... —empiezo—. Sí... Me... me gus... gustas —tartamudeo, y parezco imbécil.

—¿Así que te... te gus... gusto? —se cachondea de mí, el condenado.

Golpeo con mis folios su carita de niño mimado y él se ríe, agarrándose la barriga. Yo me canso de que se esté mofando a mi costa y me abalanzo sobre él para darle su merecido. Nos caemos en la cama y aprovecho que estoy encima para sujetar sus brazos por encima de su cabeza, aprisionándolo. Alan no deja de reírse y yo miro fijamente sus ojos azules de plástico.

—No te rías de mí, principito.

—Vale. —Se intenta aguantar la risa—. Pero suéltame.

Parece sincero, así que obedezco y sus manos no tardan en posarse en mi trasero.

—Confirмо lo que mis ojos ven —dice acariciando mi culo—. Lo tienes muy redondito.

Me quedo mudo mirándolo y notando su dureza contra mí. A continuación, Alan intenta tirarme a un lado de la cama para colocarse sobre mí, pero tenemos tanta mala suerte que nos caemos rodando al suelo. Chillamos y nuestras frentes se chocan; yo he caído sobre el principito y lo miro para asegurarme de que no me lo he cargado.

—¿Has muerto? —le pregunto.

Alan se masajea la frente sin parar de reírse. Me imagino a los dos despertándonos mañana con un pedazo de chichón instalado en nuestras frentes.

—Creo que sí, porque un ángel se acaba de caer sobre mí y me está aplastando —me responde.

—Oh...

Me caso con sus frasecitas.

—Mejor será que nos pongamos a estudiar en serio —me corta el rollo.

—Vale.

Nos levantamos del suelo y volvemos a sentarnos en su cama para continuar estudiando, pero antes reponemos energías comiéndonos la pizza, que ya se encuentra fría, y Alan me roba los trocitos de piña de mis porciones, porque sabe que detesto ese ingrediente. También compartimos unos cuantos besos más hasta que logramos ser responsables y nos concentramos en los apuntes. Sin embargo, como estoy agotado del viaje y de este día lleno de emociones, caigo rendido y me quedo dormido, con la cabeza enterrada en mis folios.

Capítulo 30

Alan

La desagradable voz de Simón me susurra palabras que no comprendo y su vomitivo aliento me roza la oreja mientras me sujeta con fuerza. Intento soltarme de él, pero no puedo, así que no me queda más remedio que propinarle un rodillazo en la entrepierna y lo dejo medio muerto al instante, quejándose del insoportable dolor.

Que se joda. Más daño me ha hecho a mí.

Aprovechando que lo he debilitado, me armo de valor y lo empujo por un precipicio que acaba de aparecer de la nada. Oigo sus gritos y me asomo para contemplar cómo su figura va desapareciendo lentamente por el abismo.

Por fin me he deshecho de ese hijo de puta.

Al darme la vuelta para marcharme, descubro que estoy encerrado en la misma habitación de siempre, con las paredes pintadas de gris claro y la cama vestida con sábanas de futbolistas. Simón ha sobrevivido a la caída y ahora se encuentra mirándome con sus ojos oscuros inyectados en sangre. Intento gritar, pero mis cuerdas vocales no funcionan; miro hacia la puerta, pero se halla demasiado lejos de mi alcance. Simón se acerca poco a poco a mí, como un felino queriendo cazar a su víctima, y entonces huyo. Él corre detrás de mí y me alcanza, aunque, cuando está a punto de ocurrir lo de siempre, me despierto, sudando y respirando de manera agitada.

—Joder... —mascullo.

Me incorporo sobre la cama y cierro los ojos para tomarme unos minutos y calmarme, antes de volverlos a abrir y mirar a mi alrededor. La luz tenue de la lámpara ilumina mi habitación y Leo se encuentra sentado a mi lado, mirándome preocupado.

—¿Estás bien? —inquire, pero yo no contesto y me concentro en llenar de aire mis pulmones —. Me has tirado de la cama.

El corazón me da un vuelco al pensar en que le he podido hacer daño.

—Lo siento.

—No importa. —Finge una sonrisa—. No parabas de gritar el nombre de Simón.

Salgo de la cama y me dirijo a mi armario para sacar una toalla y una camiseta con los ojos de Leo clavados en mí. Cojo unos calzoncillos limpios del cajón de mi mesilla de noche y voy hacia la puerta, pero antes de abandonar la habitación para darme una ducha, me doy la vuelta hacia Leo.

—Vete a tu cuarto, por favor —le pido—. No creo que vuelva a pegar ojo y necesito estar solo.

—Vale —me responde con un tono de voz casi inaudible y desviando su mirada hacia sus manos.

No lo echo de mi habitación porque me moleste; al contrario, me encanta su presencia. Pero no puedo robarle más horas de descanso; necesita dormir mucho para enfrentarse a los exámenes, que los empezamos en menos de dos semanas.

Ya en el baño, me miro al espejo y me encuentro con mi careto asustado. Me quito la ropa y me

meto en la ducha, con el agua caliente cayéndome en la cabeza desde la alcachofa. Con mi esponja, me froto cada parte de mi cuerpo con fuerza para borrar todo el rastro de los recuerdos, como hago siempre, y consigo dejarme la piel enrojecida. Repito el proceso dos veces más, porque me doy muchísimo asco, y permanezco varios minutos debajo del agua, con la mente en blanco. Una vez que salgo del baño, me vuelvo a encerrar en mi dormitorio, sin Leo, y me tumbo en la cama, deseando que transcurra rápido lo que queda de noche.

Decido conectarme al WhatsApp y descubro a Leo en línea. ¿Estará hablando con Iván? Voy a enviarle un mensaje, por si acaso.

Yo: «¿No tienes sueño?»

Mendigo: «Me he desvelado y estaba esperando por si salías de la ducha y te conectabas»

Me quedo varios segundos pensando qué contestarle.

Si de verdad quiero intentar algo con Leo, antes debo ser sincero con él y contarle lo que me ocurrió, pero me veo incapaz, porque tengo miedo de que no me crea o me culpe a mí y ya no quiera nada conmigo porque le dé asco; tampoco necesito que sienta lástima por mí.

Escribo el mensaje, pero no me convence y lo borro. Suelto el móvil sobre la cama y suspiro, mirando al techo. Minutos después, vuelvo a cogerlo y Leo continúa conectado, aguardando mi respuesta. Escribo y reescribo infinitas veces, pero mis dedos no se atreven a enviar nada y el mendigo se estará preguntando qué demonios me pasa. Al final, él rompe el hielo y me manda el emoji de un pollito que me hace sonreír.

Entonces le respondo:

Yo: «Quiero contarte lo que me pasa y por qué tengo pesadillas y no tolero el contacto físico de casi nadie, pero no me apetece derrumbarme ni relatarte una historia tan horrible, y menos por mensajes a las tres de la mañana»

Escribiendo...

En línea.

Escribiendo...

Mendigo: «Mira, vamos a hacer una cosa... Si quieres contármelo, usa una palabra que lo defina, o como mucho cinco, sin entrar en detalles para que te quedes más tranquilo. Ya tendremos tiempo más adelante para que me cuentes la historia al completo, si es que te ves con las fuerzas suficientes. ¿Qué te parece la idea?»

Yo: «No suena tan mal... Déjame un momento para pensar en esas palabras, pero no te quedes dormido»

Mendigo: «Vale. No tardes, que acabo de bostezar»

Vuelvo a repetir el proceso de escribir y reescribir lo que me pasa, resumido en cinco palabras, pero no soy valiente y las borro. Me desconecto del WhatsApp, dejo el móvil a un lado y contemplo el tatuaje de la runa en mi muñeca durante diez minutos, dándole vueltas a la cabeza.

En un impulso, agarro el móvil y le envío a Leo las cinco palabras separadas en cinco mensajes diferentes, porque no puedo escribir ni leer la frase completa de lo repulsiva que es.

Yo: «Mi»

Yo: «exnovio»

Yo: «abusó»

Yo: «de»

Yo: «mí»

He tenido que utilizar la palabra «abusó» porque no suena tan fuerte como la otra que no me atrevo a pensar.

Envío emojis aleatorios hasta que la última palabra desaparece de la pantalla. Leo sigue conectado, pero imagino que se habrá quedado frito con la aplicación abierta.

Si soy sincero, me he quedado más tranquilo confesárselo, aunque sólo haya sido por WhatsApp.

No tarda en llegarme su respuesta:

Mendigo: «Necesito abrazarte ahora mismo»

Yo: «Hazlo»

Se presenta en mi habitación en menos de lo que canta un gallo y yo me incorporo sobre la cama. La puerta se cierra sola y Leo me sonrío y se sienta a mi lado, para después fundirse en un reconfortante abrazo conmigo.

—¿Es normal que tenga ganas de cometer un asesinato? —me pregunta, y yo me río sin ganas.

—Estoy bien, no te preocupes.

Leo se separa de mí y me mira a los ojos para asegurarse de que le estoy diciendo la verdad, aunque a mí se me da bastante bien fingir delante de los demás.

—¿Quieres contarme lo que ocurrió? —inquire, y creo que está sintiendo lástima por mí.

—No. Mejor duérmete, que es muy tarde.

Quizás algún día me anime a contárselo, cuando lo tenga totalmente superado... Es mi problema y no tiene por qué saberlo nadie. Cuanta menos gente sepa lo que me ocurrió, mejor. Los detalles sólo los conocen Dylan, Niko y mis padres.

—¿Es que tú no piensas dormir o qué?

—No creo que pueda —le respondo.

—Yo tengo un pequeño truco que me ayuda a relajarme y dormir. Túmbate.

Por un momento desconfío de él, pero luego pienso que es Leo, el chico más tierno e

inofensivo que he conocido en mi vida, y le hago caso, tumbándome mirando al techo.

—¿Y ahora, qué?

Leo se acuesta de lado para mirarme.

—Cierra los ojos y pon tus manos sobre tu barriga —me indica, y yo obedezco; después, siento que posa una mano sobre las mías—. Ahora concéntrate en respirar profundamente y nota cómo tu tripa se hincha como un globito.

Se me escapa una risita y abro un ojo.

—¿Y esto te funciona para quedarte frito?

—Sí, me lo enseñó mi psicóloga para la ansiedad —me contesta—. Venga, respira.

Vuelvo a cerrar los ojos y hago lo que me ha dicho. Siento que mi barriga se llena de aire, elevando mis manos y la de Leo; después, lo suelto poco a poco y repito lo mismo varias veces.

—Muy bien —me felicita, y aparta su mano. Abro los ojos y lo miro—. Haz lo mismo hasta que te relajes del todo. Ya verás cómo, sin darte cuenta, te quedas dormido como un angelito.

—Vale, pero no me sueltes, por favor —le pido.

El mendigo esboza una bonita sonrisa, apaga la luz de mi lámpara y vuelve a colocar su mano sobre las mías.

—Buenas noches —me susurra. Deposita un beso en mi oreja y se le escapa una carcajada—. Mierda, quería dártelo en la boca, pero no te veo.

Me hace reír.

—Pues anda que confundir mi oreja con mi boca...

Su mano libre se pasea por mi cara, empezando por la frente y descendiendo por mi nariz, hasta que encuentra mi boca. Sus dedos acarician mi *piercing* e, instantes después, sus labios se posan sobre los míos.

—Ahora sí, buenas noches, principito —me dice, y se acurruca junto a mí.

—Buenas noches, mendigo.

Sigo su consejo de respirar de manera profunda, con su mano sobre las mías y su cálido cuerpo pegado a mí. Oigo su respiración calmada e intento que la mía vaya al mismo ritmo que la suya. Siento cómo mi mente deja de pensar, relajándose, y no tardo en olvidarme de mi alrededor.

* * *

Me acabo de despertar y faltan cinco minutos para que suene la alarma de mi móvil. Tengo la cabeza de Leo recostada sobre mi tripa y aprovecho para acariciarle su cabello negro; sus mechones ondulados son tan suaves que da gusto tocarlos, y no entiendo por qué no los luce más en vez de tapárselos con gorritos y gorras.

Esta noche he dormido como un bebé a su lado, sin soltar su mano, pero en algún momento se la habré apartado, porque cuando he abierto los ojos, me he encontrado al mendigo babeando en mi camiseta y roncando.

Acercó mi móvil a su oreja y, cuando suena el canto de un gallo, Leo da un respingo, dándose un susto de muerte, y se incorpora sobre la cama. A mí me entra un ataque de risa, pero él sólo me mira, queriendo provocar mi asesinato y esconder mi cuerpo en el armario. Después, se vuelve a tumbar, dándome la espalda, y yo me siento un poquito culpable por haberlo despertado de esa manera tan terrorífica, pero a mi favor diré que ha sido una escena de lo más cómica.

—No te enfades, león —le digo, y me pongo de lado para abrazarlo por la espalda y colocar mi cara en el hueco de su cuello—. Perdóname. Quería reírme un poco.

—Quita tus zarpas de encima, Alan —me espeta con voz pastosa—. No estoy de humor para que un nene de papá me moleste con sus tonterías.

—Qué mal despertar tienes.

—Lo sé. Tengo ganas de estamparte contra la pared y todo.

Me río y le doy un besito en el cuello.

—Pues yo me pongo mimoso por las mañanas —le susurro, y noto cómo se estremece.

—Piérdete, principito, y déjame dormir cinco minutos más —me responde como si estuviera agonizando—. Además, te apesta la boca a aliento mañanero.

No le hago caso y sigo acurrucado junto a él, besándole el cuello y el hombro, pero Niko entra de sopetón en mi habitación, en calzoncillos y sujetando un cepillo de dientes. Leo y yo nos incorporamos, incómodos, mientras mi amigo nos contempla con una ceja enarcada, y la puerta se cierra tras de él.

—¿No sabes llamar antes de entrar? —le espeto.

—Uff... Qué bueno está el chino —comenta Leo a mi lado sin apartar su mirada adormilada de mi amigo. Pero se pone en alerta cuando se da cuenta de las palabras que ha soltado y se tapa la boca con la mano.

—Español con antecedentes coreanos —lo corrige Niko señalándolo con el cepillo de dientes—. Por cierto, acaba de venir tu exnovio orangután. Dice que quiere hablar contigo y regalarte una cosa; está en el pasillo esperándote.

Joder con ese tipo. ¿No tiene un poquito de dignidad? ¡Es una auténtica almorzana en el culo!

—¿Qué? —A Leo se le descompone el rostro.

—¿Y por qué lo has dejado pasar? —le pregunto a Niko.

—Yo qué sé. —Mi amigo se encoge de hombros—. Estaba dormido cuando he escuchado golpes en la puerta. Le he abierto, pero cuando he querido cerrarle, me ha empujado y ha entrado. Casi le pego un puñetazo en esa cara de baboso que tiene.

La puerta de mi habitación se abre de repente e Iván asoma la cabeza.

—Hola —nos saluda, y sus ojos se detienen en su ex—. Leo, quiero hablar contigo a solas. ¿Vienes? —le pide con la mirada suplicante.

Ladeo mi cabeza hacia Leo, que juega con su pulsera, inquieto.

—Vale —responde, y a mí me rompe el corazón. A continuación, se levanta de mi cama y mira a Iván—. Pero luego te marchas.

—Claro.

Antes de que Leo desaparezca de mi habitación, lo llamo:

—Mendigo.

Se gira en mi dirección y lee mi expresión.

—No voy a volver con él, tranquilo —me asegura, y después se larga.

No lo he creído. Sigue metido en ese maldito círculo vicioso con ese orangután; se va a pasar la vida rompiendo con él y volviendo.

—Te estás pillando demasiado —interviene Niko todavía en mi habitación, y yo me paso la mano por el pelo, exasperado.

—Sabe lo que me pasó. Se lo conté anoche por WhatsApp.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

Me levanto de mi cama y me dirijo al armario para coger la ropa que voy a ponerme.

—No le ha importado —le respondo sin mirarlo—. Pero sé que le doy pena.

—No le das pena. —Niko se acerca a mí y apoya su mano en mi hombro—. Poco a poco, Alan.

Me giro para mirarlo y señalo con mi cabeza su cepillo de dientes amarillo para cambiar de tema.

—Dime que ese es tu cepillo de dientes y que ha dado la casualidad de que es del mismo color que el mío.

—Es el tuyo —me contesta enseñándome su dentadura blanquecina, que me dan ganas de arrancársela con las manos—. Lo uso siempre que me quedo.

Me entran arcadas y me abalanzo sobre mi amigo para descuartizarlo, pero él me lo impide, sujetándome con fuerza.

—Yo te mato, cabrón.

—Somos hermanos. —Sonríe con expresión de chulería—. Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo.

Le doy un pequeño empujón, le dedico una peineta, le digo que lo odio con todo mi ser por haber hecho que me lave los dientes con sus babas y me largo de mi habitación para arreglarme e ir a clase.

* * *

Llevo todo el día acostado en mi habitación de la casa de mis padres con una migraña de mil demonios. Me he tomado una pastilla para que se me quiten el dolor y las malditas náuseas, pero parece que no tienen la intención de irse. Un plan estupendo para un sábado.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? —Mi madre irrumpe en mi habitación y se acerca a mí con el ruido de sus tacones, que hace que mi sien izquierda palpite sin descanso. Agradezco que encienda la lámpara y no la luz del techo.

—Igual —respondo tapado hasta la cabeza.

—¿Te has tomado algo?

—Sí, pero no se me quita el dolor.

—Pobrecito —murmura con lástima, e imagino que estará negando con la cabeza—. No me queda más orégano caducado... El último os lo fumasteis tus amigos y tú en Nochevieja.

—Vete y déjame tranquilo, mamá.

—De todas formas he avisado a Leo para que venga a cuidar de tus hermanos. Así descansas.

Al oír esa información, salgo de mi cueva de sábanas, me incorporo sobre la cama y casi me mareo por culpa de las palpitations de mi cabeza, que han empezado a ir a toda hostia. Mi padre y ella se van toda la noche a un evento al que los han invitado y se suponía que me iba a quedar yo con mis hermanos, porque Leo tiene los fines de semana libres. Pero todo se ha complicado en cuanto he comenzado a sentirme mal después del almuerzo, y mi cabeza me ha avisado de que se avecinaba una grandiosa migraña. Además, no tengo ninguna gana de que venga el mendigo; llevo toda la semana evitándolo, aunque ha sido de lo más difícil cuando estamos casi las veinticuatro horas del día juntos.

Imagino que habrá vuelto con el orangután, pero no me lo ha dicho; sólo lo he deducido yo porque ese idiota se presentaba cada mañana con un regalo nuevo y no tardaba en irse. Por otra parte, Leo también se negaba a ir conmigo a la facultad con el coche y prefería coger el autobús, con la excusa de completar sus deberes para la próxima sesión con su psicóloga. Y, por las tardes, cuando regresaba de trabajar, quería quedarse estudiando conmigo en mi cuarto, pero yo le decía que me concentraba mejor en soledad.

—Ya me encuentro mejor. Casi ni me duele —le digo a mi madre, y siento la primera arcada.

—¿Ah, sí? —inquiere sin creérselo, tendiéndome mi papelera—. Vas a necesitarla.

No tardo en arrancársela de las manos y vomito dentro. Mi madre se sienta en mi cama, a mi lado, y me acaricia el pelo mientras vacío mi estómago.

—Estoy bien ya —digo en cuanto acabo, abrazando la papelera llena de vómito—. No necesito que venga ningún niño.

—¿Sabías que una migraña aumenta la probabilidad de que te dé un ictus? —me cuenta con voz de madre sargento, y sé que lo dice para asustarme—. Lo he leído en Internet, no me lo he inventado.

—Deja de leer, mamá.

Mi padre, ataviado con un traje azul marino superelegante, da un golpe en la puerta con su puño y entra en mi habitación.

—Enana, vámonos ya —le dice a mi madre, y olisquea el aire—. ¿Huele a vómito?

—Sí. —Mi madre me roba la papelera y se la da—. Te toca cambiarle la bolsa, por preguntar.

—Joder —masculla él, que le echa un vistazo al contenido y hace una mueca de asco.

Mi madre se levanta y se plancha su precioso vestido negro con las manos.

—A dormir, Alan —me ordena, y yo me vuelvo a tumbar en la cama. Me tapa con las mantas como si fuera un niño pequeño y, para terminar, me da un beso en la frente—. Dulces sueños, bebé.

—Lo mimas demasiado —interviene mi padre.

—Tú lo mimas más que yo —replica ella con su voz de pito, y se dirige a la puerta junto a mi padre; después, ladea su cabeza en mi dirección—. No me quedo tranquila dejando a mi niño enfermo.

—Estaré bien. Lo más probable es que os encontréis trozos de mi cerebro por toda la habitación cuando lleguéis. Pero estad tranquilos.

—¿Ves? Estará de puta madre —interviene mi padre—. Y encima tendremos a Piolín haciendo de Frankenstein.

—Ja, ja, ja —río con ironía, y me vuelvo a tapar hasta la cabeza para decir con voz amortiguada—: Largo de mi cuarto ya.

Sólo espero que la noche termine rápido y que a Leo no se le ocurra hacerme una visita a mi habitación con su sudadera nueva de *Star Wars*, que se la ha regalado el orangután, ni que me cuente que esta tarde, con toda probabilidad, haya vuelto a romper con él. Tampoco me apetece que se lance a mis brazos para que lo consuele con mis besos y que mañana se vuelva a convertir en la marioneta de ese impresentable.

Capítulo 31

Leo

—Que los mellizos cenén comida normal y no porquerías, y acuéstalos temprano —me dice Ari por millonésima vez, señalándome con su dedo índice—. Que Hannah no salga bajo ningún concepto, ni aunque te diga que se tiene que ir a casa de su amiga porque lo está pasando mal. No caigas en su chantaje emocional. Y deja dormir a Alan porque está malito con migraña. Llegaremos tarde, así que puedes comer lo que quieras y ponerte la tele. Si ocurre cualquier cosa, me llamas. ¿Entendido? —Me mira fijamente con sus penetrantes ojos verdes.

—Creo que le ha quedado bastante claro al chaval —interviene Álvaro.

—Sí, entendido —respondo sonriendo con educación.

Ari me ha llamado hace una hora para pedirme si podía cuidar a sus hijos, porque se tiene que ir con el Buenorro a un evento de famosos. Se ha disculpado un montón de veces porque se sentía culpable por si había hecho planes, pero le he dicho que no pasaba nada. En realidad no me ha importado venir; así gano más dinero.

—¿Por qué llevas siempre un gorrito? —Álvaro extiende su brazo hacia mi cabeza y me arrebató mi gorro—. ¿Es que se te nota el cartón tan joven? —Me revuelve el pelo y yo me pongo colorado.

—¡Álvaro Aitor! ¡No te comportes como un niño! —lo regaña su mujer, que le quita mi gorro; luego me lo devuelve—. Perdónalo. Con cada año cumplido, su neurona se vuelve más tonta.

—¡Oye! —se queja el otro—. Te voy a castigar sin sexo esta noche.

Me encanta esta pareja. Ahora veo a Álvaro con otros ojos al tener la suerte de conocerlo en persona. Pensaba que era un cantante con la fama subida a la cabeza, pero me he llevado la sorpresa de que no ha sido así.

—No importa —respondo con un hilillo de voz, sonriendo, y me coloco mi gorrito.

—Es un niño de cuarenta y un años —me susurra Ari.

Ya sabía la edad de él, obviamente. Sin embargo, me mata la curiosidad por saber la de ella, porque parece muy joven.

—¿Cuántos años tiene usted? —le pregunto a Ari, y se me queda mirando, ofendida.

—Eso no se le pregunta a una señorita —me responde.

—¿Qué señorita? —interviene Álvaro, divertido. Ari le da un golpe en la barriga con su bolso de mano.

Me caso con ellos. No me extraña que Alan los adore tanto.

Tres horas después de que Ari y Álvaro se hayan marchado, consigo acostar a Aitor y a Mimi. Les he preparado espaguetis con salchichas para cenar, y la cocina se ha convertido en el escenario de una guerra con espaguetis voladores cayendo por cada rincón y manchándolo todo de tomate. Les he regañado un montón de veces, pero no me hacían caso, y Hannah estaba sentada a la mesa, a su bola con su móvil y su ensalada, porque no come hidratos por la noche. Cada vez estoy más seguro de que me he equivocado con mi carrera. Los niños (en concreto estos) se me están dando mal y no me veo el día de mañana poniendo orden en una clase con casi treinta

alumnos menores de cinco años.

Ahora estoy terminando de limpiar el estropicio de la cocina mientras los demás duermen. Hannah se ha metido en su cuarto, pero imagino que no se habrá quedado sola todavía y estará hablando por WhatsApp con alguna amiga, y Alan continúa en su habitación y no ha bajado en toda la noche.

Sin embargo, cuando salgo de la cocina, me encuentro a Hannah dirigiéndose a la puerta de la entrada, de puntillas y sin hacer ruido, mientras sujeta sus tacones. Echo a correr y me interpongo entre ella y la puerta.

—¿A dónde te crees que vas? —exijo saber, y ella bufó porque la he pillado *in fraganti*.

Lleva un abrigo negro y las piernas descubiertas, así que no es muy difícil adivinar que se ha puesto un vestido por debajo y que se iba a escapar para irse a una fiesta.

—Me voy a casa de Gigi. Me necesita.

Me cruzo de brazos y me armo de valor para mirarla a los ojos y creo que el que manda esta noche soy yo. Aunque sea igual de bajita que su madre y tres años menor que yo, no puedo evitar que me imponga su presencia.

—Sabes perfectamente que no puedes salir de casa. Tus padres me lo han ordenado.

Me dedica una mirada de arrogancia.

—Soy mayorcita y sé cuidarme sola. No necesito que ningún niño me cuide, y menos un mindundi como tú.

—No te voy a dejar salir —respondo con paciencia, y ella suelta una risa sarcástica.

—¿Me lo vas a impedir tú?

Cuando estoy a punto de abrir la boca para contestarle algo, nos interrumpe alguien bajando las escaleras.

—Él no te lo va a impedir, pero yo sí —interviene Alan acercándose a nosotros.

Se me seca la boca en cuanto mis ojos se permiten echarle un vistazo de arriba abajo. Viste una camiseta vieja azul y unos pantalones de chándal negros; su pelo rubio está perfectamente revuelto, aunque se nota que se ha tirado todo el día acostado por la cara de zombi que trae.

—Tengo que ir con Gigi —insiste Hannah mirando a su hermano mayor—. Está muy triste y necesita llorar en mi hombro mientras comemos helado de chocolate.

—Pues que se venga a casa y hacéis eso en tu habitación —le responde Alan, autoritario—. Pero tú de aquí no vas a salir, ¿entendido?

—Joder, maldito convento. ¿Para eso he perdido dos horas arreglándome? —protesta ella; después, se marcha escaleras arriba, enfurruñada.

Alan posa su vista azulada y llena de legañas en mí y me dedica una bonita sonrisa.

¿Por qué se habrá estado comportando tan extraño conmigo durante la semana? Desde que me confesó por mensaje lo que le ocurrió, intenta evitarme por el apartamento y en la uni; sólo me ha hablado porque no le quedaba más remedio para ponernos de acuerdo con las tareas del piso. Actúa como si yo tuviera la lepra, o algo peor, y en clase ha empezado a sentarse lejos de mí, con la excusa de atender mejor a los profesores.

—¿Qué tal tu cabeza? —inquiero rompiendo el hielo.

—Sigue doliéndome. —Suelta un profundo suspiro—. Me acabo de despertar de una buena siesta.

Sonrío y me acerco más a él. Aproximo mis manos a su rostro, con la intención de quitarle las legañas, pero Alan da un paso hacia atrás.

—Sólo quería quitarte las legañas —le digo antes de que piense algo raro—. ¿Puedo?

Se queda un momento discutiendo con su Alan interior, y finalmente responde:

—Vale.

Ahora sí, vuelvo a repetir lo de antes sin ninguna interrupción, y consigo arrebatarse, despacito y con cuidado, el par de legañas que adornaban sus preciosos ojos. Noto que Alan se tensa con mi toque y su aliento se choca contra mi cara. Mis manos continúan sobre su rostro y se me seca la boca aún más al ver su mirada y sus labios entreabiertos.

¿Hace calor en esta casa o soy yo la estufa humana? Porque siento que estoy sudando a mares, y más por las manos y las axilas.

¡Hostias, las manos! ¡Le estaré manchando la carita de niño de papá a Alan con mi asqueroso sudor!

Me ordeno a mí mismo a apartar mis pegajosas zarpas de su rostro y me las seco en los vaqueros, creo que con disimulo.

No, mierda. La he cagado. Alan quería que lo besara y acabo de hacer el gilipollas. Porque cuando un chico te mira con esos ojos tan intensos y tiene la boca entreabierta, es que está esperando a que te comas sus morros como si estuvieras hambriento de besos. No lo digo por experiencia; sólo me baso en los consejos sobre chicos que salían en las revistas de adolescentes que se compraba Dulce cuando íbamos al instituto.

—¿Quieres que te dé un masaje en la cabeza? —le propongo, y él enarca una ceja—. A mi madre se le quita el dolor cuando le hago uno. También sufre de migrañas.

«Alto ahí, Leo», me detiene mi mente.

¿De verdad estoy preparado para manosearle el pelo al chico del que siento cosas y no morirme de un infarto?

Pues no, no estoy preparado para hacer algo así, pero me muero por hundir mis manos en su cabello y fijarme bien en las raíces para comprobar por mí mismo si es rubio natural.

—Vale —es lo único que Alan responde, otra vez.

Está muy poco hablador hoy y yo no soy muy bueno dando conversación.

Nos encaminamos hacia el salón y me siento en el sofá. Le hago una seña al principito para que se tumbe con su cabeza apoyada en mis muslos.

—Cierra los ojos —le indico, y él hace lo que le digo.

Respiro hondo y coloco mis manos en su cuero cabelludo. Comienzo a acariciarle la cabeza, como si se la estuviera enjabonando, y me sudan las jodidas manos de nuevo. No creo que a Alan le guste que lo peine con mi sudor con aroma de *Eau de Mendigué*. Luego, estudio las raíces con mi vista de lince, pero no las veo oscuras, así que seguramente se habrá teñido hace poco.

—¿Me estás dando un masaje o estás buscando piojos? —me interrumpe Alan abriendo los ojos de golpe, y se me queda mirando; yo quito las manos de su cabeza, avergonzado.

Yo tuve piojos cuando era pequeño. Una niña que olía fatal me los pegó en el colegio y mi madre se tiró toda una tarde buscándolos por mi cabeza; también me la lavó con un champú especial que los mataba.

—Perdón —me disculpo—. Es que estaba comprobando tus raíces.

Se ríe.

—Te he dicho mil veces que soy rubio natural.

—Pero es que sigo sin creérmelo —admito—. ¿A quién has salido así? Ni tus padres ni ninguno de tus hermanos son rubios con los ojos azules.

Se vuelve a reír.

—¿Quizá porque mis padres me encontraron en la basura?

—Sí, claro —contesto con sarcasmo—. Eso es lo que nos dicen todos los padres. A mí también me encontraron en la basura, entonces.

—Te lo digo de verdad, Leo. —Me mira, serio—. Mis padres biológicos me metieron en una caja de cartón y me dejaron al lado de un contenedor de basura cuando estaba recién nacido —me cuenta, y parece sincero, pero me cuesta creer algo así—. Tuve la suerte de que mis padres pasaron por allí, me vieron y me llevaron a un hospital. Si no llega a ser por ellos, no sé dónde habría acabado.

Necesito un momento para procesar toda esta historia tan inverosímil. Si resulta ser verdad, no me cabe en la cabeza cómo una persona puede tirar a un hijo como si fuera basura.

—Vaya... No sé qué decirte —musito, asombrado.

—¿Con lo admirador que eres de mi padre no sabías que tenía un hijo adoptado? Menudo timo de fan.

—No conozco toda la vida privada de las personas que admiro —me defiendo—. ¿Entonces es cierto que eres rubio natural?

—Que sí. —Pone los ojos en blanco—. ¿Me sigues haciendo el masaje?

—Vale. Vuelve a cerrar los ojos.

Reanudo mi maravilloso masaje quita-migrañas, pero esta vez hago movimientos circulares con mis dedos en las sienas de Alan, para luego continuar por toda la cabeza. Mi madre me dice que le relaja, pero al principito no sé si le estará haciendo efecto. Acaricio su mejilla con la mano y poso mi vista en sus labios, que los recorro con mi dedo con suavidad y me detengo en su *piercing*, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no besarlo. Alan sonríe con los ojos cerrados y a mí me siguen sudando las manos. Aparto los dedos de sus deliciosos labios, vuelvo con el masaje y, un rato después, consigue dormirse como un bebé y yo permanezco mirándolo.

Cuando transcurre una hora, se oye la puerta de la entrada y doy un respingo. Por suerte, Alan no se ha despertado; continúa profundamente dormido con su cabeza en mis muslos. Los ruidos de unos tacones se acercan y Ari aparece en el salón. Detiene su mirada en nosotros (sobre todo en mí), y su expresión se vuelve amenazante.

En estos momentos sé que Alan y yo podemos parecer algo más que amigos y compañeros de piso.

Álvaro entra en el salón con las mejillas sonrosadas y bastante contentillo, y suelta una carcajada en cuanto se da cuenta de la escena.

—Pero qué romántico. —Dibuja un corazón con sus manos.

Ari nos contempla con los ojos entrecerrados y cruzada de brazos.

Estoy muy nervioso. Tengo la sensación de que esa mujer me va a despedir por estar dándole masajes a su hijo.

—Ya te puedes ir a tu casa —me ordena ella; después, ladea la cabeza hacia su marido, que está mirando su corbata como si fuera lo más interesante del mundo—. ¡Álvaro Aitor, deja de hacer el imbécil y págale a Leo!

—¿Eh? —balbucea él mirándola y, de pronto, se le ilumina la bombilla y se pone recto, llevándose una mano a la frente—. A sus órdenes, sargento.

Alan se despierta a causa de los gritos y se incorpora.

—Ya habéis vuelto. —Se frota los ojos y se levanta del sofá.

—Sí, cariño. ¿Ya estás mejor? —le pregunta Ari, y Alan asiente con la cabeza—. Ven conmigo, que te voy a preparar un vasito de leche para que duermas bien.

Los dos se marchan del salón, pero ella me dedica unas cuantas miradas asesinas.

¿Qué le pasa a mamá osa conmigo?

—No tengo dinero suelto. —Álvaro sacude su cartera en el aire, después saca una tarjeta de crédito y me la pasa por la frente—. ¿Aceptas pago con tarjeta?

—Eh... No.

Suelta un bufido y se la guarda.

—¡Ariadna, no tengo dinero! —grita dirigiéndose a la cocina, y yo lo persigo. Alan se está bebiendo un vaso de leche, sentado a la mesa, con Ari a su lado—. Soy pobre.

—Arriba tenemos —le responde mamá osa. Sin embargo, antes de subir a la planta de arriba, me ordena—: Friega ese vaso antes de irte, que para eso te pagamos.

¿Eso ha ido con segundas? ¿Qué ha querido decir con «para eso te pagamos»? ¿Se habrá referido a lo de Alan y yo? A ver, que ahora mismo no somos nada, creo; no tiene motivos para empezar a odiarme.

Recojo el vaso de la mesa y lo coloco en el fregadero. Cuando cojo el estropajo, Alan me lo roba.

—No importa, ya lo hago yo —me dice—. Tú ya has terminado por hoy.

Sonrío y le arrebató el utensilio.

—No quiero que te destroces tus manos de bebé por fregar un simple vaso. ¿Y si se rompe y un trozo de cristal te hace un corte?

En sus labios se dibuja una bonita sonrisa.

—¿Me estás retando? —inquiere, y me vuelve a quitar el maldito estropajo de un tirón—. Sé fregar un simple vaso sin romperlo.

—¿El niño mimado se ha ofendido? —me burlo—. En serio, déjame a mí. No quiero que tu madre baje, te vea haciendo de criado y me despida.

Finalmente cede a regañadientes y me pongo a fregar el vaso. Ari aparece en cuanto acabo y me tiende el dinero sin borrar su expresión amenazante.

—Gracias por venir hoy —me dice, seca.

—No hay de qué.

Me despido de Alan y de ella, me pongo mi chaqueta de cuero, que la he dejado en el salón, y me marcho para coger el autobús.

—¡Espera, Leo! —Alan sale de su mansión unos segundos después, con su abrigo puesto y en zapatillas de andar por casa—. Quiero acompañarte hasta la parada.

Uy, su madre lo va a matar, y luego a mí.

—No hace falta. ¿Qué va a pensar de ti la gente si te ve en la cutre parada del autobús?

Alan se echa a reír, negando con la cabeza, y comenzamos a andar, pero cuando avanzamos un par de metros, se detiene frente a mí.

—¿Qué? —inquiero.

—¿Has vuelto con Iván?

¿A qué viene esa pregunta? Sabe perfectamente que rompí con él.

—No —respondo, extrañado—. Si lo preguntas porque ha estado la semana entera viniendo al piso, no te preocupes. Venía para rogarme que volviera con él, pero todas las veces lo he mandado a la mierda.

Prácticamente venía cada día llorando con un regalo en las manos y me suplicaba, de rodillas, que le diera otra oportunidad, si no, se suicidaba, pero no he cedido. Ya estoy harto de que me manipule.

—Ahhh. —Alan suena aliviado.

Deduzco que por ese motivo ha estado evitándome.

—¿Puedo besarte? —le pido con timidez, mirando mis manos.

—Llevo esperándolo desde que me has quitado las legañas.

Se me escapa una carcajada sin mirarlo. Sabía que los consejos de las revistas estaban científicamente demostrados.

—Perdón —me disculpo.

Alan posa sus dedos en mi mentón y alza mi cabeza, obligando a mis ojos a encontrarse con los suyos. Después, acerca su rostro al mío, junta nuestros labios y su lengua invade mi boca, produciendo un cortocircuito en mi interior.

No me canso de sus besos; estaría besando a este niño mimado hasta que me muera.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de que acabo de perder el autobús y tengo que esperar quince minutos a que pase el siguiente. A los dos nos hace gracia lo que ha sucedido y volvemos a besarnos.

—Toma. —Me quito mi gorrito y se lo coloco en la cabeza.

—¿Por qué me lo pones?

—Porque la gente va a pensar que eres un mendigo con ese pelo tan despeinado que tienes. Un niño de papá debe ir siempre impecable.

—No soy un niño de papá —replica frunciendo los labios.

—Vale, entonces empezaré a llamarte niño-basura. —Me río y él abre la boca para decir algo, pero se lo impido poniendo mi dedo índice sobre sus labios—. Es broma. No vayas a chivarte a tus papis de que tu niño te hace *bullying*. —Aparto mi dedo y lo cambio por un piquito.

—¿Entonces Iván se ha acabado para siempre? —vuelve a preguntarme.

—Que sí, cansino. Quiero estar contigo —confieso mirando sus preciosos ojos del color del cielo.

Uy... ¿He sido demasiado directo? Igual necesita tiempo para superar la putada que le ocurrió... No me explico cómo existen enfermos que les hacen daño a los demás de esa manera. Lo llego a saber el día que estuve en casa de ese tal Simón y le estampo una botella de ron contra la cabeza. Lo que no entiendo es por qué demonios no está metido en la cárcel con todo el daño que le ha hecho a Alan.

El principito sonrío y se muerde el *piercing*.

—Yo también quiero estar contigo —me responde.

Jo, es tan mono... Parece mentira que haya sufrido tanto con lo sonriente y positivo que es.

Lo achucho entre mis brazos y nos volvemos a besar hasta que el siguiente autobús aparece, y no nos queda más remedio que separarnos.

—Te veo mañana por la noche en casa —me dice. Se me van a hacer eternas las horas—. Mándame un mensaje cuando llegues sano y salvo.

—Lo haré. Hasta mañana, mi principito.

—Adiós, mendigo.

Nos damos un último beso y me subo al autobús, que a estas horas se encuentra casi vacío, y consigo sentarme en un asiento del final, desde donde me despido de mi principito azul con la mano, y él me sonrío y me saca la lengua.

Capítulo 32

Alan

Una vez que entro en casa tras despedirme de Leo, me encuentro a mi padre roncando en el sofá a pierna suelta, abrazando a Patata, y niego con la cabeza. Mi perra Dora se halla acurrucada en el suelo, durmiendo también, junto a Moon. Cojo una de las mantas del otro sofá y tapo a mi padre para que no coja frío y se resfríe, porque sus queridas admiradoras se tirarían a su cuello si cancela algún concierto. Después, subo a mi habitación y enseguida aparece mi madre con su pijama puesto.

—Hola, mami. —Me quito mi abrigo y lo coloco en el perchero.

—Bonito gorro —me dice sonriendo. Yo ni me acordaba de que el gorro de Leo seguía sobre mi cabeza—. ¿Puedo hablar contigo?

—Claro.

Nos sentamos en mi cama, y ella me mira, preocupada. No me ha gustado nada su comportamiento con Leo; siempre ha tratado a todas las personas con educación y respeto, y no como sirvientes.

—¿Leo es el chico que te gusta? —me pregunta yendo al grano—. Tu padre no me ha contado nada todavía.

—Sí, mamá. Me gusta, y no me ha parecido adecuada la forma en la que le has hablado.

—Lo sé. Reconozco que me he pasado un poquito con él, pero no quiero que nadie le vuelva a hacer daño a mi chiquitín. Mi instinto de madre sobreprotectora ha aparecido.

—Me lo he imaginado, pero Leo no es... ÉL.

—El lunes le pediré disculpas —me promete cogiéndome las manos—. Y lo achucharé fuerte para que sepa que lo acepto como yerno. Es un niño muy cuqui.

—Ni se te ocurra ponerme en evidencia —le advierto señalándola con el dedo, pero ella me da un manotazo.

—Ese dedito, Alan LeBlanc González —me regaña, pero al instante se sorprende y se lleva una mano a la barriga—. Oh...

—¿Qué te pasa?

Agarra mi mano y la coloca sobre su tripa de cuatro meses; enseguida siento una patadita.

—¿Lo notas? —inquieta con el rostro iluminado, y yo asiento con sonrisa de bobo.

Tengo muchísimas ganas de que nazca ya. Mis padres no quieren saber el sexo, pero yo estoy seguro de que será una preciosa niña.

De pronto, nos interrumpe el sonido de mi móvil y lo cojo de mi mesita de noche. Es un mensaje de Leo.

Mendigo: «Ya he llegado, principito. Buenas noches»

Esbozo una sonrisilla y le respondo:

Yo: «Buenas noches, león»

Bloqueo el móvil y descubro a mi madre mirándome con diversión.

—Qué carita has puesto. —Mueve las cejas de arriba abajo y luego me da un fuerte abrazo—. Me voy a poner celosa.

Me río y después me dice que se va a quedar esta noche a dormir conmigo, ya que mi padre la ha abandonado y ha preferido quedarse a dormir en el sofá, abrazando al gato obeso.

* * *

Cuando llego al apartamento tras pasar el día con mi familia, me encuentro a Leo cocinando algo en la vitrocerámica, así que me acerco a él y lo abrazo por la espalda para cotillear su comida; él se estremece.

—¿Qué haces?

—Tortilla francesa para un bocadillo —me responde, y a mí me rugen las tripas al oler y ver el delicioso manjar. Acto seguido, Leo coloca su tortilla entre dos trozos de pan.

—Qué buena pinta —comento, y le robo el bocadillo del plato con rapidez. El mendigo me mira con la boca abierta.

—¡Oye, no seas cabrón! ¡Hazte tu cena!

Sonrío y paseo mi lengua por el pan para hacerle saber que me pertenece. Cuando tienes tres hermanos que atracan la cocina constantemente, la única forma de que no se coman lo que me gusta es marcando territorio con un lametón.

—Ya lo he chupado —le digo, inocente—. Ahora es mío.

A Leo se le colorean las mejillas de rojo, pero deduzco que es de rabia y no por vergüenza.

—Era el último huevo que quedaba —me espeta.

—No pasa nada, lo compartimos.

—Lo has chupado. —Hace una mueca de asco—. ¿Ahora qué cenó yo?

—Se siente —le contesto con voz cantarina, y desaparezco de la cocina.

—¡Te odio, Alan!

En el salón, Dulce está cenando cereales con leche en el sofá mientras ve alguna serie en mi cuenta de Netflix. La saludo, dándole un beso en la mejilla, y me siento en el otro sofá para zamparme el bocadillo. Minutos después, el mendigo se une a nosotros, sujetando un plato, y se queda parado, pensando en qué lugar ocupar, si al lado de Dulce o conmigo. Finalmente, decide sentarse con el tipo que le ha robado su cena y yo aprovecho para ver qué se ha preparado.

—¿De qué es? —le pregunto señalando su plato, que contiene un bocata.

—De Nutella.

Me acaba de clavar un cuchillo imaginario en el corazón.

—Eso ha sido un golpe bajo —le digo.

—Te jodes, por robarme mi comida.

Mientras cenamos, Dulce se termina sus cereales y, un instante después, se queda frita en el sofá. Yo me sorprendo de lo rápido que coge el sueño esta chica; es capaz de dormirse hasta en lo alto de un árbol. ¿No tiene crisis existenciales?

Cuando me acabo mi bocadillo, me aproximo a Leo, que está concentrado viendo la tele, y le susurro en la oreja:

—¿Me perdonas?

Da un respingo y yo me echo a reír. Ladea su cabeza en mi dirección y araña el aire con sus uñas, a un centímetro de mi cara, mientras suelta su característico «Grrr».

—Leo, el león lelo ha sacado sus garras para atacar al que le ha robado la comida —bromeo como si estuviera en un documental de animales.

—Alan, el galán anal va a morir esta noche porque el león lelo va a asesinarlo con su espada —me contesta dedicándome una mirada desafiante.

—Uff... Qué mal ha sonado eso. —No puedo parar de reírme—. Soy un chico inocente y puro.

—Sí, claro. —Su tono es de sarcasmo.

—Todavía no me has dado ningún beso y lo llevo esperando desde que he llegado.

—Es que no te lo mereces. Estás castigado por robarme mi tortilla. —Me hace una pederreta y se levanta del sofá—. Me voy a dormir.

—Pues vaya novio que me he echado, que ni siquiera se digna a darme un beso de buenas noches.

Leo se me queda mirando como si yo fuera un marciano.

—¿Somos novios? —inquire totalmente descolocado, lo que me hace pensar que no se esperaba esa etiqueta.

—No lo sé. Dímelo tú.

—Sí... No... No sé... —me responde jugando con su pulsera y huyendo de mi mirada. Después, da un paso hacia atrás, se golpea las pantorrillas con la mesita de centro y suelta un quejido—. Ay, mierda. Adiós. —Y se larga del salón para encerrarse con un portazo en su dormitorio.

Me quedo a cuadros por su reacción. Menudo tipo.

Como todo el mundo está durmiendo en esta casa, llevo los platos sucios al fregadero y tapo a Dulce con una manta. Sin embargo, cuando ya estoy metido en mi cama, anhelo tener la compañía de Leo, así que me cuelo en su habitación a hurtadillas, y me acurruco junto a él, abrazándolo por la espalda y entrelazando mi mano con la suya. Me embriago con su aroma a melocotón y le planto un beso en el cuello.

—Qué cansino eres, principito —me dice con voz adormilada—. Eres peor que un grano en el culo.

—Cállate y duerme —le ordeno en un susurro, chocando mi aliento contra su cuello, y noto cómo tiembla—. Sé que te encanta que te haga compañía.

—Sólo un poco, pero no te emociones.

* * *

Al día siguiente, cuando terminamos la uni y comemos en el Chon con Dylan, Niko y Dulce, llevo a Leo a la casa de mis padres con el coche. Aprovecharé la tarde para estudiar o grabar algún vídeo, aunque con el mendigo merodeando por mi alrededor y haciendo ruido con la aspiradora, dudo que me concentre.

—¡Leítooo! —grita mi madre viniendo hacia nosotros como una bala en cuanto entramos por el jardín. Abraza a Leo tan fuerte que temo que lo aplaste y le rompa algún hueso—. ¡Mi nuevo yerno!

—Mamá, por favor, deja de avergonzarme —le pido, pero ella me ignora y sólo se dedica a darle besos en las mejillas a un Leo paralizado—. Vas a espachurrarlo con tanto abrazo.

Mi madre lo libera, por fin, y le coge las manos, mirándolo fijamente a los ojos.

—Siento mucho cómo te hablé el sábado —se disculpa, sincera—. Apareció mi faceta de

madre sobreprotectora porque no quiero que nadie dañe a ninguno de mis hijos. Sé que eres un niño muy bueno y tratarás a mi Alan como tu principito. —Se le escapa una risita al pronunciar la última palabra y a mí me entran ganas de desaparecer del planeta. Después, suelta las manos de Leo y lo señala con el dedo, en expresión amenazante—. Como yo me entere de que le haces pupa, te corto tu *Leoconda* y se la doy de cenar al perro pulgoso de los vecinos.

Al parecer, a Leo le ha invadido el mutismo ante la muestra de afecto y la amenaza de mi madre, porque no ha dicho ni pío desde que ha entrado en mi casa. Sólo permanece horrorizado, con la vista clavada en mi madre (algo que me extraña, porque cada vez que se siente incómodo es incapaz de mantener el contacto visual con nadie) y toqueteando su pulsera negra.

—Mamá, ya te vale —intervengo en defensa de Leo—. Lo has dejado sin palabras.

—¿Yo? —inquiere señalándose a sí misma—. Es tu novio, que es muy asustadizo.

Mi novio.

Todavía no puedo acostumbrarme a esa palabra.

—Se... Señora —consigue hablar Leo, tartamudeando y con las mejillas a punto de explotar—. Tra... Trataré bien a Al... Alan. Se lo prometo.

Se me escapa una carcajada, pero enseguida me arrepiento porque Leo me taladra con sus ojos verdes.

—Te creo, Leito —le dice mi madre, y le tira del moflete—. Ahora que te has convertido en mi yerno no pienses que te vas a escaquear del trabajo, que hoy te toca limpiar los baños y la cocina a fondo, que mi marido y mis otros trogloditas son unos marranos y lo dejan todo como una pocilga.

—Vale, señora.

—Deja de insultarme. —Mi madre pone los ojos en blanco al oír ese odioso término—. Bueno, voy a seguir echándome la siesta con mi marido. No molestéis.

Una vez que mi madre se marcha escaleras arriba, le deseo a Leo mucha suerte en su jornada laboral y subo a mi habitación con mi mochila y mi guitarra. Como los mellizos se encuentran en las clases particulares y Hannah no está, la casa se halla en completo silencio, así que es un buen momento para ponerme a grabar. Mientras coloco la cámara en el trípode, no tardo en decidir qué voy a cantar: *Jet Black Heart*, de 5 Seconds of Summer, que es una canción con la que me siento identificado en este momento de mi vida. Leo todavía no ha descubierto mi canal, a pesar de las pistas que le estoy dando; más de una vez he dejado mi portátil abierto enfrente de sus narices con YouTube en la pantalla, a propósito, pero no se enteraba porque estaba sumergido en algún manga.

Un rato después, termino de grabar el vídeo, saco la tarjeta de memoria de la cámara y me pongo a estudiar mientras miro las redes sociales. Subo una foto de mis apuntes a Instagram para que la gente sepa que estoy «estudiando» y le regalo un corazón a Niko en una foto que ha publicado, mordiéndole la mejilla a Dulce, y otro a Dylan, que se ha hecho un *selfie* con su conejito Thor. Después, suelto el móvil e intento concentrarme en los apuntes, pero me da hambre y bajo a la cocina, con la intención de saquear la nevera de mis padres. Descubro a Leo sacándole brillo al horno con la compañía del pequeño Aitor.

Joder. ¿Ya han regresado mis hermanos de sus clases? ¿Pero qué hora es? He perdido la noción del tiempo grabando el vídeo.

—Estoy ayudando a Leo —me informa mi hermano sentado en el suelo, y el mendigo se incorpora para estar a mi altura.

—Le he dicho que no hacía falta, pero se ha empeñado en ayudarme.

—Qué bien —les digo sonriendo. Mi hermano está empezando a adorar demasiado a Leo—.

Os dejo para que sigáis currando.

Me hago con una cuchara y un bote de Nutella, pero antes de marcharme de la cocina, Hannah aparece, enfurruñada y con los cascos puestos, desde los que suena la música superalta. Coge una Coca-Cola de la nevera, la cierra de un portazo y desaparece sin dirigirle la palabra a nadie. Lleva comportándose de la misma manera varios días: desde que mis padres hablaron con ella para aconsejarle que no volviera a ver a ÉL, pero piensa que todos la odiamos y estamos en contra de ella, cuando la realidad es que estamos preocupados por si las cosas se complican y acabe sufriendo. Mis padres me han pedido que me mantenga al margen de la situación; es algo que arreglarán ellos con mi hermana, pero me es imposible mirar para otro lado cuando alguien a quien quiero puede que esté en peligro.

—¿Qué le pasa a Hannah? ¿Por qué ya no nos quiere? —me pregunta Aitor, y yo lo miro con ternura.

—Sí nos quiere. Lo que le pasa es que está en una edad difícil en la que odia al mundo entero.

—Pues qué rollo. Yo no seré así cuando sea un adolescente.

Me acerco a mi hermano y le revuelvo el pelo; después, le doy un beso en los labios a Leo, con el que se pone colorado, y Aitor nos dedica un silbido. A continuación, me dirijo al salón para ver un capítulo de alguna serie, zampándome la Nutella, y me siento en el sofá, al lado de Mimi, que se encuentra absorta en la *tablet*, negando con la cabeza, con expresión de indignación.

—¿Qué te pasa, Pulgarcita?

—Estoy leyendo una noticia de una pareja que ha tenido un bebé por gestación subrogada —me cuenta, y alza la cabeza para mirarme—. ¿Por qué a la gente no le gusta adoptar *niños* si es prácticamente lo mismo? ¿Por qué tienen que usar a una mujer como si fuera un horno? ¡Estoy megaindignada!

Dios mío, cómo habla esta niña con sólo nueve años.

—La gente le da mucha importancia a los genes. Si adoptan un hijo, piensan que no sería lo mismo.

—Eso es una tontería —me contesta con voz de pito—. Tú no compartes nuestros genes y te queremos igual. Eres mi hermano mayor y nadie va a decirme a mí lo contrario. Que se vayan *todes* a freír espárragos.

Me echo a reír, abrazándola, y le doy besos en la cabeza.

—Pero qué bien te expresas.

Le quito la *tablet* porque ya ha leído suficientes temas de actualidad para personas adultas, y le pongo el canal de dibujos animados en la tele para que se entretenga un rato con cosas de niños. Y yo, como me aburro, tiro la cuchara llena de Nutella al suelo y cojo la campanita de la mesa de centro para agitarla, llamando al servicio de esta mansión.

—¡Criado!

Leo no tarda en aparecer en el salón.

—¿Qué quieres?

—Se me ha caído la cuchara al suelo. ¿Me puedes traer otra y limpiar la mancha de Nutella, por favor? —le pido con una sonrisa inocente.

Los ojos de Leo se desvían hacia el suelo para contemplar el pequeño desastre que he formado, y después se posan en mí.

—¿Me estás vacilando, principito?

—Haz lo que te ordeno, esclavo, que para eso mis papis te pagan.

El mendigo suelta un suspiro y recoge el cubierto del suelo para volver a irse. Mimi me dice

que parezco un *señoro*, y Leo regresa con una cuchara limpia y quita la mancha de Nutella con un trapo. Yo no paro de reírme, sujetándome la tripa, y el mendigo me lanza miradas asesinas.

—Muchas gracias. Ojalá Dios te lo pague con muchos hijos. Ya puedes retirarte, esclavo.

—Grrr —suelta arañando el aire en mi dirección, y se esfuma.

Cuando trascurren cinco minutos, Mimi me abandona porque se ha aburrido de ver cosas de «críos» y se marcha al jardín para jugar con Dora. Vuelvo a tocar la campanita y el mendigo viene otra vez.

—¿Y ahora qué?

—Necesito que me beses los pies. —Estiro mis piernas, las acomodo sobre la mesita de centro y muevo los pies, cubiertos por calcetines de Piolín. Leo los observa y arruga la nariz.

—No quiero besar queso —me espeta, y lo miro con el semblante neutro.

—O haces lo que te ordeno o te despido. Tú eliges.

—Te estás pasando, Alambrito.

—Te quiero —confieso de repente, pero Leo sólo me mira, pasmado. Para mitigar la incomodidad que le he provocado, añado—: Y quiero que me beses los pies.

Esboza una bonita sonrisa y aparecen sus sexys hoyuelos en las mejillas.

—De acuerdo, mi amo.

—Bien.

Leo se agacha, poniéndose de rodillas, y acerca su cara a mis pies con timidez; después, los huele y hace una mueca de asco. Los dos nos echamos a reír y luego deposita un beso en cada planta, que me parece un gesto de lo más sensual.

—¿Necesita algo más, principito? —me pregunta al incorporarse.

—No, gracias. Vuelve a retirarte.

Como a mis padres se les ocurra despertarse de su siesta y descubran que estoy nada más que molestando a Leo mientras trabaja, me van a regañar y al mendigo lo van a echar por mi culpa.

Muevo la campanita por tercera y última vez (lo prometo), y Leo entra en el salón, sonriendo.

—Alan, deja ya de molestarme. No voy a terminar la cocina nunca y tus padres me van a despedir.

—Sólo te quería pedir una dosis de besos, pero esta vez en la boca.

El mendigo pone los ojos en blanco y murmura «qué principito más odioso». Sin embargo, se encorva para estar a mi altura y junta su boca con la mía.

—Te quiero —susurro contra sus labios, y me doy cuenta de que frunce el ceño, como si no entendiera esas dos palabras llenas de sentimientos.

—Mmm... Gracias —me responde—. Voy a seguir limpiando. —Y se marcha, sin decirme nada más.

¿Me contesta con un simple «gracias»? ¿En serio? ¿Quién responde de esa forma cuando alguien te dice que te quiere? A lo mejor no se siente preparado para pronunciarlas, le da vergüenza o no se atreve. O quizá sea yo, que estoy yendo un pelín precipitado; siempre he sido así y le manifiesto a la gente que la quiero cuando lo estoy sintiendo... Me parece una gilipollez esperar para decirlo; yo vivo el momento.

No molesto más a Leo en lo que queda de tarde y, cuando acaba su jornada laboral, nos despedimos de mis hermanos y de mis padres, pero estos últimos nos secuestran en la cocina. Mi madre, con una sonrisa divertida, le entrega a Leo un sobre, y mi padre me da otro a mí.

—Un regalito, porque os lo merecéis —nos dice mi madre abrazándose al brazo de mi padre.

No me fío de ellos ni un pelo. Seguro que dentro se esconde algo comprometido y que nos

dejará en evidencia a Leo o a mí.

—Abridlos —nos anima mi padre, e intercambia una mirada cómplice con mi madre.

Ladeo mi cabeza hacia Leo, que tiene sus ojos puestos en mí, aguardando a que yo diga o haga algo, así que soy el primero en mirar lo que hay en el interior del sobre, pero no lo saco; tan sólo se me escapa una carcajada.

—¿De verdad? —inquiero mirando a mis padres.

Leo también se atreve a descubrir qué hay en el suyo y saca una tira de preservativos, con su cara a punto de estallar por lo roja que la tiene. Mis padres y yo no paramos de desternillarnos.

—Para que no os pase como a nosotros —comenta mi madre acariciándose la tripa.

—Hay que tomar precauciones —añade mi padre.

Leo no se atreve a mirarlos a la cara y sus ojos sólo observan las baldosas del suelo.

—Nos vamos ya —intervengo, y apunto a los señores con el dedo índice—. Ya os vale.

El mendigo y yo abandonamos la mansión con nuestros respectivos sobres y las risas de mis padres de fondo.

—Siento el mal trago que te han hecho pasar —le digo ya en el coche, y entrelazo mi mano con la suya.

—No pasa nada. —Se ríe—. Sabes que me encantan.

Me aproximo a su rostro y le doy un beso.

—Te quiero —le digo mirándolo a los ojos.

Tercera vez que se lo repito.

—Ehh... —Leo duda un momento, pero finalmente responde—: ¿Gracias?

—De nada.

Y estallamos en risas, pero yo me quedo con la duda de por qué me agradece quererlo, como si creyera que no es digno de mi amor.

Arranco el coche, pero antes de salir a la carretera le vuelvo a decir que lo quiero; esta vez mediante lengua de signos. Como no me ha entendido, suspira y me imita moviendo los brazos, pero en vez de decirme que me quiere, lo que intenta hacer es atrapar mosquitos invisibles.

—¿Qué has intentado decirme? —le pregunto.

—Que lo que sea que me hayas dicho lo serán tus descendientes, maldito principito con el pelo teñido de rubio y los ojos azules de plástico. Por si acaso me has insultado.

No puedo evitar sonreír como un alelado, porque acaba de inventarse su propia lengua de señas.

—Nunca te insultaría. Te he vuelto a decir que te quiero.

—Ahhh... —Comienza a jugar con su pulsera y me aparta la mirada—. Pues gracias otra vez. Y vámonos ya, que parece que estamos vigilando tu castillo.

—Vale, pero te quiero.

¿Estaré pareciéndole un pesado al repetírselo tanto? ¿O lo estaré agobiando? ¡Es que no puedo quedarme callado!

—Y yo te digo que gracias —me responde, exhausto. Apoya su cabeza en la ventanilla, pero yo descubro un amago de sonrisa en sus labios, que me hace pensar que le gusta que se lo diga.

Capítulo 33

Leo

—Qué contento vienes hoy, Leo —me dice Mari Carmen, mi psicóloga, en cuanto entro en su consulta.

¿Contento? Vengo con la misma cara de culo que tengo todos los días.

—Será porque hoy he terminado los exámenes del cuatrimestre y soy libre —le respondo sentado frente a ella.

La psicóloga asiente con la cabeza mientras escribe algo en su libretita; después me mira.

—¿Y cómo te han salido?

—Creo que bien.

Por no hablar de que el examen que he tenido hoy ha sido todo un show. Como era tipo test, Alan estuvo enseñándome ayer en lengua de signos los números hasta el treinta, porque el examen contaba con treinta preguntas, y también las letras A, B y C, que son las opciones de respuesta, para comunicarnos entre nosotros cuando no supiéramos alguna. El truco que hemos utilizado para «copiarnos» nos ha servido, ya que nos hemos sentado uno al lado del otro con una mesa vacía entre los dos; yo le he ayudado en unas cuantas cuestiones que no sabía, y él ha hecho lo mismo conmigo. Lo más complicado ha sido tener cuidado para que no nos pillara la profesora, pero al final creo que no se ha dado cuenta.

A continuación, la psicóloga me pregunta cómo han ido mi mes y las vacaciones de Navidad, y yo le entrego el autorregistro de siempre, donde algunas situaciones no me han dado tanta ansiedad como las primeras veces, excepto la de ir solo a los sitios, que me sigue costando, y más ahora, porque temo encontrarme con mi exnovio. Después, le cuento mis propósitos para este año (entre ellos está volver a apuntarme a clases de baile cuando tenga tiempo), me hace varias preguntas sobre mi familia y, por último, llegamos a la guinda del pastel y le confieso que he roto con Iván de manera definitiva, pero imagino que no me ha creído, porque tan sólo me dice «muy bien, Leo», con expresión neutra, y escribe algo en su libreta.

—Y estoy saliendo con otro chico —le cuento, y me pongo colorado. Aparto la mirada de ella y la concentro en mis manos, que juegan entre sí sobre la mesa—. Es mi compañero de piso. Sé que pensarás que es pronto para rehacer mi vida con otra persona después de romper con Iván, pero llevo un tiempo pillado de Alan hasta los huesos y es inevitable ignorar mis sentimientos. —Sonrío como un tonto y más acalorado que antes. En esta sala hace falta poner aire acondicionado aunque todavía estemos en invierno—. Es superatento conmigo, cariñoso y me repite a cada instante que me quiere, aunque yo no le responda lo mismo. Alan pinta de colores mis días.

Uy... Qué cursi ha sonado mi discursito... Sobre todo la última frase.

Socorro.

Pero tengo razón. Alan pinta de colores mis días con sus abrazos reconfortantes, sus sonrisas dignas de anuncio de dentífrico, su voz tan relajante que me produce cosquilleos en la nuca, sus bonitos ojos azules y su mundo de *Teletubbies*, piruletas y arcoíris.

—Me alegra que estés pasando página. —Mari Carmen asiente con la cabeza, conforme—. El

chico de diecisiete años inseguro que entró el primer día por esa puerta casi ha desaparecido.

—Gracias, supongo.

Cuando llega la hora de irme, me vuelve a dar cita para dentro de un mes y me asegura que, si sigo así de bien, me dará el alta en un par de sesiones.

—Antes de que te marches, quiero darte esto. —Me tiende un folleto y yo le echo un vistazo rápido mientras me explica de qué trata—. Es un grupo de ayuda que se reúne los sábados por la tarde y lo forman personas de tu edad que han pasado por situaciones parecidas a la tuya. No sólo hay chicas; también te encontrarás con un par de chicos. Algunos han sufrido violencia física o agresión sexual por parte de sus parejas o sus padres, y otros han estado metidos en una relación de maltrato, como te ha pasado a ti. Te haría bien ir algún día y escucharlos.

¿Qué? No, no, no. Necesito un momento.

¿Cómo esta mujer ha llegado a la conclusión de que he vivido una relación de maltrato? Sólo le he narrado en contadas ocasiones que Iván se ha portado mal conmigo y que era por mi culpa; eso no lo convierte en un maltratador. Mi situación no se puede etiquetar como maltrato porque ni siquiera me ha pegado palizas, como les pasa a las mujeres que salen en las noticias, que son víctimas de violencia de género por parte de sus parejas.

Yo soy un tío, no una mujer; a nosotros no nos pasan esas cosas.

—Gracias, pero no me interesa. —Le devuelvo el folleto sin mirarla y con las manos temblorosas—. Yo no he sufrido nada de lo que dices.

—Piénsatelo —insiste arrastrando el dichoso papelito por la mesa, en mi dirección—. No pierdes nada.

—Vale. —Me levanto de la silla y cojo el folleto para que no me dé la brasa—. Adiós, Mari Carmen.

—Hasta dentro de un mes, Leo.

Una vez que salgo de la consulta, me dirijo hacia Alan, que está en la sala de espera haciéndose amigo de un niño y la madre. En cuanto se da cuenta de mí, me sonrío y no tarda en levantarse de su asiento. Se despide del niño, regalándole una piruleta con forma de corazón, y abandonamos el asqueroso hospital.

Estoy deseando que la psicóloga me dé el alta para no volver jamás a este sitio.

—¿Qué es ese papel? —me pregunta el principito en la puerta de la entrada, señalando el folleto con la cabeza.

—Una chorrada —le respondo, y él me lo arrebató de la mano para leerlo con detenimiento. Yo enseguida me arrepiento de no haberlo tirado a la primera papelera que me he encontrado—. Un grupo de fracasados que no tienen nada mejor que hacer.

Alan frunce los labios sin despegar sus ojos azules del papel.

—Sería interesante que fueras. Puede ser un gran punto de apoyo para ti.

Otro igual.

—No he nacido con tetas y vagina —le espeto, y Alan alza su mirada hacia mí, sorprendido por lo mal que le he contestado—. A esos grupos sólo van mujeres. Si voy yo, se reirán de mí o me mirarán como si fuera también un maltratador o un violador. Ahora todas piensan eso de los tíos por culpa de un puñado de enfermos.

—Te equivocas, amor. —Su mirada luce cargada de ternura—. Si les cuentas lo que te ha ocurrido con el orangután, sentirán empatía hacia ti, porque tú eres una víctima, igual que ellas.

Me quedo pensando durante unos segundos.

Alan.

Él sí que es una víctima de verdad.

—Acompáñame tú —suelto de pronto, y le quito el papel para señalarle con el dedo unas cuantas palabras—. Aquí pone que también pueden ir víctimas de violaciones y agresiones sexuales.

—Cállate. —El principito mira hacia todos lados, alarmado por si alguien ha escuchado lo que acabo de decir, y después me roba el folleto y forma una pelotita arrugada con él—. Tienes razón. Este grupo es una chorrada. Vámonos a casa.

—Alan...

Sin embargo, se deshace de la bola arrugada en la papelería que se halla a nuestro lado y echa a andar hacia su coche, sin esperarme. Yo aprovecho que no me ve para recuperar el folleto, plancharlo con las manos y guardármelo en el bolsillo de los vaqueros, por si Alan decide cambiar de opinión.

* * *

Como es sábado por la tarde y ayer acabé los exámenes, he empezado una serie en la cuenta de Netflix del principito, ya que no tengo otro plan más interesante, porque Dulce está trabajando y Alan se está arreglando para salir con sus amigos.

—Leo, ¿te vienes al cine con Dylan y Niko? —me pregunta el principito en cuanto aparece en el salón, vestido con mis vaqueros negros rotos por las rodillas y su camiseta de la bisexualidad.

Con la cantidad de ropa que tiene, me roba la mía.

—¿Al cine? —Me incorporo en el sofá—. ¿Con vosotros?

—Sí, vamos a ver la nueva de *Spiderman*. —Se acerca y se sienta en el brazo del sofá, junto a mí—. Vente, vente, vente. —Me abraza con fuerza y me da besos en el gorrito, con tanta efusividad que casi se cae sobre mí—. Porfi.

—No os quiero molestar.

—No vas a molestarnos, bobo. —Me agarra del mentón para obligarme a mirarlo; me está haciendo pucheritos—. ¿Vienes? Sí, ¿verdad?

—Qué baboso eres.

Como ya estoy vestido con una sudadera extragrande de *Supernatural* y unos vaqueros, sólo tengo que ponerme mis *Converse* negras y mi chaqueta de cuero, por si me entra frío. Después, Alan y yo abandonamos el apartamento, pero al separarnos para que él baje por el ascensor y yo por las escaleras, el principito me interrumpe el paso, sonriendo con inocencia.

—¿Qué haces?

—Nada de escaleras. Tú te vienes en el ascensor. —Me coge del brazo con fuerza, queriendo llevarme con él, pero yo me resisto, con los pies pegados al suelo como si tuviera pegamento en las suelas de los zapatos—. Vamos, mendigo, no me hagas cogerte en brazos.

—No, no, no.

—Sí, sí, sí. —Alan continúa tirándome del brazo, y yo creo que antes de que consiga meterme en el ascensor, me dejará manco. Tras unos segundos, me suelta, cansado, y me mira fijamente a los ojos—. ¿Confías en mí, leoncito?

Esta es mi oportunidad.

—No —le respondo, y huyo escaleras abajo, lo más rápido que puedo y con miedo por si me tropiezo, me caigo rodando y me muero sin haber descubierto todas las facetas del principito. Al llegar al portal, no tengo que esperar a Alan porque el ascensor ha tardado menos que yo.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —me advierte apuntándome con su dedo—. Voy a ayudarte a superar tu miedo al ascensor.

Le hago una pederreta y salgo del portal con la cabeza bien alta y creyéndome un divo porque le he ganado al niño de papá. Ya en la calle, Dylan y Niko aguardan con dos motos; una de ellas es negra, y la otra, amarilla.

—Hola —los saludo con un tono de voz demasiado bajo, con el que creo que ni me han oído.

Me caen bien los dos, pero no tengo mucha relación con ellos. Una de las veces que más hemos interactuado fue en Nochevieja, cuando estábamos los cuatro megacolocados.

—Leo se viene con nosotros —dice Alan—. No os importa, ¿verdad?

Dylan me dedica una rápida mirada que no tengo ni idea de cómo descifrar; luego mira a Alan.

—Sí me importa. Se suponía que íbamos a pasar el resto del día los tres juntos. —Se señala a él y después a Alan y a Niko, y posa su mirada en mí—. Sin ofender, Leo. Me caes bien.

—¿Qué más da que se venga? —le pregunta Alan.

—Pues porque no es una quedada de parejitas y no me apetece hacer de sujetavelas junto a Niko —le espeta Dylan—. Lo llevo a saber y me hubiese traído a Diana, y Niko, a su ligue.

—¿Cómo que mi ligue? Dulce es mi novia. —Niko le pega un puñetazo a Dylan en el estómago, ofendido—. Y repite eso que has dicho de Diana, que no lo he escuchado bien. ¿Has vuelto con ella, tío?

—Sí.

—No me lo puedo creer. —Niko se tapa la boca, asombrado.

Alan da una palmada para que se enteren de que él y yo continuamos aquí; entonces los dos ladean sus cabezas hacia nosotros.

—Va a empezar la peli, eh —informa el principito, y mira a Dylan—. Y a ti no sé qué demonios te pasa con Leo, pero se va a venir con nosotros y punto.

—De acuerdo —responde el otro exhalando un suspiro—. Perdonadme... Es que he tenido una discusión con mi padre antes de salir de casa y todavía estoy un poco alterado.

—No te preocupes, tío —interviene Alan.

Después, Niko le lanza al principito las llaves de su moto amarilla, que resulta que se llama Pingüina, y este último se pone a dar saltitos de alegría, ilusionado por conducirla, como un niño de cinco años. Niko y Dylan se suben a la otra moto, y Alan y yo en Pingüina con nuestros respectivos cascos.

—Espero que no me estrelles contra un escaparate —le susurro al principito en su oreja, sentado detrás de él.

—Sé conducir una simple moto. ¿Confías en mí?

—Ahora sí. ¿Puedo abrazarme a ti para que muramos juntos? —le pido, y él se echa a reír.

—No vamos a morir, leoncito.

Lo rodeo con mis brazos y, un instante después, salimos tras Niko y Dylan por la carretera. El viento se choca contra mi cara y cierro los ojos, porque siento miedo por confiarle mi vida a Alan, que conduce mucho más rápido que yo, ya que siempre he ido a paso de tortuga con la moto de mi madre. Noto que me sudan las manos y que mi corazón está a punto de salir de mi pecho. Cuando transcurren unos minutos en los que ni siquiera he tenido el valor de abrir los ojos, escucho a Alan decirme que ya hemos llegado.

—Ufff —suelto, y abro los ojos. Alan es el primero en bajarse del vehículo y me doy cuenta de que sus amigos han aparcado a nuestro lado—. Iba a morirme, te lo juro.

—Qué exagerado para ser un mendigo que sólo come mortadela de aceitunas.

Me bajo de la moto y me quito el casco, haciendo tiempo para contestarle algo divertido.

—Ahora prefiero el caviar. —Lo miro de arriba abajo y le dedico una sonrisa que está a años luz de parecer sexy—. Grrr.

Nos reímos a carcajadas a la vez y me envuelve en un abrazo.

—Te quiero.

Ay, me caso con este chico.

—Gracias —le susurro, porque no sé qué responderle.

¿Cuándo es buen momento para decirle a alguien que lo quieres? Confieso que nunca le he soltado esas palabras a nadie, ni siquiera a Iván; siempre que mi exnovio me decía que me quería, también le contestaba con un «gracias». No soy capaz de pronunciar algo tan bonito, y si a eso le sumamos que no me considero un chico romántico, muchísimo peor. Soy un asco de novio.

Nos adentramos en el cine, y Alan y yo compramos las palomitas y refrescos mientras Dylan y Niko se van a por las entradas, aunque les he pedido que pillasen los asientos en la última fila y lo más cerca de la puerta posible, lejos de la gente y por si tengo que salir corriendo por si aparece la asquerosa agorafobia de la mano de un ataque de pánico. Obviamente esto último no lo he mencionado, porque no les tengo tanta confianza a los amigos de Alan, pero se me han quedado mirando de una manera extraña y luego Niko ha comentado que quiero sentarme lejos para hacer manitas con Alan, y el principito le ha pegado un puñetazo flojo en la barriga.

Una vez que los cuatro entramos en la sala, nos encaminamos hacia los asientos del final que nos corresponden, pero hay DEMASIADAS personas sentadas o buscando su lugar y creo que voy a desmayarme. O peor aún, morirme. No me queda otra que entrelazar mi mano con la de Alan, como si fuera mi escudo humano, para no perderme por el camino y continuar vivo notando la calidez de su piel. Estos segundos se me hacen interminables y consigo llegar a la última fila sin soltarme del principito.

Y aquí aparece otro problema que las personas con ansiedad odiamos: los tres amigos se sentarán juntitos para poder hablar durante toda la película entre ellos, y a mí me tocará en la esquinita, abandonado y sintiéndome inexistente y fuera de lugar. Si hubiese venido Dulce, me habría sentido reemplazable, porque estaría nada más que pegada al asiático.

Niko es el primero en dejarse caer en uno de los asientos, seguido por Dylan. Yo aguardo a que el principito sea el siguiente en sentarse, pero no lo hace.

—Ponte al lado de Dylan; yo me sentaré en el asiento de la esquinita —me dice Alan—. Así estarás cerca de todos.

Mi cabeza ya está planeando nuestra boda. Jamás he conocido a una persona tan empática y que tenga en cuenta mis necesidades anteponiendo las suyas (sin contar a mi madre, claro).

Me siento al lado de Dylan, que espero que no le importe, ya que creo que le caigo mal. Alan se acomoda a mi lado, abrazándose a mi brazo, y a mí me recorre un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Te quiero.

Ay, otra vez. ¿No se cansa de repetir lo mismo?

—Uy, que ya empieza la peli —comento señalando con mi dedo la pantalla, donde aparecen los anuncios—. Me encanta el prota y me casaría con él. Lo sigo en sus redes sociales y siempre le comento las fotos.

Alan se echa a reír.

—No está mal, pero yo prefiero a la chica.

—Ah, es verdad. —Pongo los ojos en blanco—. No me acordaba de que también te van las

tías.

—Ya sabes que mis padres me dijeron que tenía que comer de todo, y yo siempre he sido un niño obediente.

—¿Cómo se lo tomaron cuando saliste del armario? —me intereso en un susurro.

—No he estado nunca metido en ese sitio. Además, esa expresión no tendría ni que existir.

—Pienso igual, pero la sociedad todavía no ha avanzado lo suficiente.

Dylan y Niko ordenan que nos callemos, nos tiran unas cuantas palomitas a la cabeza y se meten con nosotros, diciéndonos que somos una pareja insoportable que les va a hacer vomitar arcoíris.

—Vale, ya nos callamos —les dice Alan, pero antes de mirar hacia el frente, repite las dos palabras mágicas—: Te quiero.

—Gracias.

El principito se ríe y se concentra en la peli mientras se come sus palomitas. Sin embargo, yo soy incapaz de hacer lo mismo, porque necesito pedirle ayuda a Dulce, así que decido sacar mi móvil y enviarle un mensaje, aunque no vaya a leerlo en este momento por estar trabajando.

Yo: «Alan me ha dicho un montón de veces que me quiere, pero yo sólo le doy las gracias. ¿Qué consejo me das? No me sale decirle lo mismo. Ayúdameee»

Noto una presencia humana muy cerca de mí y levanto la mirada de mi pantalla. Dylan ha acercado su cabezón para cotillear lo que estoy haciendo, y yo doy un respingo y aparto mi móvil de su vista.

—¿Qué estás mirando? —le espeto en voz baja para no molestar a los espectadores.

—Tu conversación con Dulce —me responde como si no hubiera hecho nada malo.

—¿Tus padres no te han enseñado a no leer las conversaciones ajenas?

—Sí, pero tenía curiosidad. —Se ríe de una forma tan atractiva que provoca que me enamore de él—. Además, puedo ayudarte con tu problema. Conozco mejor a Alan que tu amiga.

—¿Ah, sí? —Enarco una ceja—. ¿Y cuál es tu consejo, guaperas?

Dylan echa un vistazo a Alan por si nos está escuchando, pero tiene la suerte de que está absorto en la peli y no se ha enterado de que nos hemos puesto a hablar.

—Dile que lo quieres y ya. No es tan difícil —me dice Dylan al desviar su mirada en mi dirección—. Presta atención. —Vuelve a mirar a Alan y lo llama en un susurro—. Pssss... Alan.

El principito se mete un puñado de palomitas en la boca y ladea su cabeza hacia nosotros.

—¿Qué? —pregunta con la boca llena, mirando a Dylan.

—Te quiero —le responde el otro, supersincero.

—Igualmente, capullo. —Y Alan vuelve a enfrascarse en la peli.

—¿Ves qué fácil ha sido? —Dylan se da golpes en el pecho con la palma de su mano, orgulloso de sí mismo—. Has aprendido del gran maestro Dylan Darío. Te doy más clases, si quieres. A ti te las dejo por cien euros la hora.

—Ya. Gracias —contesto, cortante—. No estoy interesado.

—Tú te lo pierdes. —Se encoge de hombros y se sumerge en *Spiderman*.

Yo sonrío y, cuando me termino mis palomitas, dejo el cubo en el suelo y me acurruco junto a Alan.

—Alan —pronuncio su nombre bajito, abrazado a su brazo y con mi cabeza apoyada en su hombro.

—¿Qué?

—Nada. —Escondo mi cara en el hueco de su cuello, avergonzado, y logro susurrar, por fin—:
Que te quiero, mi principito.

Por lo menos se lo he soltado, aunque haya sido escondiendo mi rostro.

—Gracias, mi mendigo. Pero la próxima vez me lo dices mirándome a los ojos.

—Lo tendré en cuenta. —Me río y desentierro mi cabeza de su cuello para disfrutar lo que queda de película junto a él y robándole sus palomitas, que todavía no se las ha terminado.

Capítulo 34

Alan

—Principito, te quiero muuuchísimo —me dice Leo mirándome a los ojos.

—Así no vale, mendigo. Me lo tienes que decir sin estar borracho.

—Buah. —Le da un trago a su bebida, riéndose—. Qué caviar más tiquismiquis.

Al salir del cine, mis amigos, Leo y yo hemos ido a cenar a un McDonald's y ahora estamos metidos en una sala privada de un karaoke. Dulce se ha unido a nosotros tras terminar el trabajo, y Diana, la novia de Dylan, ha aparecido hace unos minutos. Como yo soy el único en el grupo que no bebe alcohol, me toca hacer de niñero y llevar a cada uno a su casa con mi coche, ya que las motos de mis amigos las hemos dejado aparcadas al lado de mi apartamento.

Dylan y Dulce terminan de interpretar una canción, y él le pide a Diana que canten una juntos. Niko, por supuesto, finge que le dan arcadas (no tengo ni idea de lo que le pasa con la pobre chica) y se sienta en el otro lado de la mesa con Dulce.

—Principitoooo, te quiero un montón —repite Leo a escasos centímetros de mi cara, y su aliento apestando a alcohol me llega hasta el rincón más recóndito de mi cerebro. Se ha bebido tres copas en lo que llevamos de noche y sus mejillas lucen sonrojadas; siento lástima por él, porque mañana se va a levantar con un resacón de la hostia—. ¿Cuándo me vas a dejar probar tu Alanconda?

Siento un cosquilleo en mi entrepierna al oír eso.

—Cuando no estés borracho —le respondo sonriendo, y él me hace pucheritos.

—Seguro que la tienes preciosa.

Ay, por favor. Menuda cogorza lleva encima.

—¿Puedes dejar mi polla en paz? —le pido.

—Uy, principito, qué vocabulario más feo.

Le doy un beso en los labios, pero él me pasea su lengua por la mejilla sin parar de reírse.

—Puaj. —Limpio con mi mano sus babas de mi cara, haciendo una mueca de asco.

—Eres muy guapo, Alan, ¿lo sabías? —me pregunta, y le da otro trago a su bebida. Yo estoy a punto de vaciar su vaso en la maceta que tenemos al lado para que no beba más—. Pero estoy seguro de que eres un adefesio cuando te quitas las lentillas azules, los *piercings*, la peluca rubia y la dentadura postiza. Yo sé que en realidad eres calvo, tus ojos son negros y no tienes dientes. A mí no me engañas, estafador. —Niega de un lado a otro con tanto énfasis que temo que la cabeza se le desprege del cuello y salga volando por la sala—. No, no, no.

—Deja de mover la cabeza —le aconsejo—. Vas a acabar vomitando.

Leo me hace caso y se lleva una mano a la sien.

—Uy, todo me da vueltas.

Mientras se le pasa el mareo, contemplo la actuación de Dylan y Diana, que están cantando una canción, enamorados y pegados.

—¿Es normal que me sienta atraído por Diana? —me pregunta Leo tras unos segundos, y se echa a reír él solo—. Me quiero casar con ella. Es una belleza.

Ladeo mi cabeza hacia él y me muerdo mi *piercing* del labio.

—¿Quieres unirme al lado oscuro de la bisexualidad conmigo? —le propongo.

—Eh... —Pone expresión pensativa y me sorprendo de que esté meditando mi propuesta—. No, gracias. Soy supergay. —Se bebe los dos tragos que quedan de su bebida y deja el vaso vacío sobre la mesa—. Voy a cantarte una canción, principito.

Cuando la parejita termina su actuación, Leo es el próximo en elegir su canción en la pantalla y se planta frente al micro. Carraspea y, un instante después, suena la música. Yo me pongo cómodo para admirarlo cantar por primera vez, ya que si estuviera sobrio ni se le ocurriría levantarse de nuestro asiento. Después, me sonrío y comienza a cantar la letra de *Best Of Me*, de BTS; no le hace falta leerla en la pantalla porque se la sabe de memoria. Desafina un poco, pero tiene un timbre de voz bonito; yo creía que cantaba de una manera horrorosa y ya me había preparado para proteger mis oídos.

Leo no aparta su preciosa mirada de la mía en ningún momento de la canción, y yo sólo lo hago durante un segundo para ver qué hacen los demás; Dylan le acaricia la melena oscura a Diana, Dulce come Doritos mientras ve la actuación y Niko se dedica a grabar con su móvil a Leo.

Una vez que el mendigo termina, todos aplaudimos y él nos dedica una reverencia y se acurruca junto a mí, con las mejillas como dos tomates.

—Me ha encantado, mosquito —le digo, y fundo mis labios con los suyos—. No tenía ni idea de tu talento.

—¿Talento? —Se ríe—. Canto peor que una cucaracha en celo.

—¿Las cucarachas cantan y tienen el celo?

—Yo qué sé. —Se encoge de hombros de manera desenfadada—. No me apetece saberlo, pero de alguna forma se tienen que reproducir.

—Qué asco.

Nos tiramos un par de horas más bebiendo, cantando y haciendo el tonto en el karaoke hasta que pongo orden en el grupo y decido que ya se ha acabado la fiesta por hoy, como el chico responsable que soy. Ninguno se puede mantener en pie, menos Diana, que tampoco ha tomado ni una gota de alcohol porque ha venido con su propio coche y tiene que conducir de vuelta a su casa. Dylan se marcha con ella, borracho como una cuba, y se despide de nosotros, dándonos un fuerte abrazo y diciéndonos que nos ama, incluido a Leo.

—Ni se te ocurra aprovecharte de mi Darío, que está muy borracho —le advierte Niko a Diana, arrastrando las palabras y señalándola con el dedo; Dylan se ríe—. Respeta su virginidad.

—Baja esos humos, *perroflauta* —le responde ella dándole una palmada en el hombro.

—Uy, lo que me ha llamado la facha. —Niko se lleva una mano al pecho, ofendido.

¿Ni ebrio puede dejar de tenerle manía a Diana? Vale que no compartan la misma ideología política, pero debe hacer un esfuerzo por llevarse bien con ella por Dylan.

Niko decide venirse con Dulce, Leo y yo al apartamento en mi coche y, durante el trayecto, no para de repetir desde el asiento trasero que tiene muchas ganas de potar, pero Leo se le adelanta y vomita a los pies del asiento del copiloto.

—Muy bien, mendigo —le espeto, y abro todas las ventanas para que no muramos por culpa del hedor de su vómito.

—Podrías haber avisado —interviene Dulce, y se tapa la nariz con su mano.

—Ay, Diosito, llévame contigo —murmura Leo con la cabeza recostada en el reposacabezas—. Juro desde ahora mismo que no voy a beber más.

Cuando llegamos al apartamento, Niko y Dulce se encierran en el dormitorio de ella, y Leo se

mete en el baño para vomitar otra vez. Permanece abrazado a la taza del váter hasta que le traigo un vaso lleno de agua y una aspirina.

—Toma, anda. Te sentará bien.

—Gracias, mi principito azul.

Lo observo mientras se toma la pastilla y se bebe el agua de un trago. Después, vuelve a rodear el váter con sus brazos y recuesta su cabeza en él, con los ojos cerrados y a punto de quedarse dormido.

—Voy a morirme.

Lo miro, negando con la cabeza, y siento mi móvil vibrar en el bolsillo de mi pantalón varias veces, así que lo saco y leo los mensajes que me acaba de enviar Dylan.

Dylan: «Tío, tío, tío»

Dylan: «Qué fuerte»

Dylan: «Te tengo que contar una cosa»

Dylan: «Te vas a quedar con la boca abierta»

Dylan: «Vas a flipar»

Dylan: «Y te va a dar un infarto»

Qué dramático. ¿No me puede enviar sólo un mensaje?

Le respondo de inmediato:

Yo: «¿Por fin has perdido tu virginidad con Diana?»

Dylan: «No, cabrón. Sigo más virgen que el aceite de oliva. Qué triste»

Yo: «Pues dime eso tan importante ya»

Dylan: «Pues mira... He echado la pota en el coche de Diana, pero cuando he llegado a su casa y me he ido a la cocina para servirme un vaso de leche, me he encontrado con su hermano. Adivina quién es»

Yo: «No estoy para jugar a las adivinanzas a las dos y pico de la madrugada»

Dylan: «El exnovio de tu novio: el orangután»

Yo: «Estás de coña»

Dylan: «Te lo juro, Alan. Yo nunca miento con algo tan serio. Me ha mirado como si estuviera oliendo un pedo»

Dirijo mi vista hacia Leo, que continúa pegado al váter sin enterarse de nada, y vuelvo a sumergirme en la pantalla de mi móvil.

Yo: «Joder, qué fuerte»

Dylan: «¿Le clavo un cuchillo mientras duermes?»

Yo: «No, déjalo. Y que sea un secreto entre tú y yo. No quiero que Leo vuelva a escuchar nada sobre ese imbécil»

Dylan: «Cuídalo... Cuidaos los dos. Me voy a dormir la mona»

Yo: «Buenas noches»

Guardo el móvil y obligo al mendigo a levantarse del suelo, tirándole del brazo. Él se queja y lloriquea mientras lo guío hacia mi habitación, agarrándolo con fuerza. Lo dejo sentado en mi cama en lo que yo tardeo en ir a su guarida para coger su pijama, y después lo ayudo a ponérselo.

—A dormir. —Lo tumbo con cuidado y lo tapo con las mantas hasta la cabeza.

—No quiero morirme, Alan —me responde sollozando.

—No vas a morirte. Cuando te despiertes, vas a estar mejor.

Me quito mis vaqueros, me acuesto junto a él, abrazado a su pecho, y cierro los ojos, prestando atención a su respiración e intentando quedarme dormido.

* * *

Procuro ponerme mi atuendo para salir a hacer *footing* con todo el sigilo del mundo, porque son las cinco de la mañana y Leo continúa totalmente frito en mi cama, al lado de nuestra gata.

—¿A dónde vas? —me pregunta, adormilado, mientras me pongo mis zapatillas de deporte. Se incorpora sobre la cama y me mira con los ojos entrecerrados.

—A correr.

—¿A correr? —inquieta frunciendo el ceño, y a mí me divierte verlo muerto de sueño y despeinado—. ¿Pero qué hora es?

—Las cinco.

—¿A las cinco de la madrugada vas a correr? ¿No tienes sueño? —sigue haciendo preguntas tontas—. Te puede pasar algo.

—Lo hago algunas noches, pero nunca te he avisado porque me daba lástima despertarte.

Leo se levanta de un salto y se estira.

—Te acompaño.

—No es necesario. —Sonrío—. Quédate durmiendo; es lo mejor para tu resaca.

El mendigo me ignora y se vuelve a sentar en la cama para ponerse sus Converse, cada una de un color diferente (negra y azul); yo no le digo nada porque me hace muchísima gracia verlo arreglarse medio dormido. Después, se revuelve el pelo con una mano, despeinándolo aún más, y se coloca uno de sus gorritos negros. Lo bueno de esto es que ya es domingo y podemos quedarnos durmiendo hasta tarde.

—Ya estoy listo.

—¿En pijama? —inquiero.

—No me va a ver nadie. Sólo tú.

Le doy un beso en los labios, le digo que está muy sexy y él me responde «gracias». Entrelazo mi mano con la suya y abandonamos el apartamento en silencio para no molestar a Dulce y a Niko, aunque no se despertarían ni con un terremoto. Camino con Leo hacia el ascensor y logra bajar conmigo sin oponer resistencia, porque ni se ha enterado.

—Enhorabuena, acabas de sobrevivir a un viaje en ascensor —lo felicito en cuanto llegamos a la planta baja, y atravesamos las puertas. Sin embargo, el mendigo se despierta de repente y se gira hacia atrás para comprobar que lo que le acabo de decir no es una broma.

—¿Ascensor? —Su expresión se convierte en una de terror—. ¿Qué?

—Ni siquiera te has dado cuenta por lo empanado que estás.

—Ay... He subido en esa cosa... —murmura, asombrado—. Y no he muerto.

—Vas progresando.

—Guau. Me caso con el ascensor ahora mismo.

Salimos a la calle y Leo no tarda en quejarse por el frío que hace a estas horas. Se frota los brazos con las manos y comienza a tiritar como si estuviera en el Polo Norte, haciéndose el dramático.

—Ahora entrarás en calor —le aseguro.

—Ah... ¿Pero yo también tengo que correr?

—¿Para qué has venido, entonces? —le contesto con diversión—. ¿Qué tipo de alumno eras en Educación Física cuando ibas al insti?

—El torpe al que sólo le hacían la zancadilla —me cuenta sin ninguna pizca de emoción, y a mí se me parte el corazón—. Esa clase era una tortura para mí.

Me lanzo hacia él y lo abrazo con fuerza.

—Yo no te voy a torturar con mi *footing*. Te lo prometo. —Me separo y le enseño mi meñique; Leo pone los ojos en blanco y junta su dedo con el mío.

Los primeros cinco minutos los dedicamos a los ejercicios de calentamiento, en los que Leo me imita soltando bostezos, porque no sabe qué tiene que hacer. Después, comenzamos a correr despacio por el barrio y con la acera desierta, sin encontrarnos con nadie (excepto al camión de la basura), hasta que llegamos a un gran parque al que siempre vengo a correr, y aumentamos el ritmo de los trotes. O mejor dicho, lo aumento yo, porque enseguida pierdo de vista a Leo, que imagino que se habrá quedado atrás y le habrá sido imposible seguirme al no estar acostumbrado a hacer deporte. Decido darme la vuelta y corro por el camino por el que he venido, buscando al mendigo, hasta que lo encuentro sentado en un banco, sudando y con la lengua sacada, intentando llenar de aire sus pulmones, a punto de palmarla.

—Qué poco aguantas —le digo sonriendo.

—Maldito principito —masculla con voz entrecortada—. Necesito agua.

—Allí puedes beber. —Señalo una fuente a un par de metros de nosotros—. Yo voy a seguir corriendo. ¿Te apuntas otra vez?

—No, gracias. Te espero aquí sentado, pero no tardes mucho.

—Qué flojo.

Reanudo mi carrera nocturna, sintiendo toda la adrenalina por cada parte de mi ser, pero me arrepiento por no haberme traído mi móvil para ir escuchando música por el camino, como hago siempre, porque se me ha olvidado por culpa del mendigo.

Quince minutos después, regreso al banco donde se ha tumbado Leo a esperarme y descubro

que se ha quedado dormido, así que, para hacer la gracia, cojo un cartón que me he encontrado en el suelo y lo tapo como si fuera un mendigo de verdad, pero se despierta al instante, sobresaltado.

—¿Qué haces? —me pregunta incorporándose, y tira el cartón al suelo.

—Tapándote, señor vagabundo.

—Alan, no estoy para bromitas —me habla con los ojos cerrados, y suspira—. Me muero de sueño.

Me siento a horcajadas sobre él, riéndome, y enseguida se pone en estado de alerta.

—¿Y ahora? ¿Sigues muriéndote de sueño? —le pregunto con voz melosa, y le acaricio el labio inferior con mi dedo índice mientras me mira.

—Uy...

Esbozo una sonrisa, acercando mi rostro al suyo, y le muerdo el labio. Después, poso mis manos en sus mejillas y nos besamos con calma, con nuestras lenguas entendiéndose a la perfección. Siento las manos de Leo acariciando mi espalda por encima de la camiseta y me separo de sus labios para concentrarme en besar su cuello.

—Joder, Alan... Que nos va a ver alguien —me dice.

—Son casi las seis de la mañana —susurro contra su cuello, y lo succiono—. Bzzzzzz —imito el zumbido de un mosquito, y a Leo se le escapa una carcajada.

—Idiota, no me piques.

—Ya es tarde. —Paseo mi dedo por la marca roja que le acabo de hacer y limpio mi saliva con las yemas.

—Oh, no.

Nos reímos a la vez y nos volvemos a besar con vehemencia un rato más hasta que nos cansamos de estar en el duro banco y nos escondemos tras unos arbustos para besarnos con más intimidad, tumbados en el césped. Leo se coloca sobre mí, sin apartar su boca de la mía, y mis manos viajan solas hacia su trasero tan redondo para estrujarlo, y tengo que hacer un esfuerzo para no volverme loco. Como lleva puesto el pantalón de pijama, y yo, un chándal, cada uno nota la erección del otro.

—Principito —susurra contra mis labios.

—Mendiguito.

Rodamos por el césped como si fuéramos dos croquetas abrazadas sin parar de reírnos, y nos detenemos cuando me toca quedarme encima de Leo.

—Te quiero. —Le doy un pico—. Mucho.

—Muchas... —Me imita, dándome un pico—. Gracias.

Me río, me quito de encima de él y me tumbo en el césped de lado, para mirarlo. Él hace lo mismo y extiende su brazo hacia mí, queriendo acariciarme, mientras me mira pidiéndome permiso. Yo asiento, dándole vía libre, y entonces cuela su mano dentro de mi camiseta y pasea sus dedos por mi torso sutilmente, poniéndome como una moto.

—Joder, me quiero casar contigo —me dice de coña.

—Tú te quieres casar con todo el mundo.

Sus labios dibujan una sonrisa y ahora sus manos acarician mi espalda. Yo me pego más a él para juntar nuestros labios y también meto mi mano por debajo de su camiseta del pijama, sin despegar mi boca de la suya, y toco su piel cálida. Sin embargo, al sentir su erección restregándose contra mí, mi mente comienza a ir a toda pastilla y la imagen de Simón aparece en ella. Me separo de él con brusquedad y mi mano viaja sola hacia su cara para estamparle un puñetazo en la nariz. Me levanto del césped de un salto y me doy la vuelta, con la intención de

salir corriendo, con un nudo en la garganta y sintiéndome lo peor, pero Leo es más rápido que yo, me agarra del brazo, obligándome a girarme, y me acuna entre sus brazos. Escondo mi cabeza en el hueco de su cuello y estallo en lágrimas como si fuera un niño indefenso.

—Llora todo lo que quieras —me dice con voz dulce—. Sácalo todo, cariño.

Soy una mierda de persona. No quería pegar a Leo, pero ese idiota ha vuelto a aparecer en mis pensamientos. No soy normal y nunca volveré a ser el mismo de antes. No puedo tener una vida como la de cualquier chico de diecinueve años, ni besar a mi novio, y mucho menos mantener relaciones sexuales con él sin miedo a que se me vaya la olla y me dé por agredirlo, creyendo que es ese ser.

Pierdo la noción del tiempo en este parque, llorando y abrazando a Leo, hasta que se me acaban las lágrimas acumuladas que me he ido guardando durante meses y logro calmarme, pero no me apetece separarme de mi novio y continúo con mi cabeza escondida mientras él me acaricia la espalda con amor y deposita pequeños besos en mi hombro, prometiéndome, mediante susurros, que todo va a estar bien.

Cuando decido apartarme de él para mirarlo a los ojos, descubro un hilillo de sangre, prácticamente seca, saliendo de su nariz, y yo no puedo evitar sentirme culpable.

—Tu nariz... —le digo, y acerco mi mano a su cara para acariciarle la mejilla—. Lo siento mucho, Leo. No quería pegarte. Yo no soy Iván.

—Lo sé, Alan. —Me dedica una sonrisa sincera, posa sus manos en mi rostro y su mirada verdosa se encuentra con la mía—. No pasa nada. Sé perfectamente que no eres como Iván. Tú eres un amor de chico, honesto y pacífico. Voy a ayudarte a superar lo que te ocurre, y tú me ayudarás a mí con lo mío, ¿de acuerdo?

—Pero tu nariz...

—A la porra mi nariz. Tú eres más importante. —Me da un beso y, acto seguido, me limpia la manchita de sangre que ha dejado encima de mis labios; yo me río sin ganas—. Vamos a casa.

Al regresar al apartamento, Leo se limpia su nariz mientras yo me meto en la ducha. Cuando acabo, el mendigo está esperándome en mi cama, ya tapado, y me acurruco junto a él, apoyando mi cabeza en su pecho. Leo apaga la lamparita, lo que hace que la habitación se quede totalmente a oscuras, pero no me importa, porque estoy abrazado a él y espero que a las pesadillas no se les ocurra aparecer esta noche.

Capítulo 35

Leo

Hoy es el mejor domingo que he tenido en toda mi vida.

—¿Otro? —me pregunta Alan en cuanto terminamos otro capítulo de su serie favorita.

—Por supuesto que sí, principito. No puedo con la intriga.

Alan se ríe, orgulloso, porque por fin ha conseguido engancharme, y pone el siguiente episodio.

Nos hemos tirado todo el día metidos en su habitación, viendo la serie en su portátil, abrazados, y sin la intención de salir de aquí. Me he despertado a las tres de la tarde con un dolor de cabeza para flipar, después de la noche que he pasado, y me he vuelto a prometer a mí mismo que dejaría de beber alcohol, porque siempre acabo igual y no me acuerdo de nada de lo que pasó ayer en el karaoke; seguramente haría el ridículo, como siempre que me emborracho. Por otro lado, después de haberme despejado dándome una ducha, Alan ha hecho pizzas y nos las hemos comido en su cuarto como si nos las quisieran robar, y Niko y Dulce se han marchado antes de que yo me despertara.

Mientras vemos el capítulo, nos interrumpe el móvil de Alan, que vibra sobre la mesita de noche, y él no tarda en cogerlo y ver quién es el que nos ha molestado.

—Es Niko —me informa, y pone en pausa la serie; después, se concentra en la pantalla de su teléfono, frunciendo los labios—. Me ha enviado un vídeo.

—¿De qué?

—No te va a gustar nada. —Ahoga una risita sin despegar sus ojos del móvil, del que ha empezado a sonar una canción de BTS, pero cantada con una voz aguda que da vergüenza ajena. Por un momento temo quedarme sin audición—. Eres tú cantando —me dice alzando la mirada hacia mí, entre risas.

—¿¡Qué!?

Le arrebato el teléfono de las manos para comprobar que lo que me acaba de decir es una broma de mal gusto.

Pero no lo es.

En el vídeo aparezco yo, tras un micro, destrozando *Best Of Me*, una de mis canciones preferidas de mis novios coreanos.

Oh, Dios mío. Quiero desaparecer ahora mismo... No recuerdo haber hecho el ridículo de esa manera. Qué bochorno... Todos se reirían de mí...

—Mierda... —mascullo viendo mi actuación tan vergonzosa, y Alan no para de reírse a mi lado—. Es horrible...

Ahora de verdad: no pienso probar ni una gota de alcohol.

—Sales muy guapo —me dice Alan secándose las lágrimas, y yo lo miro arrugando la nariz, sin creerlo—. Me la cantaste a mí, ¿no lo recuerdas? Me emocionaste y todo.

—Es el mayor ridículo que he hecho en mi vida. Deberías de haberme quitado las bebidas antes de que ocurriera esto —le espeto agitando su móvil por los aires—. ¿Cómo has permitido

que me ponga en evidencia? Ya puedes borrarlo antes de que se estropee tu iPhone de niño rico.

—Ay, no seas exagerado. —Me quita el aparato y vuelve a reproducir el vídeo con una sonrisa dibujada en la cara—. A mí me encanta. No voy a dejar de verlo.

—¡Nooo! ¡Quita eso! —Me tapo las orejas con las manos para no escuchar mi terrible voz—. ¡No me hagas sufrir así!

—Vale, vale. —Se ríe, quita el vídeo, quedándose la habitación totalmente en silencio, y suelta su móvil sobre la mesita. Yo me destapo las orejas—. Lo veré en la privacidad.

—Te odio.

Alan me hace pucheritos y yo no puedo resistirme a besar sus labios porque se han convertido en mi droga, y su *piercing*, en mi fétiche, así que tampoco puedo evitar pasear mi lengua por él para saborearlo. Permanecemos besándonos durante un rato hasta que Alan se aparta de mis labios y suelta un suspiro.

—¿Qué te pasa?

—Es que he estado pensando... —Hace una breve pausa y vuelve a exhalar; entonces entrelaza nuestras manos y me mira—. Desde que me pasó lo que ya sabes, no me siento yo. A veces, cuando voy a bañarme y me miro en el espejo desnudo, me doy asco a mí mismo; no puedo permanecer más de cinco segundos mirándome y me meto en la ducha para borrar todo rastro de suciedad de mi cuerpo. Es algo extraño.

¿Cómo puede decir que se da asco si es la perfección en persona? Se me rompe el corazón que piense así de él, pero me alegro de que se esté abriendo poco a poco conmigo contándome sus demonios.

Alan se queda callado, esperando a que le responda algo, con su mirada posada en nuestras manos, pero no se me ocurre nada, porque yo no soy como él, que tiene una frase bonita para cada ocasión.

—Perdona que no te conteste —me disculpo tras varios minutos de silencio—. Es que estoy pensando qué dirías tú si yo estuviera en tu lugar; alguna frase de Mr. Alan Wonderful, pero se me da fatal.

El principito levanta su vista para encontrarse con la mía y se le escapa una risa.

—No necesito palabras bonitas —me dice dedicándome su cálida mirada—. Con tenerte a mi lado, escuchándome, es suficiente.

—Eres hermoso, tanto por fuera como por dentro —suelto de repente, convirtiéndome en una versión de imitación de Alan—. Es imposible que des asco. Yo me quedaría embobado contemplando tu cuerpo durante horas. De hecho, ya lo hago, aunque te vea con ropa, porque en mi cabeza te imagino totalmente desnudo y eres precioso.

Vale, acabo de admitir demasiados pensamientos embarazosos. Muy bien.

Me percató de que Alan está haciendo un esfuerzo por aguantarse la risa, y yo me pongo colorado y evito mirarlo, con los ojos fijos en nuestras manos.

—¿Tú te escuchas cuando hablas? —me pregunta, y es entonces cuando se echa a reír.

—Sabes que a veces no tengo filtro. —También me río—. Pero en este momento es raro que hable sin pensar, porque no estoy borracho ni me has drogado con el orégano caducado de tu madre.

—Quizá sea porque conmigo eres tú mismo.

—Tal vez.

Mientras nos volvemos a perder con nuestros besos, se me viene una graciosa idea a la mente y separo mi boca de la de Alan con muchísimo esfuerzo.

—¿Qué te pasa? —inquire, y yo me levanto de su cama de un salto.

—Ven conmigo. —Le sonrío—. Trae tu móvil de millonario, que hace mejores fotos.

—¿Qué estás tramando, Leo? Me das miedo.

Lo obligo a levantarse, tirando de su brazo, y no tarda en ceder. Con nuestras manos unidas, nos metemos en la habitación de Dulce, que es el único lugar donde hay un espejo de cuerpo entero. Casi nos tropezamos con algunos de sus zapatos y con ropa que se encuentra tirada en el suelo, porque de las tres personas que vivimos en el apartamento, ella es la más desordenada y la que casi nunca nos ayuda a hacer las tareas domésticas, tan sólo se encarga de limpiar la nevera, pero no para quitarle la suciedad, precisamente. Después de ella estaría yo, que tengo mi cuarto un pelín caótico, aunque no tanto como el de mi amiga, y luego Alan, con todo superordenado e impoluto.

—Vamos a hacernos fotos —le digo, y le robo su móvil de las manos.

—¿Para qué?

—Para que veas lo guapo que eres. —Miro la pantalla de su iPhone unos segundos—. ¿Sigues teniendo la misma contraseña?

—Sí —me responde, y escribo los seis ceros—. Pero querrás decir «para que veamos lo guapos que somos», ¿no?

Alzo mi mirada hacia Alan como si me hubiese contado un chiste malísimo.

—Si tú lo dices...

—Para mí también eres hermoso por fuera y por dentro —me dice, y deposita un beso en mi mejilla—. Gracias, mendigo.

Nos colocamos frente al espejo; yo, sujetando el móvil y con mi típica cara de culo, y Alan posa poniendo morritos, como si fuera un pececito. Hago la foto, pero él me dice que nos hagamos otra porque he salido demasiado serio, así que lo volvemos a intentar y sonrío de una manera de lo más vergonzosa, pareciendo un alelado, porque no tengo ni idea de cómo esbozar una sonrisa natural; a Alan le sale perfecta.

—Sigues teniendo cara de querer asesinar a la vecina de enfrente, pero sales mono —comenta Alan mirando la foto.

—La cara con la que nací. Yo no tengo la culpa.

Nos hacemos varias fotos más, sacando la lengua, haciendo carantoñas y dándonos besos, y Alan sube algunas a su Instagram y a Facebook, etiquetándome a mí; enseguida le regalan corazones y aparecen varios comentarios.

Álvaro González Buenorro: «Piolín, te recomiendo comprar un insecticida para acabar con ese mosquito gigante»

Niko Lombardi Becker: «¿Qué hacéis en la habitación de mi futura mujer?»

Ari LeBlanc López: «Cuánto amor hay en el ambiente. Qué bonito»

Dylan Darío Olivares: «Putos, me vais a hacer vomitar»

Nos reímos con cada uno de ellos y le pido a Alan que vuelva a poner la cámara.

—¿Más fotos? —pregunta, y yo asiento con la cabeza, dedicándole una sonrisita traviesa.

Eh... ¿Hola? No me reconozco. Mi autoestima está subiendo poquito a poco gracias a Alan y a

las buenas personas con las que estoy rodeándome últimamente... Pero, sobre todo, creo que también ha sido gracias a mí, por haberle dado carpetazo a lo tóxico que había en mi vida.

—Sí, pero esta vez sólo en calzoncillos —le respondo, y el principito enarca una ceja, atónito—. No me mires así, que es para ayudarte a que te sientas a gusto contigo mismo cuando las veas.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi mendigo? —Se lleva una mano al corazón, en una pose dramática—. Creía que eras un tipo inocente. Me siento engañado.

—Tú sí que eres inocente echando polvos invisibles de hada a la leche y creyendo en los Reyes Magos.

—Creo en la magia —me dice, pero yo, al intentar ahogar una risita, no sé lo que me pasa, porque me entra tos—. Eso ha sido el karma.

Hago muecas de burla y él se quita su camiseta y su pantalón de pijama de Piolín para quedarse en sus calzoncillos con los dibujos de plátanos. Mis ojos lo recorren de arriba abajo, me obligo a tragar saliva y noto que la temperatura de la habitación sube.

Jesús, María y José. He tenido una pésima idea proponiéndole hacernos fotos casi desnudos.

—¡Eo! —Alan agita su mano por delante de mi cara para que reaccione, porque me he quedado contemplando su cuerpo como un baboso—. ¡Leo León!

Vuelvo a la realidad y sacudo la cabeza, abochornado.

No sé por qué me invade la timidez cuando duerme junto a mí en bóxers y todas las mañanas lo veo salir de la ducha con sólo una toalla tapándole la entrepierna. Quizá porque sólo tarda unos segundos en ir desde el servicio a su habitación para vestirse, y en este momento interminable lo tengo enfrente de mis narices.

—Eh... Perdón —le contesto, nervioso y con la mirada puesta en mis zapatillas—. ¿Qué teníamos que hacer?

—Tienes que quedarte en calzoncillos.

—Uy...

¿Qué bóxers me he puesto hoy? Como haya elegido unos con algún agujero o con dibujos que me dejen en evidencia, me va a dar un patatús.

Lo primero que hago es entregarle su móvil y deshacerme de mi camiseta del pijama bajo su intensa mirada, y después me quito mis pantalones. Por suerte, llevo unos calzoncillos negros sin dibujos ni agujeros, pero en el elástico está escrita la marca: Kevin Klein. Obviamente no me da tanta vergüenza usar ropa interior de mercadillo delante del principito, porque la ha visto cuando le ha tocado hacer la colada en el apartamento. Él, a veces, utiliza los calzoncillos con la verdadera marca, porque se los he visto en directo cuando dormimos juntos.

Alan me dedica un silbido mientras me mira con una sonrisa ladeada. Se acerca a mí y comienza a pasear sus manos por mi torso y riéndose, sin yo haberle dado permiso. Me contagia las risas y le pido que se esté quieto porque me pone nervioso, pero me hace caso omiso y me da con su dedo en la tripa, provocándome cosquillas.

—Vamos a hacernos ya las fotos, que va a venir Dulce —le digo entre risas—. Después me tocas todo lo que quieras.

—¿En serio? —me pregunta, ilusionado, y yo asiento—. Vale, venga.

Volvemos a posar frente al espejo, demasiado juntitos, y yo noto el calor proveniente del cuerpo de Alan. Ponemos morritos y luego el principito pega sus labios en mi mejilla y sonrío como un imbécil hasta que se hace la foto. Después, cogemos nuestra ropa del suelo y regresamos a su habitación antes de que nos pille Dulce en la suya, casi en pelotas.

—Ahora me pasas las fotos —le digo a Alan abrazándolo.

—Ahora no. Después —me susurra depositando pequeños besos en mi hombro.

Es evidente que entre nosotros existe una tensión sexual alucinante, y yo me muero de ganas por hacerla desaparecer (creo que a él también le pasa lo mismo), pero pensando en lo que ocurrió anoche, que casi me rompe la nariz, no me importa esperar lo que haga falta hasta que Alan se encuentre bien y decida dar ese paso tan importante conmigo.

Como le he prometido hace unos minutos, nos acomodamos en su cama y le doy vía libre para que me toque todo lo que quiera. Yo me tumbo bocarriba, encantado de que me acaricie y me bese el torso, pero no tengo ni idea de dónde colocar mis manos, porque siento que me estorban. Alan detiene los besos en mi piel para besarme en los labios sin dejar de acariciarme con ternura, como si yo fuera un frasco de cristal que teme romper. Una de sus manos viaja hacia el bulto de mi entrepierna y me toca la erección por encima de los calzoncillos; se me escapa un gemido contra sus labios y siento la necesidad de que continúe tocándome.

—¿Puedo? —me pide tras separarse de mi boca, y aprieta su mano contra mi erección.

Oh, por Dios. ¿De verdad me está pidiendo permiso? Puede hacer conmigo lo que le dé la gana.

Mis cuerdas vocales han enmudecido de repente y sólo le digo que sí con la cabeza, mirándolo a los ojos, con la sensación de estar pareciendo un idiota. A continuación, dejo que Alan me quite los calzoncillos de mercadillo y, de manera impulsiva, me tapo la cara con las manos para que no se dé cuenta de que estoy ruborizado.

—La mortadela de aceitunas —dice. Yo me río y noto cómo su dedo me toca la punta—. Aparta esas manos de tu cara, Leo.

Hago un esfuerzo por liberar mi rostro, completamente rojo, y poso mi mirada en Alan, que está sentado entre mis piernas.

—Hola —es lo único que me atrevo a decir, sonriendo de manera tímida, mientras él me acaricia la barriga, mirándome con sus ojos azules llenos de fuego.

—Hola. —Se muerde el *piercing* del labio—. ¿Qué tal?

—Cachondo perdido.

Alan suelta un «uff», que suena de lo más sexy, y comienza a masajear mi polla con sus manos y con verdadera destreza. Yo recuesto mi cabeza sobre la almohada para estar más cómodo, pero sin apartar mi mirada de la suya. Tras unos minutos, aumenta el ritmo de los movimientos y yo necesito casarme con sus manos, que son unas diosas. Sin embargo, detiene lo que está haciendo y lo miro sin comprender nada.

—No pares, porfa —le pido.

Pero Alan sólo me guiña un ojo, se coloca en cuclillas encima de mí, se encorva y se mete mi polla en la boca. Ahogo un jadeo y cierro los ojos al sentir las maravillas que me está haciendo con la lengua. Le acaricio su cabello rubio mientras me tortura con su boca, y me obligo a mí mismo a aguantar un poco más y a no correrme tan rápido.

Definitivamente me caso con este chico, con sus manos y con su lengua.

—Alan, no puedo más —lo aviso con mi voz entrecortada y, segundos después, estallo en su boca, susurrando—: Cásate conmigo ya.

El principito suelta una carcajada, se tumba a mi lado, mirándome, y me da un tierno beso en los labios. Yo sigo flipando en colores ante lo que acaba de suceder.

—Nadie me la ha comido nunca —confieso.

—Me alegro de haber sido el primero en probar tu mortadela —me contesta, y nos echamos a reír a la vez.

Mi exnovio sólo me hacía pajas, supongo que por compromiso, y nunca me la ha querido chupar porque decía que le daba asco, pero a mí sí que me obligaba a hacérselo.

Y yo no sé qué demonios hago pensando en ese gilipollas en este momento.

Desvío mi mirada hacia la gran erección que se esconde en los bóxers de Alan.

—¿Quieres que te devuelva el favor? —le pregunto, y noto que se me seca la boca porque me muero de ganas.

—No, gracias. Estoy bien así. —Esboza una sonrisa—. Pero necesito ir un momento al baño.

—Vale.

En lo que tarda en regresar del servicio, aprovecho para ponerme mis calzoncillos y me entretengo metiéndome en YouTube desde su portátil.

Un momento... Estoy en su portátil... Con YouTube abierto.

Por fin voy a descubrir el nombre de su canal si tengo la suerte de que sigue tardando.

Pincho en «Mi canal», y ahí está. En su foto aparece su sonrisa con su *piercing* tan sexy, y debajo salen sus vídeos. Y casi me atraganto con mi propia saliva al leer el nombre tan ridículo de su canal: «Chico sin nombre». Yo lo hubiese bautizado de una manera mucho más original.

—Ya he vuelto. —Alan entra de sopetón y yo doy un respingo y cierro el portátil de golpe. Se vuelve a sentar a mi lado, sonriendo aún más que cuando se ha esfumado, bastante relajado, y yo lo miro con desconfianza por haber tardado diez minutos.

—¿Te puedo hacer una pregunta íntima?

—Claro.

—¿Te acabas de hacer una paja en el baño?

La respuesta del principito es echarse a reír.

—No pensaba quedarme con el calentón.

—Yo te lo hubiese quitado —le espeto, y me cruzo de brazos, enfadado—. Me moría de ganas.

—Bueno... No quería arriesgarme a volver a pegarte un puñetazo —bromea—. Sabes que a veces no me llevo muy bien con el contacto físico de las personas y me da por volverme loco.

Oh... Quiero abrazarlo. Necesito abrazarlo. Aunque esté bromeando con esto, sé que le afecta.

—Espero que hayas pensado en mí —le digo, y lo rodeo con mis brazos.

—Eso ni lo dudes.

Me separo y lo miro fijamente a los ojos.

—Te quiero, Alan.

—Guau. Lo has dicho mirándome y sin estar borracho. Estoy orgulloso. —Me aplaude—. Yo también te quiero, Leo.

Nos besamos y continuamos viendo *Anatomía de Grey*, tapados con las mantas, abrazados y besándonos cada cinco minutos.

* * *

No me puedo creer que hayamos empezado el mes de marzo si parece que fue ayer cuando me mudé a Madrid. Es cierto eso que dicen de que cuando eres feliz el tiempo se esfuma en un suspiro. Ya nos han dado todas las notas del primer cuatrimestre a Alan y a mí, y hemos aprobado todas las asignaturas con buena nota, aunque en el examen que hicimos copiándonos, él sacó un nueve, y yo, un ocho, y al principio no entendí por qué, pero, al revisarlo, me di cuenta de que me había equivocado en una pregunta por idiota; en vez de marcar la opción A, que era la correcta, puse la C sin querer.

—Espero verla otro día, señora —le digo a la abuelita que se ha sentado a mi lado en el autobús cuando he salido de trabajar. Me ha estado contando toda su vida y yo la he escuchado con atención, porque me ha parecido muy entrañable.

Me bajo en la parada más cercana a mi calle y camino hacia mi edificio a paso rápido y con las llaves en la mano, pero cuando estoy abriendo la puerta del portal, casi me da un infarto al escuchar el terrible apodo después de estar dos meses sin oírlo.

—Melocotoncito.

Las llaves se me escurren de las manos y el corazón comienza a latirme con tanta fuerza que temo desmayarme. Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Iván, que me mira esbozando una sonrisa de lo más diabólica.

—¿Qué... qué haces a... aquí? —tartamudeo.

—Cuánto tiempo, ¿no? —inquire, y su mirada me recorre entero—. Pero sigues igual que siempre.

Necesito entrar en el portal ahora mismo, pero no me ha dado tiempo de abrirlo y mis llaves continúan tiradas en el suelo. Desvío mi vista hacia el telefonillo, pero está muy lejos de mi alcance y mis manos y mis piernas permanecen paralizadas. Ojalá Alan o Dulce aparezcan para salvarme de este tipo, o que algún vecino venga y me abra la puerta, pero sería demasiada suerte para un desgraciado como yo.

—Me... me alegro de ver... verte —logro decir, y me agacho con rapidez para recuperar mis llaves, pero Iván me las arrebató de las manos.

—¿Sabes? Estaba dando un paseo por este barrio y me he acordado de que vivías por aquí —me cuenta jugando con las llaves—. Así que he decidido hacerle una visita a mi melocotoncito.

Me cuesta tragar saliva y creo que el oxígeno que hay a mi alrededor ha desaparecido, porque no puedo respirar. Iván no deja de observarme con esos ojos marrones tan saltones mientras sonrío, y yo, por una vez en mi vida, siento miedo de verdad por tenerlo enfrente de mí.

—Como veo que te has quedado mudo y atontado, te comento que sólo he venido para hacerte una propuesta de lo más interesante —continúa hablándome.

—Gracias... Pero no me interesa.

Me obligo a respirar hondo durante unos segundos para intentar calmarme y que no me explote el corazón, y no sé de dónde saco los cojones para quitarle a mi exnovio las llaves de un tirón. Sin embargo, me arrepiento al instante de lo que acabo de hacer, porque a Iván se le va la olla y me agarra del cuello de la camiseta con fuerza, provocando que mi espalda se choque contra la puerta y me haga daño.

—Escúchame bien, trozo de mierda —me espeta mirándome fijamente—. Como se te ocurra salir corriendo, juro que te mato, ¿me entiendes?

—Vale —respondo con voz inaudible, y mis ojos comienzan a empañarse.

Iván sonrío de medio lado y me suelta. A mí se me escapan un par de lágrimas y él las atrapa con las yemas de sus dedos mientras me mira, fingiendo lástima.

—No quiero hacerte daño, de verdad —me dice con dulzura—. Pero a veces me lo pones difícil, melocotoncito. —Me da un beso en la mejilla, a escasos centímetros de mi boca, y luego me enseña su móvil—. Como te he dicho hace unos minutos, tengo una propuesta muy interesante para ti, mi amor.

Si esa propuesta viene de la mano de este tipo, estoy seguro de que no se va a tratar de nada bueno. Sea lo que sea, conseguirá hacerme daño.

Capítulo 36

Alan

Leo se está demorando mucho hoy. Hace una hora que se ha marchado de la casa de mis padres y aún no ha regresado al apartamento, cuando lo máximo que tarda es media hora. Lo sé, porque hace un rato le he enviado a mi madre un mensaje preguntándole por él, pero ella tan sólo me ha dicho que no me preocupe, que seguro que habrá perdido el autobús o ha ido a comprar alguna cosa.

Como no aparezca en los próximos cinco minutos, salgo a la calle a buscarlo, porque tampoco contesta a mis llamadas.

Joder, parezco un novio controlador y no quiero ser así. ¿Qué me pasa? Leo puede tardar todo lo que le dé la gana e ir a donde quiera sin darme explicaciones. No me está gustando mi comportamiento en este momento, pero estoy preocupado por él, por si le ha sucedido algo, y más sabiendo que su ex puede andar cerca.

De pronto, oigo el ruido de la cerradura y salto del sofá para dirigirme a toda pastilla a la puerta de la entrada, donde me encuentro a Leo sano y salvo, fingiendo una sonrisa y con un atisbo de tristeza en su mirada; enseguida caigo en la cuenta de que ha estado llorando. Antes de que me cuente nada, lo abrazo todo lo fuerte que puedo.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto mirando sus ojos apagados tras separarme de él, pero huye de mi mirada.

—Nada... —susurra—. Sólo me ha dado un ataque de ansiedad en el autobús y no he podido parar de llorar... Había mucha gente y me he puesto nervioso, pero ya se me ha pasado y estoy bien.

Lo vuelvo a acunar entre mis brazos para que sienta que está a salvo de toda esa porquería.

—Sabes que no me hubiese importado ir a recogerte a mi casa —le digo, aunque sé perfectamente que me lo hubiese impedido, porque piensa que se está aprovechando de mí al ser el único de los dos que tiene coche—. O puedes coger mi moto del garaje la próxima vez para no tener que pillar el bus... Se llama Lady Gaga, y supongo que seguirá funcionando, aunque hace meses que no la uso.

Logro que se le escape una risita.

—¿Lady Gaga? ¿En serio?

—Esa mujer es mi ídola.

Leo se abraza a mí más fuerte, después me sujeta del rostro y me planta un montón de besos por cada parte de mi cara.

—Te quiero mucho mucho mucho —me dice, y yo me río por lo cariñoso que ha venido.

—Gracias, igualmente. —Lo beso en los labios—. He preparado para cenar mi exquisita lasaña.

—Oh, me caso con tu lasaña. —Al mendigo se le hace la boca agua—. Voy a darte una ducha mientras llega Dulce para cenar los tres juntos.

—Pues venga, mosquito. —Le quito su gorrito verde y me lo coloco en la cabeza; después, le

revuelvo su cabello negro con la mano—. Mi diamante.

Media hora después, cada uno se encuentra devorando un gran trozo de lasaña en el sofá mientras vemos un capítulo de *Friends* y, cuando Leo se acaba su porción, se sirve otra porque le encanta, pero yo le digo que le va a doler la barriga como siga comiendo como un muerto de hambre. Los tres terminamos de cenar y decidimos irnos a nuestras habitaciones, pero ya se ha vuelto una costumbre que Leo se quede a dormir en la mía, porque le relaja que la tenga tan ordenada y limpia, a pesar de que algunas noches lo he despertado por culpa de mis malditas pesadillas, aunque él me ha dicho cada una de las veces que no le importa y enseguida se iba a la cocina y me traía un vasito de leche con polvos de hada.

Leo comienza a acariciarme la cabeza cuando nos metemos en mi cama, y yo cierro los ojos y me relajo al instante.

—¿Desde cuándo llevas audífono? —me pregunta—. Nunca me has contado nada de tu... — Hace una breve pausa para soltar la misma palabra que usó cuando me conoció—: De tu *eso*.

—De mi sordera —traduzco su expresión, y suelto una carcajada.

—Sí, eso mismo. —Continúa con su masaje en mi cabeza, y yo me pongo a dibujar círculos en su tripa con mi dedo—. Eh... Lo siento. Quiero saber los detalles, si no te molesta.

—¿Por qué me iba a molestar? Es como si yo ahora te pidiera que me contases todo sobre tus encantadores hoyuelos de las mejillas. —Me incorporo y deposito un beso en uno de sus hoyuelos—. Me vuelven loco, por cierto.

—Uy... —Leo me sonrío, sonrojado—. Entonces cuéntame.

Me coloco en la misma posición que hace unos segundos para que Leo siga manoseándome el pelo, y yo vuelvo a dibujar círculos en su tripa.

—Nací con una hipoacusia unilateral leve —comienzo a hablar—. Significa que tengo una pequeña pérdida de audición en un oído, para que me entiendas. El audífono empecé a llevarlo con sólo un año y medio, cuando estaba viviendo con una familia de acogida.

—Espera —me interrumpe, y deja de acariciarme la cabeza—. ¿Estabas con una familia de acogida? ¿Ari y Álvaro no te adoptaron cuando eras un bebé?

—No. Era una situación complicada porque los dos eran muy jóvenes y no tenían la edad mínima para poder adoptar en España. Mi padre tenía veintidós, y mi madre sólo veinte —le explico—. Además, ninguno estaba preparado para hacerse cargo de un recién nacido. Estuve viviendo unos años con una familia de acogida y después me fui a un centro de menores, que fue un infierno para mí, porque los niños que vivían allí se portaban mal conmigo y no paraban de reírse porque llevaba un audífono.

—Los niños pueden ser muy crueles. —Leo me da un beso en la cabeza.

—Por eso, cuando cumplí los siete años, me escapé de ese sitio con una bici. —Me río al recordarlo—. Pero unos días antes, la asistente social me entregó una carta, que la había escrito mi padre cuando me encontró, por si quería conocerlo cuando creciera, así que decidí esfumarme del centro y, en medio de la calle, le pedí el móvil a una señora para llamarlo y que viniera a buscarme. En ese momento Álvaro era un desconocido y sólo lo había visto por la tele.

—Es triste pero a la vez bonito —me dice Leo, y yo lo miro y asiento con la cabeza.

—Lo mejor es que, en cuanto me encontré con mi padre y me abrazó, me sentí querido y protegido de verdad, aunque no lo conociera. Siempre he estado más unido a él, por eso nos entendemos perfectamente con sólo mirarnos. A mi madre la adoro, pero nunca he sentido con ella una conexión especial como con mi padre.

—Es que tu padre es la bomba. Yo ya estaba enamorado de él en esos tiempos.

—¡Pero si tendrías seis años! —exclamo riéndome.

—¿Y qué? Mi madre me ponía sus canciones y las cantábamos juntos.

—Adoro estar contigo, mendigo —confieso, y lo beso en los labios.

—Gracias.

Nos miramos y estallamos en carcajadas, pero enseguida nos arrepentimos por si hemos sido demasiado escandalosos y hemos despertado a Dulce.

—Tengo una idea. —Extiendo mi brazo hacia la mesita de noche para coger mi móvil—. Vamos a escuchar las canciones de mi padre hasta que nos dé sueño.

—No. —Me arrebató el teléfono y me dedica una sonrisa divertida—. Mejor me pones tus vídeos, *Chico sin nombre*.

Abro la boca, anonadado.

—¿Has descubierto mi canal?

—Sí. También te dejé un comentario hace unos días.

—¿Qué dices? —Me sumerjo en mi móvil y entro en mi cuenta de YouTube—. ¿En qué vídeo? Es que hace días que no los leo.

—En el de *Diamonds*. A ver si lo adivinas.

Pulso en el vídeo que me dice y bajo hasta encontrar algún comentario que tenga la marca de Leo en el nombre de usuario o en las palabras que usa, y no se me hace nada complicado dar con él.

Leo-León-BTS: «Me caso contigo, principito. Estoy *in love* de ti»

Me echo a reír al leerlo.

—Me encanta —le digo—. Nadie sabe que tengo este canal, excepto tú y mis padres.

—Me alegro de ser un privilegiado.

Antes de que nos quedemos dormidos, le pongo mis vídeos, entre risas, y él no para de repetir en cada uno su típica frase de que se quiere casar conmigo.

* * *

Han pasado cinco días desde que a Leo le dio un ataque de ansiedad en el autobús. A partir de ese momento lo he estado notando un pelín raro conmigo; a ratos le entraba la vena cariñosa y no paraba de decirme que me quería mientras me abrazaba, cuando normalmente soy yo el que no para de sobarlo. Sin embargo, otras veces sentía que se sumergía en sus pensamientos, con la mirada clavada en un punto fijo, como si estuviera ido de este mundo. También se negaba a que lo recogiera en la casa de mis padres, con la excusa de que «tenía que superar sus miedos», aunque yo aparecía por allí justo antes de que terminara su jornada laboral y me inventaba que me apetecía hacerles una visita a mis hermanos y a mi madre, ya que mi padre sigue perdido por el país dándoles conciertos a sus amados admiradores.

Durante el trayecto hacia el apartamento en coche después de haberlo recogido de mi casa, los dos permanecemos callados, escuchando una canción de Imagine Dragons. Los silencios entre nosotros siempre me han parecido cómodos, pero el que estamos viviendo ahora mismo es insoportable. No sé qué demonios le pasa a Leo. En cuanto llegemos a nuestra casa, intentaré hablar con él para que me cuente qué le ocurre.

Aparco, apago la música y nos apeamos del coche a la vez. Él sube por las escaleras mientras

yo lo hago por el ascensor y, una vez que entramos en el apartamento, se mete en su habitación, andando como si le pesaran los pies, y yo decido seguirlo.

—¿Me vas a contar ya qué te pasa? —exijo saber tras cerrar la puerta, y nos quedamos de pie, el uno frente al otro—. Llevas varios días comportándote raro.

Leo suspira, mirando al techo, y después sus ojos se encuentran con los míos.

—Es que he estado pensando, Alan. —Nos señala a ambos—. Sobre esto que tenemos.

—¿Qué le pasa a nuestra relación? —inquiero, preocupado—. ¿He hecho algo malo?

—Creo que no ha sido buena idea comenzar a salir juntos; estamos yendo demasiado deprisa —me dice, y baja la mirada mientras sus manos juegan entre ellas, inquietas.

—¿Qué coño estás diciendo, Leo?

No entiendo qué me ha querido decir con lo de que estamos yendo deprisa. Quizás él lo perciba de esa manera, pero yo siento que nuestra relación se está formando poquito a poco, sin ninguna prisa.

—Lo que has oído, Alan —continúa hablando, sin atreverse a mirarme—. Los dos hemos pasado por mucha mierda y no estamos preparados para dar el cien por cien en nuestra relación.

Se me instala un nudo en la garganta. Seguro que lo del cien por cien lo ha dicho por mí, y en el fondo lleva razón, porque sé que no puedo darle todo lo que necesita; al menos no ahora, pero quiero intentarlo.

—Lo dices por lo que me hizo Simón... —susurro, y Leo no tarda en alzar su mirada hacia mí.

—Claro que no, Alan —me responde con voz inaudible, mirándome a los ojos, y yo me trago el nudo gigante de la garganta—. Jamás rompería contigo por eso.

Siento que me abofetea el corazón cuando oigo las últimas palabras.

Está pensando en romper conmigo. ¿En qué me he equivocado?

—¿Quieres dejarme? —le pregunto de repente, con la voz quebrada.

—Sí... —De nuevo, huye de mi mirada y concentra la suya en las baldosas del suelo—. Yo no... —intenta hablar, y me doy cuenta de que aprieta los puños, tembloroso—. No te quiero.

—Estás mintiendo.

—No te estoy mintiendo —replica, pero su tono de voz y su mirada dicen lo contrario, porque conozco a Leo lo suficiente y sé cuándo miente—. No te quiero.

—Ahora ten los cojones de decirlo mirándome a los ojos.

Transcurren varios segundos interminables en los que Leo debate consigo mismo si continuar mintiéndome o explicarme las verdaderas razones por las que quiere acabar con una relación tan bonita y mucho más sana que la que ha tenido.

Aguardo de brazos cruzados, contemplándolo, hasta que finalmente se digna a mirarme a los ojos.

Y entonces consigue romperme el corazón con sus palabras:

—No te quiero —me dice manteniendo el contacto visual conmigo—. Sigo enamorado de Iván.

—No es cierto. —Me niego a creerme semejante barbaridad—. No puedes estar enamorado de Iván. No me lo trago.

—Lo siento, Alan, pero no puedo olvidarlo y continuo queriéndolo. Espero que algún día me perdones.

Joder, lo peor de todo es que parece sincero y ni siquiera le está afectando esta situación. Se comunica conmigo como si fuera un robot, sin un atisbo de emoción en su rostro cuando a mí me duele el corazón a rabiar.

—Sigues estando ciego. —Un par de lágrimas brotan de mis ojos—. Ojalá te des cuenta de que

Iván es un enfermo, y espero que sea mucho antes de que acabes en el hospital por culpa de alguna brutal paliza. —Me doy la vuelta y me marcho de su habitación, con el corazón reventado.

No pienso quedarme en el apartamento esta noche sintiendo la presencia de Leo en cada rincón, así que atravieso el pasillo con tanta prisa que me choco con Dulce.

—Lo siento —me disculpo con ella, y observo que se ha planchado el pelo y se ha puesto un bonito vestido azul.

—¿Qué te pasa, Alan?

Pero yo no le respondo y abandono el apartamento como una exhalación. Bajo las escaleras de dos en dos y, cuando ya estoy metido en mi coche, subo el volumen de la música al máximo y conduzco en dirección a la casa de Dylan, sin parar de llorar como un imbécil. Una vez que llego, me abre la puerta y no hace falta que le cuente nada, porque con mi expresión se lo digo todo; entonces me abraza.

—¿Puedo quedarme a dormir? —le pido.

—Sabes que no tienes que pedirlo.

—¿Tenías planes?

—Había quedado con Diana dentro de un rato, pero ahora le diré que no puedo ir —me responde. Ahora me siento mal por haberle chafado los planes que tenía con su novia—. ¿Le envió un mensaje a Niko para que se venga?

—Vale.

En el salón, mi tío Diego está sentado a la mesa, con los ojos pegados a su portátil y tecleando como un poseso, enfrascado en alguna novela. Me saluda con un escueto «hola», sin levantar la vista de la pantalla.

—Está escribiendo una historia ñoña —me explica Dylan, y pone los ojos en blanco—. Este hombre es un caso perdido.

Pasamos a su habitación y me pongo a jugar con el conejito Thor a la vez que mi primo prepara la cama nido, donde Niko y yo dormíamos cuando nos quedábamos.

Mientras nuestro amigo aparece, me tumbo en la cama y empiezo a darle vueltas a la cabeza, exhausto, pero Dylan interrumpe mis cavilaciones con el ruido de sus masticaciones. Yo ladeo la cabeza hacia él, que se acaba de sentar en su cama para devorar una tableta de chocolate.

—¿Sabes que eres muy ruidoso mientras comes?

—¿Quieres? —me ofrece su «cena», enseñándomela.

—No tengo hambre.

—Tampoco te iba a dar.

Unos minutos después, alguien toca el timbre y Dylan se esfuma de la habitación para abrir la puerta, ya que su padre ni siquiera se habrá enterado por estar viviendo en otro mundo.

—Traigo provisiones para toda la noche. —Niko aparece, sosteniendo tres cajas de pizza, latas de Coca-Cola y un bote de Nutella; esto último me lo lanza prácticamente a la cara—. He pensado que necesitarías tu droga.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa fingida y cojo el bote.

Dylan me arroja una cuchara cuando se da cuenta de que estaba a punto de hundir mi dedo en la crema de chocolate y avellanas, y se vuelve a sentar en su cama. Niko deja las pizzas y los refrescos en el suelo, y se deja caer a mi lado.

—¿Tenías planes? —le pregunto a Niko, recordando que Dulce se había arreglado antes de que yo huyera del apartamento.

—Iba a llevar a Dulce a cenar a algún sitio elegante, pero cuando Dylan me ha avisado de

cómo estabas, he cancelado la cita. Mis amigos son más importantes.

—Lo siento —digo sintiéndome culpable, y Dylan me lanza un cojín a la cara, cansado de mis disculpas.

—Cuéntanos qué ha pasado —interviene Niko—. Y si tenemos que idear algún plan para asesinar a alguien, contad conmigo, aunque me juegue mi futuro como presidente de España.

Mientras cenamos, les cuento que Leo se ha estado comportando de una manera extraña durante varios días y que ha roto conmigo hace unas horas para volver con el orangután de su ex. Niko aplasta una lata de refresco entre su mano, conteniéndose un ataque de ira, y Dylan me mira con compasión y se une a nosotros a la cama de abajo para abrazarme.

—Lo mejor será que te olvides de Leo, tío —me aconseja Dylan, y Niko permanece perdido en sus pensamientos—. No puedes hacer nada si quiere volver con su ex. Suena ilógico después de todo lo que le ha hecho, pero es su decisión y no eres la hermanita de la caridad para ayudarlo a salir de esa mierda.

—Lo sé. —Acaricio al conejito, que lo tengo entre mis brazos.

—¿Sabéis lo que pasa? —salta Niko de pronto, y lo miramos—. Que tenemos que deshacernos de cierto sujeto que me cae peor que una patada en los huevos. Todos seríamos felices, y el mundo, un lugar mejor.

—Nada de cometer crímenes, peque —lo regaña Dylan apuntándolo con el dedo—. No me gustaría visitarte en el trullo.

—Lo haría por el bien de la humanidad. —Niko me roba a Thor y le hace carantoñas; después mira a Dylan, esbozando una sonrisa burlona—. Ahora que lo pienso, Thor es el único conejito que has tocado en toda tu vida.

Dylan lo taladra con su mirada y no tarda en abalanzarse sobre él para descuartizarlo; yo salvo al conejito de morir aplastado por esos dos neandertales y contemplo cómo se matan entre ellos.

¿Quién ganará la batalla? ¿Dylan, el monje? ¿O Niko, el karateka? Me río yo solo en mi imaginación.

—Repite lo que has dicho, cabrón —le espeta Dylan sentado a horcajadas sobre Niko y sujetando sus brazos con fuerza, mientras el otro se ríe.

—Thor es el único conejito que has tocado en toda tu vida.

—Chicos, ya basta —intento poner orden—. Vais a acabar rompiendo la cama.

Dylan le revuelve el pelo negro a Niko y se quita de encima de él; el asiático se incorpora y se estira. Los dos sonríen, como si no hubiera pasado nada, y se piden perdón mediante un abrazo de mejores amiguitos, como dos niños pequeños que se acaban de pelear en el patio del colegio.

—Eh, yo también quiero. —Me pongo celoso y me uno a su abrazo.

Decidimos ponernos una peli mientras terminamos de cenar, y luego nos zampamos el bote de Nutella en un abrir y cerrar de ojos. La noche con mis amigos transcurre rápido y consiguen animarme como ellos saben.

—Espero que no nos deleites con uno de tus conciertozcos de pedos —le dice Dylan a Niko cuando llega la hora de que nos vayamos a dormir, y yo temo por mi vida, porque me toca compartir la estrecha cama con los pedos y patadas de mi amigo.

—Ni tú con tus ronquidos de marrana pariendo —le espeta Niko.

Yo creo soy el único que no molesta a los demás durante la noche, porque ni ronco ni me tiro pedos; soy muy silencioso, excepto cuando me visitan las pesadillas.

—Buenas noches, idiotas —les digo. Me abrazo a Niko y cierro los ojos, esperando a que Morfeo haga acto de presencia.

Capítulo 37

Leo

—¿Te vas? —me pregunta Dulce cuando entra en mi habitación, con el pijama puesto y el pelo completamente liso.

—Sí. A la casa de Iván.

Estoy metiendo unas cuantas mudas de ropa en la maleta y todo lo necesario para pasar unos días con él en el apartamento de su hermana para no toparme con Alan por aquí, aunque va a ser complicado que no me lo encuentre por la universidad o en la casa de sus padres cuando vaya a trabajar.

Si Iván me permite asistir a clase e ir a trabajar, claro.

—Eres un imbécil —me espeta mi amiga, y a mí me da un vuelco el corazón, pero no la miro y continúo metiendo calzoncillos limpios en la maleta.

—¿Has quedado con Niko? —le pregunto cambiando de tema.

—Habíamos quedado —me corrige, y se sienta en mi colchón—. Pero, como comprenderás, un gilipollas ha roto con su mejor amigo y ha cancelado nuestros planes para poder animarlo.

—Pues qué mal... —Me hago el tonto para no tener que hablar de este tema, que me hace sentir como una mierda desde que le he soltado a Alan una sarta de mentiras.

—Ahora sí que no te entiendo, Leo. —Mi amiga niega con la cabeza y yo voy de un lado a otro de la habitación, mirando cada rincón por si se me olvida algo importante. La guitarra firmada de Álvaro voy a dejarla aquí, porque temo que cierto orangután me la destroece con sus ataques de ira o de celos, y lo mismo haré con la serie *Supernatural* que me regaló Alan por mi cumpleaños, que le tengo mucho aprecio—. ¿De verdad piensas volver con Iván después de que te haya maltratado tanto física como psicológicamente? Lo siento, pero no me creo que lo sigas queriendo, y mucho menos cuando te he visto tan feliz con Alan, que parecías otra persona.

—Entonces no te metas —le respondo sin atreverme a mirarla—. Es mi decisión si quiero volver con mi ex. Punto.

—Tu madre se va a sentir decepcionada.

—No me importa. —Cierro la maleta sobre la cama como puedo, y después la pongo en el suelo para sujetarla del asa; entonces me obligo a mirar a Dulce—. Cuida de la gata de Alan hasta que él vuelva.

Y abandono el apartamento, arrastrando mi maleta del asa. No me pienso dos veces subirme en el ascensor por si tengo la suerte de que se detiene en mitad del viaje hacia la planta baja y me libro de irme con Iván... O quizá me dé un ataque de pánico y mi muerte sea triste y precipitada, encerrado en ese lugar claustrofóbico.

Sin embargo, cuando finaliza mi viaje en ascensor, continúo sano y salvo, pero el verdadero miedo lo estoy viviendo ahora mismo, porque en cuanto salgo del portal, mi exnovio (¿o vuelve a ser mi novio?) aguarda al lado de un coche que no reconozco, fumándose un cigarrillo.

—Hola, melocotoncito —me saluda dedicándome su vomitiva sonrisa—. No sabes cuánto me alegro de que hayas tomado esta decisión. No te vas a arrepentir de volver conmigo, te lo

prometo. —Me da un casto beso en los labios y me entra el impulso de empujarlo, pero me trago mis ganas y aguanto la tortura.

—Ya —le respondo sin un atisbo de emoción en mi voz.

Iván coge mi equipaje y, mientras lo coloca en el maletero, me dejo caer en el asiento del copiloto.

—Este es el coche de mi hermana —me cuenta tras arrancar el vehículo y salir a la carretera—. No le importa que te vayas a quedar en su piso conmigo, pero te advierto que es una tía de lo más desquiciada.

No me apetece mantener una conversación con él, no después de haberle roto el corazón a Alan.

Ya en el apartamento donde vive su hermana, Iván hace las debidas presentaciones y me quedo a cuadros cuando descubro que se trata de Diana, la novia de Dylan.

Ya tengo un punto a mi favor, porque esta chica me cae muy bien, aunque no la conozca mucho; pensaba que la hermana de Iván iba a ser igual de tóxica que él.

—¿Pero tú no estabas saliendo con Alan? —me pregunta ella, sorprendida, al darme dos besos en las mejillas.

—Estaba, pero ya no. Ahora está conmigo —nos interrumpe Iván—. ¿De qué os conocéis? —Permanece unos segundos pensando y entonces cae en la cuenta—: Ah, del chulito soplapollas que te has echado por novio.

—Cuidado con lo que dices, que te puedo echar ahora mismo de mi casa —le advierte ella mirando a mi «novio»; yo continúo callado—. No sabes cómo me voy a reír en cuanto papá se entere de que el terapeuta al que te obliga a ir no te está sirviendo para nada.

—Cállate, zorra —le ordena Iván, y la señala con su dedo, en expresión amenazadora—. Ni se te ocurra decirle nada o te juro que te dejo calva.

Diana esboza una sonrisa y ladea su cabeza en mi dirección.

—Mi hermano está medio loco. —Se lleva un dedo a la sien.

—Chúpame el rabo —le espeta el otro, y antes de desaparecer del pasillo con mi maleta, añade—: Puta gorda.

—No sé qué le ves, en serio —me dice Diana—. Pero espero que te sientas cómodo en esta casa durante el tiempo que os quedéis.

—Gracias —logro contestarle en un tono demasiado bajo.

—De nada, cielo.

Iván me llama desde una de las habitaciones con el horrible apodo «melocotoncito», y yo voy para ver qué quiere.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me dice tendiéndome la palma de su mano y sonriéndome con socarronería—. Tu móvil.

Exhalo un suspiro y me saco mi teléfono del bolsillo de mis vaqueros para permitir que Iván me elimine lo que le dé la gana. Lo bueno es que ya no tengo casi nada que valga la pena, porque las fotos que me he ido haciendo con Alan a lo largo de este tiempo (incluidas las que aparecemos en calzoncillos, delante del espejo del cuarto de Dulce) las he borrado, pero sólo he dejado un *selfie* que nos hicimos en la universidad, porque es mi foto favorita de todas y la tenía puesta en mi perfil de cada una de mis redes sociales.

Mientras Iván se entretiene con mi móvil, echo un vistazo a la habitación tan pequeña e impersonal que parece la de un invitado que ha venido a pasar unos días. Sólo hay una cama individual con un par de cojines y una mesita de noche al lado, un escritorio con el portátil de Iván

encima y una estantería con un par de libros, que serán sus favoritos de política.

Me asomo a la ventana y contemplo la calle, que a estas horas de la noche se encuentra tranquila, con sólo unos pocos coches circulando por la carretera y algún que otro viandante que sale de trabajar o le ha apetecido dar una vuelta. Entonces me pregunto qué estará haciendo el principito en este momento... ¿Podrá dormir? ¿Se habrá ido de fiesta con sus amigos para olvidarse de que le he roto el corazón? ¿O estará ahogando sus penas en la Nutella y en la pizza con piña?

Una carcajada de Iván me saca de mi ensimismamiento y giro mi cabeza hacia él, que continúa con mi móvil en las manos.

—¿Qué te parece tan gracioso? —le pregunto, un pelín mosqueado.

Me he asegurado de borrarlo todo, así que imagino que no se habrá topado con algo comprometedor.

—Esta foto con tu sordito. —Me enseña la pantalla, donde se puede apreciar mi foto favorita con Alan en la uni y en la que salimos felices, porque los dos nos sentíamos de esa forma hasta hace unas horas—. Cuánto amor, ¿no?

Trago saliva.

—¿Vas a borrarla?

—¿Quieres que la borre? —inquiere sin dejar de mostrarme su estúpida sonrisa que quiero arrancarle—. La verdad es que me entran ganas de potar de sólo verla.

Decido fingir que no me importa lo que vaya a hacer.

—Haz lo que quieras.

—Venga, que te la dejo para que la veas todos los días con añoranza. —Se ríe, el muy cabronazo, y yo me asusto por mis sorprendentes ganas de cometer un asesinato—. ¿Habéis follado ya?

Dios, ¿cómo se puede aborrecer tanto a una persona? Aunque, en realidad, no sé a quién odio más, si a Iván o a ese tal Simón.

—No es de tu incumbencia —le respondo mirándolo con desprecio, y él se vuelve a reír.

—Claro que sí, mi amor. Nadie más puede entrar en tu culito. —Me tira del moflete y yo aparto su mano de un golpetazo—. Joder, qué mal genio tienes, ¿eh? —Me devuelve el teléfono—. Toma, anda. Te he dejado sólo los números de tu mami, tu abuelito y tu papi, porque no soy tan hijo de puta, pero te he dado de baja las redes sociales. Ya conoces las normas.

Prefiero estar en la cárcel, que tendría mucha más libertad que con este imbécil.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Tú has elegido volver conmigo —me responde encogiéndose de hombros, y tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para no arañarle su careto de pánfilo abominable y arrancarle esos ojos saltones—. Yo no te he puesto una pistola en la cabeza, Leo.

No entiendo cómo existen personas capaces de joderle la vida a otro ser humano.

Iván era bueno... ¿Cómo ha podido cambiar tanto?

—Me das asco —le digo mirándolo fijamente, pero él sólo esboza una sonrisa ladeada.

—Pero qué mono eres. —Me vuelve a tirar del moflete y después me besa en los labios; yo dejo que su lengua invada mi boca y que haga lo que quiera. Como se da cuenta de que no le estoy poniendo ninguna emoción al beso, se aparta de mí y me mira, divertido—. Leo, Leíto... Al final voy a pensar que no me quieres.

—¿Acaso existe alguien que sienta algún tipo de aprecio hacia ti? —inquiero, y enseguida me arrepiento de haberle plantado cara, porque me pega una bofetada, y yo, como acto reflejo, me

tapo la mejilla con la mano.

—Ten mucho cuidado con tu comportamiento, que vas a acabar quemándote —me advierte, y su semblante se torna serio—. O quizá se queme Alan.

Me da mucha rabia que pronuncie ese precioso nombre con sorna.

—A Alan lo dejas en paz.

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición—. Además, ha sido buena idea que hayas roto con él antes de que él lo hiciera contigo para irse con cualquier par de tetas. Ya sabes cómo son de viciosos los bisexuales.

«Respira hondo, Leo», me digo a mí mismo.

—Ajá —es lo único que contesto, mordiéndome la lengua para evitar meter la pata.

—Ah, y tú vas a dormir en el suelo, porque en mi cama no cabemos los dos, y tampoco puedes ocupar el sofá porque a mi hermana no le gusta que nadie babeo durmiendo ahí, ¿entendido?

—Ajá.

Con tal de no dormir pegado a este macaco, soy capaz de pasar la noche encerrado en una jaula con veinte leones hambrientos.

* * *

En cuanto Iván me deja cerca de mi facultad tras ordenarme que no le dirija la palabra a ningún tío, y mucho menos al «sordo», echo un vistazo a mi alrededor y miro a cada estudiante, por si uno de ellos es Alan, pero no lo diviso por ningún lado. De todas formas, es temprano para que empiecen las clases; cuando me venía con él en su coche llegábamos cinco minutos tarde.

Camino por los pasillos con mis cascos puestos, la mirada bajada y sin prestarle atención a nadie. Llego hasta el aula donde me toca la clase y me siento en la última fila, deseando que Alan aparezca para saber que se encuentra bien, aunque decida sentarse en otro lugar, lejos de mí.

Diez minutos después, el aula comienza a llenarse de personas con las que no he hablado jamás (exceptuando devolverles el saludo), y descubro al principito atravesando la puerta, vestido con unos vaqueros que nunca le he visto y una sudadera negra de *Juego de Tronos* que le vi una vez a Dylan. Pasea sus ojazos azules por toda la sala hasta que se detienen en mí, y yo comienzo a temblar. Permanecemos mirándonos durante unos segundos interminables; él, sin expresión alguna, y yo, suplicándole que me perdone. Sin embargo, Alan es el primero en romper el contacto visual y decide sentarse en primera fila.

—Hola —me saluda Camila, la chica a la que Alan le pegó un puñetazo hace unos meses, y se sienta a mi lado.

—Eh —le respondo, en un intento de saludo.

—¿Qué te ha pasado con Alan? —quiere saber, la muy cotilla—. Siempre os veo dándoos besos y abrazos. ¿Os habéis peleado?

—Algo así.

¿Qué le importará a ella?

—Te ha puesto la mano encima, ¿verdad? Es un asco de tío... A mí me pegó una vez —confiesa, y yo siento lástima por ella, porque no sabe lo que le ocurre a Alan realmente—. Había pensado en ponerle una denuncia, pero luego caí en la cuenta de que su padre es un cantante famoso y nadie me iba a creer.

—Alan no es violento —lo defiende—. Quizá pusiste tu mano donde no debías.

Camila abre los ojos, atónita.

—¿Estás queriendo decir que yo soy la culpable de que me haya pegado? ¿En serio?

—Algo así.

—Cada vez tengo más claro que todos los tíos sois iguales. —Niega con la cabeza, en desaprobación, y su flequillo se mueve con ella.

El resto de la clase se me pasa lentísima y, en cuanto acaba, observo que Alan es el primero en marcharse pitando del aula. Yo recojo mis cosas y las meto en la mochila de cualquier manera para que me dé tiempo de perseguir al principito, aunque Iván me haya ordenado que no me atreva a acercarme a él. Veo que se encierra en los baños de hombres y, tras un par de segundos, entro yo también y aguardo a que salga de hacer sus necesidades en la última puerta, que es la única que está ocupada.

Doy vueltas por el baño, inquieto, y pienso en posibles temas de conversación, pero imagino que me mandará a la mierda en cuanto me vea aquí.

Oigo el sonido de la cisterna y, a continuación, Alan sale del habitáculo, se me queda mirando, como con sorpresa, y se ríe. Después, se acerca al lavabo y se concentra en lavarse las manos con total tranquilidad, sin borrar su falsa sonrisa de su cara.

Carraspeo.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Se seca las manos con trozos de papel, que luego los lanza a la papelera.

—Genial. —Se planta frente a mí, dedicándome su sonrisa resplandeciente, pero no me queda ninguna duda de que es fingida—. ¿Qué pensabas? ¿Que iba a estar llorando por las esquinas después de que rompieras conmigo? ¡Pues no! Tengo amor propio, melocotoncito —la última palabra la pronuncia con burla—. Y mi cerebro ha aprendido a soportar el dolor.

—Me alegro —logro decir, a pesar del nudo que tengo en la garganta.

—Leo, ¿puedo hacerte una pregunta? Pero me debes responder con sinceridad —me pide, y su sonrisa se le borra del rostro al instante.

—Claro.

—¿Qué clase de chantaje ha utilizado el orangután esta vez para que vuelvas con él?

Su pregunta me pilla desprevenido y aparto mi mirada de la suya para posarla en mi pulsera.

—No me ha chantajeado con nada. He vuelto con él porque lo quiero, ya te lo dije anoche —contesto de manera atropellada, y supongo que he sonado convincente.

—Se te da como el culo mentirme, que lo sepas. —Su voz suena fría—. Me he tirado toda la noche pensando, con los pedos de Niko y los ronquidos de Dylan de fondo. He analizado en mi cabeza las palabras que me soltaste y que se me quedaron grabadas a fuego, y he llegado a la conclusión de que no voy a tragarme tus mentiras, porque Iván te tiene cogido por los huevos de alguna forma.

—Voy a llegar tarde a la siguiente clase. —Me doy la vuelta sin mirarlo, pero Alan me agarra del brazo y me gira hacia él.

—Sólo necesito que me lo cuentes, por favor. Sé que me quieres —me dice. Yo me pierdo en su bonita mirada y me entran unas tremendas ganas de abrazarlo y esconderlo del mundo.

—Déjame en paz, pesado —le espeto, y me suelto de su brazo—. No hay nada que tenga que contarte. Asume que te he dejado y que quiero a Iván.

—*Quiiri i Ivín. Quiiri i Ivín. Quiiri i Ivín.* —Hace muecas de burla, como si fuera un niño de preescolar—. Espero que le hayas contado que te la he comido para dañar su ego.

Jesús, María y José. Tengo que eliminar la escena que acaba de aparecer en mi mente.

Sacudo la cabeza y lo miro.

—Debemos ir a clase, principito.

—De acuerdo, pero esto no se va a quedar así. Pienso descubrir qué se trae ese imbécil entre manos —me advierte apuntándome con su dedo, y luego añade—: Porque te quiero.

Sus palabras se me acaban de clavar en el corazón.

—Yo a ti no te quiero —respondo como si fuera un robot.

—Uy, sí, claro, y los unicornios existen. —Me dedica una sonrisa sarcástica y después se esfuma del servicio.

¿Cómo que los unicornios no existen? Pensaba que Alan creía en ellos.

Suelto un bufido y me agunto las ganas de ir tras él y comerle la boca como un desesperado, porque debo seguir siendo la marioneta de Iván mientras ideo algún plan para que nos deje a Alan y a mí tranquilos de una vez.

Capítulo 38

Alan

Ha pasado una semana desde que Leo y yo rompimos, y ni siquiera se ha dignado a aparecer por el apartamento; prefiere vivir con el orangután, aunque estoy seguro de que ha sido por obligación. De todas formas, Dylan se ha convertido en mi corresponsal y, cada vez que visitaba a Diana, se encontraba con Leo allí y no tardaba en informarme de lo que estaba haciendo (amargado con Iván, estudiando en la cocina o leyendo alguno de sus mangas). En la facultad he continuado sentándome en primera fila, y Leo en la última, pero, siempre que podía, giraba la cabeza hacia él y lo pillaba mirándome; también he evitado ir a la casa de mis padres durante las horas que le tocaba trabajar para darle espacio.

Pero ya estoy harto. De sus mentiras, de que haya vuelto con Iván y de que no me dirija la palabra (la última conversación que tuvimos fue la del baño, y los siguientes días ni siquiera me ha devuelto el saludo). Tampoco ha hablado con Dulce, y eso que es su mejor amiga... Por eso, en cuanto he salido de mi última clase, he conducido hasta la facultad de Ciencias Políticas de Niko, ya que hoy terminaba antes que él, con la intención de mantener una charlita con Iván.

Unos cuantos alumnos comienzan a salir, pero ninguno de ellos es Niko o el orangután, así que aguardo unos minutos más, y es entonces cuando diviso a mi amigo, caminando con la vista clavada en su móvil, y me acerco a él sin que me vea, esquivando a unas cuantas personas.

—¡Viva Franco! —chillo en el oído de mi amigo, y él da un respingo tan asustado que por poco se le escurre el móvil de las manos. Unos cuantos alumnos se me quedan mirando y yo les sonrío.

—Joder, tío, menudo susto —me dice Niko—. ¿Cómo se te ocurre gritar eso? —Me pega una colleja en la nuca y yo me echo a reír—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué pasa? ¿No puedo hacerte una visita?

—Es raro —me responde, extrañado—. Te conozco lo suficiente y sé que estás tramando algo.

—Vale, me has pillado. —Me muerdo el *piercing*—. ¿Y el orangután?

—Estará a punto de aparecer. —Se gira hacia atrás para ver si alguno de los alumnos que están saliendo es Iván—. Como es un maldito pelota, siempre se queda hablando un rato con los profesores, lamiéndoles el culo.

—Pues vamos a esperarlo, porque quiero tener una charlita con él.

—Vale, pero no vayas a liarla —me advierte con su mirada, y me da un par de palmadas en el hombro.

Tras unos cuantos minutos parados frente a la puerta de la facultad, uno de los seres más despreciables del planeta aparece, a punto de encenderse un cigarrillo, pero yo interrumpo su momento para drogarse, plantándome delante de él. Arquea una ceja, fingiendo sorprenderse, con el cigarro sin encender entre los labios, y después se echa a reír como el gilipollas que es.

Exhalo con brusquedad y mi primer impulso es quitarle el pitillo de la boca y tirarlo al suelo, para después pisotearlo delante de sus narices. Niko se encuentra a unos metros de nosotros, charlando con unos compañeros suyos, pero sin quitarme el ojo de encima por si la cosa se me va

de las manos, acabo cometiendo un asesinato y necesito su ayuda para esconder el cadáver del orangután, ocultar las pruebas y sobornar a todos los testigos.

—Oye, mira, no pienso perder mi preciado tiempo con un discapacitado —me dice Iván esbozando esa asquerosa sonrisa—. Tengo demasiadas cosas que hacer, como por ejemplo, follar con mi novio.

Menuda hostia en la cara se va a llevar... Aunque, ahora que lo pienso, ¿estarán teniendo sexo? No creo que Leo caiga tan bajo para tirarse a este tipo, y si de verdad está sucediendo, no será consentido.

—Voy a ir directamente al grano, pedazo de orangután —le digo mirándolo fijamente, con expresión dura—. No sé con qué habrás amenazado a Leo para obligarlo a volver contigo. ¿De verdad piensas que te quiere? Lo que siente es miedo hacia ti. Es bastante triste que tengas que llegar a estos extremos para sentirte «querido». —Dibujo unas comillas en el aire con mis dedos en la última palabra, pero él permanece impassible, como el individuo carente de emociones que es—. Si Leo no se atreve a ponerte una denuncia, ten por seguro que lo haré yo, porque, al contrario que tú, yo sí soy capaz de querer de verdad y hacer cualquier cosa por las personas que me importan.

Iván no hace otra cosa más que reírse y se seca las lágrimas invisibles de sus ojos.

—Muy bonito todo —me dice—. Pero, créeme, tú eres el menos indicado para venir a tocarme los cojones.

Mi paciencia con este tío se esfuma y me da por agarrarlo del cuello de la camiseta con fuerza mientras él no deja de sonreír.

—Escúchame bien, como te atrevas a hacerle daño a Leo... —Hago una pausa, quedándome sin palabras, porque nunca he amenazado a nadie. Iván suelta una carcajada, esperando a que siga hablando.

—¿Qué vas hacerme, si ni siquiera sabes amenazar? —se mofa—. Anda, suéltame, sordito. Por tu bien, más te vale mantenerte alejado de este asunto y de mi relación con Leo.

—No pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo continúas destrozándole la vida al chico que quiero —le informo tras soltarlo.

—Qué miedo, estoy temblando con las terribles amenazas de un disminuido. —Se carcajea, y después me da una palmadita amistosa en la mejilla—. Que pases una buena tarde, sordito. —Y se marcha, altanero, con la compañía de un cigarro nuevo.

Estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no salir tras él y empujarlo hacia la carretera para que lo atropelle el primer vehículo que aparezca; con suerte, que sea un autobús.

—Bueno, ¿qué? ¿Te han entrado ganas de cometer un crimen? —me pregunta Niko al acercarse a mí.

—No sabes cuántas.

* * *

El viernes por la tarde voy a la casa de mis padres cuando a Leo le quedan cinco minutos para terminar su trabajo, ya que tengo que quedarme toda la noche cuidando de mis hermanos porque mi madre ha quedado con mis tíos para ir a cenar por ahí. Sin embargo, justo antes de entrar, me encuentro al mendigo saliendo de la casa con el carrito de la compra.

—¿A dónde vas? —le pregunto frunciendo el entrecejo.

—Tu madre me ha ordenado que haga la compra.

—¿Ahora? Si has terminado por hoy.

—Ya, pero quiere que haga horas extras. Lleva toda la tarde puteándome —me cuenta, exasperado—. Creo que me trata así porque he roto contigo.

Qué raro. A mi madre no le he contado que lo he dejado con Leo... Pero a mi padre sí; fue hace unas noches, que lo llamé en cuanto terminó uno de sus conciertos porque necesitaba relatarle todo lo que había pasado, y acabé llorando a moco tendido, así que imagino que le habrá dicho a mi madre que «el mosquito le ha roto el corazón a mi Piolín», palabras textuales.

Dejo que Leo se marche a hacer la compra para que no pierda más el tiempo conmigo y entro en mi casa; enseguida encuentro a mi madre sentada en el sofá del salón, dibujando en un bloc.

—Hola, mi niño —me saluda sonriente, y yo le doy un beso en la cabeza y me siento a su lado.

—Mamá, ¿qué le estás haciendo a Leo? Debería de haberse marchado ya.

Deja su bloc de dibujo sobre la mesita de centro y me mira.

—Es mi venganza de exsuegra por hacerte sufrir —me dice—. ¿Por qué no me has contado que te dejó hace más de una semana? ¡Tu padre me lo ha tenido que soplar por teléfono!

Lo sabía. Si es que mi padre no puede mantenerse callado.

—Porque no quería que le hicieras la vida imposible o lo despidieras. Necesita el dinero.

Mi madre me mira con ternura.

—Oh, cariño, eres demasiado bueno... Pero si alguien te hace daño, se merece lo peor. No me gusta que un desalmado haga sufrir a mi chiquitín. ¿Quieres que lo despidamos?

—Mamá, no debes mezclar la vida personal con la laboral. —La agarro de las manos, mirándola a los ojos—. Además, voy a intentar arreglar las cosas con él porque sé que me sigue queriendo, y yo no estoy dispuesto a perder mi oportunidad con el único chico que me ha vuelto loco. Si tengo que asesinar al maltratador de su ex, que estoy totalmente seguro de que lo ha amenazado con algo gordo, lo hago y punto.

—Uy, Alan... No me gusta nada que tengas esos pensamientos de asesino, eh. —Finge regañarme, esbozando una sonrisa—. Pero yo me ofrezco como tu ayudante. Siempre nos podemos inventar que lo maté por culpa de un ataque de locura. Me encerrarían en el manicomio durante una temporadita y tú serías libre e inocente.

Me echo a reír por sus ideas tan macabras.

—Mamá, a veces me das miedo.

Mientras regresa Leo, les voy preparando la cena a mis hermanos (mi fabulosa lasaña, que le encantan) y mi madre sube a su habitación para arreglarse. Media hora después, suena el telefonillo de fuera, veo al mendigo desde la cámara que hay incorporada y le abro la cancela; no tarda en aparecer en la cocina con el carrito de la compra.

—No te preocupes, ya puedes marcharte —le digo cuando lo descubro con la intención de colocar cada alimento en su sitio, y señalo con la cabeza el sobre que hay en la mesa—. Mi madre te ha dejado el dinero ahí.

—Mmm... Vale, gracias.

Durante los minutos que quedan para que la lasaña termine de hacerse en el horno, Leo se queda a ayudarme a ordenar la compra. Una vez que mi madre se marcha tras despedirse de nosotros y de habernos dicho que no hagamos muchas travesuras, el pequeño Aitor y yo acompañamos a Leo a la puerta de la entrada.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —le pregunta mi hermano, que se ha convertido en una minicopia de Leo, porque le ha dado por vestirse con sudaderas negras frikis y gorritos de lana, y a mí me hace mucha gracia.

Leo y yo intercambiamos una rápida mirada, y después él se acuclilla para ponerse a la altura de Aitor.

—Me encantaría, pero Dean y Sam me han llamado para cazar un fantasma muy malo.

—¡El fantasma puede esperar! —exclama mi hermano, un pelín enfadado—. ¡Tienes que comer algo para tener mucha energía y matarlo!

—Aitormenta lleva razón —intervengo, y miro a Leo, que se acaba de incorporar—. Tienes que alimentar al león hambriento que llevas dentro.

El mendigo permanece unos segundos montándose una conversación con ese león invisible de su interior.

—Bueno, vale —cede al fin—. Me quedo a cenar.

—¡Bieeeeeen! —chilla mi hermano alzando los brazos, en expresión de victoria.

—Avisa a Hannah y a Mimi, anda —le digo, y él sale disparado escaleras arriba, celebrando que su ídolo va a cenar con él. Después, miro a Leo—. ¿Qué excusa le vas a poner a tu noviecito?

—No sé... Antes me ha mandado un mensaje avisándome de que se iba de fiesta con sus amigos y que llegaría tarde. Le diré a Diana que me cubra las espaldas.

Lo que no entiendo es que con lo maja que es Diana, le haya tocado la desgracia de soportar a un hermano de esa índole.

Mis hermanos, Leo y yo cenamos en el salón mientras hablamos de chorradas y nos lanzamos patatas fritas a la cara sin parar de reírnos, incluso Hannah se une a nosotros.

—¿Por qué habéis roto? —nos pregunta Aitor de repente, y Leo y yo nos miramos, incómodos—. ¿Ya no os queréis?

¿Cómo se ha enterado?

—Claro que nos queremos —se me adelanta Leo—. Pero los adultos somos complicados.

—*Les adultes* son *tontes*, Aitortilla —interviene Mimi con desdén.

—¿Entonces por qué habéis roto si os queréis? —vuelve a preguntarnos mi hermano.

—Porque somos tontos, como ha dicho Mimi —le respondo, y le lanzo una patata a la cara—. Termina la lasaña.

Cuando acabamos de cenar, entre todos recogemos los platos sucios y los colocamos en el lavavajillas, y los animales se encargan de comerse las patatas que hay tiradas en el suelo. Después, Leo y yo decidimos jugar un rato con los mellizos en el salón y Hannah se acomoda en el sofá, enganchada al móvil.

—Vamos a jugar a las bodas —nos dice Aitor—. Yo seré el sacerdote. —Y se pone un trozo de papel blanco en el cuello de la camiseta de su pijama.

—¿Y *les novies*? —inquire Mimi.

—Ellos. —Mi hermano nos señala a Leo y a mí, que estamos sentados en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Por qué no me caso mejor con Mimi? —interviene Leo sonriendo, y a mí se me escapa una carcajada.

—Qué asco —replica ella fingiendo una arcada—. No eres mi tipo.

—Pensaba que te querías casar conmigo, Leo León —le digo haciéndome el dolido, y él se ríe.

—Vale, vamos a casarnos —acepta.

Mimi y Aitor traen unos folios y una Biblia que les regaló mi tío John, y nos quedamos sentados en el suelo, esperando a que empiece la ceremonia. Nuestros invitados son los gatos, la perrita y un puñado de peluches, y me doy cuenta de que Hannah nos mira desde el sofá como si nos faltara un tornillo.

Aitor se pone de pie, sujetando la Biblia, carraspea y su rostro se torna serio para meterse en el papel del cura.

—Estamos aquí reunidos para casar a estos dos chicos y que sean felices por siempre jamás — comienza a hablar—. Esta va a ser una ceremonia rápida, porque si no, no terminaríamos nunca y no me apetece leer la Biblia. —Nos mira a ambos—. Ahora os tenéis que decir entre vosotros algo bonito mientras os ponéis los anillos de bodas.

—No tenemos anillos —lo interrumpe Mimi, que es nuestra madrina—. ¿Cojo alguno de la habitación de papá y mamá?

—No —le contesta Aitor—. Leo le dará su pulsera a Alan, y Alan, su colgante con su nombre.

—Qué gilipollez —comenta Hannah, y los mellizos la taladran con sus miradas.

Leo y yo nos quitamos nuestras pertenencias y me atrevo a ser yo el primero en hablar, para darle tiempo a que vaya pensando sus palabras.

—Yo, Alan LeBlanc González —digo mirando a Leo a los ojos—, te entrego mi collar como muestra de todo el amor que siento por ti. Prometo cuidarte, respetarte, hacerte reír y no abandonarte en los malos momentos. Seremos muy felices en nuestro mundo de la piruleta y te querré siempre, aunque seas un mendigo borde.

Leo no ha parado de mirarme durante mi discursito, sonriendo y con las mejillas más coloradas que el ketchup, y yo le coloco mi collar alrededor del cuello.

—Te toca, Leo —le indica mi hermano.

—Mmm.. —El mendigo se piensa las palabras, y yo aguardo, expectante—. Digo todo lo que acaba de decir Alan. Ya está.

—¡No! ¡Tienes que utilizar tus propias palabras! —lo regaña Mimi—. ¡Demuestra que es el amor de tu vida!

—Vale, vale. —Leo me mira a los ojos, nervioso—. Esto... Yo, Leo León Martínez, te entrego mi pulsera por el amor que siento por ti. —Se ríe, y yo esbozo una sonrisa—. Prometo protegerte, hacerte feliz y dejar que me abrases y me beses todo lo que quieras. Haré un esfuerzo por vivir dentro de tu mundo de la piruleta con los unicornios, porque eres lo más importante que tengo y te quiero mucho. —Intenta ponerme la pulsera en la muñeca con manos temblorosas.

—Muy emotivo todo —continúa Aitor, y ladeamos nuestras cabezas hacia él—. Ahora lo más importante. Alan, ¿quieres a Leo como tu esposo?

—Sí, quiero.

—Leo. —Mi hermano lo mira—. ¿Quieres a Alan como tu esposo?

—Esto... —El mendigo sonrío, hecho un flan, como si fuera nuestra boda de verdad—. Sí, quiero.

—Pues ya sois marido y marido. Podéis besaros y follar toda la noche.

—¡Lorenzo Aitor! ¡Esa boca! —lo reprendo, y él me sonrío de manera inocente.

—¡Os debéis dar un beso! —nos ordena Mimi.

Leo y yo nos miramos, sin saber muy bien qué hacer. No es incomodidad por darnos un beso delante de mis hermanos; más bien es porque hemos roto y él está con el orangután.

Los mellizos, al ver que tardamos en dar el paso, fingen ronquidos y oímos a Hannah suspirar, cansada de presenciar la escena. Sin embargo, Leo asiente con su cabeza, dándome permiso para besarlo, y es lo que hago. Nuestro beso es corto pero intenso, y enseguida nos damos cuenta de todo lo que nos estamos echando de menos.

Porque nos queremos. No tengo ninguna duda.

Mimi y Aitor nos tiran granos de arroz, y Leo y yo nos separamos.

—Bien, se acabó la fiesta —les digo, y mis hermanos hacen pucheritos—. Hay que irse a dormir, que es muy tarde.

Mientras los mellizos recogen sus juguetes y se preparan para irse a dormir, acompaño a Leo hasta la puerta para despedirme de él, porque teme que Iván aparezca por el apartamento de Diana antes de tiempo y descubra que no está.

—Gracias por lo de hoy. Me lo he pasado muy bien —me dice quitándose mi colgante, y después me lo tiende—. Toma.

—No. Es la muestra de mi amor por ti —le respondo con sorna—. No puedes quitártelo. Estamos casados.

—Pues me divorcio. —Se ríe, y yo me doy la vuelta para que me ponga el colgante. Después, vuelvo a girarme hacia él, con la intención de quitarme su pulsera, pero él me lo impide, colocando su mano sobre la mía—. Llévala tú, Alan.

—Ni hablar. ¿Qué vas a tocar cuando te pongas nervioso? Tu pulsera es como un tranquilizante para ti.

—No importa. —Me sonrío—. Me tengo que ir ya.

—Espera. —Rodeo a Leo con mis brazos antes de que se escape de mi casa y después poso mis manos en sus mejillas y lo miro a los ojos—. Necesito que me cuentes qué es lo que te está haciendo Iván. Puedo ayudarte para que deje de amenazarte, de verdad. Juntos pensaremos en algo.

—No, Alan. Déjame a mí; puedo arreglarlo yo solo.

Con esas palabras me confirma que no ha vuelto con Iván por gusto, sino en contra de su voluntad.

—¿Qué te ha dicho ese maldito loco? —inquiero—. ¿Te ha chantajeado diciendo que se va a suicidar si no vuelves con él? Mentira; eso es manipulación. ¿Te ha amenazado con matarte? Ni él se lo cree. ¿Ha prometido llevarte a un concierto de BTS? Dudo que lo cumpla, porque ni siquiera le gustarán; además, yo puedo llevarte las veces que quieras.

Consigo que Leo se ría ante lo último que he dicho, pero cambia de tema.

—El lunes te veo en la uni.

—¿Vas a volver algún día al apartamento? Lo digo para alquilarle tu habitación a otra persona —intento bromear, y me percató de que Leo se entristece.

—Haced lo que queráis... Pero dile a Dulce que lo siento mucho y ojalá me perdone.

—Tranquilo, que ella te entiende y tu habitación no la ocupará ningún extraño.

—Vale, gracias.

Nos abrazamos y nos besamos un rato más, aprovechando el poco tiempo que tenemos juntos, hasta que se marcha de mi casa para soportar la tortura del orangután. Yo me quedo con un vacío en mi interior, mirando la pulsera negra de cuero de mi muñeca, adornada con la palabra *Dance* en metálico.

Capítulo 39

Leo

Aprovecho estos diez minutos en los que Iván se está dando una ducha para registrar su móvil, sentado en su cama. No me hace falta usar mi inteligencia para adivinar la clave, que es el ridículo apodo que me ha puesto. Me cuelo en cada una de sus carpetas, buscando lo que me interesa, pero no lo encuentro por ningún sitio, aunque no me extraña que lo tuviera guardado en diferentes dispositivos y en la nube; estamos en pleno siglo veintiuno y es bastante complicado hacer desaparecer un archivo.

Continúo mirando cada rincón de su móvil, pero sólo tiene fotos tuyas, de su polla (y de la de otras personas) y de los tontos de sus amigos; algunos vídeos de fiestas y documentos que le sirven para la universidad. Nada más que tonterías.

Cuando vine anoche de la casa de Alan, sólo estaba Diana en el piso y tuve la suerte de que Iván seguía de fiesta y no volvió hasta las cuatro de la madrugada. Como yo estaba fingiendo que dormía en su cama, no quiso molestarme para que me pusiera en el suelo, y acabó acostándose a mi lado, aunque estuviéramos apretujados. Pero tengo que confesar que le agradecí mentalmente haberme dejado en su colchón tan blandito, porque dormir en el suelo me estaba pasando factura y notaba la espalda hecha pedazos.

—¿Qué coño haces con mi móvil? —Iván aparece de repente en la habitación y yo doy un respingo. Se acerca raudo a mí y me arrebató el teléfono de un tirón.

Me levanto de su cama.

—¿Por qué tienes fotos de pollas de desconocidos? —quiero saber fingiendo estar celoso.

—No te importa, imbécil.

—¿Tú puedes registrar mi móvil cuando te da la gana y yo no puedo hacer lo mismo con el tuyo?

Iván se echa a reír.

—Estabas buscando otra cosa. Te conozco lo suficiente, melocotoncito —me dice dedicándome su asquerosa sonrisa, y yo acumulo un puñado de saliva en mi boca—. Pero no te preocupes, que lo tengo muy bien guardado.

Lo siguiente que hago es lanzarle un escupitajo a la cara. Él cierra los ojos como acto reflejo, y después los abre y me mira, como sorprendido de que un ser insignificante como yo se haya atrevido a hacer algo así; entonces se vuelve a reír y yo me harto y estampo mi puño contra su mejilla. Iván detiene sus carcajadas y se lleva una mano a la cara, más atónito que hace unos segundos, y tan serio que provoca que comience a temblar.

«¿Qué demonios acabas de hacer, Leo?».

—Lo siento —me disculpo bajando la mirada, y me llevo una mano a mi muñeca, pero me doy cuenta de que mi pulsera no está porque se la di a Alan.

—Me has puesto como una moto —admite, y yo alzo mi mirada hacia él.

—Eres un puto enfermo. Necesitas ayuda de verdad.

Iván se aproxima a mí y yo creo, por un momento, que me va a pegar una paliza. Sin embargo,

él sólo me mira con una sonrisita chulesca.

—¿Echamos uno rapidito antes de que vaya a curarme la homosexualidad? —me pregunta—. Puedes pegarme todo lo que quieras.

—Necesitas un terapeuta de verdad y urgente —le espeto, y acerca su nariz a mi cuello para inhalar mi aroma.

—Me encanta cómo hueles —susurra, y comienza a besarme el cuello; yo me estremezco y deseo que se despegue de mí cuanto antes, porque siento una verdadera aversión hacia lo que me está haciendo.

—Apártate —le pido.

Iván me ignora y noto que empieza a restregar su erección contra mí sin quitar sus labios de mi cuello. Me entran arcadas y consigo darle un empujón, acompañado de otro puñetazo en la cara. Como lo he dejado un pelín descolocado, me atrevo a agarrarlo del cuello de su camiseta con fuerza y clavo mi mirada en la suya, con toda la rabia que nunca he tenido, surcando por cada centímetro de mi piel.

—A ver si te enteras de una vez de que me das mucho asco —le digo sintiendo cada latido de mi corazón—. No volveré a permitir que me pongas una mano encima. Si sigo contigo, es por lo que tú ya sabes, no porque te quiera. De quien estoy realmente enamorado es de Alan y pienso protegerlo, aunque tenga que jugar a los noviecitos contigo, ¿me entiendes?

Iván es tan gilipollas que sólo sabe reírse, y yo lo suelto y respiro profundamente para no cargármelo.

—Relájate, que te veo muy alterado, melocotoncito. Dile a mi hermana que te prepare una tila —intenta bromear, y es entonces cuando su rostro se torna serio—. ¿Ya no te acuerdas de quién te ayudó a volver al instituto ni de quién te defendía de los malos de verdad? Porque el sordito no fue. —Aprisiona mi cara entre sus manos y me da un pico. A Alan ni siquiera lo conocía en ese tiempo, si no, me hubiese ayudado sin pedirme nada a cambio, porque es la bondad personificada—. ¿Tampoco te acuerdas de tu primera vez conmigo ni de cómo gemías mi nombre?

—Todo eso ha dejado de valer la pena porque te has convertido en un ser despreciable. —Aparto sus manazas de mi cara.

—Oh, qué bonito —me responde con sarcasmo, y antes de marcharse de la habitación, añade—: Te quiero mucho.

—Yo también me quiero mucho —susurro con voz inaudible, e Iván se me queda mirando con el ceño fruncido porque no me ha escuchado.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Que muchas gracias. —Sonríe de manera falsa—. Suerte con tu terapeuta estafador. Espero que te esté convirtiendo en un macho de pura raza.

—Menudo retrasado eres. —Pone los ojos en blanco y se larga.

Observo mis manos, que siguen temblando, pero siento una gran satisfacción en mi interior al vomitarle a Iván todo lo que pienso de él sin haberme puesto a llorar.

* * *

Estas últimas semanas no han sido tan malas conviviendo con Iván; había momentos que venía de buen humor y le daba por ponerse cariñoso conmigo, pero yo lo ignoraba. Otras veces lo sacaba de sus casillas y me pegaba un bofetón, pero yo no me quedaba quieto y le devolvía los golpes mediante algún que otro puñetazo o escupitajo.

—¿Has follado con mi hermano ya? —me pregunta Aitor con su voz de pito.

Estoy pasando el plumero por las estanterías del desván y luego me toca molestar a Hannah porque debo limpiar su habitación. Aitor no para de perseguirme por toda la casa, vestido con casi la misma ropa que yo, como si fuera un Leo en miniatura. Lo bueno es que me acompaña dándome conversación y a veces me ayuda a limpiar.

—No puedes hacerle esas preguntas a la gente, Pikachu. —Le tiro del moflete, sonriéndole. Es lo más parecido a un hermano que tengo.

—¿Por qué? Follar es algo natural y existe para que no nos extingamos. —Se queda unos segundos pensando en lo que acaba de decir, frunciendo los labios—. En realidad Alan y tú no os podéis reproducir entre vosotros porque sois dos chicos, pero Mimi me ha contado que existen hombres con vagina que pueden quedarse embarazados. ¿Es cierto?

¿Los mellizos no son un pelín pequeños para hablar de estos temas? Yo, con nueve años, estaba jugando a las Barbies con Dulce o a la consola.

—Supongo que sí... Algunos trans —le respondo—. Y también hay mujeres con pene.

—Ahhh... Pues qué guay. En el cole no aprendo estas cosas, sólo explican chorradas.

Me río y le vuelvo a tirar del moflete. Mientras continúo pasando el plumero por una estantería llena de libros, le pregunto qué le gustaría ser de mayor, y él me contesta, superseguro, que quiere convertirse en *influencer*. Sin embargo, cuando estoy a punto de responderle, los gritos de su madre desde la planta de abajo me acojonan. Aitor y yo nos miramos y salimos corriendo escaleras abajo. Llegamos al salón y nos encontramos a Ari con cara de espanto, de pie y una gran mancha húmeda en los vaqueros que lleva, como si se hubiese hecho pis encima. Hannah y Mimi también se unen a nosotros, alarmadas, y los cuatro permanecemos mirando la escena sin hacer nada.

—¿Qué hacéis ahí pasmados? ¡Id llamando a una ambulancia si no queréis que me ponga a parir aquí mismo! —nos ordena Ari, y Hannah es la primera en reaccionar, llevándose su móvil a la oreja.

Jesús, María y José, ¿qué hago yo ahora? ¿No se suponía que le faltaban unas cuantas semanas para dar a luz?

Mimi y Aitor ayudan a sentar a su madre en el sofá y comienzan a abanicarla con una revista cada uno. Yo me quedo de pie.

—¿Llamo a su marido? ¿Y a Alan? —intento aportar algo.

—Sí, porfi —es Aitor el que me contesta, porque Ari está concentrada en respirar y en no sacar al bebé antes de que llegue la ambulancia.

Como Iván me borró casi todos los números, le tengo que pedir a Hannah que llame a su padre y a su hermano desde su móvil tras avisar a la ambulancia, que le han dicho que no tardará en llegar. Mientras tanto, Ari nos pide que metamos en una mochila unas cuantas mudas de ropa y algunas cosas personales para su estancia en el hospital.

Transcurre una hora y la ambulancia no aparece. Hannah, los mellizos y yo estamos muy nerviosos y no sabemos qué hacer, porque ni Álvaro ni Alan cogen el teléfono; tampoco ninguno de sus familiares, excepto Dylan, que ha dicho que ya viene de camino con la bicicleta de su padre. Ari no ha parado de quejarse en todo el rato, sudando a mares, maldiciendo al bebé que está a punto de salir, a su marido por haberla preñado y al perro de la vecina que no deja de ladrar.

El timbre suena y todos gritamos «por fin». Soy yo el que se dirige a la puerta, con la intención de dejar pasar al personal de la ambulancia, pero, en cuanto abro, Dylan me empuja y entra como

una exhalación en la mansión.

—¿Todavía no ha venido la ambulancia? —me pregunta de camino al salón, y yo niego con la cabeza. Después, se queda atontado al ver a Ari dando vueltas por el salón, sujetándose la tripa y con las gotitas de sudor perlado su frente—. Vamos, tía Ari, que voy a llevarte al hospital con tu coche.

—¡No puedo esperar más! ¡No hay tiempo! —chilla ella con la cara completamente colorada—. ¡He parido dos veces y el último parto fue el de los mellizos! ¡Este bebé está a punto de caerse al suelo!

—¿Qué estás queriendo decirme, tía? —le pregunta Dylan, y los demás miramos a Ari sin entender ni papa.

—¡Que me tenéis que ayudar a sacarlo! Hannah me dará la mano mientras empujo, Mimi os leerá las instrucciones desde su *tablet*, Aitor me secará el sudor de la frente y Leo intentará contactar con el 112 otra vez. —Posa su mirada en Dylan—. Tú, como estás estudiando para ser médico, serás el obstetra, ¿de acuerdo?

El rostro de Dylan se torna blanco.

—Estoy estudiando para ser médico de animales, no de personas. Además, no puedes tener un bebé en tu casa por si existen complicaciones, que lo he visto en tropecientos series. ¿Y si viene de culo? ¿Y si sale disparado hacia la pared? ¿Y si se asfixia con el cordón umbilical? ¿Y si nace sin ningún dedo? ¿Y si vienen otros mellizos? O peor aún... ¡Quintillizos! ¿Y si te desangras por completo?

—Id preparándoos —nos ordena Ari con voz de madre sargento e ignorando a su sobrino.

Uy... ¿Cómo voy a ser el ayudante de Dylan para traer a mi futuro cuñadito o futura cuñadita al mundo? Porque mi única experiencia en este ámbito es la de ver los partos ficticios en las series de la tele y el día que nací, pero de esto último no recuerdo nada, como es evidente.

Unos minutos después, Ari se encuentra tirada en el suelo, sin sus vaqueros y con una sábana tapándole de cintura para abajo; Hannah y Aitor están a su lado; Mimi, preparada con su *tablet* y unas cuantas toallas; Dylan, de rodillas, con unos guantes puestos y respirando hondo; y yo, con el móvil de mi suegra en la mano mientras mi corazón late a mil por hora.

—Tienes que abrirle las piernas y asomarte ahí abajo —le indica Mimi a Dylan.

—Ya lo sé. No soy tan tonto, pulguita —le responde él, ofendido, y después toma aire y lo suelta lentamente. Yo no pienso mirar la zona íntima de mi futura suegra—. Vamos allá.

Sin embargo, en cuanto Dylan se asoma a la zona prohibida, suelta «hostia puta, ¿eso es una cabeza?», se desmaya, y a todos se nos escapa un grito.

—¡Oh, por Dios! ¡Es igual de dramático que su padre! —exclama Ari.

El peque Aitor se acerca con rapidez a Dylan y le coloca los dedos en el cuello para tomarle el pulso. Suelta un sonoro suspiro y mira el reloj de su muñeca.

—Hora de la muerte, 17:13 —nos informa.

Después, Ari pega un chillido que se escucha por toda la mansión, lo que quiere decir que ya no aguanta más, y yo deseo, con toda mi alma, que la ambulancia aparezca ya, porque quiero que ese bebé nazca sin ninguna complicación, en un hospital como Dios manda y con unos profesionales de verdad, no en un salón convertido en un cutre paritorio, con niños y adolescentes jugando a ser médicos.

—Leo, te toca sacar a mi *hermanite* —me dice Mimi, y yo ladeo mi cabeza hacia ella, porque creo que no he escuchado bien—. Lo harás bien —me asegura mirándome con esos ojazos verdes tan grandes mientras su madre sigue quejándose y gritando.

—Yo... yo... no... no pue... puedo —tartamudeo, y siento que me sudan hasta las orejas de lo nervioso que me encuentro.

—Muerto de hambre —me llama Hannah, y yo la miro, asustado. Tiene su mano entrelazada con la de su madre—. Eres lo más parecido a un adulto que tenemos ahora mismo. Por favor, ayuda a mi madre a parir. Yo volveré a llamar al 112 para que nos eche una mano, aunque sea por llamada.

Permanezco un par de minutos analizando la situación y haciendo tiempo por si aparece quien sea y le saca el bebé a esta mujer sin que yo tenga que intervenir. Mimi y Hannah me miran suplicantes, a Ari parece que la va a dar un patatús y Aitor le está pegando tortazos en la cara a Dylan para resucitarlo.

Inspiro y espiro varias veces seguidas, notando cómo mi barriga se hincha y deshinch, a la vez que Hannah ayuda a Aitor a apartar a Dylan del lugar que tengo que ocupar. Cuando estoy más calmado, todos nos volvemos a preparar, excepto Aitor, que sigue intentando revivir a su primo.

¿Estoy preparado para ver la primera vagina de mi vida? Ni siquiera vi la de mi madre cuando nací; los doctores me sacaron mediante cesárea.

Vuelvo a inspirar y a espirar por última vez, cubro mis manos con unos guantes, porque no pienso tocar nada extraño con mi propia piel, y me pongo de rodillas. Me armo de valor, me asomo entre las piernas de Ari y casi me ocurre lo mismo que a Dylan en cuanto descubro una bola de carne queriendo salir de ese sitio claustrofóbico y vivir la vida.

—Le tienes que decir a mi madre que empuje. —Mimi me saca de mi ensimismamiento.

—Vale —le respondo, y miro a Ari, que respira de manera agitada mientras Hannah le seca el sudor de la frente, esperando a que alguien conteste desde el teléfono—. Ari, empuja.

Mi suegra me obedece y los demás la animamos. A continuación, sujeto la cabeza del bebé sin que me tiemblen las manos, y consigo salir entera, pero todavía queda el cuerpo.

—¡Por eso Alan es mi hijo favorito! ¡Porque no lo tuve que parir! —brama Ari.

—¿Cómo puedes decir eso en este momento, mamá? —le espeta Hannah—. ¿Tú ves a Alan aquí? ¡Tus otros hijos te estamos ayudando y él no!

—¡Silencio! —ordena Mimi—. Mamá, vuelve a empujar, que queda poco.

Por fin, alguien descuelga la llamada y Hannah le explica de manera precipitada lo que está ocurriendo; el profesional enseguida nos da las indicaciones necesarias, y todo lo que pasa a continuación parece sacado de una película de comedia de las malas.

Ari va empujando cada vez más fuerte, acompañada de sus chillidos, que aumentan un par de decibelios, y los vecinos van a creerse que estamos cometiendo una matanza o torturando a algún ser vivo. Yo sigo las instrucciones del médico, sin soltar al bebé en ningún momento, y me impresiono al darme cuenta de que los nervios se han esfumado de mi cuerpo y ahora sólo me siento emocionado, a pesar de que mis ojos estén viendo un montón de sangre.

Joder, menuda aventura. Estoy ayudando a una mujer a traer a su bebé al mundo. Esto no hay quien se lo crea.

—¡Lo tengo, lo tengo! —grito un rato después, cuando el bebé ya ha salido al completo de la vagina de su madre y en la mansión sólo se oye el sonido de unos llantos. Lo cojo en brazos sin separarme demasiado de Ari porque aún están unidos por el cordón umbilical, y lo limpio con una toalla.

—¡Tiene pene! —interviene Aitor—. ¡Y también una cabeza de zanahoria!

El bebé continúa llorando y yo me pongo a mecerlo para que se tranquilice, sin apartar mis ojos de él y esbozando una sonrisa de bobo.

Es monísimo y me quiero casar con él.

—Bienvenido a esta mierda de mundo —le digo, y siento verdadera lástima por él, porque le quedan muchas cosas por vivir, sobre todo malos momentos, como el *bullying* que le harán en el colegio por ser pelirrojo, la tortura de los exámenes o los inevitables desamores.

De repente, se oye la puerta de la entrada abrirse y, después, los pasos de alguien acercándose al salón de manera acelerada.

—Me cago en la puta —es lo único que dice Alan con cara de póquer, al encontrarse con esta escena tan surrealista desde la entrada del salón—. Decidme que estoy soñando, que mi madre no se ha puesto a parir en el salón de esta casa, que ese bebé no ha nacido y que Dylan no ha muerto.

Capítulo 40

Alan

—¡Buah, Alan! Ha sido superfuerte —me cuenta Leo por millonésima vez, alucinando—. He visto los pantalones de tu madre manchados y pensaba que se había meado encima... ¡Pero no! ¡Era tu hermano, que quería nacer! Y cuando he colaborado para sacarlo, pensaba que la iba a cagar con mi torpeza... ¡Pero no! He conseguido que saliera sano y salvo gracias a estas manitas. —Agita sus manos delante de mi cara—. ¡Todavía no me lo creo! ¡He sido el primero en ver y tocar a tu hermanito! ¡Es precioso! ¡Yo lo quiero! ¿Qué tengo que hacer para adoptarlo? Tus padres ya tienen demasiados trogloditas, no les hace falta uno más. Lo llamaría Jungkook.

Joder, lo noto demasiado acelerado y temo que de un momento a otro se desmaye, como le ha pasado a Dylan en cuanto ha visto parte de la cabecita del bebé saliendo de la vagina de mi madre.

—Tómate la tila, anda —le dice Dylan, que ha resucitado después de que yo apareciera en la casa y unos minutos antes de que la ambulancia llegara.

Leo, Niko, Dylan y yo nos hemos venido a la cafetería del hospital a reponer fuerzas porque mis tíos han ido a visitar a mi madre a su habitación. Ella y el bebé se encuentran en perfectas condiciones y ya llevan un par de horas ingresados. Me he encargado de llamar a mi padre, que ha cogido el primer tren desde Sevilla, y se ha cagado en todo por teléfono, llorando de la emoción, porque no se esperaba el nacimiento del peque tan pronto y quería estar presente para grabar el parto, como hizo con el de Hannah y los mellizos.

Y yo, tras escuchar el audio que me había enviado Hannah de que nuestra madre se había puesto de parto, he salido de mi apartamento con lo que llevaba puesto (mi pantalón de pijama de Piolín y la camiseta negra de Leo, agujereada por el sobaco) y he conducido atacado de los nervios hasta mi casa, pero he tenido que aguantar varios atascos en los que he tocado el claxon un millón de veces, y eso que en la carretera me considero una persona con una paciencia infinita.

—Oye, Dylan... —interviene Niko mirándolo y aguantándose la risa—. ¿Cuando estés a punto de perder la virginidad, también te desmayarás al encontrarte cara a cara con el coño de tu amada?

Pongo los ojos en blanco. Ya estaba tardando en meterse con él.

—Eres un capullo. Me he desmayado porque estaba desnutrido y llevo todo el día sin comer nada de chocolate. —Dylan se abalanza sobre él y los dos comienzan a pelearse de una manera tan salvaje que consiguen caerse de sus respectivas sillas. Las personas de las mesas adyacentes los miran, pensando que las generaciones de hoy en día son las peores.

—¿Dylan es virgen? —me susurra Leo al oído, y yo asiento—. ¿En serio? —Ladea su cabeza hacia él para comérselo con los ojos—. Pero si es un chulito guaperas que parece que se ha acostado con cientos de tías.

—Las apariencias engañan, cariño. —Hundo mi dedo en uno de los hoyuelos de sus mejillas y se ríe.

—Yo me ofrezco como voluntario y, si quiere, me caso con él.

—No puedes. —Le enseño su pulsera que rodea mi muñeca—. Ya estás casado conmigo.

—Qué mala suerte.

Una vez que terminamos de merendar, subimos a la planta en la que se encuentra la habitación de mi madre, y Leo y yo pasamos a verla. Ella está tumbada en la cama y el bebé duerme profundamente en la cunita.

—Mami, ¿cómo estás?

—Agotada. —Suelta un suspiro y en su cara se le nota el cansancio—. Menudo día. Aunque lo bueno es que a partir de ahora voy a fumarme todo el tabaco que pueda.

—Me hubiera gustado estar presente yo también. —Hago pucheritos—. No es justo.

Mi madre se ríe y después posa sus ojos en Leo, que está a mi lado.

—Todavía no he tenido la oportunidad de darte las gracias, Leo. Sin tu ayuda no sé qué habría pasado.

Él le sonrío con timidez y con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—De nada, Ari.

El mendigo y yo nos acercamos a la cuna y contemplamos cómo mi hermanito duerme tan tranquilo en su nueva vida. Le acaricio la mejilla con un dedo con suavidad porque temo despertarlo.

—¿Cómo se llama? —quiere saber Leo, que extiende su brazo para tocarle la cabecita pelirroja.

—No lo hemos decidido —contesto, y miro a mi madre—. ¿Qué nombre le ponemos?

—Yo tengo uno pensado, pero voy a esperar a que venga tu padre si no le ha dado un patatús en el tren.

Y, justo en este momento, como si mi padre hubiese escuchado que está hablando de él, entra en la habitación, acompañado de un gran ramo de flores, que se lo estampa a Leo en el pecho para que lo sujete, y después se dirige a mi madre, llorando a moco tendido, para regalarle un beso apasionado.

—¿Dónde está mi quinto troglodita?! —grita él con las lágrimas descendiendo por sus mejillas a causa de la emoción, y comenzamos a oír los llantos de mi hermanito porque se acaba de asustar.

—¡Ya lo has despertado, tonto del culo! —le espeta mi madre.

Mi padre nos aparta a Leo y a mí del lado de la cuna de un empujón, pero, en cuanto sus ojos se topan con el bebé, le entra un ataque de risa.

—¡Es un zanahorio! —exclama apuntándolo con el dedo, y luego lo coge en brazos, le da un beso en la cabeza y lo mece para calmar sus llantos mientras no deja de mirarlo, embobado—. Qué feo es.

—¡Papá, no lo insultes! —lo regaño—. Es guapísimo.

Leo continúa sin decir nada, sosteniendo el ramo de flores, incómodo. Yo se lo quito y lo coloco a los pies de la cama de mi madre.

—Vamos a ponerle un nombre ya —les digo—. Quiero elegirlo yo.

—De eso nada. —Mi padre niega con la cabeza—. Yo ya lo tengo pensado desde hace mucho tiempo.

—¿Ah, sí? —interviene mi madre, y yo me siento a su lado. Leo permanece de pie, manoseando su muñeca sin parar, justo el lugar donde debería ir su pulsera, que la llevo puesta yo y no me la quito ni para dormir—. Sorpréndenos.

—Se va a llamar Agapito, en honor a la gitana Agapita que nos leyó el futuro y adivinó que

tendríamos cinco trogloditas.

Intercambio una rápida mirada con mi madre, después una con Leo, y los tres nos echamos a reír. Lo peor es que mi padre lo ha dicho completamente en serio y ahora nos está asesinando con su mirada por habernos cachondeado de él.

—No pienso llamar a mi bebé de esa manera tan horrorosa; no se libraría del *bullying* en el cole con ese nombre, y encima pelirrojo —dice mi madre, y añade, convencida—: Se va a llamar Leo.

—¿Qué? —A mi padre casi se le escurre el bebé de las manos—. Leo es un nombre muy feo —admite traficando rimas, y enseguida mira al mendigo—. Sin ofender, mosquito.

—¡He dicho que se va a llamar Leo y punto! —chilla mi madre poniéndose roja de rabia, y mira a mi padre con los ojos entornados. El bebé vuelve a llorar; yo miro a Leo, que me sonrío, y entrelazo mi mano con la suya—. ¿Eres tú el que lo ha parido? No, ¿verdad? Pues te jodes y aceptas el nombre de Leo.

Mi padre deja escapar un suspiro, exasperado, porque sabe que ha perdido la batalla contra mi madre, como siempre, y mira al bebé.

—Pues nada, zanahorio. Al final me han obligado a llamarte Leo.

—Se van a confundir los Leos cuando los llamemos —les digo.

—Pues no, porque yo llamaré a mi hijo Leo zanahorio, y a ese de ahí... —Señala con su cabeza al Leo mayor—. Mosquito a secas.

El mendigo sólo le sonrío a mi padre sin decir nada, y yo pienso que ya va siendo hora de dejarlos descansar con el bebé y de llevarme a mis hermanos a casa, porque no se van a librar de ir al colegio mañana.

Una vez que Leo y yo nos despedimos de ellos y salimos de la habitación, mis hermanos entran para molestarlos un rato antes de irnos.

—Creo que debería irme ya —me dice Leo en un tono que me queda muy claro que no le apetece nada marcharse—. Nos vemos mañana en la uni. —Me envuelve entre sus brazos y coloca su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Me estás haciendo daño, Leo.

Se separa de mí, confundido.

—Pero si no te estaba abrazando tan fuerte, Alan.

—No lo digo por el abrazo —le respondo mirando sus ojos verdes, que lucen apagados desde que volvió con ese impresentable—. Mientras estés con Iván me seguirás haciendo daño aquí. —Me llevo una mano al corazón.

Pone los ojos en blanco.

—No seas dramático.

—Me estoy empezando a cansar de esta situación, la verdad. Quiero que estés conmigo y que seamos una pareja normal, sin ningún enfermo metiéndose entre nosotros.

—Yo también, principito, pero... —Aparta su mirada de la mía—. No puedo.

—¿Por qué no puedes? —le espeto en un susurro—. Dímelo de una puta vez e intentaré ayudarte, si no, olvídate de mí para siempre y vete a comer perdices con el orangután, porque todo esto me supera.

Lo siguiente que hace es aprisionar mi rostro entre sus manos y me mira fijamente; nuestras bocas están sólo a unos centímetros la una de la otra.

—Préstame atención, principito —me ordena, y siento cómo su cálido aliento se choca contra mi cara—. No hay nada que más desee ahora mismo que estar contigo en nuestra casa, con nuestra

gata y escuchando canciones mientras me vuelves a dibujar diamantes y universos en el cuerpo. Necesito perderme en tu mundo de la piruleta, en tus besos con sabor a Nutella y en tu mirada odiosamente azulada con la que me quiero casar a todas horas.

Le sonrío.

—Ahora me besas, ¿no?

—Es lo que toca tras haberte soltado esas ñoñeces. —Acerca su boca a la mía, aún con sus manos puestas en mis mejillas, pero no me besa, sino que me da un pequeño mordisco en el *piercing*—. Te quiero mucho.

—Muchas gracias.

Los dos nos reímos y comenzamos a besarnos, olvidándonos de nuestro alrededor, hasta que oímos un carraspeo y nos separamos.

Son Hannah y los mellizos.

—¿Nos vamos a la mansión o qué? —inquire Hannah—. ¡Que mañana tengo un examen y no he podido estudiar nada por haber jugado a los dichosos médicos!

—Ya nos hemos despedido de mamá y papá —interviene Mimi.

—¿Leo se viene a casa? —pregunta Aitor, y yo miro al mendigo, esperando a que responda.

Sé que no puede decirle que no a mi hermano.

—¿Qué Leo? —pregunta el aludido con el ceño fruncido—. ¿El zanahorio o yo?

—Tú, melón. —Le tiro de una oreja y le suplico con mi mirada que se venga—. Ven a cenar, por lo menos. Para agradecerte lo que has hecho hoy por mi familia.

—Vale —contesta con una sonrisa tímida, y yo estoy a punto de preguntarle por la excusa que le soltará a Iván, pero Leo se me adelanta—: Inventaré que he hecho horas extras.

Su trabajo en mi casa es lo único que tenemos a nuestro favor, porque Iván no tiene ni idea de dónde está currando Leo. Lo que sí sabe es que está limpiando una casa, pero desconoce la dirección, y mucho menos sabe que se trata de la de mis padres.

* * *

Los mellizos ya están dormidos y Hannah se acaba de encerrar en su cuarto. Les he preparado espinacas para cenar y todos han puesto mala cara menos Leo, que sé que le encanta esa porquería verde que no sabe a nada; después, nos hemos puesto a limpiar entre todos el lugar del salón donde mi madre ha parido y, cuando lo hemos dejado reluciente, a todos nos ha parecido bien jugar al Monopoly, donde Leo ha sido el que ha ganado, dejándonos a los demás sin dinero.

—Debería irme ya —me dice el mendigo, tumbado bocabajo y sin camiseta, mientras le doy un masaje en la espalda.

Estamos en mi cama y hace un rato ha soltado que le dolía la espalda, así que yo me he ofrecido ser su masajista, aunque no tenga ni idea de dar masajes.

—Tú no te vas hoy de aquí —le respondo, y le doy una palmada en el trasero—. Estás secuestrado.

Leo se ríe y continuó masajeándole la espalda.

—En serio, Alan, tengo que irme. El orangután se va a enfadar mucho conmigo y no se va a creer que he hecho tantas horas extras.

—Que se enfade, me da igual.

—A mí no —replica, y se incorpora de repente para mirarme—. Tú y yo estamos de acuerdo en que ese tipo está loco y es capaz de hacer cualquier cosa.

—Puede chantajearte con lo que le dé la gana, pero sabe perfectamente que no lo quieres, y eso es lo que más le duele.

—Ya, pero...

—Ni pero ni pera —lo interrumpo—. Hoy te toca hacer un dibujo en la parte de mi cuerpo que quieras. Cuando lo termines, entonces te marchas.

Las mejillas se le colorean de rojo.

—Eh... No creo que sea buena idea... No quiero hacerte sentir incómodo y acabes pegándome una hostia por...

—Por culpa de mi violador —termino la frase por él, y se me queda mirando tan sorprendido de que haya soltado esa palabra que temo que sus ojos se le desprendan de las cuencas. Entonces me río—. ¿Qué pasa? Hay que llamar a las cosas por su nombre.

—Es que esa palabra suena muy fuerte y me he impresionado de que la hayas utilizado.

—Hola, me llamo Alan LeBlanc —me presento con sorna, como si estuviera delante de un grupo de autoayuda—. Mi exnovio Simón me violó y cada noche tengo pesadillas con él, en las que aparece de la nada y abusa de mí. Gracias por escucharme. Fin.

Leo me mira, y en su semblante noto algo parecido a la lástima.

—Me alegro de que te hayas atrevido a decirme eso en voz alta, Alan... Pero no me ha gustado que lo hayas contado como si fuera un chiste, quitándole importancia y como si no fuese nada malo. Todavía tengo el folleto que me dio mi psicóloga para ir al grupo de ayuda.

Se me escapa una carcajada.

—Ya te tengo a ti, a mis amigos y a mis padres; no necesito relatarle mis mierdas a un grupo de desconocidos —le respondo, y cambio de tema de inmediato—. Hazme un dibujo.

—Está bien.

Me levanto de la cama y me acerco al escritorio para sacar un estuche lleno de rotuladores de colores de uno de los cajones. Después, regreso con Leo y me deshago de su camiseta agujereada que llevo puesta.

—Elige la parte de mi cuerpo que más te guste —le digo con una media sonrisa y señalándome el torso. Los ojos de Leo se pasean por todo mi ser y se detienen en mis pantalones de pijama de Piolín, justo en la parte de la entrepierna—. Sin contar la Alanconda ni el culo, claro.

Alza la mirada hacia mi cara y sonrío, nervioso.

—Todavía no he decidido si me gustan, porque no he tenido el placer de verlos —manifiesta, y yo me muerdo el *piercing*—. No me queda más remedio que elegir tu sexy espalda, así que ya puedes darte la vuelta.

Hago lo que me ordena y enseguida siento sus manos frías paseándose por mi espalda lentamente.

—Tienes las manos heladas, cabrón.

—Y tú demasiados lunares, rubito de bote.

—Que soy rubio natural —le repito por millonésima vez.

—Lo sé, pero me encanta molestarte.

Mientras Leo se concentra en hacer un dibujo en mi espalda, pongo la música de mi móvil en modo aleatorio y la primera canción que suena es *Treat You Better*, de Shawn Mendes.

—Cámbiala, por favor —me pide, y yo noto la punta helada de un rotulador deslizándose por mi espalda.

Sé por qué quiere que la cambie. Se siente identificado porque la canción trata sobre una relación tóxica.

—¿Cuál te apetece que ponga?

—*Roar*, de Katy Perry.

En cuanto encuentro esa canción, la reproduzco y la voy tarareando mientras suena. Leo continúa garabateando su obra de arte sobre mi piel, haciéndome cosquillas. De vez en cuando me regala pequeños besos en los lunares y deseo que este momento sea eterno.

—Ya lo he acabado —anuncia tras un rato, y yo apago la música y le tiendo mi móvil.

—Hazle una foto.

Leo fotografía su dibujo y me doy la vuelta para darle mi veredicto. Contemplo su obra en la pantalla de mi móvil, sonriendo. Ha dibujado unos cuantos pajaritos, dos figuras extrañas que creo que son diamantes, un león, que parece un perro salchicha con una peluca, y un monigote con el pelo rubio y una corona.

—Me gusta mucho —confieso, y no tardo en subir la foto a mis redes sociales—. Mi favorito es el principito.

—No mientas, sé que dibujo horrible. Yo no tengo ningún talento especial.

—Bailar —le recuerdo, y su expresión se vuelve melancólica.

—Hace mucho que no lo hago. Se me ha olvidado cómo se mueve el esqueleto.

Se me escapa una carcajada.

—¿Mover el esqueleto? ¿En qué siglo vives para usar esa expresión?

—Ay, cállate, maldito principito. —Acerca su mano a mi pelo y me lo despeina—. Ahora sí que me tengo que ir.

Sin embargo, otra vez le impido que se vaya, pidiéndole que se quede un poquito más, viendo series conmigo. Elegimos *Anatomía de Grey*, porque se ha viciado a ella y se ha enamorado de los personajes, diciendo que quiere casarse con todos. Entre capítulo y capítulo, se nos van cerrando los ojos después del día tan agotador que hemos tenido, y acabamos quedándonos dormidos.

Capítulo 41

Leo

La primera palabra que se me viene a la mente en cuanto me despierto es: mierda.

No sé cómo he podido quedarme dormido abrazando al principito en su gigante y cómoda cama. Iván es capaz de volverse loco y decapitarme en cuanto descubra que no he ido a dormir al apartamento de su hermana, si es que no se ha enterado ya, porque no tengo ni idea de la hora que será; quizá las dos o las tres de la madrugada.

Me incorporo con cuidado para no despertar a Alan, que continúa profundamente dormido como un niño bueno, y saco mi móvil del bolsillo de mis vaqueros.

Lo peor no es descubrir que son casi las siete de la mañana, no; lo peor es que tengo setenta y siete llamadas perdidas de Iván.

Mejor será que vaya pensando en las palabras que permanecerán escritas en mi lápida, porque de mi muerte no me salva nadie. Quedaría bien algo así como: «Leo León Martínez murió a los dieciocho años sin haber ido a ningún concierto de BTS y sin visitar Corea. Su madre, su abuelo, su perrito, sus amigos, sus suegros, sus cuñados y su principito se han olvidado de él. Fin».

Me levanto de la cama de un salto, busco con torpeza mis zapatillas en el suelo a oscuras, pero mis manos se topan con una bola de pelo esponjosa y oigo un maullido.

—Perdón, perdón —le susurro al gato, que será Patata, porque es el único que está gordito.

Encuentro mi calzado tras estar varios segundos tirado en el suelo intentando dar con él, pero antes de llegar a la puerta, me tropiezo con algo, se me escapa un chillido y me caigo. Se enciende la lámpara de repente y Alan me mira desde su cama, con los ojos llenos de legañas.

—¿Qué haces?

—Son las siete de la mañana —le respondo en un susurro, aún tirado en el suelo—. Iván me va a partir en trocitos.

—¿Ibas a huir sin despedirte de mí? Qué poca educación, mendigo.

—No exageres. —Me levanto—. Nos vamos a ver dentro de unas horas en clase.

—Lo que no comprendo es por qué tienes que irte ahora mismo.

—No empieces, Alan. —Me acerco a él, que continúa sentado en la cama medio dormido, y le doy un tierno beso, aunque le apeste la boca a aliento mañanero—. Te quiero.

—Gracias, igualmente —me contesta sonriendo—. Ten mucho cuidado.

—Que sí, cálmate. —Suspiro—. Con su hermana delante no creo que me asesine.

La expresión de Alan se ensombrece.

—Odio que bromees con este tema y que te lo estés tomando con tanta tranquilidad.

—Estaré bien, te lo prometo.

Le doy otro beso, me pongo mis zapatillas y me marcho de la mansión en absoluto silencio. No hay ni un alma en este vecindario de ricachones y aún no ha amanecido; me da miedo caminar a solas por si aparece algún loco y me roba hasta el páncreas, aunque sea una situación improbable, porque Alan me ha contado que en este barrio nunca vienen los ladrones, algo que no me extraña, ya que cada palacio contará con medidas de seguridad con las que hasta el Rey sentirá envidia.

Por suerte, no tengo que esperar mucho tiempo en la parada porque enseguida aparece un autobús, que no tarda en dejarme cerca del edificio donde vive Diana. Y, como si el universo hubiese oído mis plegarias durante el viaje, me encuentro a Dylan aparcando su moto.

Lo amo. Me casaría con él ya. No importa que tenga novia ni que sea primo de Alan.

—Qué madrugador —le digo al acercarme a él, y Dylan ladea su cabeza en mi dirección y me sonrío.

—¿De dónde vienes tan temprano? —me pregunta sosteniendo una bolsa de papel.

—De la mansión de Alan.

Dylan me dedica un silbido, lo que me hace pensar que se ha imaginado que el principito y yo hemos tenido una noche salvaje.

—Sólo hemos dormido —le indico—. Nada más.

—Yo no he dicho nada. Soy el menos indicado para hablar de follar. —Se ríe y observo que sus mejillas se enrojecen; entonces me enseña el contenido de la bolsa—. Le he traído a Diana unos churritos grasientos, que me los va a tirar a la cabeza en cuanto los vea, y también un bote de ColaCao.

—Qué envidia tener un novio que te traiga un desayuno tan rico...

—Lo tenías y te fuiste con el patán de tu ex. —Me da una palmada cariñosa en la mejilla y se encamina hacia el portal.

«Gracias, Dylan, por haber metido el dedito en la llaga».

Los dos subimos en silencio por las escaleras y Dylan toca el timbre del apartamento. Diana tarda unos segundos en abrir, con la melena revuelta, en pijama y bostezando.

—Buenos días —digo con un hilillo de voz, muerto de miedo.

Me adentro en la casa, y Dylan saluda a Diana con un beso y le enseña lo que ha traído; ella no tarda en secuestrar un churro de la bolsa, y yo abro con manos temblorosas la puerta del cuarto de Iván. Me asomo, haciéndome a la idea de que me va a partir la cara, pero lo único que encuentro es una habitación vacía.

—¿Dónde está Iván? —le pregunto a Diana de vuelta al pasillo.

Es imposible que se haya ido tan temprano a la universidad.

—Se ha marchado hace un rato... Estaba insoportable y se ha cargado varios vasos y tazas.

—Qué puto loco —murmura Dylan, negando con la cabeza.

Dios, sí que tiene que estar cabreado por mi culpa... Ojalá no hubiese sido débil ante las súplicas de Alan de quedarme en su casa y me hubiese venido aquí tras salir del hospital.

El lado positivo de esto es que no he acabado como esos vasos y tazas.

Todavía.

* * *

Llevo todo el día sin saber nada de Iván. Ni siquiera ha aparecido por la casa a mediodía tras terminar las clases, y yo no tengo ni idea de lo que puede estar haciendo. Me visita el impulso de volver a hacer la maldita maleta y regresar a mi apartamento con mi mejor amiga y el chico al que realmente quiero, pero después pienso en las consecuencias que habría si me atrevo a hacer algo así y las ideas se esfuman de mi cabeza.

Esta mañana he ido a la facultad, pero Alan ha llegado un poco más tarde de lo habitual, ya que ha tenido que llevar a sus hermanos al colegio. Por la tarde, he ido a trabajar a su mansión, y Ari y Álvaro ya habían regresado del hospital, porque ella no aguantaba estar metida más tiempo allí y

se ha empeñado en pedir el alta voluntaria. También he estado contemplando al nuevo miembro de la familia, formando una piscina de babas en el salón, y no he podido evitar cogerlo en brazos un par de veces. Me han dado ganas de secuestrarlo y huir lo más lejos posible de sus padres para quedármelo. Yo lo traje al mundo... Deberían regalármelo, ¿no? Ya tienen demasiados hijos. Encima se llama Leo, como yo... Ay, me muero de la emoción.

Como son casi las diez de la noche y no me apetece volverme loco entre estas cuatro paredes sin nadie, me pongo a leer uno de los mangas que me traje del apartamento mientras «mi novio» decide aparecer.

Cuando llevo una hora sumergido en la historia, oigo el sonido de la cerradura de la puerta y rezo para que sea Diana. Sin embargo, al oír las llaves estampándose contra el mueble de la entrada con un ruido ensordecedor, no tengo ninguna duda de que se trata de Iván. Dejo mi libro sobre la mesita de centro y espero, sentado en el sofá, a que el macaco entre en el salón.

—Bueno, bueno, bueno —suelta en cuanto me ve, esbozando una sonrisita de asesino en serie—. Si el melocotoncito ha dado señales de vida tras pasar la noche entera follando con el sordito.

Trago saliva, acojonado, mientras Iván se acerca a mí con lentitud.

—No ha pasado lo que piensas... Tuve que ir de inmediato a mi apartamento porque Dulce se puso muy enferma.

Vale, esta excusa ha sonado de lo más tonta, porque mi amiga sabe cuidarse solita cuando se enferma... Además, la he cagado diciendo que fui a mi piso, porque Alan vive allí.

—Cállate, inútil. —Iván me agarra del brazo y me levanta del sofá con tanta fuerza que casi me lo arranca. Se me queda mirando fijamente a los ojos con tanto odio que dudo mucho que hoy salga con vida de aquí—. Has estado toda la puta noche con tu amorcito, a mí no me engañas.

—No... No he es... estado con nadie. Te lo juro, Iván.

Estoy temblando. Hoy no tengo las fuerzas suficientes para competir contra él.

—Sabías de sobra las consecuencias si te acercabas a ese. —Zarandea mi brazo y yo hago lo imposible por mantener las lágrimas en mis ojos para que no me vea vulnerable—. Con lo que yo te quiero, Leo...

—Suéltame ahora mismo —le pido con un nudo en la garganta, sin apartar mi mirada de la suya—. Suéltame o me pongo a gritar.

Iván se echa a reír, disfrutando de la situación, y yo lo único que hago es lanzarle un escupitajo a la cara, que va directo a su ojo izquierdo.

Y entonces la ira aparece en su rostro. Lo cabreo como nunca antes lo he hecho y sólo puedo intentar soltarme de su agarre sin ningún éxito. Lo primero que recibo de su parte es un puñetazo en la mandíbula que casi me arranca la cabeza del cuello. Me obligo a mirarlo, con una mano posada en mi mejilla, y le suplico mil veces que me perdone, le repito otras mil que lo quiero mucho (cosa que es mentira, pero necesito mentirle para sobrevivir) y le pido que nos sentemos para hablar las cosas con más calma; todo esto con las lágrimas bañando mi cara.

—¡Cállate, joder, cállate! —me grita completamente fuera de sí. Me pega una sonora bofetada y después un empujón con el que me tira al suelo—. ¡Eres un inútil! ¡No sirves para nada, pedazo de desagradecido!

«Por favor, Diana, ven rápido».

Continuó tirado en el suelo, porque no puedo moverme al estar paralizado por culpa del miedo, e Iván comienza a pegarme patadas en la barriga, arrancándome chillidos de dolor. Me protejo la cabeza con los brazos, quejándome y llorando, mientras me dejo golpear, escuchando todo tipo de palabras hirientes.

—Te haría lo mismo que Simón le hizo al sordo para que aprendieras la lección, pero me das tanto asco que me entran ganas de vomitar de sólo pensarlo —me dice, y se sienta a horcajadas sobre mí para destrozarme la cara a puñetazos.

—¿Qué demonios estás haciendo, Iván?! —escucho la voz de Diana entre tanto golpe, y no sé si Iván se quita de encima de mí de manera voluntaria o lo ha obligado su hermana.

—¡Déjame en paz! —le grita él, y le pega un empujón.

Observo que Dylan se interpone entre Iván y Diana, y le propina un puñetazo a su «cuñado» en la mandíbula que consigue dejarlo medio atontado. Después, Diana le pide a Dylan que me saque de aquí, ya que ella se encargará de su hermano.

—¿Puedes levantarte? —me pregunta Dylan tendiéndome su mano, y yo asiento con la cabeza y me agarro a él—. Vámonos de aquí.

Diana agarra a su hermano con fuerza, impidiendo que se le vuelva a ir la olla, y yo me marcho del apartamento con Dylan bajo la atenta mirada asesina de Iván, sin coger mis cosas.

Me duele todo... Me sale sangre del labio, de la nariz y noto cómo se me está hinchando un ojo.

—¿Quieres que te lleve a tu piso? —inquiere Dylan cuando llegamos a su moto, mirándome con lástima—. ¿O prefieres quedarte en mi casa?

—En tu casa.

No me apetece que Dulce y Alan se preocupen por mí; necesito estar solo para ordenar mis pensamientos.

Durante los minutos que dura el trayecto, impido que mi cabeza se ponga a pensar en lo que ha ocurrido, pero me es imposible. Podría haber evitado que Iván no llegara al punto de pegarme una paliza, y estoy seguro de que a partir de mañana las cosas se pondrán peor.

En la casa de Dylan, me encuentro con su padre (si no recuerdo mal, creo que se llamaba Diego), sentado en una esquina del suelo del salón con un portátil sobre las piernas y tecleando con brusquedad, que parece que quiere cargarse las teclas.

—Papá, tenemos visita —informa Dylan—. Abandona un segundo a tus personajes cursis y saluda. No seas maleducado.

Su padre deja de teclear, se levanta y coloca el portátil en la mesa para acercarse a mí y saludarme. Sin embargo, en cuanto se da cuenta de mi careto hecho un cristo, la preocupación se asoma a su rostro.

—¿Qué te ha pasado, Leo?

Vaya, se acuerda de mi nombre, a pesar de que sólo lo haya visto un par de veces: el día de Nochevieja, cuando me quedé a cenar con mi madre y mi abuelo en la mansión de Alan; y ayer, en el hospital, que fue a conocer a su nuevo sobrino.

—Me he tropezado en mitad de la calle, pero estoy bien —miento, sintiéndome un robot y mirándolo a los ojos para parecer convincente.

—Se va a quedar esta noche a dormir —interviene Dylan.

—Vale. —Diego no deja de mirarme, y me da la sensación de que no me ha creído—. Estás en tu casa.

—Gracias. —Le sonrío, amable.

Después, Dylan me lleva a su habitación y saca de debajo de su cama otro colchón más, que es en el que voy a dormir esta noche. Me presta uno de sus pijamas y me dice que puedo darme una ducha mientras él prepara algo de cenar. En el baño, aprovecho para mirarme en el espejo y descubro varias heridas por mi cara, que me las curo con algodón y agua oxigenada, y un gran moretón en el ojo derecho. Cuando me desprendo de mi camiseta, me encuentro con varios

cardenales decorando mi torso y se me escapan un par de lágrimas.

Ahora es cuando necesito ayuda de verdad; esta situación no puedo manejarla yo solo. Quiero que ese idiota desaparezca de mi vida para siempre, pero no tengo ni idea de cómo.

Una vez que salgo de la ducha, ceno espinacas con Dylan y su padre, y vemos una de las pelis de *Harry Potter* en la tele del salón. Diego me hace sentir supercómodo, porque también es fan de esa saga, y nos tiramos parte de la peli hablando entre nosotros mientras Dylan no deja de poner los ojos en blanco y quejarse porque odia esa historia de magos.

* * *

No he podido pegar ojo en toda la noche por culpa de mis pensamientos, del dolor de mi cuerpo y de los ronquidos de Dylan. Temo ir a la universidad y que Alan vea mis heridas y mi moratón del ojo, pero también necesito ir para que me abrace, contarle todo, aunque le vaya a hacer daño, y buscar una solución entre los dos.

Cuando estoy vestido con mis vaqueros y una camiseta que me ha prestado Dylan, me dirijo junto a él a la cocina para desayunar algo, pero, en cuanto atravieso el umbral de la puerta, me encuentro a mi madre sentada a la mesa, envolviendo una taza con sus manos. En cuanto se da cuenta de que he entrado, me mira tan preocupada que parece que ha envejecido diez años, y entonces adivino que lo sabe todo.

—Mamá, ¿qué haces aquí? Tendrías que estar en el pueblo a punto de abrir la tienda —le digo, y ladeo mi cabeza hacia el bocazas de Dylan.

—A mí no me mires. —Levanta las manos a modo de defensa—. Yo no he abierto la boca.

Su padre, que permanece impassible bebiéndose un café, apoyado en la encimera, es el siguiente que habla:

—La llamé yo anoche.

—¿Pero qué...? ¿Cómo? —Me siento confundido.

Mi madre se levanta de la silla y se acerca a mí para acunarme entre sus brazos. Lo mejor de todo es que no me hace falta contarle que Iván me ha pegado una paliza, porque con sólo verme se me nota que alguien la ha pagado conmigo, y mi madre no es tonta como para no adivinar quién ha sido.

—Tenemos que ir ahora mismo a ponerle una denuncia a ese desalmado —me dice mirándome a los ojos, y me acaricia la cara—. Mira lo que te ha hecho.

—No, mamá... No puedo denunciarlo.

—¿Por qué no? Es lo que tienes que hacer para que te deje en paz.

Diego continúa bebiéndose el café y Dylan se está preparando un ColaCao; ambos con sus oídos puestos en la conversación.

¿Por qué ese señor ha tenido la brillante idea de llamar a mi madre y contarle lo que me ha pasado? ¿Por qué tenía su número? ¿Y por qué mi madre se ha presentado aquí como si ya hubiese venido más veces y lo conociera de toda la vida?

—Porque es peor —le respondo.

Mi madre comienza a pasearse por la cocina, masajeándose las sienes y perdida en sus pensamientos. No me gusta verla de esta manera por mi culpa ni que haya conducido desde el pueblo hasta aquí, dejando de lado la tienda.

Decido sentarme en una silla, porque esto va para largo, y me llevo una mano a mi muñeca en un estado de nerviosismo, buscando mi pulsera, pero otra vez recuerdo que se la di a Alan. Dylan

me planta una taza humeante de ColaCao delante de mis narices, y yo le doy las gracias. A continuación, se sienta a mi lado y el silencio inunda la casa.

Parece que estamos asistiendo a un entierro.

—Estoy de acuerdo con tu madre —me dice Dylan en un susurro—. Ve a ponerle una denuncia a ese comemierda.

Lo miro.

—No.

Primero: no quiero denunciarlo porque es mucho peor.

Segundo: los polis no me van a creer y son capaces de cachondearse en mi propia cara.

Tercero: su padre es el alcalde de mi pueblo y estoy seguro de que haría cualquier cosa para que su hijito quedase impune.

Y cuarto: Iván le jodería la vida a Alan, si es que no lo hizo ya ayer en cuanto hui de él.

Mi madre se sienta frente a mí y me coge de las manos; Diego se queda de pie detrás de ella y coloca su mano en su hombro, en expresión de apoyo.

—Escúchame, cariño —me dice mi madre—. Vamos a ir al hospital para que examinen tus heridas y te hagan un parte médico, y después iremos a comisaría a poner la denuncia.

Médico. Comisaría. Denuncia. Iván.

Me va a explotar la puta cabeza; necesito quedarme acurrucado en mi camita con mi perro y dormirme hasta que se haya solucionado este problemón por arte de magia, y que después aparezca Alan y me cuente que Simón e Iván se han ido a la cárcel de la manita, nos besemos, nos prometamos amor eterno y vivamos juntos y felices.

Capítulo 42

Alan

Leo no se ha presentado a la primera clase y estoy preocupado por él, por si Iván le ha podido hacer algo. A lo mejor se ha puesto enfermo o se ha quedado dormido y no puede avisarme porque el desgraciado le borró mi número...

Voy a pensar en positivo. No le ha ocurrido nada; sólo es mi cabeza la que me obliga a ser negativo.

Y hoy tengo la sensación de que todo el mundo se me queda mirando más de lo habitual. Vale que sea el hijo de un cantante famoso, pero sólo pido que aprendan a disimular cuando paso por delante. En mi clase sólo tengo relación con unos pocos compañeros que considero que son de fiar, porque los demás sólo se han acercado a mí por conveniencia, como me lleva pasando toda la vida. He aprendido a ser selectivo con las personas.

Al acabar la última clase, salgo del aula y escucho una voz llamarme detrás de mí:

—Principito.

Sonrío y me doy la vuelta hacia Leo, pero en cuanto descubro el gran moratón de su ojo, la sonrisa se esfuma de mi cara.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto acariciándole el rostro—. Dime que Iván no ha tenido nada que ver, si no, me voy ahora mismo a destrozarle los dientes.

Leo esboza una triste sonrisa.

—Es una larga historia. ¿Vamos a nuestra casa y cocinamos algo rico? —me propone—. Te lo cuento todo mientras comemos, si quieres.

—Vale. —Lo envuelvo entre mis brazos y le doy un tierno beso en los labios.

De camino a la salida, unas cuantas personas más me miran, curiosas, y yo estoy a punto de soltarles si tengo monos en la cara o si quieren una foto firmada por mis mocos, porque mi paciencia está llegando a su límite.

—¿Te das cuenta de que la gente me mira mucho hoy? —le pregunto a Leo—. ¿O me estoy volviendo loco?

—Eres el hijo de Álvaro Buenorro, es normal que te miren —me responde con sorna, y llegamos a mi coche—. Además, eres el prototipo de chico que sale en las series adolescentes y encandilas a todos con tu belleza de Ken.

Me echo a reír.

—Sigue diciéndome cosas así, porfa —le pido mientras conduzco en dirección al apartamento.

—Déjame pensar algo original. —Leo permanece unos segundos haciendo trabajar a su cerebro—. Ya lo tengo.

—A ver, sorpréndeme. —Me detengo en un semáforo en rojo y ladeo mi cabeza hacia él.

—Nuestros futuros hijos saldrían muy guapos con tus genes: rubitos de bote con ojos azules de plástico y una naricita perfecta; también heredarían mis hoyuelos de las mejillas. Imagínatelos. ¿No serían preciosos?

Recreo en mi mente la imagen de una niña rubia con las ondulaciones de Leo, mis ojos azules,

mi nariz y la sonrisa con hoyuelos del mendigo.

—Una princesa mendiga —le respondo—. Le pondría un vestidito amarillo con el dibujo de Piolín, tus Converse negras y uno de tus gorritos.

Los dos nos reímos a la vez.

—Qué mezcla más extraña —confiesa—. ¿Cómo se llamaría?

—Cassandra.

El claxon de un coche interrumpe nuestra ensoñación en el mundo de la piruleta y me percató de que el semáforo lleva varios segundos en verde, así que reemprendo mi camino para que los demás vehículos impacientes no se me echen encima.

—Menos mal que es biológicamente imposible, porque Cassandra también saldría medio feíta con mi cara de culo.

—A mí me encanta tu cara de culo —le digo con total sinceridad.

Una vez que llegamos a nuestra casa (me encanta llamar «nuestras» a las cosas que compartimos), cocinamos quesadillas de pollo con mozzarella para los dos, ya que Dulce va a quedarse a comer con Niko.

La verdad es que estoy sorprendido de que mi amigo vaya tan en serio con ella; es la única novia que le está durando y de la que está más enamorado.

Pongo música de fondo en el salón mientras Leo y yo comemos sentados en el sofá, y él me va narrando todo lo que le ha ocurrido sin ahorrarse ningún detalle. Comienza contándome que, ayer, a última hora de la tarde, apareció Iván en la casa de Diana tras estar todo el día desaparecido, se le fue la olla y le pegó la primera paliza de su vida. Menos mal que Diana y Dylan llegaron a tiempo y consiguieron detener a ese orangután, si no, no sé hasta dónde habría llegado.

—También me hizo todo esto. —Leo se levanta la camiseta, dejando su torso al descubierto, para enseñarme los demás moratones, que me dejan a cuadros.

Jamás he despreciado tanto a una persona ni he tenido tantas ganas de cometer un asesinato.

—Joder. —Le acaricio el torso con las manos—. Es un maldito enfermo.

—Lo sé. —Se baja la camiseta y continúa contándome lo demás, mirándome a los ojos—. He pasado la noche en la casa de Dylan, pero cuando me he despertado esta mañana, me he encontrado a mi madre en la cocina. Tu tío Diego la avisó de que yo estaba en su casa y le contó que tenía heridas en la cara y el ojo morado. —Deja escapar un suspiro y baja la mirada hacia sus manos—. Y entre los tres me han convencido para hacer algo que debería haber hecho hace tiempo.

—¿El qué? —Entrelazo mis manos con las suyas y espero a que me confirme lo que llevo deseando desde que sé qué tipo de persona es Iván.

—Me he atrevido a denunciarlo —suelta, aún sin mirarme—. No sé si servirá para algo, pero siento que he dado un paso importante, aunque estoy muerto de miedo.

Mi Alan interior se pone a bailar una sevillana, tirando fuegos artificiales imaginarios.

Cojo a Leo del mentón para obligarlo a mirarme, y nuestros ojos se encuentran; los suyos lucen atemorizados.

—Has hecho lo correcto —le digo dedicándole una sonrisa—. Estoy orgulloso de ti, cariño.

—Estoy cagado por lo que pueda pasar a partir de ahora.

—Todo irá bien. —Le doy otro beso—. Te quiero mucho.

—Yo también a ti.

El timbre suena, y Leo y yo nos miramos algo desconcertados, porque no tenemos ni idea de quién puede ser. Decido ir yo a abrir la puerta, y lo que menos me esperaba era encontrarme cara

a cara con Camila, después de que haya estado ignorándome cada día desde que le regalé un puñetazo.

—Hola —la saludo con sorpresa—. No esperaba que fueras tú.

—Lo sé —me responde, seria—. He venido porque tengo que contarte una cosa. ¿Puedo entrar?

—Claro.

La invito a pasar al salón, y Leo y ella se saludan con un simple «hola», aunque deduzco que al mendigo no le hace demasiada gracia la visita de Camila por la expresión molesta que ha puesto.

Me siento junto a Leo, en el mismo sitio que hace un momento, y Camila ocupa el otro sofá.

—¿Qué querías decirme?

—Verás... —titubea quitándose las pielecitas de las uñas—. No sé muy bien si debería contarte esto, Alan... Pero hace un rato me han pasado un vídeo bastante comprometedor.

—¿Qué vídeo? —inquiero, confundido, y noto que Leo se tensa a mi lado.

—Es sobre ti —me contesta Camila.

A mí se me viene a la mente que quizás alguien de nuestra clase haya descubierto mi canal de YouTube y sabe que es mío, aunque no tengo subido ningún vídeo «comprometedor» como acaba de decir Camila; sólo *covers* sin nada del otro mundo.

—¿Puedes enseñármelo? —le pido.

Camila duda un momento y su mirada se dirige hacia Leo, como pidiéndole su aprobación, pero, por el rabillo del ojo, me percato de que el mendigo niega con la cabeza.

¿Qué está pasando aquí, que nadie quiere que me entere?

—Camila, enséñame ese vídeo —le ordeno.

Saca su móvil de su bolso, desliza sus manos por la pantalla y me lo tiende.

—Sólo tienes que darle al *play* —me indica.

Pero en el instante en el que dirijo mi dedo índice a la pantalla, Leo me roba el teléfono de las manos y se esfuma corriendo del salón.

—¡Eh! ¿Qué haces? —le grito, y lo persigo por el pasillo.

Se encierra en la habitación de Dulce y yo intento abrir la puerta un millón de veces con el picaporte, pero me es imposible porque el mendigo me lo está impidiendo desde dentro.

¿Qué demonios aparecerá en ese vídeo?

—Leo, ábreme —le ordeno, y Camila se detiene a mi lado.

—¡No! —me grita el mendigo—. ¡No puedes ver ese vídeo!

—Alan, es mejor que no lo veas. Leo tiene razón —insiste Cami.

Me estoy poniendo nervioso; no me gusta que me oculten cosas. A lo mejor ha sido por culpa de ese vídeo por lo que la gente de la uni no paraba de mirarme hoy.

Leo abre la puerta y observo que sus manos se encuentran vacías.

—Necesito verlo —les digo—. Necesito descubrir qué es lo que está circulando por ahí sobre mí. —Extiendo mi brazo hacia Leo, con la palma de la mano abierta, pidiéndole el móvil—. Por favor.

Camila y Leo se miran entre ellos y, a continuación, él libera el teléfono de su bolsillo y me lo tiende.

—Insisto en que no deberías verlo. Sales tú y... Simón —me informa mi novio.

Mi curiosidad aumenta al oír el nombre de ese hijo de puta, así que le doy al *play*, ansioso y sintiendo las miradas de Leo y de Cami sobre mí.

Durante los cinco primeros segundos del vídeo sólo se ve el suelo, aunque se escuchan risitas

y voces masculinas, de entre ellas reconozco la del innumerable, pero no logro descifrar lo que dice. Después, la cámara enfoca hacia una cama que reconozco perfectamente, donde hay un chico rubio tumbado boca abajo.

Ese chico soy yo mientras Simón...

La cabeza ha empezado a darme vueltas, la vista se me nubla y el teléfono se me escurre de las manos. Los oídos me pitan, impidiendo que pueda oír las voces de las dos figuras borrosas que tengo delante, y lo siguiente que hago es huir del apartamento. Pulso varias veces seguidas el botón del ascensor para que venga lo más rápido posible y, cuando bajo hasta la calle, me subo a mi coche y comienzo a respirar hondo con los ojos cerrados, pero lo único que consigo es frustrarme. Le pego manotazos al volante y toco el claxon mediante puñetazos, con las lágrimas bañando mis mejillas.

Tras unos segundos, arranco el coche y empiezo a conducir hacia no sé dónde, intentando huir de mis pensamientos, de un Simón invisible que me persigue y del recuerdo de ese puto día que se me va a quedar grabado en la memoria hasta que me muera.

* * *

No sé cuánto tiempo llevo conduciendo, pero se está haciendo de noche y necesito parar un rato, porque me duele muchísimo la cabeza y siento los músculos agarrotados. Aparco al lado de un Starbucks, me apeo del coche y me estiro, haciendo crujir todos mis huesos. Atravieso la puerta principal de la cafetería y no tengo que esperar mucho para que la chica que se encuentra tras la barra me atienda.

—Ponme un Frapuccino de Nutella y café, por favor —le pido.

—Vale. ¿Cuál es tu nombre?

Me quedo un pelín desconcertado ante esa pregunta.

—¿Mi nombre?

—Para escribirlo en tu vaso —me responde dedicándome una sonrisa.

Estoy algo confuso. ¿Cómo puede ser que me haya olvidado de cómo me llamo?

—Al... —Intento hacer memoria, pero no consigo completar el nombre.

La chica, que debe de tener mi edad, me mira con impaciencia.

—¿Al? ¿Álex? ¿Alberto? ¿Álvaro? Vamos, chico, que no tengo todo el día.

—¿Álvaro? —le respondo, dudoso, porque es el único que me suena.

La chica asiente con la cabeza y, mientras prepara mi café, saco la cartera del bolsillo de mis vaqueros para preparar el dinero. Dentro, me encuentro con unas cuantas monedas, una tarjeta de crédito y un carné de identidad de un tal Alan LeBlanc González.

—¡AQUÍ TIENES, ÁLVARO! —me grita la chica plantando el vaso sobre la barra, y yo me asusto. Ella, al ver mi cara de espanto, se señala su oreja—. ¡PERDONA POR HABLARTE ASÍ! ¡NO SABÍA QUE ERAS SORDO! ¡ACABO DE DARME CUENTA DE TU AUDÍFONO!

Por favor, que deje de gritar, que me va a explotar la sien izquierda por culpa de ella y de la migraña.

—No pasa nada —le respondo en un tono normal, y le pago el café—. Gracias.

Elijo una mesa alejada de la gente y busco mi móvil por los bolsillos, pero no lo encuentro, así que lo más seguro sea que me lo haya dejado en el coche o que lo haya perdido. Me tomo el café, contemplando la calle a través de la ventana, y me doy cuenta de que esta ciudad no me suena de nada.

Joder, ¿qué me pasa hoy?

Vuelvo a sacar mi documento de identidad, donde pone que vivo en Madrid, soy hombre, nací en Málaga el diecisiete de julio y mis padres son Álvaro Aitor y Ariadna.

Y, no sé por qué, pero me entra la risa con el nombre «Aitor».

Termino de tomarme el café y me llama la atención una pulsera negra de mi muñeca, que me la quito y la observo con detenimiento. Está muy chula con la palabra «dance» escrita en letras metálicas, pero no recuerdo ni dónde ni cuándo me la compré. De manera involuntaria, me muerdo el labio inferior, donde creo que tengo un *piercing* y que me parece algo incómodo, pero tampoco me acuerdo de cuándo me lo puse.

Una vez que me marchó del establecimiento, busco mi móvil por cada rincón de mi coche, pero no hay rastro de él; lo más seguro es que lo haya perdido. Después, deambulo por las calles desconocidas, sintiéndome un extraño, porque ni siquiera reconozco mi cara en los cristales de los escaparates.

Quizá sea por el cansancio de pasar tantas horas conduciendo y por el dolor de cabeza. Lo que necesito es descansar, darme una ducha relajante y dormir toda la noche. Mañana veré las cosas con más claridad.

Tras un rato andando y preguntándole a la gente por el hotel más cercano, me detengo frente a un hostel que necesita una buena mano de pintura o tirarlo abajo para construirlo de nuevo, porque parece que se va a caer a trozos de un momento a otro. Como no encuentro un lugar mejor para descansar, entro en el edificio y le pregunto al señor de recepción si quedan habitaciones libres, a lo que me responde que sí. Me pide mis datos, pago la estancia con la tarjeta de crédito, le deseo buenas noches y subo las escaleras, que crujen con cada paso que doy.

En la habitación, lo primero que hago es meterme en el servicio para darme una ducha. Sin embargo, en cuanto veo mi careto en el espejo, descubro que estoy hecho un desastre. Mi cabello rubio luce despeinado, tengo la mirada cansada y con unas grandes ojeras adornándola. Me quito el colgante con mi nombre, el audífono, la pulsera negra y, por último, me saco como puedo el *piercing* del labio, con cuidado para no hacerme daño; el de la nariz me lo dejo porque me gusta cómo me queda.

Me desnudo y permanezco mirando cada tatuaje de mi cuerpo, que no sé qué significan. En el antebrazo tengo un ancla horrible; en el corazón, dos coronas con las palabras «papá» y «mamá»; en la muñeca, una figura extraña; y, al lado de la barriga, un diamante, que no sé qué diablos estaba pensando el día que me lo tatué, porque es feísimo.

Doy por finalizado mi reconocimiento y me meto en la ducha, donde el agua no sale lo suficientemente caliente como debería. No tardo en terminar, porque, en vez de relajarme, me estresa, y me seco con una toalla. Me vuelvo a poner los calzoncillos y la pulsera negra, dejando todo lo demás en el lavabo, y me tiro en plancha sobre la cama. Me quedo frito en cuestión de segundos y sueño con un chico guapísimo con hoyuelos en las mejillas y un gorrito de lana, muchos arcoíris, unicornios, piruletas y pizzas con piña.

Capítulo 43

Leo

Hoy es domingo y el principito lleva desaparecido desde el viernes por la tarde. Les he contado a sus padres lo que ha sucedido y el motivo por el que Alan salió corriendo del apartamento, y Álvaro está seguro de que su hijo volverá tarde o temprano, porque quizá necesite tiempo para procesarlo todo, aunque Ari no está de acuerdo con él y siente que le ha pasado algo malo, ya que es muy extraño que Alan no los haya llamado para dar señales de vida. Tampoco podemos contactar con él, porque su móvil se lo dejó olvidado en el apartamento.

Y yo concuerdo con Ari. Alan nunca haría sufrir a sus padres de esta manera, aunque le haya ocurrido algo tan fuerte que lo obligue a alejarse de todo. En realidad me estoy temiendo lo peor, como que haya tenido un accidente con el coche o alguien le haya pegado una paliza, dejándolo inconsciente... De todas formas, vamos a esperar a mañana, por si aparece en la universidad o se pone en contacto con alguno de nosotros. Si no, avisaremos a la policía.

Toco el timbre de la mansión, ya que me he venido para distraer mi mente, porque en el apartamento soy capaz de volverme loco, y Aitor me abre la puerta.

—Hola —me saluda con el rostro entristecido—. Mi hermano todavía no ha aparecido.

—Pronto volverá, Pikachu —le respondo revolviéndole el cabello.

Ari aparece en el pasillo y se dirige a mí, cansada y con los ojos hinchados y enrojecidos. A mí me da un vuelco el corazón, pensando en que se pueden haber cumplido mis sospechas.

—Leo. —Me abraza y después me coge de las manos y me mira a los ojos—. Alan se ha estado quedando en un hostel de Barcelona. Lo sabemos porque ha pagado con su tarjeta de crédito. Mi marido ha ido a buscarlo esta mañana, pero ya se había marchado. —Se lleva una mano a su collar, que es igualito al de Alan—. Sólo ha encontrado en su habitación su colgante con su nombre y su *piercing* del labio. Lo bueno es que el señor que regenta el hostel le ha contado que Alan está bien y que es un chico muy bueno, porque lo ha ayudado a limpiar las habitaciones.

Muy típico del principito.

Ya me he quedado mucho más tranquilo sabiendo que no le ha pasado nada.

—Pero lo que no entiendo es por qué no nos ha llamado —continúa Ari—. Que le pida el teléfono a alguien, por lo menos. Si necesita tiempo a solas, que nos avise, que lo vamos a comprender. No es típico de él comportarse así.

—Volverá —le aseguro.

—Si se pone en contacto contigo, dímelo, por favor. —Me vuelve a abrazar y yo le prometo que se lo diré, pero dudo mucho que Alan me llame.

Aitor se va al salón para seguir jugando con Mimi a la Wii, y yo acompaño a Ari hasta su habitación, porque el pequeño Leo ha comenzado a llorar. Ella lo coge en brazos para calmarlo, pero el bebé no tiene intención de callarse.

—¿Qué te pasa, mi niño? —le pregunta con voz dulce—. Acabas de comer y ya has hecho caca.

—Déjame a mí. Igual conmigo se calma.

Ari me lo tiende y yo lo cojo con cuidado, envuelto en su mantita de conejitos y zanahorias. Tras varios segundos meciéndolo, deja de llorar y le pongo su chupete.

—Oh, genial —murmura Ari con sarcasmo, mirándonos—. No sé qué tienes, Leo, pero todos los miembros de mi familia están enamorados de ti, excepto Hannah. A mi Alan lo tienes encoñadito.

Le sonrío.

—Esto... ¿Gracias?

—Es la verdad. —Pone los ojos en blanco—. Te dejo a solas con el peque para que lo duermas, que parece que a ti te hace más caso.

Yo lo traje al mundo; es normal que me quiera más a mí.

Cuando Ari abandona la habitación, me siento en la cama de matrimonio con Leo en brazos, que tiene los ojitos cerrados y parece que está cayendo en los brazos de Morfeo, y le canto la canción del elefante que se balanceaba sobre la tela de una araña.

Me encanta estar en esta casa, a pesar de que hoy sea mi día libre. La familia de Alan me está empezando a tratar como a uno más, y ya considero a Ari y a Álvaro como mis segundos padres (aunque a él sí que le tengo un poco de respeto y me sigo poniendo nervioso con su presencia, porque nunca dejará de ser mi ídolo), y los mellizos, Hannah y el peque Leo se han convertido en mis hermanos.

Una vez que el bebé se queda profundamente dormido, lo coloco en su cunita y lo tapo con la manta. Salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí, y me encamino hacia la de Alan, porque necesito tocar y oler sus cosas. Las dos noches que ha estado ausente, he dormido en su cama del apartamento junto a nuestra gatita y me he puesto sus camisetas, con la intención de no echarlo tanto de menos, pero me ha sido imposible pegar ojo, porque ya me había acostumbrado a quedarme dormido abrazado a él.

Abro la puerta del aposento del principito y, para mi sorpresa, me encuentro a Hannah llorando, sentada en la cama y abrazada a un peluche de Piolín. Me dejo caer a su lado y ella ladea la cabeza hacia mí al notar mi presencia.

—Me han pasado ese vídeo —me dice sollozando, sin dejar de mirarme ni de abrazar el peluche de Alan—. No sé cómo me ha podido gustar ese capullo. Me doy muchísimo asco.

No sé si le caigo bien a Hannah, pero lo único que puedo hacer en este momento es acunarla entre mis brazos.

—No digas eso. No lo sabías.

—Una hermana normal no siente celos hacia su hermano... —admite—. Yo me he comportado como una estúpida al querer llamar la atención de mis padres y no me he dado cuenta de que ellos y Alan querían lo mejor para mí. Tengo muchas ganas de cargarme a Simón por haberle jodido la vida.

Aún no me quito de la cabeza las horribles imágenes de ese vídeo. Hace unas semanas Iván me obligó a verlo para chantajearme con que se lo iba a enviar a todo el mundo si no volvía con él. Al principio creía que me estaba enseñando un vídeo porno, pero luego apareció Alan en la pantalla y se me vino el mundo encima; aparté mi vista de inmediato y no pude evitar ponerme a llorar, porque no podía ver cómo ese desgraciado se aprovechaba de él. Sin embargo, Iván no quitó el vídeo hasta que consiguió que lo viera completo después de muchos intentos; cada vez que cerraba los ojos porque las escenas eran demasiado fuertes, mi ex lo volvía a poner desde el principio, torturándome. Yo me iba sintiendo cada vez más impotente e incluso deseaba cambiarle

el lugar a Alan, porque no se merecía sufrir de esa manera con lo buena persona que es.

Cuando Hannah está más tranquila, paso el resto de la tarde jugando al fútbol en el jardín con ella y los mellizos, donde Mimi y Hannah forman un equipo, y Aitor y yo, otro. Las chicas ganan el partido con trece goles, y nosotros perdemos con el triste número de seis. Luego, Álvaro y Ari me preguntan si quiero quedarme a cenar con ellos, pero yo les respondo que debo irme al apartamento antes de que sea más tarde, algo que ellos comprenden al instante, porque saben todo lo que me ha ocurrido con Iván.

—¿Seguro que quieres irte solo? —me pregunta Álvaro, preocupado, mientras me acompaña a la cancela junto a Hannah—. No me importa acercarte.

—Eh... Gracias, pero no me va a pasar nada.

Cosa que es mentira, porque el orangután puede aparecer de un momento a otro.

—¿Por qué no se lleva la moto de Alan? Así es más seguro y llega en un segundo —interviene Hannah.

—Buena idea, Hannah Montana. —Álvaro le revuelve el pelo a su niña, y después me hace una seña para que lo siga sin que yo haya aceptado esa propuesta—. Ven, mosquito.

Persigo a mi suegro, que nos guía a Hannah y a mí por el jardín hasta la parte de atrás de la mansión, donde se encuentran aparcados los dos coches: Freddy, en el que viaja la familia entera, de ocho plazas; y Rodolfa, el pequeñito de dos plazas que usa Ari para ir al trabajo. Álvaro se acerca a un bulto tapado con una sábana amarilla, que no tarda en quitarla para dejar al descubierto una bonita Scooter de color azul cielo, con la que me entran ganas de casarme.

—Como Alan lleva un tiempo sin coger a Lady Gaga, ayer la estuve probando y va de puta madre —me dice mi ídolo—. Se pondrá muy feliz cuando regrese y pueda usarla.

Quiero un padre así de genial, no uno que no veo desde los diez años y al que nunca le he importado.

—Sé mi padre... O cástate conmigo, mejor —le suelto, y enseguida me muerdo la lengua y me pongo colorado—. Perdón.

—No puedo, lo siento. Alan se sentiría celoso. —Álvaro se echa a reír.

Mientras mi ídolo arrastra la moto hacia la entrada principal de la mansión, yo lo acompaño y Hannah se mete en su casa para buscar las llaves, pero cuando regresa unos minutos después, lo hace con un casco colgando de su brazo y una mochila.

—¿Puedo quedarme a dormir en el apartamento de Alan? —le pide a su padre haciendo pucheritos—. Leo es de fiar y prometo que mañana iré al instituto.

Álvaro se queda pensando durante unos segundos, frunciendo los labios, y después ladea su cabeza en mi dirección.

—¿Cuándo te sacaste el carnet de la moto? ¿Cuántas veces has conducido una? ¿De verdad sabes cómo llevarla? ¿Has tenido un accidente alguna vez? ¿Qué personas se han montado contigo? ¿Siguen vivas?

—Papá, por Dios, es una simple moto —lo corta Hannah haciendo aspavientos con los brazos.

—Respóndeme, mosquito —me ordena el Buenorro, ignorando a su hija.

¿Cuáles eran las preguntas?

—Tengo el carnet de la moto desde los dieciséis años, he conducido la de mi madre cientos de veces y supongo que se me da bien, porque no he tenido ningún accidente —empiezo a hablar jugando con mis manos, bajo la escrutadora mirada de mi suegro—. Dulce y mi madre se han montado conmigo y siguen vivas.

—Bueno... —Álvaro continúa dudando de mis habilidades para conducir motos y mira a su

hija—. Puedes ir, pero avísame cuando llegues para que sepa que el mosquito no te ha estrellado contra un camión.

—Guay, papá. —Hannah da saltitos de alegría y le regala a su padre un beso en la mejilla; en cambio, él la rodea con sus brazos, tan fuerte como si fuera la última vez que la va a ver con vida.

Ambos nos ponemos los cascos, arranco la moto y soy yo el primero en subir. Después, se monta Hannah, y su padre le dice que se agarre bien a mí para que no se caiga a la carretera, a lo que ella sólo le responde bufando y poniendo los ojos en blanco.

—Tened cuidado. —Álvaro me señala con su dedo índice, a modo de advertencia.

Hannah y yo nos despedimos de él y, acto seguido, salimos disparados hacia la carretera.

Como la moto de Alan es parecida a la de mi madre, no me cuesta mucho adaptarme a ella, aunque conducir por Madrid es toda una Odisea, porque siento que sin la ayuda de Hannah me hubiera perdido de lo laberíntica que es. Conducir por mi pueblucho no tiene nada que ver con hacerlo por esta gran ciudad.

Ya en el apartamento, nos encontramos a Dulce cenando pizza con Dylan y Niko sin haberme esperado.

—Ya os vale —les digo, ofendido. Hannah se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y comienza a devorar una porción de pizza—. Menudos amigos y menudo hermanastro tengo.

—¿Hermanastro? —inquire Dulce, extrañada; Niko está sentado junto a ella, y yo me acomodo en el suelo, al lado de Hannah.

—Su madre y mi padre están viviendo una bonita historia de amor —interviene Dylan desde el otro sofá, con sorna—. Los dos se lo tenían muy calladito.

—¡Anda! ¡Yo no sabía eso! —exclama Hannah con la boca llena, y después me mira—. Entonces Alan y tú seríais primos. Qué fuerte.

—*Primastros* —la corrige Niko.

Mi madre me lo contó el día que le puse la denuncia a Iván. En cuanto salimos de la comisaría, Diego nos invitó a desayunar por segunda vez en una cafetería, pero Dylan se escaqueó porque tenía que ir a la universidad y me dejó solo en esa situación incómoda. Yo fui el primero que rompió el hielo preguntándoles si estaban juntos, y ellos se miraron entre sí, sonrieron y me respondieron que sí. Me alegro mucho por mi madre; se merece lo mejor del mundo y Diego me cae bien y parece un buen tipo.

—¿Sabéis algo de Alan, aparte del tema de Barcelona? —pregunta Dylan, y yo niego con la cabeza.

—Mañana, en cuanto vea al orangután en mi clase, pienso cargármelo —nos dice Niko pegándole un puñetazo al brazo del sofá—. Pfff... Y a ese Simón le tengo muchas ganas.

—¿Qué pasó el día que Simón le hizo daño a mi hermano? —inquire Hannah mirando primero a Dylan y luego a Niko—. ¿Vosotros estabais en esa fiesta?

—Sí —le contesta Niko—. La novia que tuve en aquel momento nos invitó a una fiesta en su casa unos días después de terminar el instituto; vivía en el mismo barrio que ese desgraciado. Alan acababa de romper su relación con él y quiso venir con nosotros para despejarse, pero no recuerdo en qué momento apareció Simón para joderlo todo.

—¿Dejasteis a Alan solo? —intervengo.

—A ver, estábamos los tres borrachos —Dylan es el que sigue hablando—. Alan estaba charlando con una chica, y Niko y yo no quisimos molestarlos, así que desaparecimos durante un rato, que fue cuando ese hijo de puta aprovechó el momento.

¿Qué clase de amigos se van por ahí y dejan a uno de los suyos solo? Si se hubiesen quedado

vigilando a Alan, nada habría pasado y ahora estaría aquí.

—¿Y qué estuvisteis haciendo que es más importante que vuestro amigo? —les espeto, alterado, y Niko y Dylan intercambian una breve mirada. Sé que ellos no tienen la culpa de lo que pasó, pero no puedo evitar enfadarme cuando mi novio no da señales de vida—. Tendríais que haberos quedado al lado de Alan.

—Leo, ellos no son los culpables —me dice Dulce—. El culpable fue Simón, que habría aprovechado cualquier momento para dañar a Alan.

—En realidad Leo lleva razón. Podríamos haberlo evitado —admite Dylan—. Si yo tuviera superpoderes, volvería atrás en el tiempo para no ir a esa fiesta.

—No digas gilipolleces, Darío —le responde Niko, malhumorado—. No somos adivinos.

Todos nos quedamos en silencio, con la tensión instalada en el ambiente, hasta que Hannah se comporta como una chica madura.

—Supongo que lo mejor que podemos hacer es irnos a descansar. Estamos muy nerviosos con todo lo de mi hermano.

A los demás nos parece bien la idea y ordenamos el salón, tirando las cajas vacías y los refrescos a la basura. Niko y Dulce se encierran en la habitación de ella, y Hannah se mete en la de Alan con la gata. A mí esta noche me toca dormir en mi cama, echando de menos al principito.

—Espera, Leo. —Dylan se cuela en mi habitación antes de marcharse a su casa, y cierra la puerta—. Te tengo que contar algo, porque si no lo hago, voy a reventar. Como tú eres un tío callado, sé que no se lo vas a decir a nadie.

Caray, ¿qué será eso tan importante que lo tiene de esta manera? Me pica la curiosidad. ¿Se habrá acostado con Diana? ¿Me querrá pedir consejos sobre cómo mantener relaciones sexuales?

Me siento en mi cama para estar más cómodo, y doy una palmadita a mi lado, invitando a Dylan.

—Ahora somos algo parecido a una familia, ¿no? —le digo, y me entra la risa tonta, porque todavía no me he acostumbrado—. Puedes contarme lo que quieras.

—Vale. —Se frota las manos, ansioso—. Sólo se lo he soltado a mi padre, pero no me ayuda mucho, porque todo lo que le cuento lo usa en las novelas que escribe; parece que no tiene ideas propias. ¡Me utiliza para su propio beneficio! ¿Te lo puedes creer?

—Me imagino... Pero ve al grano, que estoy impaciente.

—Pues verás... —Se revuelve el pelo—. El rato que desaparecí durante esa fiesta, como había bebido de más y tenía la cabeza en otra parte, me estuve liando con... —No acaba la frase, tan sólo sonrío.

¿Pero por qué me deja en ascuas? ¿Con quién se lio? ¿Con Kylie Jenner? ¿Jungkook? ¿Un marciano? ¿La duquesa de Alba?

—Con Niko —me atrevo a responder en su lugar, pero enseguida me arrepiento porque es algo prácticamente imposible, y me echo a reír—. Perdón, es que os *shippeo* desde que os conozco.

—Qué asco, mosquito. —Dylan finge arcadas.

—¿Entonces?

—Fue con un tío desconocido —confiesa por fin, y yo casi me atraganto con mi saliva por la impresión—. Se me iría la olla, no sé.

—¿Y ese desconocido no se llamará Niko, verdad? —bromeo.

Dylan me mira entornando los ojos, y luego me tira uno de mis cojines a la cara.

—Joder, tienes un problema muy grave, eh. Deberías hacértelo mirar —me aconseja, y se levanta de un salto—. Ya me he quedado más tranquilo. Me voy a mi casa.

—¿Entonces te van los tíos? ¿O los tíos y las tías?

Dylan pone los ojos en blanco, exasperado.

—Mira, no lo sé. Las tías, supongo. —Se vuelve a sentar y a pasarse una mano por el pelo, angustiada—. Lo que no entiendo es por qué estoy lleno de dudas a la vejez, y más aún si estoy saliendo con una chica como Diana, tan perfecta.

—Sólo tienes veintiún años. —Me río, todavía flipando—. Hay personas que llegan a los ochenta y tampoco lo tienen claro.

—Ya... Bueno, me piro, que me estoy agobiando con esta conversación. Gracias por escucharme. Si te enteras de algo de Alan, me avisas.

—Vale.

Cuando Dylan se marcha del piso, me pongo la camiseta de Alan que uso como pijama y me meto en mi fría cama, sabiendo que esta noche tampoco pegaré ojo y estaré cada segundo revisando el móvil, por si tengo alguna llamada, mensaje o al principito le da por publicar algo en sus redes sociales.

Capítulo 44

Alan

—¿Quién se atreve a ser el siguiente? —pregunta Bernard en francés tras terminar de tatuar a una chica—. ¿Nadie? Sois unos miedosos.

La chica, que se llama Erika, nos enseña el tatuaje de una araña que se acaba de hacer en su muñeca, y yo pienso que no ha salido tan mal para ser la primera vez que Bernard tatúa a alguien.

—Venga, hazme uno —le respondo también en francés. Me levanto del sofá y ocupo la silla que Erika ha dejado libre—. Pero no utilices la misma aguja.

—¿Pero qué te has creído tú, niño pijo? Yo soy todo un profesional.

Me he venido a un pueblo de Francia y estoy pasando las noches en un hostel, que lo regenta una amable anciana que me trata como si fuera su nieto, me prepara comidas deliciosas y, en las horas muertas, le hago compañía tejiendo. Ya llevo una semana instalado aquí, he hecho un grupo de amigos de mi edad y no tengo ninguna intención de marcharme, pero debo buscarme un trabajo para poder sobrevivir y pagarle mi estancia a la señora, porque no acepta pago con tarjeta de crédito y en este sitio perdido no he visto ningún cajero; además, no sé cuánto dinero me queda en la cuenta bancaria.

Me quito la sudadera y le digo a Bernard que me tatúe en la espalda las palabras «carpe diem», rodeadas de pájaros libres.

—Me suena mucho tu cara —me dice uno de los otros chicos—. Creo que te he visto por la tele.

—Qué va. Te estarás confundiendo de persona.

Erika me pasa un cigarro encendido y yo lo cojo, dándole las gracias, mientras Bernard comienza a hacerme el tatuaje.

—Alan, ¿has huido de alguna novia? —quiere saber otro chico, pero no recuerdo su nombre, aunque se nota demasiado que es gay por sus gestos tan afeminados.

—No he huido de nadie. —Me echo a reír.

Ni siquiera sé si tenía novia.

—¿Y de algún novio? —vuelve a preguntar. Se levanta, se acerca a mí y pasea sus manos por mi torso desnudo sin un ápice de vergüenza. Yo, como acto reflejo, aparto sus zarpas de un manotazo, y mi tatuador suelta un bufido porque me he movido.

—No vuelvas a tocarme —le espeto al chico dedicándole una mirada amenazadora, y todo el grupo permanece mirándonos—. No soy ningún maricón.

—Vale, vale. Perdona —se disculpa levantando sus manos, en expresión de derrota.

—Deja de moverte, Alan —me pide Bernard—. Al final voy a tatuarte donde no es.

Procuro no moverme, porque no quiero desgraciarme la piel con un tatuaje que parezca un churro, y termino de fumar el cigarro en silencio. Los demás se ponen a charlar entre ellos, pero, de vez en cuando, intercambio miraditas con Erika, que me la follé ayer en el asiento trasero de su coche, y esta noche repetiremos.

Cuando Bernard acaba mi tatuaje, le hace una foto a mi espalda con su teléfono y me la enseña.

No ha quedado tan mal, aunque uno de los pajaritos parece que está borracho, y las letras en cursiva están muy chulas. Después, me coloca el papel *film*, me pongo la sudadera y me siento al lado de Erika mientras le toca el turno de hacerse un tatuaje a otra chica del grupo.

—Me encanta la pulsera —me dice Erika paseando sus dedos por la pulsera negra de mi muñeca—. ¿Me la regalas?

—No.

—Porfa —me susurra al oído, y me muerde el lóbulo de la oreja—. Y te hago lo que quieras después.

—Mmm... —Pongo expresión pensativa y ella comienza a acariciarme el pelo—. Me lo pensaré.

—Hablas muy bien francés para ser español. ¿Cuándo lo aprendiste?

—Mi madre me lo ha enseñado.

—Háblame de ella —me pide.

Un momento... ¿Cómo sé que mi madre me lo ha enseñado? ¿De dónde ha salido esa afirmación?

—No me apetece —miento, porque me está empezando a doler la cabeza al querer recordar, y me masajeo las sienes. A continuación, me levanto del sofá y miro a Erika—. Voy a salir a tomar el aire un momento. —Le guiño un ojo, esbozando una sonrisa—. Ahora vuelvo.

—Vale, pero no tardes, que me vas a hacer pensar que te has escapado de mí.

* * *

Me despierto en una cama más dura que una piedra y me incorporo, sin saber dónde me encuentro. Miro a mi alrededor y no reconozco esta habitación con humedades en las paredes de hotel y muebles tan antiguos que parecen del siglo pasado, casi idénticos a los que me enseñaba mi madre en las fotos de la casa de sus abuelos.

¿Dónde demonios estoy?

Siento que el colchón se mueve y yo ladeo mi cabeza hacia el otro lado de la cama.

Ostras.

Una tía durmiendo en pelotas.

Y da la casualidad de que yo también estoy en pelotas.

«¿Qué has hecho, Alan?», me pregunto a mí mismo.

Me masajeo las sienes con los ojos cerrados, intentando recordar cómo he llegado hasta esta especie de hostel de mala muerte y, sobre todo, qué hago metido en la misma cama que una desconocida, pero no consigo acordarme de nada.

Necesito irme de aquí. Ahora.

Salgo de la cama con sigilo para no despertar a la chica y me visto con la ropa que hay tirada en el suelo, que no tengo ni idea de dónde la he sacado, porque yo no tengo ninguna sudadera marrón, ni ningunos calzoncillos naranjas, y el pantalón vaquero no me suena; todas las prendas que he mencionado son superfeas, sosas y no encajan con mi estilo. Me llevo una mano a mi cuello, buscando mi colgante con mi nombre, pero no lo tengo. Me muerdo el labio y descubro que tampoco cuento con mi *piercing*... Sin embargo, sí que tengo mi audífono y la pulsera de Leo.

Y me escuece muchísimo la espalda... La sensación es parecida al picor que sientes los primeros días tras hacerte un tatuaje.

Abandono la habitación en silencio, sintiéndolo mucho por la desconocida, y camino por los

pasillos del hostel, obligándome a hacer memoria de lo que me ha sucedido.

Necesito darme una ducha cuanto antes, porque me siento sucio, y también necesito ir al médico para hacerme las pruebas de enfermedades de transmisión sexual, porque no tengo ni idea de si me he puesto condón con esa tía si de verdad me he acostado con ella.

Bajo las escaleras de dos en dos y me acerco a la recepción, en la que no hay nadie. Cojo una de las tarjetitas y descubro, por la dirección que viene escrita, que estoy en un hostel de un pueblo de Francia.

Vale, ¿cómo he llegado hasta aquí y cuánto tiempo llevo desaparecido? Necesito llamar a mi familia, a Leo, a mis amigos...

Busco mi móvil en los bolsillos de mis vaqueros y en el de la sudadera, pero tan sólo encuentro la cartera y las llaves de mi coche, así que salgo a la calle, que se halla desierta a estas horas de la mañana, pero no sé por dónde tirar, porque no conozco este sitio. Para mi mala suerte, no diviso mi coche aparcado por ningún lado.

Mierda, mierda y mierda.

Vuelvo a entrar en el hostel y la ancianita que acaba de aparecer en recepción me da los buenos días en francés, pero yo no le respondo porque continúo descolocado, aunque enseguida pienso que puede ser mi salvación y le pregunto si tiene algún teléfono que me permita usar. La señora me enseña uno muy antiguo, en el que se marcan los números girando una ruedita, y me vuelve a visitar la sensación de que he viajado al pasado. A continuación, llamo a la casa de mis padres y rezo para que algún miembro de mi familia conteste cuanto antes.

—Dylan Darío al aparato —escucho tras unos segundos—. Si eres una compañía de teléfono, no nos interesa. Si eres un testigo de Jehová, te informo de que en esta casa somos ayudantes del demonio. Si eres Daenerys o Jon Snow, déjame perder mi virginidad contigo, bebé.

—Idiota —le respondo sonriendo.

—¿Alan? ¿Eres tú?

—Tu tatarabuelo, memo.

Dylan me dice, emocionado, que espere un momento porque va a avisar a los demás, y oigo que grita por toda la casa que acabo de llamar. A los pocos segundos, se pone mi madre, histérica, y se me rompe el corazón.

—¡Alan! ¿Estás ahí? Dime que te encuentras bien y que vas a volver a casa. Te estamos buscando por todos lados, te echamos de menos y...

—Mamá —la interrumpo con la voz quebrada—. Estoy bien, tranquila. No me ha pasado nada, pero no sé dónde estoy ni por qué he llegado hasta aquí. No sé cómo volver a casa y he perdido el coche.

—¿Pero dónde estás, mi chiquitín? —me pregunta entre llantos—. La policía encontró tu coche aparcado en Barcelona hace un par de días.

Entre sollozos le cuento que estoy en un hostel de un pueblo de Francia y que no me acuerdo de nada. Mi padre también se pone al teléfono y me pide que le diga la dirección para coger el primer avión y venir a buscarme; yo me disculpo mil veces por esta situación y por haberlos mantenido preocupados.

—No digas tonterías, Piolín. Espérame ahí —me dice mi padre.

Cuelgo el teléfono y le doy las gracias a la anciana. Me siento en una silla, a su lado, para tejer con ella mientras los demás huéspedes del hostel van despertándose y mi padre aparece. El trayecto de Madrid hasta aquí en avión tarda un par de horas. Lo mejor es que no tengo que esperar tanto y estaré en casa en menos de lo que canta un gallo.

Pero lo peor va a ser contarle a Leo todo esto... Joder, espero que no se lo tome a mal y me comprenda; no tengo ni idea de qué demonios he hecho. A lo mejor mi cabeza está comenzando a fallar ya, pero me parece raro con tan sólo diecinueve años.

Unas horas después, termino de hacer un gorrito de lana azul (que resulta que lo había empezado hace unos días, según me ha contado la abuelita) y alguien entra en el hostel. Al descubrir que se trata de mi padre, voy pitando hacia él y nos fundimos en un abrazo.

—¿Pero qué haces en este lugar, Piolín? —me pregunta estrujándome fuerte entre sus brazos—. No sabes lo mal que lo hemos pasado... Creía que te iba a perder otra vez, como cuando eras un bebé.

—No lo sé, papá —le respondo sollozando—. Estoy muy confundido.

Jamás he llorado tanto en un día.

Antes de marcharnos, le pago a la anciana lo que le debo por mi estancia, pero escucho una voz femenina llamarme.

—Alan.

Mi padre y yo nos giramos, y me encuentro con la misma chica que estaba durmiendo en mi cama.

—Perdona, pero no te conozco de nada —le digo en francés, y ella frunce el entrecejo.

—¿Cómo que no? Nos conocemos desde hace una semana y nos hemos estado acostando dos días seguidos —me contesta en el mismo idioma, ofendida—. No te hagas el tonto.

¿Pero qué dice esta muchacha? No la he visto en mi vida, sólo como su madre la trajo al mundo en cuanto me he despertado.

—Lo siento, pero yo no me acuesto con desconocidos. Además, tengo un novio maravilloso esperándome en Madrid y no estoy a favor de la infidelidad.

Mi padre contempla la conversación entre la chica y yo sin entender ni papa de francés.

—¿Ahora resulta que tienes novio? —La chica abre la boca, asombrada—. Ayer dijiste que no eras gay.

Pfff... Me estoy agobiando y mi cabeza va a estallar en cuestión de segundos.

—Mira, no quiero parecer borde —le espeto—. Todo eso te lo estás inventando y no sé muy bien el motivo.

—¿Pero qué estás diciendo?! —exclama—. ¿Ahora resulta que eres de esos tíos estúpidos que fingen problemas de memoria? ¡Pues vete a la mierda! —Me pega una bofetada y da media vuelta para marcharse a toda prisa del hostel, indignada.

Me llevo una mano a la mejilla de manera automática, como si así se me fuese a calmar el dolor. Mi padre no para de descojonarse a mi lado.

—No tiene gracia, papá.

—¿Qué ha pasado con esa chica, Piolín? ¿Le acabas de romper el corazón?

—No recuerdo nada de lo que he hecho durante los días que he estado desaparecido —le cuento—. Según esa chica, me he estado acostando con ella. Lo más gracioso es que, cuando me he despertado, la he encontrado roncando en mi cama con todo al aire. —Me masajeo las sienes, intentando recordar, pero mi esfuerzo es en vano—. Es como si tuviera alguna especie de amnesia.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —A mi padre se le nota preocupado.

—Pfff... No lo sé... —Continúo haciendo trabajar a mi cerebro—. Al salir de la universidad con Leo, nos fuimos a comer al apartamento. Recuerdo que me estaba contando que le había puesto una denuncia a Iván porque la noche anterior le había pegado una paliza; también me acuerdo de su ojo morado y de cada uno de los cardenales de su cuerpo.

—¿Y qué pasó después?

Frunzo el ceño, pero no se me viene nada más a la cabeza.

—Me he quedado en blanco; es como si hubiese aparecido aquí por arte de magia. —Dejo escapar un suspiro—. Necesito ir al médico. No sé qué he hecho ni si he usado condón con esa chica, papá.

—Tranquilo. Irás recordándolo todo poco a poco.

—Igual me estoy empezando a volver loco —admito negando con la cabeza, y me acuerdo, de pronto, del escozor de mi espalda—. Mírame la espalda, que creo que tengo una herida. —Me giro y me echo la sudadera hacia arriba.

Lo único que suelta mi padre al descubrir lo que tengo es «hostia puta».

—¿Qué es? No me asustes.

—Un tatuaje.

—¡¿Qué?! —chillo, y la ancianita levanta su vista del jersey que está creando, curiosa.

¿Cuándo se supone que me he hecho un tatuaje?

Mi padre me enseña su móvil, donde aparece la foto que le ha hecho a mi espalda. El tatuaje es la famosa frase «carpe diem», rodeada de pajaritos.

—Joder —mascullo sin despegar la vista de la pantalla.

—Si te sirve de consuelo, pienso que está muy chulo.

Suelto un bufido y me paso una mano por la cara, agobiadísimo.

—Necesito salir de aquí ya. Vámonos a casa.

* * *

Lo primero que hemos hecho mi padre y yo al aterrizar en Madrid ha sido ir al hospital para hacerme pruebas, que han salido todas bien. Como es domingo y mi médica no se encuentra disponible, le he tenido que soltar todo lo que me ha ocurrido a un doctor con el que no tengo confianza y que encima me ha derivado a un psiquiatra. Con este último, he vuelto a relatar mi historia de la fuga y de la amnesia por segunda vez (o tercera, si cuento la de mi padre), agotado y con ganas de irme a mi casa para que acabe esta pesadilla.

—Alan, ¿has estado estresado últimamente o has vivido alguna situación traumática? —me pregunta el psiquiatra. Mi padre está sentado a mi lado, atento a la conversación, y yo le agradezco que se haya quedado conmigo, porque yo solo no sé cómo estaría afrontando esta situación.

—No, que yo sepa... Los estudios me van bien —contesto, y me pierdo en mis pensamientos—. Bueno, en realidad puede que haya estado preocupado por mi novio, porque ha tenido problemas con su ex. Pero, aparte de eso, tengo la suerte de que mi vida es bastante tranquila.

Esto me está empezando a dar risa. Este señor sólo me hace preguntas estúpidas. En cuanto he entrado a su consulta, me ha preguntado si sé qué día es hoy, en qué año estamos y dónde estoy, como si fuera un loco.

—Entiendo. —El psiquiatra desvía su vista hacia la pantalla del ordenador, donde creo que está leyendo mi historial clínico; después vuelve a mirarme—. ¿Y no te acuerdas de algo malo que te haya ocurrido?

Suelto un suspiro, exasperado.

—Ya le he dicho que no.

Me parece que acabo de sonar algo borde, pero es que ya estoy harto.

—Alan —me llama mi padre, y yo lo miro, porque siento que me va a regañar por mi comportamiento, como si volviera a tener siete años—. Al profesional puedes contarle todo; te va a ayudar.

—Eso es todo —le respondo, y miro al psiquiatra para ponerme a la defensiva—. Entonces, ¿qué? ¿Cuál es mi diagnóstico? ¿Me estoy quedando sin neuronas o tengo principios de alzheimer? Me duele la cabeza.

—Bueno... —El psiquiatra mira a mi padre y luego a mí—. Lo que te ha ocurrido, Alan, ha sido un episodio de fuga disociativa. Consiste en un viaje repentino lejos de tu ciudad, en el que no recuerdas nada de tu pasado ni sabes quién eres, incluso la gente puede inventarse una nueva identidad —me explica, pero yo me quedo a cuadros, porque me cuesta comprender algo así—. Esto puede durar horas, días o meses, pero en tu caso ha sido más de una semana y el episodio ha desaparecido de repente, al despertarte esta mañana. Sin embargo, una de las características es no acordarte de nada de lo que has hecho durante el episodio, por eso te has encontrado desorientado y confuso al no saber cómo habías llegado hasta ese pueblo.

Dios, tengo la cabeza hecha un lío; no entiendo lo que me está diciendo este señor.

—¿Y por qué me ha pasado esto? —me atrevo a preguntar.

—Puede ser que te haya ocurrido algo grave en el pasado que no logras recordar y tu cerebro ha utilizado un mecanismo de defensa para protegerte. Te recomiendo que asistas a terapia para que recibas ayuda y que no te vuelva a suceder —me dice, aunque creo que se lo está inventado, porque ya le he repetido que no he vivido nada traumático—. Ahora, vete a casa a descansar.

Mi padre y yo nos despedimos de este hombre y abandonamos el hospital, por fin.

—¿Crees que debería contarle a Leo que me he acostado con una tía? —le pregunto a mi padre cuando nos metemos en el coche. Todavía tengo la cabeza como un bombo y estoy muerto de hambre—. ¿Se enfadará?

—Tienes que ser sincero con él —me aconseja—. Lo entenderá, Piolín. Ha venido todos estos días a casa, incluso cuando libraba, con la esperanza de que aparecieses.

—Ay, papá. —Apoyo mi cabeza en la ventanilla y él comienza a conducir en dirección a la mansión, como ha bautizado el mendigo a la casa de mis padres—. ¿En qué puñetero lío me he metido?

Capítulo 45

Leo

—Voy a pintarte los labios de rojo pasión para que mi hermano te dé un morreo en cuanto aparezca —me dice Aitor sacando una barra de labios del neceser de su madre.

Estoy en la mansión, jugando con los mellizos a los salones de belleza. Mimi me está planchando el pelo después de haberme pintado las uñas de azul, y Hannah, Dylan y Niko permanecen mirándonos, frunciendo la nariz.

Estoy deseando que Alan aparezca para abrazarlo tan fuerte y que no se vuelva a escapar. Hace unas horas, Dylan me ha enviado un mensaje informándome de que el principito había llamado desde Francia. Yo estaba durmiendo y me he despertado asustado ante el sonido del mensaje; he cogido el móvil de la mesita de noche, pero se me ha caído al suelo, y después he ido corriendo al cuarto de Dulce para contárselo y nos hemos puesto a llorar, emocionados como dos tontos.

Pero, lo más importante... ¿Qué hacía Alan en otro país?

—Parece un payaso —comenta Hannah cuando Aitor termina de pintarme los labios.

—Cállate, que está muy bella —le responde mi maquillador entre risas—. Leo, voy a pintarte los coloretos de Pikachu.

Minutos después, oímos la puerta de la entrada, dejamos todo lo que estamos haciendo (incluida Ari, sosteniendo a Leo Junior en brazos) y salimos pitando hacia el recibidor, donde están Álvaro y el principito. Los mellizos son los primeros en abalanzarse sobre él, después le toca el turno a Hannah, que se pone a llorar entre los brazos de su hermano, y luego a Ari y al bebé.

—¿Pero tú estás bien de la cabeza, hijo de fruta? —le espeta Niko regalándole a Alan un abrazo de oso, y Dylan se une a ellos.

Carraspeo, casi rompiéndome la garganta, indicándole a Alan que se acaba de olvidar de mí. Él se separa de sus amigos y se queda mirando mi cara durante unos segundos; entonces se echa a reír, apuntándome con su dedo, y caigo en la cuenta de que estaré ridículo con los labios pintados y los coloretos de Pikachu.

—No te rías y abrázame, principito —le digo sonriendo, y no tarda en fundirse en un abrazo conmigo—. ¿Dónde has estado, cabrón? —Aprisiono su rostro entre mis manos, pinchándome con su barba rubia de más de una semana, y lo beso en los labios—. Pareces un vagabundo con estas pintas.

Alan suelta una carcajada y me separo de él para estudiar su atuendo supersoso, que consiste en una sudadera marrón y unos vaqueros normalitos. Después, nos volvemos a abrazar como si no nos hubiésemos visto en años.

—Voy a quitarte el puesto de mendigo —bromea.

—Por lo menos yo me baño. Te hace falta una buena ducha, porque apesta a sobaco sudado.

Nos reímos a la vez y nos volvemos a besar, sin querer separarnos ni aunque estalle de repente una guerra. Sé que los demás nos están mirando, incluso he oído unas cuantas arcadas, suspiros y algún que otro «ohhh», pero me importa un pimiento, porque mi principito azul ha regresado sano

y salvo.

—Te quiero mucho —le susurro.

—Muchas gracias. —Se ríe, y yo poso mi dedo en su labio, donde debería ir su *piercing*.

—Estás muy raro y feo sin *piercing*.

—Lo sé... Creo que lo he perdido.

Ari nos interrumpe con el bebé en brazos y le tiende a Alan, con su mano libre, el colgante con su nombre y su preciado y sexy *piercing*.

—Toma, mi amor. Te lo dejaste olvidado en un hostel de Barcelona.

—Gracias, mami.

Tras la escena de reencuentro tan conmovedora, Alan sube a la planta de arriba para adecentarse, y yo, tras quitarme el pintalabios con una toallita desmaquillante que me ha dejado Ari, ayudo a mis suegros a preparar la cena, porque... ¿Cómo lo digo para que no suene tan ofensivo?

Ah, sí... Son un poquitín torpes cocinando.

Cuando transcurre media hora, la cena está lista y la mesa ocupada por personas hambrientas. El principito aparece tan irresistible como siempre, con su olor a menta, su camisa hortera con dibujitos de medusas, su colgante, su sexy *piercing* decorando su labio, y afeitadito, que hasta me dan ganas de acariciarle su cara de muñeco.

Ay, estoy emocionado. No puedo esperar a que estemos solos en nuestra casa.

Mientras cenamos, Alan nos narra lo que le ha ocurrido. Lo último que recuerda es la conversación que mantuvimos el día que denuncié a Iván. A partir de ahí, su mente se ha quedado en blanco, y esta mañana ha sido cuando se ha despertado en un hostel de la Prehistoria, ubicado en un pueblo enano de Francia y llevado por una ancianita que no paraba de tejer; Alan ha creado un gorrito de lana azul monísimo, que me lo ha querido regalar a mí, y yo casi me he muerto de amor. Luego nos cuenta lo que le han dicho en el hospital y, según un psiquiatra, el principito ha sufrido un episodio de fuga disociativa y nos explica en qué consiste. Yo, por supuesto, permanezco atónito, porque nunca he oído hablar de algo tan extraño, y me parece muy curioso cómo la mente nos protege ante un recuerdo traumático. Alan no se acuerda del momento en el que Camila le enseñó el vídeo, y nadie ha querido sacar el tema; también creo que no recuerda a Simón ni lo que le hizo, aunque pienso que lo ha omitido porque sus hermanos se encuentran delante.

Una vez que terminamos de cenar, Alan y yo nos despedimos de su familia para irnos al piso, a pesar de que Ari ha insistido en que nos quedáramos a dormir. Niko y Dylan se marchan hacia sus casas en sus respectivas motos, y yo le enseño a Alan las llaves de su Lady Gaga cuando salimos al exterior.

—¿Qué haces tú con eso? —me pregunta, extrañado.

—Llevo varios días viajando en tu Lady Gaga con el permiso de tu papi —le respondo esbozando una sonrisa—. ¿Te molesta?

—Sólo un poco. —Hace pucheritos—. Es que me apetecía ser el primero en darte una vuelta en ella.

—Pues llegas tarde. —Le saco la lengua y agito las llaves en el aire—. Bueno, ¿entonces nos vamos en Lady Gaga o prefieres ir en Cody, que lo tienes aparcado detrás de la mansión?

—En Lady Gaga, mejor. No me apetece conducir y quiero que me lleves tú.

Uy... Menuda responsabilidad más grande llevar la vida de Alan en moto... ¿Y si me pongo nervioso por tenerlo tan cerca, nos estrellamos y morimos juntos, como unos amantes

enamorados? Qué historia tan romántica, pero a la vez trágica.

Vale, ya. No es sano tener tantos pensamientos catastrofistas.

—¿Me abrazarás? —Le pongo ojitos.

—*Chi* —me contesta fingiendo voz de pito, y se me escapa una risita.

Nos ponemos los cascos, nos montamos en la moto y Alan me rodea con sus brazos.

—Estoy nervioso. —Me vuelvo a reír—. ¿De verdad que confías en mí?

—Que sí. —No lo veo, pero sé que ha puesto los ojos en blanco—. Al menos moriremos juntos.

—¿Y si uno muere y el otro sobrevive?

—Pues te mato si soy yo el que muere antes.

—¿Pero cómo me vas a matar si ya estás muerto? —inquiero entre risas—. No tendría sentido.

—Yo qué sé, te mato desde el más allá. Nunca me he muerto para saberlo.

—Qué conversación tan absurda.

—Tú has empezado, que eres un dramático. —Me achucha más fuerte contra él y yo me estremezo, deseando llegar ya a casa para dormir abrazaditos.

—¿Dramático yo? —Me quedo con la boca abierta, ofendido y con ganas de empujarlo de la moto. Entonces caigo en la cuenta de que lleva muucha razón—. Bueno, vale, quizá lo sea un poquito.

Tras terminar este tema tan tonto, conseguimos llegar a nuestra calle sin que se haya cumplido nuestro peor temor y, en cuanto abrimos la puerta del apartamento, Dulce sale de su habitación, en pijama y con su melena tan despeinada como un nido de pájaros, y se abalanza sobre Alan.

—Dulce de leche —la saluda él.

—Menudo susto nos has dado. Ya iba a poner un anuncio en Internet para alquilarle tu cuarto a alguien.

—Dul, ¿sólo has estado preocupada por el tema del alquiler? —le pregunto, y los dos me miran—. ¿Quién nos haría una lasaña tan deliciosa? ¿Quién más nos compartiría su cuenta de Netflix sin pedir nada a cambio? ¿Y quién dejaría el piso limpito después de que nosotros lo ensuciáramos? No existe nadie tan, pero tan altruista como el principito.

Alan se lleva una mano al corazón, en expresión de ofensa.

—Me siento utilizado. Creía que me amabais porque soy un compi de piso guay.

—Además, nos alegras la vista cuando traes a tus amigos —añado, y paso mi brazo por el cuello de Dulce mientras Alan nos contempla, frunciendo los labios—. Dul, ¿hacemos intercambio de novios? Yo te presto a mi principito y tú me dejas a tu Niko.

—Hecho —me responde mi amiga, y chocamos nuestras palmas.

—¿Hola? —Alan agita su mano por delante de nuestras caras—. No sé si os habéis dado cuenta, pero sigo aquí.

—Lo siento, cariño. Mi fantasía sexual es hacerlo con un asiático, pero como los de BTS son inalcanzables, me tendré que conformar con tu amigo.

—Os odio a los dos —nos espeta Alan señalándonos, y después se encierra en su habitación dando un portazo, indignado.

Dulce y yo nos echamos a reír. Luego, entro en el cuarto de Alan, con la intención de consolarlo, y me lo encuentro abrazando a la gatita.

—Ha estado muy pesada —le digo refiriéndome a Pichi—. No paraba de maullar y de revolcarse por el suelo. Al principio pensé que lo hacía porque no estabas y te echaba de menos, pero luego se lo pregunté a Dylan y me dijo que se comportaba así porque estaba en celo.

—Ohhh, pobrecita. —Alan le da un beso en la cabeza al animal, y yo arrugo la nariz, porque luego esos mismos labios son los que me besan—. Tenía pensado llevarla al veterinario para castrarla.

—¿Y no vas a dejar que nuestra hija nos dé nietos, mala persona?

—Nada de nietos.

Después, decido darme una ducha y Alan aprovecha para mear y lavarse los dientes, pero como le encanta hacerme rabiar, de vez en cuando descorre la cortina para verme en cueros.

—¡Oye! —exclamo, y me tapo la entrepierna de manera automática, aunque no sé por qué, si ya me la ha visto—. Déjame ducharme tranquilo, principito.

—Es que estás más bueno que la Nutella —me dice con el cepillo de dientes metido en la boca—. ¿Sabes cuál es mi fantasía sexual? Untar Nutella por todo tu cuerpo.

—Uy... —Me sonrojo, sintiendo un cosquilleo por todo mi ser.

—Venga, que te dejo ducharte tranquilo. —Corre la cortina mientras se ríe de manera diabólica, y yo deseo que se atragante con la pasta de dientes por haberme puesto caliente.

Cuando termino de ducharme, me pongo el pijama y me acurruco junto a Alan, en su cama.

—¿Qué ha ocurrido al final con Iván? —me pregunta, y se pone de lado para mirarme.

—Lo han detenido. —Sonrío, satisfecho.

—¿En serio? —Alan se sorprende y yo asiento.

—Ya puedo respirar tranquilo sin ese maltratador merodeando por alrededor.

—Pues espero que pase una buena temporadita ahí encerrado —me dice—. Vamos a dormir ya, león. —Recuesta su cabeza sobre mi pecho y yo lo rodeo con un brazo.

—Buenas noches, principito.

—Buenas noches, mendigo.

* * *

Llegamos a la facultad en moto y algunos estudiantes nos detienen por los pasillos. Estos días en la uni han sido todo un caos para mí, porque los compañeros de clase no paraban de preguntarme si Alan había aparecido, ya que salió la noticia por los medios, y esta mañana, en cuanto el principito ha encendido su móvil, se ha quedado flipando con tantas notificaciones.

Nos despedimos de los estudiantes y continuamos dirigiéndonos hacia la clase que nos toca, pero, de nuevo, nos interrumpe otra persona; esta vez es Camila.

—Alan, me alegro de que estés de vuelta —le dice, y rodea a mi novio con sus brazos.

—Gracias, Cami.

Otros compis con los que Alan ha mantenido alguna que otra conversación durante el curso también vienen a molestar.

—No menciones el tema del vídeo, que no se acuerda —le informo a Camila en un susurro mientras Alan saluda a los otros—. Y tampoco lo que le hizo ese tipo.

—Vale, pero va a ser complicado controlar a los demás, porque no tengo ni idea de quién tiene el vídeo o quién lo sabe.

Pfff... Qué estrés. Espero que la gente sea inteligente y use el cerebro para no sacar un tema tan comprometido con una víctima.

—Ojalá ese gilipollas se pudra en la cárcel —oigo que dice un chico, y yo me pongo junto a Alan por si tengo que intervenir.

Más pronto lo pienso y más pronto meten la pata.

—¿De qué gilipollas hablas? —inquire el principito, descolocado.

—Se habrá confundido —intervengo, nervioso, y me agarro al brazo de Alan—. Oye, vámonos, que me tienes que acompañar a un sitio antes de entrar a clase.

Consigno alejarlo de los demás y lo meto en los baños conmigo.

—Joder, me está empezando a doler la cabeza otra vez —masculla masajeándose las sienes.

—Tómate una pastilla. —Lo abrazo y le doy un tierno beso—. O déjame hacerte un masaje en clase, que sabes que los míos son mágicos.

—No entiendo por qué uno de los chicos me ha preguntado por Simón.

Uy, mierda. No estaba atendiendo en ese momento; serían los segundos que he estado hablando con Camila.

—¿Y quién es Simón? —Finjo no saber nada y Alan deja de masajear sus sienes y me mira.

—Mi ex. ¿Nunca te he hablado de él?

—Mmm... No, que yo sepa. —Sigo haciéndome el tonto.

—Fue un cabrón conmigo; su comportamiento era parecido al que tenía Iván contigo. — Suspira—. Era muy tóxico; se cabreaba por todo, le parecía mal que saliera con mis amigos y una vez lo pillé registrándome el móvil. Menos mal que rompí con él a tiempo, pero tengo la sensación de que me estoy olvidando de algo importante.

—Tranquilo, no te agobies por querer recordar. —Lo vuelvo a besar y después entrelazamos nuestras manos para salir del baño y dirigirnos al aula—. Vamos, que te tienes que poner al día con las asignaturas, que has estado una semana sin venir y ya mismo tenemos los exámenes, pedazo de vago.

—Qué rápido pasa el tiempo. Hace nada nos conocimos en el baño del apartamento y tú te pusiste rojo y me hablaste a gritos.

—Ay, no me recuerdes eso. —Le doy un pequeño empujón y se ríe—. Qué vergüenza. —Me tapo la cara con una mano—. Estaba muy nervioso por culpa de lo guapo que me pareciste.

—Pues tú me caíste un poco mal, porque te comportaste de una manera muy antipática conmigo y cotilleaste mi habitación.

—¿Hasta cuándo vas a estar recordándome eso? Quería saber si eras de fiar.

—Ya, ya.

Con la clase ya empezada, nos sentamos en la última fila y prestamos atención sin soltar nuestras manos entrelazadas sobre la mesa.

Y, una vez más, quiero encerrar a Alan en una burbuja conmigo para protegerlo. Sólo dejaríamos entrar a nuestros familiares, amigos y mascotas, y no necesitaríamos a nadie más.

Capítulo 46

Alan

No encuentro el momento para contarle a Leo que me he acostado con una tía. Estos últimos días hemos mantenido las horas ocupadas terminando trabajos; además, me he tenido que poner al día con los apuntes, porque el primer examen lo tengo el veinte de mayo, que es dentro de dos semanas.

Cada vez me estoy sintiendo peor. Necesito soltárselo ya porque no estoy a gusto conmigo mismo ocultándoselo, pero también tengo miedo de que deje de confiar en mí.

—Estas letras parecen jeroglíficos —comento hojeando las fotocopias que les he hecho a los apuntes del mendigo, sentado en mi cama.

—Pues yo los entiendo perfectamente —me responde Leo a mi lado—. Eres un tiquismiquis.

El mejor plan que hemos podido elegir para un sábado por la tarde es estudiar. Qué divertido.

—Tendrías que haberte metido en la carrera de Medicina, porque el requisito de la letra ilegible ya lo cumples.

—No todos tenemos letra de principito.

Mi última contestación es revolverle el cabello y después vuelvo a concentrarme, descifrando su letra.

Nos quedamos estudiando durante una hora más, hasta que siento que me va a estallar la cabeza y me zampo veinte cucharadas de Nutella para reponer fuerzas.

Y también siento que esta bola problemática va creciendo cada vez más y lo más probable es que acabe por explotar.

¿Cómo empiezo? ¿Con un frío «Leo, te he puesto los cuernos»? Aunque no es una infidelidad que haya decidido cometer, porque en ese instante no era yo realmente y sigo sin acordarme de nada. Cuanto más me demore en contárselo a Leo, más le dolerá.

Me prometo a mí mismo que de mañana no va a pasar.

—¿Te quieres bañar conmigo? —le pregunto.

Leo, que se está comiendo una galleta con pepitas de chocolate, se atraganta con un trozo.

—¿Los dos juntos? —quiere saber entre toses y poniéndose colorado—. ¿Desnudos?

—No, con ropa —le respondo, sarcástico, y le doy golpecitos en la espalda.

—Uy, Alan... —Comienza a abanicarse con una hoja de sus apuntes sin que la rojez abandone su rostro—. Tengo miedo de que se me caiga el jabón a propósito.

Le doy un manotazo en el hombro de manera cariñosa, riéndome.

—¿Cómo te va a dar miedo si lo tiras a propósito, melón?

—Yo qué sé... A lo mejor tienes un pollón que no me cabe y me acabas rompiendo en dos.

Ahora soy yo el que se atraganta, pero con mi propia saliva.

—Tengo una polla de persona normal, no de caballo.

—Uy... —Leo no para de abanicarse, abochornado—. Aún no la he visto como para poder opinar.

—Pues este es tu día de suerte. —Me levanto de un salto de la cama—. Vamos.

Los dos, con las camisetas que usamos como pijamas, calzoncillos limpios y un par de toallas, nos metemos en el servicio y yo me encargo de abrir el grifo de la bañera para que se vaya llenando; también añado sales de baño para que huela rico y unos cuantos patitos de goma porque me encantan, ya que de pequeño siempre jugaba con ellos en la bañera de la casa de mis padres.

—¿Qué demonios haces echando patos de juguete? —me pregunta Leo como si yo hubiese perdido la cabeza.

—Son bonitos.

—A veces tengo la sensación de que estoy saliendo con un tipo con cinco años mentales.

—Y yo con un señor de cien años —replico.

—¡Oye! —Me pega un golpetazo en el hombro—. Un señor de cien años no tiene esta piel tan suavecita. —Se acaricia la cara con una mano y se revuelve el pelo, despeinándolo aún más, un gesto que me parece bastante sexy—. Ni este pelazo tan negro y abundante.

—¿Me vas a dejar lavarte el pelo?

—Si te hace ilusión... —murmura esbozando una sonrisa.

Una vez que la bañera está repleta de agua calentita, cierro el grifo y Leo y yo comenzamos a desvestirnos.

—Esto es raro... Creía que la primera vez que me verías desnudo iba a ser haciendo otro tipo de cosas... Y que tú serías el encargado de quitarme la ropa —le digo con los brazos en jarras al quedarme en calzoncillos, y él se echa a reír, pero sin apartar sus ojos de mi cuerpo—. No me explico por qué no hemos follado todavía si nos conocemos desde hace meses y la tensión sexual entre nosotros cada vez crece más.

Leo se quita su camiseta, que es la penúltima prenda que le queda, y después sus bóxers negros con las caras de los integrantes de BTS. Yo le dedico un silbido cuando se queda completamente desnudo y las mejillas se le colorean de rojo otra vez.

—Cuanto más esperemos, más bonito será —me responde acercándose a mí; yo trago saliva—. ¿No crees?

—O puede que sea un desastre y acabemos en urgencias riéndonos, porque nos habremos abierto una brecha en la cabeza tras caernos de la cama.

—¿Te imaginas? —Suelta una carcajada—. El médico nos preguntaría cómo nos hemos hecho esa herida, y nosotros le responderíamos que nos ha pasado intentando reproducirnos.

—Qué fantasía.

El mendigo posa sus manos en mi pecho sin apartar su mirada de la mía, y noto cómo aumentan los latidos de mi corazón ante su tacto. Sus caricias descienden con sutilidad por mi torso hasta que se detienen en el elástico de mis calzoncillos, y yo siento su polla dura contra mí.

—No puede ser que ya estés empalmado.

—Soy de erección fácil, ¿vale? —me contesta entre risas, fingiendo estar molesto ante mi comentario. Acto seguido, me baja los calzoncillos de una vez, lo que provoca que se caigan al suelo, y yo los desenredo de mis pies con facilidad, pero Leo continúa mirándome a los ojos—. Ahora voy a proceder con la evaluación.

—Adelante. —Doy un par de pasos hacia atrás, alejándome unos centímetros de él, para que me estudie al completo.

—A ver... —Coloca su mano en su barbilla y frunce los labios, como un auténtico crítico de cuerpos, y luego desvía sus ojos hacia mi entrepierna—. Mmm... A tu polla le doy un nueve, porque no he tenido el privilegio de probarla aún. Date la vuelta —me indica, y yo le hago caso sin dejar de sonreír, para que me vea el trasero con el tatuaje que tantas ganas tenía de contemplar,

que es un corazón pintado con los colores del arcoíris. A continuación, siento que sus cálidas manos palpan mis nalgas—. Mmm... Vale, está durito y firme, y el tatuaje me gusta un montón, así que le doy un nueve y medio.

Me entra la risa y me vuelvo a girar hacia él.

—¿Gracias? —le respondo, no muy convencido.

—Cállate, que no he terminado. —Su mirada verdosa me echa un último vistazo de arriba abajo y, por último, sus ojos se clavan en los míos y atisbo una sonrisa burlona en su cara—. Mi veredicto final es que eres un ser esculpido por los mismísimos dioses y nunca he deseado tanto casarme con alguien como me está pasando contigo ahora mismo.

—Qué hermosas palabras. —Me quito una lágrima invisible del ojo mientras simulo llorar, y luego aproximo mis labios a los suyos para besarlos—. Yo a ti no te pongo nota —susurro contra su boca—. La que te mereces no existe, porque eres único.

—Vale, Mr. Wonderful. Vamos a bañarnos ya, que el agua se va a quedar helada.

Me quito mi colgante, la pulsera de Leo y el audífono, y cojo mi móvil para que la música nos acompañe en nuestro momento de relax. El mendigo ya se ha puesto cómodo en la bañera y yo me siento entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho. Mientras suena *Bloom*, de Troye Sivan, Leo me rodea con sus brazos y deposita pequeños besos en mi hombro y en mi cuello, volviéndome loco.

—¿Por qué te hiciste ese tatuaje en el culo? —me pregunta, curioso—. Me parece muy hortera.

—¿Cómo te atreves a insultar mi primer tatuaje? —Me ofendo, y Leo me muerde el lóbulo de la oreja—. Es la bandera del orgullo con forma de corazón. Es precioso.

—Sólo te falta tatuarte un unicornio.

Me echo a reír porque ha acertado con el próximo tatuaje que me quiero hacer.

—Algún día —le contesto, y comienza a trazar con sus dedos el tatuaje que ha aparecido mágicamente en mi espalda—. Mejor será que no me preguntes nada de ese, porque me lo hice en mi huida y ni siquiera me acuerdo.

—Me recuerda a los pajaritos que te dibujé un día —me dice paseando sus dedos por mi piel—. Aunque aquí hay uno medio borracho. —Se ríe—. Pero es muy bonito.

—Bueno, llevas razón... Me podría haber tatuado algo peor, como un pene o el símbolo de los nazis.

—Entonces no te volvería a hablar en la vida. Qué horror.

Sonrío y miro el tatuaje de mi muñeca.

—¿Y no te parece curioso que los dos nos hayamos tatuado la misma runa antes de conocernos? —le pregunto.

—La verdad es que sí. Demasiada casualidad.

—Yo pienso que ha sido el destino, que ha querido que nos demos cuenta en el momento perfecto de que cada uno es la naranja indicada para el otro.

Leo se echa a reír.

—No creo en el destino. Ha sido casualidad. Punto.

Nos quedamos de esta manera un buen rato más, relajados y escuchando música, hasta que a Dulce le da por aporrear la puerta del baño, regañándonos por tardar tanto tiempo haciendo cosas que prefiere no saber, e informándonos de que se está haciendo pis. Leo y yo nos desternillamos y hacemos un esfuerzo sobrehumano por levantarnos de la bañera, arrugados como pasas, y nos enjabonamos el pelo y el cuerpo el uno al otro, entre sonrisas y besos.

* * *

Al día siguiente por la noche, tras haber cenado comida china con mis compis de piso en el salón, me decido a contarle al mendigo todo.

—Leo, tengo que hablar contigo —le digo cuando estamos en mi habitación, a punto de irnos a dormir.

—¿Qué te pasa, Alan? Te has puesto muy serio.

Me tomo mi tiempo para poner mis ideas en orden y elegir las palabras adecuadas para que Leo no se enfade conmigo, pero se me está haciendo muy complicado.

—Principito. —Leo entrelaza sus manos con las mías y me mira a los ojos—. ¿Qué me tienes que contar? Sea lo que sea, te voy a apoyar.

Mi primer impulso es morderme el *piercing*, inquieto.

—No es fácil.

—Puede que en tu cabeza el problema sea un mundo, pero, si me lo cuentas, seguro que no será para tanto.

«Qué equivocado estás, cariño».

Respiro hondo y me obligo a comenzar a hablar.

—¿Te acuerdas del día que me desperté en Francia y lo recordé todo?

—Sí —me responde frunciendo el ceño—. ¿A qué viene eso ahora?

—Pues... En la habitación del hostel había... —Hago una breve pausa porque no me veo capaz de pronunciar esas palabras que le bajarían la autoestima a Leo con lo que le está costando recuperarla, y mucho menos mirándolo a los ojos—. Había... En la cama...

Joder, ¿por qué es tan difícil?

—¿Qué había, Alan? —me pregunta, y yo bajo la mirada hacia nuestras manos enredadas.

—Una chica —contesto al fin, en voz bajita, tan bajita que me parece que ni siquiera me ha oído—. Lo siento.

—¿Cómo que había una chica? Explícamelo mejor, cariño.

—Que yo... Bueno... —Continúo con mi vista bajada, acariciando las manos de Leo—. Al parecer me he estado acostando con ella durante mi escapada con amnesia.

Lo único que hace Leo es echarse a reír, y yo me atrevo a mirarlo.

—Es mentira —me dice sin haberme creído, pero sus ojos reflejan una pizca de miedo—. Tú no te acuestas con cualquiera.

—El Alan de ese momento sí lo hizo, pero el de ahora, el que te quiere, nunca lo haría — intento convencerlo sin apartar nuestras miradas—. No recuerdo nada con ella, sólo que me la encontré durmiendo en mi cama, desnuda.

Antes de que Leo rompa el contacto visual conmigo, consigo descifrar las siguientes emociones de su rostro: la decepción mezclada con el dolor.

Estupendo. Acabo de perder lo más preciado: su confianza.

—Di algo —susurro; nuestras manos siguen unidas.

—No sé qué decir. No me lo esperaba.

—Lo siento mucho, Leo. —Poso mis dedos en su mentón y hago que me mire—. Sabes que yo te quiero y que nunca te sería infiel.

—Pero lo has sido.

—¿Me lo vas a tener en cuenta aunque no me acuerde?

—No es fácil fingir que no ha pasado nada. —Una lágrima desciende por su mejilla y se la enjuga al instante—. He estado preocupado por ti mientras tú te divertías tirándote a otra.

—¿Me divertía? —inquiero, atónito—. Estaba perdido en otro país; no era yo esa persona, Leo.

—¿Ah, no? ¿Ahora resulta que tienes un doble? —Se le quiebra la voz—. Por Dios, no nací ayer.

—No me puedo creer que te estés comportando de esta manera cuando te he repetido que no me acuerdo de nada de lo que hice en ese maldito pueblo de Francia.

Leo finge una sonrisa, negando con la cabeza.

—Estoy empezando a pensar que te has inventado que no recuerdas nada para justificar que te has acostado con la primera tía que te ha puesto cachondo —me espeta con sus ojos llenos de dolor y rabia—. ¿Conmigo no follas, que soy tu novio, y con una cualquiera sí? Estupendo, Alan. —Se larga de mi habitación corriendo y cerrando de un portazo.

Mierda, mierda y mierda.

No voy a ir tras él porque no quiero ser un pesado suplicando que me perdone por algo que no recuerdo; ya le he contado todo lo que le tenía que contar, y supongo que necesita algunas horas para procesar la información. Guardo la esperanza de que mañana se despierte y quiera perdonarme.

Decido salir a hacer *footing* con el volumen de la música al máximo para despejarme de esta insufrible situación. Un par de horas después, regreso al apartamento, me doy una ducha rápida y entro en el dormitorio de Leo a hurtadillas. No se entera de mi presencia porque está profundamente dormido, así que aprovecho la ocasión para colocar su pulsera negra en la mesita de noche, y regreso a mi habitación para dormir a solas.

Capítulo 47

Leo

A mi maleta no le sale de las narices cerrarse. Llevo más de tres horas metiendo ropa y sacándola, intentando que quepa todo, pero parece que mis prendas, junto con la maleta, se están cachondeando de mí; incluso juraría que he oído unas cuantas risitas.

Hoy Dulce y yo nos marchamos al pueblo a pasar las cansinas y calurosas vacaciones de verano, ya que hemos terminado los exámenes de la uni y hemos aprobado el curso con muy buena nota, y no volveremos hasta finales de agosto o principios de septiembre. Por otro lado, mi psicóloga me dio el alta hace unos días, por fin, después de más de un año y medio de terapia, pero, si soy sincero, aún no me sentía preparado para despedirme de ella y enfrentarme yo solo a mis problemas a partir de ahora.

—Ciérrate, cabrona —le espeto a la maleta mientras la aporreo con mi mano.

Y con Alan las cosas siguen igual... No dejo de estar molesto por lo que hizo con esa desconocida; tampoco sé si vamos a arreglar lo nuestro antes de que cada uno se marche, porque él va a pasar todo el verano en Málaga con su familia y estaremos más de dos meses sin vernos.

Como la odiosa maleta sigue sin querer cerrarse, me siento encima de ella, con la intención de aplastarla, y Alan se asoma a mi habitación. Se me queda mirando como si le hiciera gracia mi situación tan catastrófica, y después decide entrar.

—¿Necesitas ayuda? —se ofrece, majísimo.

Me incorporo y me sacudo con las manos las pelusas invisibles de mis pantalones.

—No, gracias. Puedo apañármelas solito.

Alan me mira sin creerse mis palabras y abre la maleta, para encontrarse con el montón arrugado de mi ropa.

—Así no se hace una maleta, Leo —me indica, y comienza a sacar las prendas—. Tienes que doblar la ropa para que te quepa y no se arrugue, si no, en cuanto llegues a tu casa vas a estar ocupado planchando.

—No tengo paciencia para doblarlas. Me importa un pepino salir a la calle con la ropa arrugada.

Si es que salgo, porque mi plan es tirarme todo el verano tumbado en el sofá, con el aire acondicionado encendido y viendo *Sálvame*. Sólo dejaré de ser un ermitaño un par de horas al día: cuando tenga que ayudar a mi madre en la tienda o para pasear al perro. No me apetece asarme de calor en el exterior, y mucho menos quiero encontrarme a los unineuronales porretas que me hacían *bullying* en el insti y que ahora tienen unas vidas miserables. Tampoco deseo toparme con Iván, ahora que sé que lo han echado a la calle porque mis pruebas no eran suficientes y porque seguimos viviendo en un país de pandereta.

Alan se pone a doblar cada una de mis prendas con cuidado y con demasiado mimo, y las va colocando en la maleta con una paciencia infinita. Yo contemplo cada uno de sus movimientos en silencio y me doy cuenta, por su expresión, de que disfruta viendo las cosas ordenadas, como la tal Marie Kondo.

—¿Hoy tienes la graduación de Hannah, verdad? —rompo el silencio.

Ayer fue mi último día trabajando en la mansión y me despedí de su familia. El pequeño Aitor se puso a llorar porque me iba a echar de menos y le suplicó a sus padres que me contrataran también en la casa de Málaga, pero yo le prometí que nos veríamos en septiembre. Hoy Hannah se gradúa por haber terminado la secundaria, y me hubiera encantado ir, pero sería incómodo con Alan a mi lado; además, no he superado el problemón de estar en un lugar lleno de gente.

—Sí —me responde Alan, seco—. En cuanto Dulce y tú os vayáis, me arreglaré y me iré.

—Qué bien.

Minutos después, el principito consigue cerrar la cremallera de la maleta sin que se quede atascada, y yo no comprendo qué superpoderes ha utilizado.

—Pues esto ya está —anuncia.

—Gracias.

—Que tengas buen viaje.

—Gracias —repito, porque parece que se me ha olvidado todo el vocabulario que he aprendido a lo largo de mi vida.

—Nos vemos después del verano.

—Gracias. —Se me escapa una risita nerviosa y sacudo la cabeza—. Perdón, quería decir que nos veremos en este mismo apartamento. Tú volverás a colocar tus cosas en el baño y yo te gritaré como un tarado.

Sin embargo, no consigo que Alan se ría, sólo me mira con expresión neutra y con la intención de querer decirme algo más. Yo juego con mi pulsera negra, nervioso y deseando escuchar lo que se le está pasando por la cabeza.

—Leo, vámonos ya. —Dulce nos interrumpe desde el umbral de mi puerta—. Niko nos está esperando abajo.

Dios, qué amiga más inoportuna. Quisiera tener el poder de hacerlos desaparecer a ella y a Niko durante cinco minutos.

—Ahora voy —le respondo—. Baja tú, si quieres, y aprovecha para morrearte con tu asiático por última vez.

Dulce se despide de Alan, envolviéndolo en un abrazo, y le dice que lo echará de menos; después, se marcha del piso con el molesto ruido de las ruedas de su maleta, y Alan y yo nos quedamos a solas, sin ningún ser vivo merodeando cerca, excepto la gatita, que está durmiendo en el salón y se irá con el principito de vacaciones.

—¿No vas a decir nada? —pregunto, y me cruzo de brazos.

—¿Qué quieres que te diga?

—Mmm.. No sé.. No estás insistiendo para que volvamos a estar juntos y me devolviste la pulsera como si ya no te importara nuestra relación. Por lo menos Iván me suplicaba que volviera con él; tú no estás haciendo nada.

Alan enarca las cejas, anonadado, y yo siento que la acabo de cagar mencionando a mi ex.

—¿De verdad estás comparándome con el orangután?

—Pues mira, sí, porque él nunca me ha puesto los cuernos y me demostraba que quería estar conmigo.

—Eres increíble, Leo. —Niega de lado a lado y luego me mira—. Te devolví la pulsera para que te tomaras tu tiempo en reflexionar y porque quería que el siguiente paso lo dieras tú, perdonándome. Tenía un poco de esperanza para recuperar lo nuestro, pero ya me estoy dando cuenta de que sigues prefiriendo a tu ex, que, por si no te acuerdas, te manipulaba para que

volvieras con él —me espeta, y a mí se me instala un nudo en la garganta. Luego da media vuelta, pero antes de marcharse de la habitación, añade, mirándome—: Que te lo pases bien en tu pueblo estos meses, pero ten cuidado con algunos orangutanes, ¿vale?

—Vale, gracias.

¿De verdad no puedo decir otra palabra? Si me pagaran por cada vez que doy las gracias, sería el tipo más rico del planeta.

Abandono el apartamento, cargando con mi maleta, la mochila y la guitarra firmada de Álvaro, y me atrevo a bajar a la planta baja en ascensor, porque con tanto peso acabaría por caerme por las escaleras. Prefiero morir encerrado en ese lugar claustrofóbico que quedarme vegetal de por vida tras golpear mi cabeza con cada peldaño mientras ruedo como una croqueta.

Ya en el coche de Niko, meto mi equipaje en el maletero y me acomodo en el asiento de atrás, a solas y con mis cascos puestos, porque no me apetece mantener una conversación con mi amiga y su novio. Una vez que llegamos a la estación de autobuses, la parejita feliz no para de abrazarse ni de besarse mientras esperamos a que salga el autobús; yo casi vomito al presenciar tantas muestras de afecto, aunque también les tengo un poquito de envidia.

—¿Haremos videollamadas todos los días? —le pregunta Dulce a Niko con voz de babosa enamorada.

—Por supuesto que sí, sirenita —le responde el otro como otro baboso enamorado—. También estás invitada para venir algún día a Málaga y bañarnos en la playa. —Le da un pico y le sonrío con picardía—. Y hacer otras cosas...

Estoy por quitarle el bolso a la señora que se encuentra a mi lado para echar mi vómito.

—¡Uy, pero si quedan sólo cinco minutos para que el autobús se vaya! —los interrumpo tras mirar la hora en mi móvil—. Una lástima que os tengáis que separar ya.

Niko abraza con fuerza a mi amiga con demasiada tristeza y se besan por última vez. A continuación, le doy un rápido abrazo al coreano, y Dulce y yo nos dirigimos hacia nuestro autobús para colocar el equipaje en la bodega.

—¿En serio quieres perder a Alan? —inquiere mi amiga cuando ya nos hemos acomodado en nuestros asientos; yo, por supuesto, al lado de la ventana.

—No te escucho —miento, aunque tenga mis cascos puestos sin música, porque no me apetece que me dé la chapa.

—Ni siquiera se acuerda de lo que hizo con esa francesa, Leo. ¿Tanto te cuesta darle otra oportunidad cuando a Iván le has dado mil y te ha hecho cosas peores? Alan te quiere, y no de una manera enfermiza.

—Ajá —respondo, y miro por la ventana para dar por finalizada la conversación.

La misma señora a la que le iba a vomitar en el bolso se quiere subir en el autobús sin haber comprado el billete con antelación, pero el conductor le dice que no hay más asientos libres y que se espere al siguiente, que sale dentro de tres horas. La señora se aleja con expresión de tristeza, y yo siento algo de lástima por ella. Después, me meto en Instagram con ayuda del Wifi del bus, y la primera foto que me aparece es una del principito delante del espejo de la habitación de Dulce, en la que sale vestido con su bonita camisa azul y unos vaqueros negros, rotos por las rodillas, que le quedan de muerte y que resulta que son míos.

Maldito sea el nene de papá. No le sale de los cojones comprarse unos iguales con lo forrado que está, y tiene que andar robándome los míos, que encima son mis favoritos y creía que los había metido en la maleta.

Me levanto de sopetón de mi asiento y Dulce me mira con cara de póquer. El autobús cierra las

puertas y comienza a circular.

—¿Qué haces? —me pregunta mi amiga.

—Debo volver. Me he olvidado de mis pantalones favoritos.

—¿Qué dices?

—Deja mi maleta en la casa de mi madre, porfa. —Paso por encima de ella con torpeza y poniéndome rojo, y después avanzo hacia el conductor sin mirar a ningún pasajero, que seguro que estarán pensando que soy un tarado—. Pare, por favor. Necesito salir. Es muy urgente.

El conductor me hace caso y yo salgo pitando del vehículo. Me aproximo a la señora de antes y le entrego mi billete para que lo pueda usar. Ella me da las gracias, supercontenta, me dice «ojalá Dios te lo pague con muchas bendiciones» y se marcha para ocupar mi lugar.

—¿A dónde vas, puto loco? —quiere saber Niko, que todavía no se ha ido.

—No preguntes y llévame a la graduación de Hannah.

—Espera un momento —me pide, y agita los brazos, mirando hacia el autobús para hacerse notar, pero creo que Dulce no se está dando cuenta, y yo no voy a ser el que le arrebathe la ilusión a este chico—. ¡Te amo, sirenita! ¡Adiós!

Qué paciencia, por Dios.

Cuando el autobús desaparece de nuestra vista, le meto prisa a Niko para que conduzca lo más rápido que pueda sin atropellar a ningún animal indefenso, y tampoco dejo de pasarme la pulsera de una mano temblorosa a la otra, inquieto, y sintiendo las axilas sudadas. Abro la ventanilla para que entre el aire, porque me estoy asando de calor, y luego me quito mi gorra para abanicarme. Veinte minutos después, llegamos al instituto en el que trabaja Ari (aunque ahora está de baja por maternidad) y me apeo del coche. Niko me guía por el patio, que se encuentra a rebosar de personas ataviadas con sus trajes y vestidos elegantes, y yo me siento un vagabundo con una simple camiseta negra gastada, mis Converse sucias y unos vaqueros normales.

Buscando a Alan y a su familia por cada rincón, nos topamos con Dylan y los mellizos, zampando chocolate en uno de los bancos. A Aitor se le ilumina la cara en cuanto me ve, se levanta de un salto y se abraza a mis piernas; yo casi me meo de risa al ver el peinado de Mimi, que seguro que se lo ha hecho Álvaro: dos coletas en lo alto de la cabeza, recogidas con unos gigantes lazos rosas.

Le pregunto a Dylan dónde está Alan, pero él sólo se encoge de hombros, así que me toca recorrer el instituto entero si quiero encontrarlo, dejando a los mellizos, a Niko y a Dylan sentados en el banco. Echo un vistazo por cada parte del patio, pero no diviso al principito ni a sus padres por ningún lado, y decido continuar mi búsqueda dentro del edificio. Subiendo las escaleras de la entrada, casi me tropiezo con un chico de la edad de Hannah, que está sentado, llorando, y que creo haberlo visto alguna vez.

—Hola —lo saludo haciendo memoria, y él alza su vista hacia mí.

Oh... ¡Ya lo tengo! ¡Es el hermano pequeño de Simón!

—Hola. —Se enjuga las lágrimas y sorbe por la nariz.

—¿Qué te pasa?

Mierda, ¿por qué me he detenido, con la prisa que tengo?

—Nadie de mi familia ha venido hoy. Mi madre tiene que trabajar y mi hermano no sé dónde está.

Se me rompe el corazón. Siento que este chico es buena gente y no se merece que le haya tocado vivir en esa familia.

—Pues ellos se lo pierden —le digo—. Yo te aplaudiré desde el público cuando te toque salir.

—En realidad me da igual todo.

—¡El bobo! —exclama la voz de Hannah detrás de mí, y yo me giro hacia ella. Lleva un bonito vestido morado, unos tacones negros y se ha alisado su cabello pelirrojo. Se queda mirando al chico con los brazos en jarras y esbozando una sonrisa burlona—. ¿Cuántas has suspendido? ¿Todas menos Educación Física? No me extraña, si vienes de una familia de tontos y violadores.

—Hannah —pronuncio su nombre a modo de advertencia.

—Y tú eres una cabeza hueca —le espeta el chico mirándola con odio, y Hannah se echa a reír con arrogancia e ignorándome.

—Tan cabeza hueca no seré cuando lo he aprobado todo con nueves y dieces, envidioso. No voy a seguir perdiendo el tiempo hablando con un mindundi, así que me voy a sentar en mi sitio. —Le saca el dedo corazón y se despide de mí con la cabeza, para después desaparecer de nuestra vista.

El hermano de Simón también se marcha tras despedirse de mí, y yo continúo con mi búsqueda de Alan. Sin embargo, cuando me tiro un buen rato intentando encontrarlo, regreso al patio, y no sé qué demonios se me pasa por la cabeza para querer subirme al escenario y robarles el micrófono a los dos adolescentes que se encargan de presentar la gala de graduación. Observo al gran público y casi me hago pis encima al ver tantas caras desconocidas, exceptuando a los mellizos, Dylan y Niko. Ni siquiera diviso a Alan ni a sus padres, pero mantengo la esperanza de que el principito me esté viendo desde su escondite y suba corriendo para salvarme del ridículo que voy a hacer a continuación.

—Ho... hola —saludo al público, y carraspeo—. Hola a to... todos.

Dios mío, cuántas caras mirándome. Ayuda. Algunos han sacado sus móviles y otros me apuntan con sus cámaras réflex. Estoy seguro de que mañana seré el vídeo más visualizado y compartido de YouTube, Facebook, Twitter e Instagram, y habrá un *Fanfic* en Wattpad, titulado «el tonto del micrófono y tú».

Ayuda. Mi salud mental.

—Hola a todos —repito, y se me escapa una risita nerviosa. Clavo la vista en un árbol para continuar hablando sin mirar a nadie—. Bien... Esto... Principito, si estás aquí, quiero que sepas que he venido a recuperar mis vaqueros favoritos, esos que te has puesto hoy. —Noto mi cara arder y mi corazón bombea con tanta fuerza que creo que se va a escapar de mi pecho y se estampará contra el árbol al que le estoy hablando—. Y, bueno... Alan... Esto... También quiero estar contigo y ser dos uni... universos en el día... diamante... —tartamudeo poniéndome en evidencia, porque la frase debería ser al revés—. Y, bueno, que paséis unas buenas gracias... y muchas tardes por escucharme. Adiós.

¿Buenas gracias y muchas tardes por escucharme? ¿Qué acabo de decir?

Les devuelvo el micrófono a los chicos y salgo huyendo del escenario porque ha comenzado a faltarme el aire al escuchar a la gente riéndose de mí. La gorra se me cae al suelo, pero no puedo permitirme perder el tiempo recogéndola, y me refugio en el edificio del instituto para soportar el maldito ataque de ansiedad sin que nadie me observe. Intento respirar, pero siento que se ha acabado el oxígeno en el mundo, y lloro sin poder parar. Alan aparece, por fin, se acerca a mí y me envuelve entre sus brazos; yo me esfuerzo en detener mis llantos, pero me es imposible, y me tiro un buen rato llorando, abrazado a él.

—Así que sólo has venido hasta aquí para recuperar tus pantalones de mercadillo... —me dice Alan cuando he logrado calmarme, y coloca sobre mi cabeza la gorra que se me ha caído antes.

—Son mis favoritos.

—A ver si te atreves a quitármelos —me reta, y echa a correr.

Será mamón este principito. ¿Casi muero asfixiado y quiere que lo persiga?

Decido salir tras él por el instituto, que se halla vacío en estos momentos porque todo el mundo está presenciando la gala en el patio. Lo persigo por las escaleras y por cada pasillo, suplicándole que se pare, mientras aprovecho para mirar las paredes cubiertas con pancartas, que habrán hecho los alumnos y que les da al edificio un toque original, que hasta me arrepiento de no haber venido a estudiar la ESO y el bachillerato aquí. En algunas paredes descubro nombres, dibujos preciosos de paisajes, corazones, arcoíris y unicornios; también hay frases escritas como «love is love», «stop bullying», «tu cuerpo es hermoso», «la salud mental también es importante», «haz el amor y no la guerra», «usa gomita cuando le des al temita», «la tauromaquia no es arte», «cuida nuestro planeta, por favor» y «los sueños se cumplen».

Menudo insti sacado del mundo de la piruleta... Cómo se nota que Ari es la directora y que Alan ha estudiado aquí.

—¡Leo león lelo! —exclama Alan desde el fondo del pasillo para llamar mi atención, y yo ladeo mi cabeza hacia él.

—¡Alan galán anal, te vas a enterar!

En cuanto echo a correr en su dirección, se encierra en una clase abierta, y yo, cuando me atrevo a entrar, algo con olor a pintura se pasea por mi cara.

—¿Pero qué...? —Me paso la mano por el rostro y me doy cuenta de que Alan me acaba de pintar de azul con un pincel.

El odioso principito se desternilla, sujetándose la barriga, y lo siguiente que ocurre es mi venganza. Como nos hemos metido en el aula de arte, me hago con un botecito de pintura y un pincel, y lucho contra Alan en una batalla, a ver quién es el que pinta más al otro. Paseo mi pincel con pintura rosa por su camisa y su cara de niño pijo, y él hace lo mismo conmigo, pero nos robamos unos cuantos besos el uno al otro. Al final, como necesito ganar esta guerra, vacío mi bote sobre su pelo rubio, para teñirlo de rosa, y él se queda con la boca abierta, sin creerse lo que acabo de hacer.

—Gané —anuncio soplándome las uñas, victorioso—. Ahora eres rosa de bote.

—¿Ah, sí? Pues mira lo que hago. —Desliza su pincel por los vaqueros que lleva puestos, que continuaban intactos hasta ahora, y yo finjo que lloro, enjugando mis lágrimas de cocodrilo.

—¡Noooooo! ¿Por qué?

Alan sonrío y me acuna entre sus brazos para calmar mi dolor invisible. Después, funde sus labios con los míos y me parece asqueroso, porque saben a pintura, así que lo más seguro es que dentro de un rato visitemos urgencias por haber ingerido los componentes tóxicos y muramos envenenados pero abrazados.

—Ven conmigo, que vas a escribir tu nombre en el pasillo —me dice.

Entrelazamos nuestras manos y abandonamos el aula de arte. Nos detenemos frente a una de las pancartas repletas de nombres y me señala el suyo, escrito en azul. Yo pongo el mío justo debajo con el mismo color, y Alan dibuja un corazón, encerrando sólo nuestros nombres.

—¿Qué coño hacéis?

Alan y yo damos un respingo y nos giramos hacia Niko, que es el que acaba de hablar, y que viene acompañado de Dylan; cada uno zampándose una piruleta con forma de corazón.

—Estamos de reconciliación —contesta el principito.

—Pues me alegro, porque con la escenita tan vergonzosa de Leo en el escenario... —se mofa Dylan sin acabar la frase, y yo arañeo el aire, a un centímetro de su cara, mientras le gruño como un

león.

—No te metas con mi novio. Ha sido precioso —me defiende MI NOVIO, y deposita un beso en mi mejilla.

Niko se queja de que somos unos empalagosos y, para no potar, se entretiene dibujando un caballito de mar en la pancarta. Sin embargo, Dylan le arrebató el pincel para escribir «Dylan Darío», pero el asiático vuelve a recuperar la brocha y añade «el del culo frío» al lado del nombre de su amigo; después, huye despavorido por el pasillo, riéndose.

—Puto Niko —masculla Dylan—. Te voy a pegar una patada para enviarte volando a Corea, donde están tus paisanos. —Y sale a correr tras él.

—¡Qué racista, Darío, el del culo frío! —chilla el otro.

Alan suspira y se da un golpecito con su palma en la frente, dando por perdidos a esos dos.

—Me apuesto cincuenta euros que no tengo a que esos dos acaban juntos en algún momento —comento mientras Dylan y Niko se pelean.

—¿Qué dices? Niko está muy pillado de Dulce, y Dylan de Diana —me responde Alan frunciendo la nariz—. Pero vale, apostemos.

Nos estrechamos las manos, bastante seguros de que cada uno va a ganar.

—¿Entonces me perdonas lo que hice con esa desconocida? —me pregunta cambiando de tema, con expresión lastimera.

—Si no te acuerdas, no ocurrió. —Paseo mi dedo por sus labios con gotitas de pintura rosa, sonriendo—. Pero me tienes que llevar a mi pueblo en tu coche, porque me he bajado con el autobús en marcha y le he regalado mi billete a una señora por tu culpa. Y encima he parecido un gilipollas cuando me he subido al escenario.

—Has estado genial. —Alan me dedica su bonita sonrisa y me da un beso en los labios—. Te quiero mucho, mendigo.

—Muchas gracias, principito. —Le devuelvo la sonrisa—. Yo también te quiero mucho.

Epílogo

Alan

—Joder, tío. Voy a morir virgen —se queja Dylan mientras buscamos algún asiento libre en el aeropuerto para esperar a Niko, que no sé dónde demonios se ha metido—. Hasta mi padre folla más que yo con esa nueva novia que se ha echado. No me lo explico... Si soy joven, guapo y me encantan los animales. Yo diría que soy un buen partido.

—Esa Diana se lo pierde. Ya llegará la persona indicada —intento consolarlo, y le enseño la mano, sonriendo—. Mientras, tienes a tu Manuela.

Dylan me pega un guantazo en la nuca.

Me acaba de contar que, hace una semana, Diana lo invitó a ver los toros con sus amigas, y Dylan aceptó para no hacerle el feo y se prometió que se taparía los ojos en cuanto el torero le hiciera daño al animal. Sin embargo, casi se desmaya al presenciar el asesinato sin querer y acabó llorando y vomitando a los pies de su novia, haciendo el ridículo delante de las amigas y del público. Al final del espectáculo, Dylan rompió su relación con Diana porque no podía estar saliendo con una persona que disfrutaba viendo sufrir a un animal.

—Oye, ¿sabes a dónde ha ido Niko? —le pregunto—. Está tardando mucho.

—Ni idea.

La que han liado estos dos por querer celebrar mi cumpleaños... Resulta que, ayer, en la casa de mis padres de Málaga, mis amigos me ayudaron a preparar la maleta con las primeras prendas que nos encontramos y, por la tarde, cogimos un tren hacia Madrid y nos quedamos a dormir en mi apartamento para hacer hoy un «viaje improvisado», con la excusa de que tengo que cumplir los veinte a lo grande, pero lo que no comprendo es por qué no hemos cogido directamente un avión desde Málaga hacia donde sea que me quieran llevar.

Para pasar tiempo mientras regresa Niko, le pregunto a Leo por WhatsApp si quiere que hagamos una videollamada. No nos vemos desde hace un mes y medio, cuando nos reconciamos en la gala de graduación de mi hermana, y estuvimos durante toda la tarde con la ropa manchada de pintura, que hasta mi madre se cabreó conmigo diciendo que ya era un chico maduro y no tenía edad para estar jugando con mi novio dentro de mi antiguo instituto, como un niño pequeño. Y, al día siguiente, tuve que coger el coche para llevar a Leo de vuelta a su pueblo y aproveché para quedarme a comer en su casa con su madre y su abuelo. Después de eso, me fui con mi familia a Málaga para pasar las vacaciones de verano y ver a mis tías y a mis abuelos, como todos los años; incluso le dije a Leo que se viniera cuando quisiera, pero me respondió que no, porque tenía que ayudar a su madre en la tienda.

Y lo que más deseo ahora mismo es que el verano desaparezca rápido para venirme otra vez a Madrid con el mendigo, porque lo echo mucho de menos, a pesar de que hablamos todos los días por mensajes de WhatsApp y videollamadas.

Cinco minutos después, Leo se conecta y acepta mi propuesta, así que le envío una videollamada y su cara no tarda en aparecer en la pantalla de mi móvil.

—Principito —me saluda esbozado una bonita sonrisa, y me apetece hundir los dedos en los

hoyuelos de sus mejillas—. ¿Qué te cuentas por Málaga? ¿Te ha salido una arruga por tu futuro cambio de dígito en tu edad?

Río de manera sarcástica.

—Todavía no es mi cumple, mendigo. Estoy en el aeropuerto de Madrid porque Dylan y Niko me van a llevar a un sitio que no me quieren decir. —Observo el lugar ruidoso en el que se halla Leo, que creo que es un tren—. Oye, ¿has salido de tu pueblo?

—Sí, estoy en el metro de Madrid porque tengo que acompañar a mi abuelo al hospital para que se haga unas pruebas.

—¿Qué le pasa? ¿Está mal?

—No, no... Está perfectamente. Son sus rutinas de la vejez.

Después, Leo comienza a contarme algunas anécdotas que le han ocurrido estos días en la tienda de su madre con los clientes, y yo lo escucho con atención a la vez que me quedo embobado mirando su rostro, porque noto que hoy está mucho más guapo de lo habitual. Aunque sus ojos verdes lucen un poquito cansados, puedo adivinar que está contento, e incluso me atrevería a añadir que desprende felicidad. Su cabello negro no se encuentra tapado con ninguna gorra ni ningún gorrito, y se lo ha peinado con el flequillo hacia un lado, tapando su frente.

—¿Y esa camiseta tan mona? —inquiero fijándome en su prenda blanca con infinitos dibujos de plátanos con caras, cuando termina su monólogo.

—Es nueva. Me la compré la semana pasada en el mercadillo. También me he puesto bella planchándome el pelo y pintándome las uñas. —Me enseña las uñas de su mano libre, pintadas cada una de un color diferente, y después hace pucheritos—. En persona estoy más guapo... Una lástima que no nos podamos ver.

—Caray, ¿y ese aumento de autoestima?

—Será por culpa del calor —me responde encogiéndose de hombros al bajarse en una parada—. Por cierto, el otro día vino a la tienda de mi madre uno de los tipos que me hacían *bullying* en el insti y me llamó maricón en cuanto me vio con las uñas pintadas. ¿A que no sabes lo que pasó a continuación?

—¿Le golpeaste con el bastón de tu abuelo?

—No. —Acerca el móvil a su cara y lo aleja varias veces seguidas para darle dramatismo al momento, mientras camina por algún sitio que no se le parece en nada a un hospital; también veo gente arrastrando maletas detrás de Leo—. Se hizo con el bolígrafo que tenía sobre el mostrador y yo creía que lo iba a robar, pero después cogió mi mano y me apuntó su número. ¿Te lo puedes creer? Yo me quedé alelado mirando cómo lo escribía, sin saber cómo reaccionar, pero cuando procesé la situación tan surrealista, le dije, superchungo y sacando a relucir mi pluma: «Oye, pedazo de pasmado, que sea la última vez que invades mi espacio personal para reírte de mí. Por si no te has enterado, tengo un novio muy rubio y con los ojos muy azules al que quiero mucho, y va a venir desde Málaga y te va a pegar una hostia junto con su amigo asiático, que es campeón de artes marciales». Y se fue, cagado de miedo.

No he parado de reírme mientras me ha estado contando la historia con esa manera tan cómica que tiene.

—¿En serio le dijiste todo eso?

—Bueno, lo de que le ibas a pegar una hostia me lo acabo de inventar, porque no te veo dañando ni a una araña. En realidad tuvo que salir mi abuelo de la trastienda y darle con el bastón en el culo.

—Ay, mendigo, me casaría contigo ahora por videollamada. —Me enjugo una lágrima por

culpa de las risas—. Ojalá estuvieras aquí.

—Pues casémonos, principito. Si quieres, voy preparando la boda para cuando terminen las vacaciones —me dice sonriendo—. Oye, luego te llamo, que se me va a acabar la batería. Te quiero, Piolín. —Me lanza un ciberbeso.

—Te quiero, León. —Y finalizo la videollamada.

—No aguanto tanto enamoramiento —se queja Dylan sumergido en su móvil, y nos sentamos en un par de asientos libres—. Voy a pedir por Aliexpress una novia de plástico con la cara de Daenerys.

Niko aparece, por fin, zampándose una bolsa de patatas fritas.

—¿A que no adivináis a quién me he encontrado por la calle? —nos pregunta.

—Al mensajero con mi Daenerys de plástico —le responde Dylan al alzar su vista hacia él.

—No, cállate, Darío —le espeta Niko, y luego me mira—. Me he encontrado a un mosquito bastante molesto y a una sirenita preciosa con la piel del color de la Nutella.

—¿Qué dices?

De repente, unas manos tapan mis ojos.

—Principito —susurra la voz de Leo en mi oreja sin audífono. Siento un mordisco, me estremezco y se me escapa una sonrisa—. Adivina quién soy.

—Dul —contesto sin dudar. Después, aparto las manos de Leo de mis ojos, me levanto, me doy la vuelta, chilló al encontrarme con el mendigo y Dulce, acompañados de maletas, y le doy un fuerte abrazo a ella, pasando olímpicamente de mi novio—. Mi Dulce de leche.

—Ah, muy bien. Ya veo que te hace más ilusión abrazarla a ella —interviene Leo, dolido—. Mejor me hubiese quedado en la casa de mi madre escuchando cantar a mis novios coreanos.

Me separo de mi amiga y me dirijo hacia Leo sin borrar mi sonrisa de la cara, emocionado. Lo recorro con mi mirada para admirar su *look* de divo: su camiseta blanca de plátanos, unas bermudas verde oscuro, sus Converse negras y su fabuloso pelo, que me dan ganas de tocarlo de sólo verlo.

—Tenías razón, estás más bella en persona —le digo, y nos fundimos en un abrazo. Escuchamos unos cuantos «ohhh» de parte de nuestros amigos y nos besamos de manera apasionada—. Me caso contigo ya.

—Esa frase es mía —replica sin soltarme y mirándome a los ojos—. Voy a demandarte por infracción de derechos de autor.

Nos reímos y nos volvemos a besar como si estuviéramos nosotros solos en el aeropuerto, hasta que un carraspeo nos interrumpe y ladeamos nuestras cabezas hacia los demás.

—Siento molestaros, pero tenemos que embarcar —nos informa Niko.

—¡No! —exclamo, y me abrazo más fuerte a Leo—. ¡Yo quiero que Leo se venga conmigo!

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo no me he apuntado al viaje? —inquieta mi mendigo—. ¿Tú te crees que me gusta pasear mi maleta por la calle? ¿Para qué me la he traído, entonces?

—En realidad llevamos meses planeando este momento, incluso antes de que rompieseis por primera vez —interviene Dulce.

Un momento... La primera vez que rompimos fue cuando Leo quiso volver con Iván porque lo chantajeó con algo que no recuerdo. Eso quiere decir que mis amigos han permanecido con el secreto del viaje durante más de tres meses.

Me quedo con la boca abierta, mirándolos a todos.

—Ya os vale, eh. Por lo menos tengo derecho a saber a dónde me lleváis.

—¿No lo sabe? —pregunta Leo mirando a los demás, que niegan con la cabeza, y luego vuelve

a posar sus ojos en mí para darme la noticia—: Nos vamos a Las Vegas.

—Es coña. —Me echo a reír.

—No, principito. Tenemos que celebrar tu cumple a lo grande.

Todos nos ponemos en marcha para embarcar, aunque yo todavía sigo flipando con todo esto. Nunca he estado en las Vegas; lo más lejos que he viajado ha sido a Disneylandia, al pueblecito perdido de Francia cuando me ocurrió la fuga, Londres, Italia, Portugal y casi todos los países de Latinoamérica durante una gira de mi padre cuando tenía catorce años.

Ya en el avión, a Dylan le toca sentarse a mi lado, pero le cambia el asiento a Leo para que estemos juntos, y se acomoda en la fila del final, solito; Niko y Dulce se sientan juntos, pero lejos de nosotros. El mendigo no para de saludar a los pasajeros con la mano y con una amplia sonrisa, e incluso les ha preguntado a unos guiris buenorros y al azafato si querían ser sus novios en inglés, con un acento de cateto de pueblo, y yo casi me muero de la vergüenza.

—¿Te puedes creer que esta es mi primera vez subiéndome a un avión? —me cuenta Leo, que se ha sentado al lado de la ventanilla, y yo presiento que me va a dar un viaje cargado de dramatismo—. ¿Te imaginas que al piloto se le vaya la olla y nos estampe contra unas torres? ¿O que algún psicópata se inmoles y el avión explote en mil pedazos?

—¿Te has tomado algo ilegal antes de venir o te has bebido media botella de ron? —Me río y me abrazo a su brazo; él aprovecha el momento para sacar su móvil y hacerse un *selfie*, poniendo cara de tipo sexy y creído—. Tú no eres mi león lelo, ¿qué has hecho con él? Pareces otro.

—Es que me he levantado esta mañana, me he mirado al espejo y he dicho «joder, qué guapo soy». Creo que esfumarme del pueblo para independizarme y las terapias durante tanto tiempo me han servido de algo. El Leo de hace un par de años ni siquiera se habría atrevido a subirse a un escenario para hacer el ridículo y enfrentarse a la ansiedad, y tampoco estaría en un avión para irse a Las Vegas con sus amigos y su principito.

Recuesto mi cabeza sobre su hombro y le hago cosquillas en el brazo.

—Pues me encanta este nuevo Leo —le digo—. Deberíamos casarnos en Las Vegas... Mi hermano nos casó de mentira, pero ahora nos merecemos una boda de verdad, aunque sea rápida y haciendo el tonto.

Leo chasquea la lengua, como si no le hubiera gustado mi idea.

—Me has chafado la sorpresa. Ahora me siento obligado a sacar una cosa de mi mochila. —Coge su macuto y abre la cremallera lentamente, llenándome de intriga—. *Chan, chan, chan...*

—¿Qué es?

—Una bomba —me susurra aguantándose la risa, y saca un unicornio rosa de peluche, que me lo tiende—. Si aplastas su barriguita, el avión explotará y moriremos todos.

—No te creo nada.

—Compruébalo por ti mismo, pero antes de que nos vayamos para el otro barrio, quiero decirte que te quiero.

Me está tomando el pelo. Sé que Leo no es un psicópata suicida, aunque puede que me haya estado engañando todo el tiempo porque de verdad quiere asesinarme.

Sin embargo, como sé que es un trozo de pan y confío ciegamente en él, le aplasto la barriga al muñeco con decisión, arriesgándome a morir.

—¿Quieres casarte conmigo? —me habla el unicornio con voz aguda, y un ataque de risa se apodera de mí. Vuelvo a apretar el muñeco un par de veces más para escuchar lo mismo—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Ostras! —exclamo sin parar de reír, y algunos pasajeros se giran para verme. Yo continúo

pulsando la barriga del unicornio como un chalado y cada vez me río más.

—¡Ya vale, Alambrito! —Leo se cansa de mis continuos ataques de risa y me arrebata el muñeco, cabreado—. ¡Respóndele a Bartolina!

Le quito el unicornio de un tirón para mecerlo como si fuera mi bebé, y después miro a Leo.

—*Chi* —contesto poniendo morritos—. Me caso con Bartolina. Tú serás mi padrino.

—Vete a cagar, Alan. —Me roba a Bartolina y la lanza hacia atrás; yo giro mi cabeza con rapidez y descubro que le ha caído a un guiri buenorro con el que Leo ha intentado ligar antes y, por su expresión, parece estar molesto.

—*Sorry*, tío bueno! —me disculpo juntando mis manos, y el guiri frunce los labios y revolea el muñeco hacia mí.

—*Fuck you!* —me espeta.

—Qué maleducado. —Me quedo con la boca abierta, anonadado, y me acomodo en mi sitio.

Leo no para de reírse, encogido en su asiento, temiendo que el otro lo vea, y yo le doy un tortazo en la nuca por haberme dejado en evidencia. Después, me acurruco junto a él, con Bartolina en medio de los dos, y le doy un beso en los labios.

—Estoy deseando llegar a Las Vegas y casarme con Bartolina —confieso.

—*Fuck you*, Alan.

* * *

Creo que es la primera vez en mi vida que estoy tan nervioso.

Durante todo el viaje en avión hemos aprovechado para dormir, aunque he perdido la cuenta de las veces que Leo ha vomitado, y lo primero que hemos hecho al aterrizar en el aeropuerto ha sido descansar en nuestras habitaciones del hotel (yo comparto una con Leo), y después nos hemos puesto guapos para salir a cenar y visitar un casino.

Y ahora estamos en la primera capilla que nos hemos topado, borrachos como cubas, esperando a que empiece la ceremonia. Dulce me ha ayudado a ponerme un tutú rosa sobre los pantalones y un velo blanco cubriendo mi cara; también llevo un ramo de flores de plástico para casarme con Leo.

La marcha nupcial suena y yo me agarro al brazo de Dulce para dirigirnos hacia el altar, donde nos espera Leo con una boa de plumas azules rodeando su cuello. Niko y Dylan están sentados en unos bancos blancos de madera, muy bien acompañados de unos universitarios argentinos que hemos conocido hace un rato. Me detengo al lado del mendigo, que no tarda en quitarme el velo, y nos echamos a reír en cuanto nuestras miradas se encuentran. Un tipo disfrazado de Elvis Presley, que es el encargado de casarnos, empieza a hablar en inglés mientras nuestros amigos nos hacen fotos y nos graban. Después, Elvis le pregunta a Leo si quiere que yo sea su esposo, a lo que él responde «yes, yes, yes, todo yes», con las mejillas sonrosadas y sin dejar de reírse.

—Alan, ¿quieres a Leo como tu esposo? —inquire en inglés la imitación de Elvis, mirándome.

—*Chi quello* —contesto en idioma de bebé.

Dylan nos entrega un anillo de oro blanco a cada uno, que imagino que serán falsos, y soy el primero en ponérselo al mendigo, junto con mi colgante con mi nombre, mientras prometo amarle por el resto de mis días. Leo comienza a llorar y a reír a partes iguales y me coloca el anillo en el dedo anular con manos temblorosas, y su pulsera alrededor de mi muñeca, pero no logro descifrar las palabras que salen de su boca por culpa de sus sollozos y de su borrachera.

—Os declaro unidos en matrimonio. Pueden besarse —anuncia Elvis Presley.

Como debe ser, Leo y yo nos abrazamos y nos damos un apasionado beso a la vez que los demás se ponen a bailar y Elvis nos dedica una canción.

—Feliz cumple, cariño —susurra Leo contra mis labios, esbozando una sonrisa—. Espero que te haya gustado la sorpresa.

—Ha sido el mejor cumple de mi vida.

Cuando se entere mi padre de que me he casado sin haberlo invitado a mi boda, es capaz de enfadarse y de devolverme al contenedor de basura.

—Sirenita, ¿nos casamos ahora? —le pregunta Niko a Dulce de pronto.

—¡Claro que no!

—Entonces vente a vivir conmigo cuando termine el verano.

Todos miramos a Dulce, aguardando su respuesta, expectantes.

—Deja que me lo piense —le contesta ella.

—¡No! —interviene Leo negando con la cabeza, y abraza a Dulce tan fuerte como si creyera que se va a escapar—. ¡Ni se te ocurra abandonarnos a Alan y a mí!

—Qué grima dais con tanto amor. Me están entrando ganas de hacerme la *suicidio* —se queja Dylan, y Niko le pega un guantazo en la nuca.

—Ya me podéis contar quién ha tenido esta idea tan loca —les ordeno—. Os habrá costado un pastón.

Teniendo en cuenta que Leo y Dulce no son millonarios, ni que Dylan ni Niko tampoco se limpian el trasero con billetes de quinientos euros, no sé quién ha pagado gran parte de esta ida de olla.

—Tu amigo coreano ha sido el que nos ha liado —me informa Leo.

Miro a Niko y le pregunto por lengua de signos, delante de los demás, que de dónde ha sacado todo el dinero, y él me contesta que ha pagado con una parte de la herencia de su madre biológica. Yo niego con la cabeza, en desaprobación, y le digo mediante señas que es gilipollas.

—Odio cuando habláis así —murmura Dylan, y se lleva otro tortazo en la nuca, pero esta vez de mi parte.

—El dinero viene y va —me responde Niko en voz alta—. Los momentos con vosotros son únicos.

Me abalanzo sobre mi amigo porque la frase que ha dicho ha sido preciosa y le lleno la cara de besos. Sin embargo, él se queja por lo sobón que soy e intenta zafarse de mí sin ningún éxito.

Cuando llega la hora de abandonar la capilla, nos despedimos de Elvis y del grupo de argentinos, y nos marchamos, rumbo a nuestro hotel. La calle se encuentra a rebosar de viandantes, a pesar de que son las tantas de la noche, y Leo y Dulce caminan saludándolos a todos mientras Niko y Dylan juegan a darse empujones el uno al otro como los críos de preescolar que son. De repente, mi móvil me avisa de que he recibido un mensaje y me detengo para leerlo; es de un número desconocido y parece que la persona lo ha escrito rápido o tiene algún estupefaciente metido en el cuerpo.

«Te voy a patrtir la cara y voy divertirme con tu culo cuando te pille como hizo
Sinón, hijo ce fruta. Y a ti novioo pienso matarlo por sidoso de mierda»

También me envía un vídeo que no pienso ver ahora.

Paso de responderle al orangután (estoy completamente seguro de que es él) y vuelvo a guardar

el móvil en el bolsillo de mis vaqueros porque no me apetece que un idiota nos amargue la noche a Leo y a mí.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta Leo, que ha venido en mi búsqueda al descubrir que me he alejado de ellos.

—Con mi madre, que me acaba de felicitar —miento, y entrelazo mi mano con la suya, caminando hacia el hotel; los demás van más adelantados que nosotros.

—¿Le has contado que ya eres un hombre casado?

—Todavía no. —Me río—. Cuando llegue a España.

—Y ni siquiera hemos follado antes de casarnos; sólo me la has comido. —Leo se tapa la boca, asombrado—. ¿Y si no nos entendemos o resulta que lo haces fatal?

—¡Oye, yo follo bastante bien! —exclamo, ofendido—. Como pasivo, como activo... Como tú prefieras, cariño.

—Uy, cállate, que estamos en medio de la calle. —Me pega un pequeño empujón, riéndose, y detenemos nuestros pasos.

—Te amo, Leo —le susurro. Acercó mi rostro al suyo para juntar nuestros labios.

—Gracias. Yo también te amo, Alan —me responde arrastrando las palabras, y se le escapa una carcajada—. Y gracias por dejarme entrar en tu universo de piruletas.

—Somos dos diamantes en el universo, rodeados de piruletas, unicornios y arcoíris.

Leo pone los ojos en blanco.

—Qué diamante más baboso eres, principito.

—Y tú eres un diamante cada vez más hermoso, mendigo.

FIN DEL PRIMER LIBRO.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que lo puntuaras en [Goodreads](#) o en [Amazon](#).

También puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: [gema_martin_munoz](#)

Twitter: [GemaMartinMunoz](#)

Mi página de Facebook: <https://www.facebook.com/gemamartinmunoz.escritora/>

Wattpad: [Gema_Martin_Munoz](#)

ROS LIBROS:

- Trilogía Between (historia de Ari y Álvaro):

[1\) Entre las nubes y las estrellas](#)

[2\) Entre el hielo y el fuego](#)

[3\) Entre el corazón y la razón](#)